



ALMAS

GENEALAS

ELIZABETH

CHANDLER

Lectulandia

Antes de morir, Tristan le prometió a Ivy que la protegería y que la querría para siempre. El amor verdadero nunca muere.

Ivy es nueva en el instituto de Stonehill, una localidad cercana a Nueva York a la que acaba de mudarse con su hermano y su madre. Es una chica responsable, tímida, buena estudiante y un poco solitaria que siempre ha creído en los ángeles, que considera sus mejores y más fieles aliados. Pronto hace un pequeño círculo de amigas que la ayudan a integrarse a su nueva vida y al instituto.

Tristan es el capitán del equipo de natación. Es un chico inteligente, valiente y uno de los más populares del instituto, aquel por el que suspira la mayoría de las chicas. Cuando Ivy y Tristan se conocen no pueden evitar sentir que están hechos el uno para el otro, son almas gemelas, y se convierten en la pareja perfecta.

Todo cambia cuando Tristan muere repentinamente en un accidente de coche. Ivy cree haberlo perdido todo, incluso su fe en los ángeles que, esta vez, parecen haberla abandonado... hasta que empieza a sentir cosas extrañas a su alrededor, como si una misteriosa presencia la acompañara, estuviera junto a ella, la protegiera...

Lectulandia

Elizabeth Chandler

# Almas gemelas

Besada por un ángel I

ePub r1.0

sleepwithghosts 16.07.14

Título original: *Kissed by an Angel, The Power of Love, Soulmates*

Elizabeth Chandler, 1995

Traducción: Mireia Carol Gres & Ana Isabel Sánchez & Beatriz Vega López

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Pat y Dennis*

15 de octubre de 1994

# EL BESO DE UN ÁNGEL

# 1

—Nunca pensé que el asiento trasero de un coche pudiera llegar a ser tan romántico —confesó Ivy reclinada contra el respaldo, sonriéndole.

Bajó la mirada hacia el montón de porquería esparcida por el suelo.

—Quizá deberías sacar tu corbata de ese viejo vaso de Burger King.

Tristan se agachó para recogerla y puso cara de asco: estaba empapada. La tiró hacia la parte delantera y volvió a sentarse junto a Ivy.

—¡Ay!

El perfume de flores aplastadas impregnó el aire. Ivy rió a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él sacando las flores espachurradas de detrás de su espalda; no obstante, también reía.

—¿Y si alguien hubiera pasado por aquí y hubiera visto la pegatina religiosa que tu padre lleva en el parachoques?

Tristan dejó las flores en el asiento delantero y la acercó de nuevo hacia sí. Recorrió con un dedo el tirante de su camisola de seda y la besó con ternura en el hombro.

—Le habría dicho que estaba con un ángel.

—¡Ésa sí que es una buena frase!

—Ivy, te quiero —dijo Tristan con una expresión repentinamente seria.

Ella lo miró fijamente y se mordió el labio.

—Esto no es ningún juego para mí. Te quiero, Ivy Lyons, y algún día me creerás.

Ivy lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Y yo a ti, Tristan Carruthers —le susurró al oído.

Por supuesto que lo creía, y confiaba en él más que en ninguna otra persona. Algún día tendría el valor de decir en voz alta todas las palabras: «Te quiero, Tristan». Sería capaz de gritarlo a los cuatro vientos e, incluso, de colgar una pancarta sobre la piscina del instituto.

Les llevó unos minutos arreglarse e Ivy se echó a reír de nuevo. Él sonreía y la miraba mientras ella intentaba dominar su maraña de pelo dorado; un esfuerzo inútil. Luego puso en marcha el motor y condujo sobre surcos y piedras hasta que se incorporó a la estrecha carretera.

—Un último vistazo al río —dijo Tristan en el momento en que el camino se alejaba considerablemente de su cauce.

El sol de junio caía sobre las colinas occidentales de Connecticut y bañaba de luz las copas de los árboles cubriéndolas de oro. La tortuosa carretera se adentró en un túnel de arces, álamos y robles. Ivy tenía la sensación de estar deslizándose bajo las

olas junto a Tristan, fluyendo por un abismo azul, violeta y verde intenso con el sol del atardecer brillando en el cielo. Tristan encendió los faros del coche.

—No es necesario que corras tanto —dijo Ivy—. Creo que ya no tengo hambre.

—¿Te he hecho perder el apetito?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que estoy saciada de felicidad —susurró.

El coche circulaba a gran velocidad, y tomó una curva de forma arriesgada.

—Te he dicho que no es necesario que corras.

—Es muy extraño —murmuró él—. Me pregunto qué... —Miró hacia sus pies—.

No parece que...

—Ve más despacio, ¿quieres? No importa si llegamos un poco tarde... ¡Ah! —Ivy señaló al frente—. ¡Tristan!

Algo había salido de entre los arbustos y se había abalanzado hacia la carretera. Ivy no había visto qué era, sólo había atisbado el movimiento en las sombras. Entonces el ciervo se detuvo y volvió la cabeza, sus ojos atraídos por las luces del coche.

—¡Tristan!

Se dirigían a toda velocidad hacia los brillantes ojos.

—Tristan, ¿es que no lo ves?

Seguían circulando a gran velocidad.

—Ivy, algo...

—¡Un ciervo! —exclamó ella.

Los ojos del animal resplandecieron. Entonces, una luz apareció detrás de él, una explosión brillante alrededor de su oscura figura. Un coche se aproximaba en sentido contrario. Los árboles les cerraban el paso y no había espacio para girar a izquierda o a derecha.

—¡Frena! —gritó Ivy.

—Estoy...

—¡Frena! ¿Por qué no frenas? —suplicó—. ¡Tristan, frena!

El parabrisas estalló en mil pedazos.

Durante los días siguientes, lo único que Ivy pudo recordar fue la lluvia de cristales.

Al oír el disparo, Ivy dio un respingo. Odiaba las piscinas, especialmente las cubiertas. Aunque sus amigas y ella se encontraban a unos tres metros del borde, tenía la sensación de estar nadando dentro del agua. Incluso el aire parecía oscuro, una húmeda neblina azul verdoso impregnaba con el olor a cloro. Todo retumbaba: los disparos, los gritos de la multitud, las zambullidas de los nadadores en el agua. Lo primero que había hecho al entrar en el pabellón abovedado de la piscina había sido



jadear en busca de aire. Ansiaba estar al aire libre en ese luminoso y ventoso día de marzo.

—Repítemelo —pidió—. ¿Quién es él?

Suzanne Goldstein miró a Beth van Dyke y ella le devolvió la mirada. Luego ambas negaron resignadamente con la cabeza.

—Bueno y ¿cómo voy a saberlo? —preguntó Ivy—. Ninguno de ellos tiene pelo, llevan los brazos, las piernas y el pecho depilados. Son un equipo de chicos calvos con gorros de piscina y los ojos enrojecidos. Aunque llevan los colores de nuestro instituto, podría tratarse perfectamente de un puñado de extraterrestres.

—Si esos tíos son extraterrestres —repuso Beth apretando compulsivamente el pulsador de su bolígrafo—, yo me mudo a su planeta.

Suzanne le quitó el boli y exclamó con voz ronca:

—¡Dios mío! ¡Adoro las competiciones de natación!

—Pero si en cuanto se meten en el agua dejas de mirarlos —señaló Ivy.

—Es porque entonces se dedica a mirar al grupo que está situándose en las plataformas de salida —aclaró Beth.

—Tristan es el que nada en la calle central —explicó Suzanne—. Los mejores nadadores siempre compiten en las calles centrales.

—Es la estrella —añadió Beth—. Es el mejor en estilo mariposa; de hecho, el mejor del Estado.

Ivy ya lo sabía. El póster del equipo de natación estaba por todo el instituto: Tristan surgía del agua con los hombros abalanzándose sobre ti y sus fuertes brazos echados hacia atrás como si de alas se tratara.

El publicista sabía muy bien lo que hacía al elegir esa foto. Había impreso una gran cantidad de copias, lo que había sido una buena idea, ya que los pósteres de Tristan que colgaban de las paredes desaparecían continuamente... y aparecían en las taquillas de las chicas.

En algún momento durante esa moda, Beth y Suzanne habían empezado a pensar que Tristan estaba interesado en Ivy. Dos tropiezos en el vestíbulo en una semana habían bastado para convencer a Beth, una escritora de imaginación desbordante que había leído toda la colección de novelas románticas de Harlequin.

—Pero, Beth, me he chocado contigo miles de veces —argumentó Ivy—. Ya me conoces.

—Te conocemos —dijo lacónicamente Suzanne—. Siempre en las nubes, a cinco kilómetros del suelo, donde viven los ángeles. Aun así, creo que Beth tiene razón: recuerda que fue él quien chocó contigo.

—Quizá es algo torpe cuando está fuera del agua, como les sucede a las ranas —añadió Ivy, aunque era perfectamente consciente de que Tristan Carruthers no era torpe en nada.

Había oído hablar de él ya en su primer día en el instituto de Stonehill, un nevado día de enero. Le habían asignado una animadora para que le enseñara el instituto, y ella la seguía por una cafetería abarrotada de estudiantes.

—Seguro que estás echando un vistazo a los deportistas —dijo la animadora.

En realidad, Ivy estaba ocupada intentando adivinar qué era aquella cosa verde y grasienta que servían para comer a los alumnos en su nuevo instituto.

—En Norwalk, puede que las chicas soñaran con los futbolistas, pero aquí, en Stonehill, muchas...

«Sueñan con él», pensó Ivy, mientras seguía la mirada que la animadora había fijado en Tristan.

—En realidad, prefiero un chico con cerebro —le dijo a la morena de pelo sedoso.

—¡Pues claro que tiene cerebro! —recalcó Suzanne cuando Ivy le repitió el comentario minutos más tarde.

Suzanne, la única chica que conocía en Stonehill, había conseguido localizarla entre la multitud ese día.

—Quiero decir un cerebro que no esté empapado —añadió Ivy—. ¿Sabes?, nunca me han interesado los deportistas. Quiero a alguien con quien pueda hablar.

Suzanne resopló.

—Pero si tú hablas con los ángeles...

—No empieces con eso —le advirtió.

—¿Ángeles? —preguntó Beth. Había estado escuchándolas desde la mesa contigua—. ¿Hablas con los ángeles?

Suzanne puso los ojos en blanco, molesta por la interrupción, y se volvió de nuevo hacia Ivy.

—Deberías pensar en tener al menos un ángel del amor entre tu colección de alas.

—Ya tengo uno.

—Y ¿qué les cuentas? —volvió a interrumpirlas Beth.

Abrió una libreta y cogió un lápiz, como si fuera a copiar palabra por palabra la respuesta de Ivy.

Suzanne la ignoró.

—Bueno, pues si ya tienes un ángel del amor, no está haciendo su trabajo, Ivy. Alguien debería recordarle cuál es su misión.

Ivy se encogió de hombros. No era que los chicos no le interesaran, sino que sus jornadas estaban ya bastante completas: la música, el trabajo en la tienda, ir a clase y cuidar de Philip, su hermanito de ocho años. Habían sido un par de meses difíciles para Philip, para su madre y para ella. No podría haberlo conseguido sin sus ángeles.

Después de ese día de enero, Beth la buscó en varias ocasiones para interrogarla acerca de su creencia en los ángeles y para mostrarle algunos de sus relatos

románticos. A Ivy le gustaba hablar con ella. De cara redonda, con mechas y el pelo por los hombros, cuyo estilo en el vestir iba de lo raro a lo pasado de moda, Beth vivía varias vidas increíblemente románticas y apasionadas... en su mente.

Suzanne, con su fantástica melena larga y morena y sus impresionantes cejas y pómulos, también buscaba y vivía algunas pasiones... en las clases y en los pasillos, y dejaba a los chicos del instituto de Stonehill emocionalmente exhaustos. Beth y Suzanne nunca habían sido realmente amigas, pero a finales de febrero se aliaron para unir a Ivy y a Tristan.

—He oído que es bastante listo —comentó Beth otro día mientras comían en la cafetería.

—Todo un cerebritito —concluyó Suzanne—. El primero de la clase.

Ivy enarcó una ceja.

—O casi.

—La natación es un deporte que requiere inteligencia —continuó Beth—. Parece que lo único que hacen es nadar de aquí para allá, pero un chico como Tristan tiene un plan, una elaborada estrategia para cada carrera.

—Ajá —se limitó a decir Ivy.

—Lo único que decimos es que deberías asistir a una de las competiciones.

—Y sentarte delante —sugirió Beth.

—Y dejar que te vista ese día —añadió Suzanne—. Sabes que puedo elegirte la ropa mejor que tú misma.

Ivy negó con la cabeza con incredulidad, preguntándose entonces, y durante días, cómo podían pensar sus amigas que un chico como Tristan estaba interesado en ella.

Sin embargo, cuando Tristan se puso en pie en la reunión de alumnos y dijo que el equipo necesitaba que todos asistieran a la última competición que se celebraría en el instituto, mirándola fijamente durante todo el discurso, se dio cuenta de que no tenía elección.

—Si perdemos —dijo Suzanne—, pesará sobre tu conciencia.

Así que, a finales de marzo, allí estaba Ivy, viendo cómo Tristan sacudía brazos y piernas. Tenía el físico perfecto para un nadador: una espalda ancha y fuerte y unas caderas estrechas. Su cabello liso y castaño quedaba oculto bajo el gorro. Por lo que Ivy recordaba, tenía mucha cantidad y lo llevaba corto.

—Cada centímetro de su cuerpo está cubierto de músculo —susurró Beth.

Le había quitado el bolígrafo a Suzanne y, después de un par de toques al pulsador, había vuelto a escribir en su cuaderno.

—«Cual roca reluciente, sinuoso en las manos del escultor, escurridizo entre los dedos de la amante...».

Ivy echó un vistazo al cuaderno de Beth.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó—. ¿Poesía o novela romántica?

—¿Acaso existe alguna diferencia? —respondió su amiga.

—¡Nadadores, a sus puestos! —gritó el juez de salida.

Los participantes subieron a las plataformas.

—¡Madre mía! —murmuró Suzanne—. Esos bañadores no dejan mucho a la imaginación, ¿no creéis? Me pregunto qué tal le sentaría uno de éstos a Gregory.

Ivy le propinó un codazo.

—Baja la voz. Está ahí mismo.

—Ya lo sé —contestó Suzanne pasándose los dedos por el pelo.

—Preparados...

Beth se inclinó hacia adelante para echar un vistazo a Gregory Baines.

—«Su cuerpo sutil, seductor y sabroso...».

¡Pum!

—Siempre empleas palabras que empiezan por «s» —le reprochó Suzanne.

Beth asintió.

—La aliteración en «s» provoca la ilusión de estar hablando en susurros y resulta sexi. Seductor, sensual, sobrenatural...

—¿Alguna de las dos está mirando la carrera? —las interrumpió Ivy.

—Son cuatrocientos metros, Ivy. Lo único que hace Tristan es nadar de aquí para allá, de aquí para allá.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha pasado con el cerebritito y su elaborada estrategia para ganar en un deporte que requiere tanta inteligencia como es la natación? —inquirió.

Beth se puso de nuevo a escribir.

—«Volaba como un ángel, soñando con que sus alas hechas de agua se convirtieran en cálidos brazos para Ivy...». ¡Hoy estoy realmente inspirada!

—Yo también —concluyó Suzanne. Su mirada recorrió la fila de cuerpos dispuestos en la zona de calentamiento y después a los espectadores hasta detenerse en Gregory.

Ivy siguió su mirada y volvió a desviarla rápidamente hacia los nadadores. Durante los últimos tres meses, Suzanne había perseguido al seductor, sensual y sobrenatural Gregory Baines. Ivy deseaba que se encaprichara de otro y que lo hiciera pronto, muy pronto, antes del primer sábado de abril.

—¿Quién es la canija morena? —preguntó Suzanne—. Odio a las bajitas. Gregory no pega con una chica bajita. Tiene la cara pequeña, las manos pequeñas, los pies pequeños y delicados...

—Pero las tetas grandes —soltó Beth al levantar la vista de su cuaderno.

—¿Quién es? ¿La habías visto alguna vez, Ivy?

—Suzanne, llevas mucho más tiempo en este instituto que...

—Ni siquiera la has mirado —la interrumpió Suzanne.

—Porque estoy mirando a nuestro héroe, que es lo que se supone que tengo que

hacer. ¿Qué es eso de «paredes»? Todo el mundo grita eso cuando Tristan da media vuelta.

—Es su apodo —contestó Beth—, por la forma en que embiste la pared. Se abalanza contra ella primero con la cabeza para salir luego más rápidamente.

—Ajá, me parece todo un cerebritito, usando la cabeza contra las paredes. ¿Cuánto suelen durar estas competiciones?

—Ivy, vamos —se quejó Suzanne tirando de su brazo—. Mira a ver si sabes quién es la canija morena.

—Twinkie.

—¡Te lo estás inventando!

—Es Twinkie Hammonds —insistió Ivy—. Está en el último curso, va conmigo a clase de música.

Consciente de que Suzanne no dejaba de observarla, Twinkie se volvió y le dedicó una mirada de desprecio. Gregory se percató de su expresión y miró por encima del hombro hacia ellas. Ivy vio dibujarse una sonrisa en su cara.

Gregory Baines tenía una sonrisa encantadora, el pelo moreno y los ojos grises. «Ojos grises y fríos», pensó ella. Era alto, aunque no era su altura lo que hacía que destacara entre la multitud, sino su confianza en sí mismo. Parecía un actor o, más bien, la estrella de la película: formaba parte de todas las escenas y, aun cuando acababa el espectáculo, se mantenía alejado de los demás, pues se creía mejor que el resto. Los Baines eran la familia más rica de la opulenta ciudad de Stonehill; aunque Ivy sabía que no era su dinero, sino esa frialdad, esa actitud distante, lo que volvía loca a Suzanne. Siempre quería lo que no podía tener.

Rodeó cariñosamente con el brazo a su amiga y señaló a un nadador cachas que estaba estirando en la zona de calentamiento, con la esperanza de distraerla.

—¡Paredes! —gritó cuando Tristan hizo el último giro—. Creo que está empezando a gustarme esto.

No obstante, los pensamientos de Suzanne habían vuelto a Gregory. «Esta vez está bien pillada», pensó Ivy con cierto temor.

—Nos está mirando —dijo excitada Suzanne—. Viene hacia aquí.

Ivy se puso tensa.

—Y el chihuahua viene detrás.

«¿Por qué?», se preguntó Ivy. ¿Qué podía tener que decirle Gregory tras ignorarla durante tres meses? En enero, se había dado cuenta rápidamente de que él no iba a admitir que la conocía. Como si hubieran firmado un acuerdo de confidencialidad, ninguno de los dos había dicho que el padre de Gregory iba a casarse con la madre de Ivy. Eran pocos los que sabían que ambos compartirían techo a partir del próximo abril.

—¡Hola, Ivy! —Twinkie fue la primera en hablar. Se hizo un hueco a su lado,

ignorando a Suzanne y dedicando apenas una mirada a Beth—. Le estaba diciendo a Gregory lo cerca que nos sentamos en clase de música.

Ivy la miró sorprendida; nunca se había fijado en dónde se sentaba Twinkie.

—Dice que nunca te ha oído tocar el piano, y le estaba contando lo buena que eres.

Ivy abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir. La última vez que había tocado una pieza original para la clase, Twinkie había mostrado su reconocimiento limándose las uñas.

Entonces, sintió los ojos de Gregory fijos en ella. Cuando lo miró, él pestañeó. Rápidamente Ivy señaló a sus amigas y dijo:

—¿Conocéis a Suzanne Goldstein y a Beth van Dyke?

—En realidad, no —respondió él sonriendo primero a una y luego a la otra.

Suzanne se ruborizó y Beth se concentró en él con el interés de una investigadora mientras golpeaba el pulsador del bolígrafo.

—Adivina qué, Ivy. En abril no vivirás lejos de mi casa, nada lejos —dijo Twinkie—. Así será mucho más fácil estudiar juntas.

«¿Más fácil?».

—Puedo llevarte en coche al instituto. Llegarás más rápido a casa.

«¿Más rápido?».

—Quizá podríamos quedar más a menudo.

«¿Más a menudo?».

—¡Pero bueno, Ivy! —exclamó Suzanne moviendo sus largas y negras pestañas—. ¡No me habías contado que Twinkie y tú erais tan buenas amigas! Quizá podríamos salir todas juntas. ¿No te gustaría ir a casa de Twinkie, Beth?

Gregory reprimió apenas una sonrisa.

—Podríamos quedarnos a dormir en tu casa.

Pero Twinkie no parecía entusiasmada con la idea.

—Podríamos hablar de chicos y elegir quién es el más sexi —Suzanne clavó la mirada en Gregory, repasándolo de arriba abajo, fijándose en cada detalle. Él parecía seguir divirtiéndose—. Conocemos a algunas chicas del antiguo instituto de Ivy en Norwalk —prosiguió ella alegremente.

Suzanne sabía que la clase alta de Stonehill, que se desplazaba diariamente a la ciudad de Nueva York a trabajar, poco tenía que ver con la clase obrera de Norwalk.

—Seguro que les encantaría venir, podríamos ser todas amigas. ¿No te parece divertido?

—No mucho —espetó Twinkie, y le dio la espalda—. Ivy, ha sido un placer hablar contigo. Nos vemos pronto, espero. Vamos, Greg, aquí hay demasiada gente —concluyó mientras tiraba de su brazo.

Como Ivy había vuelto a centrar su atención en lo que ocurría en la piscina,

Gregory la cogió por la barbilla y le levantó la cabeza para que lo mirara. Sonreía.

—Pareces avergonzada, Ivy —dijo—. ¿Por qué? Funciona en ambos sentidos, ¿sabes? Hay muchos chicos, chicos a los que apenas conozco, que de repente hablan como si fueran mis mejores amigos y que esperan poder dejarse caer por mi casa la primera semana de abril. ¿Por qué crees que lo hacen?

—Porque eres popular, supongo —respondió ella encogiéndose de hombros.

—¡Mira que eres inocente! —exclamó él.

Ivy deseaba que la soltara. Desvió la vista hacia la siguiente fila de las gradas, donde estaban sentados los amigos de Gregory. Eric Ghent y otro chico hablaban animadamente con Twinkie y reían. El superguay Will O'Leary estaba mirándola.

Gregory apartó la mano y se marchó tras dedicar una simple inclinación de cabeza a sus amigas, con los ojos aún brillantes por la risa. Cuando Ivy volvió a mirar a la piscina, se dio cuenta de que tres chicos con gorros e idénticos minibañadores habían estado observándola. No tenía ni idea de cuál era Tristan, si es que era uno de ellos.

—Me siento tonto —dijo Tristan al contemplar su reflejo en la ventana, en forma de rombo, de la puerta que separaba la cocina del salón del club de antiguos alumnos de la universidad.

Los empleados se afanaban en encender los candelabros y comprobar las copas. En la enorme cocina donde Gary y él aguardaban, las mesas estaban repletas de exquisitas frutas y entremeses. Tristan no tenía ni idea de qué eran la mayoría de ellos o de si debían servirse de alguna forma especial; tan sólo esperaba que tanto los platos como las copas de champán se mantuvieran en lo alto de su bandeja.

Gary estaba peleándose con sus gemelos. No conseguía que el fajín de su esmoquin de alquiler se mantuviera alrededor de la cintura, ya que el velcro no pegaba. Se había abrochado uno de los brillantes zapatos negros, un número más pequeño, con un cordón de sus zapatillas moradas como solución de emergencia. «Gary es un amigo de verdad al acceder a este plan», pensó Tristan.

—Recuerda —le dijo—, pagan bien y necesitamos el dinero para el campeonato del mediooeste.

—A ver cuánto nos queda después de pagar los desperfectos —gruñó Gary.

—¡Todo! —contestó confiadamente Tristan.

¿Tan difícil podía ser pasearse con una bandeja? Gary y él eran nadadores. Su equilibrio natural les había otorgado el derecho a decir una mentirijilla sobre su experiencia cuando se habían entrevistado con el encargado del catering. El trabajo iba a ser pan comido.

Tristan cogió una bandeja de plata y contempló su reflejo.

—No sólo me siento tonto, sino que además lo parezco.

—Lo eres —dijo Gary—. Y quiero que sepas que no soy tan estúpido como para tragarme ese cuento de ganar dinero para el campeonato.

—¿Qué quieres decir?

Gary cogió una fregona y la sujetó de forma que las fibras esponjosas cayeran sobre su cabeza.

—¡Oh, Tristy! —exclamó con voz aguda—. ¡Qué sorpresa verte en la boda de mi madre!

—Cierra el pico.

—¡Oh, Tristy! Deja esa bandeja y baila conmigo.

Gary sonrió y se pasó la mano por el pelo de fregona.

—Su pelo no es así.

—¡Oh, Tristy! He cogido el ramo de mi madre, fuguémonos juntos y casémonos.



—¡No quiero casarme con ella! Sólo quiero que sepa que existo. Sólo quiero salir con ella. ¡Una vez! Y si no le gusto, pues...

Tristan se encogió de hombros como si no le importara, como si el peor enamoramiento de su vida fuera a desaparecer de la noche a la mañana.

—¡Oh, Tristy...!

—Te voy a...

La puerta de la cocina se abrió de golpe.

—Señores —anunció el señor Pompideau—, los invitados a la boda ya han llegado y están esperando a que se les sirva. ¿Cómo ha podido sonreírnos de este modo la Fortuna para que dos *garçons* tan experimentados como ustedes estuvieran disponibles para ayudarnos a servirles?

—¿Está siendo sarcástico? —preguntó Gary.

Tristan puso los ojos en blanco y ambos se apresuraron a unirse a la fila de camareros que ya estaban en sus puestos.

Durante los primeros diez minutos, Tristan se dedicó a observar a los demás empleados, intentando aprender lo que tenía que hacer. Sabía que a las chicas y a las mujeres les gustaba su sonrisa, y se sirvió de ella siempre que le pareció útil, especialmente cuando el caviar que estaba sirviendo saltó sobre el regazo de una mujer como si de un pez se tratara.

Se abrió paso por el enorme salón de recepción, buscando a Ivy, mirando de reojo a los barrigones que vaciaban su bandeja. Dos de ellos se marcharon con la bebida sobre la ropa, refunfuñando, pero él apenas si se dio cuenta. Lo único en lo que podía pensar era en Ivy. Si la tuviera delante, ¿qué le diría? «¿Una croqueta de cangrejo?». O quizá: «¿Puedo sugerirle *la croquette de cangrejé?*».

Sí, eso la impresionaría.

¿En qué clase de chico se había convertido? ¿Por qué él, Tristan Carruthers, alguien cuya foto colgaba en cientos de taquillas de chicas (bueno, quizá exagerase un poco), necesitaba impresionarla a ella, una chica sin ningún interés en ocupar su taquilla o, que él supiera, la de ningún otro? Caminaba por los mismos pasillos que él, pero era como si viviera en otro mundo.

Se había fijado en ella el primer día que llegó al instituto. No era tan sólo esa clase distinta de belleza, su maraña salvaje de cabello rubio y rizado y sus ojos de color verde mar lo que hacía que quisiera mirarla continuamente y tocarla, sino la manera en que parecía libre de las cosas que obsesionan a los demás: la forma en que se concentraba en la persona con quien hablaba, sin mirar a su alrededor para comprobar quién más había; la forma en que se vestía sin intentar parecerse a nadie; la forma en que quedaba absorta por una canción. Un día, Tristan se había plantado en la puerta de la clase de música del instituto, cautivado. Por supuesto, ella ni siquiera se había percatado de su presencia.

Dudaba que ella supiera que existía. Pero ¿era ese catering una buena forma de ponerla al corriente? Tras recuperar una croqueta de cangrejo que había rodado hasta detenerse entre unos zapatos acabados en punta, empezaba a tener sus dudas.

Y entonces la vio. Iba vestida de rosa y rosa y más rosa: metros de tela rosa brillante que caía desde sus hombros. Debía de llevar, además, algún tipo de aro bajo la falda.

Gary pasó en ese momento por su lado. Tristan se volvió demasiado de prisa y sus codos chocaron. Ocho copas temblaron y se derramó un poco de vino tinto.

—¡Menudo vestido! —exclamó Gary con una risita.

Tristan se encogió de hombros; sabía que el vestido era cursi, pero no le importaba.

—Se lo acabará quitando —replicó.

—Un poco presuntuoso por tu parte, amigo.

—¡No era eso lo que quería decir! Lo que...

—Pompideau —lo avisó Gary, y ambos se dispersaron rápidamente.

No obstante, el encargado alcanzó a Tristan y lo arrastró a la cocina. Cuando volvió a salir, llevaba una fuente plana con verduras y un recipiente poco profundo con una especie de salsa; todo cosas que no se derramaban. Se percató de que algunos de los invitados parecían reconocerlo y se apartaban rápidamente de su camino cuando se acercaba. Así pues, se dedicó a pasear una bandeja repleta de un lado a otro, sin apenas tener que fijarse por dónde iba, y tuvo mucho tiempo para contemplar la fiesta.

—¡Eh, tú, nadador! Nadadooor.

Era alguien del instituto, seguramente uno de los amigos de Gregory. A Tristan nunca le habían gustado los chicos y las chicas que iban con él. Todos tenían dinero y alardeaban de él; además, hacían cosas estúpidas y siempre estaban buscando nuevas emociones.

—Nadadooor, ¿estás sordo? —insistió el chico.

Era Eric Ghent, un tipo rubio con la cara alargada. Estaba apoyado distraídamente en la pared, aferrando un aplique.

—Lo siento —dijo Tristan—. ¿Hablabas conmigo?

—Te conozco, Paredes, te conozco. ¿Es esto lo que haces entre un largo y otro?

Eric soltó la lámpara y se tambaleó ligeramente.

—Esto es lo que hago para poder permitirme hacer largos —contestó Tristan.

—Estupeendo. Te compraré máaas largos.

—¿Qué?

—Paredes, haré que te salga rentable traerme una copa.

Tristan lo miró detenidamente.

—Creo que ya te has tomado una.

Eric alzó cuatro dedos y luego dejó caer la mano.

—Cuatro —se corrigió Tristan.

—Es una fiesta privada —dijo Eric—. Sirven a los menores. Bueno, fiesta privada o no, servirán lo que sea a quien quiera el viejo Baines. Ya sabes que el hombre compra a cualquiera.

«De alguien ha tenido que aprender Gregory», pensó Tristan.

—Bueno, en ese caso, el bar está por ahí.

Intentó seguir su camino, pero Eric se plantó delante de él.

—El problema es que me han cortado el grifo.

Tristan respiró profundamente.

—Necesito una copa, Paredes. Y túuu necesitas dinero —continuó Eric.

—No acepto propinas —dijo él firmemente.

Eric se echó a reír.

—Bueno, quizá no te las den. He visto cómo chocabas con la gente. Aunque pienso que deberías aceptarlas.

—¿Perdón?

—Nos necesitamos el uno al otro. Tenemos dos opciones: ayudarnos o pelearnos.

Tristan no respondió.

—¿Me has entendido, Paredes?

—Te he entendido, pero no puedo ayudarte.

Eric dio un paso adelante y Tristan retrocedió, pero él volvió a acercarse.

Tristan se puso tenso. En su opinión, el amigo de Gregory era un peso ligero, igual de alto que él, pero ni de lejos tan ancho de espaldas. No obstante, el chico había bebido y no tenía nada que perder; nada del estilo de una bandeja enorme repleta de verduras. «Ningún problema —pensó—, una finta rápida hará que se desplome y se caiga de bruces».

Con lo que Tristan no había contado era con que el cortejo nupcial pasara por allí en ese preciso instante. Lo vio venir por el rabillo del ojo, por lo que tuvo que virar y chocó con el inestable Eric. Trozos de apio, coliflor, champiñones, tiras de pimiento, brócoli y guisantes salieron disparados hacia uno de los candelabros y cayeron cual lluvia sobre el cortejo.

Entonces ella lo miró. Ivy, la reluciente Ivy. Por un momento sus miradas se encontraron. Sus ojos eran redondos como los tomatitos cherry que acababan de caer sobre los invitados de su madre.

Tristan podía estar seguro de que finalmente ella sabía que existía y, también, de que nunca saldría con él, jamás.

—Puede que tuvieras razón, Ivy —susurró Suzanne cuando miraron al suelo y lo vieron todo salpicado de verduras crudas—. En tierra firme, Tristan es un poco

patoso.

«¿Qué está haciendo aquí? —se preguntó ella—. ¿Por qué no se ha quedado en su piscina, donde pertenece?». Sabía que sus amigas se convencerían de que estaba siguiéndola, y sintió vergüenza.

Beth se dirigió hacia ellas de puntillas; aun así, se le clavó un tomate en el tacón.

—Quizá se dedique a esto para ganar algo de dinero —dijo al ver la expresión preocupada de Ivy.

Suzanne negó con la cabeza.

—¿A tirarle brócoli a la novia?

—Ese nadador pelirrojo tan mono también está aquí —prosiguió Beth.

Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, lo que hacía que pareciera aún más un búho.

—Ninguno de los dos tiene ni idea de lo que está haciendo —señaló Suzanne.

—Sólo están aquí para esta noche —se lamentó Ivy.

—Creo que Tristan está algo necesitado —añadió Beth.

—¿De dinero o de Ivy? —preguntó Suzanne, y ambas se echaron a reír.

—Oh, venga, Ivy —dijo Beth tocándole el brazo con suavidad—. ¡Es divertido! Seguro que ha puesto unos ojos como platos al ver lo que llevabas puesto.

Suzanne abrió los suyos de manera exagerada y empezó a tararear la melodía de *Lo que el viento se llevó*.

Ivy hizo una mueca de disgusto. Era consciente de que parecía Escarlata O'Hara después de haberle caído encima un chaparrón de purpurina. Por desgracia, era el vestido que su madre había escogido especialmente para ella.

Suzanne siguió tarareando.

—Seguro que a Gregory también se le han puesto unos ojos como platos al ver lo que no llevabas puesto —añadió Ivy con la esperanza de hacerla callar.

Suzanne llevaba un vestido negro de tubo muy escotado.

—¡Eso espero!

—Hablando del rey de Roma —dijo Beth.

—¡Aquí estás, Ivy! —Gregory hablaba con voz agradable e incluso cómplice.

Suzanne se volvió en seguida hacia él, pero éste le ofreció el brazo a Ivy.

—Nos esperan en la mesa de los novios.

Con la mano ligeramente apoyada sobre el brazo de él, Ivy caminó a su lado, deseando que fuera Suzanne la que estuviera en su lugar. Su madre levantó la vista cuando se acercaron y esbozó una radiante sonrisa al ver a Ivy con su abombado vestido.

—Gracias —dijo Ivy cuando Gregory le apartó la silla.

Él sonrió, mostrando esa sonrisa secreta que había visto por vez primera en el campeonato de natación. Luego se agachó y acercó los labios a su cuello descubierto.

—Ha sido un placer, madame.

Ivy notó que se le ponía la carne de gallina. «Está jugando, simplemente síguelo el juego», se dijo. Desde aquel día, él había estado haciendo bromas e intentando ser amable, y ella sabía que debía concederle puntos por eso; sin embargo, seguía prefiriendo al antiguo y distante Gregory.

Había entendido a la perfección la fría reacción de él a su llegada al instituto. Comprendía que debía de haber sido un terrible golpe para él enterarse de que Maggie se mudaba con su prole de su apartamento de Norwalk a un piso que su padre había alquilado en Stonehill y que eso era tan sólo un paso previo a la boda.

El lío entre Andrew y Maggie había empezado años antes. Aunque los líos líos son, como dice la gente, y Andrew y su madre eran una pareja muy dispar: el adinerado y distinguido rector de una universidad y la peluquera de su esposa. ¿Quién iba a adivinar que años después de su aventura, años después del divorcio de Andrew, Maggie y él acabarían casándose?

Incluso a Ivy la había sorprendido. Su padre había muerto cuando ella era una niña, y había crecido viendo a su madre pasar de un novio a otro; estaba convencida de que siempre sería así.

Se inclinó hacia adelante para mirar a su madre, pero captó la atención de Andrew, que le dirigió una sonrisa y le dio un codazo a su nueva esposa. Maggie también le sonrió. Parecía tan feliz...

«Ángel del amor, cuida de mamá. Cuida de todos nosotros. Haz que seamos una familia feliz, feliz y fuerte», rezó en silencio Ivy.

—¿Debería decirte que, esto..., tus brillantes están nadando en la sopa?

Ivy se echó hacia atrás en seguida. Gregory rompió a reír y le ofreció su servilleta.

—Ese vestido puede meterte en muchos líos —bromeó—. Antes casi deja ciego a Tristan Carruthers.

Ivy notó cómo se ruborizaba. Quería dejar claro que había sido Eric y no ella...

—Lo siento por la mesa a la que le toque como camarero esta noche. Por la suya y por la de ese otro deportista —añadió Gregory, aún sonriendo—. Espero que no sea la nuestra.

Ambos echaron un vistazo a la sala.

«Yo también —pensó Ivy—. Yo también».

Poco después de la lluvia de verduras, le dijeron que podía y, de hecho, debía marcharse inmediatamente. Tristan, cansado y humillado, se habría ido gustosamente, pero debía llevar a Gary a su casa. Así que se quedó merodeando por la cocina hasta que encontró una despensa donde esconderse.

Estaba oscura y tranquila. Los estantes estaban repletos de cajas y latas enormes.

Acababa de acomodarse sobre una caja de cartón cuando oyó unos crujidos detrás. «Serán ratones o ratas», pensó. No le importaba. Como consuelo se imaginó en lo alto del pódium, con la bandera de Estados Unidos izada detrás y el himno sonando de fondo, mientras Ivy lo veía en la televisión y se lamentaba por haber perdido la oportunidad de salir con él.

—Soy idiota —se dijo apoyando la cabeza en las manos—. Puedo tener a cualquier chica que quiera y...

Una mano se posó sobre su hombro. Tristan levantó la cabeza y se encontró con la cara pálida y triangular de un niño de unos ocho años. Iba bien vestido, llevaba el nudo de la corbata bien hecho y el pelo negro muy aplastado. Debía de ser uno de los invitados a la boda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Tristan.

—¿Me has traído comida? —lo interrogó el niño.

Tristan frunció el ceño, molesto por tener que compartir su escondrijo, un lugar acogedor en el que suspirar por Ivy.

—¿Por qué no la coges tú mismo?

—Me verán —contestó el muchacho.

—¡Y a mí!

La boca del niño se tornó una línea fina y recta; su expresión era firme, aunque sus ojos parecían vacilantes. Puso cara de enfadado.

—Parece que los dos intentamos lo mismo —dijo Tristan con voz amable—: escondernos.

—Tengo mucha hambre. Ni he desayunado ni he comido —añadió el niño.

Por la puerta entreabierta, Tristan podía ver a los otros camareros entrar y salir a toda prisa. Acababan de empezar a servir la cena.

—A lo mejor tengo algo en el bolsillo.

Sacó una croqueta de cangrejo aplastada, algunas gambas, tres tallos de apio rellenos, un puñado de anacardos y algo irreconocible.

—¿Eso es sushi? —preguntó el niño.

—Me has pillado. Todo esto ha ido a parar al suelo y luego a mi bolsillo, y no sé dónde ha estado la chaqueta porque es alquilada.

El chico asintió solemnemente y estudió la selección que Tristan le había presentado.

—Me gustan las gambas —dijo al fin.

Cogió una, escupió sobre ella y la limpió con el dedo. Hizo lo mismo con todas las demás, luego con la croqueta de cangrejo y, por último, con el apio. Tristan se preguntaba si escupiría sobre cada uno de los diminutos anacardos. Sentía curiosidad por conocer cuál sería el gran problema del niño para no haber comido nada en todo el día y haber acabado escondiéndose en una oscura despensa.

—Me parece que no te gustan mucho las bodas —dijo.

El niño lo miró y, acto seguido, le dio un mordisco a la cosa irreconocible.

—¿Tienes nombre, chaval?

—Sí.

—Yo me llamo Tristan, ¿y tú?

El chico dejó a un lado el entremés irreconocible y empezó a limpiar los anacardos.

—Quiero cenar —respondió—. Estoy hambriento.

Tristan miró por el resquicio de la puerta. Los camareros entraban y salían apresuradamente de la cocina.

—Hay mucha gente.

—¿Estás metido en algún lío? —preguntó el niño.

—Algo así, nada serio. ¿Y tú?

—Aún no.

—Pero ¿lo estarás?

—Cuando me encuentren.

Tristan asintió.

—Imagino que ya te habrás dado cuenta de que no puedes quedarte aquí para siempre.

El niño entornó los ojos y examinó los estantes de la oscura habitación, como si estuviera considerando seriamente sus posibilidades. Tristan puso la mano sobre el brazo del chico.

—Colega, ¿qué problema tienes? ¿Quieres contármelo?

—Lo que quiero es cenar —contestó.

—¡Vale, vale! —dijo Tristan, irritado.

—También quiero postre.

—¡Comerás lo que pille! —exclamó secamente.

—De acuerdo —contestó el chico, sumiso.

Tristan suspiró.

—No me lo tengas en cuenta, estoy algo gruñón.

—No te lo tendré en cuenta —le aseguró el niño con dulzura.

—Mira, colega —dijo Tristan—, sólo queda un camarero y mucha comida. ¿Vienes conmigo? ¡Bien! Ya se va. Ladrones, a sus puestos, preparados...

—¿Dónde está Philip? —preguntó Ivy.

Iban por la mitad de la cena cuando se percató de que su hermano no estaba en su sitio.

—¿Habéis visto a Philip? —dijo levantándose de la silla.

Gregory la obligó a sentarse de nuevo.

—Yo no me preocuparía, Ivy. Estará jugando por ahí.

—Pero no ha comido nada en todo el día —replicó ella.

—Entonces, estará en la cocina —dijo él simplemente.

Gregory no lo entendía. Su hermano pequeño llevaba semanas amenazando con fugarse. Había intentado explicarle una y otra vez lo que estaba pasando, lo bien que estarían en su enorme casa en la que había una cancha de tenis y vistas al río, y lo estupendo que sería tener a Gregory como hermano mayor; pero no se lo había tragado. En realidad, tampoco Ivy lo había hecho.

Retiró la silla, demasiado a prisa como para que Gregory la detuviera, y se dirigió a la cocina.

—¡Al ataque! —dijo Tristan.

Sobre la caja que había entre él y el chico había un montón de comida: un filete carbonizado, unas cuantas gambas, verduras surtidas, algo de ensalada y unos bollos untados en exceso con mantequilla.

—No está nada mal —comentó el niño.

—¿Nada mal? ¡Pero si es un festín! ¡Vamos, come! Necesitamos coger fuerzas para capturar el postre.

Tristan atisbó una pequeña sonrisa que desapareció acto seguido.

—¿Con quién tienes problemas? —quiso saber el chico.

Tristan acabó de masticar.

—Con el encargado del catering, el señor Pompideau. Trabajaba para él y derramé varias cosas, también mojé unos cuantos pantalones.

El niño sonrió, una gran sonrisa en esa ocasión.

—¿Mojaste al señor Lever?

—¿Debería haber sido mi objetivo? —preguntó Tristan.

El niño asintió, su cara iluminándose considerablemente al imaginarlo.

—Da igual, Pompideau me dijo que llevara cosas que no pudieran derramarse, imagínate.

—¿Sabes qué le habría dicho yo?

Había dejado de fruncir el ceño y había pasado a engullir comida mientras hablaba con la boca llena. Parecía estar cien veces mejor que hacía tan sólo quince minutos.

—¿Qué?

—Le habría dicho: «¡Llévalo tú con la oreja!».

—¡Buena idea! —dijo Tristan cogiendo un tallo de apio—. Lévalo con la oreja, Pompideau.

El niño rió a carcajadas. Tristan se colocó el apio en la oreja.

—¡Con la otra oreja, Pompideau! —ordenó el niño.



Tristan cogió más apio.

—¡En el pelo, yabadabadú! —continuó el chico, transportado por el juego.

Tristan cogió un puñado de lechuga en tiras y se la puso en el pelo, descubriendo, demasiado tarde, que estaba aderezada con una vinagreta. El niño echó la cabeza hacia atrás y rió alegremente.

—¡En la nariz, Scooby Doo!

«Y ¿por qué no?», pensó Tristan. Él también había tenido ocho años, y recordaba que a los niños pequeños las narices y los mocos les parecían algo muy divertido. Cogió dos colas de gamba y se las metió en la nariz, dejando que el extremo asomara por sus orificios.

El crío estuvo a punto de caerse de la caja debido a la risa.

—¡En los dientes, Scooby Doo!

Dos aceitunas negras bastaron, cada una en un diente, para conseguir dos incisivos negros.

—En...

Tristan estaba ocupado acomodando el apio y las gambas y no se había dado cuenta de que el haz de luz se había ampliado. Tampoco vio cómo el chico se demudaba.

—¿En dónde, Scooby Doo?

Y entonces levantó la vista.

Ivy se quedó paralizada, asombrada al ver a Tristan con tallos de apio en las orejas, ensalada en el pelo, algo negro y blando en los dientes y, por increíble que pudiera parecer en alguien mayor de ocho años, una cola de gamba en cada orificio de la nariz.

Él también se quedó atónito al verla.

—¿Me he metido en un lío? —preguntó Philip.

—Creo que yo sí —dijo Tristan en voz baja.

—Tendrías que estar en el salón comiendo con todos nosotros —contestó Ivy.

—Estamos comiendo aquí. Estamos dándonos un festín.

Ivy echó un vistazo al surtido de comida apilada en los platos que tenían delante y arqueó un extremo de los labios hacia arriba.

—Por favor, Ivy, mamá dijo que podíamos traer amigos a la boda.

—Pero tú le respondiste que no tenías ninguno, ¿recuerdas? Dijiste que no tenías ningún amigo en Stonehill.

—Ahora sí.

Ivy miró a Tristan. Él procuraba no levantar la vista, concentrándose en el apio, las gambas y las aceitunas negras espachurradas que estaba alineando en la caja que tenía delante. Avergonzado.

—¡Mademoiselle!

—¡Es Scooby Doo! —gritó Philip—. ¡Cierra la puerta! ¡Ivy, por favor!

Ella obedeció, aunque en contra de su buen juicio; por extraño que pudiera parecer, su hermano estaba más feliz de lo que lo había visto en semanas. Le dio la espalda a la despensa y quedó frente al encargado.

—¿Algo va mal, mademoiselle?

—No, señor.

—¿Está *très certaine*?

—*Très*.

Ivy cogió al señor Pompideau del brazo y lo alejó de la puerta.

—Bueno, la requieren en el salón —dijo secamente—. Es la hora del brindis. Todo el mundo la está esperando.

Ivy se dio prisa. Efectivamente, la estaban esperando y no pudo evitar ruborizarse al cruzar la sala. Gregory la acercó hacia sí riendo y le ofreció una copa de champán. El encargado de hacer el brindis fue un amigo de Andrew, y se hizo interminable.

—¡Bravo! —gritaron todos los invitados al final.

—¡Bravo, hermanita! —dijo Gregory.

Bebió de un trago todo el contenido de la copa y luego la levantó para que le sirvieran más. Ivy apenas dio un sorbo a la suya.

—¡Chinchín, hermanita! —continuó él, aunque esa vez lo hizo en voz baja y suave y con un extraño brillo en los ojos.

Hizo chocar su copa con la de ella y volvió a vaciarla. Acto seguido, la atrajo hacia sí, tan cerca que Ivy no podía respirar, y la besó en la boca apasionadamente.

Estaba sentada al piano mirando los mismos compases desde hacía cinco minutos. Una mano reposaba suavemente sobre sus labios. La dejó caer sobre las teclas amarillentas y deslizó los dedos sobre ellas; se escaparon algunos acordes, aunque no llegaron a componer una melodía. Ivy se pasó la lengua por los labios. No estaban realmente quemados; todo estaba en su mente.

Se alegraba de haberle pedido a su madre que dejara que Philip y ella se quedaran en el piso hasta que hubiera acabado la luna de miel. Seis días a solas con Gregory en esa enorme casa de la colina era más de lo que podía afrontar, especialmente con Philip dando guerra.

El niño, que en el abarrotado apartamento de Norwalk había colocado unas viejas cortinas alrededor de su cama porque quería estar lejos de «las chicas», llevaba las dos últimas semanas suplicando que lo dejara dormir con ella. Al final, la noche antes de la boda le había permitido llevar un saco de dormir a su habitación; al despertarse, había descubierto a Philip y a *Ella*, la gata, encima de la cama. Después del largo día de la boda, seguramente volvería a dejarlo dormir en su habitación.

Philip estaba tirado en el suelo detrás de ella jugando con sus cromos de béisbol, organizando equipos de ensueño sobre una concurrida alfombra. Como de costumbre, *Ella* quería tumbarse en el centro del campo de béisbol. El *pitcher* se movió sobre su barriga, arriba y abajo. De vez en cuando, Philip dejaba escapar alguna frase en voz baja: «La bola se eleva en el aire hacia el centro del campo», y entonces Don Mattingly conseguía hacer un *home-run*.

«No debería haber dejado que se quedara despierto hasta tan tarde», pensó Ivy. Pero ella tampoco podía dormir, y apreciaba su compañía. Además, el chico había comido semejante mezcla de comida en la fiesta y tal cantidad de dulces después, gracias a Tristan, que era probable que vomitara sobre el saco de dormir, y las sábanas limpias, como todo lo demás en el piso, estaban empaquetadas.

—Ivy, he decidido que no voy a mudarme —dijo Philip de repente.

—¿Cómo?

Ivy levantó las piernas y giró sobre la banqueta.

—Me quedo aquí. ¿*Ella* y tú os quedáis conmigo?

—¿Y qué pasa con mamá?

—En adelante puede ser la madre de Gregory.

Ivy hizo una mueca de disgusto, igual que hacía cada vez que su madre se preocupaba en exceso por Gregory. Maggie era afable y cariñosa, y se estaba esforzando mucho; en realidad, demasiado. No tenía ni idea de que él la encontraba ridícula.

—Ella siempre será nuestra madre, y ahora mismo nos necesita.

—Vale —dijo Philip, conforme—, tú y *Ella* os marcháis. Le preguntaré a Tristan si quiere mudarse conmigo.

—¿Tristan?

El chico asintió y continuó para sí:

—Allá va el bateador... Va a conseguir la carrera del empate... Está llegando a la meta.

Al parecer, una vez tomada la decisión, no consideraba necesario seguir hablando del tema, por lo que siguió jugando alegremente. Eso era lo más extraño: había vuelto a jugar después de pasar la tarde con Tristan.

¿Qué le habría dicho para ayudarlo tanto? Quizá nada, pensó Ivy. Quizá en lugar de haber pasado las tres últimas semanas intentando explicarle por qué su madre se casaba, debería haberse metido una gamba en la nariz.

—Philip —dijo de pronto.

El niño no respondió hasta que hubo terminado la carrera del empate.

—¿Qué?

—¿Te dijo Tristan algo de mí?

—¿De ti? —Reflexionó un momento—. No.

—¡Ah!

«No es que me importe», se dijo a sí misma.

—¿Lo conoces? —preguntó él.

—No, no. Pensaba que tal vez te hubiera dicho algo de mí cuando te encontré en la despensa.

Philip adoptó una expresión pensativa.

—¡Ah, sí! Me preguntó si te gustaba ponerte vestidos de color rosa como el que llevabas y si de verdad creías en los ángeles. Le hablé de tu colección de figuritas.

—¿Qué le dijiste sobre el vestido?

—Que sí.

—¡¿Que sí?!

—Le dijiste a mamá que era bonito.

Y su madre la había creído, así que ¿por qué no iba a hacerlo Philip?

—¿Te ha dicho Tristan por qué estaba trabajando allí hoy?

—Ajá.

La entrada había acabado, y Philip estaba preparando una nueva defensa.

—¿Y bien? ¿Por qué? —preguntó ella, exasperada.

—Tenía que ganar algo de dinero para un campeonato de natación. Es nadador, Ivy. Tiene que ir a otros estados y viajar en avión... No recuerdo adónde.

Su hermana asintió. Claro, Tristan simplemente necesitaba dinero y había buscado un trabajo para ganarlo. Debería dejar de escuchar a Suzanne.

De repente, Philip se puso en pie.

—Ivy, no me obligues a ir a esa casa enorme, no me obligues. ¡No quiero cenar con él!

Ella lo atrajo hacia sí.

—Las cosas nuevas siempre dan miedo —lo tranquilizó—, pero Andrew ha sido amable contigo desde el principio. ¿Recuerdas quién te compró el cromó de Don Mattingly?

—No quiero cenar con Gregory.

Ivy no supo qué contestar.

Philip permaneció a su lado, moviendo los dedos en silencio sobre las teclas del viejo piano. Cuando era más pequeño solía hacer lo mismo, y acostumbraba a cantar la melodía que supuestamente estaba tocando.

—Necesito un abrazo —dijo ella—. ¿Qué me dices?

El niño la abrazó sin mucho entusiasmo.

—Toquemos nuestro nuevo dúo, ¿vale?

Él se encogió de hombros y tocó con ella, pero la felicidad de la que había sido testigo Ivy tan sólo un rato antes había desaparecido.

Llevaban cinco compases cuando el chico dejó caer violentamente las manos sobre el piano y aporreó las teclas una y otra vez.

—¡No iré! ¡No iré! ¡No iré!

Y rompió a llorar. Ivy lo abrazó y lo dejó sollozar en sus brazos. Cuando llegó el hipo del agotamiento, le dijo:

—Estás cansado, Philip. Sólo estás cansado.

Aunque sabía que no se trataba sólo de eso.

Philip se apoyó contra su hermana y ella tocó las melodías favoritas del chico. Fue ralentizando el popurrí hasta llegar a las canciones de cuna. Pronto estuvo casi dormido, pero pesaba demasiado para que ella lo llevara en brazos.

—Vamos —dijo ayudándolo a levantarse de la banqueta.

La gata los siguió hasta su habitación.

—Ivy.

—¿Hummm...?

—¿Puedo dormir con uno de tus ángeles?

—Por supuesto. ¿Con cuál?

—Con Tony.

Tony era una figurita de un ángel tallada en madera de color marrón oscuro, y

representaba al padre de Ivy. Ella puso a Tony junto al saco de dormir y Don Mattingly. Philip gateó hasta meterse dentro e Ivy cerró la cremallera.

—¿Quieres rezarle una oración al ángel? —preguntó.

—Ángel de luz, ángel del cielo, cuida de mí esta noche, cuida de todos los que quiero —recitaron juntos.

—Ésa eres tú, Ivy —añadió Philip, y cerró los ojos.

Durante la mayor parte de la semana que siguió a la boda, Ivy se sintió como a la deriva, pasando sin control de un día al siguiente. Fueron jornadas marcadas únicamente por discusiones frustrantes con Philip. Suzanne y Beth se burlaban de su ensimismamiento, aunque demostraban mucho más tacto de lo habitual. Una o dos veces, se encontró en los pasillos con Gregory, que se dedicaba a bromear diciendo que tendría que ordenar su habitación antes del viernes. No se cruzó con Tristan en toda la semana o, al menos, ella no lo vio.

Para entonces, todo el mundo en el instituto se había enterado de la boda de su madre con Andrew. La noticia había aparecido en todos los periódicos locales, así como en el *New York Times*. Ivy no debería haberse sorprendido, ya que Andrew salía a menudo en los periódicos, pero era raro ver fotos de su madre.

Y, al final, llegó la mañana del viernes. Cuando se alejó del piso en su oxidado Dodge, de pronto sintió nostalgia por todos los pisos pequeños, ruidosos y destartados en los que su familia había vivido. Cuando esa tarde saliera del instituto, tomaría un camino diferente, una ruta que ascendía por la colina que dominaba la estación de tren y el río. La carretera que conducía a la casa discurría junto a un muro bajo de piedra y entre zonas de bosque, narcisos y laureles. Los bosques, narcisos y laureles de Andrew.

Por la tarde, Ivy recogió a su hermano en la escuela. Finalmente había dejado de oponerse a lo inevitable y viajaba en silencio en el asiento del acompañante. Cuando iban por la mitad de la colina, Ivy oyó el rugido de una moto que descendía por la siguiente curva. De pronto, el motorista y ella se encontraron cara a cara. Circulaba tan arrimada a la derecha como era posible, pero la moto iba directa hacia ellos. Ivy pisó a fondo el pedal del freno. La moto viró y pasó peligrosamente al lado del coche a toda velocidad.

Philip volvió la cabeza, pero no dijo nada. Su hermana echó un vistazo por el espejo retrovisor. Probablemente fuera Eric Ghent. Deseó que Gregory fuera con él.

Sin embargo, el chico estaba esperándolos en la casa junto a Andrew y su madre, que acababan de volver de su viaje de luna de miel. Ella los recibió con fuertes abrazos, un beso en los labios y la nube de un nuevo perfume. Andrew tomó las manos de Ivy y fue lo bastante prudente como para sonreírle a Philip sin tocarlo. A continuación, tanto Ivy como Philip se volvieron hacia Gregory.

—Yo haré de guía —anunció él. Se quedó mirando fijamente a Philip y prosiguió—: No os alejéis, algunas de las habitaciones están encantadas.

El niño echó rápidamente un vistazo alrededor y luego miró a Ivy.

—Sólo está bromeando.

—No —repuso Gregory—, aquí han vivido algunas personas que han sido muy desgraciadas.

Philip volvió a mirarla, pero ella negó con la cabeza.

Por fuera, la casa era un majestuoso edificio de madera blanca, con pesadas contraventanas de color negro. A cada lado de la estructura principal se había añadido una ala nueva. A Ivy le habría gustado vivir en una de las pequeñas alas, con esos techos inclinados y las ventanas abuhardilladas.

En la parte principal, había estancias con techos altos que parecían tan grandes como algunos de los pisos en los que su familia había vivido. El amplio vestíbulo, con su imponente escalinata, separaba el salón para invitados, la biblioteca y la terraza del comedor, la cocina y la sala de estar. Después de la sala de estar se extendía una galería que llevaba al ala oeste, donde se hallaba el despacho de Andrew.

Como su madre y Andrew estaban hablando en el despacho, la visita por la planta baja se interrumpió en dicha galería, justo delante de tres retratos: el de Adam Baines, el miembro de la familia que había invertido en todas las minas; el del juez Andy Baines, con su toga, y el de Andrew, ataviado con la colorida toga de su graduación. Al lado del último retrato había un hueco en la pared.

—Adivina quién estará colgado ahí —comentó secamente Gregory. Aunque sonreía, sus ojos grises y rasgados reflejaban angustia.

Por un momento, Ivy sintió lástima por él. Al ser el único hijo de Andrew, debían de haberlo presionado mucho para que tuviera éxito en la vida.

—Tú —contestó ella en un susurro.

Gregory la miró a los ojos y se echó a reír, aunque su risa denotaba amargura.

—Vayamos arriba —dijo cogiéndola de la mano y guiándola hacia una escalera de servicio que conducía a su habitación.

Philip fue tras ellos en silencio.

La habitación de Gregory era grande, y sólo tenía una cosa en común con la de los otros chicos: una capa arqueológica de ropa interior y calcetines sucios. Aparte de eso, hacía gala de dinero y buen gusto: sillas negras de piel, mesas de cristal, un escritorio, un ordenador y un gran despliegue tecnológico. En las paredes colgaban reproducciones de cuadros expuestos en museos con llamativas figuras geométricas. En el centro había una cama doble con un colchón de agua.

—Pruébala —la instó él.

Ivy apoyó una mano y la hundió en el colchón, vacilante. Gregory se echó a reír.

—¿De qué tienes miedo? Ven aquí, Phil...

«Nadie lo llama Phil», pensó Ivy.

—Enséñale a tu hermana cómo se hace. Salta encima y revuélcate.



—No quiero —contestó el chico.

—Claro que sí. —Aunque Gregory estaba sonriendo, su tono de voz era amenazador.

—No.

—Es muy divertido.

Gregory lo agarró por el hombro y lo empujó hacia la cama. Philip se resistió, pero tropezó y cayó encima del colchón. De un salto, se levantó tan rápidamente como había caído.

—¡La odio! —gritó.

La expresión de Gregory se endureció y sus labios dibujaron una línea muy fina. Ivy se sentó en la cama.

—Sí que lo es —dijo dando pequeños botes—. Pruébala conmigo, Philip.

Pero él ya había salido al pasillo.

—Tumbate, Ivy —insistió Gregory con voz queda y suave.

Cuando lo hizo, él se tumbó cerca de ella.

—Tenemos que ir a desempaquetar nuestras cosas —dijo Ivy incorporándose rápidamente.

Atravesaron un pasillo de techo bajo que estaba situado justo encima de la galería, en la zona de la casa donde se encontraban las habitaciones de Ivy y de Philip.

La puerta de su cuarto estaba cerrada y, cuando Ivy la abrió, Philip salió disparado hacia *Ella*, que estaba lujosamente repantingada sobre la cama. «¡Oh, no!», se lamentó para sí al examinar la elaborada decoración. Había estado temiéndose lo peor desde que su madre le había dicho que estaba preparando una gran sorpresa. Lo que descubrió fueron muchísimas puntillas, muebles blancos con cantos dorados y una cama con dosel.

—Muebles de princesa —murmuró.

Gregory sonrió.

—Al menos *Ella* se siente como en casa —añadió Ivy—. Siempre se ha considerado una reina. ¿Te gustan los gatos, Gregory?

—Por supuesto —contestó él, sentándose en la cama junto a *Ella*.

Pero la gata se levantó inmediatamente y caminó hacia el otro extremo. Gregory parecía molesto.

—La reina *Ella* —dijo Ivy en voz baja—. Bueno, gracias por la visita. Tengo un montón de cosas que desempaquetar.

Sin embargo, Gregory se acomodó en la cama.

—Ésta era mi habitación cuando era pequeño.

—¿Ah, sí?

Ivy sacó un puñado de ropa de una de las bolsas y abrió la puerta de lo que

supuso era un armario. En lugar de eso, se encontró con una escalera.

—Ésa era mi escalera secreta —dijo Gregory.

Ivy escrutó la oscuridad.

—Solía esconderme en el desván cuando mi madre y mi padre se peleaban, es decir, todos los días —añadió él—. ¿Llegaste a conocer a mi madre? Seguro que sí, siempre necesitó que se lo hicieran todo.

—¿En el salón de belleza? Sí... —contestó Ivy abriendo la puerta del armario.

—Una mujer extraordinaria, ¿verdad? —Sus palabras estaban cargadas de sarcasmo—. Siempre preocupándose por los demás y nunca pensando en sí misma.

—Era muy pequeña cuando la conocí —respondió Ivy con tacto.

—También yo.

—Gregory, hace tiempo que quiero decirte que sé que debe de ser duro para ti ver a mi madre dormir en la habitación de la tuya, y vernos a Philip y a mí ocupar habitaciones que antes te pertenecían. No te culpo por...

—¿Por alegrarme de que estéis aquí? —la interrumpió—. Me alegro mucho. Cuento contigo y con Philip para mantener al viejo de buen humor. Sabe que hay gente pendiente de él y de su nueva familia. Ahora tiene que ser un padre bueno y cariñoso. Deja que te ayude.

Ivy había cogido la caja que contenía sus ángeles.

—No, de verdad, Gregory, puedo sola.

Él buscó en su bolsillo una navaja y cortó la cinta que precintaba la caja.

—¿Qué llevas aquí?

—Sus ángeles —contestó Philip.

—¡El chico habla!

Philip cerró la boca y apretó los labios.

—Dentro de poco, no podrás conseguir que se calle —señaló Ivy.

Abrió la caja y empezó a sacar con cuidado las figuritas, que iban bien empaquetadas. La primera que salió fue Tony, luego un ángel tallado en una piedra gris y suave y, después, su favorito, su ángel del agua, una figura de frágil porcelana pintada en un tono azul verdoso.

Gregory la observó desempaquetar las quince estatuillas y colocarlas en un estante. Sus ojos brillaban de regocijo.

—No te tomarás esto en serio, ¿verdad?

—¿A qué te refieres con eso de «en serio»? —preguntó ella.

—A que no crees realmente en los ángeles, ¿no?

—Pues sí.

Gregory cogió el ángel del agua y lo hizo volar por la habitación.

—¡Déjalo! —gritó Philip—. Es el favorito de Ivy.

Gregory lo hizo aterrizar boca abajo sobre la almohada.

—¡Eres malo!

—Sólo está jugando, Philip —añadió Ivy, y recuperó el ángel con calma.

Gregory se echó sobre la cama.

—¿Les rezas?

—Sí. A los ángeles, no a las figuritas —aclaró ella.

—¿Y qué cosas maravillosas han hecho estos ángeles por ti? ¿Han conquistado ya el corazón de Tristan?

Ivy lo miró sorprendida.

—No, pero tampoco rezo por eso.

Gregory sonrió.

—¿Conoces a Tristan? —preguntó Philip.

—Desde primero —repuso él.

Alargó un brazo perezosamente hacia la gata, pero ésta dio media vuelta para alejarse de él.

—Era el niño bueno de mi equipo de la liga infantil.

Gregory se incorporó para llegar hasta *Ella*. Al mismo tiempo, el animal se levantó y se marchó al otro extremo de la cama.

—Era el niño bueno de todos los equipos —añadió.

Trató de alcanzar de nuevo a *Ella*, pero la gata bufó e Ivy vio cómo las mejillas de Gregory se encendían.

—No te lo tomes como algo personal. Sólo déjala a su aire un rato. Conseguir coger a un gato suele ser difícil.

—Como conseguir a algunas chicas que conozco —señaló él—. Ven aquí, chica.

Tendió la mano para alcanzarla, pero la gata levantó rápidamente una de sus patas negras mostrando las uñas.

—Deja que sea ella la que vaya a ti —lo avisó Ivy.

De todas formas, él la cogió por el pescuezo y la levantó en el aire.

—¡No! —gritó Ivy.

Gregory puso la otra mano bajo la barriga del animal, y *Ella* le mordió con fuerza en la muñeca.

—¡Mierda! —exclamó lanzándola al otro extremo de la habitación.

Philip salió corriendo detrás de la gata, y ésta, a su vez, en dirección a Ivy, que la cogió en brazos. *Ella* meneaba la cola; estaba más enfadada que malherida. Gregory la miraba fijamente, con las mejillas aún coloradas.

—*Ella* es una gatita callejera —le explicó Ivy intentando contener su propio enfado—. Cuando la encontré era una pequeña bola de pelo acurrucada contra la pared que intentaba defenderse de un gato grande y cabreado. Trataba de decírtelo: no puedes llegar a ella de ese modo, no confía fácilmente en la gente.

—Quizá deberías enseñarle —replicó Gregory—. Tú sí confías en mí, ¿no? —

agregó con una de sus sonrisas pícaras.

Ivy dejó cuidadosamente a *Ella* en el suelo, que se sentó bajo una silla y fulminó a Gregory con la mirada. Se oyeron pasos en el corredor y la gata salió disparada a esconderse bajo la cama.

Andrew estaba en la puerta.

—¿Qué tal todo?

—Bien —mintió Ivy.

—Fatal —admitió Philip.

Andrew parpadeó y, a continuación, asintió amablemente.

—Bueno, en ese caso, tendremos que intentar que la cosa mejore. ¿Creéis que es posible?

Philip lo miró fijamente.

Andrew se volvió hacia Ivy.

—¿Has abierto ya esa puerta? —preguntó. Ella siguió su mirada hacia la escalera secreta de Gregory—. La luz está a la izquierda —añadió él.

Al parecer, quería que investigara, así que Ivy abrió la puerta y encendió la luz. Philip, movido por una creciente curiosidad, pasó por debajo de su brazo y subió como un rayo la escalera.

—¡Caray! —gritó desde arriba—. ¡Caray!

Ivy se volvió hacia Andrew. Al oír la voz excitada de Philip, se había ruborizado de placer. Gregory miraba atentamente por la ventana.

—Ivy, ¡ven a ver esto!

Ella subió la escalera corriendo. Esperaba encontrar una Nintendo, o Power Rangers, o quizá un póster de Don Mattingly a tamaño natural. Pero, en lugar de eso, halló un piano de cuarto de cola, un reproductor de CD y casetes y dos vitrinas repletas con sus partituras de música. De la pared colgaba una carátula con el rostro de Ella Fitzgerald enmarcada. El resto de los antiguos discos de jazz de su padre estaban colocados al lado de un gramófono de madera de cerezo.

—Si falta algo... —empezó a decir Andrew.

Estaba a su lado, resoplando debido a los escalones, pero parecía optimista. Gregory había subido hasta la mitad, justo desde donde podía ver.

—¡Gracias! —fue lo único que pudo decir Ivy—. ¡Gracias!

—Es genial, Ivy —dijo Philip.

—Y es para compartirla entre los tres —repuso ella, feliz de que su hermano estuviera demasiado excitado como para recordar seguir enfurruñado.

Se volvió para hablar con Gregory, pero el chico ya había desaparecido.

Por la noche, la cena pareció durar eternamente. La fastuosidad de los regalos de Andrew, la sala de música para Ivy y un cuarto bien provisto de juguetes para Philip,

era algo abrumador y al mismo tiempo violento. Como Philip, de nuevo taciturno, había decidido no hablar en toda la cena («Puede que nunca más», le había dicho a Ivy haciendo un mohín), le tocaba a ella expresar a Andrew la gratitud de ambos. Pero, al hacerlo, había entrado en terreno peligroso: cuando Andrew preguntó por segunda vez si Philip o ella querían algo más, vio cómo las manos de Gregory se tensaban.

Cuando iban por el postre, Suzanne llamó por teléfono. Ivy cometió el error de cogerlo en el vestíbulo, justo delante del comedor. Suzanne quería que la invitara a ir esa noche, pero ella le respondió que sería mejor dejarlo para el día siguiente.

—Pero ¡estoy vestida! —se quejó Suzanne.

—Pues, claro, sólo son las siete y media.

—Quiero decir vestida para ir a verte.

—Oye, Suzanne —dijo haciéndose la tonta—, no tienes que vestirte de una manera especial para venir a verme.

—¿Qué va a hacer esta noche Gregory?

—No lo sé, no se lo he preguntado.

—Pues ¡entérate! Averigua el nombre de la chica y dónde vive —le ordenó Suzanne—, qué lleva puesto y adónde van. Si no la conocemos, averigua cómo es. Sólo sé que tiene una cita —se lamentó—, ¡otra más!

Ivy había estado esperando eso. Sin embargo, las chiquilladas de Philip y de Gregory habían conseguido agotarla, y no estaba de humor para escuchar los lloriqueos de Suzanne.

—Tengo que dejarte ya.

—Me moriré si es con Twinkie Hammonds. ¿Crees que es con Twinkie Hammonds?

—No lo sé. Gregory no me ha dicho nada. Oye, tengo que dejarte.

—Ivy, ¡espera! Aún no me has contado nada.

Ella suspiró.

—Mañana en el trabajo pararé a comer a la hora de siempre. Llama a Beth y nos vemos en el centro comercial, ¿vale?

—Vale, pero, Ivy...

—Será mejor que te deje ya, o perderé la oportunidad de esconderme en el maletero del coche de Gregory.

Colgó el teléfono.

—¿Y bien?, ¿qué tal está Suzanne? —preguntó Gregory. Estaba apoyado en el marco de la puerta que daba al comedor, sonriendo con la cabeza ladeada.

—Bien...

—¿Qué va a hacer esta noche?

Sus ojos burlones dejaban ver que había estado escuchando la conversación, que

sólo era una broma y que no estaba sinceramente interesado en la respuesta.

—Ni se lo he preguntado ni me lo ha dicho. Pero si los dos queréis hablar entre vosotros sobre eso...

Él se echó a reír y puso un dedo sobre la nariz de ella.

—Qué graciosa —dijo—. Espero que te quedes con nosotros.

Fue un alivio ir a trabajar el sábado por la mañana, un alivio volver a estar en un entorno que conocía. El centro comercial Greentree se encontraba en la localidad vecina, y atraía a todos los adolescentes de los alrededores. La mayoría paseaban por las tiendas y pasaban el rato en la zona de restaurantes. La tienda en la que Ivy llevaba un año y medio trabajando, Es Tiempo de Fiesta, estaba justo enfrente.

Estaba regentada por dos hermanas de cierta edad, cuya selección de disfraces, elementos decorativos, vajillas de papel y chismes era tan excéntrica como su forma de gestionar el negocio. Lillian y Betty rara vez devolvían mercancía. Era como si todas las épocas y todas las fiestas se hubieran agolpado en ese pequeño rincón del mundo. Los disfraces de vampiro estaban colgados junto a las banderas de Estados Unidos, los pollitos de Pascua reposaban junto a *menorahs* de plástico en miniatura, pavos reales hechos con piñas y orejas puntiagudas de la última convención *trekkie*.

Poco antes de la una, mientras esperaba a que llegaran Suzanne y Beth, Ivy se dedicó a repasar los pedidos especiales del día. Como siempre, estaban garabateados en notas adhesivas pegadas en la pared. Ivy leyó una de ellas dos veces y luego la despegó. «No puede ser, no puede ser. Quizá haya dos. ¿Dos chicos llamados Tristan Carruthers?».

—Lillian, ¿puedes decirme qué significa: «para recoger, gl az ba y 25 psv»?

Lillian miró el papel entornando los ojos. Aunque llevaba lentes bifocales, solían colgar de un cordón sobre su pecho.

—Pues, veinticinco platos, servilletas y vasos, ya lo sabes. ¡Ah, sí! Para Tristan Carruthers, un pedido para la fiesta del equipo de natación. Y un globo azul en forma de ballena. Ya lo tengo listo. Ha llamado esta mañana para confirmarlo.

—¿Ha llamado Trist..., el señor Carruthers?

Entonces sí cogió las gafas, se las colocó sobre la nariz y estudió a Ivy detenidamente.

—¿El señor Carruthers? Él no te llamó señorita Lyons.

—¿Por qué iba a hacerlo? —se preguntó en voz alta—. Quiero decir, ¿cómo salió a relucir mi nombre?

—Preguntó qué horario hacías. Le dije que excepto de una a dos menos cuarto, que era tu hora de comer, estarías aquí hasta las seis. —Sonrió—. Y le conté un par de cosas buenas sobre ti, querida.

—¿Cosas buenas?

—Le dije lo encantadora que eres, y que es una pena que alguien como tú no pueda encontrar a un buen chico.

Ivy se ruborizó, aunque Lillian no se dio cuenta, pues ya había vuelto a quitarse las gafas.

—Vino a la tienda la semana pasada a hacer el pedido —continuó—. Está *gachas*.

—Cachas, Lillian.

—¿Disculpa?

—Tristan está cachas.

—Vaya, vaya, ¡al final lo ha admitido! —dijo Suzanne entrando con aire resuelto en la tienda.

Beth entró tras ella.

—¡Buen trabajo, Lillian!

La mujer les guiñó un ojo. Ivy volvió a pegar la nota adhesiva en la pared y empezó a registrarse los bolsillos en busca de dinero.

—No esperes comer —la previno Suzanne—. Toca interrogatorio.

Veinte minutos más tarde, Beth estaba acabándose el burrito, y Suzanne había comido un par de trozos de su pollo *teriyaki*. Ivy, por el contrario, aún no había tocado su pizza.

—¿Cómo voy a saberlo? —decía moviendo los brazos en señal de frustración—. ¡No examiné su botiquín!

Habían comentado y comentado, analizado y vuelto a analizar cada detalle que Ivy había observado en la habitación de Gregory.

—Bueno, sólo llevas allí una noche —prosiguió Suzanne—. Esta noche, quizá. Tienes que averiguar adónde va a ir. ¿Tiene toque de queda? ¿Tiene...?

Ivy cogió un rollito de primavera y lo metió en la boca de Suzanne.

—Le toca hablar a Beth.

—Ah, no pasa nada —aseguró ella—. Esto es interesante.

Ivy abrió la carpeta de su amiga.

—¿Por qué no nos lees uno de tus nuevos relatos antes de que Suzanne me vuelva completamente loca?

Beth echó una mirada rápida a Suzanne y sacó alegremente un fajo de hojas.

—Usaré éste el lunes en el club de teatro. He estado experimentando con el *in media res*, una técnica con la que se empieza a narrar justo en medio de la acción.

Ivy asintió para animarla y le dio el primer mordisco a su pizza.

—«Apretó el arma contra el pecho —leyó Beth—. Dura, triste, fría e implacable. Fotos de él. Fotos gastadas y descoloridas de él, de él con ella. En la silla de la mujer había fotos esparcidas, hechas pedazos, bañadas en lágrimas, cubiertas de sal. Las había ahogado en su propia sangre...».

—Beth, Beth —la cortó Suzanne—. Estamos comiendo. ¿Qué tal algo un poco más suave?

Su amiga rebuscó entre sus papeles y volvió a empezar.



—«Apretó contra su delantera la mano de él, cálida, húmeda, suave y fina...».

—¿La mano o la delantera? —la interrumpió Suzanne.

—Cállate —intervino Ivy.

—«Una mano que era capaz de sostener toda su alma, una mano que podía elevar...» una ballena, una ballena de plástico de color azul, creo. ¿Qué otra cosa podría ser?

Ivy se volvió rápidamente y miró en dirección a la tienda. Betty sostenía un trozo de plástico azul y charlaba animadamente con Tristan. Lillian estaba de pie en la entrada, de espaldas a Tristan, haciendo señas a Ivy furiosamente.

Ella miró su reloj: la una y veinticinco; estaba en la mitad de su pausa.

—Quiere que vayas —dijo Beth.

Ivy miró a Lillian y negó con la cabeza, pero ella siguió haciéndole señas.

—Ve a por él, ¡caramba! —la animó Suzanne.

—No.

—Oh, vamos, Ivy.

—No lo entiendes. Él sabe que es mi hora de comer: me está evitando.

—Quizá —admitió Suzanne—, pero yo nunca he dejado que eso me detuviera.

Tristan se volvió y, al ver a Lillian actuando como un agente de tráfico, inspeccionó la multitud que había en la zona de restaurantes hasta que sus ojos se detuvieron en Ivy. Mientras tanto, Betty había conseguido sujetar la ballena a la bombona de helio de la tienda.

—¡Caray! —exclamó Beth cuando la ballena cobró vida propia, creciendo como una nube de tormenta azul detrás de Tristan y Lillian.

Betty desapareció tras ella. Debió de soltarla de repente, ya que se elevó hasta el techo, y Tristan tuvo que saltar para cogerla. Beth y Suzanne se echaron a reír. Lillian señaló en dirección a Ivy y se puso a hablar de nuevo con Tristan.

—Me pregunto qué le estará diciendo —intervino Beth.

—Cosas buenas —dijo entre dientes Ivy.

Minutos después, Tristan salió de la tienda sujetando firmemente la bolsa con las cosas de la fiesta, que las hermanas habían atado con un elaborado lazo azul. La ballena lo seguía planeando sobre su cabeza. Mantuvo la mirada al frente y se dirigió hacia la salida del centro comercial. Suzanne lo llamó.

O, más bien, gritó su nombre. No podía fingir que no la había oído. Miró a las chicas y, con expresión adusta, se dirigió hacia ellas. Unos cuantos niños pequeños lo siguieron como si fuera el Flautista de Hamelín.

—Hola —saludó con fría normalidad—. Suzanne, Beth, Ivy. Me alegro de veros.

—Y nosotras de verte a ti —contestó Suzanne; luego miró la ballena—. ¿Quién es? Es muy mona. ¿Un nuevo miembro del equipo de natación?

Ivy se fijó en que los nudillos de la mano que sujetaba la cuerda de la ballena

estaban blancos. Todos los músculos de su brazo estaban tensos y marcados. Detrás de él, los niños saltaban y propinaban golpecitos a la ballena.

—En realidad, es el nuevo miembro de mi función —añadió. Luego se dirigió exclusivamente a Ivy—: Tú ya has visto una parte, el número de las zanahorias y las gambas. No sé qué les doy, pero los niños de ocho años me encuentran irresistible. — Se volvió hacia los chiquillos—: Lo siento, tengo que irme.

—¡Nooo! —gritaron ellos.

Les dejó dar algunos manotazos más a la ballena y luego se alejó, abriéndose paso entre los compradores.

—A ver... —Suzanne resopló y empezó a darle golpecitos a Ivy con su palillo chino—. ¡Podrías haber dicho algo! En serio, chica, no sé qué te pasa.

—¿Qué querías que dijera?

—¡Algo! ¡Cualquier cosa! No importa... Sólo hazle saber que te parece bien que hable contigo.

Ivy tragó saliva. No podía entender por qué Tristan hacía algunas de las cosas que hacía. Conseguía que se sintiera cohibida.

—Uno siempre está cohibido al principio —dijo Beth, como si le leyera el pensamiento—. Pero antes o después aprende a comportarse ante la otra persona.

Suzanne se inclinó hacia adelante.

—Tu problema es que te lo tomas todo demasiado en serio. El amor es un juego, sólo eso.

Ivy asintió y miró su reloj.

—Me quedan diez minutos. Beth, ¿qué tal si acabas tu historia de amor?

Suzanne le dio unos golpecitos en el brazo.

—Te quedan dos meses de clase. ¿Qué tal si empiezas tú la tuya?

Ivy estaba descalza sobre el suelo mojado, con los dedos de los pies agarrotados. La humedad y el fuerte olor a cloro que provenía de la piscina invadían el vestuario. El estruendo de las puertas metálicas al cerrarse retumbaba por todo el recinto de hormigón como si de una cueva se tratara. Todo lo que estaba relacionado con las piscinas le ponía los pelos de punta.

Las otras chicas del club de teatro curioseaban los bañadores que llevaban las demás, repasaban su texto o proferían risitas nerviosas.

Suzanne apoyó una mano en su hombro.

—¿Estás bien?

—Puedo hacerlo.

—¿Estás segura? —Suzanne no parecía convencida.

—Me sé el texto, y lo único que hay que hacer es saltar sobre el trampolín. —«Sobre el elevado trampolín, en la parte más honda de la piscina, sin caerse», pensó.

—Escucha, Ivy, sé que eres la favorita de McCardell, pero ¿no crees que deberías mencionarle que no sabes nadar y que el agua te aterroriza? —insistió Suzanne.

—Te lo he dicho, puedo hacerlo.

Ivy empujó la puerta batiente del vestuario; sus piernas parecían de goma bajo su peso.

Se alineó en el borde de la piscina junto a once chicas y tres chicos. A un lado tenía a Beth y al otro a Suzanne. Ivy bajó la mirada hacia el azul verdoso luminiscente de la piscina. «Sólo es agua, se bebe, y en este lado ni siquiera cubre», se dijo.

Beth le dio unos golpecitos en el brazo.

—Bueno, imagino que Suzanne estará encantada de que hayas invitado a Gregory.

—¿A Gregory? No lo he hecho.

Ivy se volvió rápidamente hacia Suzanne, pero ella se encogió de hombros.

—Quería darle un avance de la próxima atracción. Habrá muchos lugares donde tomar el sol en esa colina en la que vives.

—Ese bañador te sienta genial —le aseguró Beth.

Ivy estaba que echaba humo. Suzanne sabía lo difícil que era eso para ella, sin añadir a Gregory a la ecuación. Podría haberse refrenado, aunque sólo hubiera sido por esa vez.

En las gradas no sólo estaba Gregory, sino también Eric y Will, así como otros

chicos de su clase y de último curso que habían hecho novillos en sus respectivas actividades. Todos observaban con mucho interés a las chicas del grupo, que hacían ejercicios de estiramiento.

A continuación, la clase se puso a caminar y a trotar por el perímetro de la piscina realizando sus ejercicios vocales.

—Quiero oír todas las consonantes, todas las «p», las «d» y las «t» —les gritó el señor McCardell; su propia voz sonaba asombrosamente distinta debido a la resonancia del recinto—. Margaret, Courtney, Suzanne, esto no es un desfile de modelos. Limitaos a caminar.

El comentario provocó algunos abucheos en el pabellón.

—¡Y, por el amor de Dios, Sam, deja de dar brincos!

El público rió por lo bajo.

Tras completar varios circuitos, se congregaron en la parte más honda de la piscina, al pie del gran trampolín.

—Mirad aquí —les ordenó el profesor—. No me estáis prestando atención. —Se acercó más a ellos y añadió—: Ésta es una clase de enunciación y de concentración. Consideraré imperdonable que alguno de vosotros permita que éstos lo distraigan.

Al decir esto, prácticamente toda la clase se volvió para mirar hacia las gradas. La puerta de la piscina se abrió y entraron más espectadores, la mayoría chicos.

—¿Estáis listos? Preparaos.

Para el ejercicio, cada alumno debía memorizar como mínimo veinticinco versos de poesía o prosa sobre el amor o la muerte, «los dos grandes temas de la vida y del teatro», según había afirmado el señor McCardell.

Ivy había enlazado dos poemas líricos del siglo XVI sobre el amor: uno divertido y el otro triste. Repasó mentalmente el texto. Estaba convencida de que se lo sabía de memoria, pero cuando el primer alumno subió por la estrecha escalerilla metálica, las palabras escaparon de su mente. Se le empezó a acelerar el pulso como si fuera ella quien estuviera en la escalera. Respiró profundamente.

—¿Estás bien? —le susurró Beth.

—¡Díselo, Ivy! —le rogó Suzanne—. Explícale a McCardell lo que pasa.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien.

Los tres primeros recitaron sus versos de forma mecánica, aunque todos mantuvieron el equilibrio al balancearse arriba y abajo sobre el trampolín. Pero, entonces, Sam se cayó; agitó los brazos como un extraño pajarraco y se sumergió en el agua con gran estrépito.

Ivy tragó saliva.

El señor McCardell gritó su nombre.

Subió la escalera a ritmo lento pero constante, peldaño a peldaño, con el corazón

palpitándole con fuerza en el pecho. Sentía los brazos más fuertes que las piernas, que no dejaban de temblar. Los usó para impulsarse hacia arriba hasta llegar a la plataforma; entonces se detuvo. Bajo sus pies, el agua bailaba compuesta por pequeñas ondas oscuras con destellos fluorescentes.

Ivy centró su atención en el extremo del trampolín, como le habían enseñado a hacer en clase de gimnasia con la barra de equilibrios. Dio tres pasos y notó cómo la plataforma cedía bajo su peso. A pesar de que el estómago se le encogía más y más con cada paso que daba, siguió caminando.

—Empieza —pidió el profesor.

Ivy se abstraigo en sus propios pensamientos durante un momento, intentando encontrar los versos, intentando recordar las imágenes que había visualizado la primera vez que había leído el poema. Sabía que, si se lo tomaba como un simple ejercicio, no conseguiría comunicar nada. Tenía que actuar, tenía que perderse en las emociones del poema.

Encontró las primeras palabras del poema humorístico y de pronto aparecieron en su mente las imágenes que necesitaba: una novia deslumbrante, unos invitados atónitos y una lluvia de verduras saltarinas. A lo lejos, más abajo, el público rió conforme ella recitaba versos sobre la estupidez del amor. Después, sin detener su movimiento saltarín, encontró el ritmo más lento y triste del segundo poema:

*Viento de poniente, ¿cuándo portaréis  
la fina lluvia que bañe nuestro sendero?  
Ay, si mi amada se hallara entre mis brazos,  
¡y de nuevo yo en mi lecho!*

Dio dos pequeños saltos más y luego se quedó inmóvil en el extremo del trampolín recuperando el aliento. De pronto, todos prorrumpieron en aplausos. ¡Lo había conseguido!

—Bastante bien —dijo el señor McCardell cuando se apagó la ovación, lo que para él era un gran elogio.

—Gracias —respondió Ivy, y se dispuso a dar la vuelta para regresar.

Cuando empezó a girar, sintió que se le doblaban las rodillas y de inmediato se puso tensa. «No mires abajo». Pero tenía que ver dónde ponía los pies. Respiró profundamente y volvió a intentarlo.

—Ivy, ¿hay algún problema? —preguntó el profesor.

—Le da miedo el agua —espetó Suzanne—, y no sabe nadar.

Debajo de Ivy, la piscina parecía estremecerse, y los bordes se volvieron borrosos. Intentó focalizar su atención en el trampolín, pero no fue capaz. El agua ascendía rápidamente, preparada para engullirla. De repente volvió a bajar, alejándose más y

más de ella. Uno de sus pies se tambaleó y se le dobló una rodilla.

—¡Ah! —El grito procedente de las gradas retumbó por todo el recinto.

A continuación, le falló la otra rodilla y resbaló de la plataforma. Se aferró con la desesperación propia de un gato y quedó colgando del trampolín: la mitad del cuerpo encima, la otra mitad en el aire.

—¡Que alguien la ayude! —gritó Suzanne.

«Ángel del agua —rezó en silencio Ivy—. Ángel del agua, no me dejes caer. Me ayudaste una vez. Por favor, ángel mío...».

Entonces sintió que la plataforma se movía, que temblaba bajo sus brazos. Sus manos estaban húmedas y resbaladizas. «Déjate caer, confía en tu ángel. Él no dejará que te ahogues —se dijo—. Ángel del agua...», rezó por segunda vez. Pero sus brazos no querían soltarse. La plataforma seguía vibrando y las manos se le resbalaban.

—Ivy.

Volvió la cabeza al oír su voz y apoyó la mejilla sobre la plataforma. Tristan había subido por la escalerilla y se hallaba en el otro extremo.

—Todo va a salir bien, Ivy.

Echó a andar hacia ella, la tabla de fibra de vidrio doblándose bajo su peso.

—¡No! —gritó Ivy, desesperada—. No te agaches, por favor. Tengo miedo.

—Puedo ayudarte. Confía en mí.

Le dolían los brazos, se sentía mareada, tenía frío y le picaba la piel. Abajo, el agua se arremolinaba vertiginosamente.

—Escúchame, Ivy. No podrás aguantar mucho más así. Ponte un poco de lado. Gírate, ¿vale? Suelta el brazo derecho. Vamos, sé que puedes hacerlo.

Cambió el peso lentamente. Por un momento pensó que iba a caerse, y agitó frenéticamente el brazo que había soltado.

—Ya lo tienes, ya lo tienes —dijo él.

Tenía razón, estaba bien sujeta siendo la tabla con ambas manos.

—Ahora, arriba. Impúlsate para subir a la plataforma. Así, muy bien. —Su voz era firme y segura—. ¿Cuál es tu rodilla favorita?

Ivy lo miró perpleja.

—¿Eres diestra o zurda de rodillas? —Tristan sonreía.

—Hum... Diestra, supongo.

—Vale, entonces, suelta la mano derecha y sube la rodilla derecha; ponla debajo del cuerpo.

Ella obedeció. Poco después tenía ambas rodillas bajo el cuerpo.

—Ahora gatea hacia mí.

Ivy miró abajo, a la bañera de agua revuelta.

—Ven hacia mí, vamos.

Sólo los separaban dos metros, pero parecían dos kilómetros. Ivy se movió lentamente sobre la plataforma. Dos manos la cogieron con fuerza de los brazos. Tristan se puso en pie, levantándola con él, y la hizo girar rápidamente. Ella, aliviada, relajó los músculos.

—Vale, estoy justo detrás de ti. Iremos paso a paso. Estoy aquí.

Tristan empezó a bajar por la escalerilla.

«Paso a paso», se repetía ella. Si sólo sus piernas dejaran de temblar. Sintió la mano de él suavemente en su tobillo, guiándolo hacia el siguiente peldaño metálico. Finalmente llegaron juntos al pie de la escalera.

El señor McCardell desvió la mirada de ella, claramente incómodo.

—Gracias —le dijo Ivy a Tristan en voz baja.

Y se apresuró hacia el vestuario antes de que él o cualquiera pudieran ver las lágrimas provocadas por el miedo.

Esa tarde, en el aparcamiento, Suzanne intentó convencerla para que la acompañara a su casa.

—Gracias, pero estoy cansada. Creo que debería irme a... casa.

Seguía pareciéndole extraño pensar en la casa de los Baines como en la suya propia.

—¿Y si vamos a algún sitio antes? —sugirió Suzanne—. Conozco una cafetería a la que no va gente de nuestra edad, al menos no del instituto. Podremos hablar sin que nos interrumpen.

—No necesito hablar, Suzanne. Estoy bien, de verdad. Pero si la cuestión es pasar el rato, puedes venir a mi casa.

—No creo que sea buena idea.

Ivy ladeó la cabeza.

—¿Seguro que no has sido tú la que se ha quedado colgando del trampolín?

—No, pero me siento como si hubiese sido así —respondió Suzanne.

—Si no te conociera bien, pensaría que te has caído por la escalera y te has golpeado la cabeza contra el suelo. Acabo de invitarte a casa de Gregory.

Suzanne jugueteó con su pintalabios, haciendo subir y bajar la barra.

—Precisamente por eso. Sabes cómo soy, Ivy, como un perro de caza. No puedo controlarme. Si está allí, me distraeré, y ahora mismo tú necesitas toda mi atención.

—¡No necesito la atención de nadie! Sólo pasé un mal rato en el club de teatro y...

—Te rescató.

—Me rescató...

—Tristan.

—Tristan, y ahora...

—Viviréis felices para siempre —concluyó Suzanne.

—Ahora me iré a casa. Si quieres venir e intentar acorralar a Gregory, genial. Eso nos mantendrá a todos entretenidos.

Suzanne lo consideró durante un momento, luego retrajo los labios recién pintados.

—¿Tengo carmín en los dientes?

—Si no hablaras continuamente, no tendrías ese problema —contestó Ivy, y señaló una manchita roja—. Ahí.

Cuando llegaron a casa, el BMW de Gregory estaba aparcado en la entrada.

—Parece que estamos de suerte —dijo Ivy.

Sin embargo, al entrar en la casa, oyó la voz de su madre. Hablaba en un tono elevado y parecía alterada; Gregory respondía rápidamente a cada uno de sus comentarios. Suzanne y ella intercambiaron una mirada y siguieron el sonido de las voces hasta el despacho de Andrew.

—¿Pasa algo? —preguntó Ivy.

—¡Esto es lo que pasa! —respondió su madre señalando una silla de piel cuyo respaldo estaba hecho jirones.

—¡Madre mía! —exclamó Ivy—. ¿Qué ha pasado?

—A lo mejor mi padre ha estado afilándose las uñas —sugirió Gregory.

—Es la silla favorita de Andrew —explicó Maggie. Tenía las mejillas encendidas. De la pinza que sujetaba su pelo fijado con laca escapaban mechones que parecían briznas de paja—. Y ese material no es precisamente barato, Ivy —añadió.

—Bueno, mamá, ¡no he sido yo!

—Déjame comprobar tus uñas —dijo Gregory.

A Suzanne se le escapó una risita.

—Ha sido *Ella* —dijo Maggie, resuelta.

—¡¿*Ella*?! —Ivy negó con la cabeza—. ¡Eso es imposible! *Ella* no ha arañado nada en toda su vida.

—A *Ella* no le gusta Andrew —intervino Philip, que había permanecido en silencio en un rincón de la habitación—. Lo ha hecho porque él no le gusta.

Maggie se volvió rápidamente hacia el muchacho. Ivy cogió su mano.

—Tranquila —le dijo.

Luego examinó el respaldo. Gregory la observó y también él estudió minuciosamente la silla. A Ivy le pareció que los arañazos eran demasiado finos..., un trabajo demasiado convincente para que hubiese sido Philip. *Ella* debía de ser la responsable.

—Vamos a tener que quitarle las uñas —declaró Maggie.

—¡No!

—Ivy, hay muchos muebles valiosos en esta casa. No podemos permitir que los



destruce. Tendremos que quitarle las uñas.

—No te lo permitiré.

—Sólo es una gata.

—Sólo es una silla —replicó Ivy con voz fría y dura.

—O eso, o nos deshacemos de ella.

Ivy cruzó los brazos sobre el pecho. Era cinco centímetros más alta que su madre.

—Ivy...

Vio cómo los ojos de su madre se empañaban. Así llevaba los últimos meses: sensible, suplicante, insistente..., siempre con lágrimas en los ojos.

—Ivy, es una nueva vida, nuevas costumbres para todos nosotros. Tú misma me lo dijiste: «Para todas las cosas buenas que nos están pasando no hay un final de cuento de hadas. Todos tendremos que trabajar duro para que salga bien».

—¿Dónde está *Ella*? —espetó Ivy.

—En tu habitación. He cerrado la puerta de entrada y también la del desván para que no pueda arruinar nada más.

Ella se volvió hacia Gregory.

—¿Le ofreces algo de beber a Suzanne?

—Por supuesto.

Ivy se marchó a su habitación. Se quedó allí sentada durante largo rato, acunando a *Ella* en su regazo y mirando el ángel del agua.

—¿Qué hago ahora, ángel mío? —rezó—. ¿Qué hago ahora? No me digas que abandone a *Ella*, no puedo hacerlo. ¡No puedo!

Al final, tuvo que hacerlo. Al final, no pudo impedir que *Ella* tuviera que marcharse. No fue capaz de dejar indefensa a su fiera gatita callejera ante cualquiera que quisiera atacarla. A pesar de que le partía el corazón y se lo partía a Philip, puso un anuncio para que la adoptaran en el tablón del instituto el jueves por la tarde.

Esa misma noche recibió una llamada. Philip estaba con ella en la habitación haciendo los deberes, y fue quien descolgó. Le tendió el teléfono con aire sombrío.

—Es un tipo. Quiere adoptar a *Ella*.

Ivy frunció el ceño y cogió el auricular.

—¿Sí?

—Hola, ¿qué tal? —preguntó una voz al otro lado.

—Bien —contestó ella fríamente.

¿Acaso importaba cómo estuviera? Inmediatamente sintió antipatía por esa persona... porque quería separarla de *Ella*.

—Bueno, esto... ¿Has encontrado ya un hogar para tu gata?

—No.

—Me gustaría quedármela.

Ivy pestañeó con fuerza porque no quería que Philip la viera llorar. Debería estar contenta y aliviada de que alguien quisiera quedarse con una gata adulta.

—¿Sigues ahí? —preguntó el chico.

—Sí.

—La cuidaré mucho, le daré de comer y la bañaré.

—A los gatos no se los baña.

—Aprenderé todo lo que hay que hacer. Creo que esto le gustará, es una casa muy confortable.

Ivy asintió en silencio.

—¿Hola?

Le dio la espalda a su hermano.

—Escucha —dijo—, *Ella* significa mucho para mí. Si no te importa, me gustaría ver tu casa y hablar contigo en persona.

—¡No me importa en absoluto! —contestó el chico alegremente—. Te doy mi dirección.

Ivy la anotó.

—¿Y tu nombre es...? —preguntó.

—Tristan.

—¡Si a ti te gustan los perros! —exclamó Gary el viernes por la tarde—. Siempre te han gustado más los perros.

—Creo que a mis padres les gustará tener un gato —respondió Tristan.

Se movía con brío por la sala de estar, recogiendo montañas de cosas que había apiladas sobre las sillas: las revistas de pediatría de su madre, los horarios de misa de su padre, montones de fotocopias de oraciones, sus propios horarios de natación y números antiguos del *Sports Illustrated*, un recipiente con pollo de la cena de la noche anterior... Sus padres se preguntarían por qué se había tomado tantas molestias. Normalmente, los tres se sentaban en el suelo a leer y cenar.

Gary lo observaba con desaprobación.

—¿Crees que a tus padres les gustará? ¿El gato está enfermo? ¿Es creyente? Si tu madre, la doctora, no puede curarlo, y tu padre, el reverendo, no puede rezar por él y consolarlo...

—Todas las casas necesitan una mascota —lo interrumpió Tristan.

—En todas las casas en las que hay un gato, las mascotas son las personas. Te lo digo en serio, Tristan, los gatos van a la suya, son peores que las chicas. Si piensas que Ivy te vuelve loco... Espera un momento... Espera un momento... —Gary tamborileó sobre la mesa—. Acabo de recordar un anuncio del tablón.

—Muy bien —dijo Tristan, y le tendió su bolsa de deporte—. Has dicho que debías llegar pronto a casa.

Gary dejó caer la bolsa. Acababa de descubrir qué era lo que sucedía.

—¿Y perdérmelo? Estuve presente la última vez que hiciste el ridículo, ¿por qué iba a perderme la diversión ahora?

Se dejó caer en la alfombra delante de la chimenea.

—Realmente disfrutas viéndome sufrir, ¿no es así? —murmuró Tristan.

Gary se tumbó boca arriba y colocó las manos debajo de la cabeza.

—Tristan, todos nosotros te hemos visto conseguir a todas las chicas que querías durante los últimos tres años; ¡qué digo!, los siete últimos, ya estabas bueno en quinto. ¡Por supuesto que estoy disfrutando!

Él le dedicó una risita sarcástica y desvió su atención hacia una mancha de café en la alfombra que parecía haber triplicado su tamaño desde la última vez que la había visto. No tenía ni idea de cómo iba a eliminarla.

Se preguntaba si Ivy no encontraría su vieja casa de madera pequeña, deteriorada e increíblemente atestada de cosas.

—Y ¿cuál es el trato? —preguntó Gary—. ¿Una cita por quedarte con su gata? ¿O

quizá una cita por cada semana que la tengas? —sugirió.

—Su amiga Suzanne dice que está muy encariñada con ella. —Tristan sonrió, bastante satisfecho de sí mismo—. Le ofrezco régimen de visitas.

Gary resopló.

—Y ¿qué pasará cuando Ivy ya no eche de menos a la bolita de pelo?

—Pues que me echará de menos a mí —dijo Tristan, seguro de sí mismo.

En ese momento, sonó el timbre y su confianza se evaporó.

—Rápido, ¿cómo se coge una gata?

—Invítala antes a tomar algo.

—¡Hablo en serio!

—De la cola.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Es verdad, te estoy tomando el pelo.

Volvió a sonar el timbre y Tristan se apresuró hacia la puerta.

¿Era su imaginación o Ivy se había ruborizado un poco cuando había abierto? Sus labios estaban sonrosados, su pelo brillaba como una aureola de oro, y el verde de sus ojos hacía que Tristan pensara en cálidos mares tropicales.

—He traído a *Ella* —dijo Ivy.

—¿*Ella*?

—Mi gata.

Al bajar la vista, Tristan vio en el porche, detrás de ella, todo tipo de chismes para animales.

—¡Ah! ¡*Ella*! Genial, genial.

¿Cómo conseguía que sus frases estuvieran compuestas por no más de una palabra?

—Aún estás interesado, ¿no? —preguntó Ivy, una pequeña línea de preocupación dibujándose en su frente.

—Claro, por supuesto que sigue interesado —respondió Gary apareciendo por detrás.

Ivy entró en la casa y echó un vistazo alrededor sin soltar el trasportín de la gata.

—Me llamo Gary, te he visto a menudo en el instituto.

Ella asintió y le dedicó una sonrisa distante.

—Además, estuviste en la boda —dijo.

—Sí, igual que Tristan. Yo fui el que consiguió llegar al postre sin que lo despidieran.

Ivy sonrió de nuevo, una sonrisa mucho más amable, y luego volvió a centrarse en el objeto de su preocupación.

—Su cajón de arena está fuera —le dijo a Tristan—. Y algunas latas de comida. También he traído su canasta y su cojín, aunque no los usa nunca.

Él asintió. El cabello de Ivy se agitaba debido a la corriente de aire que entraba por la puerta. Quería acariciarlo. Quería apartarlo de su mejilla y besarla.

—¿Te importa compartir tu cama? —preguntó ella.

Tristan pestañeó, perplejo.

—¿Perdona?

—¡Le encantaría! —contestó Gary.

Su amigo lo fulminó con la mirada.

—Bien —añadió Ivy sin percatarse de que Gary le guiñaba un ojo a Tristan—. *Ella* suele monopolizar la almohada, pero sólo tienes que hacerla a un lado.

Gary se echó a reír. Luego Tristan y él metieron los enseres del animal en la casa.

—¿Te gustan los gatos? —le preguntó Ivy a Gary.

—No, pero puede que aún haya esperanza para mí. —Se agachó para mirar dentro del trasportín—. Mira qué rápido han empezado a gustarle a Tristan. Hola, *Ella*. Lo vamos a pasar muy bien jugando juntos.

—Lo siento, tendrá que ser en la próxima visita —dijo Tristan—. Gary ya se iba —le explicó a Ivy.

Gary se enderezó con una mirada de fingida sorpresa.

—¿Ya me voy? ¿Tan pronto?

—No lo bastante —respondió Tristan abriendo la puerta principal.

—Vale, vale. Nos vemos otro día, *Ella*. Quizá podamos cazar ratones juntos.

Cuando Gary se marchó, la estancia quedó de pronto en silencio. A Tristan no se le ocurría nada que decir. Tenía una lista de preguntas en algún lugar, quizá detrás del sofá, donde había escondido todo lo demás. No obstante, Ivy no parecía esperar que le diera conversación. Abrió el cierre de la puerta del trasportín y sacó a *Ella*.

La gata era un poco extraña, casi toda negra, aunque tenía una pata y la punta de la cola de color blanco. Asimismo, lucía una mancha blanca en la cara.

—Muy bien, pequeña —dijo Ivy con *Ella* en sus brazos, acariciándole suavemente las orejas.

El animal parpadeó, tenía sus enormes ojos verdes fijos en Tristan y absorbía felizmente toda la atención de Ivy. «No puedo creer que esté celoso de una gata», pensó él.

Cuando finalmente la dejó en el suelo, Tristan alargó la mano para acariciarla. *Ella* le dedicó una mirada altanera y se alejó.

—Tienes que dejar que sea ella la que vaya a ti —le aconsejó Ivy—. Ignórala durante días, semanas, si es necesario. Cuando se sienta lo bastante sola, acudirá a ti.

¿Lo haría ella algún día?

Tristan cogió una libreta.

—¿Qué tal si me das instrucciones sobre lo que come?

Ivy ya se las había escrito.

—Aquí tienes el historial médico de *Ella*, y esto es una lista de las vacunas que hay que ponerle regularmente, y el número del veterinario.

Parecía que tenía prisa por terminar con todo aquello.

—Y sus juguetes. —Le tembló la voz.

—Esto es difícil para ti, ¿no? —dijo él amablemente.

—Y su cepillo, le encanta que la cepillen.

—Pero no que la bañen.

Ivy se mordió el labio.

—No sabes nada sobre gatos, ¿verdad?

—Aprenderé, lo prometo. *Ella* será buena para mí y yo lo seré para ella. Por supuesto, puedes venir a verla siempre que quieras, Ivy. Seguirá siendo tu gata, sólo que también será la mía. Puedes venir a visitarla cuando te apetezca.

—No —dijo Ivy firmemente—. No.

—¿No?

A Tristan le pareció que el corazón se le detenía. Seguía sentado con la espalda erguida, sosteniendo un montón de chismes para gatos, pero estaba seguro de que acababa de sufrir un ataque al corazón.

—Sólo la confundiría. Y no creo... no creo que yo pudiera soportarlo.

Tristan deseaba tocarla en ese preciso instante, sostener una de sus manos entre las suyas, pero no se atrevió. En lugar de eso, fingió estudiar el pequeño cepillo rosa y esperó a que Ivy recuperara la compostura.

*Ella* se acercó para olfatear su cepillo y lo golpeó con la cabeza. Tristan se lo pasó con delicadeza por el costado.

—Le gusta más en la cabeza —dijo Ivy, y cogió su mano para enseñarle—. Debajo de la barbilla y en las mejillas, ahí es donde tiene las glándulas odoríferas, que usa para marcar las cosas. Me parece que le gustas, Tristan.

Apartó la mano y Tristan siguió cepillando a *Ella*. De pronto, la gata se tumbó boca arriba. Ivy rompió a reír.

—¡Ah! ¡Traidora!

Tristan le frotó la barriga. Su pelo era muy largo y suave.

—Me pregunto por qué a los gatos no les gusta el agua —reflexionó—. Si tiraras uno a una piscina, ¿nadaría?

—¡Ni te atrevas! ¡No te atrevas a hacerlo!

La gata se puso en pie de un salto y salió disparada debajo de una silla. Tristan miró a Ivy, sorprendido.

—Nunca lo haría, sólo sentía curiosidad.

Ella bajó la mirada, sus mejillas se ruborizaron.

—¿Es eso lo que te pasó, Ivy?

Como no contestaba, volvió a probar.

—¿Qué hizo que cogieras miedo al agua? —preguntó en voz baja—. ¿Algo que te sucedió cuando eras pequeña?

—Te debo un favor enorme por bajarme de aquel trampolín —dijo ella sin mirarlo.

—No me debes nada. Sólo te lo pregunto porque intento entenderlo. Nadar es mi vida. Para mí es difícil imaginar qué es no amar el agua.

—No sé cómo podrías entenderlo. Para ti el agua es como el viento para los pájaros. Te permite volar. Al menos, ésa es la impresión que da. Me cuesta imaginar cómo se siente uno.

—¿Qué te hizo cogerle miedo al agua? —insistió Tristan—. ¿O quién?

Ella reflexionó durante un instante.

—Ni siquiera recuerdo su nombre. Era uno de los novios de mi madre. Ha tenido muchos y algunos eran buena gente, pero ése era cruel. Nos llevó a la piscina de un amigo. Yo tenía cuatro años, creo. No sabía nadar y no quería meterme en el agua. Supongo que después de un rato empezó a molestarle que estuviera continuamente aferrada a mi madre.

Tragó saliva y levantó la mirada hacia Tristan.

—¿Y? —la animó él dulcemente.

—Mi madre entró unos minutos en la casa para ayudar con los bocadillos o algo así. Entonces él me agarró. Sabía lo que iba a hacer y empecé a patalear y a gritar, pero mi madre no me oyó. Me llevó a rastras hasta el borde. Empezó a decir: «¡Vamos a ver si nada! ¡Vamos a ver si el gatito nada!». Me cogió y me tiró al agua.

Tristan se estremeció como si realmente estuviera presenciando la escena.

—Había mucha agua sobre mi cabeza —continuó—. Luché por salir a la superficie, pataleé y agité los brazos, pero no pude salir a flote. Empecé a asfixiarme, a tragar agua. No podía sacar la cabeza para coger aire.

Tristan la miraba fijamente, incrédulo.

—Y ¿ese tío saltó a por tí?

—No.

Ivy se había puesto en pie y daba vueltas por la habitación como un león enjaulado. *Ella* asomó la cabeza para mirar, de sus bigotes colgaba una bola de pelusa.

—Estoy casi segura de que estaba borracho. Todo empezó a estar borroso y luego oscuro. Los brazos y las piernas me pesaban y parecía que se me iba a agrietar el pecho. Me puse a rezar. Por primera vez en mi vida, le recé a mi ángel de la guarda. Entonces sentí que me levantaban y me sostenían sobre el agua. Los pulmones dejaron de dolerme y se me aclaró la vista. No recuerdo mucho sobre el ángel, salvo que era brillante, de muchos colores, y hermoso.

Miró de reojo a Tristan y esbozó una amplia sonrisa. Caminó hasta donde él

estaba y se sentó en el suelo enfrente de él.

—Está bien, no espero que me creas. Nadie más lo hizo. Al parecer, mi madre había salido de la casa para ver qué tal iba todo, y su amiga se volvió para hablar con ella, así que nadie vio cómo salí de la piscina. Supusieron que, si tirabas a un crío al agua, aprendía a nadar solo.

El rostro de Ivy reflejaba nostalgia. Volvía a estar en otro lugar, aún recordando.

—Me gustaría creer en tu ángel —dijo Tristan, y se encogió de hombros—. Lo siento.

Había oído antes historias de ese estilo. Algunas veces su padre volvía del hospital con relatos semejantes. Tristan pensaba que era simplemente la forma en que trabajaba la mente humana, el recurso de algunas mentes para manejar una situación de crisis.

—¿Sabes? Cuando el lunes estaba allí arriba en el trampolín, le recé a mi ángel del agua.

—Y, en cambio, aparecí yo —señaló Tristan.

—Suficiente —contestó ella, y se rió brevemente.

—Ivy... —Tristan intentó calmar el súbito temblor de su voz para que ella no descubriera lo mucho que deseaba que contestara que sí—. Yo podría enseñarte a nadar.

Ella abrió unos ojos como platos.

—Después de clase. Estoy seguro de que el entrenador nos dejaría usar la piscina. Sus manos, sus ojos, todo en ella se quedó inmóvil, observándolo.

—Es una sensación estupenda, Ivy, de verdad. ¿Sabes lo que es flotar en el centro de un lago con árboles a tu alrededor y el azul inmenso del cielo sobre ti? Estás tumbado sobre el agua y el sol centellea en la punta de los dedos de tus manos y tus pies. ¿Sabes qué se siente al nadar en el océano? Nadar con todo tu empeño y que venga una ola y te levante sin el menor esfuerzo...

Sin darse cuenta de lo que hacía, apoyó una mano en cada uno de sus brazos y la levantó. A Ivy se le puso la carne de gallina.

—Lo siento —dijo dejándola rápidamente en el suelo—. Lo siento, me he dejado llevar.

—No pasa nada —afirmó ella, aunque había vuelto a dejar de mirarlo a los ojos.

Tristan se preguntó de qué tendría más miedo, si del agua o de él. Pensó que seguramente de él, pero no sabía qué hacer para cambiarlo.

—Haré que sea divertido, como cuando enseño a los niños en las colonias —dijo animándola—. ¿Lo pensarás?

Ella asintió.

Estaba claro que la hacía sentirse incómoda. Deseaba disculparse por tropezar con ella en los pasillos, por dar la nota en la boda de su madre, por llamarla para quedarse



con su gata. Quería prometerle que no la molestaría más, con la esperanza de que eso hiciera que se sintiera más cómoda. Sin embargo, de pronto parecía tan confusa y cansada que creyó que era mejor no decir nada.

—Trataré muy bien a *Ella*. Si algo cambia y quieres recuperarla, llámame. Y si decides que al final quieres venir a visitarla, yo no tengo por qué estar aquí, ¿vale?

Ivy lo miró sorprendida.

—Bueno —dijo él poniéndose en pie—, los martes y los viernes me toca cocinar a mí. Será mejor que me ponga manos a la obra.

—¿Qué piensas preparar? —preguntó Ivy.

—Hígado en salsa. ¡Uy, no! Ésa es la cena de *Ella*.

Había sido un chiste fácil; aun así, Ivy se había reído.

—Quédate y juega con *Ella* todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

Tristan se dirigió a la cocina para dejarla un rato a solas con la gata. Pero antes de llegar, la oyó decir: «Adiós, *Ella*». Segundos después, la puerta principal se cerró a su espalda.

Cuando Ivy salió del vestuario, Tristan ya estaba metido en el agua. El entrenador le había dejado acceder al recinto de la piscina, que ya estaba cerrada. Había supuesto que el hombre la miraría con incredulidad: «¿De verdad no sabes nadar?». Sin embargo, su cara, alargada y arrugada como una pasa, era amable y en absoluto inquisitiva. La saludó y regresó a su despacho.

Le había llevado una semana decidirse a hacerlo. Había nadado en sueños, algunas noches incluso kilómetros y kilómetros. Cuando le dijo a Tristan que quería que le enseñara a nadar, se le iluminaron los ojos. Ivy estaba bastante segura de haber conseguido desalentar finalmente cualquier interés romántico por parte de él. Según Suzanne, estaba saliendo con otras dos chicas. Ivy sentía que era su amigo: la había ayudado a bajar del trampolín, se había quedado con *Ella*, e iba a ayudarla a enfrentarse a su mayor temor. Estaba allí cuando lo necesitaba, como ningún otro chico lo había hecho, como lo haría un amigo de verdad.

Lo observó nadar. El agua fluía alrededor de su cuerpo musculoso y lo elevaba conforme se movía veloz, con fuerza. Cuando nadó estilo mariposa, con los brazos emergiendo del agua como si de un par de alas se tratara, Tristan se convirtió en música para los ojos: fuerte, rítmico y elegante.

Ella lo observó durante varios minutos más y luego volvió a centrarse en la razón que la había llevado allí. Caminó hasta el borde de la piscina de la parte menos profunda y se quedó mirando hacia abajo. Finalmente se sentó y metió las piernas en el agua. Estaba caliente, era relajante; aun así, sentía frío en todo el cuerpo. Apretó los dientes y se deslizó dentro. El agua le llegaba hasta los hombros, pero en su mente

la veía subir por su garganta hasta la boca. Cerró los ojos y se aferró al borde, intentando detener el miedo que crecía en su interior.

«Ángel del agua, no me abandones. Confío en ti, ángel mío. Lo dejo en tus manos», rezó.

—Estás aquí. —Tristan había dejado de nadar—. Ya estás en el agua.

Parecía tan contento que, por un instante, un brevísimo instante, Ivy olvidó sus miedos.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó él.

—Bien. Si no te importa, me quedaré aquí tiritando.

—Entrarás en calor si te mueves.

Ella bajó la mirada hacia el agua.

—Vamos, caminemos un poco —la animó él.

La cogió de la mano y caminaron a lo largo del borde como si estuvieran en el centro comercial, aunque debido a la resistencia del agua daban pasos a cámara lenta.

—¿Quieres que te hable de *Ella* y del caos que está creando en mi casa?

—¡Pues claro! ¿Encontró el recipiente de pollo metido a presión en el mueble de la tele?

Él se quedó atónito por un momento, pero se sobrepuso rápidamente.

—Sí, justo después de hurgar entre todas las cosas que había embutido detrás del sofá.

Tristan siguió parloteando, contándole historias sobre *Ella*, caminando junto a Ivy de un lado a otro por el extremo corto de la piscina.

—Creo que deberíamos echarte algo de agua en la cara —dijo cuando se detuvieron.

Ivy había estado temiendo eso. Él cogió agua con las manos y se la echó por la frente y las mejillas como si estuviera bañando a un bebé.

—Esto ya lo hago en la ducha —declaró ella, cortante.

—Bueno, discúlpeme, señorita Avanzada; pasaremos al siguiente nivel. —Le dedicó una mueca burlona—. Coge aire. Quiero verte mirándome ahí abajo. Te escocerán un poco los ojos por el cloro, pero quiero ver esos enormes ojos verdes y burbujitas saliendo de tu nariz. Coge aire fuera y suéltalo cuando estés debajo, ¿entendido? Uno, dos, tres.

La arrastró hacia abajo. Se sumergieron juntos varias veces, aguantando un poco más cada vez. Tristan hacía muecas. Ivy salió a la superficie jadeando y balbuceando.

—Si no puedes seguir unas simples instrucciones... —empezó a decir él.

—¡Me estás haciendo reír! ¡No puedo hacerlo si me haces reír!

—De acuerdo, nos pondremos serios. Más o menos.

Le enseñó a tomar aire al nadar: tenía que fingir que el agua era una almohada y ladear la cabeza para inspirar. Ivy practicó sujetándose al borde de la piscina. A

continuación, Tristan cogió sus manos y la llevó por el agua. Naturalmente, ella empezó a sacudir los pies para mantenerlos a flote. Le tentaba la idea de levantar la cabeza y mirarlo, y, cuando lo hizo, lo encontró sonriendo.

Trabajaron un rato en el batimiento de pies. Después de que Ivy lo hubo practicado cogida al borde, hicieron un trenecito: ella se agarró a los tobillos de Tristan y lo siguió por el agua. Él se impulsaba con los brazos; ella batía los pies. La asombraba cómo era capaz de llevarla tan rápidamente sólo con la fuerza de sus brazos.

Cuando acabaron el ejercicio, él preguntó:

—¿Estás cansada? ¿Quieres sentarte unos minutos en el borde?

Ella negó con la cabeza.

—Si salgo, no sé si seré capaz de volver a entrar.

—Tienes agallas.

Ivy se echó a reír.

—El agua me llega hasta los hombros, ¿a eso lo llamas tener agallas?

—Sí —repuso él, y echó a nadar describiendo un círculo a su alrededor—. Todo el mundo tiene miedo de algo. Tú eres una de las pocas personas que se enfrentan a sus miedos. De todas formas, siempre he pensado que eras una chica con agallas. Lo supe el primer día, cuando te vi entrar con paso resuelto en la cafetería con aquella animadora siguiéndote, aunque se suponía que era ella la que debía guiarte.

—Tenía hambre —dijo ella—, y estaba fingiendo un poco.

—Pues lo hiciste muy bien.

Ivy sonrió y Tristan también, como un reflejo a la sonrisa de ella. Él tenía las pestañas salpicadas con gotitas de agua y le brillaban los ojos color avellana.

—Bueno —dijo—, ¿quieres hacer el muerto?

—No, pero lo haré.

—Es fácil.

Tristan se estiró sobre el agua, flotando; parecía totalmente relajado.

—¿Ves cómo lo hago?

«Parece la mar de atractivo», pensó Ivy y dio gracias a sus ángeles porque él no leyera el pensamiento como hacía Beth.

—Mantengo las caderas arriba, arqueo la espalda y me dejo llevar. Inténtalo.

Ella lo intentó, pero se hundió. El viejo pánico regresó por un instante.

—Estabas sentándote, has dejado que se te hundiera el culo. Prueba de nuevo.

Cuando volvió a estirarse boca arriba, él deslizó un brazo por debajo de su cuerpo.

—Así es más fácil. No luches. Arquea la espalda. Muy bien.

Retiró el brazo lentamente. Ivy levantó la cabeza y empezó a hundirse de nuevo. Se puso en pie malhumorada. Su coletero se había caído y tenía todo el pelo suelto y

pegado alrededor del cuello. Tristan se echó a reír.

—Ése es el aspecto que creo que tendría *Ella* si se mojara.

—Incluso un niño pequeño podría hacerlo —se lamentó Ivy.

—Los niños pueden hacer un montón de cosas, porque los niños tienen confianza.

El truco para nadar no es luchar contra el agua, sino moverte con ella, jugar con ella.

Deja que el agua te lleve. —La salpicó un poco—. ¿Quieres probar de nuevo?

Ivy volvió a estirarse. Sintió el brazo izquierdo de él bajo la espalda, la mano derecha inclinando su cabeza hacia atrás con suavidad. El agua le acariciaba la frente y la barbilla. Cerró los ojos y dejó que la meciera. Se imaginó en medio de un lago, con el sol centelleando en la punta de los dedos de sus manos y sus pies.

Cuando abrió los ojos, él estaba mirándola fijamente. El rostro de Tristan era como el sol, le proporcionaba calor e iluminaba el aire a su alrededor.

—Estoy flotando —susurró Ivy.

—Estás flotando —dijo él con dulzura acercando su cara a la de ella.

—Flotando...

Cada uno lo leyó en los labios del otro, sus caras estaban cerca, muy cerca...

—¡Tristan!

Él se enderezó e Ivy se hundió. El entrenador lo llamaba desde la puerta de su despacho.

—Perdonad que os moleste —dijo—, pero tengo que irme a casa dentro de diez minutos.

—Está bien, entrenador —respondió Tristan.

—Mañana me quedaré hasta más tarde —añadió el hombre saliendo un par de pasos de su despacho—, quizá podáis seguir donde lo habéis dejado.

Tristan miró a Ivy. Ella se encogió de hombros y asintió, bajando la vista.

—Quizá —murmuró él.

Esa tarde, Ivy tomó un camino más largo de vuelta a casa. Condujo por una carretera que partía del centro de Stonehill hacia el sur, recorriendo una maraña de calles sombrías flanqueadas por casas de reciente construcción. Dio vueltas y más vueltas con el coche, reacia a parar y encaminarse hacia la colina. Tenía tanto en lo que pensar: ¿por qué estaba haciendo eso Tristan? ¿Sólo sentía lástima de ella? ¿Quería ser su amigo? ¿O quería algo más?

Sin embargo, no eran esas preguntas lo que hacía que siguiera conduciendo, sino el privilegio del recuerdo: la visión de él saliendo del agua; las brillantes gotas que resbalaban por su cuerpo; la forma en que la había tocado, con dulzura, con tanta dulzura.

En casa, habría tenido que escuchar las historias de su madre sobre la última serie de esnobismos con los que se había topado; habría hablado con Philip sobre sus vicisitudes como alumno de tercero; habría encontrado una forma nueva de darle las gracias a Andrew por las cosas que seguía regalándole, y habría tenido que andarse con pies de plomo con Gregory. Con todo eso en la cabeza, los detalles de esa tarde se habrían desvanecido y perdido para siempre.

En su mente, vio a Tristan a cámara lenta nadando en círculos a su alrededor. Recordó cómo había sentido sus manos cuando la ayudó a flotar, la forma en que lentamente le había echado la cabeza hacia atrás para que estuviera en contacto con el agua. Ivy temblaba de placer y una pizca de miedo.

«¡Ángeles, no me dejéis sola!», rezó.

Era algo totalmente distinto de un cuelgue. Podía inundar cualquiera de sus pensamientos o sentimientos. «Quizá debería dejarlo ahora, antes de que vaya a más», pensó. Pero entonces recordó cómo la había llevado por el agua, el rostro iluminado y una enorme sonrisa pintada en él.

Ivy no vio venir el coche. Absorta en sus pensamientos, no vio cómo el coche negro se saltaba el stop hasta el último momento. Hundió el pie en el freno. Las ruedas chirriaron y ambos vehículos viraron bruscamente. Por un momento, quedaron uno al lado del otro, prácticamente tocándose, y acto seguido se separaron. Ivy seguía en medio del cruce tratando de respirar profundamente.

El otro conductor abrió la puerta del vehículo y dejó escapar una sarta de improperios dirigidos a ella. Sin volver siquiera la cabeza, Ivy subió la ventanilla y comprobó el seguro de la puerta. De pronto, los gritos cesaron. Ivy se volvió para mirar fríamente al conductor.

—¡Gregory!

Bajó la ventanilla. La piel del muchacho estaba pálida, a excepción del tono rosado de sus mejillas, fruto del rubor. Se la quedó mirando y luego miró en derredor. Parecía sorprendido, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba y de lo que había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí..., sí. ¿Y tú?

—Bueno, sigo respirando.

—Lo siento, no... no estaba prestando atención, creo. Y no sabía que eras tú, Ivy.  
—Aunque se había calmado, aún parecía alterado.

—No pasa nada. Yo también iba algo distraída.

Gregory se inclinó hacia la ventanilla y se quedó mirando la toalla mojada que había en el asiento delantero.

—¿Qué estás haciendo por aquí? —quiso saber.

Ivy se preguntó si establecería la conexión entre la toalla mojada, la piscina y Tristan. Ni siquiera a Beth y a Suzanne les había dicho lo que estaba haciendo. Además, no era de la incumbencia de Gregory.

—Necesitaba pensar. Sé que parece una tontería, con la cantidad de espacio que tenemos en casa, pero bueno...

—Necesitabas un lugar diferente —acabó la frase por ella—. Sé lo que es. ¿Vas para casa?

—Sí.

—Sígueme. —Gregory le dedicó una sonrisa breve y torcida—. Detrás de mí estarás a salvo.

—¿Estás seguro de que estás bien?

Los ojos de él aún reflejaban preocupación. No obstante, asintió y volvió a entrar en el coche.

Cuando llegaron a casa, Andrew enfiló el camino de entrada detrás de ellos. Saludó a Ivy y se volvió a continuación hacia su hijo:

—¿Y bien?, ¿cómo está tu madre?

Gregory se encogió de hombros.

—Como siempre.

—Me alegra que hayas ido a verla.

—Le transmití tus saludos afectuosos —dijo Gregory con el semblante y la voz inexpresivos.

Andrew se limitó a asentir. Al pasar junto a una caja de tizas de colores esparcidas por el suelo, se volvió a mirar en una esquina de su garaje lo que una vez había sido cemento blanco y limpio.

—¿Alguna novedad respecto a tu madre? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó.

Andrew estaba estudiando los dibujos hechos con tiza por Philip y no se dio

cuenta de la pausa que hizo Gregory, no vio la emoción en su cara, que desapareció tan rápidamente como había aparecido. Ivy, en cambio, sí lo notó.

—Nada nuevo —respondió.

—Bien.

Ivy esperó hasta que Andrew hubo cerrado la puerta tras de sí.

—¿Quieres que hablemos? —le dijo a Gregory.

Él se volvió repentinamente, como si hubiera olvidado que ella estaba allí.

—¿Hablar de qué?

Ivy dudó un instante y luego prosiguió:

—Le has dicho a tu padre que tu madre está bien. Sin embargo, por tu mirada antes en el cruce y la de hace un momento, cuando hablabas de ella, creo que quizá...

Gregory jugueteó con sus llaves.

—Tienes razón. Las cosas no van bien. Se avecina algún que otro problema.

—¿Con tu madre?

—No puedo hablar de eso. Mira, aprecio tu preocupación, pero puedo arreglármelas solo. Si realmente quieres ayudarme, no le digas nada a nadie, ¿vale? Ni siquiera menciones el casi accidente. Prométemelo.

Él sostuvo su mirada.

—Te lo prometo —dijo Ivy encogiéndose de hombros—. Pero si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

—En medio de un cruce —dijo él dedicándole una de sus sonrisas maliciosas; luego entró en la casa.

Antes de seguirlo, Ivy se detuvo a observar la obra maestra que Philip había dibujado en el suelo. Reconoció el color aguamarina brillante de su ángel del agua y las líneas de color marrón oscuro de Tony. Después de mirarlos unos instantes, identificó a los Power Rangers. Los dragones de Philip eran fáciles de reconocer: siempre parecían haberse bebido una cuba de líquido inflamable, y solían luchar contra los Power Rangers y los ángeles. «Pero ¿y eso?». Una cabeza redonda, el pelo extraño, como hecho jirones, y un palito naranja saliendo de cada oreja.

Al lado, Philip había garabateado su nombre: Tristan.

Ivy cogió un trozo de tiza negra y le dibujó dos aceitunas en los dientes. Ya se parecía más a aquel chico encantador capaz de animar a un niño de ocho años que está teniendo un día horrible.

Recordó la cara que se le había quedado cuando ella había abierto la puerta de la despensa. Echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír.

¿Dejarlo? ¿A quién quería engañar?

Tristan estaba seguro de haberla asustado ya el primer día; no obstante, ella volvió, y a partir de la segunda clase anduvo con más cuidado. Apenas la tocaba, la trataba de

forma profesional, y seguía saliendo con como se llame y con la otra chica. Pero cada día que pasaba se le iba haciendo más difícil estar a solas con Ivy, tan cerca de ella, esperando alguna señal de que quería algo más que clases y una simple amistad.

—Creo que ha llegado la hora, *Ella* —le dijo a la gata después de dos semanas frustrantes de clases—. No está interesada en mí y yo no lo soporto más. Voy a proponerle que se apunte a los cursos de natación que organiza la Asociación de Jóvenes Cristianos.

*Ella* ronroneó.

—Y luego voy a buscarme un monasterio que cuente con un equipo de natación.

Al día siguiente, llegó resuelto a no ponerse el bañador. En el bolsillo llevaba un tríptico de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Salió con paso firme de la zona de acceso a la piscina y se detuvo en seco.

Ivy no estaba allí. «Se habrá olvidado», pensó, pero luego vio su toalla y su coiletero junto al borde de la parte más honda.

—¡Ivy!

Corrió hacia allí y la encontró en el fondo, tumbada completamente inmóvil. Había tres metros y medio de profundidad.

—¡Dios mío!

Se lanzó al agua sin perder un segundo y buceó impetuosamente para alcanzarla. La sacó a la superficie y nadó hacia el borde. No era tarea fácil: había vuelto en sí y se resistía. Además, su ropa era un peso extra que tenía que arrastrar. La subió con gran esfuerzo al borde y saltó a su lado.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Ivy.

No estaba tosiendo, ni balbuceando, ni jadeando en busca de aire. Simplemente se había quedado mirándolo, fijándose en la camiseta empapada, los vaqueros pegados al cuerpo y los calcetines colgando. Tristan le sostuvo la mirada y luego tiró tan lejos como pudo sus zapatos anegados, que fueron a parar debajo de las gradas.

—¿Qué es lo que intentabas hacer? —preguntó ella.

—¿Qué intentabas hacer tú?

Ella abrió la mano para enseñarle un penique de cobre reluciente.

—He buceado para cogerlo.

Tristan se puso colérico.

—¡La primera regla en natación, Ivy, es nunca, nunca nadar solo!

—Pero ¡tenía que hacerlo, Tristan! Tenía que comprobar si podía hacer frente a mi pesadilla sin ti, sin mi... mi socorrista cerca. Y he podido. Lo he hecho —dijo con una sonrisa resplandeciente pintada en la cara.

Llevaba el pelo suelto y sus ojos sonreían a los de Tristan, unos ojos color esmeralda como el mar bajo la brillante luz del sol. Luego parpadeó.

—¿Es eso lo que has intentado hacer?... ¿Actuar como un socorrista, hacerte el



héroe?

—No, Ivy —dijo él en voz baja. Se puso en pie—. Estaba demostrando una vez más que soy un héroe para todo el mundo excepto para ti.

—Espera un momento.

Él empezó a alejarse.

—¡Espera un momento!

No había ido muy lejos, pues Ivy lo había cogido por una pierna y estaba reteniéndolo.

—He dicho que esperes.

Intentó zafarse, pero ella lo tenía bien sujeto.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que te diga que eres un héroe?

Él hizo un mohín.

—Supongo que no. Supongo que creí que de ese modo obtendría lo que quiero, pero no ha sido así.

—¿Y bien?, ¿qué es lo que quieres?

¿Acaso decírselo cambiaría algo?

—Ponerme ropa seca. Tengo un chándal en mi taquilla.

—Muy bien. —Ivy le soltó la pierna, pero antes de que pudiera marcharse le cogió la mano. La dejó entre las suyas durante un instante y luego besó la yema de sus dedos con dulzura.

Levantó la vista, se encogió levemente de hombros y lo soltó. Sin embargo, esa vez fue él quien le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. Después de dudar un segundo, ella apoyó su cabeza en la mano de Tristan. ¿Podía sentirlo...? ¿Podía sentir cómo el pulso de él se aceleraba con apenas rozarlo? Tristan se arrodilló y le cogió la otra mano, besó sus dedos y apoyó la mejilla contra la palma.

Ella lo miró a los ojos.

—Ivy.

La palabra sonó como un beso.

—Ivy.

La palabra se convirtió en un beso.

—¡Me ha dado una paliza! —exclamó Tristan—. Philip me ha ganado dos de las tres partidas.

Ivy apoyó las manos sobre las teclas del piano, lo miró por encima del hombro y rompió a reír. Había pasado una semana desde aquel primer beso tembloroso. Desde entonces, se había dormido todas las noches recordando ese beso y cada uno de los que lo siguieron.

Para ella era todo tan increíble. Era consciente de cada ligero toque, del más mínimo roce. Cada vez que él pronunciaba su nombre, Ivy respondía desde algún lugar profundo de su interior. Aun así, le resultaba tan fácil y natural estar con él. A veces tenía la sensación de que Tristan llevaba años formando parte de su vida, de que llevaba años tumbándose en el suelo de su sala de música como en ese momento para jugar a las damas con Philip.

—¡No puedo creer que me haya ganado dos de tres!

—Casi tres de tres —alardeó Philip.

—Eso te enseñará a no meterte con Ginger —intervino Ivy.

Tristan dedicó una mirada furiosa a la figurita del ángel que permanecía en pie en el tablero, completamente sola. Philip la usaba siempre a modo de pieza.

El ángel de porcelana medía unos siete centímetros y había pertenecido a Ivy. Cuando Philip aún iba a la guardería, decidió un día que había que poner guapa a la figurita. Una capa de laca de uñas de color rosa en el vestido y otra de purpurina dorada en el pelo sirvieron para proporcionarle una nueva imagen, e Ivy acabó regalándosela.

—Ginger es muy lista —le explicó Philip a Tristan.

Él, incrédulo, levantó la vista hacia Ivy.

—La próxima vez Philip podría prestártela para que ganes tú —dijo ella sonriendo. Luego se volvió hacia su hermano—: Se está haciendo tarde.

—¿Por qué siempre dices eso?

Tristan esbozó una amplia sonrisa y repuso:

—Porque está intentando deshacerse de ti. ¡Vamos! Te leeré dos cuentos como la última vez y luego a dormir —y Tristan acompañó a Philip a su habitación.

Ivy se quedó arriba y empezó a hojear sus partituras en busca de canciones que pudieran gustarle a Tristan. Le iba el rock duro, pero no podía tocar ese estilo de música con el piano. Tristan no conocía nada de Beethoven ni de Bach. Para él, la música clásica eran los musicales de la colección de sus padres. Se detuvo en algunas canciones de *Carrusel*, pero finalmente apartó el viejo libro.

Durante toda la noche, la música había fluido por su interior como un río de plata. Apagó las luces y tocó de memoria la sonata *Claro de luna* de Beethoven.

Tristan volvió en mitad de la pieza. Las manos de Ivy dudaron brevemente y finalmente dejaron de tocar.

—No pares —pidió él en voz baja y se situó detrás de ella.

Ivy siguió tocando hasta el final. Por unos instantes, cuando acabó el último acorde, ninguno de los dos habló, ninguno se movió. La sala quedó invadida únicamente por la luz inmóvil y plateada de la luna sobre las teclas del piano y por la música, en la forma en que puede persistir a veces en el silencio.

Ella se recostó contra él.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Tristan.

Ivy rompió a reír. Él la ayudó a ponerse en pie y bailaron describiendo círculos por la habitación. Ella apoyó la cabeza en su hombro y sintió sus fuertes brazos alrededor del cuerpo. Bailaron lentamente, más y más lentamente, e Ivy deseó que no la soltara nunca.

—¿Cómo lo haces? —susurró él—. ¿Cómo puedes bailar conmigo y tocar el piano a la vez?

—¿A la vez?

—¿No eres tú quien está tocando la música que oigo?

Ella alzó la cabeza.

—Tristan, esa frase es tan... tan...

—Cursi, sí, pero ha hecho que me mires.

Tristan bajó rápidamente sus labios y le robó un beso largo y dulce.

—No olvides decirle a Tristan que se pase un día por la tienda —dijo Lillian—. A Betty y a mí nos encantaría volver a verlo. Nos gustan los chicos *gachas*.

—Cachas, Lillian —la corrigió Ivy con una sonrisa en los labios—. Tristan está cachas.

«Mi chico cachas», pensó al tiempo que cogía una caja envuelta en papel marrón.

—¿Esto es todo lo que tengo que llevar?

—Sí, gracias, cielo. Sé que no te pillas de camino.

—No me pillas muy lejos —repuso ella abriendo la puerta.

—Calle Willow, número 528 —gritó Betty desde el fondo de la tienda.

—530 —susurró su hermana.

«Bueno, al menos las posibilidades están una al lado de la otra», pensó Ivy al salir por la puerta de Es Tiempo de Fiesta. Miró su reloj, no le quedaba tiempo para estar un rato con sus amigas.

Suzanne y Beth llevaban tiempo esperándola en la zona de restaurantes.

—Dijiste que saldrías hace veinte minutos —se quejó Suzanne.

—Ya lo sé, ha sido un día complicado —respondió—. ¿Me acompañáis al coche? Tengo que entregar esto y luego irme directa para casa.

—¿Has oído eso, Beth? Tiene que irse directamente a casa a una fiesta de cumpleaños, o eso dice. Según ella, Philip cumple hoy nueve años.

—Hoy es 28 de mayo —replicó Ivy—. Sabes perfectamente que es su cumpleaños.

—Por lo que sabemos, podría tratarse de una boda privada en la colina —prosiguió Suzanne dirigiéndose a Beth.

Ivy puso los ojos en blanco y Beth rió. Suzanne aún no le había perdonado que hubiera mantenido en secreto lo de las clases de natación.

—¿Tristan irá esta noche? —preguntó Beth cuando salían del centro comercial.

—Es uno de los dos invitados de Philip —respondió Ivy—, y se sentará a su lado, no al mío. Jugará toda la noche con Philip y no conmigo. Se lo prometió. Era la única forma de disuadir a mi hermano de que nos acompañara al baile. ¡Eh! ¿Dónde habéis aparcado?

Suzanne no se acordaba, y Beth ni se había fijado. Así que dieron vueltas por el aparcamiento en el coche de Ivy. Beth se dedicaba a buscarlo mientras Suzanne le daba consejos sobre ropa y relaciones, que iban desde las estrategias a la hora de hablar por teléfono hasta cómo no empeñarse en intentar parecer informal. Llevaba las tres últimas semanas obsequiándola con miles y miles de consejos.

—Suzanne, en mi opinión, haces que salir con alguien sea demasiado complicado —dijo al fin Ivy—, con tanto maquinarse y planear. A mí me resulta muy sencillo.

«Increíblemente sencillo», pensó. Ya estuvieran pasando el rato o estudiando juntos, sentados uno al lado del otro en silencio o intentando hablar a la vez, lo que ocurría a menudo, esas últimas semanas habían sido increíblemente fáciles.

—Eso es porque es tu media naranja —soltó Beth con complicidad.

Sólo había una cosa de Ivy que Tristan no alcanzaba a entender: los ángeles.

—Has tenido una vida difícil —dijo él una noche.

Era la noche del baile o, más bien, la madrugada del día siguiente, aunque aún no había amanecido. Estaban caminando descalzos sobre la hierba, en el otro extremo de la colina, alejándose de la casa. Al oeste, la luna creciente brillaba en lo alto como un adorno navideño olvidado. Había una estrella en el cielo. A lo lejos, más abajo, un tren traqueteaba por el valle.

—Has tenido que pasar por mucho, no te culpo por creer —continuó él.

—¿Que no me culpas? ¿Qué quieres decir con eso?

Pero Ivy sabía qué quería decir. Para él, un ángel era como un bonito osito de peluche: algo a lo que los niños se aferran.

La rodeó con los brazos.

—No puedo creer, Ivy. Tengo cuanto necesito y cuanto quiero aquí, en la tierra.

Justo aquí, entre mis brazos.

—Pues yo no —contestó ella e, incluso bajo la pálida luz, pudo ver el dolor en los ojos de él.

Discutieron. Ivy se dio cuenta por primera vez en su vida de que cuanto más quieres a alguien, más daño le haces. Y lo peor de todo es que le haces tanto daño como el que te haces a ti mismo.

Cuando Tristan se marchó, lloró durante toda la mañana. Por la tarde, él no le devolvió las llamadas. Sin embargo, se presentó por la noche en su casa con quince rosas color lavanda.

—Una por cada ángel —explicó.

—¡Ivy! Ivy, ¿has oído algo de lo que acabo de decirte? —preguntó Suzanne, haciendo que regresara al presente—. ¿Sabes? Pensaba que si te conseguíamos novio, pondrías los pies en el suelo, pero me equivocaba. ¡Sigues en las nubes! ¡Con tus ángeles!

—Nosotras no le hemos conseguido nada —dijo Beth con voz tranquila aunque firme—. Se encontraron el uno al otro. Ahí está el coche, Ivy. Pásalo bien esta noche. Deberíamos darnos prisa, se avecina una tormenta.

Sus amigas bajaron del coche e Ivy comprobó de nuevo el reloj: llegaba tarde. Cogió la carretera de acceso a toda velocidad y después la autopista. Cuando cruzó el río, se percató de lo de prisa que se desplazaban los nubarrones.

Debía entregar el pedido en una de las casas nuevas del sur de la ciudad, en el mismo barrio por el que había estado dando vueltas con el coche después de su primera clase de natación con Tristan. Parecía que cualquier cosa que hacía le recordaba a él.

También en esa ocasión se perdió y condujo en círculos, con un ojo pendiente de las nubes. Retumbó un trueno. Los árboles temblaban y agitaban sus hojas, produciendo reflejos de un fantasmagórico verde lima en contraposición al gris plomizo del cielo. El viento empezó a soplar con fuerza azotando las ramas y arrancando antes de tiempo flores y hojas tiernas. Ivy iba inclinada hacia adelante intentando dar con la casa que buscaba antes de que estallara la tormenta.

No obstante, tan sólo encontrar la calle correcta resultaba complicado. Pensaba que había llegado a la calle Willow, pero el cartel rezaba Fernway y especificaba que Willow era la perpendicular. Salió del coche para comprobar que no hubieran girado la señal, una práctica muy popular entre los chicos de la ciudad. Entonces oyó el ruidoso motor de una moto que descendía por la colina. Dio unos pasos en su dirección y le hizo un gesto para que se detuviera. La Harley aminoró por un instante, luego aceleró y pasó de largo a su lado.

Tendría que seguir su instinto. En esa zona los jardines eran inclinados, y Lillian había dicho que la señora Abromaitis vivía en una colina y que delante de la puerta

había un tramo de escaleras de piedra flanqueado por macetas.

Giró en la curva. Podía notar el creciente viento zarandeando el coche. Sobre su cabeza, el pálido cielo era engullido por negros nubarrones.

Ivy detuvo el coche en seco con un chirrido enfrente de dos casas y sacó la caja, que usó a modo de escudo contra el viento. Para acceder a ellas había sendas escaleras de piedra, ambas con macetas. Escogió una al azar y justo al pasar junto al primer macetero, el viento lo derribó y se hizo añicos. Ivy profirió un grito y seguidamente rió para sí.

Cuando llegó al final de la escalera, miró una casa y luego la otra, el 528 y el 530, en busca de alguna pista. En la parte trasera de la primera, oculto tras los arbustos, había un coche aparcado, así que debía de haber alguien en casa. Acto seguido vio una figura en el ventanal. Pensó que sería alguien comprobando si llegaba, aunque no pudo identificar si se trataba de un hombre o de una mujer, o si la persona le había hecho señas. Lo único que pudo distinguir fue la silueta borrosa de una persona como parte del *collage* que reflejaba la ventana, un *collage* compuesto principalmente por árboles vapuleados e iluminados por los relámpagos. Se encaminó hacia la puerta. La silueta desapareció. Al mismo tiempo, se encendió la luz del porche en el 530. La puerta mosquitera se cerró de golpe por el viento.

—¿Ivy? ¿Ivy? —gritó una mujer desde el porche iluminado.

—¡Uf!

Se apresuró hacia allí, entregó el paquete y corrió hasta el coche. El cielo se abrió y empezó a llover a mares. Bueno, ésa no iba a ser la primera vez que Tristan la veía como una rata empapada.

Ivy, Gregory y Andrew llegaron tarde a casa, y Maggie parecía molesta. Sin embargo, a Philip no le importó. Tristan, Sammy, su nuevo amigo del colegio, y él estaban jugando a un videojuego, uno de los muchos regalos que Andrew le había hecho por su cumpleaños.

Tristan sonrió al ver a Ivy empapada.

—Me alegro de haberte enseñado a nadar —dijo, y se levantó para darle un beso.

Ivy iba goteando todo el parqué.

—Te mojaré —lo previno.

Él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

—Me secaré —susurró—. Además, es divertido fastidiar a Philip.

—¡Qué asco! —exclamó el niño como si hubieran planeado la escena.

—¡Puaj! —coincidió Sammy.

Ivy y Tristan se abrazaron con más fuerza y rieron. A continuación, ella subió a su habitación a cambiarse de ropa y secarse el pelo. Se pintó los labios, aunque ése fue todo el maquillaje que se puso, ya que le brillaban los ojos y tenía las mejillas

sonrosadas. Revolvió en su joyero en busca de unos pendientes y, finalmente, bajó a tiempo para ver cómo Philip acababa de abrir los regalos.

—Lleva puestos sus pendientes de pavo real —le susurró Philip a Tristan cuando su hermana se sentó a la mesa enfrente de ambos.

—¡Vaya! —exclamó Tristan—. He olvidado mis palitos de zanahoria.

—Y las gambas. —Philip rió por lo bajo.

Ivy se preguntaba quién de los dos era más feliz en ese momento, si Philip o ella. Era consciente de que a Gregory la vida no le parecía algo tan maravilloso. Había sido una semana muy dura para él. Le había confiado que aún seguía muy preocupado por su madre, aunque no había querido explicarle por qué. Últimamente, su padre y él apenas hablaban el uno con el otro. Maggie hacía grandes esfuerzos por conversar con el chico, pero por lo general acababa dejándolo por imposible.

Ivy se volvió hacia él.

—Las entradas para el partido de los Yankees han sido una idea fantástica. A Philip le ha encantado el regalo.

—Pues tiene una forma muy curiosa de demostrarlo.

Era cierto. Philip le había dado las gracias de manera muy educada. En cambio, se había puesto a dar saltos de alegría al ver el póster de Don Mattingly que Tristan había arrancado de un número antiguo del *Sports Illustrated*.

Durante la cena, Ivy se esforzó por incluir a Gregory en la conversación. Tristan intentó hablar con él de deportes y coches; no obstante, de su parte sólo recibió respuestas monosilábicas. Andrew estaba claramente irritado, aunque Tristan no parecía sentirse ofendido.

El cocinero de Andrew, Henry, al que habían despedido tras la boda y readmitido después de seis semanas con Maggie en la cocina, les había preparado una cena deliciosa. Aun así, Maggie había insistido en preparar un pastel para su hijo. Henry sirvió la pesada y deforme tarta mirando hacia otro lado.

El rostro de Philip se iluminó.

—¡Es el pastel experimento! —exclamó.

Sobre la abundante y grumosa cobertura de chocolate había nueve velas colocadas en diversos ángulos. Las velas se apagaron rápidamente y todo el mundo cantó *Cumpleaños feliz*. Coincidiendo con el último compás, sonó el timbre. Andrew dejó ver su desconcierto y fue a abrir.

Desde donde estaba sentada, Ivy podía ver el vestíbulo. Dos agentes de policía, un hombre y una mujer, hablaban con Andrew. Gregory se inclinó hacia Ivy para ver qué sucedía.

—¿De qué crees que se trata? —susurró ella.

—Habrá pasado algo en la universidad —supuso él.

Tristan le dirigió una mirada inquisitiva desde el otro lado de la mesa, pero Ivy se

limitó a encogerse de hombros. Su madre, ajena a que hubiera algún problema, siguió cortando el pastel.

Andrew volvió al comedor.

—Maggie.

Ella debió de leer algo en sus ojos, ya que dejó el cuchillo inmediatamente y se situó a su lado. Él le cogió la mano.

—Gregory, Ivy, ¿podéis acompañarnos a la biblioteca, por favor? Tristan, ¿puedes quedarte con los chicos? —preguntó.

Los agentes de policía seguían esperando en el vestíbulo. Andrew encabezó la marcha hacia la biblioteca. «Si se tratara de un problema en la universidad, no nos llamaría a todos», pensó Ivy.

Cuando todo el mundo se hubo sentado, Andrew comenzó a hablar:

—No existe una forma fácil de decir esto... Gregory, tu madre ha muerto.

—Oh, no —susurró Maggie.

Ivy se volvió rápidamente hacia Gregory. Estaba rígido, los ojos fijos en su padre, y no dijo nada.

—La policía recibió una llamada anónima esta tarde, sobre las cinco y media, y los alertaron de que alguien necesitaba ayuda en esa dirección. Cuando llegaron, la hallaron muerta con un disparo en la cabeza.

Gregory ni siquiera pestañeó. Ivy le cogió la mano; la tenía fría como el hielo.

—La policía me ha pedido... Necesitan... Es el procedimiento habitual... —Andrew vaciló y luego se volvió hacia los agentes—: ¿Podría seguir uno de ustedes?

—Como parte del procedimiento habitual —explicó la mujer—, tenemos que hacerles algunas preguntas. Seguimos registrando la casa en busca de información que pueda ser relevante para el caso, aunque parece bastante concluyente que se trata de un suicidio.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Maggie.

—¿Qué indicios tienen para pensar eso? —preguntó Gregory—. Es cierto que mi madre llevaba un tiempo deprimida, desde principios de abril...

—¡Oh, Dios mío! —repitió Maggie.

Andrew extendió un brazo hacia ella, pero Maggie se alejó de él.

Ivy sabía lo que su madre estaba pensando. Recordó lo que había sucedido una semana antes, cuando una foto de Caroline y Andrew había aparecido, no se sabía cómo, en la mesita del vestíbulo. Andrew le había dicho a Maggie que la tirara a la basura, pero no había podido. No quería pensar que ella era la causante de que hubieran echado a Caroline de su hogar, ya fuera años antes o entonces. Ivy sospechaba que su madre se sentía responsable de la infelicidad de Caroline y, en ese instante, también de su muerte.

—Sigo queriendo saber por qué creen que se suicidó —continuó Gregory—. No



parece propio de ella. No parece para nada propio de ella. Era una mujer muy fuerte.

Ivy apenas podía creer que fuera capaz de hablar con tanta entereza, sin titubear siquiera.

—En primer lugar, hay pruebas circunstanciales —explicó el agente—. No dejó una nota, aunque lo que sí había era un montón de fotografías rotas esparcidas alrededor del cuerpo.

El policía dirigió la mirada hacia Maggie.

—¿Fotografías de...? —preguntó Gregory.

—Del señor y la señora Baines —contestó el agente—. Fotografías de la boda recortadas del periódico.

Andrew observó cómo Maggie se dejaba caer en una silla, con la cabeza gacha, y se rodeaba las rodillas con los brazos.

Ivy soltó la mano de Gregory, quería ir a consolarla, pero él volvió a cogérsela.

—El arma seguía en su mano. Había rastros de pólvora en sus dedos, de los que quedan al disparar una arma de ese tipo. Por supuesto, comprobaremos las huellas de la pistola y que la bala coincida y les informaremos si encontramos algo inusual. De todas formas, las puertas estaban cerradas con llave, no había señal de que hubieran sido forzadas, el aire acondicionado estaba encendido y las ventanas bien cerradas, así que...

Gregory respiró profundamente.

—Supongo que no era tan fuerte como pensaba. ¿A qué... a qué hora creen que sucedió?

—Entre las cinco y las cinco y media de la tarde, no mucho antes de que llegásemos.

Un sentimiento inquietante sobrecogió a Ivy. Había estado conduciendo por el vecindario a esa hora. Había estado contemplando el cielo furioso y el azote de los árboles. ¿Habría pasado por delante de la casa de Caroline? ¿Se habría suicidado ella en el momento de mayor furor de la tormenta?

Andrew preguntó a los agentes si podía hablar con ellos más tarde y se llevó a Maggie fuera de la biblioteca. Gregory se quedó para responder preguntas sobre su madre y sus conocidos, y sobre los problemas de los que estaba al corriente. Ivy quería marcharse, no quería oír los detalles de la vida de Caroline, y anhelaba refugiarse en los brazos de Tristan.

No obstante, Gregory volvió a retenerla. Su mano estaba fría y no respondía a la de ella; asimismo, su rostro seguía inexpresivo. Su voz era tan serena que a Ivy le parecía espeluznante. Sin embargo, algo en su interior estaba luchando, una pequeña parte de él admitía el horror de lo que había ocurrido y pedía la ayuda de la joven. Así que se quedó con él, mucho después de que Tristan se hubo marchado y de que todos los demás se hubieron acostado.

—Pero si me dijiste que Gary tenía una cita el viernes por la noche —le recordó Ivy.

—Y así era —dijo Tristan tumbándose junto a ella en la hierba—, pero su cita ha cambiado de idea. Creo que le han hecho una oferta mejor.

Ivy negó con la cabeza con resignación.

—¿Por qué Gary siempre persigue a chicas caprichosas?

—¿Por qué Suzanne persigue siempre a Gregory? —contraatacó él.

Ivy sonrió.

—Por la misma razón por la que *Ella* persigue mariposas, supongo.

Observó las piruetas que hacía la gata. *Ella* se sentía como en casa en el jardín del reverendo Carruthers. En una pequeña zona, en medio de bocas de dragón, lilas, rosas y otras flores, el padre de Tristan había plantado hierba gatera.

—¿Hay algún problema con el sábado por la noche? —preguntó Tristan—. Si trabajas, podemos ir a la última sesión del cine.

Ivy se incorporó. Tristan siempre era lo primero para ella, pero como habían hecho planes para el viernes por la noche y también para el domingo... «Al menos debería habérselo comentado», pensó.

—Gregory nos ha invitado a Suzanne, a Beth y a mí a salir con sus amigos el sábado.

Él no ocultó su sorpresa ni su descontento.

—Suzanne estaba tan entusiasmada —añadió rápidamente Ivy—. Y Beth también estaba muy ilusionada, no suele salir mucho.

—¿Y tú? —preguntó Tristan incorporándose sobre un codo y retorciendo una brizna larga de hierba.

—Creo que debería ir... por Gregory.

—Has hecho un montón de cosas por Gregory estas últimas semanas.

—Tristan, ¡su madre se suicidó! —espetó ella con rabia.

—Ya lo sé.

—Vivo con él en la misma casa —continuó—. Compartimos la misma cocina, los mismos pasillos, la misma sala de estar. Veo sus estados de ánimo y sus altibajos. Tiene bastantes momentos de bajón —añadió, más serena.

Estaba pensando en los días en los que Gregory no hacía nada más que sentarse y leer el periódico, hojeándolo en busca de algo, aunque sin hallar nada.

—Creo que está muy enfadado. Intenta esconderlo, pero tengo la impresión de que está furioso con su madre por haberse quitado la vida. La otra noche, a la una y media de la madrugada, estaba en la pista de tenis lanzando pelotas contra la pared.

Aquella noche, Ivy había salido a hablar con él. Al pronunciar su nombre, él se había vuelto y ella había visto la profundidad de su rabia y su dolor.

—Créeme, Tristan, lo ayudo en todo lo que puedo, y seguiré haciéndolo, pero si crees que siento algo especial por él, si piensas que él y yo... ¡Es ridículo! Si piensas... No puedo creer que tú...

—Frena, frena.

Pese a la oposición de Ivy, consiguió recostarla en la hierba junto a él.

—No estoy preocupado por nada de eso.

—Entonces, ¿qué es lo que te fastidia?

—Creo que dos cosas —contestó—. En primer lugar, creo que te estás esforzando tanto porque te sientes culpable.

—¡Culpable!

Ivy apartó su brazo y volvió a sentarse.

—Creo que te has contagiado de lo que siente tu madre: que ella y su familia son responsables de la infelicidad de Caroline.

—No lo somos.

—Ya lo sé. Sólo quiero asegurarme de que tú también lo sabes, y de que no estás intentando ayudar a alguien que se está aprovechando de la situación.

—No sabes de lo que hablas —replicó Ivy arrancando briznas de hierba—. En serio, no sabes por lo que está pasando. No vives con él. Tú...

—Conozco a Gregory desde primero.

—La gente cambia desde primero.

—También conozco a Eric desde entonces —continuó Tristan—. Juntos hacen cosas bastante arriesgadas, incluso peligrosas. Y eso es lo que también me preocupa.

—Pero Gregory no intentará nada de eso con mis amigas y yo allí —insistió Ivy—. Me respeta. Tan sólo es su forma de compensarme por las últimas tres semanas.

Tristan no parecía convencido.

—Por favor, no dejes que esto se interponga entre nosotros —le rogó ella.

Él alargó la mano para acariciar su rostro.

—No dejaré que nada se interponga entre nosotros. Ni montañas, ni ríos, ni continentes, ni guerras, ni avalanchas...

—Ni siquiera la funesta muerte —lo interrumpió ella—. Así que leíste el último relato de Beth.

—Gary se lo leyó enterito.

—¿Gary? ¡Estás de guasa!

—Se quedó con la copia que me diste, aunque le prometí que te diría que la había perdido.

Ivy rompió a reír, se tumbó al lado de Tristan y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Entiendes, entonces, por qué le dije que sí a Gregory?

—No, pero es tu elección, y yo no puedo meterme. Bueno, ¿qué vas a hacer el próximo sábado por la noche?

—¿Y tú?

—Cenar en el Durney Inn.

—¿En el hotel? ¡Vaya! Más nos vale ganar mucho dinero este verano dando clases de natación.

—Ya ganamos suficiente —dijo él—. ¿No conocerás a una chica preciosa a la que le guste que la inviten a cenar a la luz de las velas en un restaurante francés?

—Sí.

—¿Está libre esa noche?

—Quizá. ¿Podrá pedir un entrante?

—Tres, si quiere.

—¿Y postre?

—Suflé de frambuesas. Y besos.

—Besos...

—Bueno, ha sido divertido —declaró secamente Ivy.

—Pues yo me he aburrido —replicó Eric.

—Yo no —intervino Beth.

Había sido la última en abandonar la fiesta en el campus de la hermandad femenina ese sábado por la noche. Le había pedido papel a una de las integrantes de la hermandad y se había dedicado a entrevistar a todos los asistentes. Cuando echaron a los estudiantes de instituto, ella fue la única a la que invitaron a quedarse. A las Sigma Pi Nu les halagaba que quisiera escribir un relato sobre ellas.

—Eric, vas a tener que aprender a mantener la calma —dijo Gregory visiblemente irritado.

Gregory estaba tonteando con una pelirroja en un rincón —lo que había provocado que Suzanne se echara en brazos de un chico con barba—, cuando Eric había decidido iniciar una pelea con un gigante que llevaba una camiseta del equipo de fútbol americano de la universidad. «No muy inteligente por su parte».

Ahora, Eric se hallaba en la escalera de un edificio circundado por columnas, observando una estatua e inclinando la cabeza a izquierda y a derecha como si estuviera conversando con ella.

Suzanne estaba tumbada en un banco de piedra de la plaza de la universidad con las rodillas flexionadas, riendo por lo bajo. El viento hacía ondear su falda y la levantaba ligeramente de forma provocativa. Gregory no le quitaba el ojo de encima.

Ivy desvió la mirada. Will y ella eran los únicos que no habían bebido. En la fiesta, él parecía sentirse como en casa, aunque algo ansioso. Quizá los rumores que corrían por el instituto eran ciertos: ya lo había visto todo y nada lo impresionaba.

Al igual que Ivy, Will había llegado en enero. Su padre era productor televisivo en Nueva York, lo que lo hacía ganar muchos puntos entre sus compañeros de instituto. Desde el primer momento, lo habían admitido en el grupo de los populares, aunque su carácter taciturno impedía a todos hacerse una idea real sobre él. Era fácil imaginar un montón de historias sobre Will, y la mayoría de las personas que Ivy conocía suponían que era un tipo guay.

—¿Dónde está tu viejooo? —gritó de pronto Eric. Seguía mirando detenidamente la estatua al final de la escalera—. G. B., ¿dónde está tu viejo?

—Ése es el viejo de mi viejo —respondió Gregory.

Ivy se dio cuenta entonces de que se trataba de una estatua del abuelo de Gregory. Por supuesto, estaban delante del edificio Baines.

—¿Pooor qué no está tu viejo ahí arriba?

Gregory se sentó en un banco enfrente de Suzanne.

—Supongo que porque aún no está muerto —repuso, y tomó un largo trago de su botellín de cerveza.

—Entonces, ¿pooor qué no está tu vieja ahí arriba? ¿Eh?

Gregory no contestó. Tomó otro trago largo. Eric miró la estatua con el ceño fruncido.

—La echo muuucho de menos. Echo de menos a la vieja Caroline. Saaabes que sí.

—Ya lo sé —dijo Gregory en voz baja.

—Vamos a ponerla ahí arriba —Eric le guiñó un ojo a Gregory.

Éste no hizo ningún comentario. Ivy se acercó a él y se quedó detrás, apoyando una mano suavemente en su hombro.

—Llevo a Caroline en el bolsillo —dijo Eric.

Todos lo observaron mientras se cacheaba y buscaba por su camisa y sus pantalones. Finalmente, sacó un sujetador. Se lo acercó a la mejilla.

—Aún está caliente.

Ivy apoyó la otra mano en el hombro de Gregory. Podía sentir la tensión aumentar en su cuerpo.

Eric enrolló el sujetador alrededor de su brazo y trató de trepar por la estatua.

—Vas a matarte —le dijo Gregory.

—Como tu madre.

Su única respuesta fue coger otra cerveza. Ivy desvió la mirada de Eric. Gregory apoyó su cara en la mano de ella e Ivy notó cómo se relajaba un poco. Tanto Suzanne como Will los observaban, la primera con ojos chispeantes.

No obstante, Ivy se quedó donde estaba mientras Eric le ponía el sujetador al juez Baines. Luego cogió un par de botellines sin abrir y fue hacia donde estaba Suzanne.

—Creo que Gregory necesita alguien que lo apoye —le dijo a su amiga.

—¿Aparte de ti y la pelirroja?

Ivy ignoró el comentario. Suzanne también había bebido mucho.

De repente, Eric profirió un aullido y todos se volvieron. Lo vieron caer de la estatua, aterrizar en la gravilla y ovillarse como un caracol. Will se apresuró hacia él; Gregory, por el contrario, rompió a reír.

—No tengo nada roto, sólo el cerebro —farfulló Eric cuando Will lo ayudó a ponerse en pie.

—Creo que deberíamos ir a buscar el coche —dijo Will, impasible.

—Si la fiesta acaba de empezar —protestó Gregory poniéndose en pie. Era obvio que estaba comenzando a hacerle efecto el alcohol—. No me sentía tan bien desde Dios sabe cuándo.

—Yo sé cuándo —dijo Eric.

—La fiesta se acabará pronto si la policía del campus nos encuentra aquí —señaló Will.

—Mi padre es el rector —puntualizó Gregory—. Nos sacará del lío.

—O nos meteremos en uno peor —añadió Eric.

Ivy miró su reloj: las doce menos cuarto. Se preguntó dónde debía de estar Tristan y qué estaría haciendo. Se preguntó si la echaría de menos. Podría haber estado sentada con él en ese mismo momento disfrutando de esa agradable noche de junio.

—Vamos, Beth —la llamó Ivy, arrepentida de haber metido a sus amigas en esa situación—. Suzanne —ordenó.

—Sí, mamá —respondió ella.

Gregory rió, lo que le molestó un poco. «Están borrachos», se recordó.

Les llevó mucho tiempo encontrar el coche de Gregory. Cuando al fin lo consiguieron, Will levantó la mano pidiendo las llaves.

—¿Qué tal si conduzco yo?

—Puedo hacerlo —respondió Gregory.

—Hoy no.

Aunque Will hablaba en tono calmado, alargó la mano con determinación para coger las llaves. Gregory las apartó.

—Nadie conduce mi BMW, salvo yo.

Will miró a Ivy.

—Vamos, Gregory —dijo ella—. Déjame ser la conductora sobria.

—Si no conduces —señaló Will—, podrás beber cuanto quieras.

—Beberé lo que me apetezca y conduciré si quiero —gritó Gregory—; y si no te gusta, te vas andando.

Ivy consideró la idea de ir caminando, al menos hasta el teléfono más próximo para pedir un taxi. Pero sabía que Suzanne se quedaría con Gregory, y se sentía responsable de su seguridad.

Will le preguntó a Ivy si podía prestarle su jersey; acto seguido lo metió junto con su chaqueta entre los asientos delanteros, de forma que había un asiento más. Sentó a Eric en el asiento delantero con él, con lo que quedaron los tres delante: Gregory, él y Eric. Ivy se sentó detrás, en el medio, con Beth a un lado y Suzanne al otro.

—¿Por qué lo haces, Will? —dijo Gregory observando la forma en que se había apretujado a su lado—. No sabía que te preocuparas por mí. Suzanne, ¡ven aquí!

Ivy la retuvo.

—He dicho que vengas aquí. Deja que Will se siente detrás con la chica de sus sueños.

Ivy meneó la cabeza y suspiró fastidiada.

—Todo el que tenga probabilidades de vomitar debe sentarse junto a una ventanilla —concluyó Will.

Ivy abrochó el cinturón de seguridad de Suzanne. Gregory se encogió de hombros y puso en marcha el motor. Conducía de prisa, demasiado de prisa. Los neumáticos chirriaban en las curvas, el caucho apenas se agarraba al asfalto. Beth cerró los ojos. Suzanne y Eric sacaron la cabeza por la ventanilla, mareados por los bandazos del coche. Ivy mantenía la mirada al frente y contraía los músculos cada vez que Gregory frenaba o giraba, como si fuera ella quien condujera. Aunque, en realidad, era Will quien lo ayudaba a hacerlo. Ivy comprendió por qué se había sentado en un lugar tan peligroso y sin cinturón de seguridad.

Se dirigían al sur por serpenteantes carreteras secundarias. Cuando cruzaron el río y entraron en la ciudad, Ivy suspiró aliviada. Sin embargo, Gregory giró bruscamente y se encaminó de nuevo hacia el norte por una carretera que discurría al pie de las colinas y paralela al río. Dejaron atrás la estación de tren y salieron de los límites de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ivy mientras seguían una carretera estrecha, dibujando rayas con los faros delanteros en los troncos de los árboles.

—Ya lo verás.

Eric llevaba la cabeza apoyada en la puerta y la levantó de golpe.

—¡Co, co, co, co, co, co! —canturreó—. ¡Gallina!

Las imponentes colinas en penumbra situadas a su derecha se aproximaban cada vez más a las vías del tren que tenían a la izquierda. Ivy sabía que estaban acercándose al puente en el que las vías cruzaban el río.

—Los puentes dobles —susurró Beth para sí en el momento en que abandonaron la carretera.

Gregory apagó el motor y las luces. Ivy no podía ver nada.

—¡Gallinita! —exclamó Eric moviendo la cabeza adelante y atrás.

Ivy estaba mareada por los gases de escape del coche y el olor a alcohol. Beth y ella salieron por un lado, Suzanne se sentó en el otro con la puerta abierta. Gregory

abrió el maletero. Más cerveza.

—¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó Ivy.

Él sonrió y la rodeó con un brazo pesado.

—Algo más que puedes agradecerle a Andrew.

—¿Tu padre las compró? —preguntó, incrédula.

—No; más bien, su tarjeta de crédito.

Eric y él cogieron un *pack* de seis cervezas cada uno.

Aunque Ivy comprendía que Gregory necesitara desahogarse, aunque sabía lo duro que había sido para él la muerte de su madre, había ido enfadándose más y más. En ese momento, su enfado empezó a disminuir dando paso a una oleada gradual de miedo.

El río no estaba lejos, podía oír el agua precipitándose sobre las rocas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del campo, examinó los cables de alta tensión del tren. Recordó por qué los niños iban a ese lugar: para jugar a ver quién era más valiente en el puente ferroviario. Ivy no quería seguir a Gregory cuando encabezó la marcha en fila india hacia los puentes. No obstante, no podía quedarse atrás cuando Suzanne era incapaz de cuidar de sí misma.

Eric la empujaba por detrás mientras cantaba a todo pulmón con voz extraña:

—¡Gallina! ¡Gallina!

Piedrecitas redondeadas rodaban bajo sus pies. Eric y Suzanne tropezaban constantemente con las traviesas de la vía. Los seis caminaban por la avenida que cortaba limpiamente la zona arbolada, un camino que recorrían los trenes que comunicaban la ciudad de Nueva York con las ciudades situadas más al norte.

La avenida se ensanchó e Ivy vio los dos puentes, uno junto al otro, el nuevo construido a unos dos metros del viejo. Dos raíles de brillante acero trazaban el recorrido del puente nuevo. No había verja o valla alguna que impidiera el paso. El calado que había debajo se desplegaba como una red negra y siniestra sobre el río. El centro del puente viejo se había derrumbado, y cada uno de sus extremos era como una mano que se extendía desde la orilla del río con dedos de metal y madera podrida que intentaban alcanzarse, pero que no conseguían tocarse. Abajo, lejos de ambos puentes, el agua bufaba y discurría rápidamente.

—Seguid al líder, seguid al líder —exclamó Eric dando brincos.

Se situó a la cabeza y se dirigió dando traspiés hacia el puente nuevo. Ivy alargó dos dedos y agarró a Suzanne por la cinturilla de la falda.

—Tú no.

—Suéltame —espetó Suzanne.

La joven intentó seguir a Eric hacia el puente, pero Ivy la retuvo.

—¡Suelta!

Forcejearon unos instantes y Gregory rió al observarlas. Entonces Suzanne se



zafó de Ivy. Ella, desesperada, se abalanzó hacia adelante y cogió la pierna desnuda de Suzanne, lo que provocó que tropezara con el raíl y cayera al suelo de guijarros sobre unos matorrales. Suzanne intentó levantarse pero no pudo, por lo que se arrellanó y miró a Ivy con ojos centelleantes, apretando las manos con rabia.

—Beth, ¿por qué no compruebas que esté bien? —dijo Ivy, y desvió su atención de nuevo hacia Eric.

El chico se encontraba a unos cuatro metros y medio de altura sobre el agua. Su cuerpo excesivamente delgado iba dando saltitos y vueltas por el camino como si fuera un esqueleto bailarín.

—¡Co, co, co, co, co, co! —se burló de los demás—. Sois todos unos gallinas.

Gregory se recostó en un árbol y rió. Will observaba la escena con expresión alerta.

De pronto, todos volvieron la cabeza al oír un pitido al otro lado del río. Era el pitido del tren nocturno que Ivy había oído tan a menudo desde su casa en lo alto de la colina, una garra de sonido que apresaba su corazón todas las noches como si quisiera llevárselo.

—¡Eric! —gritaron Will y ella al unísono.

Beth sostenía a Suzanne, que se inclinaba hacia los arbustos intentando levantarse.

—¡Eric!

Will fue tras él, pero su amigo echó a correr como un loco saltando sobre las vías. Will lo persiguió.

«Los matará a los dos», pensó Ivy.

—¡Will, vuelve! ¡Will! ¡No lo conseguirás!

El tren entró en el puente con su vaivén característico, su brillante ojo haciendo frente a la noche, convirtiendo a los dos jóvenes en finas siluetas de papel. Ivy vio a Eric balancearse en el borde del puente. Agua y rocas lo esperaban muchos metros más abajo.

«Va a saltar al puente viejo. Nunca lo conseguirá —pensó—. ¡Ángeles, ayudadnos! Ángel del agua, ¿dónde estás? ¿Tony? ¡Os estoy llamando!».

Eric se agachó y, de pronto, saltó desde lo alto. Ivy profirió un grito. Beth y ella gritaron sin descanso.

Entonces Will echó a correr en sentido contrario dando traspiés, pero sin dejar de correr. El tren no aminoraba la marcha. Era enorme y oscuro, tan largo como la propia noche, e iba ganando terreno tras un ojo brillante y ciego. Seis metros..., cuatro metros... ¡No lo conseguiría! Parecía una polilla atraída por la luz.

—¡Will! ¡Will! —gritó Ivy—. Por favor, ángeles...

Will saltó. El tren pasó a toda velocidad. El suelo resonó a su paso y el aire se impregnó de olor a metal. Ivy descendió corriendo la empinada colina, derribando la

maleza, hacia el lugar al que Will había saltado.

—¿Will? ¡Will, contéstame!

—Estoy aquí. Estoy bien.

Will apareció delante de ella. «Gracias a los ángeles», pensó. Se abrazaron un instante. Ivy no sabía quién de los dos era el que temblaba compulsivamente.

—¿Y Eric? ¿Lo ha conse...?

—No lo sé —se apresuró a decir ella—. ¿Podemos bajar al río desde aquí?

—Probemos por el otro lado.

Se abrieron paso como pudieron para acceder juntos a la orilla. Cuando llegaron, ambos se detuvieron en seco y vieron a Eric caminar en su dirección por el puente nuevo, con una cuerda gruesa y otra elástica colgadas como si nada de su hombro.

Les llevó un momento comprender qué había ocurrido. Ivy se volvió para mirar a Gregory. «¿Está en el ajo?», se preguntó.

Gregory sonreía.

—Genial —le dijo a Eric—. Genial.

—¿Sabes lo que no entiendo? —dijo Gregory ladeando la cabeza y estudiando la minifalda de seda de Ivy. En su cara se dibujó una sonrisa pícaro—. No entiendo por qué nunca te pones aquel precioso vestido de la boda.

Maggie levantó la vista del plato en el que llevaba un tentempié que iba a subir al piso de arriba para Andrew. Todos iban a salir esa noche.

—Bueno, es demasiado formal para el Durney Inn —intervino Maggie—, pero tienes razón, Gregory, Ivy debería encontrar algún sitio donde pudiera volver a ponérselo.

Ivy le dedicó una breve sonrisa a su madre y fulminó a Gregory con la mirada. Él respondió con una mueca burlona.

—Vas muy sexi esta noche —añadió cuando Maggie hubo salido de la cocina. Lo dijo con total naturalidad, aunque se la quedó mirando durante un buen rato.

Ivy había dejado de esforzarse en comprender qué quería decir Gregory con algunos de sus comentarios: si realmente le estaba dedicando un cumplido o, por el contrario, estaba burlándose de ella sutilmente. Muchas de las cosas que decía le traían sin cuidado. Puede que finalmente se hubiera acostumbrado a él.

—Te estás habituando a excusar su comportamiento —opinó Tristan cuando ella le contó lo ocurrido el sábado por la noche.

Ivy estaba furiosa con Eric por su estúpida bromita. Gregory no había admitido estar implicado, sino que simplemente se había encogido de hombros y había dicho: «Nunca sabes lo que trama, eso es lo que lo hace tan divertido».

Por supuesto, se había enfadado también con Gregory. Sin embargo, como convivía con él día tras día, podía ver cuánto sufría. Desde la muerte de su madre, pasaba horas perdido en sus pensamientos. Ivy recordó el día en que él le había preguntado si quería acompañarlo a dar una vuelta y habían conducido por el antiguo barrio en el que vivía Caroline. Ella le había contado que había estado allí la noche de la tormenta. Después de eso, apenas había hablado, y no la había mirado a los ojos durante todo el viaje de vuelta.

—Tendría que ser de piedra para no sentir pena por él —había observado Ivy, concluyendo así la discusión.

Tanto Gregory como Tristan tendían a evitarse. Esa tarde, como de costumbre, Gregory desapareció en cuanto Tristan aparcó el coche de su padre frente a la casa.

Siempre llegaba pronto para jugar unos minutos con Philip. Satisfecha, Ivy comprobó que esa vez Tristan no podía concentrarse, aunque el equipo local perdía por dos puntos en el partido decisivo de la serie con Don Mattingly a punto de batear.

El bateador consiguió llegar a la segunda base mientras el *pitcher* miraba disimuladamente a Ivy.

Philip se sintió frustrado la tercera vez que Tristan fue incapaz de recordar cuántas eliminaciones llevaban, y se marchó enfurruñado a llamar a Sammy. Ivy y Tristan aprovecharon para escabullirse. De camino al coche, ella se dio cuenta de que Tristan estaba inusualmente callado.

—¿Cómo está *Ella*? —preguntó.

—Bien.

Ivy esperó; generalmente le contaba alguna historia divertida sobre la gata.

—¿Sólo bien?

—Muy bien.

—¿Le has comprado un cascabel nuevo para el collar?

—Sí.

—¿Te pasa algo, Tristan?

No contestó en seguida. «Es por Gregory, aún está furioso con él por lo que sucedió el fin de semana pasado», se dijo.

—¡Cuéntamelo!

Él la miró a los ojos y acarició con un dedo su nuca. Esa noche, Ivy llevaba el pelo recogido y los hombros descubiertos, a excepción de dos finos tirantes. El top que lucía era una sencilla camisola, con botones pequeños en la parte inferior de la parte delantera. Tristan descendió la mano por su cuello y recorrió su hombro desnudo.

—A veces me cuesta creer que seas real —dijo.

Ivy tragó saliva. Él la besó en el cuello con la dulzura que lo caracterizaba.

—Quizá... quizá deberíamos subir al coche —sugirió ella mirando hacia las ventanas del piso superior.

—Sí.

Tristan le abrió la puerta. En el asiento había rosas, más rosas color lavanda.

—¡Uy! Lo había olvidado. ¿Quieres llevarlas adentro?

Ella las cogió y se las acercó al rostro.

—Quiero tenerlas cerca.

—Probablemente se marchitarán —opinó él.

—Podemos ponerlas en un vaso con agua en el restaurante.

Tristan sonrió.

—Así el maître verá que tenemos clase.

—¡Son preciosas!

—Sí —musitó él.

Recorrió con los ojos todo su cuerpo, como si estuviera memorizándola. A continuación, la besó en la frente y sujetó las rosas mientras ella entraba en el coche.

De camino al restaurante, hablaron de sus planes para el verano. Ivy se alegraba de que Tristan hubiera cogido la carretera vieja en lugar de la autopista. Los árboles proporcionaban sombra y frescor en esa tarde de junio. Sus ramas estaban moteadas de luz, como si se tratara de monedas de oro que resbalaban entre los dedos de los ángeles. Tristan conducía por la sinuosa carretera con una mano en el volante y la otra sujetando la de ella, como si temiera que fuera a desvanecerse.

—Quiero ir al lago Juniper —dijo Ivy—. Haré el muerto en la parte más honda, durante una hora entera, con el sol centelleando en los dedos de las manos y los pies...

—Hasta que aparezca un pez enorme —bromeó él.

—También a la luz de la luna.

—¿A la luz de la luna? ¿Nadarías de noche?

—Si estuvieras conmigo, sí. Podríamos nadar desnudos.

Él la miró y sus ojos se encontraron un instante.

—Será mejor que no te mire mientras conduzco.

—Entonces deja de conducir —contestó Ivy en voz baja.

Él la miró al instante y ella se cubrió la boca con la mano. Se le habían escapado las palabras y, de pronto, la vergüenza y la timidez la invadieron. Las parejas bien vestidas que se dirigían a cenar a restaurantes caros no se detenían a darse el lote.

—Llegaremos tarde y perderemos la reserva —dijo Ivy—. Deberías seguir conduciendo.

Tristan detuvo el coche en el arcén.

—El río está por allí. ¿Quieres que bajemos caminando? —propuso él.

—Sí.

Ivy dejó las rosas en el asiento trasero del coche. Tristan rodeó el vehículo para abrirle la puerta.

—¿Podrás caminar con esos tacones? —preguntó observando los zapatos de Ivy.

Ella se puso en pie e inmediatamente sus tacones se hundieron en el barro. Rompió a reír y Tristan la levantó en el aire.

—Yo te llevaré.

—No, ¡tú me tirarás al barro!

—No hasta que lleguemos —rebató él.

La impulsó hacia arriba y la cogió por las piernas, de forma que la mitad superior de su cuerpo caía sobre el hombro de él como si cargara un saco.

Ivy reía y le daba golpes en la espalda. Se le estaba escapando el pelo de las horquillas.

—¡Mi pelo! ¡Mi pelo! ¡Bájame!

Tristan la bajó y ella se deslizó pegada a su cuerpo. Se le había subido la falda y llevaba el recogido medio deshecho.

—Ivy.

La abrazó con fuerza y ella sintió cómo todo su cuerpo temblaba.

—¿Ivy? —susurró.

Ella abrió la boca y presionó con los labios su cuello.

Alargaron el brazo a la vez hacia la manija y abrieron la puerta trasera del coche.

—Nunca pensé que el asiento trasero de un coche pudiera llegar a ser tan romántico —bromeó Ivy un rato después.

Estaba reclinada contra el respaldo y le sonreía. Entonces bajó la mirada hacia el montón de porquería que había esparcida por el suelo.

—Quizá deberías sacar tu corbata de ese viejo vaso de Burger King.

Tristan se agachó para recogerla y puso cara de asco: estaba empapada. La tiró hacia la parte delantera y volvió a sentarse junto a Ivy.

—¡Ay!

El perfume de flores aplastadas impregnó el aire. Ivy rió a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él sacando las flores espachurradas de detrás de su espalda; no obstante, también reía.

—¿Y si alguien hubiera pasado por aquí y hubiera visto la pegatina religiosa que tu padre lleva en el parachoques?

Tristan dejó las flores en el asiento delantero y la acercó de nuevo hacia sí. Recorrió con un dedo el tirante de su camisola de seda y la besó con ternura en el hombro.

—Le habría dicho que estaba con un ángel.

—¡Ésa sí que es una buena frase!

—Ivy, te quiero —dijo Tristan con una expresión repentinamente seria.

Ella lo miró fijamente y se mordió el labio.

—Esto no es ningún juego para mí. Te quiero, Ivy Lyons, y algún día me crearás.

Ivy lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Y yo a ti, Tristan Carruthers —le susurró al oído.

Por supuesto que lo creía, y confiaba en él más que en ninguna otra persona. Algún día tendría el valor de decir en voz alta todas las palabras: «Te quiero, Tristan». Sería capaz de gritarlo a los cuatro vientos e, incluso, de colgar una pancarta sobre la piscina del instituto.

Les llevó unos minutos arreglarse e Ivy se echó a reír de nuevo. Él sonreía y la miraba mientras ella intentaba dominar su maraña de pelo dorado; un esfuerzo inútil. Luego puso en marcha el motor y condujo sobre surcos y piedras hasta que se incorporó a la estrecha carretera.

—Un último vistazo al río —dijo Tristan en el momento en que el camino se alejaba considerablemente de su cauce.

El sol de junio caía sobre las colinas occidentales de Connecticut y bañaba de luz

las copas de los árboles cubriéndolas de oro. La tortuosa carretera se adentró en un túnel de arcos, álamos y robles. Ivy tenía la sensación de estar deslizándose bajo las olas junto a Tristan, fluyendo por un abismo azul, violeta y verde intenso con el sol del atardecer brillando en el cielo. Tristan encendió los faros del coche.

—No es necesario que corras tanto —dijo Ivy—. Creo que ya no tengo hambre.

—¿Te he hecho perder el apetito?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que estoy saciada de felicidad —susurró.

El coche circulaba a gran velocidad, y tomó una curva de forma arriesgada.

—Te he dicho que no es necesario que corras.

—Es muy extraño —murmuró él—. Me pregunto qué... —Miró hacia sus pies—.

No parece que...

—Ve más despacio, ¿quieres? No importa si llegamos un poco tarde... ¡Ah! —Ivy señaló al frente—. ¡Tristan!

Algo había salido de entre los arbustos y se había abalanzado hacia la carretera. Ivy no había visto qué era, sólo había atisbado el movimiento en las sombras. Entonces el ciervo se detuvo y volvió la cabeza, sus ojos atraídos por las luces del coche.

—¡Tristan!

Se dirigían a toda velocidad hacia los brillantes ojos.

—Tristan, ¿es que no lo ves?

Seguían circulando a gran velocidad.

—Ivy, algo...

—¡Un ciervo! —exclamó ella.

Los ojos del animal resplandecieron. Entonces, una luz apareció detrás de él, una explosión brillante alrededor de su oscura figura. Un coche se aproximaba en sentido contrario. Los árboles les cerraban el paso y no había espacio para girar a izquierda o a derecha.

—¡Frena! —gritó Ivy.

—Estoy...

—¡Frena! ¿Por qué no frenas? —suplicó—. ¡Tristan, frena!

Era deslumbrante: el ojo del ciervo parecía un oscuro túnel de cuya pupila brotaba un chorro de luz. Tristan pisó insistentemente el freno, pero nada detuvo su frenética carrera, nada pudo evitar que se precipitara por el largo embudo de oscuridad hacia la explosión de luz.

Durante un instante sintió un peso enorme, como si los árboles y el cielo se hubieran desplomado sobre él. Luego, con el estallido de luz, el peso desapareció. De algún modo se había liberado de él.

*Ella te necesita.*

—¡Ivy! —gritó.

Volvió a sumirse en un remolino de oscuridad. La carretera a su alrededor parecía un cuadro abstracto salpicado de negro y rojo. La noche giraba con la rítmica luz de una ambulancia.

*Ella te necesita.*

Tristan no oía las palabras, pero podía entenderlas. ¿Lo harían también los demás?

—¡Ivy! ¿Dónde está Ivy? ¡Tienen que ayudarla!

La joven estaba inmóvil, cubierta de sangre.

—¡Que alguien la ayude! ¡Tienen que salvarla!

Sin embargo, no consiguió detener a los paramédicos, ni siquiera pudo tirar de la manga de su camisa.

—No tiene pulso —aseguró una mujer—. No hay nada que hacer.

—¡Ayúdenla!

El remolino de luz giraba de nuevo a toda velocidad. Ráfagas de luz y oscuridad pasaban rápidamente sobre la cabeza de Tristan. ¿Viajaba Ivy con él? La sirena silbaba en mitad de la noche: «niinoo, niinoo».

Se despertó en una sala cuadrada. Allí era de día o, al menos, había tanta luz como si lo fuera. A su alrededor la gente se movía con celeridad. «El hospital», pensó. Le habían cubierto la cara con algo que impedía el paso de la luz. No estaba seguro de cuánto tiempo había estado inconsciente.

Alguien se inclinó sobre él.

—Tristan. —La voz se quebró.

—¿Papá?

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué has dejado que sucediera esto?

—Papá, ¿dónde está Ivy? ¿Está bien?

—Dios mío, Dios mío. ¡Mi hijo! —continuó su padre.



—¿La están atendiendo?

Su padre no contestó.

—¡Respóndeme, papá! ¿Por qué no respondes a mi pregunta?

El hombre se cubrió el rostro con las manos y se inclinó sobre él, bañando sus mejillas con lágrimas...

«Mi cara, ésa es mi cara», pensó Tristan, sobresaltado. De pronto veía a su padre y su propio cuerpo como si hubiera salido de él.

—Señor Carruthers, lo siento.

Una mujer con uniforme de paramédico estaba de pie junto a su cuerpo y su padre. Éste no levantó la vista.

—¿Murió en el lugar del accidente? —preguntó.

Ella asintió.

—Lo siento, no pudimos hacer nada por él.

Tristan sintió la oscuridad cernerse de nuevo sobre él. Luchó por mantenerse consciente.

—¿E Ivy? —preguntó su padre.

—Sólo tiene cortes y algunos cardenales. Está en estado de *shock*, no deja de llamar a su hijo.

Tenía que encontrarla. Focalizó su atención en una puerta, se concentró con todas sus fuerzas y la atravesó. Después otra, y otra más... Se sentía más fuerte.

Corrió por el pasillo. La gente le obstaculizaba el paso continuamente y debía esquivarla. Tenía la sensación de moverse mucho más rápidamente que los demás, pero nadie se molestaba en apartarse de su camino.

Una enfermera caminaba a su encuentro por el pasillo. Se detuvo a pedirle ayuda para encontrar a Ivy, pero ella pasó a través de él. Al volver una esquina, se encontró frente a un carro con ropa de cama y se dirigió al hombre que lo empujaba. Tristan se volvió. El carro y el hombre estaban detrás.

Sabía que habían pasado a través de él como si no estuviera allí. Había oído lo que había dicho la paramédica. Aun así, su mente buscaba otra explicación, la que fuera. Sin embargo, no la había.

Estaba muerto. Nadie podía verlo, nadie sabía que estaba allí. E Ivy nunca lo sabría.

Tristan sintió un dolor más desgarrador del que había sentido en toda su vida. Le había dicho que la quería, pero no había tenido tiempo suficiente para convencerla, y ahora ya no le quedaba. Ella nunca creería en el amor que le profesaba tanto como creía en sus ángeles.

—He dicho que no puedo hablar más alto.

Tristan levantó la mirada. Se había detenido ante la puerta de una habitación en cuya cama descansaba una mujer menuda de pelo cano. Unos tubos largos y finos la

conectaban a las máquinas. Parecía una araña que hubiera quedado atrapada en su propia tela.

—Pasa —dijo ella.

Él se volvió para ver a quién se dirigía, pero allí no había nadie más.

—Estos viejos ojos están tan gastados que no puedo ver ni mi propia mano delante de la cara —dijo la mujer—; sin embargo, puedo ver tu luz.

Tristan se volvió de nuevo. La voz de la anciana parecía segura de lo que veía; parecía más grande y más fuerte que su cuerpo menudo.

—Sabía que vendrías. He estado esperándote pacientemente.

«Debe de haber estado esperando a alguien, a un hijo o un nieto, y cree que soy yo», pensó. Aun así, ¿cómo podía verlo si nadie más lo hacía?

A la mujer se le había iluminado el rostro.

—Siempre he creído en ti.

Extendió una de sus frágiles manos en dirección a Tristan. Él, olvidando que su mano atravesaría la de la mujer, hizo instintivamente lo mismo. La anciana cerró los ojos.

Segundos después, empezaron a sonar las alarmas. Rápidamente se presentaron en la habitación tres enfermeras. Tristan retrocedió conforme se agolpaban alrededor de la anciana. De pronto se dio cuenta de que estaban intentando resucitarla, aunque estaba seguro de que no lo conseguirían. No sabía cómo, pero tenía la certeza de que la mujer no quería volver.

Quizá, de algún modo, esa anciana estaba al tanto de lo suyo. Pero ¿qué era lo que sabía?

Tristan sintió la oscuridad abalanzándose de nuevo sobre él y opuso resistencia. ¿Y si esa vez no volvía? Tenía que volver, tenía que ver a Ivy por última vez. Desesperado, intentó mantenerse despierto, centrando su atención en un objeto tras otro de la habitación. Entonces la vio junto a un librito en la bandeja de la mujer: una estatuilla con una mano extendida hacia ella y unas alas angelicales desplegadas.

Durante los días siguientes, lo único que Ivy pudo recordar fue la lluvia de cristales. El accidente era como un sueño recurrente que no alcanzaba a recordar. Ya estuviera dormida o despierta, se apoderaba de ella de pronto. Todo su cuerpo se ponía tenso y su mente empezaba a viajar al pasado, aunque lo único que podía recordar era el ruido de un parabrisas al estallar y, a continuación, una lluvia de cristales a cámara lenta.

Diariamente acudía gente a su casa: Suzanne y Beth, y otros amigos y profesores del instituto. Gary fue una vez, pero fue una experiencia deprimente para ambos. Will le hizo una visita relámpago otro día. Le llevaban flores, galletas y sus condolencias. Ivy no veía la hora de que se marcharan, de volver a dormirse. No obstante, cuando

se acostaba por las noches no podía dormir, y tenía que esperar hasta que amanecía de nuevo.

En el funeral, su familia estuvo junto a ella: su madre y Andrew a un lado y Philip al otro. Dejó que su hermano llorara por ella. Gregory se quedó atrás, y de vez en cuando ponía la mano en su espalda. Ella se apoyaba en él un momento. Era la única persona que no insistía en que hablara sobre el accidente. Era el único que parecía comprender su dolor, y no le repetía constantemente que recordar era bueno para ella.

Poco a poco iba recordando, o le iban contando, lo que había ocurrido. Los médicos y la policía le iban refiriendo detalles de lo sucedido. Sus antebrazos estaban llenos de cortes, por lo que debía de haber puesto las manos frente a la cara, según ellos, para protegerse de los cristales. Milagrosamente, el resto de sus heridas eran simples cardenales por el impacto y la fuerte contención del cinturón de seguridad. Tristan debía de haber dado un volantazo, ya que el coche había virado hacia la derecha y el ciervo había impactado en su lado. «Para protegerme», pensó Ivy, aunque la policía no lo había dicho. Les contó que Tristan había intentado detener el coche pero no había podido. Se estaba poniendo el sol y el ciervo había aparecido de repente. Era todo lo que recordaba. Le dijeron que el vehículo había quedado totalmente destrozado, pero se negó a mirar la foto que apareció en el periódico.

Una semana después del funeral, la madre de Tristan fue a visitarla y le llevó una foto. Confesó que era su favorita. Ivy la sostuvo en sus manos. Tristan estaba sonriendo; llevaba su vieja gorra de béisbol, hacia atrás, por supuesto, y una ajada chaqueta del instituto; tal y como Ivy lo había visto en tantas ocasiones. Parecía a punto de preguntarle si querría quedar para otra clase de natación. Por vez primera desde el accidente, Ivy rompió a llorar.

No oyó entrar a Gregory en la cocina, donde ella y la madre de Tristan estaban sentadas. Al ver a la doctora Carruthers, le preguntó qué estaba haciendo allí.

Ivy le mostró la foto de Tristan y él miró enojado a la mujer.

—Se ha acabado —recalcó—. Ivy está superándolo. No necesita más cosas que le recuerden a él.

—Cuando has querido a alguien, nunca lo olvidas —contestó amablemente la madre de Tristan—. Sigues adelante porque es lo que hay que hacer, pero lo llevas siempre contigo en el corazón.

Se volvió hacia Ivy.

—Tienes que hablar de él y recordarlo, Ivy. Tienes que llorar, y mucho. También tienes que enfadarte. ¡Yo lo estoy!

—¿Sabe? —intervino Gregory—, estoy empezando a cansarme de oír gilipolleces. Todo el mundo le dice que recuerde y que hable de lo que pasó. Todo el mundo parece tener una estúpida teoría sobre lo que hay que hacer cuando muere un ser querido, pero me pregunto si alguien piensa realmente en cómo se siente Ivy.

La doctora Carruthers lo estudió durante un momento.

—Me pregunto si habrás llorado tu propia pérdida —dijo.

—¡No me diga que es psiquiatra!

Ella negó con la cabeza.

—Sólo soy una persona que, al igual que tú, ha perdido a alguien a quien quería con toda el alma.

Antes de irse, la madre de Tristan le preguntó a Ivy si quería que le devolviera a *Ella*.

—No puedo tenerla aquí. ¡No me dejarán!

Se marchó corriendo a su habitación, cerró de un portazo y giró el pestillo. Uno a uno, todos aquellos a quienes quería eran apartados de su lado. Cogió la figura de un ángel que Beth le había regalado y la arrojó contra la pared.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué no habré muerto yo también?

Cogió el ángel del suelo y volvió a tirarlo.

—Tu suerte fue mejor, Tristan. Te odio por haber corrido mejor suerte que yo. Ya no me echas de menos, ¿verdad? Claro que no, ¡tú ya no sientes nada!

Al tercer intento, el ángel se hizo añicos. Otra lluvia de cristales. Ivy no se molestó en recogerlos.

Esa noche, después de cenar, Ivy descubrió que alguien había limpiado los cristales y había colocado la foto de Tristan sobre su escritorio. No preguntó quién lo había hecho. No quería hablar con nadie de su familia. Cuando Gregory intentó entrar en su habitación, le cerró la puerta en las narices. Y volvió a hacerlo a la mañana siguiente.

Apenas fue amable con los clientes de Es Tiempo de Fiesta en todo el día. Cuando llegó a casa, se fue directamente a su cuarto. Al abrir la puerta, encontró a Philip esparciendo por el suelo sus cromos de béisbol. Ivy se había fijado en que había dejado de retransmitir sus partidos, y se limitaba a mover los jugadores de una base a otra en silencio. Cuando alzó la mirada hacia su hermana, sonreía por primera vez desde hacía días. Señaló la cama.

—¡Ella! —exclamó Ivy—. ¡Ella!

Entró como un rayo en la habitación y se arrodilló junto a la cama. Inmediatamente, la gata se puso a ronronear. Ivy escondió el rostro en el suave pelaje del animal y rompió a llorar. Notó cómo una mano se posaba en su hombro. Se secó las mejillas restregándolas en el lomo de la gata y se volvió hacia Philip.

—¿Sabe mamá que está aquí?

El niño asintió.

—Lo sabe y le parece bien. Eso ha dicho Gregory. Él es quien nos la ha traído de vuelta.

Cuando despertó, Tristan intentó recordar qué día de la semana era y qué clase tenía que dar en las colonias de natación. A juzgar por la tenue luz que se filtraba en su habitación, era demasiado temprano para levantarse y vestirse para ir a trabajar. Así pues, se quedó tumbado, soñando despierto con Ivy... y su recogido medio deshecho.

Poco a poco empezó a oír pasos y el sonido de un carrito al otro lado de la puerta. Se puso en pie de un brinco. ¿Qué estaba haciendo allí, tumbado en el suelo del hospital, en la habitación de un hombre que no había visto nunca antes? El tipo bostezó y echó un vistazo alrededor. No parecía sorprendido por la presencia de Tristan; de hecho, actuaba como si ni siquiera lo viera.

Entonces todo le volvió a la memoria: el accidente, el trayecto en ambulancia, las palabras de la paramédica. Estaba muerto. Aunque podía pensar y ver a los demás. ¿Era un fantasma?

Tristan recordó a la anciana: «Dijo que veía mi luz, y por esa razón me confundió con un...».

—No, no —dijo en voz alta. El hombre, sin embargo, no lo oyó—. No puedo ser eso.

Bueno, fuera lo que fuese, era algo capaz de reír. Rió y rió, una risa casi histérica. Y también lloró.

La puerta que había a su espalda se abrió de golpe. Tristan se tranquilizó, aunque no hacía falta: la enfermera que entró no era consciente de su presencia, ya que permaneció tan cerca que su codo traspasó el de él cuando se puso a rellenar el historial del paciente. «9 de julio, 3.45 horas», leyó Tristan.

«¿9 de julio? No puede ser». La última vez que había estado con Ivy era el mes de junio. ¿Llevaba inconsciente dos semanas? ¿Volvería a perder el conocimiento? En cualquier caso, ¿por qué seguía allí, y por qué estaba consciente?

Pensó en la anciana que le había tendido la mano. ¿Por qué lo había sentido ella y, por el contrario, la enfermera y los demás no veían nada? ¿Lo vería Ivy?

La esperanza nació en él. Si era capaz de encontrarla antes de volver a sumirse en la oscuridad, tendría otra oportunidad para convencerla de que la quería; de que siempre la querría.

La enfermera salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Tristan intentó abrirla, pero sus dedos traspasaron la manija. Lo probó una y otra vez. Sus manos no tenían más fuerza que las sombras. Debería esperar a que volviera la enfermera. No estaba seguro del tiempo que estaría consciente o de si, como les ocurría a los fantasmas en los cuentos antiguos, se fundiría al alba.

Intentó recordar cómo había llegado hasta allí, y en su mente se dibujaron los pasillos que había recorrido desde la sala de urgencias. Podía ver claramente la esquina en la que el hombre del carrito había pasado a través de él. De pronto se encontró recorriendo los pasillos hasta ese punto. Ése era el truco. Debía proyectar una ruta en su cabeza y concentrarse en el lugar al que quería ir.

Pronto estuvo en la calle. Había olvidado que se encontraba en el hospital County y que tendría que imaginar todo el camino de vuelta a Stonehill. Pero eso no suponía un problema: había conducido cientos de veces hasta allí para recoger a sus padres. Al pensar en ellos, Tristan aminoró la marcha. Recordó a su padre en la sala de urgencias inclinado sobre él, llorando. Anhelaba asegurarle que todo iba bien, pero no sabía con cuánto tiempo contaba. Sus padres se tenían el uno al otro; Ivy, en cambio, estaba sola.

El cielo nocturno estaba empezando a perder su intenso color y daba paso al alba cuando llegó a casa de Ivy. Dos rectángulos de luz tenue brillaban en el ala oeste. Andrew debía de estar trabajando en su despacho. Tristan fue a la parte de atrás y encontró las contraventanas del despacho abiertas al aire fresco de la noche. Andrew estaba sentado a su mesa, sumido en sus pensamientos. Tristan entró sin ser visto.

Reparó en que el maletín de Andrew estaba abierto y que había papeles con el membrete de la universidad esparcidos por todas partes. El documento que había estado leyendo, sin embargo, era un informe de la policía. Para su sorpresa, descubrió que se trataba del informe oficial sobre su accidente y el de Ivy. Junto a él había un artículo de periódico sobre el suceso.

Las palabras impresas deberían haberle hecho aceptar su muerte como algo real, pero no fue así. En lugar de eso, consiguieron que las cosas que un día le habían parecido importantes parecieran ahora insignificantes y carentes de sentido: su apariencia, sus trofeos de natación, sus notas... Lo único importante para él en ese momento era Ivy. Ella debía saber que la quería, y que siempre sería así.

Dejó a Andrew estudiando detenidamente el informe, aunque no entendía por qué le interesaba tanto, y subió por la escalera de servicio. Pasó por delante de la habitación de Gregory, situada encima del despacho, y recorrió la galería hasta la de Ivy. Apenas podía esperar a verla y que ella lo viera. Temblaba como momentos antes de su primera clase de natación. ¿Podrían hablar?

Si alguien era capaz de verlo y oírlo, ésa era Ivy. ¡Su fe era incondicional! Tristan se concentró en la habitación y pasó a través de la pared.

Inmediatamente, *Ella* se sentó. Había estado durmiendo hecha un ovillo sobre la cama de Ivy, su negro y fino pelaje junto al dorado cabello de la chica. En ese momento, la gata parpadeaba y lo observaba fijamente..., o quizá miraba al vacío. «Al fin y al cabo, los gatos hacen eso», pensó Tristan. No obstante, cuando se dirigió al otro lado de la cama, los ojos verdes de *Ella* lo siguieron.

—*Ella*, ¿qué ves? —preguntó en voz baja.

La gata empezó a ronronear y él rompió a reír.

Tristan estaba al lado de Ivy, cuyo rostro quedaba oculto por el pelo. Intentó apartarlo, anhelaba ver su cara más que nada, pero sus manos eran inútiles.

—Ojalá pudieras ayudarme, *Ella*.

La gata caminó hacia él por encima de las almohadas. Se quedó muy quieto, preguntándose qué era exactamente lo que percibía el animal. *Ella* se inclinó como si fuera a refregarse con su brazo, pero cayó sobre un costado y maulló.

Ivy se movió y él susurró su nombre. La joven se dio la vuelta y Tristan creyó que iba a contestarle. Su rostro era una luna perdida, precioso pero pálido. Toda su luz estaba concentrada en sus mechones dorados, y sus largos cabellos se dispersaban desde su cara como rayos.

En el rostro de Ivy se dibujó la preocupación; Tristan quiso acariciarla para suavizar su expresión, pero no pudo. Ella empezó a dar vueltas y a agitarse.

—¿Quién anda ahí? —preguntó—. ¿Quién anda ahí?

Él se inclinó sobre ella.

—Soy yo, Tristan.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar.

—¡Tristan!

Su expresión se endureció.

—No puedo verte.

Él apoyó la mano sobre su hombro, deseando que se despertara, seguro de que lo vería y lo oiría.

—Ivy, mírame. ¡Estoy aquí!

Ella abrió los ojos un segundo y Tristan vio entonces cómo cambiaba su expresión, cómo el terror se apoderaba de ella. Ivy empezó a gritar.

—¡Ivy!

Gritaba sin parar.

—Ivy, no tengas miedo.

Tristan intentó abrazarla, puso sus brazos alrededor de ella, pero sus cuerpos pasaron el uno a través del otro. No podía consolarla.

La puerta se abrió de pronto y Philip entró corriendo con Gregory pisándole los talones.

—¡Despierta, Ivy, despierta! —Philip la zarandeó—. Vamos, Ivy, por favor.

Ella abrió los ojos. Miró a Philip y luego a su alrededor. No se detuvo en Tristan, su mirada pasó a través de él.

Gregory apoyó suavemente sus manos en los hombros de Philip y lo hizo a un lado. Se sentó en la cama y atrajo a Ivy hacia sí. Tristan se dio cuenta de que ella temblaba.

—Todo irá bien —dijo Gregory apartándole el pelo—. Sólo ha sido un sueño.

«Un sueño aterrador», pensó Tristan. Él no podía ayudarla, no podía consolarla. Gregory, por el contrario, sí. Y afloraron los celos.

No podía soportar ver a Gregory tan cerca de ella, ni tampoco ver a Ivy tan asustada y alterada. Lo invadió un sentimiento de gratitud hacia él, tan poderoso como sus celos, y luego de nuevo los celos. Tristan se sintió débil a causa de esa guerra interna de sentimientos y se alejó de ellos. Se dirigió hacia las estanterías que contenían los ángeles de Ivy, y *Ella* lo siguió con cautela.

—¿Era el sueño sobre el accidente? —preguntó Philip.

Su hermana asintió, luego bajó la cabeza y recorrió con sus manos las sábanas revueltas.

—¿Quieres contárnoslo? —preguntó Gregory.

Ivy intentó hablar, luego negó con la cabeza y volteó una mano, dejando la palma hacia arriba. Tristan atisbó las cicatrices irregulares en forma de rayo que ascendían por su brazo. La oscuridad apareció detrás de él unos instantes pero luchó por alejarla.

—Estoy aquí, todo irá bien. —Gregory esperó a su lado pacientemente.

—Estaba... estaba mirando fijamente una ventana en la que había una silueta —empezó ella—, pero no estaba segura de quién o qué era. Yo no dejaba de gritar: «¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí?».

Desde el otro lado de la habitación, Tristan la observaba, su dolor y su terror oprimiéndole el pecho.

—Pensaba que era alguien que conocía —continuó—, porque la sombra me parecía en cierto modo familiar. Yo me acercaba más y más, pero no podía ver nada.

Ivy se interrumpió y echó un vistazo a la habitación.

—No podías ver nada... —la animó Gregory.

—Otras imágenes se reflejaban en el cristal haciendo que todo fuera confuso. Yo me acercaba, mi cara estaba prácticamente tocando el cristal. De pronto, ¡estallaba!, y la sombra se convertía en un ciervo que atravesaba la ventana y salía huyendo.

Ivy se quedó en silencio. Gregory cogió su barbilla y le levantó la cabeza. Se quedó mirándola fijamente a los ojos.

Desde el otro lado de la habitación, Tristan la llamó.

—¡Ivy! Ivy, mírame —suplicó.

Sin embargo, su chica miraba a Gregory con labios temblorosos.

—¿Así acaba el sueño? —preguntó Gregory.

Ella asintió. Con el dorso de la mano, él acarició su mejilla. Tristan quería ser quien la consolara pero...

—¿No recuerdas nada más?

Ivy negó con la cabeza.



—¡Abre los ojos! ¡Mírame! —gritó Tristan.

Entonces se dio cuenta de que Philip estaba observando la colección de ángeles, o a él, no estaba seguro. Rodeó con sus manos la figura del ángel del agua. «Si pudiera hallar una forma de dársela a Ivy. Si pudiera enviarle algún tipo de señal...».

—Ven aquí, Philip —dijo Tristan—. Coge la estatuilla y llévasela a Ivy.

El chico se dirigió a la estantería como atraído por un imán. Alzó una mano y la puso sobre la de Tristan.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad!

—¿Qué? —preguntó Ivy.

—Tu ángel. Está brillando.

—Philip, ahora no —señaló Gregory.

El muchacho cogió la figura de la estantería y se la acercó a su hermana.

—¿Quieres ponerla cerca de la cama, Ivy?

—No.

—Quizá aleje tus pesadillas —insistió.

—Sólo es una figura —dijo ella, cansada.

—Pero podemos rezar nuestra oración y así la oirá el ángel de verdad.

—¡Los ángeles no existen, Philip! ¿No lo entiendes? ¡Si así fuera, habrían salvado a Tristan!

Tristan acarició las alas de la figurita.

—Ángel de luz, ángel del cielo, cuida de mí esta noche, cuida de todos los que quiero —susurró, resuelto.

—Dile que estoy aquí, Philip —insistió Tristan—. Dile que estoy aquí.

—¡Mira, Ivy! —El niño señaló las figuritas, justo en el punto donde estaba Tristan—. ¡Están brillando!

—Ya basta, Philip —ordenó con severidad Gregory—. Vete a la cama.

—Pero...

—¡Ahora!

Cuando el chico pasó por su lado, Tristan lo saludó con un gesto de la mano, pero no obtuvo respuesta. Philip miraba hacia él maravillado, pero no lo reconocía.

«¿Qué habrá visto Philip?», se preguntó. Quizá lo mismo que la anciana: luz, un resplandor, aunque no una forma.

Sintió que la oscuridad regresaba y luchó contra ella. Quería quedarse con Ivy. No podía soportar la idea de perderla. No podía soportar la idea de dejarla antes de que lo hiciera Gregory.

Y ¿si ésa era la última vez que estaba a su lado? Y ¿si la perdía para siempre? Luchó con desesperación por hacer retroceder la oscuridad, pero estaba en todas partes, como una neblina negra: delante, detrás, precipitándose sobre su cabeza. Y finalmente sucumbió.

Cuando Tristan despertó de su oscuridad sin sueño, un sol resplandeciente entraba por las ventanas de la habitación de Ivy. Las sábanas estaban estiradas y cubiertas por una fina colcha. Ella se había ido.

Era la primera vez que Tristan veía la luz del día desde el accidente. Se acercó a la ventana y se maravilló con los detalles propios del verano: los complicados diseños de las hojas, la forma en que el viento pasaba un dedo por la hierba y enviaba una ola verde hasta la cima de la colina. El viento. Aunque las cortinas se agitaban, Tristan no sentía su fresca caricia. Aunque en la habitación se colaban los rayos del sol, él no sentía su calor.

*Ella*, por el contrario, sí. La gata estaba tumbada sobre una camiseta de Ivy en un rincón bañado por el sol. Saludó a Tristan abriendo un ojo y ronroneando ligeramente.

—Aquí no hay mucha ropa sucia tirada por el suelo, ¿eh? —preguntó recordando cuánto le gustaban a *Ella* sus sudaderas y sus calcetines apestosos.

La quietud de la casa lo hacía hablar en voz baja, aunque sabía que podía gritar tan alto como para..., bueno, tan alto como para despertar a los muertos y sólo él lo oiría.

La soledad era muy intensa. Tristan tuvo miedo de permanecer siempre solo, sin que nadie lo viera, sin que nadie lo oyera, sin que nadie lo reconociera. ¿Por qué no había visto a la anciana del hospital después de que ella murió? ¿Adónde había ido?

«Los muertos van al cementerio», pensó mientras cruzaba el pasillo hacia la escalera. Se detuvo en seco. ¡En algún lugar debía tener una tumba! Probablemente junto a la de sus abuelos. Bajó la escalera corriendo, movido por la curiosidad de ver qué habían hecho con él. Quizá allí encontraría a la anciana, o a alguien que acabara de morir y que pudiera dar sentido a su situación.

Había visitado el cementerio de Riverstone Rise varias veces cuando era niño. Nunca le había parecido un lugar triste, quizá porque el emplazamiento de las tumbas de sus abuelos solían inspirar a su padre, que le contaba historias interesantes y amenas sobre ellos. Su madre se dedicaba a podar y a plantar. Tristan corría, saltaba por encima de las piedras y practicaba saltos de longitud con las lápidas, convirtiendo el cementerio en una especie de circuito de obstáculos. No obstante, eso parecía haber sucedido hacía siglos.

Era extraño traspasar las altas puertas de hierro —puertas de las que se colgaba de pequeño como si fuera un monito, como solía decir su madre— en busca de su propia tumba. Tristan no estaba seguro de si se movía guiado por el recuerdo o por el

instinto, pero la cuestión fue que encontró rápidamente el sendero más bajo que giraba en la esquina marcada por tres pinos. Sabía que aún tenía que caminar unos cuatro metros y medio, y se preparó para el duro golpe que supondría leer su propio nombre en la tumba situada al lado de la de sus abuelos.

No obstante, ni siquiera echó un vistazo a la inscripción. Se quedó estupefacto al descubrir a una joven cómodamente tumbada, como si estuviera en el sofá de su casa, sobre la tierra recién removida.

—Disculpa —dijo Tristan, consciente de que la gente no lo oía—, estás echada sobre mi tumba.

Ella levantó la vista, lo que hizo que Tristan se preguntara si debía de estar brillando de nuevo. La joven tenía más o menos su edad, y le resultaba vagamente familiar.

—Tú debes de ser Tristan —dijo—. Sabía que aparecerías tarde o temprano. Él la miró fijamente.

—Eres él, ¿verdad? —dijo la chica, sentándose y señalando el nombre de Tristan con el pulgar—. Muerto recientemente, ¿no es así?

—Vivo recientemente —contestó.

Había algo en la actitud de la joven que hacía que quisiera discutir con ella.

Ella se encogió de hombros.

—Cada cual tiene su propio punto de vista —repuso.

Tristan no podía pasar por alto el hecho de que pudiera oírlo.

—¿Y tú? —dijo estudiando su inusual apariencia—. ¿Tú qué eres?

—No tan reciente.

—Ya veo, ¿por eso tu pelo tiene ese color?

Ella se llevó la mano a la cabeza.

—¿Perdona? —exclamó en tono sarcástico.

Llevaba el pelo corto y de punta. Tenía un extraño matiz morado, un tono violáceo, como si al teñirse con henna algo hubiese salido mal.

—Era el color que llevaba cuando morí.

—¡Oh! Lo siento.

—Siéntate —dijo ella dando palmaditas sobre la tierra recién apilada—. Después de todo, éste es tu lugar de reposo. Yo sólo lo he tomado prestado.

—Entonces, eres... un fantasma.

—¿Perdona? —volvió a exclamar.

Tristan deseaba que dejara de usar ese tono tan molesto.

—¿Has dicho «fantasma»? Se nota que eres nuevo. No somos fantasmas, encanto.

Dio unos golpecitos en su brazo con una uña larga y puntiaguda, pintada de un negro violáceo. Tristan volvió a preguntarse si el color se debería a que no era «tan reciente», pero temió que si le hacía la pregunta ella le clavaría la uña.

Entonces reparó en que la mano de ella no lo atravesaba. Debían de estar hechos, por tanto, de la misma materia.

—Somos ángeles, encanto. ¡Ajá! Ayudantes del cielo.

Su tono y su tendencia a exagerar ciertas palabras estaban empezando a irritar a Tristan. La joven señaló al cielo.

—Alguien allá arriba tiene un sentido del humor pésimo. Siempre elige a los menos dotados.

—No puedo creerlo —dijo él—, no puedo creerlo.

—Así que es la primera vez que ves tu nueva morada. Te perdiste tu propio funeral, ¿eh? Eso sí que fue un error tremendo. Yo disfruté de cada segundo del mío.

—¿Dónde estás enterrada? —preguntó Tristan mirando alrededor.

A un lado del terreno de su familia había una lápida con una escultura de una oveja que no parecía en absoluto apropiada para ella; al otro lado, un relieve de una mujer serena con los brazos en cruz sobre el pecho y la vista alzada hacia el cielo..., otra mala elección.

—No me enterraron. Por eso he ocupado tu tumba.

—No lo entiendo —dijo Tristan.

—¿No me reconoces?

—Pues, no —contestó él temiendo que le dijera que eran parientes o que quizá había estado loco por ella en sexto curso.

—Mírame de este lado. —Se puso de perfil.

Tristan la miraba sin caer en quién podía ser.

—¡Caramba! No tenías vida cuando estabas vivo, ¿no? —observó ella.

—¿A qué te refieres?

—No salías mucho.

—Continuamente —objetó Tristan.

—No ibas al cine.

—Iba constantemente —contraatacó.

—Pues no viste ninguna película de Lacey Lovitt.

—Claro que sí. Todo el mundo las veía antes de que... ¿Tú eres Lacey Lovitt?

Ella puso los ojos en blanco.

—Espero que seas más rápido descubriendo cuál es tu misión.

—Supongo que es porque el color de tu pelo es distinto.

—Ya hemos hablado antes de mi pelo —soltó ella mientras se ponía en pie.

Resultaba extraño verla allí de pie con los árboles de fondo. La brisa mecía los flecos de hojas de los sauces; su pelo, por el contrario, permanecía tan inmóvil como si del de una chica en una fotografía se tratara.

—Ya lo recuerdo. Tu avión se estrelló en el océano. Nunca encontraron tu cuerpo.

—Imagina lo contenta que me puse al tener que nadar hasta la superficie en el

puerto de Nueva York.

—El accidente fue hace dos años, ¿no?

Al oír eso, ella agachó la cabeza inclinándola hacia un lado.

—Sí, bueno...

—Recuerdo haber leído algo sobre el funeral. Asistieron muchos famosos.

—Y muchos casi famosos. La gente siempre está buscando publicidad. —Había un deje de amargura en su voz—. Deberías haber visto a mi madre llorando y lamentándose.

Lacey adoptó la pose de una estatua de mármol de una mujer llorando que había en la siguiente hilera de tumbas.

—Parecía que había perdido a alguien que quería.

—De hecho, así era; tú eras su hija.

—Eres un ingenuo, ¿verdad? —Era una afirmación, más que una pregunta—. Habrías aprendido algo sobre la gente si hubieras asistido a tu propio funeral. Quizá aún puedas aprenderlo, hay un entierro en la parte este. ¡Vamos!

—¿Ir a un funeral? ¿Eso no es algo morboso?

Lacey se rió de él con superioridad.

—Nada es morboso, Tristan, una vez que has muerto. Además, yo los encuentro muy entretenidos. Y, si no, ya hago yo que lo sean. Tú podrías aplaudirme. ¡Vamos!

—Creo que paso.

Ella se volvió y lo estudió durante un minuto, perpleja.

—De acuerdo. ¿Qué tal esto? Antes he visto entrar a un grupo de niñas que iban hacia la parte pija. Puede que eso te divierta más. ¿Sabes?, es difícil conseguir buen público, sobre todo si estás muerto y la mayoría de la gente no puede verte.

Lacey empezó a caminar describiendo un círculo.

—Sí, eso será mejor. —Parecía estar hablando para sí misma en lugar de dirigirse a él—. Me hará ganar algunos puntos. —Miró a Tristan—. Verás, divertirse a costa de la gente en los funerales no está muy bien visto. Pero con esto estaré haciendo algo útil. La próxima vez esas niñas lo pensarán dos veces antes de faltar al respeto a los muertos.

Tristan deseaba que alguien como él le aclarara un poco las cosas, sin embargo...

—¡Vamos, ánimo, señor Deprimido!

Lacey echó a andar por el sendero. Tristan la siguió despacio, intentando recordar si alguna vez había leído que Lacey Lovitt estuviera loca.

Lo guió hasta una vieja sección del cementerio en la que había parcelas familiares que pertenecían a los residentes más ricos y antiguos de Stonehill. A un lado del sendero había mausoleos con fachadas que recordaban templos en miniatura, cuya parte trasera descansaba sobre la colina. Al otro lado primaban los cuadrados ajardinados con monumentos altos y elegantes y gran variedad de estatuas de

mármol. Tristan ya había estado allí. A petición de Maggie, Caroline había sido enterrada en el panteón de la familia Baines.

—Chic, ¿verdad?

—Me sorprende que ocuparas mi tumba —señaló Tristan.

—Bueno, gané millones en mis buenos tiempos, ¡millones!, pero en mi corazón sigo siendo una simple chica del Lower East Side de Nueva York. Recuerda que empecé saliendo en culebrones y luego... No hace falta que sigamos. Estoy segura de que, ahora que sabes quién soy, ya lo conoces todo sobre mí.

Tristan no se molestó en corregirla.

—¿Qué crees que tienen esas niñas en la cabeza? —preguntó Lacey deteniéndose a echar un vistazo alrededor.

No se veía a nadie, sólo piedras lisas, flores de vivos colores y un mar de exuberante hierba.

—Me estaba preguntando lo mismo de ti —contestó él.

—¡Ah! Improvisaré. Dudo que vayas a ser de mucha ayuda. Aún no debes de tener ninguna habilidad. Seguro que lo único que puedes hacer es quedarte ahí de pie y brillar, como si fueras una especie de insólito adorno de Navidad... Lo que significa que tan sólo podrán verte uno o dos creyentes.

—¿Sólo un creyente?

—¿Quieres decir que aún no lo habías descubierto? —Meneó la cabeza con incredulidad.

No obstante, sí que lo había descubierto, sólo que no quería admitirlo, no quería que fuera cierto. La anciana creía en los ángeles y Philip también, por ese motivo ambos lo habían visto brillar. En cambio, Ivy no; ella había dejado de creer.

—¿Puedes hacer algo más que brillar? —preguntó esperanzado Tristan.

Ella lo miró como si fuera rematadamente estúpido.

—¿Qué demonios crees que he estado haciendo los últimos dos años?

—No tengo ni idea.

—No me digas, poor favoor, no me digas que voy a tener que explicarte lo de las misiones.

Tristan ignoró su tono melodramático.

—Lo has mencionado antes. ¿Qué misiones?

—Tú misión, mi misión —respondió ella atropelladamente—. Cada uno de nosotros tiene una misión, y tenemos que completarla si queremos avanzar hacia donde han ido todos los demás.

Lacey empezó a caminar de nuevo, bastante a prisa, y él tuvo que apresurarse para alcanzarla.

—¿Cuál es mi misión?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, alguien tendrá que decírmelo. ¿Cómo puedo completarla si no tengo ni idea de qué es? —dijo, frustrado.

—¡No te quejes a mí! —espetó—. Es tarea tuya descubrirlo. —Con voz más suave, añadió—: Normalmente es algún asunto pendiente. A veces, alguien que conoces necesita tu ayuda.

—Así que tengo como mínimo dos años para...

—Bueno, no, no funciona exactamente así —señaló Lacey haciendo ese extraño movimiento para esconder la cabeza que Tristan le había visto antes.

Siguió caminando y atravesó una verja de hierro pintada de negro, cuyas barras oxidadas y retorcidas proyectaban extraños dibujos en las paredes de una vieja capilla de piedra.

—Vamos a buscar a esas niñas.

—Espera un momento —dijo él cogiéndola por el brazo. Era la primera cosa que agarraba—. Tienes que explicármelo. ¿Cómo funciona esa historia de las misiones?

—Bueno... Se supone que tienes que descubrir cuál es tu misión y completarla cuanto antes. A algunos ángeles les lleva unos días, a otros unos meses.

—Y tú llevas dos años. ¿Cuánto te falta para completarla?

Lacey se pasó la lengua por los dientes.

—No lo sé.

—Fantástico. ¡Genial! No tengo ni idea de lo que estoy haciendo y, cuando finalmente encuentro una guía, resulta que le está llevando ocho veces más que al resto.

—¡Sólo el doble! —replicó ella—. Una vez conocí a un ángel al que le llevó un año. Verás, Tristan, me distraigo con facilidad. Estoy concentrada en mi misión cuando de pronto encuentro una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Algunas de ellas no están muy bien vistas.

—¿Algunas? ¿Como cuáles? —preguntó él, suspicaz.

Lacey se encogió de hombros.

—Una vez dejé caer una lámpara de araña que formaba parte de un decorado sobre la cabeza del gilipollas de mi antiguo director... No le dio, por supuesto. Siempre había sido un gran fan de *El fantasma de la ópera*... A eso me refiero con una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Voy haciendo. Estoy dos puntos más cerca y de repente surge algo... y pierdo tres. Nunca he llegado a descubrir cuál es mi misión. Pero no te preocupes, seguro que serás más disciplinado que yo. Para ti será pan comido.

«Voy a despertarme y esta pesadilla habrá acabado —se dijo Tristan—. Ivy estará entre mis brazos...».

—¿Qué te apuestas a que están en la capilla?

Él observó el edificio de piedra gris. Sus puertas llevaban cerradas con unas

cadenas enormes desde que era pequeño.

—¿Hay alguna forma de entrar?

—Para nosotros siempre hay una forma de entrar. Para ellas, una ventana rota en la parte de atrás. ¿Alguna petición?

—¿Cómo?

—¿Algo que te gustaría verme hacer?

«Que alguien me despierte».

—Pues, no —respondió Tristan.

—¿Sabes?, no sé qué tienes en la cabeza, Trist, pero te comportas como si estuvieras más muerto que mi abuela.

Lacey se deslizó a través de la pared y Tristan la siguió.

La capilla estaba en penumbra, salvo por un cuadrado de luz verde en la parte posterior, junto a la ventana rota. El suelo estaba cubierto de hojas secas y pedazos de yeso que se habían desprendido del techo y las paredes; también de botellas rotas y cigarrillos. Había tablas de madera en las que había grabados iniciales y símbolos negros que Tristan no era capaz de descifrar.

Las niñas, que según sus cálculos debían de tener unos once o doce años, estaban sentadas formando un círculo en la zona del altar, y reían nerviosamente.

—Vale, ¿a quién vamos a invocar? —preguntó una de ellas.

Se miraron las unas a las otras y después echaron un vistazo por encima del hombro.

—A Jackie Onassis —propuso una niña que llevaba el pelo castaño recogido en una coleta.

—A Kurt Cobain —sugirió otra.

—A mi abuela.

—A mi tío abuelo Lennie.

—¡Ya lo tengo! —exclamó una rubia menuda y pecosa—. ¿Qué tal a Tristan Carruthers?

Tristan pestañeó sorprendido.

—Demasiada sangre —dijo la líder.

—Sí —convino la niña de pelo castaño dividiendo su coleta en dos y colocando las puntas hacia arriba—. Seguro que le salen cuernos por detrás de la cabeza.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

Lacey rió por lo bajo.

—Pues mi hermana estaba loquita por él —añadió la rubia pecosa.

Lacey pestañeó exageradamente mirando a Tristan.

—Una vez, hummm..., cuando estábamos en la piscina, él, hummm..., nos silbó. Fue guay.

—¡Estaba muy cachas!



Lacey se metió dos dedos en la garganta y puso los ojos en blanco.

—Aun así, estará cubierto de sangre —intervino una chica pelirroja—. ¿A quién más podemos invocar?

—A Lacey Lovitt.

Las chicas se miraron unas a otras. ¿Quién había dicho eso?

—La recuerdo. Salía en *Voces de luna negra*.

—*Noches de luna negra*.

Tristan se percató de que era la voz de Lacey. Sonaba igual, pero diferente, del mismo modo que una voz en televisión suena igual aunque diferente que una voz en vivo. De algún modo, conseguía proyectarla para que todas la oyeran.

Las niñas miraron a su alrededor algo asustadas.

—Cojámonos de las manos —resolvió la líder—. Vamos a invocar a Lacey Lovitt. Si estás aquí, Lacey, danos una señal.

—A mí nunca me gustó.

Tristan vio que los ojos de Lacey echaban chispas.

—¡Chsss! Los espíritus están ahora a nuestro alrededor.

—¡Los veo! —exclamó la rubia—. ¡Veo su luz! Hay dos.

—¡Yo también!

—Yo no —dijo la niña de la coleta.

—Invoquemos a otra persona que no sea Lacey Lovitt.

—Sí, era insoportable.

Ahora fue Tristan quien rió por lo bajo.

—Me gusta la chica que sale ahora en *Luna negra*, la que la sustituyó.

—A mí también —estuvo de acuerdo la pelirroja.

—Actúa mucho mejor y tiene un pelo más bonito.

Tristan dejó de reír y miró con recelo a Lacey.

—Pero no está muerta —concluyó la líder—. Invocaremos a Lacey Lovitt. Si estás aquí, Lacey, danos una señal.

Empezó con un pequeño remolino de porquería. Tristan vio a la propia Lacey desaparecer conforme los desperdicios se arremolinaban a su alrededor y cogían altura. De pronto, cayeron al suelo y ella apareció de nuevo. Lacey se dedicó a correr alrededor del círculo y tirar a las niñas del pelo.

Ellas gritaron y se llevaron las manos a la cabeza. Lacey pellizcó a dos de ellas, les levantó los jerséis y las zarandeó de un lado a otro.

Para entonces, las niñas ya se habían puesto en pie y gritaban y corrían hacia la ventana rota. Botellas vacías volaban sobre sus cabezas y se estrellaban contra la pared de la capilla.

Las chiquillas desaparecieron en seguida, dejando tras de sí sus gritos cual débiles cantos de pájaro.

—Bueno —dijo Tristan cuando reinó de nuevo el silencio—, supongo que debemos alegrarnos de que aquí no hubiera una lámpara de araña. ¿Te sientes mejor?

—¡Impertinentes!

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó él.

—He visto a esa nueva actriz y es malísima.

—Estoy seguro de que no aporta tanto dramatismo a las escenas como tú. Has cogido cosas y las has tirado. ¿Cómo lo has hecho? Yo no puedo usar las manos.

—¡Descúbrela tú mismo! —Aún estaba que echaba humo—. ¡El pelo más bonito! ¡Ja! —Se tiró de la cabellera lila—. Tengo mi propio estilo.

Lacey fulminó a Tristan con la mirada. Él le respondió con una sonrisa.

—Y en cuanto a cómo uso las manos, ¿de verdad crees que voy a malgastar mi precioso tiempo dándote clases?

Él asintió.

—Es difícil conseguir buen público —le recordó—, sobre todo si estás muerto y la mayoría de la gente no puede verte.

La dejó enfurruñada en la capilla. Supuso que sabría cómo localizarlo y lo haría cuando estuviera lista.

De nuevo en el exterior, bajo el sol de mediodía, Tristan pestañeó. Aun cuando no sentía los cambios de temperatura, parecía extremadamente sensible a la luz y la oscuridad. En la oscura capilla había visto auras alrededor de las niñas y, en ese momento, en el paisaje sombreado por los árboles, las manchas de luz emitían un brillo cegador.

Quizá ése fue el motivo por el que confundió al visitante con Gregory. La manera de caminar, su pelo oscuro y la forma de su cabeza convencieron a Tristan de que Gregory se alejaba del panteón de los Baines. Entonces, el visitante, como si notara que alguien lo observaba, se volvió.

Era mucho mayor que Gregory, debía de tener unos cuarenta años, y su rostro estaba contraído por el dolor. Tristan alzó una mano en su dirección, pero el hombre se volvió de nuevo y continuó su camino.

Lo mismo hizo Tristan, pero no sin antes percatarse de que sobre la hierba fresca que cubría la tumba de Caroline había una rosa roja de tallo largo.

Horas después, esa misma tarde, Lacey fue en busca de Tristan. Él estaba paseando por el borde de la colina y, al oír su nombre, se sobresaltó. Miró hacia arriba y la vio sentada en un árbol.

—Una vista preciosa, ¿no crees? —dijo ella.

Tristan asintió y volvió a echar un vistazo al fondo de la pared rocosa. El terreno descendía abruptamente en ese punto unos cincuenta o cien metros. Recordó haber divisado a principios de la primavera el brillo plateado de los raíles y el techo de la pequeña estación en el valle que había bajo sus pies, pero en ese momento quedaban ocultos. A través de los árboles, sólo podían verse pequeños destellos de azul del río.

—No sé por qué me siento tan atraído por este lugar.

Lacey ladeó la cabeza.

—Estoy segura de que no tiene absolutamente nada que ver con que Ivy viva aquí —dijo en tono sarcástico.

—¿Cómo sabes lo de Ivy?

La chica saltó del árbol con una hábil pirueta.

—Lo leí, por supuesto. —Dio unos pasos hasta situarse a su lado—. Leí todo lo que se publicó sobre tu accidente. Tengo la costumbre de dejarme caer cada mañana por la estación y leer el periódico con los que van a trabajar a la ciudad. No me gusta estar en la inopia. Además, me ayuda a saber qué día es.

—Hoy es domingo, 10 de julio —dijo con seguridad Tristan.

—¡Meeeecccc! —Lacey imitó el sonido del pulsador de un concurso de la televisión y rompió una ramita del árbol—. Es martes, 12 de julio.

—No puede ser.

Tristan alzó la mano, pero no pudo coger ninguna hoja, y mucho menos romper una rama.

—¿Te has sumido en la oscuridad en los últimos días?

—Anoche —contestó él.

—Más bien, hace tres noches —le aclaró Lacey—. Te pasará más veces, aunque con el tiempo tu fuerza aumentará y cada vez necesitarás descansar menos. Excepto, claro, si haces algún truquito.

—¿Algún truquito como...?

Ella esperó hasta contar con toda la atención del chico y, entonces, le ordenó:

—Mírame.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Da un paso atrás y observa con atención. ¿Qué me falta?

—¿Prometes no tirarme del pelo?

Ella lo miró enojada. Realmente lo parecía, aunque su expresión cambió rápidamente; sólo estaba actuando.

—Mira el gato —dijo.

Tristan echó un vistazo por encima de su hombro.

—¡Ella!

—Mira la hierba que hay al lado del gato y mira la que hay a mi lado.

Entonces cayó en la cuenta.

—No tienes sombra.

—Ni tú.

—Vuelves a hablar en voz alta —señaló—. Reconozco la diferencia de sonido y he visto cómo las orejas de *Ella* se inclinaban hacia ti.

—Ahora observa la hierba que hay detrás de mí —le ordenó Lacey, y cerró los ojos.

Lentamente, del mismo modo que el agua cuando se filtra en la tierra, su sombra empezó a crecer. A la misma velocidad comenzó a perder su brillo. *Ella* caminó a su alrededor con cautela una vez y luego otra. Fue a restregarse contra la pierna de la chica y no se cayó.

—¡Eres sólida! —exclamó Tristan—. ¡Sólida! ¡Cualquiera puede verte! Enséñame a hacer eso. Si pudiera hacerme sólido, Ivy me vería, sabría que estoy aquí para ella, sabría...

—¡Ya vale! —lo cortó. Su voz proyectada empezó a apagarse—. Estaré contigo dentro de un momento.

Su sombra desapareció. Y después lo hizo ella.

—¿Lacey? —Tristan se volvió—. Lacey, ¿dónde estás? ¿Estás bien?

—Sólo cansada. —Su voz sonaba débil. Su cuerpo reapareció, aunque era prácticamente traslúcido. Estaba hecha un ovillo en el suelo—. Dame unos minutos.

Tristan caminó de un lado a otro mirándola con preocupación. De pronto, Lacey se puso en pie; parecía ella de nuevo.

—Así funciona —dijo—. Los ángeles transitorios (eso es lo que somos tú y yo, encanto) necesitamos toda la energía de que disponemos y muchísima experiencia para materializarnos por completo. Hablar al mismo tiempo... Bueno, eso sólo podemos hacerlo los profesionales.

—Como tú.

—Normalmente sólo puedo materializar una parte de mí, como los dedos, cuando quiero hacer algo, tirar del pelo a alguien o pasar de página para ver las reseñas de las películas.

—¡Enséñame! —exclamó Tristan con fervor—. ¿Me enseñarás cómo se hace?

—Quizá.

Habían llegado a un punto desde el que podían ver toda la parte trasera de la casa. Tristan alzó la vista hacia la ventana abuhardillada de la sala de música de Ivy.

—Así que aquí es donde vive tu chavalita —señaló Lacey—. Supongo que debería parecerme fantástico que un chico se comporte como un auténtico idiota por una chica.

Vio los labios de Lacey curvarse hacia abajo en una mueca de desaprobación.

—No sé por qué tendrías que opinar —repuso Tristan—. No tiene nada que ver contigo. ¿Vas a enseñarme?

—¡Por qué no! Tengo mucho tiempo libre.

Buscaron un recoveco escondido entre los árboles y se sentaron en el suelo. *Ella* los siguió lentamente. Lacey empezó a acariciar a la gata, que se lo agradeció con un ligero y educado ronroneo. Cuando Tristan miró más de cerca, pudo comprobar que las yemas de sus dedos no brillaban, sino que eran sólidas.

—Lo único que hace falta es concentración —explicó Lacey—. Hay que concentrarse muchísimo. Mira las yemas de tus dedos, míralas fijamente para mantener la concentración. Prácticamente tienes que desear que se vuelvan sólidas.

Tristan extendió una mano hacia *Ella*. Vacío su mente de todo lo demás y se concentró en la yema de los dedos. Sintió un cosquilleo similar al que solía experimentar cuando se le dormía un brazo. La sensación se volvió más y más intensa en los dedos. Entonces, otro tipo de cosquilleo despertó en su cabeza, una sensación que no le gustó. Empezó a sentirse débil, como si estuviera fundiéndose, y se rindió.

Lacey chasqueó la lengua.

—Te has acobardado.

—Volveré a probar.

—Será mejor que descanses un poco.

—¡No necesito descansar!

Después de haber sido fuerte e inteligente durante toda su vida —profesor de natación, tutor de matemáticas—, le resultaba humillante tener que aceptar lecciones de una sabelotodo sobre algo tan simple como acariciar a un gato.

—Parece que no soy la única por aquí con un ego enorme —señaló Lacey con satisfacción.

Tristan ignoró el comentario.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

—Toda tu energía estaba siendo redirigida hacia la yema de los dedos —explicó ella—, lo que provoca que el resto de tu cuerpo se sienta débil, como si te estuvieras disolviendo o algo así.

Él asintió.

—Conforme vayas acumulando fuerzas ya no será un problema. Si alguna vez llegas al punto de materializar todo el cuerpo y proyectar la voz..., aunque

sinceramente no creo que lo consigas jamás...; tendrás que aprender a obtener energía de lo que te rodea. Yo la absorbí de allí.

—Hablas como un extraterrestre en una película de ciencia ficción.

Lacey asintió.

—*Labios del planeta Índigo*. Ya sabes, estuve a esto de conseguir un Oscar por esa película.

¡Qué curioso! Tristan la recordaba como un gran fiasco.

—¿Quieres volver a intentarlo?

Él extendió la mano. En cierto modo era como tomarse el pulso, como tumbarse en la cama a escucharse el corazón: de pronto se dio cuenta de la forma en que la energía viajaba por su cuerpo y la dirigió, esa vez con calma y la cabeza fría, hacia los dedos. Éstos perdieron su brillo.

Entonces lo sintió: el largo pelaje, suave y sedoso. *Ella* empezó a ronronear con fuerza mientras él recorría los lugares en los que más le gustaba que la acariciaran. La gata se puso boca arriba y Tristan rompió a reír. Cuando le rascó la barriga, su ronroneo pareció sonar tan alto como el motor de la hélice de una avioneta.

Entonces perdió el tacto. El día soleado se tornó gris y *Ella* dejó de ronronear. Lo único que podía hacer era quedarse quieto y esperar, boqueando en busca de aire como si intentara recuperar el aliento, aunque ya no respiraba.

—¡Excelente! —exclamó Lacey—. No tenía ni idea de que fuera tan buena profesora.

El color volvió a la hierba y a los árboles. El cielo era de nuevo azul. Sólo *Ella*, que se había puesto en pie y olfateaba el aire, mostraba signos de que algo no iba bien.

Tristan, exhausto, se volvió hacia Lacey.

—No podré llegar a ella. Si esto es todo lo que puedo hacer, no podré comunicarme con ella.

—¿Estamos hablando otra vez de tu chavalita?

—Sabes su nombre.

—Ivy, símbolo de fidelidad y recuerdo. ¿Estás intentando enviarle algún mensaje?

—Tengo que convencerla de que la quiero.

—¿Ya está? —Lacey puso cara de decepción—. ¿Eso es todo?

—Creo que ésa debe de ser mi misión —contestó él.

—¡Oh, poor favoor!

—¿Sabes?, estoy empezando a cansarme de tu sarcasmo.

—Pues a mí no es que me guste mucho tu estupidez. Tristan, eres un ingenuo si piensas que el Gran Jefe se tomaría la molestia de convertirte en un ángel para que puedas convencer a una chavala cualquiera de que la quieres. Las misiones nunca son

tan simples, ni tan sencillas.

Quería discutir con ella; sin embargo, Lacey había dejado a un lado su ademán melodramático y hablaba en serio.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo se supone que voy a averiguar cuál es mi misión?

—Observando, escuchando, permaneciendo cerca de la gente que conoces o a la que te sientes ligado... Probablemente sea a ellos a quienes debes ayudar y por los que fuiste enviado de vuelta.

Tristan empezó a considerar qué persona en su vida necesitaría una ayuda especial.

—Es como hacer de detective —continuó Lacey—. El problema es que no tienes que descubrir quién lo hizo; tienes que saber quién hace qué. A menudo no sabes cuál es el problema que te han enviado a resolver. A veces, ni siquiera ha pasado aún y tienes que salvar a la persona de algún desastre que ocurrirá en el futuro.

—Tienes razón —admitió él—. No es sencillo.

Habían pasado junto a la pista de tenis y rodeado la casa hasta la parte delantera. *Ella*, que había ido siguiéndolos, salió disparada hacia la escalera de entrada y subió por ella.

—Incluso si se trata de algo que pasará en el futuro —continuó Lacey—, la clave suele estar escondida en tu propio pasado. Afortunadamente, viajar en el tiempo no es tan difícil.

Tristan alzó las cejas.

—¿Viajar en el tiempo?

Lacey subió de un salto sobre el coche de Gregory, que estaba aparcado en el camino de entrada, frente a la casa.

—Me refiero a viajar atrás en la mente. Cuando recordamos en el presente olvidamos un montón de cosas. Puede haber pistas que no entendimos en el pasado, pero que aún están allí y que podemos volver a encontrar si viajamos atrás en nuestra mente.

Conforme hablaba, Lacey se echó sobre el capó del BMW. Se quedó mirándolo como si fuera Morticia Addams haciendo un anuncio de coches.

—Puede que también te enseñe a viajar en el tiempo —lo provocó—. Claro que viajar al pasado en la mente de otra persona no es algo con lo que debería jugar un aficionado como tú. Existe cierto peligro —añadió—. ¡Vamos, ánimo, señor Deprimido!

—No estoy deprimido. Estoy pensando.

—Entonces, levanta la vista.

Tristan miró hacia la puerta principal. Ivy estaba allí, de pie, con la mirada fija en el camino de entrada, como si esperara a alguien.

—Es mi dama; ¡ah, es mi amor! ¡Ah, si supiera que lo es! —recitó Lacey.

Tristan siguió mirando a Ivy.

—¿Qué?

—*Romeo y Julieta*. Acto segundo, escena segunda. Hice una audición, ya sabes, para el festival «Shakespeare en el parque». El director del casting quería darme el papel.

—Bien —contestó él distraídamente.

Deseaba que lo dejara a solas con ella. Lo único que quería era estar solo, deleitarse con la visión de Ivy saliendo al porche con su cabello dorado mecido por el viento, caminando con gracia hacia el primer escalón y cogiendo a *Ella*.

—El director dijo que tenía un talento asombroso.

—Fantástico.

«Si los gatos pudieran hablar... —pensó Tristan—. Díselo *Ella*, dile lo que sabes».

—El productor, un tipo pretencioso con aires de artista, dijo que quería a alguien con unos rasgos más clásicos, alguien que no hablara con acento de Nueva York.

Ivy seguía de pie en el porche, con *Ella* en brazos, mirando hacia donde él estaba. «Quizá aún crea. Quizá sienta ligeramente mi presencia».

—Ese productor estará en Nueva York durante un par de semanas preparando un espectáculo itinerante. Creo que le haré una visita.

—Fantástico —repitió él.

Volvió la cabeza al mismo tiempo que Ivy. De fondo se oía el traqueteo de un coche pequeño que ascendía por la colina.

—Creo que lo mataré —añadió Lacey—; provocaré un accidente de tráfico que lo mate en el acto.

—Estupendo.

—¡Eres patético! —exclamó la chica—. ¡Realmente patético! ¿Eras tan calzonazos cuando estabas vivo? Sólo puedo imaginarte cuando aún estabas cargado de hormonas.

Tristan se volvió hacia ella, enfadado.

—Mira, tú no eres mejor que yo. Yo estoy enamorado de Ivy, tú lo estás de ti misma. Ambos estamos obsesionados, así que déjalo ya.

Por un momento, Lacey no dijo nada. Sus ojos cambiaron casi imperceptiblemente. Una cámara no habría captado esa breve señal de que habían herido sus sentimientos; pero Tristan sí, y como sabía que en esa ocasión no estaba actuando, lamentó lo que había dicho.

—Lo siento.

Lacey se había alejado de él. Supuso que se mantendría al margen algún tiempo para que fuera dando palos de ciego en busca de su misión.

—Lacey, lo siento.



—Vale, vale, vale —dijo ella.

—Lo que pasa es que...

—¿Quiénes son ésas? —lo interrumpió—. ¿Pili y Mili han venido a guardar luto con tu dama?

Tristan se volvió para observar a Beth y a Suzanne bajar del coche: ambas iban vestidas de negro. De todas formas, a Suzanne siempre le había gustado ese color, especialmente si iba ligera de ropa, que era el caso: llevaba un vestido negro a la moda atado al cuello. Por otro lado, Beth vestía ropa típica de Beth: un vestido suelto, negro con florecitas blancas, cuyos volantes ondeaban unos cinco centímetros por encima de sus sandalias rojas de goma.

—Son sus amigas Beth y Suzanne.

—Esa de ahí es definitivamente una receptora —dijo Lacey.

—¿Una receptora?

—La que parece que lleva puesta una cortina de ducha.

—Beth —aclaró él—. Es escritora.

—¿Y yo qué he dicho? Una receptora nata.

Tristan observó a Ivy saludar a sus amigas y conducir las adentro.

—Vamos —dijo Lacey poniéndose en pie de un salto y dirigiéndose hacia la casa—. Será divertido.

Tristan vaciló, ya había visto lo que Lacey entendía por divertido.

—¿Quieres decirle que la amas o no? Te servirá como entrenamiento. Lo tienes todo a tu favor, la chica es una auténtica receptora. Los buenos receptores ni siquiera tienen que creer —añadió—, están abiertos a todo tipo de cosas, una de ellas, los ángeles. Puedes hablar a través de ella; o, al menos, intentar escribir a través de ella. ¿Sabes lo que es la escritura automática?

Había oído hablar de ella. Las médiums lo hacían: supuestamente, sus manos escribían a voluntad de otro y transmitían mensajes de los muertos.

—¿Quieres decir que Beth es como una médium?

—Una médium sin experiencia; una receptora natural. Transmitirá lo que le digas, si no hoy, más adelante. Sólo tenemos que establecer un vínculo y colarnos en su mente.

—¿Colarnos en su mente? —inquirió él.

—Es muy sencillo. Lo único que tienes que hacer es pensar como ella, ver el mundo de la misma forma en que ella lo ve, sentir como ella siente, querer a quien ella quiera, desear sus más profundos deseos...

—De ninguna manera —aseveró él.

—En resumen, tienes que adoptar el punto de vista del receptor y luego colarte en su cabeza.

—Es obvio que no sabes cómo funciona la mente de Beth —explicó Tristan—.

Nunca has leído ninguno de sus relatos, escribe esos romances tan apasionados.

—¡Ah! ¿Te refieres al tipo de romance en el que el enamorado se queda contemplando con nostalgia a su amada, con los ojos llenos de ternura y un gran dolor en el corazón que no le permite ver u oír a nadie más?

—Exacto.

Lacey ladeó la cabeza y sonrió con suficiencia.

—Tienes razón. Beth y tú no tenéis nada en común.

Tristan no dijo nada.

—Si amaras de verdad a Ivy, lo intentarías. Estoy segura de que los enamorados que salen en los relatos de Beth no dejarían que un pequeño contratiempo como éste los detuviera.

—¿Y Philip? —dijo Tristan—. Es el hermano de Ivy y puede ver mi destello.

—¡Ah! Has encontrado un creyente.

—Un receptor, estoy seguro —añadió.

—No tiene por qué. No existe verdadera conexión entre creer y ser un receptor.

—¿Podemos probar con él primero?

—Claro, podemos perder el tiempo —contestó ella entrando sigilosamente en la casa.

Philip estaba en la cocina preparando *brownies* en el microondas. En la encimera, junto al cuenco, había algunos cromos de béisbol pegajosos y un catálogo abierto por una página en la que se veía una foto de bicicletas de montaña para niños. Tristan se sentía seguro de sí mismo. Ése era un punto de vista que conocía a la perfección.

—Quédate detrás de él —le aconsejó Lacey—. Si ve tu destello, se distraerá. Empezará a buscarte y a intentar comprender qué ocurre. Centrará toda su atención en el exterior y no estará abierto a que nada penetre en su interior.

En realidad, permanecer detrás de Philip ayudaba de otras formas. Tristan leyó las instrucciones de la caja por encima del hombro del chico. Pensó en el paso que tenía que seguir a continuación, en el olor de los *brownies* cuando estuvieran listos y en cómo sabrían, calientes y esponjosos, recién salidos del microondas. Tristan deseó poder lamer la cuchara cubierta de chocolate líquido sin cocer. Y Philip lo hizo.

Tristan sabía quién era, pero al mismo tiempo era otra persona; se sentía igual que al leer un buen libro. Era fácil.

—Philip, soy yo...

¡Zas! Tristan se tambaleó hacia atrás, como si hubiera chocado contra una pared de cristal. No la había visto, no había sabido de su existencia hasta que se había dado de bruces con ella. Por unos instantes, quedó desconcertado.

—A veces puede llegar a ser bastante difícil —dijo Lacey mientras lo observaba—. Supongo que ahora lo ves más claro. Philip no quiere que entres en su cabeza.

—Pero si era su amigo.

—Él no sabe que eres tú.

—Si me dejara hablar con él, lo sabría.

—No funciona de ese modo —explicó ella—. Te lo advertí. Estoy empezando a ser muy buena distinguiendo a los receptores de los que no lo son. Puedes volver a probar con él, aunque esta vez estará preparado y aún será más difícil. No quieres un receptor que luche contra ti. Prueba con Beth.

Tristan se puso a caminar por la cocina.

—¿Por qué no lo intentas tú?

—¿Perdona?

—Verás... —Pensó rápidamente—. Eres muy buena actriz, Lacey, y estas cosas te salen con facilidad. Tu trabajo consiste en interpretar un papel. Las que son realmente buenas, como es tu caso, no se dedican tan sólo a imitar; no, se convierten en la otra persona. Por eso tú lo haces tan bien.

—Buen intento —contestó ella—. Pero Beth es tu receptora para contactar con la persona a la que quieres enviar un mensaje. Tienes que hacerlo tú mismo. Así es como funciona.

—Parece que nunca funciona como a mí me gustaría —se quejó él.

—¡También te has dado cuenta de eso! —señaló Lacey—. Supongo que sabes cómo trepar hasta el cenador de tu dama.

Tristan la guió hasta la habitación de Ivy, cuya puerta estaba entreabierta. *Ella*, que aún los seguía a todas partes, la abrió con la pata y entró; ellos pasaron a través de las paredes.

Suzanne estaba sentada frente al espejo de Ivy, revolviendo en su joyero y probándose sus collares y pendientes. Ivy estaba estirada sobre la cama leyendo un fajo de hojas; Tristan supuso que se trataba de uno de los relatos de Beth. Ésta estaba dando vueltas por la habitación.

—Al menos podrías comprarte un lápiz con piedras preciosas incrustadas —sugirió Suzanne—, si piensas seguir llevándolo en la cabeza de ese modo.

Beth se llevó una mano a la maraña de pelo que llevaba enroscada en lo alto de la cabeza, sujeta con un lápiz.

—Lo había olvidado.

—Cada vez estás peor, Beth.

—Es que es todo tan interesante. Courtney jura que su hermana pequeña dice la verdad. Y cuando algunos chicos fueron a la capilla, encontraron el jersey de una de las niñas colgando de un aplique.

—Puede que las propias niñas lo tiraran allá arriba —señaló Suzanne.

—Mmm... Puede ser —admitió Beth, y sacó una libreta de su bolso.

Lacey se volvió hacia Tristan.

—Ahí tienes tu entrada. Está pensando en lo de esta mañana. No te lo podrían

haber puesto más fácil.

Beth dio vueltas al lápiz entre los dedos. Tristan se acercó a ella. Como suponía que estaría intentando imaginar la escena, recordó el aspecto de la capilla, pasando de la luz cegadora del exterior a la intensa penumbra del interior. Visualizó a las niñas poniéndose cómodas en la zona del altar. Los relatos de Beth siempre contaban con un millón de detalles. Recordó los escombros que cubrían el suelo e imaginó cómo debían de sentir las niñas la piedra húmeda bajo sus piernas desnudas, cómo se habría estremecido su piel si una corriente de aire hubiera entrado por la ventana rota o cómo se habrían sacudido si hubieran pensado que una araña les estaba recorriendo la pierna.

Estaba en la escena, deslizándose fuera de sí mismo y entrando en... «¡Ay!». Ella no lo echó violentamente como había hecho Philip, pero lo empujó hacia atrás con rapidez y firmeza. Beth se puso en pie, se alejó un poco y miró hacia el lugar en el que había estado escribiendo.

—¿Me ve? —preguntó Tristan—. ¿Ve mi destello?

—No lo creo, porque no está prestando atención al mío, pero sabe que algo está pasando. Has empezado demasiado fuerte.

—Estaba intentando pensar como lo haría ella, centrándome en los detalles. Le encantan.

—Le has metido demasiada prisa. Sabe que algo anda mal. Déjalo un rato.

Sin embargo, en ese momento Beth empezó a escribir, describiendo a las niñas en el círculo. Algunos de los detalles de Tristan estaban allí, aunque no estaba seguro de si era debido a su sugerencia o a la creatividad de la joven. No pudo resistirse a intentarlo de nuevo.

¡Bum! Esa vez vino con fuerza, con tanta fuerza que, de hecho, Tristan salió impulsado hacia atrás.

—Te lo advertí —dijo Lacey.

—Beth, estás más inquieta que un gato en celo —comentó Suzanne.

Ivy levantó la vista del relato.

—¿Inquieta como *Ella*? Últimamente hace cosas muy extrañas.

Lacey movió un dedo en dirección a Tristan.

—Escúchame. Tienes que tener paciencia. Imagina que Beth es una casa y tú un ladrón que intenta entrar en ella. Tienes que tomarte tu tiempo. Debes entrar con sigilo. Descubre qué necesitas del sótano, de su inconsciente, sin molestar a la persona que está en el piso de arriba. ¿Lo pillas?

Lo pillaba, aunque se sentía reacio a probar de nuevo. La fuerza de su mente y su contraataque eran mayores que los de Philip.

Se sentía frustrado por ser incapaz de enviar un simple mensaje a Ivy. Ella estaba tan cerca, tan cerca, y aun así... Podía pasar su mano a través de la de ella, pero

nunca podría tocarla; tumbarse junto a ella pero nunca consolarla; decir algo que la hiciera sonreír pero ella nunca lo oiría. Ya no había un lugar para él en su vida y, quizá, eso fuera lo mejor para ella, aunque para él era vida en la muerte.

—¡Caray! —exclamó Beth—. ¡Caray! Modestia aparte, pero menuda frase para empezar un relato: «Ya no había un lugar para él en su vida y, quizá, eso fuera lo mejor para ella, aunque para él era vida en la muerte».

Tristan vio las palabras escritas en el papel como si fuera él quien sostuviera la libreta. Cuando Beth se volvió para echar un vistazo a la fotografía de él que había sobre el escritorio de Ivy, él también se volvió.

«Si al menos lo supieras», pensó.

—Si al menos... —escribió Beth—. Si al menos, si al menos, si al menos... — Parecía haberse encallado.

—Es un buen principio —dijo Ivy dejando a un lado el relato mecanografiado—. ¿Qué viene a continuación?

—Si al menos.

—Si al menos, ¿qué? —preguntó Suzanne.

—No lo sé —respondió Beth.

Tristan vio la habitación a través de los ojos de la chica, lo bonita que era, cómo *Ella* miraba fijamente a Beth, cómo Suzanne e Ivy intercambiaban miradas..., y se encogió de hombros.

«Si al menos Ivy supiera cuánto la quiero». Pensó esas palabras tan claramente como pudo.

—Si al menos pudiera liberarme... —continuó Beth.

Dejó de escribir y frunció el ceño. Tristan podía sentir la confusión de ella en su propia mente.

—Ivy, Ivy, Ivy —repitió—. Si al menos Ivy.

—Beth, estás muy pálida —señaló Ivy—. ¿Estás bien?

Ella pestañeó varias veces.

—Es como si alguien estuviera inventando palabras por mí.

Suzanne dejó escapar un débil silbido.

—¡No estoy majara! —exclamó Beth.

Ivy se acercó a ella y la miró a los ojos; estaba mirando directamente a Tristan, aunque él era consciente de que no lo veía.

«Aunque no lo veía», escribió Beth.

Tachó la frase y la reescribió a la vez que leía en voz alta:

—«No había un lugar para él en su vida y, quizá, eso fuera lo mejor para ella, aunque para él era una vida funesta en la muerte. Si al menos ella lo liberara... de su cárcel de amor. Sin embargo, ella no lo sabía, no veía la llave que se hallaba tan sólo en sus manos...». —Beth alzó el lápiz durante unos segundos—. ¡Estoy muy

inspirada!

Empezó a escribir de nuevo.

—«En sus manos suaves, cariñosas, bondadosas y delicadas; en unas manos capaces de sostener, de sanar, de tener esperanza...».

«¡Oh, por favor!», pensó Tristan.

—Calla —le respondió ella.

—¿Cómo? —dijo Ivy con unos ojos como platos.

—Estás brillando.

Todos se volvieron para mirar a Philip, que se encontraba de pie en la puerta.

—Estás brillando, Beth —repitió Philip.

Ivy apartó la vista.

—Philip, te he dicho que no quiero volver a oír ni una palabra más sobre eso.

—¿Oír que brillo? —preguntó Beth.

—Le ha dado fuerte con los ángeles —explicó Ivy—. Asegura que ve colores y cosas, y piensa que son ángeles. ¡No puedo soportarlo! ¡No quiero volver a oírlo! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

Al oír esas palabras, Tristan perdió toda esperanza. Sus esfuerzos lo habían llevado más allá del agotamiento; la esperanza era lo único que lo sostenía, y ahora había desaparecido.

Beth agitó la cabeza y Tristan se encontró otra vez fuera. Philip mantuvo sus ojos fijos en él conforme se dirigía junto a Lacey.

—¡Vaya! —exclamó Suzanne guiñándole un ojo a Beth—. Me pregunto dónde habrá aprendido Philip esas historias sobre ángeles.

—Te ayudaron en el pasado, Ivy —añadió con tacto Beth—. ¿Por qué no iban a ayudarte ahora?

—¡No me ayudaron! —exclamó su amiga—. ¡Si existieran los ángeles, si fueran nuestros protectores, Tristan estaría vivo! Pero se ha ido. ¿Cómo voy a seguir creyendo en ellos?

Había apretado los puños. Su mirada atormentada se había tornado intensa, brillante por la convicción de que los ángeles no existían.

Tristan sintió que volvía a morir.

Suzanne miró a Beth y se encogió de hombros. Philip no dijo nada, aunque Tristan lo vio adoptar esa expresión de obstinación tan suya.

—Es terco, el puñetero —comentó Lacey.

Él asintió. Philip aún creía en ellos, y Tristan se permitió conservar un atisbo de esperanza.

Ivy cogió una bolsa de plástico de la papelería de su habitación y empezó a vaciar los estantes que contenían los ángeles.

—¡Ivy, no!

Desgraciadamente, las palabras de él no la detuvieron. Philip le dio unos golpecitos en el brazo.

—¿Puedo quedármelos?

Ella lo ignoró.

—¿Puedo quedármelos, Ivy?

Tristan oyó el cristal romperse en el interior de la bolsa. La mano de la joven se movía a ritmo constante e implacable por la hilera de ángeles, aunque aún no había llegado a Tony o al ángel del agua.

—Por favor, Ivy.

Al final se detuvo.

—De acuerdo, puedes quedártelos —dijo—, pero tienes que prometerme, Philip, que nunca volverás a hablarme de ángeles.

El niño levantó la vista hacia los dos últimos ángeles, pensativo.

—Vale, pero ¿y si...?

—No —respondió ella con firmeza—, ése es el trato.

Philip volvió a mirar detenidamente a Tony y al ángel del agua.

—Lo prometo.

A Tristan se le cayó el alma a los pies.

—Se está haciendo tarde y los demás llegarán pronto. Será mejor que me cambie —dijo Ivy cuando su hermano se hubo marchado.

—Te ayudaré a escoger algo —resolvió Suzanne.

—No, bajad. Estaré con vosotras dentro de unos minutos.

—Pero ya sabes cuánto me gusta elegirte la ropa...

—Nos vamos... —dijo Beth empujando a Suzanne hacia la puerta—. Tómame el tiempo que quieras, Ivy. Si llegan los chicos, los entretendremos.

Beth cerró la puerta cuando salió Suzanne. Ivy observó la fotografía de Tristan desde el otro extremo de la habitación. Se quedó tan quieta como una estatua, las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Tristan, necesitas descansar. No podrás hacer nada hasta que descanses —murmuró Lacey con dulzura.

Sin embargo, no podía dejar a Ivy. La rodeó con sus brazos, pero ella pasó a través de ellos, se encaminó hacia el escritorio y cogió la foto. Él volvió a envolverla con los brazos; no obstante, ella sólo lloró con más fuerza.

Entonces, alguien dejó suavemente a *Ella* sobre el escritorio; habían sido las manos de Lacey. La gata se acurrucó contra la cabeza de Ivy.

—¡Oh, *Ella*! No sé cómo olvidarlo.

—No me olvides —suplicó Tristan.

—Al final, tendrá que hacerlo —lo previno Lacey.

—Lo he perdido, *Ella*, lo sé. Tristan está muerto. No puede volver a abrazarme.

No puede pensar en mí. Ya no puede desearme. El amor termina con la muerte.

—¡No! ¡No es así! —exclamó Tristan—. Volveré a abrazarte, lo juro, y comprenderás que mi amor no desaparecerá jamás.

—Estás agotado, Tristan —le dijo Lacey.

—¡Te abrazaré! ¡Te querré para siempre!

—Si no descansas ahora, todo se volverá aún más confuso. Será difícil distinguir lo que es real de lo que no lo es o despertar de la oscuridad. Tristan, escúchame...

Antes de que acabara de hablar, la oscuridad se apoderó de él.



—Bueno —dijo Suzanne cuando el grupo salía del cine—, creo que en las últimas semanas hemos visto más películas que si fuéramos críticos de cine.

—Dudo que los críticos hayan ido a ver ésta —puntualizó Will.

—Es la única peli que me ha gustado en mucho tiempo —dijo Eric—. No puedo esperar a que salga *Baño de sangre IV*.

Gregory miró de soslayo a Ivy. Ella volvió la cara.

Ivy era quien sugería ir al cine cada vez que alguien le decía que tenía que salir, algo que pasaba a menudo últimamente. Si por ella fuera, iría a ver una trilogía. Algunas veces se sumergía en la historia, pero incluso si no era el caso, era una forma de parecer sociable sin tener que hablar. Desgraciadamente, la parte más fácil de la noche había acabado. Ivy se estremeció cuando salieron de ese otro mundo frío y oscuro que era el cine y se toparon con la calurosa noche plagada de luces de neón.

—¿Pizza? —propuso Gregory.

—No me vendría mal beber algo —admitió Suzanne.

—Bueno, invita Gregory, ya que no me ha dejado aprovisionar el maletero —dijo Eric.

—Gregory invita a las pizzas —anunció Gregory.

Ivy pensó que el chico empezaba a parecerse cada vez más a un monitor de campamento, guiando a ese extraño rebaño de personas y comportándose de forma responsable. Se preguntaba cómo Eric podía seguir aguantándolo, aunque sabía que Gregory, Will y él seguían teniendo sus salidas nocturnas con chicos y chicas salvajes.

Las noches en las que salían en grupo, Ivy jugaba a un juego consigo misma: ver cuánto aguantaba sin pensar en Tristan o, como mínimo, sin echarlo tantísimo de menos. Se esforzaba por centrar su atención en los que tenía alrededor. La vida seguía para ellos, aunque no fuera su caso.

Esa noche se dirigieron a Celentano's, una pizzería muy popular. Las sillas cojeaban y los manteles eran de papel; un cartel rezaba: «Tenemos lápices y colores». No obstante, los dueños, Pat y Dennis, eran auténticos gourmets. Beth, a quien le encantaba echarle chocolate a todo, adoraba sus famosas pizzas dulces.

—¿Qué va a ser esta noche? —le tomó el pelo Gregory—. ¿*Brownies* y queso?

Beth sonrió; dos líneas de color rosa ascendieron por sus mejillas. «Parte de la belleza de Beth es su transparencia, la forma en que te sonrío sin ocultar nada», pensó Ivy.

—Tomaré algo diferente, algo más sano. ¡Ya lo tengo! ¡Queso brie con

albaricoques y virutas de chocolate negro!

Gregory rompió a reír y apoyó su mano con delicadeza sobre el hombro de Beth. Ivy recordó el tiempo en que algunos de sus comentarios la desconcertaban, cuando estaba convencida de que siempre se burlaría de ella y de sus amigas.

En ese momento, en cambio, le resultaba muy fácil entenderlo. Al igual que su padre, tenía carácter y necesitaba que lo adularan. Y eso era lo que estaban haciendo tanto Beth como Suzanne en ese preciso instante; esta última lo observaba de manera más sagaz, asomándose por encima de la carta.

—Lo único que quiero es pepperoni —se quejó Eric—, sólo pepperoni.

Eric estaba recorriendo con un dedo la lista de pizzas de arriba abajo y de izquierda a derecha, de arriba abajo y de izquierda a derecha, como un ratón frustrado que no encuentra la salida del laberinto.

Al parecer, Will ya se había decidido. Había cerrado la carta y había empezado a dibujar sobre el mantel de papel que tenía delante.

—Vaya, Rembrandt ha vuelto —dijo Pat al pasar junto a la mesa, señalando a Will con un gesto de la cabeza—. Es la tercera vez esta semana —explicó al resto—. Me gustaría creer que es por nuestra comida, pero sé que es por los materiales de dibujo gratis.

Will le dedicó una sonrisa, aunque lo hizo más con sus ojos castaño oscuro que con la boca. Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba sólo en un extremo de la boca.

«Él sí que no es fácil de entender», pensó Ivy.

—O’Leary —dijo Eric cuando la dueña se hubo marchado—, ¿te has colgado de Pat o qué?

—Le gustan las mujeres maduras —se burló Gregory—, como la de la Universidad de California o la que está recorriendo Europa en lugar de ir a la facultad...

—Estás de broma —comentó Suzanne, obviamente impresionada.

Will levantó la vista.

—Somos amigos —dijo y siguió dibujando—. Y trabajo aquí al lado, en la tienda de fotos.

Eso sí que era una noticia. Ninguno de los amigos de Gregory tenía un trabajo de verdad.

—Will hizo ese retrato de Pat —explicó Gregory a las chicas.

Estaba colgado con chinchetas de la pared: un trozo de papel barato pintado con ceras. Sin embargo, era igualito a Pat, con su pelo liso y sedoso, sus ojos color avellana y su generosa boca... Había encontrado su belleza.

—Eres muy bueno —dijo Ivy.

Will levantó la vista rápidamente y sostuvo su mirada durante un segundo, luego

volvió a sus dibujos. Ivy no tenía ni idea de si estaba intentando parecer guay o si simplemente era tímido.

—¿Sabes, Will? —intervino Beth—, Ivy sigue preguntándose si realmente eres guay o tan sólo tímido.

Él pestañeó.

—¡Beth! —exclamó Ivy—. ¿De dónde sacas eso?

—Pues... ¿No te lo estabas preguntando? ¡Oh! Bueno, quizá era Suzanne. O puede que yo. No lo sé, Ivy, tengo la cabeza hecha un lío. Me duele desde que salimos de tu casa. Creo que necesito cafeína.

Gregory rompió a reír.

—Esa pizza de chocolate debería servir.

—Para que conste —le dijo Will a Beth—, en realidad no soy guay.

—¡Oh, por favor! —exclamó Gregory.

Ivy se recostó en la silla y miró su reloj. Bien, había estado ocho minutos enteros pensando en otras personas, ocho minutos enteros sin imaginar cómo habría sido todo si Tristan hubiera estado sentado a su lado. Eso era un progreso.

Pat les tomó nota. Luego rebuscó en sus bolsillos y le entregó un impreso a Will.

—Hago esto delante de tus amigos para que no puedas echarme atrás, Will. He estado guardando tus manteles... Tengo pensado venderlos cuando tus cuadros estén colgados en el museo Metropolitan. Aunque si no presentas alguno de tus trabajos en el festival, yo presentaré los manteles.

—Muchas gracias por dejarme elegir, Pat —contestó él secamente.

—¿Tienes más impresos de éstos? —preguntó Suzanne—. Ivy necesita uno.

—¿Tú también has estado guardando mis manteles? —preguntó Ivy.

—Es por tu música, ¡caramba! El festival de Stonehill es para todo tipo de artistas, montan un escenario para actuaciones en directo. Será bueno para ti.

Ivy se mordió la lengua. Estaba tan cansada de que la gente le dijera lo que era bueno para ella. Cada vez que alguien se lo decía, lo único en lo que podía pensar era: «Tristan es bueno para mí».

«Dos minutos esta vez, dos minutos sin pensar en él».

Pat les llevó más impresos para el festival con las pizzas. Los demás rememoraron el Festival de las Artes de años pasados.

—A mí me gustaba ver a las bailarinas —comentó Gregory.

—Yo fui una joven bailarina —le dijo Beth.

—Hasta que un trágico accidente truncó su carrera —se burló Suzanne.

—Tenía seis años —explicó Beth—, y todo tenía mucha magia. Allí estaba yo revoloteando con mi traje de lentejuelas, con un millar de estrellas brillando sobre mí, cuando desgraciadamente me caí del escenario.

Will rió con ganas. Era la primera vez que Ivy lo oía reír de esa manera.

—¿Os acordáis de cuando Richmond salió a tocar el acordeón?

—¿El señor Richmond? ¿Nuestro director?

Gregory asintió.

—El alcalde apartó su taburete.

—Y Richmond fue a sentarse —continuó Eric.

—¡Madre mía!

Ivy rió con todos los demás, aunque en gran medida estaba actuando. Cuando algo despertaba su interés o la hacía reír, mantenía su atención durante el primer segundo y al siguiente pensaba: «Tengo que contárselo a Tristan».

«Cuatro minutos esta vez».

Will estaba dibujando escenas graciosas en el mantel: Beth girando de puntillas, las piernas del señor Richmond en el aire... Iba enlazándolas como si de una tira de cómic se tratara. Sus manos actuaban con rapidez y sus trazos eran fuertes y seguros. Por unos instantes, Ivy lo observó con interés.

Entonces Suzanne dio un bufido. Ivy miró de reojo, pero el rostro de Suzanne estaba cubierto por una máscara de simpatía.

—Por ahí viene una amiga tuya —le dijo a Gregory.

Todos se volvieron. Ivy tragó saliva. Era Twinkie Hammonds, «la canija morena», como la llamaba Suzanne, la chica con la que Ivy había hablado el día en que había visto nadar por primera vez a Tristan. Gary iba con ella.

Gary se quedó mirándola fijamente; a continuación, reparó en Will, que estaba sentado a su lado, y luego en Eric y Gregory. Ivy se sintió incómoda, no era como si estuviera teniendo una cita; pero, aun así, notaba que los ojos de Gary la acusaban.

—Hola, Ivy.

—Hola.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó él.

Ella jugueteó con uno de los lápices de colores y luego asintió.

—Sí.

—Hacía tiempo que no te veía.

—Ya.

La verdad era que ella sí lo había visto: una vez en el centro comercial y otra en la ciudad, pero se había escabullido rápidamente por la primera puerta que había encontrado.

—¿Sales mucho últimamente? —preguntó Gary.

—Bastante, supongo.

Cada vez que lo veía, Ivy esperaba encontrar a Tristan cerca. Cada vez tenía que pasar de nuevo por todo el dolor.

—Eso pensaba. Twinkie me lo dijo.

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó Gregory.

—Estaba hablando con ella, no contigo —respondió Gary fríamente—, y sólo me preguntaba cómo lo llevaba. —Cambió su peso de un pie al otro—. Los padres de Tristan me preguntaron por ti el otro día.

Ivy bajó la cabeza.

—Voy a visitarlos de vez en cuando.

—Bien.

Se había prometido cientos de veces que iría a verlos.

—Se sienten solos —añadió él.

—Puedo imaginarlo.

Ivy dibujó crucecitas con su color.

—Les gusta hablar sobre Tristan.

Ella asintió en silencio. No podía volver a esa casa, ¡no podía! Dejó el color sobre la mesa.

—Aún conservan tu foto en su habitación.

Tenía los ojos secos, pero su respiración se había vuelto irregular. Intentó inspirar y espirar de forma regular para que nadie se diera cuenta.

—Hay una nota debajo de tu foto. —La voz le tembló con una especie de risita nerviosa—. Ya sabes qué tipo de padres son..., eran. Siempre respetando a Tristan y su intimidad. Incluso ahora no la leerán, pero saben que es tu letra y que él la guardaba. Suponen que es alguna notita de amor y que debe estar con tu foto.

¿Qué le había escrito? Nada lo bastante valioso como para que él lo guardara, tan sólo notas para confirmar la hora a la que quedarían para su próxima clase de natación. Sin embargo, Tristan había guardado semejante insignificancia.

Ivy luchó por contener las lágrimas. No debería haber salido con los demás esa noche. No podría seguir fingiendo mucho más tiempo.

—¡Serás gilipollas! —Era la voz de Gregory.

—No pasa nada —dijo Ivy.

—¡Vete de aquí, gilipollas, antes de que yo te saque a patadas! —ordenó Gregory.

—No pasa nada.

Realmente lo pensaba. Gary no podía impedir lo que sentía, al igual que ella tampoco podía hacerlo.

—Te lo dije, Gary —intervino Twinkie—, no es el tipo de chica que guarda luto durante un año entero.

La silla de Gregory cayó al suelo cuando éste se levantó; la apartó de una patada.

Dennis Celentano lo agarró justo antes de que llegara al otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa aquí, chicos?

Ivy se quedó inmóvil con la cabeza agachada. Había habido un tiempo en el que les habría pedido a sus ángeles que le dieran fuerzas, pero ya no podía hacerlo. En lugar de eso, permaneció inmóvil, envolviéndose el cuerpo con los brazos. Apartó de

su mente cualquier pensamiento o sentimiento, así como todas las palabras airadas que revoloteaban a su alrededor. Indiferente, así permanecería. «Si pudiera dejar de sentir para siempre...».

¿Por qué no había muerto ella en lugar de él? ¿Por qué había ocurrido así? Tristan era todo cuanto tenían sus padres, todo cuanto ella quería. Nadie podría ocupar su lugar. ¡Debería haber sido ella quien muriera, no él!

El comedor se quedó mudo de pronto, un silencio sepulcral la rodeaba. ¿Lo habría dicho en voz alta? Gary ya no estaba. Ivy no podía oír nada salvo el sonido de un lápiz. La mano de Will se movía con rapidez, sus trazos eran fuertes y aún más seguros que antes.

Ella lo observaba con indiferente fascinación. Finalmente, él retiró la mano y pudo echar un vistazo a los dibujos. Ángeles y más ángeles. Uno de ellos se parecía a Tristan y estaba rodeándola con sus brazos en actitud cariñosa.

La furia se apoderó de ella.

—¡Cómo te atreves! —gritó—. ¡Cómo te atreves, Will!

Sus miradas se encontraron. A pesar de que los ojos de Will estaban dominados por la confusión y el pánico, ella no se contuvo. Sólo podía sentir ira.

—Ivy, no sé por qué... No pretendía... Nunca querría, Ivy, lo juro, nunca te haría...

Ella arrancó el mantel de papel y lo hizo pedazos. Will se quedó mirándola sin dar crédito a lo que había hecho.

—Nunca te haría daño —susurró.

Había sido tan fácil. En lo que le había parecido menos de un nanosegundo, Tristan se había introducido en la mente de Will. No había encontrado resistencia a la hora de comunicarse con él: los dibujos de los ángeles habían aparecido rápidamente, como si sus mentes fueran una. Tristan había compartido la sorpresa de Will al descubrir lo que había dibujado su lápiz. «¡Si Will pudiera hacer que la imagen se hiciera realidad y yo pudiera consolarla!».

—¿Qué hago ahora, Lacey? —preguntó Tristan—. ¿Cómo puedo ayudar a Ivy si lo único que consigo es seguir haciéndole daño?

Pero Lacey no estaba cerca para aconsejarlo.

Tristan vagó por las calles de la silenciosa ciudad mucho después de que Ivy y sus amigos se hubieron marchado. Tenía que reflexionar. Casi sentía miedo de volver a intentarlo. Las figuritas de los ángeles, las imágenes de los ángeles, incluso la simple mención de los ángeles no despertaban en Ivy más que dolor y rabia. No obstante, en eso era en lo que se había convertido: en su ángel.

Sus nuevos poderes eran inútiles, totalmente inútiles. Y aún quedaba la cuestión de su misión, de la que no tenía ni idea. Le costaba tanto centrarse en eso cuando lo

único en lo que podía pensar era en llegar a Ivy.

—¿Qué hago ahora, Lacey?

Se preguntó si la chica habría dramatizado cuando le había dicho que su misión podría consistir en salvar a alguien de un desastre. Pero ¿y si estaba en lo cierto? ¿Y si estaba tan ensimismado en su propio sufrimiento y el de Ivy que le fallaba a alguien?

Lacey le había dicho que se mantuviera cerca de la gente a la que conocía; por ese motivo, en cuanto había despertado de la oscuridad esa noche, había buscado a Gary y lo había seguido hasta Celentano's. También le había dicho que la clave de su misión podría encontrarse en el pasado, que podría tratarse de algún problema que había presenciado, pero que no había reconocido. Tenía que descubrir cómo viajar al pasado.

Imaginó el tiempo como una red que entrelazaba pensamientos, sentimientos y acciones, una red que lo había sostenido hasta que él se había soltado. Pensó que el punto de entrada más sencillo sería el punto por el que había salido. ¿Lo ayudaría ir al lugar preciso?

Se encaminó rápidamente hacia las sinuosas y oscuras carreteras secundarias. Era bastante tarde, por lo que no había tráfico. Sobrecogido por la sensación de que en cualquier momento saldría de la nada un ciervo, ralentizó su marcha, aunque sólo unos segundos.

Le pareció extraño lo fácil que le había resultado encontrar el lugar y lo seguro que estaba de que había sido exactamente allí, puesto que todos los recodos y curvas de la carretera parecían iguales. Aunque había luna llena, su luz plateada apenas se filtraba a través del frondoso ramaje, y la única iluminación provenía del resplandor del aire, una especie de fantasmagórica neblina gris. Aun así, encontró las rosas.

No eran las que él le había regalado, sino otras similares. Estaban tiradas en el arcén de la carretera y se habían marchitado por completo. Cuando las cogió, los pétalos se deshicieron como copos carbonizados. Lo único que sobrevivió fue el lazo de satén morado.

Tristan miró la carretera como si estuviera mirando atrás en el tiempo. Intentó recordar el último minuto de su vida. La luz, una luz increíble, y una voz, o un mensaje; no estaba seguro de si se trataba realmente de una voz y era incapaz de recordar ninguna palabra. Sin embargo, todo eso había ocurrido después de la explosión de luz; así que volvió atrás y se concentró en ella.

Un puntito... Exacto, antes del túnel, antes de la deslumbrante luz al final, había habido un puntito de luz en el ojo del ciervo.

Tristan se estremeció y se preparó para lo que venía. Todo su ser sintió el impacto, como si hubiera caído dentro de sí mismo, y empezó a retroceder. El coche se movía marcha atrás a toda velocidad. Le recordaba a una atracción de feria que de

repente empieza a ir en sentido contrario. Había quedado atrapado en una cinta que estaba siendo rebobinada, acorralado por las palabras de un galimatías y movimientos frenéticos. Intentó pararlo, deseó con todas sus fuerzas que se detuviera y usó toda su energía para frenar aquella carrera hacia el pasado.

Y ahí estaban Ivy y él, sentados uno junto al otro, completamente inmóviles, como si se tratara de la imagen congelada de una película. Estaban en el coche y conducían despacio y con cautela hacia adelante.

—Un último vistazo al río —dijo Tristan en el momento en que el camino se alejaba considerablemente de su cauce.

El sol de junio caía sobre las colinas occidentales de Connecticut y bañaba de luz las copas de los árboles cubriéndolas de oro. La tortuosa carretera se adentró en un túnel de arces, álamos y robles. Era como deslizarse bajo olas de color verde intenso. Tristan encendió los faros del coche.

—No es necesario que corras tanto —dijo Ivy—. Creo que ya no tengo hambre.

—¿Te he hecho perder el apetito?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que estoy saciada de felicidad —susurró.

El coche circulaba a gran velocidad, y tomó una curva de forma arriesgada.

—Te he dicho que no es necesario que corras.

—Es muy extraño —murmuró él—. Me pregunto qué... —Miró hacia sus pies—. No parece que...

—Ve más despacio, ¿quieres? No importa si llegamos un poco tarde... ¡Ah! —Ivy señaló al frente—. ¡Tristan!

Algo había salido de entre los arbustos y se había abalanzado hacia la carretera. Tristan también lo vio: un movimiento borroso entre las sombras. Entonces el ciervo se detuvo y volvió la cabeza, sus ojos atraídos por las luces del coche.

—¡Tristan! —gritó Ivy.

Él pisó el freno con más fuerza. Se dirigían a toda velocidad hacia los brillantes ojos.

—Tristan, ¿es que no lo ves?

—Ivy, algo...

—¡Un ciervo! —exclamó ella.

Pisó el freno una y otra vez, el pedal se hundía hasta el fondo, pero el coche no ralentizaba su marcha.

Los ojos del animal resplandecieron. Entonces, una luz apareció detrás de él: la ráfaga de unos faros. Un coche se aproximaba en sentido contrario. Los árboles les cerraban el paso, no había espacio para girar a izquierda o a derecha y llevaba el pedal de freno pisado a fondo.

—¡Frena! —gritó Ivy.



—Estoy...

—¡Frena! ¿Por qué no frenas? —suplicó—. ¡Tristan, frena!

Deseó con todas sus fuerzas que el coche se detuviera, anhelaba volver al presente, pero no tenía ningún control de la situación, nada podía impedir que siguiera dirigiéndose a toda velocidad hacia el centro del tornado de oscuridad. Y finalmente éste se lo tragó.

Cuando abrió los ojos, Lacey lo observaba desde arriba.

—¿Un viajecito complicado?

Tristan miró a su alrededor. Seguía en la carretera rodeada de árboles, aunque se había hecho de día y lo envolvía una luz dorada y frágil como las telarañas que cubrían los árboles. Intentó recordar qué había pasado.

—Me llamaste hace horas preguntándome qué debías hacer a continuación —le recordó ella—. Es obvio que no has podido esperar para averiguarlo.

—He viajado al pasado —contestó. De pronto lo recordó todo—. Lacey, no fue sólo el ciervo. Si no hubiera sido eso, habría sido un muro, los árboles, el río o el puente. U otro coche.

—¡Ve más despacio, Tristan! ¿Qué intentas decirme?

—No había presión ni líquido. Todo el rato llegaba hasta el fondo.

—¿El qué? —preguntó Lacey.

—El pedal. El pedal del freno. No debería haber fallado como lo hizo. —La cogió—. ¿Y si...? ¿Y si no fue un accidente? ¿Y si sólo lo pareció?

—Y tú sólo parece muerto —contestó ella—. Claro, me has engañado.

—Escúchame, Lacey. Los frenos estaban en perfecto estado. Alguien debió de trastear en ellos. ¡Alguien cortó el cable! Tienes que ayudarme.

—Pero si ni siquiera sé echar gasolina.

—¡Tienes que ayudarme a llegar hasta Ivy!

Tristan empezó a alejarse por la carretera.

—Será mejor que yo trabaje en los frenos —gritó Lacey—. Ve más despacio, antes de que atropelles otro ciervo.

Nada lo detendría ya.

—Ivy tiene que volver a creer —afirmó Tristan—. Tenemos que llegar hasta ella. Tiene que saber que no fue un accidente. ¡Alguien quería que yo... o ella... muriéramos!

# EL PODER DEL AMOR

*A las muchas manos que crearon este libro*

# 1

—Esta vez llegaré a ella —dijo Tristan—. Tengo que advertir a Ivy, debo decirle que la colisión no fue un accidente. Lacey, ¡ayúdame! Sabes que este rollo de los ángeles no me sale de forma natural.

—En eso tienes toda la razón —respondió la chica mientras se recostaba contra la lápida de Tristan.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

Lacey se miró las uñas, unas uñas largas de color morado que no se resquebrajarían o se romperían con mayor facilidad de la que necesitaría el cabello grueso y castaño de Tristan para volver a crecer. Finalmente, contestó:

—Supongo que puedo colarme en una fiesta con piscina durante una hora. Pero, escucha, no esperes que sea la perfecta invitada angelical.

Ivy estaba de pie junto al borde de la piscina. Tenía la carne de gallina a causa del agua fría que la salpicaba de vez en cuando. Dos chicas pasaron corriendo a su lado; las perseguía un tipo con una pistola de agua. Los tres cayeron juntos a la piscina y empaparon a Ivy con una lluvia de gotas heladas. Si eso le hubiera ocurrido un año antes, se habría echado a temblar, a temblar y a rezar a su ángel del agua. Pero los ángeles no existían. Ahora ya lo sabía.

Durante el invierno anterior, cuando se había quedado colgando de un trampolín situado a gran altura sobre la piscina del instituto, paralizada por un miedo que conocía desde la niñez, le había rezado a su ángel del agua. Pero había sido Tristan quien la había salvado.

Él la había enseñado a nadar. A pesar de que aquel primer día, y al siguiente, y al otro, le habían castañeteado los dientes, a Ivy le había encantado la sensación que le provocaba el agua cuando Tristan la arrastraba por ella. Le gustaba mucho Tristan, incluso pese a que defendía que los ángeles no existían.

Él tenía razón. Y ahora se había marchado, junto con la fe de Ivy en los ángeles.

—¿Vas a darte un baño?

Se volvió con rapidez y vio su propio rostro bronceado y su mata de pelo dorado reflejados en las gafas de sol de Eric Ghent. Él tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás; parecía casi transparente, tan pegado a su cabeza.

—Siento que no tengamos trampolín —comentó Eric.

Ivy ignoró la leve pulla.

—Es una piscina preciosa, de todas formas.

—Cubre bastante poco en este extremo —dijo él mientras se quitaba las gafas de sol y las dejaba colgando de un cordón sobre su pecho huesudo. Los ojos de Eric eran de un color azul pálido, y sus pestañas eran tan claras que parecía que no tuviera.

—Sé nadar... en cualquiera de los dos extremos —respondió Ivy.

—¿En serio? —Una de las comisuras de la boca de Eric se curvó hacia arriba—. Avísame cuando estés lista —repuso. Después, se alejó para hablar con sus otros invitados.

Ivy no había albergado esperanzas de que Eric se mostrara más amable de lo que lo había sido. A pesar de que las había invitado a ella y a sus dos mejores amigas a su fiesta en la piscina el día de San Juan, ellas no formaban parte del grupo de íntimos de Stonehill. Ivy estaba convencida de que Beth, Suzanne y ella estaban allí tan sólo porque el mejor amigo de Eric y hermanastro de Ivy, Gregory, se lo había pedido.

Escudriñó la hilera de personas que tomaban el sol al otro lado de la piscina tratando de encontrar a sus amigas. Beth estaba sentada en medio de una docena de cuerpos cubiertos de aceite y cabellos teñidos. Llevaba puesto un enorme sombrero y algo que recordaba a un hábito. Estaba hablando a cien por hora con Will O'Leary, otro de los amigos de Gregory. De algún modo, Beth Van Dyke, que ni siquiera había soñado jamás con ser guay, y Will, que estaba considerado como superguay, se habían hecho amigos.

Las chicas que los rodeaban se esforzaban por mostrarle al sol —o a Will— su mejor ángulo, pero él no se daba cuenta. Le dedicaba gestos de ánimo a Beth, que probablemente le estaba contando su última idea para un relato. Ivy se preguntó si, a su silenciosa manera, Will disfrutaba de los escritos de Beth —poemas y cuentos, y, una vez para clase de historia, una biografía de María, reina de Escocia—, que, de alguna forma, siempre terminaban por convertirse en historias románticas preñadas de erotismo y sentimientos. Esa idea la hizo sonreír.

Will echó un vistazo al otro lado de la piscina justo en ese momento y percibió su sonrisa. Durante un segundo, se le iluminó el rostro. Quizá se debiera tan sólo al destello del sol, que se reflejaba en el agua, pero Ivy dio un tímido paso atrás. Con la misma rapidez, Will volvió la cara hacia la sombra que proyectaba la pámela de Beth.

Cuando Ivy retrocedió, sintió la piel desnuda de un pecho fresco y fuerte. Aquella persona no se apartó de su camino, sino que más bien hizo descender su rostro hasta el hombro de ella para rozarle la oreja con los labios.

—Creo que tienes un admirador —dijo Gregory.

Ivy no se alejó de él. Se había acostumbrado a su hermanastro, a su tendencia a acercarse demasiado, a su forma de aparecer a su espalda sin previo aviso.

—¿Un admirador? ¿Quién?

Los ojos grises de Gregory la miraron, risueños, desde las alturas. Tenía el pelo oscuro, era alto y esbelto, y lucía un intenso bronceado gracias a que pasaba varias

horas al día jugando al tenis.

A lo largo del último mes, Ivy y él habían pasado mucho tiempo juntos, a pesar de que, en abril, ella nunca lo habría creído posible. Al fin y al cabo, lo único que Gregory y ella tenían en común era la sorpresa que les había causado la decisión de sus padres de casarse, así como la rabia y la desconfianza mutua. A sus diecisiete años, Ivy ganaba su propio dinero y cuidaba de su hermano pequeño. Por su parte, Gregory se dedicaba a hacer carreras con su BMW por los campos de Connecticut acompañado de una pandilla de chicos ricos que se burlaban de todo aquel que no poseyera lo mismo que ellos.

Pero todo aquello parecía intrascendente ahora que Ivy y él habían compartido muchas más cosas: el suicidio de la madre de Gregory y la muerte de Tristan. Ivy había descubierto que, cuando dos personas viven en la misma casa, comparten parte de sus sentimientos más íntimos y, por sorprendente que resultara, ella había terminado por confiarle los suyos a Gregory. Él la había apoyado cuando más había echado de menos a Tristan.

—Un admirador —repitió Ivy sonriendo—. Da la sensación de que hayas estado leyendo las historias románticas de Beth.

Se apartó de la piscina y Gregory la siguió igual que una sombra. Rápidamente, Ivy recorrió con la vista el jardín en busca de Suzanne Goldstein, su mejor amiga y la de más edad. Por el bien de Suzanne, Ivy deseó que Gregory no se pegara tanto a ella. Deseó que no le susurrara al oído como si compartieran algún secreto.

Suzanne llevaba intentando cazar a Gregory desde el invierno, y él había alentado esa persecución. Suzanne decía que ya estaban saliendo juntos de manera oficial; él sonreía y no reconocía nada. Justo en el momento en que Ivy posó su mano con suavidad sobre Gregory para apartarlo un poco de sí, una puerta corredera de cristal se abrió en la casa y Suzanne salió al jardín. Se quedó parada un momento, como si estuviera absorbiendo la escena: el largo zafiro ovalado de la piscina, las esculturas de mármol, los parterres de flores. Esa pausa les proporcionó a todos los chicos una cómoda oportunidad de contemplarla. Con su brillante melena negra y un biquini minúsculo que más parecía bisutería que una prenda de vestir, eclipsaba a todas las demás chicas, incluidas las que formaban parte desde hacía tiempo de la pandilla de Eric y Gregory.

—Si hay alguien que tenga admiradores —comentó Ivy—, ésa es Suzanne. Y, si eres listo, irás hacia allí antes de que otros veinte tipos formen cola ante ella.

Gregory se limitó a sonreír y a apartar un mechón de pelo dorado de la mejilla de Ivy. Era consciente, por supuesto, de que Suzanne los estaba mirando. Tanto a Gregory como a Suzanne les encantaban esos juegos, e Ivy solía verse atrapada en medio de ellos.

Suzanne echó a andar con gracia felina y llegó hasta ellos rápidamente, aunque en

ningún momento dio la sensación de que avanzara más de prisa de lo que lo haría durante un tranquilo paseo.

—¡Bonito bañador! —saludó a Ivy.

Su amiga parpadeó varias veces; después, dirigió una mirada sorprendida a su traje de baño de una sola pieza. Suzanne estaba con ella el día en que se lo compró, y la instó a buscar algo que fuera aún más arriesgado. Pero, claro estaba, aquello era tan sólo un montaje para llamar la atención de Gregory sobre la... bisutería de Suzanne.

—De verdad que te sienta genial, Ivy.

—Eso mismo le he dicho yo —comentó Gregory con un tono de voz excesivamente cálido.

No había dicho ni una sola palabra acerca del bañador de Ivy; su mentira piadosa pretendía poner celosa a Suzanne. Ivy le lanzó una mirada furiosa y él se rió.

—¿Has traído protector solar? No puedo creer que se me haya olvidado el mío.

Ivy tampoco era capaz de creerlo. Suzanne había estado ensayando esa frase desde que tenían doce años y pasaban las vacaciones en la casa de la playa de los Goldstein.

—Se me va a freír la espalda —añadió Suzanne.

Ivy cogió su bolsa, que estaba en una silla cercana. Sabía que su amiga podía tumbarse sobre una plancha de metal en pleno mediodía y aun así no quemarse.

—Toma. Quédatelo. Tengo más.

Entonces depositó el tubo en las manos de Gregory. Se volvió para marcharse, pero su hermanastro la agarró por el brazo.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó él en voz baja e íntima.

—¿Cómo que qué hay de mí?

—¿No necesitas un poco de crema? —inquirió.

—No, estoy bien.

Pero no la iba a dejar marchar así como así.

—Ya sabes que uno se olvida de los puntos más obvios —apuntó mientras le extendía el protector por la base del cuello y sobre los hombros. Su tono era tan suave y sedoso como sus manos.

Gregory intentó deslizar un dedo por debajo de uno de los tirantes, pero Ivy lo contuvo. Estaba empezando a enfadarse. Sin duda, Suzanne también estaba que echaba humo, pensó, y no precisamente a causa del sol.

Ivy se apartó de Gregory y se puso las gafas de sol a toda prisa con la esperanza de que ocultaran su enojo. Luego se alejó caminando con determinación y los dejó solos para que se provocaran y se contrarioran mutuamente.

Ambos la utilizaban para sumar puntos. ¿Por qué no podían dejarla fuera de sus estúpidos juegos?

«Estás celosa —se reprendió a sí misma—. Tan sólo estás celosa porque ellos se

tienen el uno al otro y tú no tienes a Tristan».

Encontró una tumbona vacía junto a un pequeño grupo de gente y se dejó caer sobre ella. El chico y la chica que estaban a su lado observaron con interés cómo Suzanne guiaba a Gregory hacia dos tumbonas que había en una esquina, apartadas de todas las demás. Se dedicaron a murmurar mientras él extendía crema sobre el cuerpo perfectamente moldeado de Suzanne.

Ivy cerró los ojos y comenzó a pensar en Tristan, en sus planes de ir juntos al lago para flotar en medio del agua mientras el sol destellaba sobre las yemas de sus dedos de los pies y de las manos. Pensó en la forma en que Tristan la había besado en el asiento trasero del coche la noche del accidente. Lo que recordaba era la ternura de su beso, el modo en que le había acariciado el rostro con asombro, casi reverencialmente. La manera en que la había abrazado la había hecho sentirse no sólo amada, sino venerada por él.

—Aún no te has metido en el agua.

Abrió los ojos. Parecía bastante evidente que Eric no la dejaría en paz hasta que le demostrara que no perdería los papeles si se bañaba en la piscina.

—Estaba pensando en hacerlo ahora mismo —dijo Ivy al tiempo que se quitaba las gafas de sol. Él la esperó en el borde.

Se alegraba de que Eric se mantuviera sobrio en su propia fiesta, pero tal vez fuera así como lo compensara. Sin alcohol, sin drogas, ésa era su forma de entretenerse: poniendo a prueba a la gente respecto de sus puntos más vulnerables.

Ivy se zambulló en la piscina. Durante los primeros instantes, a medida que el agua iba ascendiendo por su cuello, aquel miedo antiguo la inundó y se asustó muchísimo.

«Eso es el valor —le había dicho Tristan—: enfrentarte a lo que te da miedo».

Con cada brazada se iba sintiendo un poco más cómoda.

Hizo un largo y después se detuvo en el lado profundo de la piscina para esperar a Eric. Era un mal nadador.

—No está mal —comentó él cuando la alcanzó—. No lo haces mal para ser una principiante.

—Gracias —respondió ella.

—Ni siquiera te has quedado sin aliento.

—Supongo que estoy en buena forma.

—No estás cansada en absoluto —continuó él—. ¿Sabes? Gregory y yo jugábamos a una cosa en el campamento cuando éramos pequeños.

Hizo una pausa e Ivy supuso que le iba a proponer que jugaran en ese momento. Deseó que estuvieran agarrados al borde del otro extremo de la piscina, donde no cubría y la sombra de los árboles no tapaba el sol, y donde estaba sentada y paseando la mayoría de la gente.



—Es una prueba para ver cuánto tiempo podemos contener la respiración cada uno de nosotros —le explicó. Hablaba sin mirarla; Eric rara vez miraba a alguien a los ojos—. Tienes que sumergirte en el agua y permanecer debajo tanto rato como puedas mientras la otra persona cronometra.

Ivy pensó que era un juego tonto, pero siguió adelante con ello porque supuso que cuanto antes lo hicieran antes podría librarse de Eric.

Él se hundió rápidamente y mantuvo el brazo por encima de la superficie para que Ivy pudiera mirar su reloj. Permaneció sumergido durante un minuto y cinco segundos y salió a la superficie con un jadeo brusco. Entonces Ivy inspiró una gran bocanada de aire y se hundió. Contó lentamente para sí —«Uno, dos...»—, determinada a vencerlo. Había mucho cloro y quería cerrar los ojos, pero algo le decía que no se fiara de Eric.

Cuando finalmente emergió, él exclamó:

—¡Estoy impresionado! Un minuto y tres segundos. —Ella había contado un minuto y quince segundos—. Aquí va el siguiente paso —continuó él—. Tenemos que ver si somos capaces de permanecer más tiempo sumergidos si bajamos juntos. Es como si nos diéramos ánimos el uno al otro. ¿Preparada?

Ivy asintió con reticencia. Después de eso, saldría de la piscina. Eric miró su reloj.

—A la de tres. Uno, dos...

De repente, Eric tiró de ella hacia abajo. Ivy no había cogido aire, pero él no la dejaba salir. Le hizo gestos con las manos bajo el agua, pero él la agarró por los brazos.

Ivy comenzaba a asfixiarse. Había tragado un poco de agua cuando Eric la había arrastrado hacia abajo y no podía evitar toser intentando vaciar sus pulmones..., pero cada vez que lo hacía tragaba más agua. Él la sujetaba con firmeza.

Intentó darle una patada, pero Eric apartó las piernas de su trayectoria y sonrió con los labios apretados.

«Lo está disfrutando —pensó Ivy—. Cree que esto es divertido. ¡Está loco!».

Forcejeó para apartarse de él. El estómago se le tensó a causa de los calambres y las rodillas se le pusieron rígidas. Se sentía como si los pulmones le fueran a estallar.

De repente, Eric hizo una mueca. Se volvió a tal velocidad que hizo que Ivy girara con él. Después, la soltó. Ambos salieron a la superficie jadeando y escupiendo agua.

—¡Imbécil! ¡Estúpido capullo! —gritó ella, pero la tos le impidió continuar insultándolo.

Eric se izó hasta el borde de la piscina. Tenía la cara pálida y aún se sujetaba el costado con las manos. Cuando las bajó, Ivy vio las marcas rojas, finas rayas sanguinolentas; parecía que alguien le hubiera arañado la espalda y el costado con

unas uñas largas y afiladas.

El chico miró a su alrededor con rapidez, con los ojos pálidos y desenfocados; luego se volvió hacia Ivy. Su rostro estaba casi tan desencajado como lo había estado bajo el agua.

—Sólo estaba jugando —dijo.

Alguien lo llamó desde el otro lado del jardín. La gente estaba empezando a ponerse a cubierto. Se levantó con lentitud y se encaminó en dirección a la casa. Ivy se quedó junto al agua, tomando profundas bocanadas de aire. Sabía que tenía que quedarse en la piscina. Sabía que tenía que esperar hasta que recuperara la respiración y, después, hacer unos cuantos largos. Tristan la había guiado hasta que había superado su miedo. No iba a dejar que Eric la condujera de vuelta a él. Ivy comenzó a nadar.

Cuando alcanzó el otro extremo de la piscina e hizo el giro para iniciar otro largo, Beth se agachó y la agarró por el tobillo. Ivy miró por encima del hombro y vio a su amiga tambaleándose sobre el borde de la piscina de tal modo que la inmensa ala de su sombrero le caía sobre los ojos. Will se apresuró a sujetarla desde atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Ivy sonriéndole a Beth y lanzándole una rápida y tímida mirada a Will.

—Todo el mundo va a entrar para ver unos vídeos —contestó su amiga con entusiasmo—, unos que han grabado este año en el instituto y después de clase, en partidos de baloncesto y... —Beth se quedó callada.

—Competiciones de natación. —Ivy concluyó la frase por ella. Quizá pudiera ver una vez más a Tristan nadando estilo mariposa.

Beth dio un paso para apartarse del borde de la piscina y luego se volvió hacia Will.

—Voy a quedarme fuera un rato.

—No te quedes por mí, Beth —intervino Ivy—, yo...

—Escucha —la interrumpió su amiga—, ahora que todo el mundo está dentro, por fin podré dejar al descubierto este fantástico tipazo blanco sin preocuparme de deslumbrarlos como la nieve.

Will se rió bajito e hizo un comentario destinado sólo a los oídos de Beth.

Era un chico dulce, pero Ivy no lo habría culpado si estuviera furioso con ella, no después de la escena que le había montado la noche del sábado anterior. Will había dibujado imágenes de ángeles, una de Tristan caracterizado de ángel y con los brazos alrededor de Ivy. Ella la había hecho pedazos.

—Entra a ver los vídeos, Beth —dijo Ivy con firmeza—. Sólo quiero nadar un rato.

Entonces fue Will quien se inclinó hacia adelante.

—No deberías nadar sola, Ivy.

—Eso es lo que Tristan solía decirme.

Por toda respuesta, él la miró fijamente con unos ojos que hablaban una lengua propia. Eran dos estanques marrones, lo suficientemente profundos como para ahogarse en ellos, pensó Ivy. Los de Tristan eran de color avellana, pero aun así había algo parecido en aquellos ojos y en los de Will, algo que la atraía hacia él.

Se volvió rápidamente y contuvo la respiración. Con un suave destello de alas de colores, una mariposa se le posó sobre el hombro.

—Un pez volador —dijo Beth. Quizá debido a que todos estaban pensando en Tristan, Beth acababa de emplear la palabra que se utilizaba para referirse a los nadadores de estilo mariposa.

Ivy trató de ahuyentar al insecto. La mariposa agitó las alas, pero la sorprendió quedándose donde estaba.

—Te ha confundido con una flor —comentó Will con una sonrisa y con los ojos llenos de luz.

—Tal vez —replicó Ivy. Estaba ansiosa por alejarse de él y de Beth. Tras tomar impulso en el lateral de la piscina, empezó a nadar de nuevo.

Hizo un largo tras otro y, cuando finalmente se sintió cansada, nadó hasta el centro de la piscina y se dio la vuelta para flotar.

«Es una sensación estupenda, Ivy, de verdad. ¿Sabes lo que es flotar en el centro de un lago con árboles a tu alrededor y el azul inmenso del cielo sobre ti? Estás tumbado sobre el agua y el sol centellea en la punta de los dedos de tus manos y tus pies. ¿Sabes qué se siente al nadar en el océano? Nadar con todo tu empeño y que venga una ola y te levante sin el menor esfuerzo...».

El recuerdo de la voz de Tristan era tan fuerte que parecía que estuviera oyéndola en ese momento. Le resultaba imposible que la inmensidad azul del cielo permaneciera allí arriba; debería haberse partido en mil pedazos como el parabrisas del coche la noche del accidente, pero allí estaba.

Ivy recordó haberse tumbado sobre el agua y haber sentido el brazo de Tristan debajo de ella mientras la enseñaba a flotar.

«Así es más fácil. No luches. Arquea la espalda. Muy bien», le había dicho él.

Y no luchó. Cerró los ojos y se imaginó en el centro de un lago. Cuando los abrió, él la estaba mirando, y su cara, como el sol, le proporcionaba calor.

«Estoy flotando», había susurrado Ivy, y también lo susurró en ese momento.

«Estás flotando».

«Flotando...».

Lo habían leído el uno en los labios del otro y, durante un instante, Ivy se sintió entonces como si Tristan aún estuviera inclinándose sobre ella.

«Flotando».

Con sus labios cerca, muy cerca...

—¡Devuélvemelo!

Ivy irguió la cabeza a toda velocidad y sus pies se hundieron justo debajo de ella. Se enjugó rápidamente el agua que le cubría los ojos.

La puerta de la casa se había abierto de golpe y Gregory corría por el césped llevando un trozo pequeño de tela oscura en las manos. Unos extraños pegotes de una sustancia blanca y viscosa salían despedidos de su pelo. Eric lo seguía a toda prisa, mientras que, con una mano, sujetaba el sombrero de Beth —lo único que lo cubría— y, con la otra, blandía un largo cuchillo de cocina.

—¡Eres hombre muerto, Gregory!

—Ven a cogerlo —Gregory lo provocaba agitando en el aire su bañador—. Vamos, inténtalo con ganas.

—Voy a...

—Ya, ya... —lo enardecía Gregory.

De repente, Eric dejó de correr.

—Te cogeré, Gregory —le advirtió—. Cuando menos te lo esperes.

## 2

Lacey se arrellanó en la silla de la cafetería. Sonreía a Tristan y parecía estar muy satisfecha de sí misma. Aparentemente, ya lo había perdonado por sacarla a rastras de la batalla campal que se había producido en la casa de la piscina durante la fiesta de Eric. Entonces unió los dos pulgares y agitó las manos mientras mecía los dedos como si fueran alas.

—Tienes que admitir que hacer que aquella mariposa se posara sobre Ivy fue un buen toque.

Tristan observó sus dedos titilantes y sus uñas largas y respondió con algo a medio camino entre una mueca y una sonrisa. La primera vez que vio a Lacey Lovitt pensó que las uñas moradas y los extraños reflejos lilas de su pelo oscuro y peinado en punta se debían a que llevaba dos años merodeando por aquel mundo, un período de tiempo bastante largo para la clase de ángeles que eran. Pero en realidad se trataba del aspecto que a ella le gustaba que tuvieran sus uñas y su pelo, de la forma que se los había pintado después de su última película de Hollywood y antes de que su avión se estrellara.

—Lo de la mariposa estuvo bien —empezó él—, pero...

—Te preguntarás cómo lo hice —lo interrumpió Lacey—. Supongo que tendré que enseñarte a utilizar los campos de fuerza. —Le echó un vistazo a la bandeja de los postres que pasaba por su lado..., aunque no porque ella, o él, pudieran comer, en realidad.

—Pero... —dijo Tristan de nuevo.

—Te preguntarás cómo supe lo de la mariposa —intervino Lacey—. Ya te lo dije: lo leí todo sobre el héroe del instituto de Stonehill, el gran nadador Tristan Carruthers, en el periódico local. Sabía que tu estilo era la mariposa. Sabía que eso haría que Ivy pensara en ti.

—Lo que me estaba preguntando en verdad era esto: ¿no podrías haber dejado en paz las tartas?

La mirada de Lacey volvió a deslizarse hacia la bandeja de los postres.

—Ni se te ocurra planteártelo —le advirtió Tristan.

Tan sólo había un puñado de clientes sentados en la terraza de la cafetería de la ciudad a las cuatro y media de la tarde, pero Tristan sabía que su compañera era capaz de crear el caos con muy poco. Dos tartas y algo de nata montada: eso era todo lo que había necesitado antes en casa de Eric.

—Es decir, ¿ese truco no es un poco viejo? Ya lo era cuando lo usaban Los Tres Chiflados.<sup>[1]</sup>

—Oh, relájate, señor Deprimido —le respondió ella—. Todos los que estaban en la fiesta lo disfrutaron. Vale, vale —admitió—, algunos de los que estaban allí; otros cuantos, como por ejemplo Suzanne, se pusieron tiquismiquis por el pelo. Pero yo me lo pasé bien.

Tristan agitó la cabeza. Lacey se había movido a la velocidad del rayo por la casa de la piscina provocando peleas desde la invisibilidad. Era evidente que se lo había pasado genial tirando del bañador de Gregory hacia abajo cada vez que Eric estaba cerca de él.

—Ahora ya sé por qué nunca completas tu misión —aseguró Tristan.

—¿Perdoona? Por favor, recuérdame eso la próxima vez que me supliques que te acompañe y te ayude a intentar llegar hasta Ivy.

Lacey se puso en pie con brusquedad y salió de la cafetería a trompicones. Tristan estaba acostumbrado a su teatralidad, y la siguió lentamente hasta Main Street.

—Tienes mucha cara, Tristan, si criticas mi ratito de diversión. ¿Dónde estabas tú cuando Ivy empezó a poner la misma cara que un pez de colores en el extremo profundo de la piscina? ¿Quién se encargó de Eric?

—Tú —admitió él—, y ya sabes dónde estaba.

—Enmarañado en el interior de Will.

Tristan asintió. La verdad resultaba embarazosa.

Lacey y él avanzaron en silencio sobre la acera de ladrillo y pasaron por delante de una hilera de tiendas con brillantes toldos de rayas. Los escaparates, llenos de antigüedades y de centros de flores secas, libros de arte y papeles pintados decorativos, mostraban el gusto de la adinerada ciudad de Connecticut. Tristan aún caminaba como si estuviera vivo y fuese sólido, así que se apartaba del camino de los compradores. Lacey los atravesaba directamente.

—Debo de estar haciendo algo mal —dijo él al fin—. En un momento, estoy dentro de Will y me he convertido tanto en una parte de él que, cuando mira a Ivy, también lo hago yo. Es como si él sintiera lo que yo siento por ella. Entonces, de repente, él se aparta.

Lacey se había detenido para mirar el escaparate de una tienda de ropa.

—Debo de estar exigiéndole demasiado —continuó Tristan—. Necesito que Will hable por mí. Pero creo que me ha descubierto rondando por su mente y que ahora me tiene miedo.

—O quizá —intervino Lacey— tiene miedo de ella.

—¿De Ivy?

—De sus sentimientos hacia ella.

Lacey se volvió para mirarlo con la cabeza ladeada. Tristan fingió un repentino interés por un horrible vestido negro de lentejuelas que había colgado en el escaparate. No podía ver el reflejo del rostro de Lacey en el cristal, como tampoco

podía ver el suyo. Contra el cristal tan sólo brillaban un trémulo resplandor dorado y unas volutas tenues de color; supuso que eso era lo que debía de ver un creyente cuando los miraba.

—¿Por qué? —preguntó Lacey—. Quiero saber por qué presupones que eres el único chico del mundo que está enamorado de...

Tristan la cortó.

—Me colé en el interior de Will y, dado que se trata de un buen receptor, él comenzó a sentir mis sentimientos y a pensar mis pensamientos. Así es como funciona, ¿no?

—¿No se te ha ocurrido nunca pensar que la razón por la que le resultó tan fácil a un principiante como tú penetrar en Will podría ser que él ya sentía tus sentimientos y pensaba tus pensamientos, al menos en lo que a Ivy se refiere?

Se le había ocurrido, pero Tristan había hecho todo lo que había podido para acallar esa idea.

—También me metí en la mente de Beth —le recordó.

La primera vez que Lacey había visto a Beth, le había dicho a Tristan que la amiga de Ivy sería un «receptor» natural, alguien que podría transmitir mensajes desde un ángulo diferente de la vida. Al igual que Tristan había persuadido a Will para que dibujara ángeles en un esfuerzo por reconfortar a Ivy, había hecho que Beth realizara un ejercicio de escritura automática, aunque el resultado había sido tan confuso que nadie había sido capaz de encontrarle el sentido.

—Te colaste en ella, pero fue mucho más complicado para ti —señaló Lacey—. Metiste bastante la pata, ¿te acuerdas? Y, además, Beth también quiere a Ivy. —Se volvió de nuevo hacia el escaparate—. Un vestido matador —comentó, y después continuó caminando—. Lo que de verdad me gustaría saber es lo que ve todo el mundo en esa chavala.

—Fue un detalle por tu parte salvar a una «chavala» de la que tienes tan mal concepto —observó Tristan secamente.

Pasaron por delante del laboratorio fotográfico donde trabajaba Will y se detuvieron delante del Celentano's, la pizzería en la que el joven había dibujado los ángeles sobre el mantel de papel.

—No la salvé —replicó Lacey—. Eric sólo estaba jugando... pero convendría que averiguaras a qué tipo de juego. He conocido a unas cuantas sabandijas de verdad a lo largo de mi vida, y tengo que decirte que Eric no es una persona con la que me gustaría salir de fiesta.

Tristan asintió. Tenía tanto que aprender. Tras viajar atrás en el tiempo a través de su propia mente, estaba seguro de que alguien había cortado los cables del freno la noche en que su coche se había estampado de frente contra un ciervo. Pero no tenía ni idea de por qué.

—¿Crees que fue Eric quien lo hizo? —preguntó.

—¿Estropearle los frenos? —Lacey enroscó una punta de pelo morado en torno a una uña con aspecto de daga—. Existe una gran diferencia entre ser un abusón en la parte honda de la piscina y cometer un asesinato. ¿Qué tenía contra Ivy y contra ti?

Tristan levantó las manos y después las dejó caer nuevamente.

—No lo sé.

—¿Qué podría tener cualquiera contra ella o contra ti? Podrían haber ido tan sólo tras uno de vosotros. Si era de ti del que querían librarse, ahora Ivy ya está a salvo.

—Si está a salvo, ¿por qué me han traído de vuelta para cumplir una misión?

—Para fastidiarme a mí —respondió Lacey—. Es obvio que eres algún tipo de castigo para mí. ¡Oh, ánimo, señor Deprimido! Tal vez tan sólo hayas entendido mal cuál es tu misión.

Atravesó la puerta de Celentano's sin abrirla, luego levantó las manos con picardía e hizo sonar las tres campanillas que había sobre ella. Dos tipos vestidos con camiseta y pantalones vaqueros cortados y manchados de hierba observaron la puerta detenidamente. Tristan sabía que Lacey había materializado las yemas de sus dedos —un truco que hacía poco que él mismo había conseguido dominar— y que se las había arreglado para tirar del cordón de las campanas. Su compañera las agitó por segunda vez y los chicos, incapaces de ver a Lacey o a Tristan, se miraron entre sí.

Tristan sonrió y después dijo:

—Vas a asustar a la clientela.

Lacey se encaramó sobre el mostrador, al lado de Dennis Celentano. Éste había extendido un poco de masa y estaba haciéndola girar como un experto por encima de su cabeza... hasta que no volvió a caer, sino que se quedó suspendida en el aire como un paño de cocina húmedo. Dennis la miró boquiabierto; después se inclinó hacia uno y otro lado intentando averiguar qué era lo que sujetaba la masa.

Tristan supuso que la masa iba a ser un tartazo más en la cara.

—Sé buena, Lacey.

Ella la depositó con cuidado sobre el mostrador. Dejaron a Dennis y a sus clientes para que pudieran mirarse unos a otros y maravillarse.

—Contigo a mi alrededor —se quejó Lacey—, ganaré puntos y completaré mi misión en nada de tiempo.

Tristan lo dudaba.

—Quizá podrías ganar algunos puntos más si me ayudaras a mí con los míos —le dijo—. ¿No me comentaste que había una forma de viajar atrás en el tiempo a través de la mente de otra persona? ¿No me dijiste que podría revisar el pasado por medio de la memoria de otra persona?

—No, dije que yo podría —contestó Lacey.

—Enséñame.



Ella negó con la cabeza.

—Venga, Lacey.

—No.

En ese momento se encontraban al final de la calle, de pie delante de una vieja iglesia rodeada por un muro de piedra bajo. Lacey saltó sobre el muro y comenzó a caminar por él.

—Es demasiado arriesgado, Tristan. Y no creo que vaya a ayudarte en nada. Incluso si pudieras colarte en el interior de una mente como la de Eric, ¿qué crees que encontrarías? Los circuitos de ese tipo están retorcidos y fritos. Podría ser, por utilizar uno de sus términos, un muy mal viaje para ti.

—Enséñame —insistió Tristan—. Si quiero descubrir quién manipuló los frenos, voy a tener que volver a esa noche a través de la mente de todos los que podrían haber visto algo, incluida Ivy.

—¡Ivy! ¡Nunca te colarás en su mente! Esa chica os mantiene a ti y a todos los demás bien alejados de ella.

Lacey hizo una pausa y esperó a tener toda la atención de Tristan; entonces, levantó una pierna como si estuviera realizando un ejercicio sobre la barra de equilibrios. «Nunca ha perdido su hambre de público», pensó Tristan.

—Yo misma he intentado entrar en Ivy esta tarde, durante la fiesta de la piscina —continuó Lacey—. No soy capaz de imaginarme, ni siquiera cuando estabas vivo, cómo esa chavala y tú conseguíais llevaros bien.

—¿Crees que serías capaz de encontrar una forma de darme consejo sin hacer comentarios sarcásticos acerca de «esa chavala»?

—Claro —contestó ella con tono agradable. Después comenzó a caminar de nuevo sobre el muro—. Pero no sería ni la mitad de divertido.

—Volveré a intentarlo con Philip una vez más —dijo Tristan, más para sí que para Lacey—. Y con Gregory...

—Bueno, Gregory sí que es un hueso duro de roer. ¿Confías en él? Pregunta estúpida —siguió ella antes de que Tristan pudiera responder—, no confías en nadie que tenga ojos para Ivy.

Él alzó la cabeza.

—Gregory está saliendo con Suzanne.

Ella se echó a reír.

—¡Qué ingenuo eres! Resulta estimulante en un deportista cachas como tú, pero también es algo patético.

—Enséñame —repitió él por tercera vez; entonces, alargó el brazo y le cogió la mano. Como las manos de los ángeles no se traspasaban entre sí, pudo agarrarla con fuerza—. Estoy preocupado por ella, Lacey. Muy preocupado.

Ella bajó la mirada para observarlo.

—Ayúdame.

La chica contempló sus largos dedos, rodeados por los de él. Retiró su mano muy lentamente y le dio unas palmaditas en la cabeza a Tristan. Él odiaba lo condescendiente que ella podía mostrarse, y tampoco le gustaba suplicar, pero Lacey sabía cosas que le llevaría mucho tiempo aprender por sí mismo.

—Vale, vale. Pero escúchame bien, porque sólo te lo voy a decir una vez.

Él asintió.

—Primero tienes que encontrar el anzuelo. Tienes que encontrar algo que la persona viera o hiciera aquella noche. El mejor tipo de anzuelo es un objeto o una acción que esté relacionado sólo con aquella noche, pero evita cualquier cosa que pueda suponer una amenaza para tu huésped. No quieres que se disparen las alarmas de su cabeza. —Lacey pasó con cuidado sobre una parte del muro que estaba desmoronada—. Es como hacer una búsqueda por palabras en el ordenador de una biblioteca. Si eliges un término demasiado general, obtendrás un montón de porquería que no quieres.

—Bastante fácil —comentó Tristan con seguridad.

—Ya... —respondió Lacey al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Una vez que tengas tu anzuelo, entras en la persona, como ya has hecho con Will y con Beth; sólo que tienes que ser más cuidadoso que nunca. Si tu huésped siente que estás merodeando por allí, si hay algo que le resulte extraño, se pondrá en guardia. Y entonces estará demasiado alerta como para dejar que su mente deambule hacia el pasado a través de los recuerdos.

—Nunca se enterarán de que estoy allí.

—Ya... —dijo ella una vez más—. Sé paciente. Muévete con sigilo. —Continuó caminando sobre el muro a cámara lenta—. Y haz que se concentre lentamente en la imagen que estés utilizando como anzuelo. Recuerda que debes verla de la misma forma en que lo haría tu huésped.

—Por supuesto. —Era sencillo. Probablemente podría haberlo descubierto por sí mismo, pensó—. ¿Y después?

Lacey bajó del muro de un salto.

—Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Entonces es cuando comienza la diversión.

—Pero dime cómo es, Lacey, para que sepa qué debo esperar. Dime cómo te hace sentir.

—Oh, creo que probablemente podrías descubrirlo por ti mismo.

Tristan se paró en seco.

—¿Puedes leer la mente?

Ella se volvió para mirarlo directamente a los ojos.

—No, pero se me da bastante bien leer rostros. Y el tuyo es como un libro abierto. Tristan apartó la mirada.

—Me necesitas, Tristan, pero no me tomas en serio. Conocí a un montón de gente como tú cuando estaba viva.

No sabía qué decirle.

—Mira, tengo que trabajar en mi propia misión. Ya es hora de que comience a husmear en Nueva York, de que regrese al principio y de que averigüe lo que se supone que debería estar averiguando. Gracias a ti, ya he perdido el tren.

—Lo siento —se disculpó él.

—Sé que no puedes evitarlo. Oye, si concluyeras tu misión antes de que vuelva, ¿puedo quedarme con tu tumba? Es decir, como yo no tengo, excepto que cuente mi asiento del avión en el fondo del Atlántico, y tú ya no la necesitarías después de...

—Claro, claro.

—Por supuesto, podría ocurrir que yo terminara antes mi misión.

«¿Después de dos años de perder el tiempo?», pensó Tristan; sin embargo, no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Te juro que tu cara es como uno de esos libros de letra grande que solía leer mi madre —añadió Lacey.

Entonces soltó una carcajada y se apresuró en dirección a la estación, que estaba a las afueras de la ciudad, entre el río y la cima de la colina.

Tristan se volvió hacia el lado contrario para seguir un camino que lo llevaría a la cima de la colina, donde estaba la casa de los Baines. «Quizá Philip esté en casa», pensó. El hermano pequeño de Ivy se había aferrado a la fe en los ángeles que Ivy había abandonado. Podía ver el resplandor trémulo de Tristan, aunque no sabía quién era. Curiosamente, la gata de Ivy, *Ella*, también lo veía.

Era capaz de acariciar a *Ella* cuando materializaba la yema de sus dedos. Eso era casi todo lo que podía hacer entonces: acariciar a un gato, coger un papel. Tristan anhelaba tocar a Ivy, ser lo suficientemente fuerte como para rodearla con los brazos.

Iría directamente a su casa y esperaría a que ella llegara de la fiesta. También estaría pendiente de Gregory. Mientras tanto, trataría de descubrir la mente de quién podría ocultar la pista que necesitaba... «Y ¡cómo, decidme cómo puedo llegar hasta Ivy!», rogó.

Suzanne apartó de un manotazo una rama de una planta colgante que necesitaba una poda; después se estiró ostentosamente sobre su diván. Llevaba puesta una bata de seda dorada y se había enrollado en la cabeza una toalla verde y dorada a modo de turbante. Todo lo que había en la habitación —la enorme bañera redonda, los cojines, la lujosa moqueta y el papel de las paredes de seda veteada— era verde o dorado.

La primera vez que Ivy había entrado en esa habitación de la casa de Suzanne, se le habían salido los ojos de las órbitas. Por aquel entonces tenía siete años. Aquel baño suntuoso, la elegante habitación infantil y los baúles forrados de terciopelo que contenían veintiséis muñecas Barbie convencieron a Ivy de inmediato de que Suzanne era una princesa, y su amiga no se comportaba de un modo diferente. Era una extraordinaria princesa que compartía alegremente todos sus juguetes y que poseía un buen ramalazo de fiereza.

Aquel día, Ivy y Suzanne se habían cortado pequeños mechones de su propio cabello para hacerles pelucas a las muñecas. Veintiséis muñecas requerían mucho pelo. Ivy supuso que nunca volverían a invitarla, pero la señora Goldstein empezó a ir a recogerla muy a menudo, ya que Suzanne decía que deseaba jugar con Ivy más incluso de lo que deseaba su paga o un poni.

Suzanne suspiró, se ajustó el turbante y abrió los ojos.

—¿Tienes frío, Ivy?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy perfectamente.

Tras llevar a Suzanne a casa desde la fiesta, Ivy se había quitado el bañador mojado y se había puesto una camiseta y unos pantalones cortos. Suzanne le había prestado una bata rosa satinada que resultaba necesaria en la casa debido al aire acondicionado. Hacía que Ivy se sintiera parte del escenario de princesa.

—Perfectamente —repitió Suzanne al tiempo que levantaba una pierna larga y bronceada y estiraba los dedos de los pies. De repente le dio un manotazo desgarrado a la planta que colgaba sobre su cabeza, después dejó caer la pierna y se echó a reír. Ahora que se había duchado y se había quitado la tarta y la nata montada del pelo, estaba de mucho mejor humor—. Él es... perfecto. Dime la verdad, Ivy —continuó—, ¿Gregory piensa en mí a menudo?

—¿Y cómo voy a saberlo yo, Suzanne?

Su amiga se volvió para mirar a Ivy.

—Bueno, ¿habla sobre mí?

—Lo ha hecho —dijo ella con precaución.

—¿Mucho?

—Está claro que a mí no me iba a contar mucho. Sabe que soy tu mejor amiga y que te lo comentaría a ti, o al menos que me torturarías hasta que te lo dijera. —Ivy esbozó una sonrisa burlona.

Suzanne se incorporó y se quitó la toalla de la cabeza con brusquedad. Una maraña de pelo negro azabache cayó sobre sus hombros.

—Le encanta coquetear —aseguró—. Gregory sería capaz de flirtear con cualquiera... incluso contigo.

Ivy no se ofendió a causa de esas palabras.

—Está claro que lo haría —confirmó—. Sabe que te afecta. A él también le gustan los juegos.

Suzanne bajó la barbilla y le dirigió una sonrisa a Ivy a través de mechones de pelo mojado.

—¿Sabes? —continuó Ivy—, los dos le estáis proporcionando un montón de material a Beth. Habrá escrito cinco novelas románticas antes de que acabemos el instituto. Si yo fuera tú, le pediría una comisión.

—Mmm —Suzanne sonrió para sí—. Y sólo acabamos de empezar.

Ivy lanzó una carcajada y se puso en pie.

—Bueno, ahora tengo que irme.

—¿Te vas? ¡Espera! Apenas hemos hablado sobre las otras chicas de la fiesta. —Habían estado diseccionando al resto de las chicas a lo largo de todo el camino hacia casa y habían gritado una docena más de comentarios maliciosos por encima del fuerte repiqueteo de la ducha de Suzanne—. Y no hemos hablado sobre ti —siguió Suzanne.

—Bueno, en lo que se refiere a mí, en realidad no hay mucho de lo que hablar —dijo Ivy. Se quitó la bata y comenzó a doblarla.

—¿Nada? Eso no es lo que he oído —le espetó Suzanne con picardía.

—¿Qué has oído?

—Bien, en primer lugar, quiero que sepas que cuando lo oí...

—¿Oíste el qué? —preguntó Ivy con tono impaciente.

—... les dije que, como alguien que te conoce desde hace mucho tiempo, creía que era algo bastante improbable.

—¿Qué es lo que considerabas improbable?

Suzanne comenzó a cepillarse el pelo.

—Puede que incluso dijera que muy improbable... No me acuerdo.

Ivy se sentó de nuevo.

—Suzanne, ¿de qué estás hablando?

—Al menos les dije que me sorprendía mucho oír que te estabas liando con Eric en la parte honda.

Ivy se quedó boquiabierta.

—¡Liándome con Eric! ¿Y les dijiste que era improbable? ¡Más bien absolutamente imposible! Suzanne, ¡sabes que jamás haría eso!

—Ya no estoy segura de nada con respecto a ti. Las personas hacen cosas extrañas cuando están atravesando un duelo. Se sienten solas. Prueban diferentes formas de olvidar... ¿Qué estabais haciendo exactamente?

—Jugando.

—¿A un juego de besos?

Ivy resopló.

—A un juego estúpido.

—Vale, me alegro de oír eso —comentó Suzanne—. No creo que Eric te convenga. Va demasiado de prisa y tontea con algunas cosas raras. Pero está claro que deberías empezar a quedar con chicos de nuevo.

—No.

—Ivy, ya es hora de que empieces a vivir otra vez.

—Vivir no es lo mismo que salir con chicos —señaló ella.

—Para mí, sí.

Ambas se echaron a reír.

—Y ¿qué hay de Will? —preguntó Suzanne.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, es una especie de novato en Stonehill, como tú, y le va lo artístico..., como a ti. Gregory me ha dicho que las pinturas que va a presentar en el festival son asombrosas.

Gregory también se lo había comentado a Ivy. Se preguntó si su amiga y su hermanastro estarían conspirando para que ella y Will terminaran juntos.

—Ya no estás enfadada porque dibujara aquellos ángeles, ¿verdad? —inquirió Suzanne.

«Porque dibujara una imagen de Tristan caracterizado como un ángel rodeándome con sus brazos», la corrigió Ivy en silencio.

—Sé que creyó que eso me haría sentir mejor —dijo en voz alta.

—Pues dale un respiro, Ivy. Sé lo que estás pensando. Sé exactamente cómo te sientes. ¿Te acuerdas de cuando murió *Rayo de Sol* y yo dije «Se acabaron los lulús de Pomerania. No quiero volver a tener un perro nunca jamás»? Pero ahora tengo a *Peppermint* y...

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

Ivy sabía que Suzanne tenía buenas intenciones, pero perder a Tristan no se parecía en nada a perder un perro de catorce años, medio ciego y completamente sordo. Estaba cansada de tratar con personas que tenían buenas intenciones y decían cosas ridículas.

Quince minutos después, Ivy se dirigía a su casa por el largo camino que trepaba por la colina en su viejo Dodge. Hacía varios meses no lo habría creído posible, pero habían llegado a gustarle el bajo muro de piedra, las sombras de los árboles y las ráfagas de flores silvestres por delante de los que pasaba: el muro, los árboles y las flores de su padrastro, Andrew. En realidad ya se sentía como en casa en la enorme construcción blanca situada en la cima de la colina, con sus alas y sus chimeneas dobles y sus pesadas contraventanas negras. Los techos altos ya no le parecían tan altos, el amplio vestíbulo y la escalinata central ya no la intimidaban, aunque todavía solía escabullirse a toda prisa por la escalera trasera.

Faltaba aproximadamente una hora para la cena e Ivy tenía ganas de pasar un rato a solas en su sala de música. Hacía justo cuatro semanas de la muerte de Tristan —a pesar de que nadie más parecía haberse dado cuenta de la fecha—, y justo cuatro semanas desde que ella había dejado de tocar el piano. Su hermano de nueve años, Philip, le había suplicado que tocara para él como hacía antes, pero cada vez que se sentaba en la banqueta el frío la inundaba por dentro. La música estaba congelada en algún punto de su interior.

«Tengo que superar este bloqueo», pensó Ivy mientras metía el coche en el garaje de la parte trasera de la casa.

Faltaban dos semanas para el Festival de las Artes de Stonehill y Suzanne la había inscrito como intérprete. Si Ivy no comenzaba a ensayar pronto, Philip y ella tendrían que hacer su famoso dúo de *Chopsticks*.<sup>[2]</sup>

Se detuvo antes de entrar en el garaje para observar a su hermano, que jugaba debajo de su casa del árbol. Estaba tan absorto en su juego que no se percató de la presencia de Ivy.

Pero *Ella* sí lo hizo. Fue como si la gata la hubiera estado esperando con sus ojos verdes abiertos de par en par y una mirada expectante. Comenzó a ronronear antes incluso de que Ivy la acariciara alrededor de las orejas, en su punto favorito; después siguió a la chica al interior de la casa.

Ivy saludó a su madre y a Henry, el cocinero, que estaban sentados a la mesa de la cocina. Henry tenía aspecto de estar agotado, y su madre, cuyas recetas más complicadas estaban copiadas de las latas de sopa, parecía confusa. Ivy supuso que estaban planeando el menú para otra cena ofrecida a los benefactores de la universidad de Andrew.

—¿Cómo te ha ido en la fiesta, cariño? —le preguntó su madre.

—Bien.

Henry estaba muy ocupado tachando elementos de la lista de Maggie.

—Pollo *a la king*, tarta de chocolate con nata montada —decía mientras resoplaba con desaprobación.

—Os veo luego —dijo Ivy. Y, cuando ninguno de los dos levantó la vista, se

encaminó hacia la escalera trasera.

La parte oeste de la casa, donde estaban situados el comedor, la cocina y la sala de estar, era la zona que más se usaba. Una estrecha galería repleta de cuadros unía la sala de estar con el ala ocupada por el despacho de Andrew en el primer piso y la habitación de Gregory en el segundo. Ivy subió la pequeña escalera que salía de la galería y después cruzó el pasillo que llevaba de vuelta a la parte principal de la casa hasta alcanzar el distribuidor que daba acceso a su habitación y a la de Philip. Tan pronto como entró en su dormitorio, olió algo dulce.

Ahogó un grito de sorpresa. Sobre su cómoda, al lado de la foto de Tristan en la que llevaba su gorra de béisbol favorita y su vieja chaqueta del instituto, había una docena de rosas color lavanda. Las lágrimas acudieron a sus ojos a toda velocidad, como si esas gotas saladas hubieran estado todo el tiempo allí sin que ella lo supiera.

Tristan le había regalado quince rosas color lavanda el día después de su discusión acerca de su fe en los ángeles, una por cada una de sus figuritas de ángeles. Cuando vio lo mucho que le gustaba a Ivy el extraño color de las flores, le había comprado más y se las había dado mientras iban de camino a una cena romántica la noche del accidente.

Había una nota junto a las rosas. La caligrafía irregular de Gregory nunca era fácil de descifrar, y menos aún a través de las lágrimas. Ivy se enjugó los ojos y volvió a intentarlo.

«Sé que éstas han sido las cuatro semanas más duras de tu vida», decía la nota.

Ivy bajó el jarrón y recostó suavemente su rostro contra los pétalos olorosos. Gregory la había apoyado, había estado pendiente de ella desde la noche del accidente. Mientras que todos los demás la animaban a recordar aquella noche y a hablar sobre el accidente —porque, decían, la ayudaría a sobreponerse—, él le permitía que se tomara su tiempo, la dejaba buscar su propia forma de curarse. Quizá fuera su propia pérdida, el suicidio de su madre, lo que lo había hecho tan comprensivo.

Su nota revoloteó hasta el suelo. Ivy se agachó rápidamente y la recogió, pero se le escapó por segunda vez. Cuando intentó volver a recogerla, el papel se rasgó un poco entre sus dedos, como si se hubiera enganchado con algo. Frunció el entrecejo y alisó la nota con delicadeza. Luego volvió a colocarla sobre la cómoda deslizando una de las esquinas bajo el pesado jarrón.

A pesar de las lágrimas, en ese momento se encontraba más serena. Decidió tratar de tocar el piano con la esperanza de encontrar la música en su interior.

—Venga, *Ella*. Vayamos arriba. Tengo que ensayar.

La gata la siguió a través de una puerta que había en la habitación y que escondía un empinado tramo de escaleras que llevaba al tercer piso de la casa. Andrew había amueblado la sala de música de Ivy, que tenía el techo abuhardillado y un tragaluz,



para ofrecérsela como un regalo. A Ivy todavía le resultaba difícil creer que tuviera su propio piano, un piano de cuarto de cola con unas teclas brillantes y sin desportillar que mantenían perfectamente afinado. Aún se maravillaba ante el sonido del reproductor de discos compactos, así como ante el gramófono antiguo en el que podía poner la colección de discos de jazz que había pertenecido a su padre.

Al principio Ivy se había sentido avergonzada por el modo en que Andrew los colmaba tanto a ella como a Philip de regalos caros. Creyó que aquello era algo que hacía enfadar a Gregory. Pero ahora le parecía que había pasado mucho tiempo, que los meses en los que pensaba que Gregory la odiaba por invadir su vida doméstica y escolar estaban muy lejos.

*Ella* entró en la habitación a toda prisa por delante de ella y se encaramó al piano de un salto.

—Así que estás segura de que hoy voy a tocar —le dijo Ivy.

La gata aún conservaba aquella mirada perpleja y, mientras ronroneaba, contemplaba un punto situado justo por detrás de la chica.

Ivy sacó sus libros de música para intentar decidir qué tocaba. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de hacer que sus dedos se pusieran en movimiento. En el festival interpretaría alguna pieza que ya hubiera tocado en sus anteriores recitales. Mientras revisaba las partituras clásicas, dejó a un lado un libro de canciones de musicales de Broadway. Ése era el único tipo de música antigua y suave que Tristan, fan del rock, había conocido.

Llegó hasta Liszt y abrió la partitura. A Ivy le temblaron las manos cuando acarició las suaves teclas y comenzó a practicar sus escalas. A sus dedos les agradó la sensación familiar de los estiramientos; el repetitivo ascenso y descenso de las notas la tranquilizó. Levantó la vista hacia los compases iniciales de *Liebesträum* y se dispuso a tocar. Entonces sus manos asumieron el control y fue como si nunca hubiera dejado de tocar. A lo largo del último mes se había estado coartando a sí misma, pero en ese momento se abandonó a la música que se arremolinaba en torno a ella. La melodía quería arrastrarla, y ella se lo permitió, le permitió que la llevara a donde quiera que fuera.

«Te quiero, Ivy Lyons, y algún día me creerás».

Dejó de tocar. Sentirlo tanto la abrumó. El recuerdo era tan fuerte —él de pie detrás de ella bajo la luz de la luna, escuchándola tocar— que no podía creer que ya no estuviera. Ivy dejó caer su cabeza sobre el piano.

—¡Tristan! ¡Te echo de menos, Tristan!

Lloró como si alguien acabara de decirle que él había muerto. «Nunca se hará más llevadero —pensó—. Nunca».

*Ella* se acercó a su cabeza y la olisqueó. Cuando las lágrimas de Ivy dejaron de brotar, la joven alargó la mano hacia la gata. Entonces oyó un ruido: tres notas

nítidas. «Las patas de *Ella* deben de haber resbalado —pensó—. Debe de haber pisado las teclas del piano».

Parpadeó para secarse los ojos y acunó a la gata entre sus brazos.

—¿Qué haría yo sin ti, *Ella*?

Abrazó al animal hasta que recuperó el ritmo normal de la respiración. Entonces depositó a la gata con suavidad sobre la banqueta y se puso de pie para ir a lavarse la cara. Ivy estaba ya a medio camino de la puerta, de espaldas al piano, cuando oyó de nuevo las tres mismas notas. Esa vez, la idéntica serie de tres sonó dos veces.

Se volvió hacia *Ella*, que parpadeó mientras le devolvía la mirada. Ivy se rió a pesar de que las lágrimas volvían a correr por sus mejillas.

—O yo me estoy volviendo loca, *Ella*, o tú has estado ensayando.

Después descendió la escalera de camino a su habitación.

En ese momento le apetecía bajar las persianas y dormir, pero no se lo permitió. No creía que el dolor fuera a aliviarse nunca, pero tenía que salir adelante, debía seguir concentrándose en la gente que la rodeaba. Sabía que Philip se había dado por vencido con ella. Hacía tres semanas que había dejado de pedirle que tocara con él. Ahora sería ella la que saliera y se lo pidiera a él.

Desde la puerta de atrás lo vio realizando algún tipo de ritual mágico de cocina debajo de dos arcos enormes y de su nueva casa del árbol. Había colocado unos cuantos palos en una pila sobre la que descansaba una vieja olla de cocción lenta.

«Es tan sólo cuestión de tiempo que decida prender fuego a una de esas pilas e incendie el jardín de Andrew», se dijo Ivy. Ya había hecho unos cuantos dibujos con tiza en el camino de entrada.

Lo observó un tanto divertida y, mientras lo hacía, las seis notas volvieron a resonarle en la cabeza. Las notas repetidas le resultaban conocidas, como si pertenecieran a una canción que hubiera escuchado hacía mucho tiempo. De repente, a ellas se unieron unas palabras: «Cuando camines a través de la tormenta...».

A medida que iba recordando lentamente las palabras, Ivy cantaba: «Cuando camines a través de la tormenta... mantén la cabeza bien alta. —Hizo una pausa—. Y no tengas miedo de la oscuridad». La canción pertenecía al musical *Carrusel*. No recordaba mucho del espectáculo, salvo que al final un hombre que había muerto regresaba con un ángel junto a alguien a quien amaba. El título de la canción le vino a la mente.

—*Nunca caminarás solo* —dijo en voz alta.

Se llevó la mano a la boca. Se estaba volviendo loca si se imaginaba que *Ella* tocaba notas concretas, si se imaginaba una melodía con un mensaje. Aun así, halló cierto alivio al recordar esa canción.

En el otro extremo del césped, Philip tarareaba su propia canción con suavidad sobre una olla de hierbajos larguiruchos. Ivy se acercó a él en silencio. Cuando su

hermano alzó la vista y agitó su varita mágica en dirección a ella, supo que la había convertido en un personaje de su juego. Ella le siguió la corriente.

—¿Podría ayudarme, señor? —dijo—. Llevo días perdida en el bosque. Estoy lejos de mi hogar y no tengo nada que llevarme a la boca.

—Siéntate, niñita —la conminó Philip con la voz temblorosa de un hombre viejo. Ivy se mordió el labio inferior para evitar que se le escapara la risa.

—Yo te alimentaré.

—Usted no... usted no es un hechicero, ¿verdad? —inquirió con dramática cautela.

—No.

—Bien —asintió ella mientras tomaba asiento junto a «la hoguera» y fingía que se calentaba las manos en ella.

Philip llevó la olla de hojas y hierbas hasta Ivy.

—Soy un mago.

—¡Oh! —Ivy se puso en pie de un salto.

Philip estalló en carcajadas y, después, volvió a asumir su aspecto serio y mágico.

—Soy un mago bueno.

—Ufff...

—Excepto cuando soy malvado.

—Comprendo —apuntó Ivy—. ¿Cómo se llama, mago?

—Andrew.

La elección del nombre la desconcertó durante unos instantes, pero decidió no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Es ésa su casa, mago Andrew? —le preguntó al mismo tiempo que señalaba hacia la casa del árbol situada sobre sus cabezas.

Philip asintió con la cabeza.

El otro Andrew, el que hacía magia con sus tarjetas de crédito, había contratado carpinteros para que reconstruyeran la casa del árbol en la que Gregory jugaba cuando era pequeño. Ahora tenía más del doble de su tamaño anterior y contaba con una estrecha pasarela de tablas que conducía al arce que había al lado, donde se habían fijado más tarimas y verjas. Se habían añadido niveles superiores en ambos árboles. De uno de los arces colgaba una escala de cuerda, y del otro pendía una gruesa cuerda que terminaba en un nudo bajo un columpio. Era todo lo que un niño podría desear, y más. Gregory e Ivy habían compartido esa opinión tras trepar hasta ella un día que Philip había salido.

—¿Quieres subir a mi guarida? —le preguntó entonces Philip—. Estarás a salvo de todas las bestias salvajes, niñita.

Subió a toda prisa por la escala de cuerda e Ivy lo siguió. Disfrutó del esfuerzo físico, del áspero roce de la cuerda en las palmas de las manos y de la forma en que el

viento y sus propios movimientos hacían que la escalera se balancease. Ascendieron dos pisos desde la planta principal; después se detuvieron para recobrar el aliento.

—Se está bien aquí arriba, mago.

—Se está seguro —respondió Philip—. Excepto cuando viene la serpiente de plata.

A unos cincuenta metros de ellos se hallaba el bajo muro de piedra que marcaba el final de la propiedad de los Baines. A partir de ese punto, el terreno caía abruptamente hacia un barranco de rocas puntiagudas, matorrales enmarañados y árboles flacuchos que se retorcían de maneras extrañas para mantenerse sujetos al suelo rocoso. Muy por debajo de la propiedad de los Baines estaba la minúscula estación de tren de Stonehill, pero desde la casa del árbol tan sólo se podían oír los silbatos de los trenes cuando circulaban entre el río y la colina.

Más hacia el norte, Ivy vio algo azul y retorcido, como una cinta cortada del cielo que se hubiera caído entre los árboles, y, junto a ella, un tren que avanzaba y que reflejaba la luz del sol.

Lo señaló con un dedo.

—¿Qué es eso, mago Andrew?

—La serpiente de plata —contestó él sin titubear.

—¿Muerde?

—Sólo si te interpones en su camino. Entonces te engulle y te escupe en el río.

—Qué asco.

—A veces, por la noche, trepa por la colina —afirmó Philip con expresión grave.

—No puede.

—¡Que sí! —insistió él—. Y tienes que tener mucho cuidado. No debes hacer que se enfade.

—De acuerdo, no diré una sola palabra.

Philip asintió con gesto aprobador; luego le advirtió:

—No debes dejar que sepa que tienes miedo. Tienes que contener la respiración.

—¿Contener la respiración? —Ivy estudió a su hermano con detenimiento.

—Si te mueves, te verá. Te observa incluso cuando crees que no te está observando. Día y noche.

¿De dónde sacaba Philip todo aquello?

—Huele cuando tienes miedo.

¿Tenía su hermano miedo de algo en realidad o todo aquello era tan sólo un juego?, se preguntó. Philip siempre había tenido una imaginación muy viva, pero le pareció que se estaba volviendo hiperactiva y más oscura. Ivy deseó que su amigo Sammy regresara del campamento de verano. Ahora su hermano tenía todo lo que podría querer, pero estaba demasiado aislado de otros niños. Pasaba demasiado tiempo en su propio mundo.

—La serpiente no me cogerá, Philip —le dijo casi con severidad—. No me da miedo. No tengo miedo de nada —continuó—, porque estamos a salvo en nuestra casa, ¿vale?

—Vale, niñita. Quédate aquí —le ordenó—, y no dejes que entre nadie más. Voy a acercarme a mi otra casa para traerte unas cuantas prendas mágicas. Te harán invisible.

Ivy esbozó una leve sonrisa. ¿Cómo iba a jugar a ser invisible? Entonces cogió una escoba maltrecha y comenzó a barrer el entarimado.

De pronto oyó que Philip soltaba un aullido. Se volvió y lo vio tambaleándose al borde del estrecho camino de tablas, a cinco metros del suelo. Soltó la escoba y se apresuró hacia él, pero sabía que no podría alcanzarlo a tiempo.

Entonces, tan de súbito como se había desestabilizado, el chico recuperó el equilibrio. Se dejó caer sobre la pasarela a cuatro patas y miró hacia atrás por encima del hombro. La expresión embelesada de su rostro frenó en seco a Ivy. Ya había visto esa mirada en el rostro de su hermano con anterioridad: el asombro, el brillo de placer, la boca entreabierta en una sonrisa tímida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ivy acercándose a él con gran lentitud ahora—. ¿Has tropezado?

Philip negó con la cabeza y después levantó el extremo suelto de una tabla.

Ivy se agachó para examinarlo. Habían construido el puente como una pasarela en miniatura, con dos tablones largos y finos asegurados entre los dos árboles y unas cuantas tablas cortas dispuestas horizontalmente sobre los tablones. Las tablas sobresalían unos cuantos centímetros de los tablones por ambos lados. Aquélla en concreto estaba mal clavada en un extremo —Ivy pudo sacar el clavo con las manos—, mientras que en el otro tenía el agujero, pero no el clavo.

—Cuando pisé aquí —señaló Philip—, se levantó el otro lado.

—Como un balancín —añadió su hermana—. Menos mal que no has perdido el equilibrio.

Philip negó con la cabeza.

—Menos mal que mi ángel estaba justo aquí.

Ivy inspiró profundamente.

—Porque a veces no está. Aunque sí suele estarlo cuando tú estás cerca.

Ella cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Ya se ha ido —continuó Philip.

«Bien», pensó Ivy.

—Philip, ya hemos hablado sobre eso. Los ángeles no existen. Todo lo que tienes es un montón de figuritas...

—Tus figuritas —le interrumpió el chico—. Las estoy cuidando mucho.

—Te dije —le recordó mientras se le formaba un nudo en la garganta y

comenzaba a sentir pinchazos en la cabeza—, te dije que si querías quedarte con esas figuritas no debías volver a hablarme jamás de ángeles. ¿Acaso no te lo dije?

Él agachó la cabeza y asintió.

—¿Acaso no me lo prometiste?

Philip volvió a asentir.

Su hermana suspiró y levantó la tabla de madera.

—Ahora rodéame y ponte detrás de mí. Antes de que sigas avanzando, quiero comprobar todas las tablas.

—Pero, Ivy —protestó él—, ¡he visto a mi ángel! Lo he visto agarrar la tabla por el otro lado y bajarla para que no me cayera. ¡Lo he visto!

Ella se puso en cuclillas.

—No me lo digas, déjame que lo adivine. Llevaba puestas unas alas y un camisón y tenía un pequeño disco de luz sobre la cabeza.

—No, tan sólo era luz. Sólo era resplandor. Creo que tiene una especie de silueta, pero me resulta difícil distinguirla. Me resulta complicado verle la cara —comentó Philip. Su propio rostro aniñado mostraba una expresión de seriedad.

—¡Déjalo ya! —exclamó Ivy—. ¡Para! ¡No quiero volver a oírte hablar de eso! Guárdatelo para cuando Sammy regrese a casa, ¿vale?

—Vale —dijo él. Las comisuras de sus labios estaban rígidas y rectas. Pasó junto a su hermana y se marchó hacia el arce.

Ivy empezó a examinar las tablas. Mientras, oía a su hermano barriendo la casa del árbol a su espalda. Entonces, la escoba se detuvo. Ella echó una ojeada por encima de su hombro. La cara de Philip brillaba de nuevo y transmitía felicidad. Aún sujetaba la escoba entre las manos, pero estaba de puntillas, intentando estirarse todo lo posible.

«Gracias», dijo moviendo los labios pero sin elevar la voz.

Esa noche Ivy deambuló de una habitación a otra de la casa sintiéndose inquieta y tensa. No quería salir o llamar a una amiga, pero tampoco encontraba nada que hacer en casa. Cada vez que oía que el reloj daba la hora en el comedor, era incapaz de impedir que su mente volviera insistentemente a la noche en que Tristan murió.

Cuando Maggie y Andrew se fueron a la cama, Ivy subió a su habitación a leer. Le habría gustado que Gregory estuviera en casa. A lo largo de las últimas semanas habían visto muchos programas nocturnos de televisión juntos, sentados en silencio el uno al lado del otro, compartiendo galletas y riéndose de los chistes tontos. Se preguntaba dónde estaría en ese momento. Quizá había ayudado a Eric a recoger tras la fiesta, y después los dos habían salido juntos. O quizá hubiera ido a casa de Suzanne. Podía llamar a su amiga y decirle... Ivy se contuvo antes de que ese pensamiento fuera más lejos. ¿En qué estaba pensando? ¿Llamar a Suzanne en mitad de una cita?

«Dependo demasiado de Gregory», pensó.

Bajó al piso inferior y cogió una linterna del cajón de la cocina. Quizá un paseo haría que le entrara sueño; quizá la libraría de ese sentimiento que le escocía en algún lugar oculto de su mente. Cuando Ivy abrió la puerta trasera, vio el BMW de Gregory aparcado frente al garaje. Debía de haber llevado el coche en algún momento y haberse marchado de nuevo. Deseó que estuviera allí para que paseara con ella.

El camino de entrada, una curva continua que descendía por la ladera de la colina, tenía unos mil doscientos metros de largo. Ivy caminó hasta llegar abajo del todo. Después del empinado camino de vuelta, por fin sintió que su cuerpo estaba cansado, pero su mente continuaba despierta y todavía tan inquieta como los árboles que se agitaban con el viento. Era como si hubiera algo que tuviera que recordar y no pudiera dormir hasta que no lo hiciera..., pero no tenía ni idea de qué se trataba.

Cuando llegó de nuevo a la casa, el viento había cambiado y un aroma acre y húmedo inundó la colina. Hacia el oeste, los relámpagos destellaban y proyectaban imágenes de nubes que parecían montañas altísimas. Ivy anheló una tormenta de relámpagos brillantes y viento que liberara lo que fuese que se hallaba agazapado en su interior.

A la una y media se metió en la cama. La tormenta había bordeado la ladera de la colina, pero había más destellos en el oeste. Quizá le llevaran la siguiente gran ráfaga de lluvia y viento.

A las dos de la madrugada continuaba despierta. Oyó el largo pitido de un tren nocturno cuando éste cruzó el puente y se apresuró a atravesar la pequeña estación

que se encontraba mucho más abajo, a gran distancia de la casa.

—Llévame contigo —susurró—, llévame contigo.

Su mente vagó tras el solitario sonido del pitido e Ivy sintió que se desvanecía acunada por el grave rugido de los truenos en las colinas distantes.

Entonces el rugido se tornó más audible, más audible y más cercano. Los rayos se estremecieron. El viento arreció, y los árboles que hasta entonces se habían mecido con lentitud de un lado a otro comenzaron a fustigarse con sus ramas empapadas. Ivy se esforzaba por ver a través de la tormenta. Casi no podía distinguir nada, pero sabía que algo iba mal. Abrió una puerta.

—¿Quién es? —gritó—. ¿Quién anda ahí?

Ahora se encontraba en el exterior, forcejeando contra el viento; se dirigía hacia una ventana mientras los rayos refulgían a su alrededor. La ventana había cobrado vida debido a los reflejos y las sombras. Apenas podía adivinar la figura que había al otro lado, pero sabía que allí había algo o alguien, y la silueta le resultaba familiar.

—¿Quién es? —volvió a llamar mientras se acercaba cada vez más a la ventana.

Ya había hecho eso alguna vez, sabía que lo había hecho, en algún momento, en algún lugar, quizá en un sueño, pensó. Un sentimiento de pánico la inundó.

Estaba en un sueño, atrapada en él, en aquella vieja pesadilla. ¡Quería escapar de allí! ¡Escapar!

Sabía que tenía un final horrible. No recordaba cuál era, sólo que era horrible.

Entonces Ivy oyó un quejido muy fuerte. Se volvió de golpe. El ruido aumentó hasta ahogar el de la tormenta. Una Harley roja bramó hasta llegar a ella.

—¡Pare! ¡Por favor, pare! —chilló Ivy—. ¡Necesito ayuda! ¡Necesito salir de este sueño!

El motorista dudó; entonces aceleró y se marchó a toda velocidad.

Ivy regresó hacia la ventana. La silueta aún estaba allí. ¿Le estaba haciendo señas? ¿Quién o qué podía ser? Acercó la cara a la ventana. De repente, el cristal estalló en mil pedazos. Ella chillaba y chillaba mientras el ciervo ensangrentado la atravesaba.

—¡Ivy! ¡Ivy, despierta! —Gregory la estaba sacudiendo—. Ivy, es sólo un sueño. ¡Despierta! —le ordenó. Aún estaba vestido. Philip estaba de pie detrás de él, un fantasma con un pijama pálido.

Ivy los miraba de hito en hito; después se recostó contra Gregory. Él la rodeó con sus brazos.

—¿Ha sido el ciervo otra vez? —le preguntó Philip—. ¿El ciervo que atraviesa la ventana?

Ella asintió y tragó saliva con dificultad varias veces. Era reconfortante sentir los brazos de Gregory, fuertes y firmes, en torno a ella.

—Siento haberte despertado, Philip.



—No pasa nada —murmuró él.

Ivy trató de calmar el temblor de sus manos. «Ahora Gregory está en casa —se dijo—, todo va a ir bien».

—Siento que me siga pasando esto, Philip. No era mi intención asustarte.

—No estoy asustado —respondió él.

Ivy alzó la mirada bruscamente hacia su hermano y vio que, en efecto, no lo estaba.

—Los ángeles están en mi habitación —explicó el pequeño.

—Entonces, ¿por qué no vuelves con ellos? —le dijo Gregory. Ivy sintió que los músculos de los brazos de su hermanastro se tensaban—. ¿Por qué no...?

—Ya está bien, Gregory. Deja en paz a Philip —replicó ella con tono de suave resignación—. Está haciendo frente a esto de la mejor forma que sabe.

—Pero te lo está haciendo más difícil a ti —se opuso Gregory—. ¿No lo entiendes, Philip? He intentado un millón de veces que...

Se quedó callado y, en ese momento, Ivy supo que él también lo veía: el brillo en los ojos de su hermano, la certidumbre en su rostro. Durante unos segundos la voluntad del muchacho pareció más fuerte que las de ellos dos unidas. Era imposible discutir con él acerca de lo que creía. Ivy se sorprendió a sí misma deseando poder volver a ser tan inocente.

Gregory suspiró y le dijo a Philip:

—Yo me hago cargo de Ivy. ¿Por qué no das una cabezada? Mañana es un gran día..., el partido de los Yankees, ¿te acuerdas?

Philip miró a su hermana y ella hizo un gesto de asentimiento.

Después dirigió la mirada a un punto situado por detrás de ella y de Gregory, y lo hizo de tal manera que, instintivamente, Ivy se volvió para ver qué había. Nada.

—Estarás bien —afirmó con seguridad, y echó a correr hacia su cama.

Ivy se reclinó contra Gregory y él volvió a rodearla con sus brazos. Sus manos eran delicadas y reconfortantes. Le apartó el pelo de la cara y, después, la obligó a levantar el rostro hacia el suyo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, supongo.

—No eres capaz de librarte de ese sueño, ¿verdad?

Ivy percibió la preocupación del joven. Se dio cuenta de cómo escudriñaba su cara en busca de pistas de lo que estaba sintiendo.

—Era el mismo sueño, pero diferente —le explicó Ivy—. Me refiero a que se le habían añadido cosas.

Su gesto de preocupación se intensificó.

—¿Qué se le había sumado?

—Una tormenta. Volvían a aparecer todas esas imágenes revueltas sobre la

ventana, pero esta vez me daba cuenta de que lo que estaba viendo era una tormenta. Los árboles se agitaban y los relámpagos destellaban y se reflejaban en el cristal. Y había una moto —agregó. Le resultaba complicado explicar la sensación como de pesadilla que le transmitía la motocicleta, ya que esa parte del sueño era normal y corriente. El motorista no le había causado ningún daño. Todo lo que había hecho era negarse a detenerse para ayudarla—. Una moto roja se acercaba a toda velocidad —continuó—. Llamé al conductor con la esperanza de que me ayudara. Disminuyó la velocidad durante unos momentos, pero después continuó su marcha.

Gregory atrajo la cara de su hermanastra hacia su pecho y le acarició la mejilla.

—Creo que hay una explicación para esto. Eric acaba de acercarme a casa. Tiene una Harley roja..., ya la has visto en otras ocasiones. Debes de haber oído el ruido del motor mientras dormías y se ha colado en tu sueño.

Ivy negó con la cabeza.

—Creo que hay algo más que eso, Gregory —repuso en voz baja.

Él dejó de acariciarle la mejilla. Permaneció muy quieto, a la espera de que ella continuara.

—¿Recuerdas que el día que tu madre se... murió había tormenta?

—Se suicidó —dijo él con claridad.

Ivy asintió.

—Y yo estaba en el barrio, en aquel momento, haciendo una entrega para la tienda.

—Sí.

—Creo que eso forma parte del sueño. Me había olvidado por completo de ello. Creía que mi pesadilla tan sólo tenía que ver con Tristan y con el accidente, por lo del ciervo que atraviesa el cristal, que atravesó el parabrisas del coche. Pero no es así. —Se detuvo y trató de organizar su mente—. Por alguna razón, relaciono los dos acontecimientos. La noche en que murió tu madre no era capaz de encontrar la casa. Cuando buscaba alguna señal con el nombre de la calle, alguien montado en una moto roja se acercó. Me vio haciéndole señales para que parara y dudó, pero después aceleró y pasó de largo. —Notaba la respiración regular y rápida de Gregory sobre su frente. La abrazaba con tanta firmeza que oía los veloces latidos de su corazón—. Más tarde creí que había encontrado la casa; había limitado la búsqueda a dos casas. Una de ellas tenía un gran ventanal y había alguien de pie al otro lado del mismo, pero no pude ver quién era. Pensé que podría ser la persona que estaba esperando mi entrega. Entonces, la puerta de la casa de al lado se abrió... y allí era donde se suponía que yo debía estar. —Resultaba extraña la manera en la que iba recordando poco a poco los detalles de aquella noche—. ¿No lo ves, Gregory? Ésa es la ventana a la que no dejo de volver en mi sueño para tratar de ver a través de ella. No sé por qué.

—¿Sabes si fue a Eric a quien viste aquella noche? —le preguntó.

Ivy se encogió de hombros.

—Era una moto roja y el motorista llevaba un casco rojo. Pero, bueno, imagino que es algo muy común. Si hubiera sido Eric, ¿no habría parado para ayudarme?

Gregory no respondió.

—Quizá no —añadió ella—. Es decir, sé que es tu amigo, pero nunca le he caído muy bien —agregó a toda prisa.

—Por lo que yo sé —intervino Gregory—, a Eric tan sólo le ha gustado de verdad una persona en toda su vida. Es capaz de hacer que las cosas sean muy complicadas para la gente que lo rodea.

Ivy alzó la vista, sorprendida. Gregory veía cómo era Eric con más claridad de la que ella habría creído. Aun así, había seguido siendo un amigo leal para él, de la misma manera en que ahora lo era para ella.

Se relajó contra su pecho. Le estaba entrando sueño, pero se resistía a alejarse del consuelo de los brazos de Gregory.

—¿No es extraño que una la muerte de tu madre y la de Tristan en un solo sueño? —reflexionó Ivy.

—En realidad, no —contestó él—. Tú y yo hemos sufrido mucho, Ivy, y lo hemos pasado juntos, ayudándonos el uno al otro a seguir adelante. Me resulta bastante lógico que conectes esos sucesos en tu sueño. —Hizo que Ivy alzara el rostro hacia el suyo una vez más y la miró a los ojos con fijeza—. ¿No?

—Supongo que sí —admitió ella.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad? No puedes evitar seguir recordándolo.

Ivy bajó la cabeza; después la levantó para sonreírle a través de las lágrimas.

—Tendré que limitarme a continuar recordando la suerte que he tenido al encontrar a un amigo como tú, a alguien que me entiende de verdad.

—Esto es mejor que cualquier estreno de Hollywood de este verano —dijo Lacey.

—¿Qué pintas tú aquí? —le preguntó Tristan.

Había estado sentado junto a la cama de Ivy viéndola dormir... no sabía desde hacía cuánto tiempo. Por fin Gregory lo había dejado a solas con ella. Por fin Ivy parecía estar tranquila.

Después de que Gregory se hubo marchado, Tristan había estado reflexionando sobre lo que había descubierto y había puesto mucho empeño en intentar mantenerse consciente. Hacía tiempo que no se veía sumido en la oscuridad sin sueños. Ya no lo rodeaba tan rápidamente y tan a menudo como cuando acababa de convertirse en ángel, pero sabía que no podía continuar sin descansar. Aun así, por muy cansado que estuviera, no lograba soportar la idea de abandonar esos momentos a solas con Ivy en el silencio de la noche. Le molestó la intromisión de Lacey.

—Me ha enviado Philip —le dijo.

—¿Philip? No lo entiendo.

—Hoy en Manhattan he encontrado una figurita de un ángel guardián muy guay, un jugador de béisbol con alas. —Agitó los brazos con dramatismo—. Lo he conseguido para regalárselo.

—¿Quieres decir que lo has robado?

—Bueno, ¿y cómo querías que lo pagara? —le espetó—. En cualquier caso, tan sólo había venido a dejárselo. Pero vio mi resplandor y señaló con el dedo en esta dirección. Supongo que imaginaba que su hermana necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Tristan. No se había percatado de la llegada de Lacey.

—Desde que Gregory le apartó el pelo de la cara e hizo que la levantara hasta la de él.

—¿Has visto eso?

—Ya te lo he dicho, triunfaría en Hollywood —comentó Lacey—. Hace todos los movimientos necesarios.

La opinión de Lacey era tanto deseable como terrorífica para Tristan. Por un lado, no quería que Gregory hiciera más que jugar a ser romántico con Ivy; no quería que entre ellos ocurriera nada de verdad. Por el otro, Tristan tenía miedo de que detrás de ese juego hubiera alguna motivación oscura.

—Así que también lo has oído todo. Has estado aquí todo este tiempo.

—Sí.

Lacey se encaramó a la cabecera de la cama de Ivy. Sus ojos castaños centelleaban como dos botones brillantes, y los picos de su pelo lila parecían pálidas plumas bajo la luz de la luna. Se situó justo por encima de la cabeza de Ivy.

—No quería molestarte. Estabas muy concentrado en tus pensamientos —le dijo—. Y supuse que querías pasar un rato a solas con ella.

Tristan ladeó la cabeza.

—¿Por qué te muestras tan considerada de repente? ¿Has concluido tu misión? ¿Te estás preparando para marcharte?

—¿Concluido? —A punto estuvo de ahogarse al pronunciar la palabra—. Eehh..., no —negó apartando la mirada de él—. Dudo mucho que vaya a largarme al siguiente reino en algún momento cercano.

—Oh —repuso Tristan—. Entonces, ¿qué ha pasado en Nueva York?

—Eehh..., no creo que deba contártelo. En cualquier caso, creo que mañana saldrá en los periódicos.

Tristan asintió.

—Así que ahora estás recuperando unos cuantos puntos.

—Aprovéchate de mí mientras puedas —lo instó ella.

Tristan sonrió.

—Consigo puntos con ello —apostilló la chica mientras rozaba levemente los labios de Tristan con la punta de una de sus largas uñas; pero la sonrisa de él ya había desaparecido—. Estás verdaderamente preocupado.

—Ya has oído lo del sueño —remarcó Tristan—. Resulta bastante obvio que hay algún tipo de relación entre la muerte de Caroline y la mía.

—Háblame de Caroline. ¿Cómo la palmó? —lo interrogó Lacey.

—Se pegó un tiro, en la cabeza.

—¿Y están seguros de que fue un suicidio?

—Bueno —respondió él—, la policía tan sólo encontró sus huellas en la pistola, y ella aún la sostenía entre los dedos. No dejó ninguna nota, pero había roto fotografías del padre de Gregory y la madre de Ivy.

Lacey bajó de un salto de la cabecera y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación en círculos.

—Supongo que alguien podría haberlo organizado todo para que pareciera un suicidio —comentó Tristan con lentitud—. E Ivy estaba en el barrio aquella noche. Podría haber visto algo. ¡Lacey! ¿Y si Ivy vio algo que no debería...?

—¿Te he contado alguna vez que actué en «Perry Mason»? —lo interrumpió ella.

—¿...y ella ni siquiera se dio cuenta? —continuó Tristan.

—Claro que ahora Raymond Burr ya está muerto —siguió ella.

—Tengo que verificar la dirección de la madre de Gregory —decidió Tristan—, y la dirección donde Ivy hizo la entrega aquella noche.

—En cuanto leí la esquila, busqué en seguida a Raymond —dijo la chica.

—¡Escúchame, Lacey! —exigió Tristan.

—Estaba convencida de que le encomendarían algún tipo de misión...

—Lacey, por favor —suplicó su amigo.

—Pensé que podríamos ser colegas...

—¡Lacey! —gritó Tristan.

—Me refiero a que Raymond sería un ángel increíble...

Tristan descansó la cabeza entre las manos. Necesitaba tiempo para pensar en lo que estaba ocurriendo y en cómo podría mantener a Ivy a salvo.

—Pero debió de seguir adelante a toda velocidad —supuso Lacey.

—Sí —masculló Tristan. Notaba que su mente se tornaba cada vez más borrosa. Necesitaba descansar para poder poner en orden sus ideas.

—¡No podría explicarte la decepción que me llevé!

—Acabas de hacerlo —observó Tristan con tono cansado.

—Raymond dijo que nunca olvidaría el episodio que hice con él.

«Podría haber miles de razones para ello», pensó Tristan.

—Raymond siempre apreció mi talento.

Ivy estaba en peligro y él no sabía cómo prevenirla o contra quién prevenirla, y Lacey no dejaba de parlotear sobre un actor muerto.

—Así que lo que quiero decir es que probablemente pueda ayudarte con este asunto —añadió Lacey.

Tristan la miró fijamente.

—¿Porque hiciste un papel secundario en un episodio con otro actor que fingía ser un abogado que de algún modo terminaba por resolver crímenes televisivos?

—Bueno, si te lo vas a tomar de esa forma, ¡no esperes que te ayude!

Atravesó airada la habitación; después se detuvo con teatralidad y volvió la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

Tristan deseó que se marchara de verdad. La luz pálida del amanecer ya bañaba la habitación y los primeros pájaros se habían despertado; sus cantos titilantes iban pasando de un árbol al siguiente. Necesitaba los últimos momentos que podría pasar a solas con Ivy. Se volvió hacia su cama anhelando tocarla.

—Yo no lo haría, si estuviera en tu lugar.

—No sabes lo que voy a hacer —respondió Tristan.

—Bueno, puedo suponerlo —dijo ella a su espalda—. Y estás demasiado exhausto.

—Déjame en paz, Lacey.

—Tan sólo he pensado que debía advertirte.

—¡Déjame en paz!

Y ella lo hizo.

En cuanto se marchó, Tristan alargó la mano. Ivy seguía durmiendo tranquilamente por debajo de ella. Necesitaba tanto tocarla, sentir su calor, reconocer su suavidad una vez más. Reuniendo todas sus fuerzas, Tristan se concentró en las yemas de sus dedos. Sabía que estaba demasiado cansado, demasiado, pero aun así se centró en sus últimos restos de energía. Las puntas de sus dedos dejaron de brillar, ya eran sólidas.

Lenta, delicadamente, le pasó los dedos por la mejilla, sintió su tacto sedoso, lo maravillosa que era. Trazó el contorno de su boca.

¡Ojalá pudiera besar esos labios! Si pudiera abrazar a Ivy, rodearla por completo con sus brazos...

Entonces comenzó a perder el tacto.

Volvió a intentarlo, pero estaba perdiendo el contacto.

—¡No! —gritó. Se sintió como si estuviera muriendo de nuevo. El dolor que le producía perderla era tan intenso, tan insoportable, que cuando la oscuridad sin sueño lo envolvió se entregó a ella por voluntad propia.

—Vaya, hola, dormilón —lo saludó la chica sentada en el banco del centro comercial.

Tristan dio un respingo y emergió sobresaltado de un estado de profunda concentración. Había salido de la oscuridad aproximadamente quince minutos antes e inmediatamente siguió a Ivy hasta su trabajo en Es Tiempo de Fiesta. A lo largo de los últimos minutos había estado intentando unir los fragmentos del sueño de Ivy y lo que esos fragmentos significaban, pero su mente aún estaba confusa, sumida en la oscuridad.

Lacey se rió de él.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Eh..., lunes.

—¡Meeecccc! —Lacey realizó su odiosa imitación del zumbido de un concurso televisivo; después señaló el asiento que había a su lado.

Tristan se sentó.

—Es lunes —insistió—. Cuando entré en el centro comercial lo comprobé en un periódico, justo como me dijiste que hiciera.

—Quizá deberías haber comprobado el más reciente —observó ella—. Es martes, y casi la una de la tarde. Ivy debería hacer su descanso pronto.

Tristan miró hacia el otro lado del centro comercial, hacia la tienda. Ivy estaba ocupada con dos clientes: un hombre viejo y calvo que se estaba probando una capa de Superman y una mujer con aspecto de abuela entrañable que sujetaba una cestita rosa y llevaba puestas unas orejas de conejo. Tristan sabía que en Es Tiempo de Fiesta vendían disfraces y artículos relacionados con épocas festivas, la mayor parte de los cuales no encajaban con la temporada en la que estaban. Pero la oscuridad reciente, los dos clientes vestidos con prendas raras y la presencia de una mujer enorme con un *bagel* y un café que acababa de sentarse sobre Tristan lo hacían todo muy confuso.

Lacey le dio unas palmaditas en el hombro.

—Te dije que estabas demasiado cansado. Te lo advertí.

—Muévete —gruñó él. No sentía el peso de la mujer, pero le resultaba un poco extraño que su ancho vestido de rayas ondeara sobre él.

Lacey se echó hacia un lado.

—Tengo que contarte algo —le dijo—. Mientras estabas en la oscuridad, he estado ocupada.

—Ya lo sé.

El periódico del lunes le había llamado la atención debido a un artículo que

informaba de que la gente se estaba reuniendo en Times Square para rezar después de que a una imagen de Barbra Streisand, proyectada sobre una valla publicitaria electrónica, le creció un cuerpo de ángel regordete y rosa y echara a volar.

—¿Tiene algo que ver con los atascos de la calle Cuarenta y dos? —preguntó él.

Lacey hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—He leído algo acerca de que Streisand está considerando presentar una demanda, y sobre que los taxistas de Nueva York...

—Barbra nunca debería haber dicho que yo graznaba como un ganso. No es que no me hubieran venido bien unas cuantas clases de canto más...

—Lacey, ¿cómo vas a completar tu misión algún día?

—¿Mi misión? Hoy voy a ayudarte con la tuya —dijo, y después se levantó del banco dando un salto.

Tristan sacudió la cabeza y la siguió.

—El domingo fui al cementerio para hacerle una visita a la madre de Gregory —le comentó Lacey mientras caminaban entre los compradores—. Durante el rato que estuve allí, se acercó una persona, un tipo alto y delgado con el pelo oscuro. Creo que tenía unos cuarenta años. Le dejó unas flores a Caroline.

—Ya la había visitado antes —afirmó Tristan—. Lo vi el día que estuvimos en la capilla.

Recordaba que había visto a aquel hombre mientras estaba de espaldas y que, hasta el momento en que se volvió, lo había confundido con Gregory. Aún era capaz de ver su rostro, lleno de angustia.

—¿Cómo se llama? —le preguntó su compañera.

—No lo sé.

Se estaban alejando de Es Tiempo de Fiesta. Tristan se volvió y miró a Ivy con nostalgia, pero Lacey continuó caminando.

—Deberíamos descubrirlo. Quizá podría ayudarnos.

—¿Ayudarnos a qué? —inquirió Tristan.

—A averiguar lo que ocurrió realmente la noche en que murió Caroline.

Se detuvieron junto a la fuente para observar las cascadas de agua que caían en forma de gotas rosas y azules. Un día, cuando nadie lo miraba, Tristan había pedido allí un deseo: que Ivy fuera suya.

—He buscado la dirección de Caroline en la guía telefónica —prosiguió Lacey—. El 528 de Willow. La fecha de su muerte está escrita sobre su lápida. Esta mañana he venido aquí para revisar los registros de la tienda para ese día. —Hizo una pausa y miró a Tristan con expectación. Como él no decía nada, ella misma exclamó—: ¡Eres un ángel, Lacey, por ayudarme así!

—¿Qué has descubierto? —preguntó él ignorando su sarcasmo.

—En primer lugar, que Lillian y su hermana no tienen ni idea de cómo llevar la



contabilidad de un negocio. Pero después de mucho buscar y rebuscar, lo he encontrado: una entrega a una tal señora Abromaitis de la calle Willow el 28 de mayo. No aparecía el número de la casa. Lo he buscado en la guía telefónica. ¿Lo adivinas? El 530 de Willow.

—Justo en la puerta de al lado —susurró Tristan mientras sentía que el miedo anegaba su mente—. Lo sabía: Ivy vio algo.

—Eso parece —corroboró Lacey. Cogió una moneda que una mujer había lanzado hacia la fuente e hizo que volara de vuelta hacia ella. La mujer la contempló con sorpresa y después clavó el desafortunado centavo en una maceta de helechos.

—Ivy vio algo en casa de Caroline —afirmó Tristan—, y no fue un suicidio.

—No podemos presuponerlo —replicó Lacey—. Aún es posible que Caroline se suicidara y que después alguien hubiera ido para llevarse algo o esconder algo. Es decir, que Ivy podría haber visto muchas cosas...

—Que no debería haber visto. —Tristan completó la frase por ella—. ¡Tengo que llegar a ella, Lacey!

—Yo había pensado que hoy deberíamos revisar la casa.

—¡Tengo que prevenirla ahora!

—Recuerdo que llevamos a cabo un registro en «Perry Mason» —comentó Lacey. Comenzó a tirar de Tristan hacia la salida del centro comercial, pero él estaba decidido a volver a Es Tiempo de Fiesta, y tenía más fuerza—. ¡Tristan, escúchame! No puedes hacer nada para proteger a Ivy. A nosotros no se nos ha concedido ese tipo de poder. Lo mejor que podrías hacer sería combinar los poderes que sí tienes con los de otra persona y hacer a ese individuo más fuerte. Pero por ti mismo no puedes detener a nadie que quiera hacerle daño.

Tristan se quedó inmóvil. Nunca había temido tanto por su propia vida como ahora temía por la de Ivy.

—Mientras esté rodeada de gente, está a salvo —agregó Lacey—, así que registremos la casa y...

—En cuanto se meta en el coche esta noche, estará sola —señaló Tristan—. En cuanto se vaya a dar un paseo, en cuanto suba a su sala de música, estará en peligro.

—Hay otras personas en casa con ella —repuso Lacey—. Probablemente allí esté segura. Así que descubramos con quién tiene que tener cuidado, y entonces...

Pero Lacey estaba hablando sola. Beth y Suzanne acababan de entrar en el centro comercial. Al divisarlas, Tristan se había dado la vuelta y había comenzado a caminar con ellas. Supuso que habrían quedado con Ivy para comer. Aquella vez conseguiría comunicarse con ella.

Ivy estaba de pie junto a la entrada de la tienda y, durante un instante, Tristan se olvidó de que tan sólo veía a sus amigas. Cuando vio la expresión de bienvenida en la cara de la chica, se apresuró a llegar a su lado tan sólo para descubrir que en realidad

Ivy miraba hacia Suzanne y Beth, que lo seguían de cerca. El sufrimiento de estar cerca de ella, aunque muy lejos en realidad, no resultaba más liviano, no parecía disminuir.

—Tomaos vuestro tiempo para la comida —les estaba diciendo Lillian a las chicas—. Es un día tranquilo, así que id de compras. Aseguraos de echar un vistazo en la nueva tienda de regalos. Estoy segura de que no tienen móviles de viento que brillen en la oscuridad.

—Desde luego no con forma de gnomos y hadas —comentó Beth. Cada vez que iba a la tienda, su rostro mostraba una expresión de absoluta fascinación. Suzanne tenía que agarrarla y arrastrarla hasta la puerta.

Tristan siguió a las chicas por el centro comercial. Se paraban en un escaparate detrás de otro, y empezó a impacientarse. Quería que Beth se sentara en seguida y empezara a garabatear en su cuaderno. Pensó que nunca saldrían de la tienda de Beautiful You, que tenía todas aquellas botellas y tubos y botecitos de colores.

Comenzó a pasearse inquieto de un extremo a otro de la tienda y se topó de bruces con Lacey. No se había dado cuenta de que ella también había ido hasta allí.

—Relájate, Tristan —le exigió ella—. Ivy está a salvo por ahora, excepto si alguien la atraviesa con una lima de uñas.

Después vagó hasta una esquina, tan fascinada como las demás por los cientos de colores, que para él eran todos demasiado parecidos al rojo y al rosa. Tristan se preguntó si, en caso de que consiguiera pasar al siguiente reino en algún momento, se le revelarían algunos misterios sobre las chicas.

Suzanne, que para entonces ya llevaba rayas de distintos probadores de pintalabios a lo largo de todo el brazo, estaba hablando sobre una boda a la que acudiría ese fin de semana y que se celebraría en Filadelfia.

—Ojalá vinieras con nosotros, Ivy —dijo—. Le enseñé una foto tuya a mi primo. Está interesado, sin lugar a dudas, y es perfecto para ti.

«Estupendo», pensó Tristan.

—¿Así que al final has decidido ir al lago? —le preguntó Beth. Se estaba probando un gorro de ducha que le confería el aspecto de un champiñón plateado.

—¡Al lago! —exclamó Suzanne, sorprendida—. Se va a quedar en casa, y tú te quedarás con ella, Beth.

Beth frunció el ceño.

—Suzanne, sabes que no puedo perderme mi reunión familiar. Creía que se iba a Filadelfia contigo.

Ivy se había alejado de ambas.

—¡Ivy! —la reclamó Suzanne.

—¿Qué? —Comenzó a husmear en una caja de broches para el pelo y no alzó la mirada.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Quedarme en casa.

Suzanne levantó sus cejas negras perfectamente delineadas.

—¿Tu madre va a dejar que te quedes sola?

—Cree que Beth y tú estaréis conmigo. Y cuento con que vosotras me cubráis —añadió.

Lacey le lanzó una mirada a Tristan.

—No sé a qué viene tanto alboroto —continuó Ivy—. Por una vez, me gustaría tener la casa para mí sola, para variar. No te preocupes, tendré mucho tiempo para ensayar para el festival, y *Ella* me hará compañía.

—Pero *Ella* no puede protegerte —protestó Tristan.

—Simplemente no me gusta la idea de que te pases el fin de semana sola deambulando de un lado a otro —explicó Suzanne.

—Esa casa es demasiado grande, está demasiado aislada —agregó Beth.

—Escúchalas, Ivy —la exhortó Tristan.

—¡Ya os lo dije, no pienso ir al lago Juniper! ¡No puedo!

—Eso tiene algo que ver con Tristan, ¿no es así? —preguntó Suzanne.

—No quiero hablar de eso —contestó Ivy.

Tenía que ver con él. Tristan se acordó de los planes que habían hecho la noche de su muerte. Ivy le había dicho que flotaría bajo el sol en la parte más profunda del lago Juniper.

«También a la luz de la luna».

«¿A la luz de la luna? —le había dicho él—. ¿Nadarías de noche?».

«Si estuvieras conmigo, sí».

Lacey tocó el brazo de Tristan.

—Esta vez tienes que conseguir contactar con ella.

Él asintió.

Siguieron a las chicas hacia el exterior de la tienda. Tristan se sintió tentado de colarse en la mente de Beth justo en ese momento, de dirigirla hacia una mesa donde pudiera sacar su libreta de notas, pero no quería imponerle demasiadas órdenes. Podría comenzar a resistirse.

Beth se detuvo de repente delante de una tienda de electrónica y Tristan siguió su mirada hasta un expositor de ordenadores que había dentro.

—Mírala. ¡Mírala! —exclamó Suzanne mientras le propinaba codazos a Ivy—. Cualquiera pensaría que Beth está pasando revista a algún chico.

—Ahí está el portátil que quiero —señaló Beth.

Entonces Lacey se acercó a ella a toda velocidad. Tristan vio que las yemas de sus dedos habían dejado de brillar. Le propinó a Beth un rápido empujón. La muchacha cruzó la puerta de la tienda dando traspiés y se volvió para mirar a Suzanne y a Ivy

sorprendida. Sus amigas la siguieron, y Tristan y Lacey entraron justo detrás de ellas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó un vendedor.

—Eh... No, sólo estoy mirando —contestó Beth al tiempo que se sonrojaba—. ¿Puedo probar los modelos que tienen expuestos?

El vendedor asintió con la cabeza en dirección a los ordenadores y luego se marchó.

—Te toca, Tristan —dijo Lacey.

A Beth no le llevó mucho tiempo encontrar el programa de procesamiento de textos. Tristan tuvo que hacer un esfuerzo para seguirle el ritmo, para pensar cuál podría ser su siguiente pensamiento, que era la forma en que Lacey le había enseñado a colarse en las mentes de los otros.

«Cuando una escritora mira una pantalla de ordenador vacía, ¿qué ve? —se preguntaba Tristan—. ¿Una pantalla de cine preparada para llenarse de rostros? ¿Un cielo nocturno con una estrellita que titila en la parte superior? ¿Un universo listo para ser escrito? Infinitas posibilidades. Las infinitas vueltas y revueltas del amor... y todas las imposibilidades del amor».

Beth comenzó a teclear:

#### *Imposibilidades*

¿Qué veía ella cuando todas las noches observaba la solitaria pantalla negra del cielo? Posibilidades. Las infinitas vueltas y revueltas del amor y, oh, corazón amargo, todas las imposibilidades del amor.

«¡Vaya!», pensó Tristan.

«¡Vaya!», tecleó Beth; después le echó un vistazo a la pantalla.

—Quédate a su lado, Tristan —le advirtió Lacey—, mantén la concentración.

«Atrás. Borra la palabra. “Oh, corazón amargo”», le dictó Tristan a la chica.

«Oh, corazón amargo, corazón solitario», escribió Beth, y a continuación se detuvo.

Ambos estaban bloqueados; entonces Tristan encontró el nexos: «No deberías quedarte sola en casa».

«No deberías quedarte sola en casa», tecleó Beth.

«No es seguro que estés sola», pensó Tristan.

«No es seguro que estés sola», tecleó ella.

Entonces, antes de que Tristan pudiera enviarle ningún mensaje más, Beth continuó escribiendo: «Pero ¿está mi corazón seguro a solas con él?».

«No», pensó él.

—Sí —contestó Beth.

«¡No!».

—¡Sí!

«¡No!».

—Sí —dijo Beth frunciendo el ceño.

Tristan suspiró. Claro, Beth quería que la historia romántica funcionara y que la chica que observaba el cielo nocturno no volviera a sentirse sola. Pero Tristan quería dar un aviso. Si Ivy se quedaba a solas con el tipo equivocado...

—¿Qué pasa? —le preguntó Ivy.

—Vuelvo a experimentar ese sentimiento tan raro —respondió Beth—. Es muy extraño, como si hubiera alguien dentro de mi cabeza diciéndome cosas.

—¡Oh, escritores! —resopló Ivy, y se inclinó para ver la pantalla.

«¡No! ¡Sí! ¡No! ¡Sí!», leyó, y se echó a reír con cierta tristeza.

—Como yo cuando conocí a Tristan.

«Soy Tristan», tecleó Beth con rapidez.

Ivy dejó de sonreír.

Tristan continuó presionando, y Beth comenzó a pulsar las teclas a la misma velocidad con que él pensaba: «Ten cuidado, Ivy. Es peligroso. No te quedes sola. Te quiero. Tristan».

Ivy se irguió.

—¡No tiene gracia, Beth! ¡Es estúpido y cruel!

Su amiga miró la pantalla con detenimiento, y la incredulidad hizo que se quedara boquiabierta.

Suzanne se inclinó para leerlo.

—¡Beth! —la increpó—, ¿cómo has podido hacer algo así? ¡Ivy, espera!

Pero Ivy ya estaba a medio camino de la salida de la tienda. Beth se quedó contemplando la pantalla con todo el cuerpo tembloroso. Tristan salió entonces de su mente, exhausto.

—¿Le gustaría imprimir lo que ha escrito? —le preguntó el vendedor, que caminaba hacia ella.

Beth negó con la cabeza lentamente y presionó la tecla «Borrar página».

—Esta vez, no —contestó con lágrimas en los ojos.

Todos los esfuerzos por llegar hasta Ivy que Tristan realizó esa semana fracasaron. Y, lo que era aún peor, sus intentos por advertirle la habían alejado aún más de él y de todos los que se preocupaban por ella. Evitaba a Beth, y en ese momento también a Philip, después de que el pequeño le había dicho que su ángel decía que Ivy no debía quedarse sola. Tristan podría haberlo intentado una vez más por medio de Will, pero sabía que Ivy se limitaría a construir otro muro, uno más alto.

El jueves por la noche se encaminó al cementerio de Riverstone Rise con la intención de descansar un poco y la esperanza de evitar la oscuridad sin sueños; de esa forma podría vigilar a Ivy durante todo el fin de semana. De camino a su propia tumba, Tristan decidió pasar por la de Caroline y ver si le habían dejado rosas frescas.

Pensó que Lacey tenía razón: debían averiguar quién era el hombre que visitaba a Caroline y qué sabía sobre su muerte.

Tristan ascendió a lo largo del camino del cementerio como si aún fuera de carne y hueso, temeroso de despertar a los pacíficos muertos. Bajo la luz de la luna, las piedras blancas conformaban un inhóspito paisaje urbano: obeliscos que se elevaban como rascacielos, mausoleos con aspecto de mansiones, las lápidas redondeadas y bajas y los bloques rectangulares y brillantes señalando los barrios de la gente corriente. Era una ciudad tranquila e inquietante, la ciudad de los muertos... «Mi ciudad», pensó con gravedad. Entonces reconoció la piedra que indicaba una de las esquinas de la parcela familiar de los Baines.

Era una parcela bien cuidada, con algunas esculturas ornamentales, figuras que parecían vigilar a Tristan mientras se acercaba a la tumba de Caroline desde la parte de atrás. Una vez hubo superado su indicador, se volvió bruscamente a causa de la sorpresa. Sentado sobre la hierba de Caroline, recostado sobre su lápida como si estuviera holgazaneando en la cama, se encontraba Eric. Sus brazos y sus piernas estaban relajados, y tenía la cabeza vuelta hacia un lado, de forma que su mejilla quedaba apoyada contra la piedra. Durante unos instantes, Tristan no estuvo muy seguro de si Eric respiraba. Cuando se acercó vio que los ojos pálidos del chico estaban abiertos, y sus pupilas tan dilatadas que parecía que se hubiera bebido dos charcos de noche.

Respiraba con suavidad y farfullaba algo..., algo que tan sólo tenía sentido para una mente colocada por efecto de las drogas. Tristan se preguntó si Eric sería capaz de realizar determinadas acciones en ese estado. ¿Podría ponerse en pie? ¿Podría caminar? Con la mente en tal estado de confusión, ¿sería capaz de hacer algo que después desearía no haber hecho? Tras materializar sus dedos, Tristan recorrió con ellos la palma de la mano de Eric.

Eric le agarró los dedos y, por un momento, Tristan se sintió atrapado. Después dejó que sus dedos se disolvieran y se liberó de su mano.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Eric al mismo tiempo que doblaba la mano con la que había agarrado a Tristan—. Ha pasado demasiado tiempo, Caroline, lo siento. Han sucedido un montón de cosas, muchas más de las que sabe nadie. —Se rió sin hacer ruido y señaló como si pudiera verla justo ante él—. Por supuesto, tú sí las sabes.

—No las sé —respondió Tristan—. ¿Qué está pasando? Cuéntamelo.

Eric ladeó la cabeza y, durante un momento, Tristan pensó que había oído su pregunta.

—Sí..., es probable —dijo Eric contestando alguna otra pregunta—. Pero podría resultar, ya sabes, turbio. No me gustan las cosas... turbias.

«¿Turbias?», se preguntó Tristan. ¿Qué significaba eso? ¿Complicadas?

¿Sangrientas?

Eric se había incorporado y estaba sentado en posición erguida. Guiñaba los ojos, atento a la voz que oía en su cabeza. Bajo la luz de la luna su cabello parecía casi blanco, y sus ojos en sombra se clavaban en Tristan.

—Te refieres a Ivy. Se llama Ivy —dijo Eric mientras agitaba en el aire su mano huesuda. Atravesó a Tristan y le provocó tanto frío como el roce de un esqueleto—. Bien, ¿y qué quieres que haga? Ya sabes dónde estoy, Caroline. ¡No me empujes! ¡Atrás!

Se puso en pie de un salto y se quedó allí, tambaleándose.

Entonces soltó una carcajada gutural.

—Sí, sí —asintió—. Este fin de semana todo el mundo excepto Ivy irá al lago. —Eric sonrió como si acabara de oír algo divertido—. ¡Vaya, ése no ha sido un comentario muy agradable!

¿Qué pensaba esa mente perturbada por las drogas que había dicho Caroline?

—¡Eh! —gritó Eric—. Te he dicho que no me empujes. —Dio dos pasos hacia un lado—. ¡Para, Caroline! No quiero seguir escuchándote. ¡Atrás!

Eric echó a correr; tropezaba con los indicadores y se tambaleaba de un lado al otro al mismo tiempo que gritaba con una voz extraña y aguda:

—¡Para, Caroline! ¡Para! ¡Para!

Tristan lo observó hasta que desapareció camino abajo. Intentó imaginarse la otra mitad de la conversación de Eric. ¿Qué creía Eric que Caroline quería que hiciera?

La mente de Tristan se anegó de pensamientos aterradores. Luego se calmó y, reuniendo toda su energía, llamó:

—Caroline, ¿estás ahí?

Lo intentó tres veces, abrigando en cada ocasión la esperanza de que ella le contestara. Pero sus sentidos angelicales ya le habían dicho lo que el silencio demostraba: que allí no había nada más que un cuerpo frío cuyas respuestas se estaban pudriendo con él.

El viernes por la mañana Gregory agitó un papel con un número de teléfono escrito en él ante el rostro de Ivy.

—Prométemelo —suplicó.

Ella se encogió de hombros; después asintió sin mucho entusiasmo.

—El lago Juniper está a una hora y media de camino y, con mi forma de conducir, a tan sólo una hora —añadió con una amplia sonrisa—. Prométemelo, Ivy.

—Sé cuidarme sola —le espetó ella, y comenzó a colocar la comida en la nevera por cuarta vez.

Ese fin de semana, Maggie tenía que llevar comida para Andrew, para Gregory, para Philip y para ella misma, pero había empaquetado cosas como para alimentar, además, a una familia de osos.

—Ya sé que eres capaz de cuidarte sola —concedió Gregory—, pero aun así puedes deprimirte o asustarte. Este sitio puede dar bastante miedo cuando uno está solo. —Sacudió el papel—. Si me necesitas, da igual que sea en mitad de la noche, llámame.

Ivy hizo un ligero gesto con la cabeza, que no quería decir ni que lo llamaría ni que no. A continuación comenzó a guardar la variedad de galletas y patatas fritas que su madre había dispuesto sobre la encimera de la cocina.

—Espero que estés preparado para comer veinticuatro horas al día —le dijo a Gregory.

Él soltó una carcajada y abrió una de las bolsas que Ivy sujetaba. Cogió dos galletas; llevó una a la boca de Ivy y ella la mordió.

—Te dije que no me chivaría de que te quedabas aquí sola, Ivy —dijo—, pero el trato es que tienes que llamarme una vez al día. —Mantuvo la mirada fija en la de ella—. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Prométemelo —insistió con el rostro muy cerca del de Ivy, y la sujetó enganchando uno de sus dedos en la trabilla del cinturón de su hermanastra.

—Vale, vale, lo prometo —dijo ella entre risas.

Gregory la soltó. Durante un momento, Ivy deseó que él se quedara en casa.

—Sé lo que en verdad estás tramando —la provocó—. En cuanto nos larguemos de aquí, llamarás a un montón de gente y montarás una buena juerga.

—Exacto —dijo ella mientras ponía un paquete de servilletas encima de la bolsa de los aperitivos—. Me has pillado.

—¿Has pensado en llamar a Will? —Gregory seguía sonriendo, pero su propuesta



era seria.

—No —respondió ella con firmeza.

—¿Por qué no te cae bien? —le preguntó—. No será por aquellos dibujos de los ángeles...

—No, no es por eso. —Ivy revisó los paquetes de platos y vasos de papel. Eran de Es Tiempo de Fiesta y estaban decorados con pavos del Día de Acción de Gracias y corazones de San Valentín—. No me cae mal. Simplemente es que me hace sentir incómoda. No sé cómo explicarlo. Cuando lo miró, hay algo en sus ojos...

Gregory se rió con ganas.

—¿Amor? ¿O son sólo hormonas alteradas?

—Está bien, está bien —respondió ella—. Debe de ser eso.

—Eso creo yo. —Le puso las manos sobre los hombros para impedir que se marchara—. Un día de éstos te darás cuenta de que hay chicos de los que ni siquiera sospechas que te están mirando... con algo en sus ojos.

Ivy bajó la mirada hacia sus pies.

Gregory se echó a reír de nuevo y bajó las manos.

—Sé amable con Will —le dijo—. Ha pasado por épocas duras en la vida.

Antes de que Ivy pudiera preguntar qué clase de épocas duras eran aquéllas, Maggie y Philip entraron en la cocina. Su hermano llevaba la gorra y la camiseta de los Yankees que Gregory le había comprado en el partido.

Poco a poco, Philip le iba cogiendo cariño a Gregory, y Gregory parecía satisfecho con ello. El parloteo del muchacho sobre los ángeles todavía le molestaba, pero probablemente porque era algo que disgustaba a Ivy.

Philip le dio a su hermana un suave puñetazo en el brazo. Ivy se había dado cuenta últimamente de que cuando había gente a su alrededor el niño no la abrazaba. Maggie, que iba vestida para la vida salvaje del cuello para abajo y maquillada para una sesión fotográfica del cuello hacia arriba, le dio a Ivy un achuchón y un beso.

De inmediato, Gregory y Philip se frotaron la cara en el mismo punto en que la había besado. Ivy les sonrió, pero se dejó la marca roja de los labios en la mejilla.

—Ésa es mi chica —dijo Maggie—. Lo has colocado todo. Juro que te he criado para que seas mejor madre que yo.

Ivy soltó una carcajada.

Gregory cargó la nevera y los demás lo siguieron llevando bolsas y maletas que metieron en el coche de Maggie. Gregory tenía previsto llevarse su propio coche, y Andrew, al que había retenido una reunión vespertina, conduciría hasta el lago más tarde.

Hubo un montón de portazos de coche y fuertes ráfagas de música. Philip, que quería ir con Gregory, estaba jugando con su estéreo. Por fin los dos coches se alejaron e Ivy se quedó sola disfrutando del silencio. La tarde era cálida y tranquila, y

sólo los árboles —en realidad, tan sólo sus copas— susurraban ásperamente. Era uno de los pocos momentos de verdadera paz que había sentido desde la muerte de Tristan.

Entró en la casa y cogió un libro, uno que Beth le había regalado, así que con toda seguridad se trataba de una tórrida novela romántica. Beth se lo había enviado por medio de Suzanne con una nota de disculpa, temerosa de enfrentarse a Ivy y temerosa de llamarla. Ivy la había telefoneado para hacerle saber que ya no estaba enfadada.

Sin embargo, sí seguía desconcertada. Era muy extraño que Beth hubiese hecho algo así, que hubiera creado un mensaje por ordenador de «Tristan». Beth solía ser muy sensible hacia las emociones de los demás. Bueno, también había creído que Will era sensible y mira lo que había hecho: dibujarle un par de alas a Tristan.

A pesar del dolor que le provocaba ese recuerdo, Ivy esbozó una sonrisa. ¿Qué habría pensado Tristan de que Will lo convirtiera en un ángel?

Estuvo leyendo durante más de una hora y media en la casa del árbol, escudriñando de vez en cuando a través de las ramas la lejana cinta brillante que era el río. Después se metió el libro en la cinturilla de los vaqueros y descendió por la escala de cuerda. Le apetecía dar un paseo, así que bordeó la fachada de la casa y comenzó a bajar el serpenteante camino de entrada. Aceleró el ritmo, y así lo mantuvo cuando deshizo sus pasos colina arriba, hasta que llegó a la cima sudorosa y contenta.

Quizá al fin podría tocar *Liebestraum*, pensó Ivy. Con todo aquel silencio a su alrededor, tal vez pudiera tocar un buen rato y enfrentarse a la canción de amor completa. Había ensayado para el festival todos los días, pero no había sido capaz de llegar al final de la pieza. En algún punto, los recuerdos siempre volvían a ella, una marea lenta que se revolvía en su interior y arrastraba toda su música. Quizá ese día pudiera aferrarse a las notas.

Cogió un refresco de la cocina y corrió escaleras arriba para darse una ducha. A mitad de camino se preguntó si debería haber cerrado con llave la puerta de atrás. «No seas tonta —se dijo—. Nadie sube nunca a esta colina». Tenía intención de disfrutar de aquellos días de paz, y estaba decidida a no dejar que las preocupaciones de Suzanne, Beth y Gregory la pusieran nerviosa.

Cuando subió la escalera hacia su sala de música, la gata arrancó a correr delante de ella y se encaramó de un salto a la banqueta del piano.

Ivy sonrió.

—¿Tú también estás ensayando para el festival?

Recordó las notas repetidas que *Ella* había «tocado» la semana anterior, pero en seguida las apartó de su mente; la canción haría que empezara a pensar en Tristan.

Ivy comenzó sus ejercicios de calentamiento, después tocó unas cuantas melodías que eran las favoritas de Philip y, finalmente, comenzó *Liebestraum*. Se sentía

satisfecha de cómo estaba tocando; sus dedos volaban sobre las teclas, absolutamente atrapados en la vibrante cadencia. Justo antes de que regresara al tema inicial, en el momento en que se detuvo para pasar la página, oyó un ruido.

En seguida pensó en el sonido del cristal al romperse. Se le puso la carne de gallina, pero luchó contra su miedo. Se recordó que el ruido de cristales rotos pertenecía a sus pesadillas. Si de verdad alguien querría entrar en la casa, todo cuanto tenía que hacer era abrir la puerta trasera. El ruido no era el de una ventana rota, se dijo, sino el de una rama de un árbol que hubiera golpeado la casa o el de algo que el viento hubiese derribado en el piso de abajo.

Aun así, Ivy se sentía intranquila. Echó una mirada en torno a la habitación y vio que *Ella* se había marchado. Quizá la gata hubiera tirado algo. Lo mejor que podía hacer era investigar y probarse a sí misma que no era nada. Se acercó a la escalera del desván y prestó atención.

Creía que el ruido había sonado en el ala oeste, cerca del despacho de Andrew. Quizá fuera Andrew, que había salido temprano de la reunión y que había parado en casa para recoger algo.

Ivy descendió la escalera hasta su habitación y se detuvo junto a la puerta antes de salir al pasillo. Deseó que *Ella* estuviera allí; la gata podría prevenirla al levantar las orejas o al mover la cola.

La casa le resultaba repentinamente enorme, como si tuviera el doble de su tamaño real, provista de un montón de escondites, y muy lejos de cualquier persona que pudiera oírla gritar. Ivy volvió sobre sus pasos y descolgó el teléfono de su habitación; luego volvió a colgarlo.

«Contrólate —pensó—. No puedes arrastrar a la policía hasta aquí por nada».

—¿Andrew? —llamó—. Andrew, ¿eres tú?

No hubo respuesta.

—*Ella*, ven aquí. ¿Dónde estás, *Ella*?

La casa seguía sumida en un silencio ensordecedor.

Ivy salió de puntillas al pasillo y decidió bajar por la escalinata central en lugar de por la más estrecha que llevaba hacia el ala oeste. Había un teléfono en la mesa del vestíbulo, abajo. Si se daba cuenta de que habían tocado cualquier cosa, inmediatamente haría una llamada desde allí.

Al final de la escalera, miró con rapidez a izquierda y a derecha. Tal vez debería limitarse a salir corriendo por la puerta principal, pensó.

Y ¿entonces, qué? ¿Dejar que alguien se llevara lo que quisiera? O, peor aún, ¿dejar que encontrara un lugar acogedor en el que acurrucarse para esperarla?

«No te dejes llevar por la imaginación», se reprendió.

Las habitaciones de la parte este de la casa —el salón, la biblioteca y la terraza— estaban todavía cerradas, con las contraventanas echadas para protegerlas de la luz

solar de la mañana. Se volvió hacia el otro lado y atisbó el comedor desde la esquina. Lo atravesó, tensándose cada vez que las viejas tablas crujían, y abrió la puerta de la cocina. Frente a ella estaba la puerta que había dejado sin candar, aún cerrada. Tras revisar a toda prisa dos armarios, cerró la puerta de fuera.

Pero ¿qué pasaba con el sótano? Echó el pestillo de la puerta que había en el lateral de la cocina. Podría comprobar la entrada que llevaba hasta él desde el exterior más tarde, pensó, y acto seguido se encaminó hacia la sala de estar. Nadie había tocado nada.

Justo en el momento en que entraba en la galería que conducía al despacho de Andrew, *Ella* se le acercó trotando.

—¡*Ella!* —exclamó Ivy con alivio—. ¿Qué has estado tramando?

La gata sacudió la cola con fuerza una y otra vez.

—Primero fue su silla —dijo Ivy moviendo el dedo índice ante el morro del animal a pesar de que jadeaba de alivio—. Y ¿ahora, qué? ¿Un jarrón de Waterford?

Entró en la estancia y se detuvo.

El cristal de la ventana estaba roto, y la puerta que había a su lado entornada. Ivy dio un paso atrás.

Y chocó con él.

—¿Qu...?

Antes de que pudiera volverse, le pusieron una bolsa sobre la cabeza. Ivy gritó y luchó por liberarse intentando rasgar la bolsa con las manos, arañándola como un gato. Cuanto más tiraba de la tela, con más fuerza la apretaban en torno a ella. Sintió que se ahogaba. Se esforzaba por reprimir el pánico mientras forcejeaba con alguien con mucha más fuerza que ella. «¡Piensa! ¡Piensa!», se dijo.

Aún tenía los pies libres pero sabía que, si daba una patada y perdía el equilibrio, se haría con ella. Comenzó a utilizar su peso balanceando todo el cuerpo de un lado a otro. Lo hizo con fuerza y su captor la soltó; Ivy se dio la vuelta.

Él volvió a agarrarla en seguida. Empezó a empujarla, hacia una pared o una esquina, pensó Ivy. No veía absolutamente nada dentro de aquella bolsa oscura, y había perdido la noción del espacio. Incluso aunque lograra zafarse de él, no sabría en qué dirección correr.

La tela de la bolsa era tan áspera que, cada vez que el asaltante tiraba de ella, hacía que le ardiera la cara. Ivy quería levantar las manos y rasgarla para poder ver el rostro de quien la estaba atacando.

Fuera quien fuese, no profería ningún sonido. Ivy se dio cuenta de que el hombre cambiaba de posición y de que en ese momento la estaba agarrando con un solo brazo. Después, lo sintió: algo que le presionaba la cabeza, algo duro y redondo, como el cañón de una pistola.

Ivy se puso a patalear y a gritar.

Entonces oyó un ruido que retumbaba en algún otro punto de la casa. Alguien estaba dando golpes y llamándola:

—¡Ivy! ¡Ivy!

Intentó contestar.

El asaltante la empujó hacia adelante y ella no pudo evitar caerse. Se golpeó contra algo tan duro como una roca y resbaló hasta el suelo. A su alrededor cayeron con gran estrépito varios objetos metálicos. Luego, todo se desvaneció.

—¡Ivy! ¡Ivy! —llamó Tristan.

—¡Ivy! ¡Ivy! —gritó Will mientras aporreaba la puerta delantera. Después echó a correr en torno a la casa en busca de algún otro modo de entrar en ella.

Vio el coche de Gregory aparcado en la parte de atrás. Se detuvo —Tristan se detuvo— ante la ventana rota y la puerta que daba al despacho de Andrew.

—Ivy, pero ¿qué na...? ¿Quién te ha hecho esto? —estaba diciendo Gregory mientras se inclinaba sobre ella y le retiraba la bolsa con delicadeza—. ¿Estás bien? Tranquila, ahora estás a salvo.

Los utensilios de la chimenea estaban esparcidos por el suelo. Ivy se frotó la cabeza y clavó la mirada en Gregory. Entonces, ambos se volvieron para mirar a Will, que seguía de pie en el umbral de la puerta abierta. Tristan acababa de salir de Will, pero vio el miedo y la desconfianza en el rostro de Ivy, y el rubor que la rabia provocaba en el de Gregory.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber Gregory.

Will se había quedado sin habla e, incluso aunque Tristan hubiera permanecido en su interior, no habría sido capaz de dar una respuesta que hubiera satisfecho a Gregory o a Ivy.

—No lo sé —contestó Will—. Sólo pensé... Sólo supe que tenía que venir. Sentí que algo iba mal y que debía venir.

A medida que el color del enfado iba desapareciendo del rostro de Gregory, su piel adquiría un tono más pálido de lo habitual. Parecía estar incluso más conmocionado que la chica.

—¿Estás bien, Ivy? —preguntó Will.

Ella asintió y se volvió para recostar la cabeza sobre el pecho de Gregory.

—¿Puedo hacer algo? —volvió a preguntar Will.

—No.

—Será mejor que llame a la policía.

—Sí, será mejor que lo hagas —repuso Gregory con tono glacial y arisco.

Cuando Will hizo la llamada habló con calma, pero Tristan sabía que su compañero estaba tan alterado y desconcertado como él. Tristan sabía tan poco como Will acerca de por qué había intuido en primera instancia que Ivy estaba en peligro.

«Te necesita». Ése era el mensaje que le había llegado a Tristan, aunque ni siquiera podía decir si lo había oído o si simplemente lo había comprendido. Pero, al saber que estaba a punto de ocurrir algo, y recordando que Lacey le había dicho que no podría salvarla él solo, que tendría que combinar sus fuerzas con las de alguien más, se había dirigido a toda prisa hasta Will y lo había exhortado a acudir a Ivy, a ayudarla.

Había supuesto un esfuerzo, sobre todo al principio. Tristan tenía que aprender a canalizar su energía, y Will, poco a poco, fue cediendo a sus órdenes. Tristan se preguntaba si Will era consciente de que había conducido a ciento treinta kilómetros por hora colina arriba a pesar del desnivel y las curvas. ¿Se acordaba Will de que había corrido desde la puerta delantera de la casa a la trasera a más velocidad de la que era humanamente posible?

Pero no había sido lo suficientemente rápido como para atrapar al atacante de Ivy, pensó Tristan. Hasta que descubriera quién era el asaltante, no habría forma de averiguar cuándo volvería a actuar o cómo Will y él podrían proteger a Ivy.

Will y él. Él y Will. Ahora ya no cabía duda de que Will sentía algo por Ivy... y de que Tristan también lo necesitaba.

Tristan observó la escena mientras Gregory cogía a Ivy y la llevaba hasta el sofá. *Ella* se acurrucó bajo el escritorio de Andrew; desde allí, sus ojos brillaban como dos brasas.

—¿Quién ha sido, *Ella*? —le preguntó Tristan—. Eres la única que lo ha visto. ¿Quién lo ha hecho?

Will salió de la habitación y volvió con una bolsa de hielo.

Gregory la sujetó con suavidad contra la cabeza de Ivy.

—Estoy aquí. Todo va a ir bien —le repetía una y otra vez al tiempo que le acariciaba continuamente la espalda y trataba de tranquilizarla.

No pasó mucho rato antes de que oyeran el aullido de una sirena. Un coche de policía giró hacia el camino de entrada seguido, inesperadamente, de otro coche. El de Andrew.

—¿Qué ha pasado? —gritó Andrew mientras se apresuraba a entrar en la casa junto con los agentes—. Ivy, ¿estás bien? —Le echó un vistazo a la ventana rota, luego a Will y, finalmente, centró su atención en Gregory—. ¿Por qué estás aquí? —le preguntó a su hijo—. Se supone que deberías estar con Maggie y con Philip.

—¿Por qué estás tú aquí? —le preguntó Gregory a él a su vez.

Andrew lanzó una mirada rápida a los policías; a continuación señaló su escritorio.

—Olvidé unos papeles, unos informes sobre los que quería trabajar en el lago.

—Yo he venido porque Ivy me ha llamado —explicó Gregory—. Esta mañana le había dicho que debía llamarme si necesitaba cualquier cosa. —Bajó la mirada hacia

ella. Ivy se la devolvió con expresión atónita—. Has sido tú la que me has llamado, ¿no es así? —le preguntó.

—No.

Gregory se sorprendió; después, le dio un apretón en las manos y se las soltó.

—Vaya —dijo en voz baja—. Le debes a alguien una gorda. —Se volvió hacia los demás—. Al llegar al lago tuve que salir corriendo a la tienda. Maggie se había acordado de llevar de todo para el viaje excepto papel higiénico.

»Cuando regresé, el hombre de la recepción me dijo que alguien había llamado tres veces preguntando por mí, pero que no había dejado ningún mensaje. Supuse que había sido Ivy. Últimamente ha pasado una mala racha..., ya lo sabes —dijo dirigiéndose a su padre—. No perdí ni un minuto. Volví a casa de inmediato.

—Una chica con suerte —observó uno de los agentes.

Entonces los policías comenzaron a hacer preguntas. Tristan se movía por la habitación lentamente analizando los rostros y leyendo las notas que tomaban los agentes.

¿Eran celos lo que sentía cada vez que veía que Gregory tocaba a Ivy? ¿O era algún tipo de intuición?, se preguntaba. ¿Estaba Ivy realmente a salvo entre los brazos de Gregory?

¿Gregory le habría dicho a Eric que Ivy iba a estar sola todo el fin de semana? Si Eric era el responsable de todo aquello, ¿lo cubriría Gregory?

¿Y por qué habría cuestionado Gregory a su padre? ¿Creía que la excusa de Andrew para volver a casa era demasiado oportuna?

Los policías se quedaron un buen rato e hicieron un montón de preguntas, pero Tristan tuvo la sensación de que todas eran desatinadas.

Cuando Ivy fue a abrir la puerta el martes por la mañana, en seguida supo que Beth había leído el periódico local. Su amiga entró en la casa con un rápido y tímido «¿Cómo lo llevas?». Abrazó a Ivy hasta casi dejarla sin aliento y después dio un paso atrás, sonrojada.

—Estoy bien —contestó ella—. Estoy muy bien.

—¿De verdad?

Beth parecía una madre búho preocupada: los ojos abiertos de par en par, el cabello deslustrado escapándose del recogido en suaves mechones de plumas. Miró con fijeza la mejilla magullada de Ivy.

—Es la última moda desde los tatuajes —comentó su amiga con una sonrisa, rozándose suavemente la cara.

—Tu cara parece... un pensamiento.

Ivy se echó a reír.

—Morado y amarillo. Voy a tener un aspecto estupendo para el festival. ¿Tienes algo que haga juego?

Beth intentó sonreír, pero terminó mordiéndose el labio inferior.

—Veamos —dijo Ivy conduciéndola hacia la cocina—. Cojamos algo de beber. Tenemos que quedarnos un rato por aquí. Van a entrevistarme por tercera vez.

—¿Un periódico?

—La policía.

—¡La policía! Ivy, les has dicho... —Beth titubeó.

—¿Que si les he dicho qué?

—Lo de los mensajes del ordenador —respondió su amiga en voz baja.

—No. —Ivy sacó un taburete alto para que Beth se sentara—. ¿Por qué debería haberlo hecho? No fue nada más que una coincidencia extraña. Sólo estabas haciendo el tonto y...

La expresión de los ojos de Beth la frenó.

—No estaba haciendo el tonto.

Ivy se encogió de hombros y se puso a medir la cantidad de granos de café que necesitaba. Desde el viernes por la tarde se había comportado como si no hubiera ocurrido nada del otro mundo, como si ya se hubiera recuperado del susto. Se sentía mal por haberle estropeado a todo el mundo el fin de semana, e intentaba evitar que se preocuparan y se desvivieran por ella. Pero la verdad era que estaba contenta de tener de vuelta en casa a su familia. Estaba empezando a inquietarse.

Philip estaba convencido de que un ángel había enviado a Gregory para que la



salvara, el mismo ángel que había evitado que él se cayera de la casa del árbol, decía. Hacía poco se había encontrado una figurita de un jugador de béisbol angelical, y aseguraba que se la había entregado un amigo resplandeciente de su propio ángel guardián.

Ivy sabía que su hermano decía esas cosas porque estaba asustado. Quizá, al haber perdido a Tristan, Philip tenía miedo de perderla a ella también. Tal vez ésa era la razón por la que la había advertido en varias ocasiones acerca del tren que subía colina arriba para cogerla.

¿Cómo podía culparlo? Con el accidente de coche y tras escapar por los pelos al ataque del viernes, ella misma se imaginaba peligros ocultos allá donde posaba la vista. Y, si había algo que no necesitaba justo en ese momento, era que Beth la mirara como si acabara de ver un ser aterrador del más allá.

—Beth, tú eres amiga mía, y estabas tan preocupada porque me quedara sola como lo estaban Suzanne y Gregory. La diferencia es que tú eres escritora y... y tienes una imaginación muy activa —añadió Ivy con una sonrisa—. Es lógico que, cuando te preocupas, se refleje en una historia.

Beth no parecía muy convencida.

—En cualquier caso, no es responsabilidad tuya. Aunque fueras adivina, los adivinos sólo saben cosas, no las provocan. —En ese preciso momento sonó el timbre e Ivy se secó las manos a toda prisa—. Así que no hay motivo para contárselo a la policía.

—¿Contarles el qué? —preguntó Gregory mientras entraba en la cocina.

Se había levantado más temprano que de costumbre y se había vestido para pasar el día en Nueva York con Suzanne.

—Cuéntaselo a Gregory, Beth, si eso va a hacer que te sientas mejor —le aconsejó Ivy; después se marchó a abrir la puerta.

Un hombre pelirrojo que chupaba una pastilla para el aliento caminaba de un lado al otro del porche de entrada como si llevara horas esperando. Se identificó como el teniente Donnelly y le preguntó a Ivy si podía hablar con ella en el despacho en el que había tenido lugar el ataque.

—Lo consultaré —contestó Ivy—. Hoy mi padrastro no ha ido a la universidad, y si está trabajando...

—¿Está en casa? Bien —dijo el detective enérgicamente—. También figura en mi lista.

Unos minutos después, Gregory se reunió con ellos en el despacho de Andrew. El detective tenía preguntas para todos ellos, pero sobre todo hablaron de cosas que ya habían comentado con anterioridad.

Cuando terminaron, el teniente dijo:

—El motivo por el que hemos vuelto a interrogarte es que anoche se produjo un

incidente similar en Ridgefield. El mismo método de allanamiento, y la víctima, una chica de instituto a la que le taparon la cabeza con una bolsa. Si nuestro amigo está emprendiendo una serie de ataques de ese tipo, necesitamos hallar todas las similitudes que sea posible. De esa forma podemos establecer un patrón, predecirlo... y cogerlo.

—¿Así que han llegado a la conclusión de que el ataque contra Ivy fue un acto fortuito, y no una acción realizada por alguien que la conoce? —preguntó Andrew.

—No hemos llegado a ninguna conclusión —replicó el detective inclinándose hacia adelante y enarcando sus tupidas cejas rojas—, y siempre me interesan las teorías de otras personas.

—No tengo ninguna teoría —le espetó Andrew secamente—. Sólo quiero saber si Ivy ya está a salvo.

—¿Hay alguna razón por la que piense que no lo está? ¿Conoce a alguien que quisiera hacerle daño a algún miembro de su familia?

—No —contestó Andrew; a continuación se volvió hacia su hijo—. No, que yo recuerde —agregó con lentitud—. ¿Sabes tú de alguien, Gregory?

El chico dejó que la pregunta quedara suspendida en el aire durante unos segundos.

—No.

Andrew volvió a mirar al detective.

—Sólo queremos saber si podemos suponer que Ivy está a salvo.

—Por supuesto. Lo comprendo, señor —dijo Donnelly—. Y estoy seguro de que usted también entiende que no puedo asegurárselo. —Le ofreció a Ivy su tarjeta de visita—. Si recuerdas cualquier detalle más, llámame.

—La chica de Ridgefield —dijo Ivy mientras sujetaba al detective por la manga—, ¿está bien?

La boca del detective adoptó un gesto adusto. Negó con la cabeza dos veces.

—Está muerta —respondió con calma; después abrió de golpe la puerta situada junto al cristal de la ventana que acababan de reponer—. No hace falta que me acompañen.

En cuanto se hubo marchado, Ivy se apresuró a salir de la habitación, puesto que no quería que los demás vieran sus lágrimas. Gregory la alcanzó cuando ya había subido la mitad de la escalera de atrás. Se zafó de él y se dejó caer a cuatro patas sobre los escalones. Él la hizo incorporarse.

—Ivy, cuéntamelo, ¿qué sucede?

Ella se apartó de él y apretó los labios.

—¿Qué pasa? —insistió él.

—¡Podría haberme ocurrido a mí! —estalló—. Si no hubieras llegado en aquel momento, si no lo hubieras asustado... —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Pero no ocurrió —repuso Gregory delicada pero firmemente. Hizo que Ivy se sentara sobre un escalón.

«No te vayas ahora —suplicó Ivy para sí—. No salgas hoy con Suzanne. Yo te necesito más que ella».

De inmediato se sintió culpable por pensar así.

Gregory le enjugó las lágrimas.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿Qué es lo que sientes?

—Actuar de una forma tan... tan...

—¿Humana?

Ivy se recostó sobre él.

Gregory le apartó el pelo de la cara y dejó que sus dedos permanecieran enredados en él.

—¿Sabes? Mi padre tenía razón. Por una vez, el viejo Andrew lo ha hecho bien. Lamento mucho lo que le ha ocurrido a la familia de la otra chica, pero me siento bastante aliviado. Ahora sabemos que no fue alguien que iba a por ti. —Agachó la cabeza para mirarla—. Y eso saca a Will del atolladero —bromeó.

Ivy no se rió.

—A no ser que Will tenga una carrera profesional que no conocemos —añadió él—. Puede ser tremendamente callado y misterioso...

Ivy seguía sin sonreír. Respiraba con tanta regularidad como le era posible para tratar de contener los hipidos.

—Será mejor que te pongas en marcha, Gregory —le recomendó—. ¿Te has dado cuenta de la hora que es? A Suzanne no le gusta que sus citas lleguen tarde.

—Lo sé —contestó. Apartó a Ivy de sí y la estudió.

«¿Mirará así a Suzanne —se preguntó ella—, con tanta intensidad como si intentara averiguar sus pensamientos? ¿La mirará a los ojos de la misma forma en que me mira a mí? ¿Se preocupa tanto por ella como lo hace por mí?».

Otra oleada de culpabilidad la inundó; su cara debió de revelarlo.

—¿Qué? —le preguntó Gregory—. ¿En qué estás pensando?

—En nada. Deberías irte.

Él siguió mirándola de un modo vacilante.

—Cuando salgas, ¿podrías decirle a Beth que bajaré dentro de un minuto?

Gregory se encogió de hombros y la soltó.

—Claro.

Ivy subió de prisa la escalera. Se alegraba de que fuera a pasar la mayor parte del día fuera con Beth. Si Ivy le decía a su amiga que no quería hablar sobre algo, Beth no tocaría el tema. Por desgracia, ya había quedado con Suzanne para cenar esa noche, después de que Gregory y ella volvieran de Nueva York. Ivy no tenía muchas

ganas de darle vueltas a los detalles de la heroica intervención de Gregory y a todos y cada uno de los «me ha dicho, le he dicho» de la cita de Suzanne.

Acababa de pasar por delante de la habitación de Gregory cuando su teléfono empezó a sonar. Se preguntó si debería contestar en su lugar o dejar que el contestador recogiera el mensaje.

«Seguro que es Suzanne —pensó Ivy—, que llama para preguntar dónde está». Se detuvo a escuchar; si era su amiga, lo cogería y le diría que Gregory estaba de camino.

El contestador emitió un pitido. Siguieron unos instantes de silencio; después, una voz dijo:

«Soy yo. Necesito el dinero, Gregory. Sabes que no me gusta acudir a tu viejo. Y ya sabes lo que ocurrirá si no consigo el dinero. Lo necesito, Gregory, ahora».

El chico que había llamado colgó sin identificarse, pero Ivy había reconocido su voz. Era Eric.

Ivy tamborileó sobre la silla de mimbre, echó un vistazo al estanque que había detrás de la casa de los Goldstein y miró la hora en su reloj una vez más. Era obvio que Suzanne se había olvidado de sus planes. Habían quedado allí a las seis y media. Ya eran las siete y veinticinco.

A Ivy le molestaba tener que esperar tanto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera le apetecía ver a Suzanne esa noche. Pero creía que, como una buena mejor amiga, debía aguantarlo.

—Siempre tu mejor amiga —murmuró. En casa tenía una caja enorme llena de cartas destrozadas, de notas que Suzanne había comenzado a escribirle en cuarto de primaria cada vez que se aburría en clase. Todas ellas estaban firmadas como «Siempre tu mejor amiga».

Siempre..., pero la verdad era que, con Gregory rondando por allí, las cosas estaban empezando a cambiar entre ellas. Y Suzanne tenía tanta culpa como ella. Ivy se levantó de la silla con brusquedad y comenzó a bajar la escalera del porche.

Desde el otro lado de la casa le llegó el ruido de un coche que recorría el camino de entrada. Se oyó un portazo. Ivy anduvo alrededor de la casa y, entonces, se detuvo. Gregory y Suzanne caminaban lentamente hacia la casa rodeándose las cinturas con los brazos; Suzanne apoyaba la cabeza sobre el hombro de Gregory. Ivy deseó haberse marchado antes, mucho antes.

Él fue el primero en divisarla, y dejó de caminar. Entonces Suzanne levantó la vista.

—¡Hola, Ivy! —dijo con sorpresa. Un instante después, se llevó una mano a la cabeza—. ¡Oh, no! Me he olvidado por completo. Lo siento mucho. Espero que no lleves mucho rato esperando.

«Desde las seis y media, y lo sabes, y estoy muerta de hambre», quiso decir Ivy, pero no lo hizo. Aunque tampoco le siguió el juego a Suzanne tranquilizándola de alguna forma: «No, no, acabo de llegar». Se suponía que era eso lo que debía decir, ¿no? Se limitó a mirar a su amiga y a dejar que lo comprendiera.

Quizá Gregory percibió la tensión que reinaba entre ellas, ya que intervino de inmediato:

—En el último momento decidimos tomar una pizza en Celentano's. Siento mucho que no supiéramos que estabas aquí, Ivy. Habría sido genial que vinieras con nosotros.

Como recompensa recibió dos miradas furiosas: la de Suzanne por haber dado a entender que la cena habría sido genial si Ivy hubiera ido, y la de Ivy por sugerir que se lo habría pasado bien acompañándolos durante una cita. ¿Nunca había oído decir que tres son multitud?

Gregory se desembarazó de Suzanne y después retrocedió hacia el coche. Se metió una mano en el bolsillo y apoyó la otra sobre la puerta abierta en un intento por aparentar despreocupación.

—Ya veo que aquí esta noche va a haber cotorreo, un poco de cotilleo. Tal vez debería marcharme antes de que me enganche al culebrón.

«Tú eres el culebrón», pensó Ivy.

—Sí, quizá deberías irte —le contestó Suzanne—. La mayor parte de los chicos no sois más que aficionados en cuanto a cotilleos.

Gregory se echó a reír, no con tanta comodidad como pretendía aparentar, y después les dijo adiós agitando las llaves y se marchó.

—Estoy molida —dijo Suzanne antes de sentarse en la escalera de la entrada y de tirar de Ivy para que hiciera lo mismo a su lado—. Manhattan en verano..., te lo aseguro, todos los locos se lanzan a las calles. Deberías haber visto a toda esa gente en Times Square esperando a tener otra visión de...

Se calló, pero Ivy sabía lo que estaba a punto de decir. Ya había leído lo de la Barbra Streisand angelical.

Suzanne estiró la mano y acarició el rostro de su amiga con delicadeza.

—¿No están ya hartos de verte en urgencias?

Ivy soltó una risita.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Suzanne.

—Bien..., de verdad —apostilló Ivy cuando vio una sombra de duda en los ojos de Suzanne.

—¿Ahora también sueñas con esto?

—De momento, no —contestó Ivy.

—Eres una chica dura —dijo Suzanne mientras sacudía la cabeza—. Y apuesto a que tienes hambre y ganas de matarme.

—Mucha hambre, y estoy casi a punto de matarte —respondió Ivy cuando su amiga se levantó de los escalones y comenzó a rebuscar las llaves de su casa en el bolso.

*Peppermint*, la perrita de Suzanne, las saludó con ladridos de alegría que se anticipaban a su cena. Fueron directas a la cocina.

Mientras Suzanne daba de comer a *Peppermint*, Ivy exploró el frigorífico de los Goldstein, que siempre estaba bien provisto. Se decidió por una gran fuente de sopa casera. Suzanne puso en la mesa que las separaba una bandeja de *brownies* y unos pastelillos glaseados de limón. Se cortó un trozo de *brownie* y se puso a dar vueltas en su silla giratoria.

—Lo tengo, Ivy —dijo—. Sin duda, Gregory ha mordido el anzuelo. Ahora lo único que tengo que hacer es recoger el sedal.

—Pensé que ibas a recogerlo la semana pasada, o quizá la anterior —le recordó Ivy.

—Por eso necesito tu ayuda —repuso Suzanne a toda prisa—. Nunca me siento segura acerca de Gregory. Tengo que saberlo, Ivy... ¿Ha salido con chicas este fin de semana? Es decir, como yo estaba fuera y él tuvo que volver a casa por ti, me preguntaba si habría sacado su agenda de citas y...

Ivy comenzó a dar vueltas a los fideos con la cuchara sopera.

—No lo sé —respondió.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¡Vives con él!

—El sábado por la mañana estuvo en casa. Por la tarde, jugamos al tenis y fuimos de compras. Por la noche vino al cine con Philip y conmigo. Salió un rato el domingo por la tarde, pero el resto del tiempo estuvo con Philip y conmigo.

—Y contigo. Menos mal que eres mi mejor amiga y la hermanastra de Gregory —observó Suzanne—; si no, me pondría terriblemente celosa. Es una suerte para las dos, ¿no crees?

—Sí —contestó Ivy sin ningún entusiasmo.

—¿Qué hay del lunes? ¿Salió ese día?

—Un rato por la mañana, y también anoche. Suzanne, no me siento bien dándote información sobre él.

—Bueno, ¿de qué bando estás? —le preguntó su amiga.

Ivy mojó una galleta salada en la sopa.

—No sabía que hubiera bandos.

—¿Hacia quién sientes más lealtad, hacia mí o hacia Gregory? —se empeñó Suzanne—. Ya sabes, al principio pensé que no te caía bien. De hecho, pensé que no lo soportabas pero que no decías nada porque no querías hacerme daño.

Ivy asintió.

—No lo conocía muy bien por aquel entonces. Pero ahora ya sí, y dado que me

importáis tanto él como tú, y dado que tú lo estás persiguiendo...

—Ya lo he cazado, Ivy.

—Dado que lo has cazado y a mí me hiciste morder el anzuelo hace años, ¿de qué bandos hablas?

—No seas tan ingenua —contestó Suzanne—. Siempre hay bandos en el amor. —Comenzó a hacer pedacitos los *brownies* de la bandeja—. El amor es la guerra.

—No lo hagas, Suzanne.

Su amiga paró de cortar los pasteles.

—¿Que no haga qué?

—No le hagas lo que le estás haciendo.

Suzanne se recostó en la silla.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —Su tono era evidentemente frío.

—Estoy diciendo que no juegues con él. No lo mangonees igual que has hecho con los demás chicos. Se merece que lo trates mejor, mucho mejor.

Suzanne permaneció en silencio durante un momento.

—¿Sabes lo que necesitas, Ivy? Un novio.

Ella clavó la mirada en la sopa.

—Y Gregory opina lo mismo que yo.

Su amiga levantó la vista bruscamente.

—Piensa que Will es perfecto para ti.

—Tristan era perfecto para mí.

—Era —puntualizó Suzanne—. Era. La vida sigue, ¡y tú tienes que seguir adelante con ella!

—Lo haré cuando me sienta preparada —contestó Ivy.

—Tienes que desprenderte del pasado. —Suzanne posó una mano sobre la muñeca de Ivy—. Debes dejar de actuar como una cría que se agarra a la mano de su hermano mayor, Gregory.

Ivy apartó la mirada.

—Tienes que empezar a salir y a ver a otros chicos. Will es un comienzo.

—Deja de meterte donde no te llaman, Suzanne.

—Gregory y yo podemos organizarlo.

—¡He dicho que te metas en tus asuntos!

—¡Vale! —Suzanne cortó un pedazo extremadamente fino de *brownie* y después señaló a Ivy con el cuchillo—. Pero entonces no te metas tú tampoco donde no te llaman y no me digas lo que tengo que hacer. Te lo advierto, no te entrometas entre Gregory y yo.

¿A qué se refería con entrometerse?, se preguntó Ivy. ¿A que no le diera consejos... o a que dejara de agarrarse a la mano de Gregory?

Ambas siguieron mirando su comida en silencio. *Peppermint* se sentó entre sus

sillas, mirándolas de hito en hito. Después, de algún modo, tras lo que pareció un silencio interminable, consiguieron recalar en terreno más seguro hablando sobre la boda a la que Suzanne había asistido. Pero mientras ella hablaba y su amiga asentía, Ivy tan sólo podía pensar en que, de una forma u otra, perdería a alguien que significaba mucho para ella.



—Danos unos minutos más, Philip —rogó Ivy—. Queremos ver el resto de estos cuadros.

—Creo que iré a buscar a Gregory.

Ivy alargó el brazo rápidamente y agarró a su hermano por la espalda de la camiseta.

—Hoy no. Estás atrapado con Beth y conmigo.

Durante los cuatro días anteriores, Ivy había pasado poco tiempo con Gregory; lo había visto sólo durante esporádicas comidas familiares y encuentros fortuitos en el vestíbulo. Cada vez que sus caminos se cruzaban, Ivy había puesto mucha atención en no iniciar una conversación larga con él. Cuando Gregory la había buscado, y cuanto más lo evitaba ella más la buscaba él, le había asegurado que la pillaba de camino a la sala de música para ensayar.

Gregory parecía estar sorprendido y un poco enfadado a consecuencia de la distancia que ella estaba marcando entre ambos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Habían intimado demasiado. Sin darse cuenta, Ivy había comenzado a depender de él. Si no se alejaba en ese momento, podría perder la amistad de Suzanne.

Suzanne y Beth habían quedado con Gregory, Philip e Ivy en la ciudad esa tarde, al final de Main Street, donde iba a dar comienzo el festival. Suzanne en seguida le había pasado el brazo por la espalda a Gregory y le había metido la mano en el bolsillo trasero de los pantalones; a continuación echó a andar con él para separarlo de Ivy y de Philip. Ivy había reaccionado llevándose a Philip en dirección contraria. Beth se quedó sola, de pie, en la esquina de la calle.

—Ven con nosotros —la llamó Ivy—. Vamos a echar un vistazo a las pinturas.

La exposición estaba dispuesta a lo largo de una estrecha calle de viejas tiendas que se alejaba de Main Street. Una gran variedad de vecinos —mujeres empujando cochecitos de bebé, ancianas con sombreros de paja, niños con las caras pintadas y dos tipos vestidos de payaso— caminaban mirando los cuadros e intentando adivinar quiénes eran los artistas. A todas las pinturas se les había asignado un título y un número, pero los nombres de los autores estaban ocultos por la valoración que tendría lugar más tarde ese mismo día.

Ivy, Beth y Philip estaban ya casi al final de la exposición cuando Philip comenzó a protestar diciendo que quería encontrar a Gregory.

Entonces, Ivy le indicó un cuadro extraño con la intención de distraerlo.

—¿Qué crees que es eso? —le preguntó.

—Cosas. —El muchacho leyó el título con el entrecejo fruncido.

—A mí me parece una hilera de pintalabios —comentó Beth—, o árboles en otoño, o velas de Navidad, o botes de ketchup o misiles al atardecer...

Philip arrugó el rostro.

—A mí me parece que es una estupidez —dijo en voz alta.

—¡Chsss! Philip, habla bajo —le advirtió Ivy—. El artista podría estar justo detrás de nosotros.

Philip se volvió para mirar. De repente, el ceño desapareció y se le iluminó el rostro.

—No —dijo—, pero hay un án... —titubeó.

—¿Qué? —le preguntó Beth.

Ivy echó un rápido vistazo a su espalda. Allí no había nadie.

Philip se encogió ligeramente de hombros.

—No importa —dijo, y suspiró.

Se acercaron a la obra del último participante, un panel con cuatro acuarelas.

—¡Vaya! —exclamó Beth—. ¡Son fantásticas! Número treinta y tres, seas quien seas, eres mi ganador.

—Y el mío —convino Ivy. Los colores que había empleado el artista eran casi transparentes e irradiaban una luz propia. Ivy señaló una lámina de un jardín—. Ojalá pudiera sentarme ahí durante horas y horas. Me tranquiliza mucho.

—Me gusta la serpiente —observó Philip.

Sólo un niño podría haberla encontrado, pensó Ivy, tan disimuladamente pintada como estaba.

—Yo quiero hablar con la mujer del último cuadro —comentó Beth.

Estaba sentada bajo un árbol con la cara vuelta en dirección opuesta al pintor. Sobre ella caían flores, luminosas flores de manzano, pero a Ivy le recordaban a la nieve. Miró el título: *Demasiado pronto*.

—Éste esconde una historia —dijo Beth con suavidad.

Ivy asintió. Conocía la historia, o una parecida, de perder a alguien antes de tener la oportunidad de...

Durante unos instantes le escocieron los ojos. Después parpadeó y dijo:

—Bueno, ya hemos visto toda la muestra. Vayamos a gastar dinero.

—¡Sí! —gritó Philip—. ¿Dónde están las atracciones?

—No hay atracciones, no es esa clase de festival.

El chico se paró en seco.

—¿No hay atracciones? —No podía creerlo—. ¡No hay atracciones!

—Creo que nos espera una tarde muy larga —le comentó Ivy a Beth.

—No pararemos de darle de comer —respondió su amiga.

—Quiero irme a casa.

—Volvamos a Main Street —sugirió Ivy— y veamos qué es lo que vende la

gente.

—Eso es aburrido. —Su hermano estaba adquiriendo ese aire testarudo que significaba problemas—. Voy a buscar a Gregory.

—¡No! —Ivy lo dijo con tal sequedad que Beth le lanzó una mirada inquisitiva—. Tiene una cita, Philip —le recordó ella en voz baja—, y no podemos importunarlo.

El muchacho comenzó a arrastrar los pies como si hubiera caminado kilómetros. Beth también caminaba despacio, analizando a Ivy.

—Es que en realidad no es justo para Gregory —le dijo Ivy a su amiga como si ésta le hubiera pedido alguna explicación—. No está acostumbrado a tener a un niño de nueve años pegado a él continuamente.

—Ah.

La forma en que Beth apartó la mirada de ella le dijo a Ivy que su amiga sabía que eso no era totalmente cierto.

—Y, claro está, Suzanne no está acostumbrada a ello en absoluto.

—Supongo que no —respondió Beth con suavidad.

—Esto es aburrido, aburrido, aburrido —se quejó Philip—. Quiero irme a casa.

—¡Pues camina! —le espetó su hermana

Beth echó una mirada en derredor.

—¿Y si vamos a hacernos una foto? —sugirió—. Todos los años ponen un puesto llamado Fotos del Viejo Oeste. Tienen varios disfraces que te puedes poner. Es divertido.

—¡Buena idea! —exclamó Ivy—. Nos haremos suficientes como para llenar un álbum —añadió entre dientes—, si eso lo mantiene ocupado.

El puesto cubierto estaba situado delante de la tienda de fotografía y parecía un escenario en miniatura. Había varios telones de fondo entre los que elegir, baúles de ropa que niños y adultos revisaban y el atrezo desperdigado por todas partes: pistolas, jarras de madera, una cabeza de búfalo de piel sintética. Una tintineante música de piano le otorgaba a la carpa la atmósfera de un *saloon*.

Incluso el fotógrafo llevaba puesto un sombrero de vaquero, un chaleco y unos pantalones de cuero ajustados. Beth lo observó desde atrás.

—Mono —comentó—. Muy mono.

Ivy esbozó una sonrisa.

—Me gusta cualquier cosa que lleve botas —dijo Beth en un tono de voz excesivamente alto.

El vaquero se volvió.

—¡Will!

Él se rió de la chica, que se puso roja a causa de la vergüenza. Le colocó una mano tranquilizadora sobre el hombro y después le dirigió a Ivy un ademán de saludo. Philip ya se había lanzado hacia los baúles de los disfraces.

—¿Cómo estás? —preguntó Will.

Beth se dio una palmada en la cabeza.

—Se me había olvidado por completo que, con tu trabajo, estarías aquí.

Él le sonrió..., fue una sonrisa enorme y tranquila. Era imposible verle los ojos a Will bajo el ala de su sombrero, pero Ivy pudo adivinar el momento en que pasó a mirarla a ella porque la sonrisa se tornó no tan enorme y no tan tranquila.

—¿Pensando en haceros una foto? —inquirió él.

Philip ya estaba casi enterrado entre la ropa.

—Parece que a nuestra cita le apetece —le dijo Beth a Ivy.

—¿Vuestra cita?

—Mi hermano Philip —le explicó Ivy. El pequeño se había incrustado entre dos tipos lo suficientemente grandes como para ser jugadores profesionales de fútbol americano—. El bajito.

Will asintió.

—Tal vez debería llevarlo hacia otro baúl. Los disfraces de mujer están allí —añadió Will mientras caminaba hacia Philip, señalando unos baúles donde se había congregado una marabunta de chicas.

Había algunas que eran mayores que Ivy y Beth. Otras tenían aspecto de ser dos o tres años más jóvenes. Ninguna de ellas paraba de volverse una y otra vez para mirar a Will y reírse tontamente.

—Eh, vaquero —lo llamó Beth en voz baja—. Juraría que a esas chicas les encantaría que les echaras una mano, incluso más que a Philip.

—Se las están arreglando bien —contestó él, y siguió caminando.

—¡Vaya culo!

Will se detuvo.

Ivy miró a Beth y Beth miró a Ivy. Ivy sabía que ella no lo había dicho, pero Beth actuaba como si ella tampoco hubiera sido.

—Yo no lo he dicho.

—Y yo tampoco.

Will se limitó a negar con la cabeza y se alejó.

—Pero lo estabais pensando —dijo alguien.

Ivy miró a su alrededor.

—Bueno, quizá sí lo estaba pensando, Ivy —admitió Beth—, pero...

Will se dio la vuelta.

—¡No lo he dicho yo! —insistió Ivy.

—¿No has dicho qué? —preguntó él inclinando la cabeza.

Ivy estaba segura de que él lo había oído.

—Que tienes... Que yo pensaba... Que... —Ivy le lanzó una mirada a Beth—. Bueno, da igual.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Will a Beth.

—De algo relacionado con tu culo —respondió ella.

Ivy hizo un gesto de desdén con las manos.

—¡Me importa un bledo su culo!

El zumbido de voces que inundaba la tienda cesó. Todo el mundo observó a Will y después a Ivy.

—¿Te gustaría ver el mío? —preguntó uno de los que parecían futbolistas.

—¡Por Dios...! —refunfuñó Ivy.

Will soltó una carcajada estrepitosa.

—Te has puesto roja —le advirtió Beth.

Ivy se llevó las manos a la cara.

Su amiga se la llevó a un lado.

—Ese color te sienta mucho mejor que el morado y el amarillo.

Quince minutos después, Ivy hizo una mueca cuando Beth le subió la cremallera delante del espejo del vestidor.

—Si me agacho, Will sacará una buena foto.

—Sacará una buena foto aunque te mantengas erguida —observó Beth.

Habían decidido vestirse de chicas de *saloon* con dos vestidos rojos y negros idénticos, «vestidos de fulana», como los llamaba Beth. La chica se pasó varias veces las manos sobre sus anchas caderas.

—Me da igual que mi hombre no respete la ley —dijo con el acento nasal de los habitantes del Oeste—, siempre y cuando respete las mías.

Ivy se echó a reír. Después le echó otro vistazo a su imagen en el espejo. Beth le había dado el vestido más pequeño; no había ni una sola curva que no se le marcara. Ivy se mostraba reticente a cruzar las cortinas del vestidor pese a que Beth le había dicho que los dos futbolistas se habían marchado. Pero Ivy podía manejar a los Hermanos Machote; lo que le daba vergüenza era que Will estuviera por allí.

Puede que el chico lo percibiera. Le ofreció la mano a Beth en cuanto Ivy y ella pusieron un pie fuera del vestidor.

—Oh, señorita Lizzie —le dijo—, hoy está realmente preciosa. Y usted también, señorita Ivy —añadió discretamente.

—¿Qué tal yo? —preguntó Philip. El chico apareció con unos pantalones de flecos y un chaleco que casi era de su talla. Pero el sombrero de cowboy le quedaba enorme.

—Apabullante —contestó Will—. Apabullante e imponente, si pudiera verte la barbilla.

Ivy rió; volvía a sentirse más cómoda.

—¿Qué tal si te pruebas otra talla?

—Que sea negro —exigió Philip.

—De acuerdo, Slim.<sup>[3]</sup>

Will encontró un sombrero apropiado y los colocó a los tres en fila frente a la cámara para conseguir un ángulo perfecto. Entonces se echó el sombrero hacia atrás y se situó al otro lado de la máquina de fotos. Se trataba de una cámara nueva dentro de la carcasa de una vieja; estaba incluso preparada para soltar una gran nube de humo tras el disparo..., era parte del espectáculo. Pero tras el *flash* y el humo, la cabeza de Will surgió de detrás del equipo. Tenía un aspecto casi cómico, y al principio Ivy pensó que eso también formaba parte del espectáculo. Pero el modo en que Will fijó la mirada hizo que los tres se volvieran para mirar detrás de ellos.

—Eh... Voy... voy a sacar otra —tartamudeó—. ¿Podéis colocaros justo como estabais antes?

Lo hicieron, y una segunda nube de humo se elevó en el aire.

—¿Qué ha salido mal la primera vez? —preguntó Beth.

—No estoy seguro. —Beth y él cruzaron una mirada que Ivy no supo interpretar. Will negó con la cabeza. Un segundo después el sombrero volvía a cubrirle los ojos—. Tardarán unos minutos en imprimirse. ¿Queréis dos o tres copias? —les preguntó.

—Dos serán suficientes —respondió Ivy—. Una para Beth y otra para nosotros.

—Yo quiero una para mí solo —protestó Philip.

—Y yo también —dijo otra voz.

Todos se volvieron.

—¿Qué hay, socio? —dijo Gregory tendiéndole la mano a Philip—. Señoritas. —Dedicó un buen rato a contemplar a Ivy, recorriéndola lentamente con la mirada de arriba abajo.

Suzanne le echó un vistazo más rápido.

—¿No podrías haberte puesto algo más ajustado? —observó—. Me extraña que no se haya formado un corro a tu alrededor.

Will dio un tirón a sus pantalones ajustados.

—¿Te refieres a ella o a mí? —preguntó con ligereza.

Gregory se echó a reír. Beth hizo lo mismo tras él; después miró a Suzanne con incomodidad. A su amiga no le había hecho gracia.

Will metió dos carretes en la máquina de revelado y se preparó para su siguiente grupo de clientes.

—Suzanne, tan sólo había dos vestidos iguales —aclaró Ivy a toda prisa—, y Beth y yo queríamos salir haciendo juego, así que ella cogió ése y yo... Díselo, Beth.

Pero mientras Beth repetía la explicación, Ivy se dijo: «¿Por qué molestarse? Hasta que Gregory no aprenda a evitar que se le vayan los ojos tras otras chicas, no tiene remedio. En cualquier caso, preferiría que se le fueran tras Beth, la verdad».

Echó a andar hacia el vestidor.

Gregory la agarró por el brazo.

—Te esperamos —le dijo—. Vamos a ir a ver los cuadros de Will.

Ivy vio a Suzanne por el rabillo del ojo; estaba tamborileando con los dedos sobre un baúl; el anillo de su dedo meñique destellaba.

—Ya los hemos visto —le contestó.

—Aunque no sabíamos cuáles eran los suyos —repuso Beth—. Los nombres de los autores siguen tapados.

—Son acuarelas —apuntó Gregory.

—¿Acuarelas? —repitieron Ivy y Beth al mismo tiempo.

—Will —llamó Gregory—, ¿qué número les han asignado a tus pinturas?

—El treinta y tres —respondió.

Beth e Ivy intercambiaron una mirada.

—Has pintado el jardín en el que Ivy quiere sentarse durante horas —le informó Beth.

—Y la serpiente —agregó Philip.

—Y la mujer sobre la que caen flores que parecen copos de nieve —añadió Ivy.

—Así es. —Will continuó trabajando, colocando a sus clientes ante la cámara.

—¡Son fantásticas! —exclamó Beth.

—Me gusta la serpiente —insistió Philip.

Ivy contempló a Will sin decir una palabra. Volvía a actuar como Will O’Leary el guay, como si sus cuadros y lo que se decía sobre ellos no le importara. Entonces percibió que el chico giraba la cabeza con rapidez, como si quisiera comprobar si ella seguía allí. En ese momento se dio cuenta de que Will quería que hiciera algún comentario.

—Tus cuadros son realmente..., eh... —Todas las palabras que se le ocurrían le parecían sosas.

—No importa —intervino él atajándola antes de que pudiera dar con la descripción adecuada.

—¿Vais a venir a echarles otro vistazo o no? —preguntó Gregory con impaciencia.

—Estaré lista dentro de un minuto —respondió Beth mientras se apresuraba hacia el vestidor.

Philip echó a andar hacia el vestidor al tiempo que se desvestía.

—Yo no puedo —le dijo Ivy a Gregory—. Toco a las cinco y necesito...

—¿Ensayar? —Sus ojos relampaguearon.

—Necesito tiempo para serenarme, para pensar en lo que voy a tocar, eso es todo. No puedo hacerlo con gente alrededor.

—Lamento que no puedas venir —dijo Suzanne, y en ese momento Ivy supo que estaba haciendo progresos. Pero, aun así, le dolió ver cómo Gregory daba media vuelta y se alejaba.

Se entretuvo en el vestidor el tiempo suficiente para que los demás se marcharan. Cuando salió, tan sólo quedaban dos clientes que se estaban probando sombreros y riéndose.

Will estaba descansando sobre una silla de lona, con una pierna apoyada sobre un baúl. Analizaba una fotografía que sujetaba en las manos. La puso boca abajo cuando vio a Ivy.

—Gracias por pasaros por aquí —le dijo.

—Will, no me has dado la oportunidad de decirte lo que me ha gustado de tus cuadros. Al principio no era capaz de encontrar las palabras apropiadas...

—No buscaba tus halagos, Ivy.

—Me da igual que los buscaras o no —repuso ella, y se dejó caer sobre la silla que había frente a él—. Tengo algo que decir.

—De acuerdo. —Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa—. Dispara.

—Tiene que ver con el que se llama *Demasiado pronto*.

Will se quitó el sombrero. Ivy deseó que se lo hubiera dejado puesto. De alguna forma —y cada vez más, parecía—, mirarlo a los ojos hacía que le resultara difícil hablar. Se dijo a sí misma que no eran más que unos ojos castaño oscuro, pero cada vez que los miraba se sentía como si estuviera en caída libre.

Los ojos son el espejo del alma, había leído en una ocasión. Y los de Will estaban abiertos de par en par.

Ivy se concentró en sus propias manos.

—A veces, cuando algo te conmueve, es complicado encontrar términos que lo describan. Puedes utilizar adjetivos como «bonito», «fabuloso», «increíble», pero esas palabras no describen de verdad lo que sientes, sobre todo si el cuadro te hace sentir todo eso pero, además, te... te hace también un poco de daño. Y eso es lo que me ha ocurrido con tu acuarela. —Dobló los dedos—. Eso es todo.

—Gracias —dijo Will.

Entonces Ivy levantó la vista hacia él. Y fue un error.

—Ivy...

Ella trató de apartar la mirada, pero no pudo.

—¿...cómo estás?

—Estoy bien. De verdad, muy bien.

¿Por qué tenía que decirle eso a la gente una y otra vez? Y ¿por qué, cuando se lo decía a Will, le daba la sensación de que él era capaz de distinguir claramente la mentira?

—Yo también tengo algo que decir —afirmó él—. Cuídate.

Ivy sabía que le estaba mirando la mejilla en la que la habían golpeado durante el ataque. Todavía tenía una ligera sombra de color, a pesar de que Ivy había hecho todo lo posible por ocultarla bajo el maquillaje.



—Por favor, cuídate mucho.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —le espetó.

—A veces la gente no se cuida.

Ivy quiso decirle: «No tienes ni idea de lo que estás diciendo, nunca has perdido a alguien a quien quisieras». Pero entonces recordó las palabras de Gregory acerca de que Will había pasado una época difícil. Quizá Will sí que sabía de qué hablaba.

—¿Quién es la mujer de tu cuadro? —le preguntó Ivy. ¿Es alguien a quien conocías?

—Mi madre. Mi padre aún no es capaz de mirar la lámina. —Entonces hizo un gesto para borrar ese pensamiento y se inclinó hacia adelante—. Ten cuidado, Ivy. No olvides que hay otras personas que sentirán que lo han perdido todo si te pierden a ti.

Ella apartó la mirada.

Will alargó la mano para acariciarle el rostro. Ella se retiró instintivamente cuando le rozó la parte magullada. Pero no le hizo daño, y no la dejó apartarse. Le pasó una mano por detrás de la cabeza y la sujetó con suavidad por la nuca. No había forma de escapar de él.

Tal vez no quería escapar de él.

—Ten cuidado, Ivy. ¡Ten cuidado! —Sus ojos brillaban con una intensidad extraña—. Te lo advierto... ¡Ten cuidado!

Ivy pestañeó. Después se zafó de Will y echó a correr.

Tristan se tumbó sobre la hierba, exhausto. El parque situado al final de Main Street se estaba llenando de gente. Los manteles sobre la hierba parecían balsas de colores brillantes sobre un mar verde. Los niños se revolcaban por el suelo y se daban puñetazos. Los perros tiraban de sus correas y se rozaban los hocicos. Dos adolescentes se besaban. Una pareja más mayor colocaba sus sombrillas y los miraba; la mujer sonreía.

Lacey regresó de su exploración del escenario del parque, que ya estaba preparado para la actuación de las cinco en punto. Se dejó caer junto a Tristan.

—Ha sido una estupidez —lo reprendió.

Él ya sabía que diría algo así.

—¿Qué parte? —le preguntó. Al fin y al cabo, la tarde había sido larga y habían ocurrido muchas cosas.

—Intentar meterte en la cabeza de Gregory —gruñó—. Me sorprende que no te enviara a Manhattan de un puntapié. ¡O a Los Ángeles!

—¡Estaba desesperado, Lacey! Tengo que descubrir a qué está jugando con Ivy y Suzanne.

—Ya... ¿y pensabas que era necesaria una excursión a su mente para averiguarlo? —le preguntó con incredulidad—. Deberías haberme preguntado a mí. Su juego no es muy distinto del que he visto practicar a muchos tipos con las chicas. Está utilizando a la fácil para entretenerse un rato, y persiguiendo a la señorita Dura de Roer. —Acercó su cara a la de Tristan—. ¿Me equivoco?

Él no contestó. No era un juego romántico lo único que le preocupaba. Desde el momento en que había relacionado la muerte de Caroline con la entrega de Ivy en la casa de al lado, se había estado preguntando cuál sería el motivo que se escondía tras la nueva cercanía de Gregory respecto a Ivy.

—Bueno, espero que hoy hayas aprendido la lección —recalcó Lacey.

—Tengo un dolor de cabeza horrible —contestó Tristan—. ¿Satisfecha?

Con delicadeza, ella le puso una mano sobre la frente y le dijo con voz más tranquila:

—Si te hace sentir mejor, es probable que a Gregory también le duela.

Tristan la miró con los ojos entornados, sorprendido por esa pequeña muestra de amabilidad.

Ella apartó la mano y lo miró de la misma forma.

—¿Y se puede saber por qué te has dedicado a perseguir a Philip y a colarte en su mente? —exigió saber. Me parece otro gasto de energía inútil. Él ya ve nuestro

resplandor..., y se mete en un lío cada vez que lo menciona. Esta tarde, esa conversación ha puesto a Gregory de muy buen humor, de verdad.

—Tenía que decirle a Philip quién soy. Beth firmó con mi nombre el mensaje del ordenador. Si Philip le dice a su hermana que me ve, o que ve mi luz, tarde o temprano Ivy tendrá que creer.

Lacey sacudió la cabeza para mostrar sus reservas al respecto.

—Y hablando de Philip —dijo Tristan al tiempo que se incorporaba sobre un codo—, me he dado cuenta de que el humor de Gregory mejoró más aún cuando Philip dejó de hablar de ángeles y sacó la foto de uno de verdad. ¿En qué misión estabas trabajando hoy cuando te metiste en esa fotografía?

Lacey no le contestó de inmediato. Levantó la vista hacia tres mujeres vestidas con mallas que acababan de ser presentadas en el escenario.

—¿Qué crees que van a hacer?

—Danza o aeróbic. Contesta a mi pregunta.

—Si yo estuviera en su lugar, me pondría una túnica.

—Buen intento —repuso Tristan.

—Estaba trabajando en mi proceso de semimaterialización —le explicó ella—, en solidificarme lo suficiente como para mostrar una forma general pero sin llegar a convertirme en un cuerpo real. Nunca se sabe..., quizá necesite hacer algo así en el futuro. Para completar mi misión, por supuesto.

—Por supuesto. Y en proyectar tu voz para que todos los que estaban en Fotos del Viejo Oeste te oyeran... Supongo que también necesitabas ensayarlo un poco más.

—Ah, bueno, eso —dijo Lacey con un breve movimiento de la mano—. En ese momento estaba trabajando en tu misión.

—¿En mi misión?

—A mi manera —respondió ella—. Tú y yo tenemos estilos muy diferentes.

—Cierto. Jamás se me habría pasado por la cabeza decirle a Will que tiene un buen culo.

—Un culo estupendo —lo corrigió Lacey—. El mejor que he visto desde hace mucho tiempo... —Lo miró con aire pensativo—. Date la vuelta.

—Ni lo sueñes.

Ella se rió y, después, dijo:

—Esa chica tuya utiliza su piel como si fuera una armadura. Pensé que si ponía en marcha una broma sin importancia conseguiría que se soltara un poco, que se abriera a Will. Consideré que era una buena oportunidad, ya que Ivy no podía verle los ojos a él. Creo que son sus ojos los que la afectan, los que hacen que se cierre en banda de esa forma.

—Me ve a mí reflejado en ellos —dijo Tristan.

—Algunos tíos te causan esa impresión —continuó Lacey—. Tienen unos ojos en

los que una chica podría ahogarse.

—Ella no lo sabe, pero es a mí a quien ve en ellos.

Cuando Lacey no se lo confirmó, Tristan se incorporó por completo.

—¿Me ve Ivy cuando la miro a través de los ojos de Will?

—No —contestó Lacey—, ve a otro tipo que se ha enamorado de ella, y se muere del miedo.

—¡No me lo creo! —protestó Tristan—. Te equivocas, Lacey.

—No me equivoco.

—Puede que Will esté colado por ella, y quizá ella lo encuentre atractivo, pero...

Lacey se tumbó de espaldas sobre la hierba.

—Vale, vale. Sólo vas a creer lo que quieres creer, pase lo que pase. —Se puso un brazo bajo la cabeza para elevarla un poco—. Que no es muy diferente de la forma en que cree Ivy..., a pesar de lo que tiene delante de las narices.

—Ivy jamás podría amar a otra persona —insistió Tristan—. No lo sabía antes del accidente, pero ahora ya lo sé: Ivy sólo me quiere a mí, estoy seguro de ello.

Lacey le dio unos golpecitos en el brazo con una de sus largas uñas.

—Disculpa que te recuerde que ahora estás muerto.

Tristan encogió las rodillas y apoyó un brazo sobre cada una de ellas. Se concentró para materializar las yemas de sus dedos y entonces bajó una mano y comenzó a arrancar briznas de hierba.

—Estás mejorando —observó Lacey—. No te ha costado mucho esfuerzo.

Pero él estaba demasiado enfadado como para agradecer el cumplido.

—Tristan, tienes razón. Ivy te quiere más de lo que quiere a cualquier otra persona. Pero el mundo sigue girando y, si quieres que siga viva, no puede seguir enamorada de la muerte. La vida necesita vida. Así es como funcionan las cosas.

Tristan no contestó. Contempló cómo las tres mujeres de las mallas daban brincos de un lado a otro y después salían del escenario caminando trabajosamente y brillando a causa del sudor. Oyó a una niña pequeña vestida de Annie que medio cantaba, medio voceaba el tema *Tomorrow* una y otra vez.

—En realidad no importa quién tenga razón —dijo al fin—. Necesito a Will. No puedo ayudar a Ivy sin él.

Lacey asintió.

—Will acaba de llegar. Supongo que se está tomando un descanso del trabajo... Está sentado solo, no muy lejos de la entrada del parque.

—Los demás están allí —dijo Tristan señalando en dirección contraria.

Beth y Philip estaban tumbados boca abajo, apoyados sobre los codos en una manta grande, mirando las actuaciones mientras recogían tréboles para atarlos y hacer con ellos una cadena larga. Suzanne estaba sentada sobre la misma manta con Gregory, rodeándolo con los brazos desde atrás. Estaba recostada sobre la espalda de

él y tenía la cabeza apoyada en su hombro. Eric se había unido a ellos pero estaba sentado en la hierba, justo al lado de una de las esquinas de la manta, con la que se dedicaba a jugar. No paraba de estudiar a la multitud, daba respingos en momentos extraños y volvía la cabeza para echar vistazos rápidos a su espalda.

Vieron otras cuantas actuaciones más; luego, presentaron a Ivy. Philip se puso en pie de inmediato y aplaudió. Todo el mundo se echó a reír, incluida Ivy, que miró en dirección a su hermano.

—Eso la ayudará —comentó Lacey—. Ha roto el hielo. Me gusta ese niño.

Ivy comenzó a tocar, pero no la obra que estaba previsto que tocara, sino *Claro de luna*, la sonata que había tocado para Tristan una noche, una noche que parecía haber ocurrido hacía ya muchos veranos.

«Es para mí —pensó él—. Ésa es la pieza que tocó para mí —quería decirle a todo el mundo— la noche en que convirtió la oscuridad en luz, la noche en que bailó conmigo. Ivy está tocando para mí», quería espetarles a Gregory y a Will.

Gregory permanecía absolutamente inmóvil, sin prestar atención a los ligeros movimientos de Suzanne. Tenía los ojos clavados en Ivy como si estuviera embelesado.

Will también estaba sentado en la hierba sin moverse. Tenía una rodilla doblada y un brazo apoyado relajadamente sobre ella. Pero no había nada de relajado en la forma en que escuchaba y miraba a Ivy. Estaba absorbiendo todos y cada uno de los pequeños detalles. Tristan se levantó y se dirigió hacia él.

Luego observó a Ivy desde la perspectiva de Will: sus manos fuertes, su maraña de pelo dorado bajo el sol de la tarde, la expresión de su rostro. Ella estaba en un mundo distinto del suyo, y él deseaba con todas sus fuerzas formar parte de ese mundo. Pero Ivy no lo sabía, y Tristan se temía que nunca llegaría a saberlo.

En un instante, Tristan acompasó sus pensamientos a los de Will y se coló en su interior. En ese momento oyó la música de Ivy a través de los oídos de Will. Cuando ella terminó de tocar, Tristan se puso en pie con Will. Aplaudió y aplaudió, con las manos por encima de la cabeza, por encima de la cabeza de Will. Ivy hizo una reverencia, saludó con la cabeza y dirigió la mirada hacia él.

Después se volvió hacia los demás. Suzanne, Beth y Eric la vitoreaban entusiasmados. Philip daba saltos para intentar ver algo por encima de las cabezas del público puesto en pie. Gregory permanecía inmóvil. Ivy y él eran las dos únicas personas que había en aquel ruidoso parque que permanecían quietos, en silencio, mirándose el uno al otro como si se hubieran olvidado de todos los demás.

Will se volvió abruptamente y caminó de vuelta hacia la calle. Tristan salió de él y se dejó caer sobre la hierba. Al cabo de unos momentos sintió a Lacey a su lado. No dijo una sola palabra, simplemente se sentó a su lado, hombro con hombro, como si fuera un viejo compañero del equipo de natación en el banco de la piscina.

—Estaba equivocado, Lacey —admitió—. Y tú también. Ivy no me ve a mí. Tampoco ve a Will.

—Ve a Gregory —concluyó ella.

—A Gregory —repitió Tristan con amargura—. ¡No sé cómo voy a salvarla ahora!

En cierto sentido, enfrentarse a Suzanne tras la actuación fue más fácil de lo que Ivy esperaba. Tal y como habían planeado, Ivy se reunió con Philip y con sus amigos junto a la puerta del parque. Antes de que tuviera oportunidad de saludarlos, Suzanne le dio la espalda.

Ivy alargó la mano y tocó el brazo de su amiga.

—¿Te han gustado los cuadros de Will? —le preguntó.

Suzanne se comportó como si no la hubiera oído.

—Suzanne, Ivy se estaba preguntando qué opinas de los cuadros de Will —dijo Beth con tacto.

La respuesta fue lenta.

—Lo siento, Beth, ¿qué acabas de decir?

Su amiga miró con inquietud primero a Suzanne y luego a Ivy. Eric se echó a reír; estaba disfrutando de la tensión que se palpaba entre las chicas. Gregory parecía estar ensimismado y distante tanto de Suzanne como de Ivy.

—Hablábamos de los cuadros de Will —repuso Beth rápidamente.

—Son geniales —contestó Suzanne.

Mantecía el hombro y la cabeza en un ángulo que impedía que Ivy entrara en su campo de visión.

Ivy esperó a que pasara un grupo de niños con globos y luego varió su posición para intentar hablar con su amiga una vez más. En esa ocasión se encontró directamente con la espalda de Suzanne en la cara. Beth, que estaba entre las dos chicas, comenzó a parlotear como si las palabras pudieran llenar el silencio y la distancia que las separaban.

En cuanto Beth hizo una pausa para recuperar el aliento, Ivy dijo que tenía que marcharse para poder llevar a Philip a tiempo a casa de su amigo. Pero tal vez su hermano viera y comprendiera más de lo que Ivy creía. Esperó hasta que estuvieron a una manzana de distancia de los demás antes de decir:

—Sammy acaba de volver del campamento y me dijo que no fuera hasta después de las siete.

Ivy le colocó una mano sobre el hombro.

—Lo sé. Gracias por no mencionarlo.

Mientras iban de camino hacia el coche, Ivy se detuvo en un pequeño puesto y compró dos ramilletes de amapolas. Philip no le preguntó por qué las compraba o

hacia dónde se dirigían. Quizá también lo hubiera adivinado.

A medida que Ivy se alejaba conduciendo del festival fue sintiéndose cada vez más sorprendentemente ligera. Había intentado que Suzanne estuviera más cómoda, contentarla manteniéndose alejada de Gregory. Le había tendido la mano a su amiga varias veces, pero ella la había rechazado en cada ocasión. Ya no había razones para seguir intentándolo, para seguir caminando de puntillas en torno a Suzanne y a Gregory. Su enojo se convirtió en alivio; de repente se sintió liberada de una carga que ella no había querido poner sobre sus hombros.

—¿Por qué llevamos dos ramos? —preguntó Philip mientras Ivy conducía y tarareaba—. ¿Uno de ellos es de mi parte?

Lo había adivinado.

—En verdad, los dos son de nuestra parte. He pensado que sería bonito dejar unas flores sobre la tumba de Caroline.

—¿Por qué?

Ivy se encogió de hombros.

—Porque era la madre de Gregory, y Gregory se ha portado muy bien con nosotros.

—Pero era una señora repugnante.

Ivy le lanzó una mirada fugaz. «Repugnante» no era una palabra que formara parte del vocabulario de Philip.

—¿Cómo?

—La madre de Sammy dijo que era repugnante.

—Bueno, la madre de Sammy no lo sabe todo —le contestó Ivy al tiempo que cruzaban las enormes puertas de hierro.

—Pero conocía a Caroline —protestó Philip con tozudez.

Ivy era consciente de que había muchas personas a las que no les gustaba Caroline. El propio Gregory nunca había hablado bien de su madre.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —dijo mientras aparcaba el coche—: uno de los ramos, el naranja, será para Caroline de mi parte, y el otro, el morado, para Tristan de parte de los dos.

Caminaron en silencio hasta la zona adinerada de Riverstone Rise.

Cuando Ivy se acercó a dejar las flores sobre la tumba de Caroline notó que Philip se quedaba atrás.

—¿Está fría? —le preguntó a su hermana desde la distancia.

—¿Fría?

—La hermana de Sammy dice que las tumbas de la gente cruel están frías.

—Está muy caliente. Y, mira, alguien le ha dejado a Caroline una rosa con un tallo muy largo, alguien que debía de quererla mucho.

Philip no estaba convencido, y parecía ansioso por marcharse de allí. Ivy se

preguntó si también se comportaría de forma extraña en la tumba de Tristan. Pero mientras caminaban hacia ella el chico comenzó a dar saltos sobre las piedras y volvió a su anterior estado alegre y charlatán.

—¿Te acuerdas de cuando Tristan se puso las verduras en el pelo en la boda de mamá —preguntó Philip— y se le quedó todo pringoso? ¿Y recuerdas que se metió apio en las orejas?

—Y las colas de las gambas en la nariz —apuntó Ivy.

—Y aquellas cosas negras en los dientes.

—Aceitunas. Sí, me acuerdo.

Era la primera vez desde el funeral que Philip hablaba sobre Tristan, el Tristan con el que una vez había jugado. Ivy se preguntó por qué de pronto su hermano era capaz de mencionarlo.

—¿Y te acuerdas de que le gané jugando a las damas?

—Dos partidas de tres —asintió ella.

—Sí. —Philip sonrió para sí y después salió disparado.

Corrió hasta el último mausoleo que había en una fila de elegantes panteones y llamó a la puerta.

—¡Los de dentro, abrid! —gritó.

A continuación agitó los brazos y voló por delante de Ivy para esperarla en la siguiente curva.

—Tristan era bueno jugando a la videoconsola —comentó Philip.

—Te enseñó unos cuantos trucos buenos, ¿no?

—Sí. Lo echo de menos.

—Yo también —dijo Ivy mordiéndose el labio inferior.

Se alegró de que Philip se adelantara corriendo otra vez. No quería estropear sus recuerdos felices con lágrimas.

Ante la tumba de Tristan, Ivy se arrodilló y acarició con los dedos las letras de la lápida, el nombre y las fechas de Tristan. No era capaz de entonar la pequeña oración grabada en la piedra, una oración que lo ponía en manos de los ángeles, así que sus dedos la leyeron silenciosamente. Philip también tocó la lápida; después colocó las flores. Quería disponerlas en forma de «T».

«Lo está superando —pensó Ivy mientras lo observaba—. Si él es capaz, puede que yo también lo sea».

—A Tristan le gustarán cuando vuelva —dijo Philip tras ponerse en pie para admirar su propia obra.

Ivy pensó que había malinterpretado a su hermano.

—Espero que regrese antes de que se mueran las flores —continuó el pequeño.

—¿Cómo?

—Quizá vuelva cuando sea de noche.



Ivy se tapó la boca con la mano. No quería tener que enfrentarse a aquello, pero alguien debía hacerlo, y sabía que no podía contar con su madre para ello.

—¿Dónde crees que está Tristan ahora? —preguntó con precaución.

—Sé dónde está. En el festival.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él. Es mi ángel, Ivy. Sé que me dijiste que nunca volviera a decir «ángel» —Philip hablaba muy de prisa, como si pudiera evitar el enfado de su hermana diciendo la palabra con mucha rapidez—, pero es lo que Tristan es. No sabía que era él hasta que me lo ha dicho hoy.

Ella se frotó los brazos desnudos con las manos.

—Aún debe de estar allí con esa otra —dijo Philip.

—¿Esa otra? —repitió su hermana.

—El otro ángel —murmuró él.

Entonces rebuscó en su bolsillo y sacó una fotografía arrugada. Era una de las que les habían sacado en Fotos del Viejo Oeste, pero no la misma que le habían dado a ella. Había habido algún problema con la máquina de revelado, o quizá con el carrete, y había una especie de nube detrás de Philip.

El chico la señaló.

—Ésta es ella, el otro ángel.

La forma recordaba vagamente a una chica, así que Ivy entendió que su hermano dijera algo así.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la dio Will. Se la pedí porque el ángel no se puso en la foto que te han dado a ti. Creo que es una amiga de Tristan.

Ivy tan sólo podía imaginarse lo que la activa mente de su hermano crearía a continuación: toda una comunidad de ángeles amigos y familiares.

—Tristan está muerto —le dijo—. Muerto, ¿lo entiendes?

—Sí. —Su expresión era sombría y transmitía comprensión, como la de un adulto, pero su piel parecía tan suave como la de un bebé, dorada bajo el sol del atardecer. En ese momento, a Ivy le recordó el retrato de un ángel.

—Echo de menos a Tristan como era antes —le dijo Philip—. Me gustaría que aún pudiera jugar conmigo. A veces, todavía me entran ganas de llorar. Pero estoy contento de que ahora sea mi ángel, Ivy. También te ayudará a ti.

Ella no se lo discutió. No podría razonar con un niño que creía tanto como Philip.

—Tenemos que irnos —le dijo al fin.

Él asintió y a continuación echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—Espero que te gusten, Tristan.

Ivy se adelantó de prisa. Se alegraba de que fuera a dejar a su hermano en casa de Sammy para que durmiera allí. Con Sammy de vuelta, quizá Philip pasara algo más

de tiempo en el mundo real.

Cuando Ivy llegó a casa se encontró una nota de su madre recordándole que Andrew y ella se habían marchado a la cena de gala que formaba parte del Festival de las Artes.

—Bien —dijo en voz alta.

Ya había tenido bastantes conversaciones forzadas por ese día. Una noche a solas con *Ella* y un buen libro era justo lo que necesitaba. Subió corriendo al piso de arriba, se quitó los zapatos de cualquier manera y se cambió para ponerse su camiseta favorita, que estaba tan llena de agujeros y tan dada de sí que podía utilizarla como vestido.

—Solas tú y yo, gata —le dijo a *Ella*, que la había seguido escaleras arriba y de nuevo cuando bajó a la cocina—. ¿Está la señorita lista para la cena? —Ivy sacó dos latas y las puso sobre la encimera—. Para ti, *nuggets* de marisco. Para mí, atún. Espero no confundirlos.

*Ella* se restregaba una y otra vez contra las piernas de Ivy mientras ella preparaba la comida. Entonces la gata maulló suavemente.

—¿Preguntas que por qué unos platos tan elaborados? —Ivy bajó un par de platos de cristal tallado idénticos, junto con un vaso y un bol, ambos también de cristal—. Porque estamos de celebración. He tocado la pieza, *Ella*, ¡he tocado el movimiento completo!

La gata volvió a maullar.

—No, no la que había estado ensayando... y tampoco la que habías ensayado tú. *Claro de luna*. Eso es. —Ivy suspiró—. Supongo que tenía que tocarla para él una vez más antes de que pudiera volver a tocar para mí. ¡Creo que ahora podría tocar cualquier cosa! Vamos, gatita.

*Ella* la siguió hasta la sala de estar y la observó con curiosidad mientras encendía una vela y la colocaba en el suelo, entre las dos.

—¿Tenemos estilo o no?

La gata dejó escapar otro suave maullido.

Ivy abrió las enormes puertas acristaladas que conducían al jardín trasero de la casa y puso un CD de jazz suave.

—¿Sabes? Algunos gatos no pasan noches de sábado como ésta.

*Ella* estuvo ronroneando a lo largo de toda la cena. Ivy se sentía igual de satisfecha mientras miraba a su gata limpiarse y después tumbarse junto a las altas puertas con mosquitera con la nariz y las orejas preparadas para recoger todos los olores y los leves sonidos del crepúsculo.

Tras unos cuantos minutos de vigilancia con *Ella*, Ivy sacó un libro de debajo del cojín de la silla, una colección de relatos que Gregory había estado leyendo. Apartó la vela de la corriente y se tumbó sobre su estómago junto a la gata para empezar a leer.

No fue hasta entonces que se dio cuenta de lo cansada que estaba. Las palabras no paraban de desdibujarse ante sus ojos y la vela proyectaba un parpadeo hipnótico sobre la página. El relato narraba una especie de misterio e intentó concentrarse porque no quería perderse ninguna de las pistas. Pero antes de que el asesino atacara por segunda vez, se le cerraron los ojos.

Ivy no sabía cuánto tiempo había dormido. No había soñado. Se había despertado de repente, alertada por algún ruido.

Antes de poder abrir los ojos, supo que era tarde. El CD había terminado y oía los grillos en el exterior, todo un coro de ellos. Desde el comedor le llegaron las suaves campanadas del reloj de sobremesa. Perdió la cuenta de las horas..., ¿once?, ¿doce?

Sin levantar la cabeza, abrió los ojos en la habitación en penumbra y vio que la vela, aunque aún alumbraba, tan sólo era un cabo. *Ella* se había marchado y una de las puertas mosquiteras estaba abierta de par en par, plateada bajo la luz de la luna.

Una brisa fresca penetró en el interior de la casa. A Ivy se le erizaron los finos vellos que le cubrían los brazos y de pronto sintió que la piel se le quedaba helada. «Ha sido *Ella* la que ha salido por la puerta —se dijo—. Seguramente no tenía el pestillo echado y *Ella* la empujó hasta abrirla para poder salir». Pero la corriente era fuerte, ya que atravesaba el comedor hasta la puerta que había tras Ivy. Esa puerta, que llevaba a la galería, estaba cerrada cuando ella se había quedado dormida.

Ahora estaba abierta... Ivy lo supo sin tener que volverse. Y también supo que alguien la estaba observando. En la entrada crujió una tabla del suelo; después, otra, mucho más cerca de ella. Sentía su oscura presencia cerniéndose sobre ella.

Tomó aire silenciosamente. Entonces, abrió la boca y gritó.

Ivy chilló y luchó contra él lanzando una patada hacia atrás con todas sus fuerzas. Él la sujetó contra el suelo mientras le tapaba la nariz y la boca con la mano. La chica gritó tras su mano y, después, trató de mordérsela, pero era demasiado rápido para ella. Ivy trató de hacer rodar su cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Lo obligaría a rodar con ella sobre la llama de la vela si tenía que hacerlo.

—¡Ivy!, ¡Ivy! ¡Soy yo! ¡Cállate, Ivy! Vas a asustar a Philip, sólo soy yo.

Ella se relajó bajo su peso.

—Gregory.

Él se levantó poco a poco de encima de su hermanastra. Se miraron el uno al otro; ambos sudaban y se habían quedado sin resuello.

—Pensé que estabas dormida —dijo él—. Estaba intentando ver si estabas bien sin despertarte.

—Yo... Simplemente... no sabía quién eras. Philip no está. Va a pasar la noche en casa de Sammy. Y mi madre y Andrew están en la cena de gala.

—¿Todo el mundo ha salido? —preguntó Gregory con brusquedad.

—Sí, y creía que...

Él se golpeó la palma de la mano con el puño varias veces; se detuvo cuando se dio cuenta de la forma en que lo miraba Ivy.

—¿Qué pasa contigo? —exigió saber—, ¿qué pasa contigo, Ivy? —La agarró por los dos brazos—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

Él la miró a los ojos con gran fijeza.

—¿Por qué has estado evitándome?

Ivy apartó la mirada.

—¡Mírame! ¡Contéstame!

Ella volvió la cabeza hacia Gregory de nuevo.

—Pregúntale a Suzanne, si quieres saber por qué.

Entonces percibió el destello en los ojos de su hermanastro, como si de repente lo hubiera entendido. Resultaba difícil creer que no se hubiera imaginado lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué otro motivo iba a evitarlo ella si no?

Gregory disminuyó la fuerza con la que la sujetaba.

—Ivy. —El tono de su voz era ya más suave, vacilante—. Estás sola en casa, por la noche, en una casa en la que te atacaron la semana pasada, con la puerta abierta de par en par. ¡Te has dejado la puerta abierta de par en par! ¿Por qué has hecho una tontería así?

Ella tragó saliva con dificultad.

—Creía que la mosquitera tenía el cerrojo echado. Pero no era así, supongo, y *Ella* debe de haberla abierto de un empujón.

Gregory se apoyó contra el sofá al tiempo que se frotaba la cabeza.

—Lo siento. Siento que te hayas preocupado —se disculpó Ivy.

Él respiró profundamente y colocó una mano sobre las de ella. Ya estaba mucho más calmado.

—No, he sido yo el que te ha asustado. Debería ser yo el que se disculpara.

Incluso a la titilante luz de la vela, Ivy era capaz de ver la fatiga que rodeaba los ojos de Gregory. Levantó una mano y le acarició la sien que él se había estado frotando.

—¿Dolor de cabeza?

—Ya no es tan fuerte como antes.

—Pero aún te duele. Túmbate —le ordenó. Ivy puso un cojín en el suelo para que Gregory apoyara la cabeza—. Te traeré un poco de té y una aspirina.

—Puedo cogerlo yo mismo.

—Deja que lo haga yo. —Con delicadeza, posó una mano sobre su hombro—. Tú has hecho mucho por mí, Gregory. Por favor, deja que te ayude en eso.

—No he hecho nada que no quisiera hacer.

—Por favor.

Gregory se tumbó.

Ivy se levantó y puso un disco de música de saxo y piano.

—¿Demasiado alto? ¿Demasiado bajo?

—Perfecto —contestó él con los ojos cerrados.

Ivy preparó una tetera, puso unas cuantas galletas sobre la bandeja junto con una aspirina y lo llevó todo a la habitación iluminada por la vela.

Durante un rato sorbieron el té en silencio y comieron galletas. Después, juguetonamente, Gregory hizo chocar su taza contra la de Ivy en un brindis silencioso.

—¿Qué es esto? Me da la sensación de que me estoy bebiendo un jardín.

Ella se echó a reír.

—Es lo que estás haciendo... y es bueno para tu salud.

Gregory dio otro sorbo y la miró a través del tenue vapor.

—Tú eres buena para mi salud —repuso.

—¿Te gusta que te rasquen la espalda? —le preguntó Ivy—. A Philip le encanta.

—¿Que se la rasquen?

—Bueno, que se la froten. Cuando eras pequeño, ¿tu madre no te acariciaba la espalda para conseguir que te durmieras?

—¿Mi madre?

—Date la vuelta.

Él la miró con cierto aire de diversión; después volvió a dejar su té en la bandeja y se tumbó boca abajo.

Ivy comenzó a acariciarle la espalda trazando sobre ella con la mano círculos grandes y pequeños, igual que hacía con Philip. Percibía lo tenso que estaba, todos y cada uno de sus músculos estaban rígidos. Lo que Gregory necesitaba en realidad era un masaje, y sería mejor si se quitara la camiseta, pero a Ivy le daba miedo proponérselo.

«¿Por qué? Tan sólo es mi hermanastro —se recordó Ivy—. No es una cita. Es un buen amigo y una especie de hermano...».

—¿Ivy?

—¿Sí?

—¿Te molestaría que me quitara la camiseta?

—Al contrario, sería mejor que lo hicieras —respondió ella.

Gregory se la quitó y volvió a tumbarse. Tenía una espalda larga y bronceada, y fuerte a causa del tenis. Ivy comenzó a trabajar en ella de nuevo, en esa ocasión, apretando con fuerza, subiendo las manos por su columna y moviéndolas hacia los lados a través de sus hombros musculosos. Le masajeó la nuca dejando que sus dedos trabajaran bajo el pelo moreno de Gregory. Después deslizó las manos hacia la parte baja de su columna. Con lentitud, pero con seguridad, sintió que el joven se relajaba bajo sus dedos.

Sin previo aviso, Gregory se dio la vuelta y la miró.

A la luz de la vela, sus rasgos proyectaban sombras escurpadas. Una luz dorada inundaba un pequeño hueco que se le había formado en el cuello. Ivy se sintió tentada de acariciarlo, de posar la mano sobre su cuello y sentir dónde palpitaba su pulso.

—¿Sabes? —dijo Gregory—, el invierno pasado, cuando mi padre me dijo que se iba a casar con Maggie, lo último que me apetecía era que te metieras en mi casa.

—Lo sé —asintió Ivy sonriéndole.

Él alzó una mano y le acarició una mejilla.

—Y ahora... —Estiró los dedos y dejó que se enredaran en la melena de Ivy—. Ahora... —Acercó la cabeza de ella hacia sí.

«Si nos besamos —pensó Ivy—, si nos besamos y Suzanne...».

—¿Ahora? —susurró Gregory.

No podía seguir luchando contra ello. Ivy cerró los ojos.

Con ambas manos, Gregory atrajo con rapidez el rostro de la chica hasta el suyo. Entonces, sus ásperas manos se relajaron y el beso fue largo, suave y delicioso. Después alzó el rostro y la besó con ternura en el cuello.

Ivy bajó la boca y comenzaron a besarse de nuevo. Justo en ese instante, ambos se quedaron paralizados, sobresaltados por el ruido de un motor y por el trazo de los

faros de un coche sobre el camino de entrada. El coche de Andrew.

Gregory echó la cabeza hacia atrás y se rió con suavidad.

—No me lo puedo creer. —Soltó un suspiro—. Han llegado nuestras carabinas.

Ivy notó la lentitud y la mala gana con la que los dedos de Gregory se separaban de ella. Luego sopló la vela, encendió la luz e intentó no pensar en Suzanne.

A Tristan le habría gustado conocer alguna forma de apaciguar a Ivy. Sus sábanas estaban revueltas y su pelo se había convertido en una maraña de oro retorcido una y otra vez. ¿Había vuelto a tener pesadillas? ¿Había ocurrido algo desde que se había separado de ella tras el festival?

Después de su actuación, Tristan supo que tenía que descubrir quién quería hacerle daño a Ivy. También supo que se estaba quedando sin tiempo. Si Ivy se enamoraba de Gregory, Tristan perdería a Will como modo de acercarse a ella y prevenirla.

Ivy se revolvió.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? —murmuró.

Tristan reconoció el comienzo del sueño y un sentimiento de terror lo inundó, como si fuera él mismo quien se estuviera viendo arrastrado hacia la pesadilla. No podía soportar verla tan asustada una vez más. Si al menos pudiera abrazarla, si al menos pudiera rodearla con sus brazos...

*Ella*, ¿dónde estaba *Ella*?

La gata estaba sentada ronroneando sobre el alféizar de la ventana. Tristan se aproximó rápidamente el animal y materializó sus dedos. Se maravilló de cómo iba aumentando su fuerza, de cómo podía sujetar a la gata por el pescuezo durante unos segundos y llevarla hasta la cama. La soltó y, justo antes de que sus fuerzas lo abandonaran, utilizó las yemas de los dedos para darle unos golpecitos a Ivy y despertarla.

—*Ella* —susurró la chica—, hola, *Ella*.

Ivy rodeó a la gata con los brazos.

Tristan dio un paso atrás para apartarse de la cama. Así era como tenía que quererla ahora, a un paso de distancia, ayudando a otros a reconfortarla y a cuidarla en su lugar.

Con *Ella* acurrucada a su lado, Ivy cayó en un sueño más pacífico. La pesadilla había desaparecido, la había enterrado a mayor profundidad entre los rincones más ocultos de su mente. Ojalá él pudiera llegar hasta ese sueño. Estaba convencido de que Ivy había visto algo que no debería la noche en que Caroline murió..., o que alguien creía que la joven había visto algo. Si supiera de qué se trataba, sabría quién iba tras ella. Pero le resultaba tan poco posible colarse dentro de ella como colarse en el interior de Gregory.

Dejó que siguiera durmiendo. Ya había decidido qué haría, y tenía pensado hacerlo a pesar de todas las advertencias de Lacey: viajar hacia atrás en el tiempo a través de la mente de Eric. Tenía que averiguar si era él quien aparecía en el sueño de Ivy montado en su moto y si había estado en casa de Caroline la noche en que ella había muerto.

Mientras Tristan se desplazaba hacia la casa de Eric, intentó recordar todos los detalles que había visto con anterioridad esa misma noche. Tras el festival, Lacey lo había acompañado a casa de Caroline. Mientras que ella se había dedicado a abrir armarios, mirar detrás de los cuadros y a husmear entre las cosas que se estaban guardando en cajas, él había analizado los detalles de la casa, los objetos acerca de los que podría meditar una vez que se introdujera en la cabeza de alguien y que le darían la oportunidad de dar con la corriente de recuerdos adecuada.

—Si vas a seguir adelante con ese estúpido plan tuyo —le había dicho Lacey a la vez que escarbaba entre los cojines del sofá—, ve preparado. Y descansa un poco antes.

—Ya estoy listo —había protestado él mientras barría con la mirada el salón donde Caroline había muerto.

—Escucha, ángel deportista —replicó Lacey—. Ahora estás empezando a sentir tu fuerza. Eso está muy bien, pero no te dejes llevar. No estás listo para las Olimpiadas celestiales, aún no. Si insistes en intentar colarte en el interior de Eric, entonces tómate unas horas de oscuridad esta noche. Lo vas a necesitar.

Tristan no le había respondido en seguida. De pie junto al ventanal, había notado que desde allí había una buena vista de la calle y de cualquiera que subiera por el camino.

—Quizá tengas razón —había admitido al final.

—No hay «quizás» que valgan. Además, Eric será más vulnerable a ti al amanecer o justo después, cuando su sueño sea ligero —había apuntado Lacey—. Intenta cogerlo tan sólo lo suficientemente consciente como para que siga tu sugerencia, pero no tan despierto como para que se dé cuenta de lo que está haciendo.

Le había parecido un buen consejo. En ese momento, con el cielo empezando a brillar por el este, Tristan encontró a Eric dormido sobre el suelo de su habitación. La cama aún estaba hecha y el chico todavía llevaba la misma ropa que el día anterior; estaba tumbado de lado, hecho un ovillo en una esquina, junto a su equipo de música. A su alrededor había unas cuantas revistas desperdigadas. Tristan se arrodilló a su lado. Hizo que sus dedos se materializaran y hojeó una revista de motos hasta que encontró la imagen de una muy similar a la de Eric. Se concentró en ella y le dio unas palmaditas al chico para despertarlo.

Tristan estaba admirando las líneas limpias y curvas de la moto, imaginándose su potencia, cuando de repente supo que la estaba viendo a través de los ojos de Eric. Le



había resultado tan sencillo como colarse dentro de Will. Quizá Lacey se equivocaba, pensó. Quizá simplemente no se daba cuenta de lo bien que había desarrollado sus poderes. Entonces la imagen se tornó borrosa en los márgenes.

Eric cerró los ojos. Durante un momento tan sólo hubo oscuridad en torno a Tristan. Había llegado el momento de que pensara en la calle de Caroline, de llevar a Eric a dar un lento paseo hasta la casa de la mujer, de conseguir que comenzara un recuerdo.

Pero de repente las tinieblas se abrieron, como si alguien hubiera bajado la cremallera de un muro oscuro y Tristan se estuviera precipitando hacia adelante a toda velocidad. La carretera se abalanzaba sobre él desde la nada, y continuó haciéndolo como la calzada de un videojuego de carreras. Se movía demasiado de prisa como para que pudiera reaccionar, demasiado de prisa como para averiguar hacia dónde estaba yendo.

Iba montado en una moto, circulando a toda velocidad sobre una carretera a través de brillantes destellos de luz y oscuridad. Levantó los ojos de la vía y vio árboles, muros de piedra y casas. Los árboles eran tan intensamente verdes que hacían que a Tristan le ardieran los ojos. El cielo azul era de neón. El rojo le proporcionaba calor.

Eric y Tristan estaban ascendiendo por una carretera a toda prisa, subían y subían. Tristan intentó que redujeran la velocidad, girar en una dirección y después en la otra, ejercer algún tipo de control, pero estaba indefenso.

De repente frenaron en seco. Tristan alzó la mirada y vio la casa de los Baines.

La casa... era y no era la de Gregory. La contempló mientras se acercaban a ella caminando. Era como mirar una habitación reflejada en un adorno navideño; veía objetos que conocía bien distorsionados por una perspectiva extraña, conocida y rara al mismo tiempo.

¿Se hallaba en un sueño o se trataba de un recuerdo cuyos márgenes se habían quemado y encogido por efecto de las drogas?

Llamaron y después entraron por la puerta principal. No había techo, no había tejado. De hecho, no era una habitación amueblada, sino un enorme parque infantil cuya valla era la estructura de la casa. Gregory estaba allí, mirándolos desde lo alto de un tobogán muy alto, una rampa plateada que no se detenía al llegar al suelo, sino que se internaba en él a través de un túnel.

También había una mujer. «Caroline», se percató Tristan de pronto.

Cuando los vio, la mujer los saludó con la mano y sonrió de forma cálida y agradable. Gregory permaneció en lo alto de su tobogán, observándolos desde allí con frialdad, pero Caroline les hizo gestos para que se acercaran a un ti vivo y ellos no pudieron resistirse.

La mujer estaba de un lado; ellos, en el contrario. Corrieron y dieron impulso,

corrieron y dieron impulso, y después subieron de un salto. Dieron vueltas y más vueltas, pero en lugar de ir perdiendo velocidad, como esperaba Tristan, iban cada vez más de prisa. Y aún más de prisa... Se quedaron colgando de las yemas de los dedos mientras giraban. Tristan creyó que su cabeza iba a salir volando. Entonces sus dedos resbalaron y se precipitaron hacia el espacio.

Cuando Tristan levantó la vista, el mundo siguió girando durante un momento; después, se detuvo. El parque infantil había desaparecido, pero la estructura de la casa todavía estaba allí, cercado un cementerio.

Vio su propia tumba. Vio la tumba de Caroline. Entonces vio una tercera, abierta de par en par, y un montículo de tierra recién removida junto a ella.

¿Fue Eric el que comenzó a temblar entonces o fue él mismo? Tristan no lo sabía, y tampoco podía detenerlo... Se agitó violentamente y cayó al suelo. El suelo retumbó y se inclinó. Las lápidas rodaban a su alrededor, se revolcaban como dientes sacudidos de una calavera. Él estaba de lado, temblando, hecho un ovillo, esperando a que la tierra se resquebrajara, a que se abriera en dos como una boca y se lo tragara.

Y entonces paró. Todo se quedó inmóvil. Vio delante de él la imagen satinada de una moto. Eric se había despertado.

Era un sueño, pensó Tristan. Aún estaba en su interior, pero Eric no parecía darse cuenta. Tal vez estuviera demasiado agotado, o quizá su cerebro frito estuviera demasiado acostumbrado a las sensaciones y los pensamientos extraños como para reaccionar a Tristan.

¿Significaban algo los rocambolescos sucesos del sueño? ¿Había alguna verdad oculta en ellos o eran las divagaciones de la mente de un drogadicto?

Caroline era una figura misteriosa. Tristan recordó que les había faltado voluntad para resistirse a su invitación de montar en el tiovivo. Su expresión era tan acogedora...

Volvió a verlo, el rostro acogedor. Ahora era más viejo. Se la imaginó de pie a la entrada de su propia casa. Después volvió a atravesar aquella puerta con ella. ¡Entonces sí que estaba en la memoria de Eric!

Caroline echó un vistazo en torno a la habitación, y ellos también lo hicieron. Los postigos del gran ventanal estaban abiertos; pudo ver que en el cielo, hacia el oeste, se estaban acumulando nubes oscuras. En un jarrón había una rosa roja de tallo largo, aún firmemente recogida en un capullo. Caroline estaba sentada frente a él, sonriéndole. Ahora tenía el entrecejo fruncido.

El recuerdo saltaba, como una película mal empalmada de la que se caían los fotogramas. Sonrisa, ceño, sonrisa de nuevo. Tristan apenas podía oír las palabras que se estaban intercambiando; estaban ahogadas por oleadas de sentimientos.

Caroline echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Se rió casi de forma histérica, y Tristan experimentó una abrumadora sensación de miedo y frustración.

Agarró los brazos de la mujer y la sacudió, la sacudió con tanta fuerza que su cabeza se agitó hacia adelante y hacia atrás como si fuera la de una muñeca de trapo. De pronto oyó las palabras que, a gritos, le dirigían a Caroline:

—Escúchame. ¡Lo digo en serio! ¡No es una broma! Tú eres la única que se ríe. ¡No es una broma!

Entonces Tristan sintió una presión que le oprimía la cabeza, que le constreñía la mente con tanta intensidad que pensó que iba a desvanecerse. Caroline y la habitación se disolvieron, como la escena de una película que se desintegrara ante sus ojos; la pantalla se tornó negra. Eric había enterrado el recuerdo. De pronto su propia habitación se enfocó ante sus ojos.

Tristan se levantó y caminó con Eric de un lado a otro del dormitorio. Observó cómo los dedos del chico abrían una mochila y sacaban un sobre. Eric lo sacudió hasta que unas pastillas de brillantes colores cayeron sobre su mano temblorosa; se las llevó a la boca y las tragó.

«Ahora —pensó Tristan— es el momento de tomarse en serio las advertencias de Lacey sobre las mentes corrompidas por las drogas». Salió de allí a toda prisa.

—Las capas y las dentaduras se están vendiendo muy bien —observó Betty mientras echaba un vistazo a los comprobantes de venta de Es Tiempo de Fiesta—. ¿Hay una convención de vampiros en el Hilton esta semana?

—No lo sé —murmuró Ivy tras calcular por tercera vez la vuelta de un cliente.

—Creo que necesitas un descanso, cariño —señaló Lillian.

Ivy miró el reloj.

—Acabo de cenar hace una hora.

—Lo sé —dijo Lillian—, pero como vas a cerrar por Bet y por mí, y como acabas de venderle a ese encantador jovencito que ha comprado la capa de Drácula un par de labios de cera...

—¿Labios de cera? ¿Está segura?

—Los Rojo Rubí —contestó Lillian—. No te preocupes, lo he cogido en la puerta y le he dicho que los cambiara por unos buenos colmillos. Pero de verdad creo que deberías tomarte un descanso.

Ivy bajó la mirada hacia la caja registradora, estaba avergonzada. Ya llevaba tres días cometiendo errores, aunque las hermanas, gentilmente, habían fingido no darse cuenta. Se preguntó si el cierre de la caja habría salido bien el domingo y el lunes. La asombraba que confiaran en ella para cerrar esa noche.

—La última vez que te vi así —intervino Betty—, te estabas enamorando.

Lillian fulminó a su hermana con la mirada.

—Esta vez no es así —repuso Ivy con firmeza—. Pero quizá no me vendría mal un descanso.

—Pues largo —le dijo Lillian—. Tómate tanto tiempo como necesites.

Le dio a Ivy un suave empujón.

Ivy recorrió de un extremo al otro el piso superior del centro comercial mientras intentaba poner orden en su cabeza una vez más. Desde el sábado, Gregory y ella habían estado realizando una especie de danza tímida el uno en torno al otro: manos que se rozan, miradas que se cruzan, saludos recíprocos suaves y después alejamientos. El domingo por la noche su madre había preparado la mesa para una cena familiar y había encendido dos velas. Gregory había mirado a Ivy desde el otro lado de la mesa como ya solía hacer antes, pero esa vez Ivy vio la llama que bailaba en sus ojos. El lunes Gregory se había escabullido sin dirigirle la palabra a nadie. Ivy no sabía adónde había ido y no se atrevió a preguntar. Quizá a casa de Suzanne. Tal vez el sábado por la noche no había sido más que un momento de intimidad..., un único momento, un solo beso, después de todo lo malo que habían compartido.

Ivy se sentía culpable.

Pero ¿estaba tan mal que le importara alguien a quien ella le importaba? ¿Estaba mal querer tocar a alguien que la acariciaba con ternura? ¿Estaba mal cambiar de opinión con respecto a Gregory?

Ivy jamás se había sentido tan confusa. Sólo tenía una cosa clara: iba a tener que recuperar la compostura y concentrarse en lo que estaba haciendo, se dijo... justo en el momento en que chocó contra un cochecito de bebé.

—¡Ay! Lo siento.

La mujer que empujaba el cochecito sonrió e Ivy le devolvió la sonrisa; a continuación se dio de espaldas contra un puesto en el que vendían pendientes y cadenas. Todo tintineó.

—Lo siento, lo siento.

Evitó por poco una papelera y después se dirigió directa a la cafetería Coffee Mill.

Luego se llevó su taza de capuchino al extremo más apartado del centro comercial. Las dos tiendas grandes que habían abierto allí habían cerrado, y se habían fundido varias bombillas. Se sentó en un banco vacío bajo el crepúsculo artificial y comenzó a sorber el café. Las voces de los clientes en el otro extremo del centro comercial ondeaban hacia ella en suaves olas que nunca llegaban a alcanzarla del todo.

Ivy cerró los ojos durante un instante para disfrutar de la soledad. Entonces los abrió y volvió la cabeza a toda velocidad, sorprendida por las tres voces que le llegaban con nitidez desde la derecha. Una de ellas le resultaba muy familiar.

—Está todo ahí —dijo un hombre.

—Voy a contarlo.

—¿No te fías de mí?

—He dicho que voy a contarlo. Deduce si confío en ti o no.

En un túnel débilmente iluminado que llevaba hacia el aparcamiento, Gregory, Eric y una tercera persona hablaban, ignorantes de que alguien los observaba. Cuando el hombre al que no conocía volvió la cabeza hacia la luz, Ivy apenas pudo dar crédito a sus ojos. Lo había visto en la entrada del instituto y sabía que era traficante de drogas. Pero cuando vio que Gregory le entregaba una bolsa al camello, lo que realmente no se podía creer era que ella se hubiera olvidado de la otra cara de Gregory.

¿Cómo había llegado a sentirse tan unida a alguien cuyos amigos eran tan ricos y formaban una piña? ¿Cómo había llegado a confiar en alguien que, aburrido de lo que tenía, corría riesgos estúpidos? ¿Por qué se fiaba de una persona que jugaba a juegos peligrosos con sus amigos sin que le importara a quién hicieran daño?

Tristan se lo había advertido una vez, antes de aquella noche en los puentes del

ferrocarril, antes de la noche en que Will estuvo a punto de matarse. Pero Ivy creía que Gregory había cambiado desde entonces. A lo largo de las últimas cuatro semanas, él... Bueno, era obvio que Ivy se había equivocado.

Se levantó del banco abruptamente y, sin querer, se derramó el capuchino por encima.

«¡Tristan! —gimió para sí—. Ayúdame, Tristan. ¡Ayúdame a aclarar las cosas en mi cabeza!».

Echó a correr por el vestíbulo en dirección a la zona más iluminada del centro comercial. Se dirigía a toda prisa hacia la escalera mecánica cuando chocó contra Will.

La amiga que lo acompañaba, una chica con el pelo cobrizo a la que Ivy reconoció de la fiesta de Eric, soltó un taco por lo bajo.

Will se quedó mirando con fijeza a Ivy y ella le devolvió la intensa mirada. Apenas podía soportar la forma en que él la observaba, la forma en que podía mantenerla atrapada con los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber ella.

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó la chica.

Ivy la ignoró.

—No me lo digas —le dijo a Will—, has tenido un presentimiento, simplemente pensaste..., de alguna manera tan sólo supiste...

Vio un destello de luz en los ojos del chico y apartó la mirada rápidamente.

La chica que iba con Will la miraba y le hacía muecas, como si Ivy estuviera loca; de hecho, Ivy se sentía como si estuviera un poco loca.

—Tengo... Tengo que irme a trabajar —dijo.

Pero Will la mantuvo inmóvil con sus ojos.

—Si me necesitas —intervino él—, llámame. —Entonces volvió ligeramente la cabeza, como si alguien le hubiera hablado por encima del hombro.

Ivy pasó por su lado con rapidez y se apresuró a subir por la escalera mecánica, ascendiendo a más velocidad de la que llevaban los escalones. Luego echó a correr hacia la tienda.

—Oh, cielo —le dijo Lillian cuando cruzó la puerta de sopetón.

—¡Dios mío! —agregó Betty.

Ivy jadeaba a causa de la rabia tanto como de correr. Entonces se detuvo para mirar la parte delantera de su vestido verde pálido: tenía el color del lodo.

—Deberíamos ponerlo en remojo ahora mismo.

—No, no pasa nada —repuso ella intentando recuperar el aliento, inspirando y espirando lenta y profundamente para tratar de calmarse—. Le pasaré una esponja húmeda.

Se dirigió hacia el baño que había en la parte de atrás, pero Betty ya estaba

examinando un perchero de disfraces y Lillian observaba otro con gesto pensativo.

—Voy a pasarle una esponja húmeda —repitió—. Saldré dentro de un minuto.

Lillian y Betty tarareaban para sí.

—Es un vestido viejo, de todas formas —añadió Ivy.

A veces aquellas ancianitas se hacían las sordas.

—Algo sencillo —terminó por suplicar. La última vez había acabado vestida de extraterrestre... con un disfraz con pilas que hacían que brillara y pitara.

En efecto, las hermanas le dieron algo sencillo: una blusa fina y blanca que se recogía en la barriga y se llevaba por debajo de los hombros, y una falda muy colorida.

—¡Oh, qué guapa está vestida de cingara! —le dijo Lillian a Betty.

—Deberíamos disfrazarla todos los días —comentó su hermana.

Las dos le dedicaron a Ivy una sonrisa que parecía la de dos tías abuelas que la adoraran.

—No te olvides de apagar la luz de la parte de atrás, cariño —le recordó Betty. Después, las hermanas se marcharon a casa con sus siete gatos.

Ivy soltó un suspiro de alivio. Se alegraba de que fuera a estar sola en la tienda a lo largo de las dos horas siguientes. Eso la mantendría lo suficientemente ocupada como para no pensar en lo que acababa de ver.

Estaba enfadada..., pero más consigo misma que con Gregory. Él era quien era. No había cambiado su forma de ser. Era ella quien lo había convertido en el chico perfecto.

A las 21.25, Ivy había despachado a su último cliente. El centro comercial ya estaba prácticamente vacío. Cinco minutos después, atenuó las luces de la tienda, echó la llave de la puerta por dentro y comenzó a contar el dinero y a sumar comprobantes de venta.

Se sobresaltó cuando alguien dio unos golpecitos en el cristal.

—Gitanilla —llamó.

—Gregory.

Durante unos instantes consideró la posibilidad de dejarlo allí fuera, volviendo a situar entre ellos el muro de cristal que él había levantado el enero anterior. Pero caminó hacia él con paso lento, giró la llave en la cerradura de la puerta y abrió una rendija de cinco centímetros.

—¿Molesto? —preguntó él.

—Tengo que cuadrar la caja y cerrar.

—Estaré callado —le prometió.

Ivy abrió la puerta unos centímetros más y Gregory entró.

Ella echó a andar hacia la caja registradora pero se volvió rápidamente.

—También podría quitarme este peso de encima ahora mismo —le dijo.

Gregory esperó; parecía que supiera que se le venía encima algo importante.

—Os he visto a Eric, a ti y al otro tipo... al camello... haciendo un intercambio.

—Ah, es eso —respondió él, como si no tuviera la menor importancia.

—¿Ah, es eso? —repitió ella.

—Creía que ibas a decirme algo como que, de ahora en adelante, no nos íbamos a ver nunca a solas.

Ivy bajó la mirada y tironeó y retorció una borla de la falda. Probablemente sería mejor que no volvieran a verse a solas.

—Ah —continuó Gregory—, ya veo. También ibas a decir eso.

Ella no le contestó. Sinceramente, no lo sabía.

Gregory se acercó a ella y posó una mano sobre las suyas para evitar que arrancara la borla.

—Eric toma drogas —afirmó—, eso ya lo sabes. Y había contraído deudas, muchas deudas, con nuestro simpático traficante del barrio. Las he saldado yo.

Ivy alzó la mirada y la clavó en los ojos de Gregory. Sobre su rostro bronceado, parecían más claros, como un mar de plata en un día nuboso.

—No te culpo, Ivy, por pensar que no estoy haciendo lo correcto. Si creyera que Eric fuera a parar cuando se quedara sin dinero, no cubriría sus deudas. Pero no va a parar, y van a ir a por él. —Le soltó las manos—. Eric es mi amigo. Es amigo mío desde primaria. No sé qué otra cosa podría hacer.

Ivy se volvió mientras pensaba en lo leal que Gregory se mostraba hacia Eric y lo desleal que ella había sido con Suzanne.

—Venga, dilo —la retó él—. No te gusta lo que estoy haciendo. Crees que debería buscarme unos amigos mejores.

Ella negó con la cabeza.

—No te culpo por lo que estás haciendo —le dijo—. Eric tiene suerte de contar con un amigo como tú, tanta como yo. Tanta como Suzanne.

Gregory la obligó a volver el rostro hacia él con tan sólo un dedo.

—Termina tu trabajo —sugirió—, y después hablamos. Iremos a algún lado, no a casa, ¿vale?

—Vale.

—¿Vas a llevar puesto eso? —le preguntó con una sonrisa.

—¡Vaya! Lo había olvidado. Me he derramado un capuchino sobre el vestido. Está en remojo en el lavabo.

Gregory se echó a reír.

—No importa. Tienes un aspecto..., eeh..., exótico —dijo lanzándole una mirada a sus hombros desnudos.

Ivy sintió un ligero hormigueo.

—Supongo que tendré que buscarme un disfraz —añadió él.



Comenzó a inspeccionar la pared de los sombreros y las pelucas. Al cabo de unos minutos la llamó:

—¿Qué tal esto?

Ivy alzó la mirada desde detrás de la caja registradora y soltó una carcajada.

Llevaba puesta una peluca roja y encrespada, un sombrero de copa y una pajarita de lunares.

—Muy elegante —respondió.

Gregory siguió probándose un disfraz tras otro..., una máscara de Klingon, la cabeza y el pecho de King Kong, un enorme sombrero de flores y una boa de plumas.

—¡Payaso! —le dijo Ivy.

Él le dedicó una amplia sonrisa y la saludó con su estola de plumas.

—Si quieres ponerte un disfraz completo, hay probadores en la parte de atrás. El de la izquierda es grande y tiene espejos por todas partes. Te ves desde todos los ángulos —le explicó—. Me da mucha pena que no esté Philip para jugar contigo.

—Cuando hayas acabado, puedes jugar tú conmigo —contestó él.

Ivy siguió trabajando un rato más. Cuando al fin cerró los libros, vio que Gregory había desaparecido en la parte de atrás.

—¿Gregory? —llamó.

—Sí, carrrrriño —contestó él poniendo un acento extraño.

—¿Qué estás haciendo?

—Ven aquí, carrrrriño —respondió—. Te he estado esperrrrrando.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Qué estás tramando?

Se acercó de puntillas al probador y abrió lentamente la puerta batiente. Gregory se había pegado a la pared. Entonces se volvió rápidamente y de un salto se colocó delante de ella.

—¡Oh! —Ivy ahogó un grito. No tuvo que fingir; Gregory pasaba a la perfección por un vampiro terriblemente atractivo. Llevaba una camisa blanca con un pronunciado escote con forma de uve y una capa negra de cuello alto. Se había peinado el pelo oscuro hacia atrás y en sus ojos brillaba la malicia.

—Hola, carrrrriño.

—Dime —intervino Ivy tras recuperarse de la sorpresa—, si te pones los colmillos, ¿serás capaz de pronunciar la erre simple?

—Ni hablarrrrr. Así es como prrrrrronunció. —Tiró de Ivy hacia el interior del probador—. Tengo que decirrrrrte, carrrrriño, que tienes un cuello adorrrrrable.

Ella se echó a reír. Gregory se puso los colmillos y comenzó a mordisquearle el cuello haciéndole cosquillas.

—¿Dónde te clavo la estaca de madera? —preguntó Ivy mientras lo separaba un poco de sí—. ¿Justo ahí? —Le dio unos ligeros golpecitos en la parte del pecho que

la camisa dejaba al descubierto.

Gregory le cogió la mano y la retuvo durante un buen rato. Entonces se quitó los dientes y se la llevó a los labios para besársela con ternura. Luego atrajo a Ivy hacia sí.

—Creo que ya lo has hecho, me la has clavado justo en el corazón —le dijo.

Ivy lo miró, casi sin aliento. Los ojos de Gregory resplandecían como dos piedras de carbón gris bajo sus párpados entornados.

—Qué cuello tan adorable —repitió.

Agachó la cabeza y su pelo moreno cayó hacia adelante. La besó en el cuello con suavidad. La besó una y otra vez mientras, poco a poco, llevaba su boca hacia la de ella.

Sus besos se tornaron más apremiantes. Ivy respondió con besos más delicados. Él la apretó contra sí, la abrazó con fuerza; después, de repente, la soltó y se dejó caer ante ella. Se arrodilló ante Ivy y elevó los brazos hacia su cuerpo; sus manos la acariciaban con fuerza, se movían con lentitud sobre ella, intentaban hacerla descender hasta él.

—Tranquila —susurró—, tranquila.

Se aferraron el uno al otro y se mecieron. Entonces Ivy abrió los ojos. A la izquierda, a la derecha, reflejada delante de ella, reflejada detrás de ella..., desde todos y cada uno de los ángulos del probador de los espejos, recibía la imagen de Gregory y de ella envueltos el uno en el otro.

Se liberó de su abrazo.

—¡No!

Se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos.

Gregory intentó que las apartara. Ella se volvió hacia la pared y se encogió en una esquina, pero no podía apartarse del reflejo de la chica que había estado besando a Gregory.

—Esto no está bien —dijo.

—¿No está bien?

—No es bueno. Ni para ti, ni para mí, ni para Suzanne.

—¡Olvídate de Suzanne! Lo que importa somos tú y yo.

—No te olvides de Suzanne —suplicó Ivy en voz baja—. Hace mucho tiempo que quiere estar contigo. Y yo, yo quiero estar cerca de ti, y hablar contigo, y tocarte. Y besarte. ¿Cómo podría evitarlo cuando te has portado tan bien conmigo? Pero, Gregory, Sé... —Respiró profundamente—. Sé que todavía estoy enamorada de Tristan.

—¿Y crees que no lo sé? —rió Gregory—. Ivy, lo has dejado bastante claro.

Dio un paso hacia ella y estiró el brazo para cogerle la mano.

—Soy consciente de que aún estás enamorada de él y de que aún sufres por él.

Deja que te ayude a aliviar el dolor.

Con suavidad, sujetó la mano de ella entre las suyas.

—Piénsalo, Ivy. Sólo piénsalo —le dijo.

Ella asintió en silencio mientras la mano que tenía libre jugueteaba con la borla de la falda.

—Voy a cambiarme —continuó Gregory—, y después nos iremos a casa cada uno en su coche. Yo daré un rodeo para que no lleguemos al mismo tiempo. Ni siquiera nos veremos cuando subamos a las habitaciones. Así que... —se llevó la mano de Ivy a la boca—, éste es mi beso de buenas noches —añadió rozando sus labios con delicadeza contra las yemas de sus dedos.

Cuando Tristan se despertó, el probador tan sólo estaba iluminado por su suave resplandor, que volvía a él desde cada uno de los espejos. Pero la oscuridad que sentía que lo rodeaba en aquella habitación vacía era algo más que la mera ausencia de luz. La oscuridad parecía tener vida propia, una forma blanda y siniestra, una presencia que enfurecía y asustaba a Tristan.

—Gregory —dijo en voz alta, y las escenas que había presenciado hacía unas horas destellaron en su mente. Durante unos instantes pensó que el cuarto estaba iluminado. ¿Se había enamorado realmente Gregory de Ivy?, se preguntó. ¿Decía la verdad acerca de Eric y el traficante? Tristan tenía que averiguarlo, tenía que meterse en su cabeza—. Eres el siguiente, Gregory —dijo—. Tú eres el siguiente.

—¿Podrías dejar de hablar solo? ¿Cómo se supone que debe tener una chica un sueño reparador si no te callas?

Tristan cruzó la puerta del probador y salió a la tienda, que estaba iluminada por dos tenues luces nocturnas y un indicador de salida de emergencia. Lacey estaba tumbada a los pies de King Kong.

—Te he estado esperando en tu apartamento de Riverstone Rise —le dijo; a continuación le tendió una flor marchita—. Te he traído esto. Había otras, igual de secas, formando una «T» sobre tu tumba. Imagino que no has pasado por allí desde hace tiempo.

—Cierto.

—He ido a ver a Eric —continuó Lacey—, por si acaso te habías perdido en esa casa del terror también conocida como su mente. Después he visitado a Ivy, que no está pasando una buena noche... Así que, ¿qué hay de nuevo?

—¿Ivy está bien? —preguntó Tristan. Había querido seguirla hasta su casa y tomarse el descanso que necesitaba allí. De esa forma podría haberse asegurado de que *Ella* estaba cerca de Ivy; podría haber avisado a Philip si su hermana lo hubiera necesitado. Pero sabía que, si hubiera ido con ella, se habría pasado despierto y alerta toda la noche—. ¿Está bien?

—Es Ivy... —contestó Lacey al tiempo que se atusaba el pelo—. Pero, dime, ¿qué me he perdido en el culebrón? Gregory está tan inquieto como ella. ¿Qué le ha dado?

Tristan le contó lo que había pasado esa noche, así como lo que había experimentado en el interior de la cabeza de Eric..., el recuerdo de la escena en casa de Caroline, con sus abrumadores sentimientos de frustración y miedo. Lacey lo escuchó durante un rato, luego se puso a caminar nerviosamente de un extremo a otro de la tienda. Materializó los dedos y se probó una máscara; se volvió un segundo hacia Tristan y después se probó otra.

—Tal vez ésta no sea la primera vez que Eric se haya visto envuelto en esa clase de problemas —observó—. ¿Y si solía recurrir a Caroline para que le diera dinero para drogas de la misma forma en que ahora acude a Gregory? ¿Y si aquella noche, cuando necesitaba un pago, Caroline no se lo dio?

—No, no es tan sencillo —se apresuró a responder Tristan—. Sé que no es tan sencillo.

Lacey levantó una ceja.

—¿Lo sabes o simplemente es lo que quieres creer? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Me da la sensación de que te resultaría un pelín gratificante demostrar que Gregory es culpable. El pobre, inocente y atractivo Gregory —dijo con intención de provocarlo—. Quizá de lo único que sea culpable sea de jugar con las chicas y de enamorarse de la tuya..., y de que ella se haya colgado de él —añadió con malicia.

—¡No puedes pensar que eso sea cierto! —exclamó Tristan.

Ella se encogió de hombros.

—No estoy diciendo que Gregory no se comporte a veces como un imbécil, pero en otras ocasiones, al menos en una, tuvo el suficiente buen corazón como para salvarle el cuello a un amigo que estaba metido en un buen lío. —Se pasó la lengua por los dientes y sonrió—. Creo que es rico, guapo e inocente.

—Sus recuerdos demostrarán si es inocente —manifestó Tristan.

Lacey negó con la cabeza, con una expresión que de repente se había tornado seria.

—Esta vez podría mandarte a la luna.

—Aprovecharé mis oportunidades y lo conseguiré, Lacey. Al fin y al cabo, he tenido una maestra excelente.

Ella entornó los ojos.

—Tenías razón. Resultó más fácil meterse en la mente de Eric cuando su sueño ya era ligero. Intentaré hacer lo mismo con Gregory.

—¡Eso me enseñará a no enseñarte!

Tristan ladeó la cabeza.

—Esto debería darte unos cuantos puntos, Lacey..., puntos angelicales por ayudarme a completar mi misión.

Ella se dio la vuelta.

—Y esos puntos podrían ayudarte a completar la tuya, ¿no es eso lo que quieres?

Lacey se encogió de hombros, aún de espaldas a él.

Tristan la miró, perplejo.

—¿Hay algo que se me escapa?

—Muchas cosas, Tristan —suspiró Lacey—. ¿Qué quieres que haga con esta flor?

—Dejarla aquí, supongo. Traérmela ha sido muy amable por tu parte, pero gastaría demasiada fuerza intentando llevarla conmigo. Escucha, tengo que ponerme en marcha.

Ella asintió.

—Gracias, Lacey.

La chica siguió sin volverse.

—¡Eres un ángel! —le dijo Tristan.

—Ya...

Él se movió de prisa y llegó a la habitación de Ivy justo cuando el cielo comenzaba a iluminarse. Le resultaba tan tentador materializar un dedo y acariciarle suavemente la mejilla con él...

«Te quiero, Ivy. Nunca he dejado de quererte».

Sólo una caricia suave, era todo lo que deseaba. ¿Qué podría costarle, una única caricia suave?

Se marchó antes de que cayera en la tentación y gastara energías que necesitaba para Gregory.

Gregory dormía un sueño inquieto. Tristan echó un rápido vistazo a la colección de música del chico y encontró un CD que le resultaba conocido. Materializó dos dedos, metió el disco en el reproductor y puso el volumen muy bajo. Le dio unos golpecitos a Gregory y, después, él mismo comenzó a seguir el ritmo de la música, repitiendo la letra, concentrándose en las imágenes de la canción.

Pero, por alguna razón, Tristan no paraba de confundirse una y otra vez. Creía que se sabía la letra de memoria. Volvió a centrarse, y entonces se dio cuenta de que sus imágenes se estaban mezclando con otras..., con las de Gregory.

«¡Estoy dentro, Lacey! ¡Estoy dentro!».

De pronto sintió que Gregory lo estaba buscando, que trataba de alcanzarlo a ciegas, desesperadamente, de la misma forma en que una persona dormida busca a tientas el despertador cuando la alarma empieza a sonar. Tristan se mantuvo inmóvil, inmóvil por completo, y la música arrastró a Gregory lejos de él.

Tristan suspiró aliviado. ¿A qué distancia de su mente podría enviarlo Gregory?,

se preguntó.

Pero todos aquellos pensamientos eran diferentes de los de Gregory, y lo único que harían sería volver a ponerlo alerta. Tristan no podía pararse a pensar en lo que estaba haciendo, simplemente tenía que hacerlo.

Había decidido concentrarse en la lámpara de pie del salón de Caroline. El día que Lacey y él había registrado la casa, la había visto al lado de la silla donde la policía había encontrado el cuerpo de Caroline. La lámpara halógena, con su larga barra y su disco de metal en la parte superior, era tan normal que no levantaría sospechas, pero sí podría despertar un recuerdo visual de Caroline sentada en la silla durante aquella tarde de finales de mayo.

Tristan se concentró en ella. La rodeó con su mente. Alargó el brazo como si fuera a encenderla.

Y se encontró de pie en medio del salón de Caroline. Ella estaba sentada en la silla, mirándolo con un aire ligeramente divertido. De repente, se levantó. Tenía las mejillas encendidas, como si unos largos dedos rojos se las colorearan del mismo modo en que le cubrían las mejillas a Gregory cuando éste se enfadaba. Pero en sus ojos también había un extraño brillo de victoria.

Se encaminó hacia un escritorio. Tristan, en el interior del recuerdo de Gregory, permaneció donde estaba, cerca de la lámpara. Caroline cogió un trozo de papel y lo agitó en dirección a su hijo, como si se estuviera burlando de él. Sintió que las manos de Gregory se apretaban en sendos puños.

A continuación Caroline se dirigió hacia él. Pensó que le estaba diciendo que mirara el papel, pero no era capaz de entender las palabras con claridad. Su rabia había crecido a tal velocidad, sentía tanta furia, que el corazón le palpitaba con fuerza y la sangre circulaba por su interior con tanta prisa que le zumbaba en los oídos.

Entonces levantó una mano. Le dio un golpe con ella a la lámpara, le dio un golpe en dirección a Caroline. Vio que la mujer se tambaleaba hacia atrás, que salía despedida de espaldas como si fuera un personaje de dibujos animados hasta atravesar el brillante cuadro azul del ventanal.

Gregory gritó. El propio Tristan gritó cuando vio que Caroline se caía y que un largo reguero de sangre le surcaba la cara.

De repente, Gregory dio un respingo y Tristan supo que lo había oído. Él sería el siguiente en recibir un golpe. Luchó por escabullirse, pero entonces las imágenes se arremolinaron a su alrededor como fragmentos de cristales afilados y de colores que formaran parte de un caleidoscopio. Se sentía mareado y tenía ganas de vomitar. No era capaz de separar su propia mente de la de Gregory. Corría a través de un laberinto de pensamientos interminables, circulares y dementes. Y supo que estaba atrapado.

En ese momento, de pronto, una voz llamó a Gregory, le rogó que se despertara. Era Ivy.

Tristan la vio a través de los ojos de Gregory, envuelta en su bata, inclinándose sobre él. El pelo de la chica resbaló hacia adelante y le rozó la cara. Sus brazos lo rodearon y lo consolaron. Entonces Gregory calmó la marabunta de sus pensamientos y Tristan consiguió escapar.

—¡Eso es, Philip! —exclamó Gregory mientras se levantaba la camiseta para enjugarse el sudor de la cara—. Ya no voy a darte más clases de tenis, o me ganarás siempre.

—Entonces tendré que darte las clases yo —contestó el chico, extremadamente satisfecho de sí mismo.

Gregory terminó de quitarse la camiseta mojada y, con ella, le dio un ligero azote a Philip.

—Mocoso.

Ivy y Maggie, que habían estado observando la clase de los jueves por la mañana, rompieron a reír.

Era un día de verano perfecto, el cielo tenía el tono azul de las postales, los pinos se mecían a causa de una suave brisa.

Estaban sentadas la una al lado de la otra junto a la pista de tenis; Ivy tomaba el sol, su madre ocupaba la parte sombreada de la manta.

Maggie suspiró con satisfacción.

—¡Por fin somos una familia! Y puedo marcharme sabiendo que mis polluelos están felices y seguros en casa.

—No desperdicies ni un solo momento pensando en nosotros, mamá —le aconsejó Ivy—. Andrew y tú os merecéis pasar un tiempo a solas en el lago.

Maggie asintió.

—Está claro que Andrew necesita pasar un tiempo fuera. Últimamente hay algo que le ronda por la cabeza. Antes de acostarnos, suele contarme todo lo que le ha ocurrido ese día..., todos y cada uno de los detalles de cada cosa. Así es como consigo quedarme dormida.

Ivy se echó a reír de nuevo.

—Pero estoy segura —continuó Maggie— de que algo le preocupa y de que se lo está guardando para sí.

Ivy posó una mano sobre las de su madre.

—Es cierto que necesitáis alejaros de nosotros y de la universidad también. Espero que lo paséis genial, mamá.

Su madre le dio un beso y después se puso en pie para despedirse de Philip.

Lo rodeó con un brazo por encima de los hombros.

—Sé bueno, calabacita.

Philip hizo una mueca.

—De acuerdo —contestó Gregory con alegría.



Maggie soltó una carcajada. Le dio un enorme beso rosa a Philip, titubeó, y después también besó tímidamente a Gregory.

—Cuida de mi niño —oyó Ivy que su madre decía en voz baja—. Cuida de mi niña grande y del pequeño.

Gregory sonrió.

—Cuenta conmigo, Maggie.

La madre de Ivy se alejó felizmente con su enorme bolso balanceándose tras ella. Ya habían cargado el coche; Maggie iba a recoger a Andrew tras su reunión de la mañana.

Gregory le dedicó una sonrisa a Ivy y después se tumbó a su lado sobre la manta.

—Durante los próximos tres días —le dijo—, podremos comer lo que queramos y cuando queramos.

—Yo me voy a hacer un sándwich ahora mismo —les dijo Philip—. ¿Queréis uno?

Ivy negó con la cabeza.

—Tengo que irme a trabajar dentro de poco. Comeré algo en el centro comercial.

—¿Qué clase de sándwich te vas a hacer? —le preguntó Gregory.

—De crema de queso, canela y azúcar.

—Creo que paso.

Philip se encaminó hacia la casa, pero no antes de haberse secado la cara con la camiseta, habérsela quitado y haber azotado un árbol con ella.

Una vez que su hermano hubo desaparecido tras el bosquecillo de pinos que separaba la casa de la cancha de tenis, Ivy preguntó:

—¿Te has dado cuenta de que te imita? ¿Cómo te sientes siendo un modelo de conducta?

—No lo sé. —Gregory esbozó una sonrisa torcida—. Supongo que tendré que sentar la cabeza.

Ella se rió y se recostó sobre la manta.

—Gracias por ser amable con mi madre —le dijo.

—¿Por prometerle que cuidaría de su niña? Eso no será difícil de cumplir. —Gregory se acercó a Ivy. La miró con detenimiento y después le acarició con suavidad el abdomen desnudo—. Tienes la piel muy caliente.

Ivy sintió una oleada de calor que le recorrió el cuerpo. Puso su mano sobre la de Gregory.

—¿Por qué no llevaste este biquini a la fiesta de Eric? —le preguntó.

Ella se echó a reír.

—Sólo me lo pongo cuando me siento cómoda.

—¿Y te sientes cómoda conmigo? —Se incorporó sobre un codo y la miró a los ojos; después dejó que su mirada se deslizara lentamente por el cuerpo de la chica.

—Sí y no —contestó ella.

—Siempre eres muy sincera —dijo Gregory mientras se inclinaba sobre ella, sonriendo.

Sin tocarla, acercó su boca a la suya. Ella lo besó. Gregory se apartó un segundo; a continuación volvió a acercar la boca, aún sin tocarla con ninguna parte de su cuerpo excepto con los labios.

Se besaron una tercera vez. Entonces Ivy alzó las manos y le rodeó la nuca con ellas; tiró de él para que se recostara sobre ella.

Ivy no oyó las ligeras pisadas sobre la hierba.

—Llevo esperándote en el parque desde las diez.

Gregory levantó la cabeza sobresaltado e Ivy agarró con fuerza el extremo de la manta.

—Parece que has encontrado algo mejor que hacer —comentó Eric; entonces le dedicó a Ivy un gesto de saludo.

Gregory se levantó. Ivy se cubrió con la manta, como si Eric acabara de pillarla completamente desvestida. Él la miraba de una forma que la hacía sentirse desnuda. Se sentía expuesta.

Eric se rió.

—Vi una película de una chica que no era capaz de quitarle las manos de encima a su hermano.

—Es hermanastro —le indicó Gregory.

Ivy se hizo un ovillo dentro de la manta.

—Lo que tú digas. Supongo que ya has superado lo de Tristan, ¿eh? —continuó Eric—. ¿Te ha curado Gregory?

—Lárgate, Eric —le advirtió Gregory.

—¿Lo hace mejor que Tristan? —preguntó Eric con un tono de voz bajo y suave—. Estoy seguro de que se mueve muy bien. —Sus palabras eran como serpientes que se abrían camino hacia la mente de Ivy.

—¡Cállate de una vez! —le gritó Gregory poniéndose en pie de un salto.

—Pero ya lo sabías, ¿no? —continuó Eric con voz sedosa—. Ya sabías cómo lo hacía Gregory porque las chicas habláis entre vosotras.

—¡Márchate de aquí!

—Te lo habrá contado Suzanne —siguió Eric.

—Te estoy avisando...

—Seguro que Suzanne le ha contado a su mejor amiga lo sexi que es Gregory —dijo Eric agitando las caderas.

—¡Sal de mi casa!

Eric se volvió hacia Gregory y se echó a reír.

—¿Tu casa? —Estiró los labios hasta formar una sonrisa exagerada—. ¿Tuya?

Quizá algún día, si tienes suerte.

Gregory guardó silencio durante unos segundos; después, habló con un tono de voz sereno pero amenazador.

—Más te vale que la tenga, Eric, porque si yo me quedo sin suerte, tú también.

Dio varios pasos en dirección a su amigo.

Eric se volvió para largarse. Les lanzó una mirada por encima del hombro y se rió, como un crío que se estuviera escapando y que retara a los demás a atraparlo. Sin embargo, en su carcajada había un deje maniaco que hizo que a Ivy se le helara la sangre.

Philip, que había salido de la casa tras oír los gritos, corría por el césped en dirección a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Miró primero a Gregory y luego a Ivy, que estaba de pie junto a él, todavía envuelta en la manta—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —le respondió Gregory—. Nada de lo que debas preocuparte.

El chico lo observó no muy convencido. Después se concentró en su hermana.

—¿Estás bien?

Ella asintió en silencio.

Gregory la rodeó con un brazo.

—Eric le ha dicho unas cuantas cosas desagradables.

—¿Cosas desagradables como qué?

—Sólo cosas desagradables —repitió Gregory.

—¿Como qué?

—No quiero hablar de ello ahora —intervino Ivy.

Philip se mordió el labio inferior. Entonces dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la casa de nuevo.

Ivy supo que el chico sentía que lo habían dejado de lado. Salió de debajo del brazo protector de Gregory.

—¿Me das un abrazo, Philip? Sé que ahora ya eres mayor, pero no me encuentro muy bien. ¿Puedes darme un abrazo?

Su hermano se volvió, la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza.

—Nosotros cuidaremos de ti —le susurró.

—¿Lo haréis? —preguntó Ivy también en un murmullo.

—Gregory y yo —le aseguró—, y el ángel Tristan.

Ivy se separó de él a toda prisa, intentando con todas sus fuerzas que no le temblaran los labios.

—Gracias —le dijo. Y después echó a correr hacia la casa.

Cuando Tristan oyó los gritos, se apresuró hacia la ventana para ver qué estaba ocurriendo. Gregory y Eric estaban ocultos tras los árboles. El sonido de sus voces

llegaba hasta él, pero no podía distinguir lo que decían. El furioso intercambio acabó casi con tanta rapidez como había empezado.

El ángel debatió para sí qué debía hacer. Quería asegurarse de que Ivy estaba bien, pero no podía dejar la habitación de Gregory tal y como estaba. Se había pasado la mañana registrándola y los cajones todavía estaban abiertos, los papeles desperdigados, los bolsillos tanto de los pantalones como de las chaquetas dados la vuelta... Si Gregory descubriera que alguien había estado curioseando entre sus cosas, se volvería mucho más cauteloso, y eso haría que para Tristan fuera más difícil averiguar qué estaba ocurriendo.

La última vez que Ivy había necesitado ayuda, había llamado a Tristan; silenciosamente, pero él la había oído. En ese momento, el ángel se mantuvo inmóvil durante unos segundos, escuchando. Al no percibir que Ivy estuviera en peligro, decidió quedarse donde estaba y comenzar a ordenar.

Unos cuantos minutos después, oyó a la chica subir escaleras arriba y, después, a Philip y a Gregory hablando mientras se aproximaban a la casa. Tristan se propuso trabajar a más velocidad, pero estaba perdiendo las fuerzas a un ritmo vertiginoso. Como había materializado los dedos en varias ocasiones durante breves períodos de tiempo, comenzaba a sentirlos cansados y torpes. Apenas podía ya abrir y cerrar el escritorio de Gregory.

Encima de la mesa había una vieja revista del instituto que sujetaba unos cuantos artículos periodísticos que el joven había recortado. Antes, Tristan le había echado un vistazo a las noticias para tratar de descubrir por qué le interesaban a Gregory. En ese momento, los recortes volaban en torno a la habitación a causa de la corriente.

Tristan intentó atrapar uno de los artículos, pero derribó una pila de cajas que contenían cintas de vídeo.

Unas cuantas se salieron de las cajas y Tristan trató de recogerlas a toda prisa. Oía a Gregory hablando con Philip en la parte baja de la escalera trasera, pero, cuanto más se apresuraba, más metía la pata. Era incapaz de volver a introducir una de las cintas en su caja..., había algo pegajoso que lo impedía.

Concentró todas sus energías y tiró de ella hacia afuera una vez más. Fue entonces cuando lo vio: uno de los laterales de la carcasa negra estaba cubierto con celofán y escondía tres cápsulas brillantes y rojas en su interior.

Oyó que los escalones crujían. Gregory estaba subiendo. Tristan arrancó el plástico, volvió a deslizar la cinta dentro de su caja y la puso en la parte superior de la pila. Sabía que Gregory no sería capaz de percibir su presencia, pero entonces divisó las píldoras rojas en el suelo. Con sus últimas reservas de energía, las lanzó tras la cómoda. Medio segundo después, Gregory entró en la habitación.

Tristan se dejó caer hacia atrás, exhausto. Vio que todo estaba en su lugar excepto un horario de trenes que continuaba en el suelo, justo donde habían caído las cintas.

«No hay ningún problema —se dijo—. Gregory pensará que se ha volado del escritorio porque no había nada que lo sujetara».

En verdad, el chico no se percató de que el horario estuviera allí, y eso a pesar de que fue directo hacia su escritorio y se sentó. Tenía la frente perlada de sudor y la piel de un color extraño, como si hubiera palidecido bajo su bronceado. Hundió la cabeza entre las manos. Durante varios minutos estuvo frotándose las sienes; después, se recostó en la silla.

De pronto, Gregory volvió la cabeza sobresaltado. Clavó la mirada en el horario de trenes que había en el suelo; luego echó un vistazo lento y desconfiado en torno a la habitación. Estiró el brazo para coger la cinta de vídeo y la sacó de su caja. Se quedó boquiabierto.

Comprobó la etiqueta y a continuación comenzó a sacar una cinta detrás de otra. Arrancó celofán de una segunda cinta que contenía otras tres cápsulas... y, una vez más, miró alrededor.

—¡Philip! —Se puso en pie con tanta brusquedad que volcó la silla. Echó a andar hacia la puerta, pero entonces se detuvo y golpeó la pared con la palma de una mano. Se quedó allí, inmóvil, con la mirada fija en la puerta que daba al pasillo y con las drogas aún apretadas con fuerza en la otra mano—. ¡Maldito mocos!

Se metió las pastillas en el bolsillo y, a continuación, deslizó también en él su cartera. Regresó al escritorio, recogió la silla y, después, se sentó para estudiar el horario de trenes.

Tristan lo leyó por encima del hombro del chico y observó cómo Gregory trazaba un círculo alrededor de la hora del último tren que circulaba tras la medianoche. Salía de Tusset a la 1.45, pero no paraba en la pequeña estación de Stonehill. Gregory realizó unos cuantos cálculos rápidos, anotó «las 2.04», lo subrayó dos veces y, entonces, metió el horario debajo de un libro. Luego permaneció sentado quince minutos más con la barbilla apoyada sobre las manos.

Tristan se preguntó qué le estaría pasando a Gregory por la mente, pero estaba demasiado débil como para intentar penetrar en ella. El joven ya parecía mucho más tranquilo..., tan tranquilo que resultaba inquietante. Se recostó sobre la silla con lentitud y asintió para sí como si hubiera tomado una decisión importante. A continuación cogió las llaves de su coche y se encaminó hacia la puerta. A media escalera, Gregory comenzó a silbar.

—Creo que sus días de gloria han pasado a la historia —comentó Beth mientras observaba la amapola marchita que Ivy había colocado en un vaso de agua encima de la mesa que las separaba.

Cuando Lillian y Betty abrieron la tienda el jueves por la mañana, encontraron la flor morada en la boca de King Kong, asomando entre sus labios como si fuera una rosa entre los dientes de un bailarín. A lo largo de ese día, Ivy había negado una y otra vez que hubiera sido ella la bromista que la había puesto allí.

—¿Por qué estamos intentando revivirla? —preguntó Beth. Lamió el cono de helado que se estaba comiendo—. ¿No podemos comprarle otra a King Kong?

—El sábado en el festival vendían amapolas —le contestó Ivy—. Compré unas cuantas, moradas, para Tristan. Philip y yo se las llevamos al cementerio.

—Me alegro de que Philip fuera contigo —dijo Beth—. Él también echa de menos a Tristan.

—Formó una «T» con las flores sobre su tumba —le explicó Ivy con una ligera sonrisa.

Su amiga asintió, como si entonces ya estuviera perfectamente claro por qué Ivy se tomaba tantas molestias a causa de una flor marchita que alguien había dejado en la tienda.

—Me estoy volviendo loca, ¿verdad? —dijo Ivy de repente—. ¡Se supone que debería estar mejorando! ¡Se supone que debería superar lo de Tristan! Y aquí estoy, salvando esta estúpida flor para guardarla como recuerdo porque se parece a una que yo...

Sacó la amapola del vaso y la arrojó sobre una bandeja de platos sucios que llevaba una camarera. Beth se levantó, siguió a la camarera y volvió con la amapola.

—Tal vez grane —dijo tras volver a meterla en el vaso de agua.

Ivy negó con la cabeza y dio un sorbo a su té sin decir una sola palabra. Beth se concentró en comerse el helado durante unos minutos.

—Ya sabes que yo siempre estoy dispuesta a escuchar —dijo al fin.

Ivy asintió.

—Lo siento, Beth. Te llamo con un ataque de pánico a las nueve de la noche, te arranco de tus escritos para que te tomes algo con los cincuentones de la liga de bolos en Howard Johnson —echó un vistazo en torno a la atestada sala verde y naranja—, y ahora parece que no soy capaz de hablar.

—No te preocupes —dijo Beth agitando su helado ante ella—. Me estoy tomando un cono con baño triple de caramelo..., sólo por eso, podrías haberme llamado a las

tres de la mañana. Pero ¿cómo sabes que estaba escribiendo?

Ivy sonrió. Beth se había reunido con ella en el aparcamiento. Había aparecido con unos pantalones de chándal cortados, nada de maquillaje y un par de gafas viejas que sólo se ponía cuando se pegaba a una pantalla de ordenador. Todavía llevaba pegada a la camiseta una nota adhesiva y el pelo recogido con una pinza para sujetar papeles.

—Sólo ha sido una corazonada —dijo Ivy—. ¿Qué iba a hacer Suzanne esta noche?

Ivy y Suzanne no habían hablado desde el día del festival.

—Iba a salir con alguien.

—¿Con Gregory? —preguntó Ivy con el entrecejo fruncido. Su hermanastro le había prometido que se quedaría en casa con Philip hasta que ella llegara por la noche.

—No, con un chico que se supone que va a hacer que Gregory se ponga increíblemente celoso.

—Ah.

—¿No te lo ha contado? —preguntó Beth, sorprendida—. Es de lo único que habla. —Al ver la expresión en el rostro de Ivy, agregó rápidamente—: Estoy segura de que Suzanne pensaba que ya te lo había contado. Ya sabes lo que pasa..., se lo dices a una persona y después piensas que se lo has contado a otra.

Ivy asintió, pero las dos sabían que eso no era lo que había ocurrido.

—Gregory no pasa mucho tiempo con Suzanne últimamente —señaló Beth; después se detuvo para cazar las gotas de chocolate que resbalaban por la galleta de su helado—, pero eso ya lo sabes.

Ivy se encogió de hombros.

—Gregory sale, pero no le pregunto adónde va.

—Bueno, Suzanne está convencida de que ahora sale con otra chica.

Ivy comenzó a trazar con el dedo los dibujos de su mantel individual.

—Al principio, Suzanne creía que tan sólo era un juego. No se preocupó porque no era nadie en concreto. Pero ahora cree que sale sólo con una persona. Piensa que está realmente colado por alguien.

Ivy alzó la mirada y vio que su amiga la estaba examinando con detenimiento. «¿Beth es capaz de leer la mente de verdad —se preguntó—, o es mi cara la que siempre me delata?».

—Suzanne no deja de preguntarme qué creo que está ocurriendo —continuó Beth con el entrecejo ligeramente arrugado.

—¿Y qué le contestas? —preguntó Ivy.

Beth parpadeó varias veces; después apartó la mirada. Observó a una camarera con el pelo blanco que flirteaba con dos hombres calvos vestidos con camisas de

jugar a los bolos de satén borgoña.

—Que no soy la persona apropiada para preguntarle —dijo al fin—. Ya me conoces, Ivy; siempre observo a la gente y añado cosas a lo que veo para inventarme historias a partir de ahí. A veces olvido qué parte me he inventado y qué parte es cierta en realidad.

—¿Qué crees que es cierto en realidad sobre Gregory? —insistió Ivy.

Beth agitó el helado de un lado a otro.

—Creo que le gusta ir de flor en flor. Creo que..., eh..., les gusta a un montón de chicas. Pero no soy capaz de adivinar quién le interesa a él de verdad ni qué piensa en realidad. No soy capaz de leerlo con facilidad.

Beth dio un mordisco a la galleta de su helado y la masticó pensativamente.

—Gregory es como un espejo —siguió—. Refleja la personalidad de la persona con la que está. Cuando está con Eric, da la sensación de que actúa como él. Cuando está contigo, es considerado y divertido como tú. El problema es que nunca puedo ver quién es verdaderamente Gregory, al igual que no puedo ver cómo es un espejo por sí mismo, porque siempre refleja a los que lo rodean. ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo que sí.

—¿Qué debería decirle, Ivy? —preguntó Beth. El tono de su voz había cambiado: suplicaba una respuesta—. Las dos sois amigas mías. Cuando Suzanne me pregunta qué creo que está ocurriendo, ¿qué debería decirle?

—No lo sé. —Ivy empezó a estudiar su mantel individual una vez más para leer las descripciones de los postres—. Te lo diré cuando lo sepa, ¿de acuerdo? Bueno, ¿cómo van tus escritos?

—¿Mis escritos? —repitió Beth esforzándose por seguir el cambio de tema de Ivy—. Pues tengo buenas noticias.

—¿Sí? Cuéntamelas.

—Me los van a publicar. Me refiero a una revista de verdad. —Los ojos azules de Beth centelleaban—. En *Confesiones de un corazón sincero*.

—¡Beth, eso es fantástico! ¿Qué relato?

—El que escribí para el club de teatro. Ya sabes, el que apareció en la revista literaria del colegio la primavera pasada.

Su amiga trató de recordarlo.

—He leído tantos...

—«Apretó el arma contra el pecho —dijo Beth—. Dura, triste, fría e implacable. Fotos de él. Fotos gastadas y descoloridas de él, de él con ella. En la silla de la mujer había fotos esparcidas, hechas pedazos, bañadas en lágrimas, cubiertas de sal. Las había ahogado en su propia sangre...».

Dos camareras, que llevaban las bandejas cargadas hasta arriba, se habían parado a escucharla.



—¿Qué pasa? —le preguntó Beth a Ivy—. Tienes una expresión muy extraña.

—Nada... nada, simplemente estaba pensando —respondió Ivy.

—Últimamente lo haces a menudo.

Ivy se echó a reír.

—Tal vez sea capaz de mantener la costumbre para cuando empiece el instituto el mes próximo.

Les dejaron la cuenta sobre la mesa. Ivy alargó el brazo para coger su monedero.

—Escucha —dijo Beth—, ¿por qué no te quedas a dormir esta noche en mi casa? No tenemos que hablar. Veremos películas, nos limaremos las uñas, haremos galletas... —Se metió la punta del cono del helado en la boca—. Galletas bajas en calorías —puntualizó.

Ivy esbozó una sonrisa. A continuación comenzó a escarbar en su monedero en busca del dinero.

—Debería irme a casa, Beth.

—No, no deberías.

Ivy dejó de rebuscar. Beth había pronunciado aquellas palabras con gran seguridad.

—No sé por qué —dijo Beth al tiempo que se retorció tímidamente un mechón de pelo—. Simplemente, no deberías irte a casa.

—Tengo que ir —repuso Ivy—. Si Philip se despierta en mitad de la noche y se da cuenta de que no estoy en casa, pensará que algo va mal.

—Llámalo —sugirió su amiga—. Si está dormido, Gregory puede dejarle una nota junto a la cama. No deberías ir a casa esta noche. Es un... presentimiento, un presentimiento realmente fuerte que tengo.

—Beth, sé que tienes ese tipo de intuiciones, y ya acertaste una vez, pero en esta ocasión es diferente. Las puertas estarán cerradas con llave. Gregory está en casa. No me va a ocurrir nada.

Beth miraba a un punto situado detrás de Ivy; tenía los ojos entornados, como si estuviera tratando de enfocar la vista sobre algo.

Ivy se volvió rápidamente y vio a un hombre de pelo rizado que llevaba una camisa de jugar a los bolos brillante y amarilla. El hombre le guiñó el ojo y se dio la vuelta de nuevo.

—¿Puedo quedarme a pasar la noche contigo? —le preguntó Beth.

—¿Qué? No, esta noche no —respondió Ivy—. Necesito dormir y tú tienes que acabar ese relato que he interrumpido antes. Yo invito —añadió tras coger la cuenta.

En el aparcamiento, Ivy se despidió varias veces, y Beth se separó de ella a regañadientes.

Mientras conducía hacia su casa, Ivy pensaba en el relato de su amiga. Los detalles del suicidio de Caroline no se habían hecho públicos, así que su amiga no

sabía nada de las fotografías que la madre de Gregory había rasgado el día en que se disparó. Resultaba curioso que en las historias de Beth aparecieran cosas que parecían inverosímiles y un tanto melodramáticas hasta que cierta versión de ellas se hacía realidad.

Cuando Ivy llegó a casa, vio que todas las luces excepto una —una lámpara de la habitación de Gregory— estaban apagadas. Abrigaba la esperanza de que su hermanastro no hubiera oído su coche mientras se acercaba por el camino de entrada. Lo dejó fuera del garaje. Así, si Gregory se preocupaba, vería que había llegado a casa sana y salva. Ivy pensó en subir por la escalinata central para no tener que pasar por delante de la habitación del chico. Gregory había llamado dos veces a la tienda a lo largo de la tarde. Ivy sabía que quería hablar, pero ella no se sentía preparada.

Era una noche cálida, todavía sin luna, con un cielo salpicado de estrellas. Ivy las observó durante unos instantes, después echó a andar en silencio para atravesar el jardín.

—¿Dónde has estado?

Ivy dio un respingo. No lo había visto sentado a la sombra de la casa.

—¿Qué?

—¿Dónde has estado?

Ella se sintió ofendida por su tono.

—Por ahí —respondió.

—Deberías haberme devuelto las llamadas. ¿Por qué no lo has hecho, Ivy?

—Estaba ocupada con los clientes.

—Pensé que volverías a casa en cuanto terminaras de trabajar.

Ivy dejó caer sus llaves ruidosamente sobre una mesa de hierro forjado.

—Y yo pensé que no se me iba a hacer un interrogatorio por salir un rato, al menos no que fueras a hacérmelo tú. ¡Ya me estoy cansando, Gregory!

Oyó que él cambiaba de postura en la silla, pero no podía verle la cara.

—¡Ya me estoy hartando de que todo el mundo se preocupe tanto por mí! ¡Beth no es mi madre y tú no eres mi hermano mayor!

Él se rió con suavidad.

—Me alegra oírte decir eso. Tenía miedo de que Eric te hubiera confundido.

Ivy bajó la cabeza un poco; después, dijo:

—Tal vez lo haya hecho. —Dio un paso en dirección a la casa.

Gregory la agarró por una muñeca.

—Tenemos que hablar.

—Necesito pensar, Gregory.

—Entonces piensa en voz alta —dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—Ivy, escúchame: no estamos haciendo nada malo.

—Entonces, ¿por qué me siento tan... tan confusa? ¿Y tan desleal?

—¿Hacia Suzanne?

—Suzanne cree que estás saliendo con otra chica —respondió Ivy.

—Así es —dijo él en voz baja—. Sólo es que no estoy seguro de si ella está saliendo conmigo. ¿Estás saliendo conmigo?

Ivy se mordió el labio inferior.

—No pienso tan sólo en Suzanne.

—Tristan.

Ella asintió.

Gregory le tiró del brazo para atraerla hacia sí.

—Siéntate.

—Gregory, no quiero hablar de ello.

—Entonces límitate a escucharme. Préstame atención. Quieres a Tristan. Lo quieres como no quieres a nadie más.

Ivy trató de apartarse un poco, pero él la sujetó con fuerza.

—¡Escúchame! Si hubieras sido tú la que hubiera muerto en el accidente, ¿qué habrías querido para Tristan? ¿Querrías que nadie más lo quisiera? ¿Querrías que estuviera solo durante el resto de su vida?

—No, claro que no —dijo ella.

—Claro que no —repitió él con suavidad.

Entonces hizo que Ivy se sentara en la silla junto a él. El metal estaba frío y duro.

—Llevo todo el día y toda la noche pensando en ti —continuó.

La acarició con delicadeza; sus dedos recorrieron el óvalo de la cara y los huesos del cuello de Ivy. La besó con tanta ternura como habría besado a un bebé. Ella se lo permitió, pero no le devolvió el beso.

—Llevo toda la noche esperándote aquí —dijo él—. Necesito salir un rato. ¿Qué te parece si vienes a dar una vuelta conmigo en coche?

—No podemos dejar solo a Philip —le recordó ella.

—Claro que podemos —contestó Gregory en voz baja—. Está profundamente dormido. Cerraremos con llave todas las puertas de la casa y activaremos la alarma exterior. Podemos ir a dar una vuelta corta. Y no hablaré más, te lo prometo.

—No podemos dejar solo a Philip —dijo ella por segunda vez.

—Estará bien. No hay nada malo en que vayamos a dar un paseo, Ivy. No hay nada malo en subir al máximo el volumen del equipo de música y conducir un poco de prisa. No hay nada malo en pasarlo bien.

—No quiero ir —repuso ella.

Ivy sintió que el cuerpo de Gregory se tensaba.

—Esta noche, no —agregó la chica con rapidez—. Estoy cansada, Gregory. Necesito irme a la cama, de verdad. Otra noche, quizá.

—De acuerdo. Como quieras —dijo él con voz ronca, y se apoyó en el respaldo de su silla—. Vete a dormir.

Ivy lo dejó allí y buscó a tientas su camino por la casa en penumbra. Fue a ver cómo estaba Philip; después atravesó el baño contiguo para llegar a su propia habitación, donde los ojos resplandecientes de *Ella* la saludaron. Ivy encendió una pequeña lámpara que había sobre la cómoda y la gata comenzó a ronronear.

—¿Ese ronroneo es para mí —le preguntó Ivy—, o para él?

La foto de Tristan, la que le había dado su madre, estaba situada bajo el círculo de luz.

Ivy sujetó la fotografía entre las manos. Tristan le sonreía desde el papel con su vieja gorra de béisbol..., colocada hacia atrás, por supuesto. La chaqueta del instituto se agitaba con el viento, como si el joven caminara hacia ella. Algunas veces, Ivy aún no era capaz de creer que estuviera muerto. Su cabeza sabía que era así, lo supo en un momento repentino. Tristan había dejado de existir, pero su corazón simplemente no lo dejaba marchar.

—Te quiero, Tristan —dijo; a continuación le dio un beso a la fotografía—. Dulces sueños.

Ivy se despertó gritando. Tenía la voz ronca, como si llevara horas chillando. El reloj decía que era la 1.15 de la madrugada.

—¡Tranquila! ¡Estás a salvo! ¡Todo va bien, Ivy!

Gregory la estaba rodeando con los brazos. Philip estaba de pie junto a la cama, estrechando a *Ella*.

Ivy los miró fijamente; después, se recostó contra Gregory.

—¿Cuándo parará? ¿Cuándo se acabará esta pesadilla?

—Chsss, chsss, todo va bien.

Pero no era cierto. La pesadilla no dejaba de crecer. No paraban de agregarse detalles que le provocaban continuos calambrazos de miedo que se filtraban en los lugares más ocultos de su mente. La chica cerró los ojos y apoyó la cabeza contra Gregory.

—¿Por qué no deja de tener ese sueño? —preguntó Philip.

—No estoy seguro —contestó Gregory—. Supongo que forma parte del proceso de superación del accidente.

—A veces los sueños son mensajes de los ángeles —sugirió Philip. Dijo la palabra «ángeles» rápidamente y, a continuación, miró a Ivy como si pensara que le iba a gritar por volver a mencionarlos.

Gregory observó al chico durante un momento; luego, le preguntó:

—Los ángeles son buenos, ¿no es así?

Philip asintió.

—Bien, pues si los ángeles son buenos —razonó Gregory—, ¿crees que le mandarían pesadillas a Ivy?

Philip lo pensó; después negó con la cabeza lentamente.

—No..., pero quizá sea un ángel malo quien lo esté haciendo.

Ivy sintió que Gregory se ponía rígido.

—Es mi mente la que lo hace —intervino la chica en voz baja—. Tan sólo es mi mente, que trata de acostumbrarse a lo que nos ocurrió a Tristan y a mí. Dentro de poco, las pesadillas desaparecerán.

Pero estaba mintiendo. Tenía miedo de que aquellos sueños no terminaran jamás. Y estaba empezando a pensar que había algo más en ellos que el mero hecho de que tuviera que superar la muerte de Tristan.

—Tengo una idea, Philip —dijo Gregory—. Hasta que desaparezcan las pesadillas de Ivy, haremos turnos para despertarla y quedarnos con ella. Esta noche lo hago yo. La próxima vez te toca a ti, ¿de acuerdo?

Philip miró sin mucho convencimiento a Gregory y a su hermana.

—De acuerdo —dijo al final—. Ivy, ¿me puedo llevar a *Ella* a mi habitación?

—Claro. Le encantará acurrucarse contigo.

Ivy observó a su hermano mientras se llevaba a la gata con la cabeza inclinada hacia ella y la frente escondida entre su pelaje.

—Philip —lo llamó—, cuando vuelva de trabajar mañana, haremos algo juntos, solos tú y yo. Piensa en qué te apetece..., algo divertido. Todo va bien, Philip. De verdad. Todo va a salir bien.

El muchacho asintió, pero Ivy se dio cuenta de que no la creía.

—Que descanses —añadió Ivy—. Tienes a *Ella*. Y a tu ángel —señaló.

Philip la miró con unos ojos como platos.

—¿Tú también lo has visto?

Ivy vaciló.

—Claro que no —respondió Gregory por ella.

«Claro que no», se repitió Ivy a sí misma. Y, aun así, durante un segundo casi llegó a pensar que lo había visto. Casi creyó que existía un ángel para Philip, aunque no para ella.

—Buenas noches —le dijo a su hermano en voz baja.

Una vez que el chico se hubo marchado, Gregory abrazó a Ivy con fuerza y la estuvo meciendo durante varios minutos.

—¿El mismo sueño de siempre? —le preguntó.

—Sí.

—¿Sigue apareciendo Eric en él?

—Aparece la moto roja —contestó Ivy.

—Ojalá pudiera hacer desaparecer tus pesadillas —deseó Gregory—. Si supiera

cómo hacerlo, las tendría yo todas las noches. Ojalá pudiera evitar que tuvieras que pasar por esto.

—No creo que nadie pueda pararlas —apuntó Ivy.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy ha ocurrido algo diferente. Del mismo modo en que la moto se agregó la última vez, en esta ocasión ha aparecido otra cosa. Gregory, creo que podría estar recordando. Y creo que quizá tenga que seguir soñando con ello hasta que me acuerde de... algo —se encogió de hombros.

Él echó la cabeza ligeramente hacia atrás para poder mirarla.

—¿Qué se ha añadido al sueño?

—Iba conduciendo. La ventana estaba allí, esa a través de la que no puedo ver y tras la que hay una sombra. Era la misma ventana, pero esta vez yo iba conduciendo, no caminando hacia ella.

Hizo una pausa. No quería pensar en ello, en lo que podía significar ese nuevo dato.

Él volvió a abrazarla con fuerza.

—¿Y todo lo demás era igual?

—No. Conducía el coche de Tristan.

Ivy oyó la brusca inspiración de Gregory.

—Cuando vi la ventana, intenté detener el coche. Pisé el freno, pero el coche no reducía la velocidad. Entonces oí su voz: «¡Ivy, frena! ¡Para! ¿No lo ves, Ivy? ¡Ivy, para!». Pero no podía parar. No podía frenar. Pisé el pedal una y otra vez. ¡No tenía frenos!

Sintió que la recorría un escalofrío. Los brazos de Gregory la rodeaban, pero la piel del chico estaba cubierta de un sudor frío.

—¿Por qué no habría frenos? —susurró—. ¿Estoy recordando, Gregory? ¿Qué estoy recordando?

Él no contestó. Temblaba tanto como ella.

—Quédate conmigo —le rogó Ivy—. Me da miedo volver a dormirme.

—Me quedaré, pero tienes que dormir, Ivy.

—¡No puedo! Me da miedo empezar a soñar de nuevo. ¡Me aterra! ¡No sé qué ocurrirá la próxima vez!

—Estaré justo aquí. Te despertaré en cuanto comiences a soñar de nuevo, pero necesitas dormir. Te traeré algo que te ayude.

Se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella, nerviosa.

—Chsss —la tranquilizó él—. Sólo voy a prepararte algo que te ayude a dormir.

Entonces cogió la foto de Tristan de la cómoda y la puso sobre la mesilla de

noche, justo al lado de Ivy.

—Volveré en seguida. Yo no te abandonaré, Ivy, te prometo que no te abandonaré.  
—Le acarició el pelo—. No hasta que esas pesadillas desaparezcan de forma definitiva.

—«¡Ivy, frena! ¡Para! ¿No lo ves, Ivy? ¡Ivy, para!».

Pero Ivy no se había detenido. Le contaba el sueño a Gregory una y otra vez, y ahora él sabía que la chica recordaba más y más cosas cada vez. Quizá en la siguiente ocasión se acordara de todo..., fuera lo que fuese aquello que Gregory no quería que nadie supiera. Si es que había una siguiente ocasión.

Tristan estaba tumbado, inmóvil, en la habitación de Ivy. Se había vuelto loco, gritándole y chillándole. Había gastado ingentes cantidades de energía. ¿Para qué? Ella seguía sentada, inquieta, asustada..., anhelando la vuelta de Gregory.

Se levantó. Salió a toda prisa de la habitación y bajó la escalera principal de la casa en penumbra; después se dirigió instintivamente hacia la cocina, donde se encontraba Gregory. La única luz encendida era la que había sobre los fogones. El agua silbaba en la tetera. Gregory estaba sentado en un taburete alto junto a la encimera, mirándola, con la piel pálida y brillante.

No paraba de jugar con un envoltorio de celofán que se había sacado del bolsillo. Tristan podía imaginarse lo que contenía y lo que Gregory pretendía hacer a continuación. Y también sabía que, incluso aunque contara con todas sus energías en ese momento, no sería capaz de vencerlo. No podía manejar la mente de Gregory del mismo modo en que utilizaba la de Will. Gregory lucharía contra Tristan hasta el final, y su cuerpo tenía una fuerza física cien veces superior a la de los dedos materializados del ángel.

Pero, aun así, las manos humanas también podían cometer errores, pensó Tristan. Si una capsulita roja —algo que Tristan podía manipular— se moviera de forma inesperada, Gregory tendría que buscarla a tientas.

El chico había elegido un té de frambuesa, tal vez porque su sabor fuerte enmascararía el de la droga, consideró Tristan. Se acercó a él con paso seguro. Tendría que materializar sus dedos justo en el momento preciso.

Gregory abrió cuidadosamente el envoltorio de celofán y cogió dos de las tres cápsulas. Tristan estiró su mano resplandeciente y comenzó a concentrarse en las yemas de sus dedos. La mano de Gregory se cernía sobre el té caliente.

En el momento en que las soltó, Tristan dio un golpe a las píldoras. Las cápsulas saltaron por la encimera. El hermanastro de Ivy soltó un taco y extendió la mano, pero Tristan fue más rápido y desplazó las cápsulas hacia el fregadero. Ambas se quedaron pegadas a la superficie húmeda y Tristan tuvo que volver a intervenir para hacer que se colaran por el desagüe.

Mientras lo hacía, Gregory logró introducir la tercera cápsula en el té.



Entonces Tristan trató de alcanzar la taza, pero Gregory la sujetó firmemente con los dedos. Dio vueltas al líquido con una cucharilla y, una vez que la cápsula se hubo disuelto, llevó la bebida al piso de arriba.

Ivy pareció muy aliviada al verlo.

—Esto debería ayudarte —le dijo Gregory.

—¡No te lo bebas, Ivy! —le advirtió Tristan, a pesar de que sabía que no podía oírlo.

Ella dio un sorbo al té. Luego dejó la taza y apoyó la cabeza contra el pecho de Gregory.

Él volvió a coger la taza antes de que Tristan pudiera tocarla.

—¿Demasiado caliente?

—No, está bien. Gracias.

—¡Para! —gritó Tristan.

Ivy tomó otro sorbo, como si quisiera convencer a Gregory de que el té estaba bien.

—He elegido bien, ¿no? Tienes tantos tipos de té ahí abajo que...

—Déjalo, Ivy.

—Es perfecto —dijo ella, y comenzó a dar tragos más largos.

—Lacey, ¿dónde estás cuando te necesito? —llamó Tristan—. ¡Necesito tu voz, necesito que alguien le diga que no se lo beba!

Cada vez que Ivy alargaba el brazo para dejar de nuevo el té con la droga sobre la mesilla, Gregory se lo quitaba de las manos y lo sujetaba. Estaba sentado en la cama junto a ella; la rodeaba con un brazo, con el otro le llevaba la taza a los labios.

—Un poco más —insistía.

—¡No bebas más! —gritó Tristan.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Gregory varios minutos después.

—Tengo sueño. Me siento extraña. No asustada..., sólo extraña. Siento como si hubiera alguien más en la habitación, observándonos —dijo mientras miraba en torno al dormitorio.

—¡Estoy aquí, Ivy!

Gregory le ofreció el último trago de té.

—No hay nada de lo que preocuparse —la tranquilizó—. Estoy aquí contigo, Ivy.

Tristan se esforzaba por mantenerse calmado. Una píldora no la mataría, razonó. ¿Habría encontrado Gregory el otro paquete, el que Tristan había tirado detrás de la cómoda? ¿Tenía planeado drogarla un poco y después darle las demás?

—¡Lacey, no puedo salvarla solo!

«Will —pensó Tristan—, busca a Will». Pero ¿cuánto tiempo le llevaría aquello? A Ivy se le iban cerrando los ojos poco a poco.

—Duerme —le repetía Gregory una y otra vez—. No hay nada de lo que tener

miedo, duerme.

Ella cerró los ojos y su cabeza cayó hacia atrás. Gregory no se molestó en sujetarla. La empujó a un lado y dejó que cayera como un fardo sobre la almohada.

Sin darse cuenta, Tristan había comenzado a llorar. Rodeó a Ivy con los brazos, aunque ni siquiera podía abrazarla. Estaba muy lejos de él, y también distanciándose de Gregory, hundiéndose más y más en un sueño artificial. Tristan lloraba sin poder contenerse.

Gregory se puso en pie con brusquedad y salió de la habitación.

Tristan sabía que tenía que conseguir ayuda, pero no era capaz de separarse de Ivy durante mucho tiempo.

Philip. Era su única oportunidad. Tristan se apresuró hacia la habitación de al lado.

*Ella* se puso alerta en cuanto él entró en el dormitorio.

—Ayúdame, *Ella*. Tenemos que despertarlo, pero sólo lo suficiente como para que pueda introducirme en su mente.

La gata se encaramó al pecho de Philip, le olisqueó la cara y después maulló.

El chico parpadeó varias veces, levantó una mano y rascó a *Ella* perezosamente. Tristan se imaginó el tacto suave de la gata en los dedos de Philip. Un segundo después, tras haber compartido sus pensamientos, se coló en el interior del muchacho.

—Soy yo, Philip, tu amigo, tu ángel, Tristan.

—Tristan —murmuró Philip, y, de repente, estaban sentados el uno frente al otro con un tablero de damas entre los dos.

Philip se comió una pieza de su adversario:

—¡Una reina!

Tristan se había introducido en un recuerdo o en un sueño tejido a partir de un recuerdo. Luchó porque ambos salieran de allí.

—Despierta, Philip, soy Tristan. Despierta. Necesito que me ayudes. Ivy necesita que la ayudes.

Tristan oyó que *Ella* volvía a ronronear y vio la cara del animal escudriñando la suya, a pesar de que todo estaba borroso. Supo que Philip estaba escuchando y despertándose poco a poco.

—Venga, Philip. Así se hace, colega.

En ese momento, el chico estaba mirando las figuritas de los ángeles. Se preguntaba qué ocurría, pero no tenía miedo. Aún sentía los brazos y las piernas pesados. Hasta el momento, todo iba bien.

Entonces Tristan oyó un ruido en el pasillo. Oyó pisadas; eran de Gregory, aunque caminaba de forma extraña, pesadamente.

—¡Levanta, Philip! ¡Tenemos que ir a ver!

Antes de que el muchacho pudiera levantarse, Gregory ya había bajado la

escalera. Un momento después, se oyó un portazo en el exterior.

—¡Ponte los zapatos! ¡Los zapatos!

Se oyó el ruido de un motor al arrancar. Tristan lo reconoció: era el viejo Dodge de Ivy. Se le cayó el alma a los pies. Gregory se llevaba a Ivy. «¿Adónde te la llevas? ¿Adónde?».

—No lo sé —dijo Philip con voz soñolienta.

«Piensa: ¿qué le resultaría más fácil?», se dijo Tristan.

—No lo sé —masculló el chico.

Con Ivy drogada, sería sencillo orquestar un accidente. ¿De qué tipo? ¿Cómo y dónde iba a hacerlo? «Debe de haber pistas en su habitación, algún indicio en los recortes de periódico».

De pronto Tristan recordó el horario de trenes. Se acordó de la extraña expresión de Gregory cuando lo encontró en el suelo. Había trazado un círculo en torno al tren nocturno, el que partía de Tusset. Después había realizado algunos cálculos y había anotado una hora que subrayó dos veces: las 2.04. Era correcto... Tristan sabía que el tren pasaba a toda velocidad por su estación unos minutos después de las dos todas las madrugadas. ¡Pasaba a toda velocidad! No paraba en estaciones pequeñas como la de Stonehill, que, después de medianoche, debía de estar desierta. ¡Tenían que detenerlo!

Miró el reloj digital de Philip: la 1.43.

—¡Vamos, Philip!

El chico estaba desplomado sobre la silla con tan sólo uno de los zapatos atado. Cuando intentó hacer la lazada del otro, sintió que sus dedos se movían con torpeza. Apenas podía mantenerse en pie, y descendió muy lentamente hacia el vestíbulo mientras Tristan lo guiaba. El ángel decidió bajar por la escalera principal, en la que había una barandilla a la que agarrarse. Consiguieron llegar a salvo hasta la planta baja, así que condujo a Philip hacia la puerta de atrás; Gregory se la había dejado abierta. Como si tuviera un reloj en su interior, Tristan sentía transcurrir todos y cada uno de los segundos.

No conseguirían llegar a tiempo si iban a pie; el largo camino que descendía por la colina los llevaba en dirección contraria a la estación. Llaves..., ¿podría encontrar las llaves del coche de Gregory? Si lo lograba, podría materializar sus dedos y... Pero ¿y si desperdiciaba todo su tiempo buscando las llaves y Gregory las llevaba encima?

—Por el otro lado, Philip. —Tristan hizo que el chico diera media vuelta. Era un atajo peligroso, pero su única oportunidad: la ladera empinada y rocosa de la colina, que llegaba hasta la estación.

Después de un par de pasos, el aire fresco de la noche espabiló a Philip. A través de los ojos y los oídos del niño, Tristan tomó conciencia de las sombras plateadas y los sonidos susurrantes de la noche. Él también se sentía más fuerte. Ante los ruegos

de Tristan, Philip echó a correr por la hierba. Pasaron a toda prisa junto a la pista de tenis y, después, a unos cuarenta metros hacia el límite de la propiedad, por el margen donde el terreno caía abruptamente en picado.

Se movían a más velocidad de la que podría haber desplegado un crío, ya que sus fuerzas se combinaban. Tristan no sabía cuánto tiempo aguantaría esa energía renovada, y tampoco estaba seguro de poder hacer que ambos llegaran a salvo al final de la escarpada ladera de la colina. Tenía la sensación de que llegar hasta donde estaban ya le había llevado toda la vida.

Sintió un intento de resistencia cuando Philip y él treparon al muro que señalaba el final de la propiedad.

—Se supone que no debo hacer esto —dijo Philip.

—No te preocupes, estás conmigo.

Mucho más abajo de donde se encontraban podía verse la estación de tren. Para llegar hasta ella tendrían que descender por un lado de la colina donde los únicos asideros eran las raíces de unos cuantos árboles pequeños y algunas estrechas cornisas de piedra debajo de las que se ocultaban desniveles muy escarpados. De vez en cuando, a través de la superficie rocosa, emergían grupos de matorrales, pero la mayor parte del terreno estaba cubierto de una tierra llena de surcos y de una cascada de rocas sueltas que echaban a rodar con el más mínimo roce de un pie.

—No estoy asustado —dijo Philip.

—Me alegra que uno de nosotros no lo esté —repuso Tristan.

Elegían su trayectoria lenta y cuidadosamente. La luna había salido tarde y las sombras que proyectaba eran largas y confusas. Tristan tenía que controlarse continuamente, debía acordarse de que las piernas que estaba utilizando eran más cortas que las suyas, y los brazos de Philip incapaces de estirarse tanto como los de él.

Estaban a medio camino de la ladera cuando calculó mal. Su salto fue demasiado corto y se asomaron excesivamente sobre una estrecha franja de rocas. A partir de aquella cornisa no había más que una caída vertical de unos siete metros y medio con tan sólo unas cuantas piedras a las que poder agarrarse en la parte de abajo, justo antes de que comenzara otro desnivel. Ambos se tambalearon. Tristan se recogió en sí mismo, escondió sus pensamientos y sus instintos para dejar que Philip tomara el control. Fue el natural sentido del equilibrio del chico lo que los salvó.

Mientras seguían bajando, Tristan intentaba no pensar en Ivy, a pesar de que la imagen de la cabeza de la joven colgando sobre su propio hombro como si fuera la de una muñeca de trapo acudía a su mente una y otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Philip al sentir la preocupación de Tristan.

—Sigue, no te pares. Luego te lo cuento.

No podía dejar que el muchacho conociera el grave peligro que corría su

hermana. Encubrió ciertos pensamientos para ocultar de la conciencia de Philip tanto la identidad de Gregory como sus intenciones. No estaba seguro de cómo le afectaría esa información, si le entraría un ataque de pánico por lo que podría pasarle a Ivy o si incluso trataría de defender a Gregory.

Ya habían llegado a la parte de abajo y corrían entre las hierbas altas y la maleza, tropezando con las rocas. Philip se torció un tobillo, pero ni siquiera se detuvo. Ante el niño y el ángel apareció una alambrada alta. A través de ella se veía la estación.

La estación contaba con dos vías situadas la una junto a la otra; una de ellas estaba orientada hacia el norte y la otra hacia el sur, y cada una tenía su propio andén. Los andenes estaban conectados por un puente alto que pasaba por encima de las vías. En el lado orientado hacia el sur, que era el que más lejos de Philip y Tristan se hallaba, estaba el edificio de madera que hacía las veces de estación y el aparcamiento. Tristan sabía que el tren nocturno circulaba en dirección sur.

Justo en el momento en que alcanzaron la valla, oyó las campanas de la iglesia de la ciudad que tañían una vez, dos veces. Las dos de la madrugada.

—La alambrada es terriblemente alta, Tristan.

—Al menos no está electrificada.

—¿Podemos descansar?

Antes de que Tristan tuviera oportunidad de contestar, a lo lejos se oyó el silbido de un tren.

—¡Philip, tenemos que llegar antes que el tren!

—¿Por qué?

—Simplemente tenemos que hacerlo. ¡Tropa!

Philip obedeció. Comenzó a incrustar los dedos de los pies en los huecos de la malla de alambre mientras estiraba las manos para agarrarse e ir subiendo. Estaban encima de la valla, a seis metros de altura. Entonces Philip saltó. Se dieron un golpe contra el suelo y rodaron.

—¡Philip!

—Pensé que tenías alas. Se supone que tienes alas.

—Vale, ¡pero tú no! —le recordó Tristan.

El silbido volvió a sonar, esta vez más cerca. Corrieron hacia el primer andén. Cuando llegaron a él, pudieron ver el lado opuesto de la estación.

«Ivy».

—Algo va mal —dijo Philip.

Estaba de pie sobre el andén orientado hacia el sur, apoyada contra una columna situada al borde de la vía. Tenía la cabeza ladeada hacia un lado, como si de un peso muerto se tratara.

—¡Podría caerse! Tristan, se acerca un tren y... —Philip comenzó a gritar—. ¡Ivy! ¡Ivy!

Su hermana no lo oía.

—La escalera —dijo entonces Tristan.

Corrieron hacia ella, después cruzaron el puente y bajaron por el otro lado a toda prisa.

Oían el rugido del tren que se aproximaba. Philip no paraba de llamar a Ivy, pero su hermana tenía la mirada clavada en el lado opuesto de la vía, como si estuviera hipnotizada. Tristan siguió la dirección de sus ojos... y entonces Philip y él se quedaron helados.

—¿Tristan? ¿Tristan, dónde estás? —preguntó Philip con la voz teñida de pánico.

—Aquí, estoy aquí. Todavía estoy en tu interior.

Pero incluso él tenía la sensación de que estaba allí fuera, al otro lado de la vía. Tristan contempló la imagen de sí mismo que permanecía de pie entre las sombras del andén orientado al norte. La extraña figura iba vestida con una chaqueta del instituto, como la que Tristan llevaba en su fotografía, y una vieja gorra de béisbol del revés. El ángel se quedó mirándola fijamente, tan extasiado por la silueta como Ivy y Philip.

—Ése no soy yo —le dijo a Philip—. No te dejes engañar. Es otra persona que va vestida como yo. —«Gregory», dijo para sí.

—¿Quién es? ¿Por qué va vestido como tú?

Vieron una mano pálida que salía de las sombras hacia la clara luz de la luna. La figura le hizo señales a Ivy, la animaba, trataba de arrastrarla a través de la vía.

En ese momento el tren ya estaba casi a la altura de los chicos, su luz delantera iluminaba la vía que quedaba a sus espaldas, su silbido acometió un último aviso.

Ivy no le prestó la más mínima atención. Se sentía atraída hacia aquella mano como una polilla a un fuego titilante. No dejaba de hacerle gestos. De pronto, la chica estiró su propia mano y dio un paso adelante.

—¡Ivy! —gritó Tristan.

—¡Ivy! —gritó Philip.

—¡Ivy, no lo hagas!

# ALMAS GEMELAS

Con la cabeza alta y su mata de cabello rubio y rizado echado hacia atrás, retirado de la cara, Ivy cerró la puerta del despacho de la orientadora escolar y avanzó por el pasillo. Varios chicos del equipo de natación se volvieron a mirarla mientras se dirigía a su taquilla. Ivy se obligó a devolverles la mirada y a adoptar un aire de seguridad. Los pantalones y la camiseta ajustada que llevaba el primer día de curso se los había elegido Suzanne, su mejor amiga y experta en moda. «Lástima que no haya elegido también una bolsa a conjunto para ponérmela en la cabeza», pensó Ivy. Pasó frente al tablón de anuncios de la clase de los mayores. La gente murmuraba. La señalaban con leves gestos de la cabeza. No debería haberle extrañado.

Habrían señalado a cualquier chica por la que Tristan Carruthers hubiera perdido la cabeza. Habrían murmurado de cualquier chica con la que Tristan hubiera estado la noche en que lo mataron. Como es natural, a cualquier chica que hubiera intentado quitarse la vida por no poder superar la muerte de Tristan la habrían señalado, habrían murmurado acerca de ella y la habrían observado con mucha, mucha atención. Y lo que todos decían de Ivy era que, con el corazón destrozado, se había tomado unas cuantas pastillas y después había intentado arrojarse bajo un tren.

Sólo recordaba la parte del corazón destrozado, el largo verano que sucedió al accidente de coche, las pesadillas en las que veía al ciervo que chocaba contra el parabrisas. Hacía tres meses, había tenido otro de aquellos sueños y se había despertado chillando. Lo único que recordaba de aquella noche era que su hermanastro, Gregory, la había consolado y que después se había quedado dormida mirando la foto de Tristan. Ahora, esa foto, su foto favorita de Tristan, en la que llevaba su vieja chaqueta del instituto y una gorra de béisbol con la visera hacia atrás, la atormentaba. La atormentaba incluso antes de haber oído el extraño relato de su hermano pequeño acerca de lo acontecido aquella noche.

La historia de Philip en relación con el ángel que la había salvado no había convencido ni a su familia ni a la policía de que no se trataba de un intento de suicidio. ¿Cómo podía negar haber tomado una droga que aparecía en los análisis de sangre que le habían hecho en el hospital? ¿Cómo podía contradecir al maquinista del tren, que había declarado a la policía que no podría haberlo detenido a tiempo?

—Co, co, co, co, co, co. —Una voz suave y temblorosa interrumpió los pensamientos de Ivy—. ¿Quién quiere jugar a gallina, gallina, gallina?

La voz procedía del hueco oscuro detrás de la escalera. Ivy sabía que se trataba del mejor amigo de Gregory, Eric Ghent. Pasó de largo.

—Co, co, co, co, co, co...



Al ver que no reaccionaba, Eric salió del tenebroso hueco de la escalera como un esqueleto que sale disparado de su tumba. El fino cabello rubio le caía en mechones sobre la frente y sus ojos parecían canicas azul pálido incrustadas en unas órbitas huesudas. Hacía tres semanas que Ivy no veía a Eric. Sospechaba que Gregory había mantenido a su burlón amigo lejos de ella.

Eric avanzó lo bastante de prisa como para bloquearle el paso.

—¿Por qué no lo hiciste? —inquirió—. ¿Te asustaste? ¿Por qué no seguiste adelante y te mataste?

—¿Decepcionado? —preguntó Ivy a su vez.

—Gallina, gallina, gallina —dijo él con voz suave, en son de burla.

—Déjame en paz, Eric. —Ivy caminó más de prisa.

—Ajá. Aún no. —La agarró de la muñeca rodeándole fuertemente el brazo con sus delgados dedos—. Ahora ya no puedes ignorarme, Ivy. Tú y yo tenemos demasiado en común.

—No tenemos nada en común —contestó ella liberándose de él.

—Gregory —repuso Eric dándose un golpecito en un dedo de una mano con el índice de la otra—. Drogas —se golpeó el dedo siguiente—. Y los dos somos campeones en el juego del gallina —se agarró un tercer dedo y lo agitó—. Ahora somos colegas.

Ivy siguió andando, aunque deseaba salir corriendo. Eric anduvo junto a ella balanceándose de un lado a otro.

—Cuéntaselo a tu amiguito —insistió—. ¿Qué te impulsó a hacerlo? ¿En qué pensabas mientras veías que el tren se abalanzaba por la vía hacia ti? ¿Estabas drogada? ¿Cómo fue el viaje?

Sus preguntas la asqueaban. Le parecía imposible pensar que hubiera saltado deliberadamente delante del tren. Había perdido a Tristan, pero en su vida había otras personas a las que quería muchísimo: Philip, su madre, Suzanne y Beth, y Gregory, que la había protegido y reconfortado tras la muerte de aquél. Ivy había visto el dolor y la rabia que aquella muerte había provocado, por lo que la idea de haber intentado provocar esa misma situación le parecía una completa locura.

Pero todo el mundo decía que lo había hecho. Gregory lo decía.

—¿Cuántas veces he de decírtelo? No recuerdo lo que sucedió aquella noche, Eric. No lo recuerdo.

—Pero lo recordarás —replicó él con una risa silenciosa—. Tarde o temprano lo recordarás.

Entonces se apartó de ella y se volvió por donde había venido, como un perro que ha llegado al final de su territorio. Ivy continuó su camino en dirección a su taquilla y las de sus amigas, ignorando más miradas curiosas. Esperaba que Suzanne y Beth hubieran terminado sus reuniones de orientación académica.

No tuvo que mirar los números de las taquillas para localizar el nuevo nido de Suzanne Goldstein. Suzanne no se encontraba allí, pero su taquilla se estaba aromatizando con una botella abierta de su perfume favorito, lo que condujo directamente a Ivy —y a todo chico interesado en dejarle a Suzanne una nota— al lugar en cuestión. Últimamente, su amiga había encontrado a otros tres chicos con los que salir, pero Beth e Ivy sabían que sólo era una estratagema para poner a Gregory celoso.

De la taquilla de Beth Van Dyke, que ese año se encontraba cerca de la suya, pendía ya un pedazo de papel, aunque probablemente no se tratara de una nota dejada por un atractivo admirador. Lo más seguro era que Beth hubiera cerrado la puerta sobre el borrador desechado de una novela rosa subida de tono, una de las muchas que llenaban sus cuadernos.

Ivy se dirigió a su propia taquilla para dejar allí sus libros nuevos. Se puso de rodillas, marcó la combinación y abrió la puerta de par en par. Soltó un grito. Sujeta con cinta adhesiva en la cara interior de la puerta había una foto de Tristan, la misma foto que había estado atormentándola durante las últimas tres semanas. Por unos instantes no pudo respirar. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Recordó desesperadamente cuanto había hecho esa mañana: había asistido a la primera hora de clase y había estado presente mientras pasaban lista; a continuación, había asistido a una asamblea general; después había estado en la tienda de la escuela y, por último, había acudido a su reunión con la orientadora escolar. Comprobó la lista dos veces, pero no logró recordar haber pegado la fotografía en la puerta. ¿Estaría perdiendo realmente el juicio?

Cerró los ojos y se apoyó contra la puerta. «Estoy loca —pensó—. Estoy loca de verdad».

—¿Estoy zumbada, Gregory? —le había preguntado a su hermanastro tres semanas antes, el primer día que pasaba en casa después de volver del hospital, cuando éste se encontraba en su habitación. Ivy sujetaba la foto de Tristan en sus manos temblorosas.

Gregory le quitó la foto con delicadeza y se la tendió a Philip, su salvador de nueve años.

—Te pondrás mejor, Ivy. De eso estoy seguro —respondió Gregory tirando de ella para que se sentara a su lado en la cama y rodeándola con el brazo.

—Quiero decir si estoy loca ahora.

Él no contestó en seguida. Ivy se había apercebido del cambio operado en él cuando fue a verla al hospital. Llevaba el cabello oscuro perfectamente peinado, como siempre, y su agraciado rostro era como una máscara, justo como el día en que lo conoció, pues sus claros ojos grises ocultaban sus más profundos pensamientos.

—Es difícil de entender, Ivy —repuso con tacto—. Es difícil saber qué pensabas

exactamente entonces. —Miró a Philip, que estaba colocando la foto enmarcada sobre el escritorio—. Y la historia de Philip ciertamente no es de gran ayuda.

Su hermano respondió con una mirada llena de obstinación.

—Quizá ahora que estamos solos puedas contarnos lo que pasó de verdad, Philip —aventuró Gregory.

El chico dirigió los ojos hacia las dos estanterías vacías donde antes había estado la colección de ángeles de Ivy. Ahora las figuritas las tenía él. Ivy se las había regalado con la condición de que no volviera a hablar de ángeles nunca más.

—Ya te lo dije.

—Prueba otra vez —terció Gregory con voz grave y tensa.

—Por favor, Philip. —Ivy alargó el brazo buscando su mano—. Me ayudará.

Él dejó que le tomara la mano sin responder a la presión. Ivy sabía que estaba cansado de que lo interrogaran, primero la policía, luego, en el hospital, los médicos, después, su madre y el padre de Gregory, Andrew.

—Estaba durmiendo —dijo Philip—. Después de que tuviste la pesadilla, Gregory dijo que se quedaría contigo. Yo volví a dormirme. Pero entonces oí que alguien me llamaba.

Philip calló, como si ése fuera el final de la historia.

—¿Y?

El chiquillo alzó los ojos hasta las estanterías vacías y, a continuación, se apartó de su hermana.

—Sigue —lo instó Ivy.

—Es que vas a empezar a chillarme.

—No, no lo haré —repuso ella—. Y Gregory tampoco. —Le dirigió a Gregory una mirada de advertencia—. Dinos lo que recuerdas.

—Oíste una voz en tu cabeza que te decía que Ivy necesitaba ayuda—dijo Gregory—. La voz se parecía un poco a la de Tristan.

—Era Tristan —insistió Philip—. ¡Era el ángel Tristan!

—Vale, vale —dijo Gregory.

—¿Te dijo su voz por qué estaba yo en apuros? —inquirió Ivy—. ¿Te dijo la voz dónde estaba?

El chiquillo negó con la cabeza.

—Tristan me dijo que me pusiera los zapatos, bajara la escalera y me dirigiera a la puerta de atrás. Luego cruzamos corriendo el jardín hasta llegar al muro de piedra. Yo sabía que no debía saltarlo, pero Tristan dijo que no pasaba nada porque él estaba conmigo.

Ivy sentía el cuerpo de Gregory tenso junto al suyo, pero le hizo a Philip un gesto alentador con la cabeza.

—Bajar la empinada ladera de la colina daba mucho miedo, Ivy. Era difícil

sujetarse. Las piedras estaban realmente resbaladizas.

—Es imposible —intervino Gregory con expresión frustrada y perpleja—. Un crío no podría haberlo hecho. Yo no podría haberlo hecho.

—Tristan estaba conmigo —le recordó Philip.

—No sé cómo llegaste a la estación, Philip —dijo Gregory con vehemencia—, pero estoy harto de esa historia de Tristan. No quiero volver a oírla.

—Yo sí —afirmó Ivy con voz queda, y oyó que Gregory contenía la respiración—. Sigue —lo animó.

—Cuando llegamos abajo, aún tuvimos que saltar otra cerca. Le pregunté qué estaba pasando, pero Tristan no quiso decírmelo. Sólo dijo que teníamos que ayudarte. Así que comencé a trepar, pero luego la fastidié. Pensé que, como Tristan era un ángel, podíamos volar —Gregory se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación a grandes pasos—, pero no podíamos, y nos caímos desde lo alto de aquella valla tan alta.

Ivy miró el tobillo vendado de su hermano. Tenía las rodillas peladas y magulladas.

—Entonces oímos el silbido del tren. Y tuvimos que seguir adelante. Cuando nos aproximamos, te vimos a ti en el andén. Te llamamos a gritos, Ivy, pero no nos oíste. Subimos corriendo la escalera y cruzamos el puente. Fue entonces cuando vimos al otro Tristan. El de la gorra y la chaqueta, igual que el de tu foto —explicó, señalándola.

Ivy se estremeció.

—Así que ahora el ángel Tristan está en dos sitios —dijo Gregory—: contigo, y también al otro lado de las vías. Le está haciendo una jugarreta a Ivy, llamándola para que vaya con él. No fue una jugarreta muy simpática, que digamos.

—Tristan estaba conmigo —protestó Philip.

—Entonces, ¿quién estaba al otro lado de las vías? —preguntó Gregory.

—Un ángel malo —contestó el chiquillo con total seguridad—. Alguien que quería que Ivy muriese.

Gregory parpadeó.

Ivy se recostó contra la cabecera de su cama. Por extraña que pareciera la historia de Philip, le parecía más real que la idea de haber tomado drogas y haberse arrojado bajo las ruedas de un tren. Y el hecho seguía siendo que su hermano había llegado hasta allí de algún modo y la había retenido en el último momento. El maquinista había visto la imagen borrosa delante del tren y había dicho por radio que no podría parar a tiempo.

—Yo creí que habías visto a Tristan.

—¿Qué? —se extrañó Ivy.

—Te volviste. Pensé que habías visto su luz. —Philip estudió su rostro,

esperanzado.

Ivy negó con la cabeza.

—No lo recuerdo. No recuerdo nada de lo que sucedió en la estación.

Tal vez sería mejor que nunca recordara lo que había sucedido, pensó Ivy. Pero, ahora, cada vez que miraba la foto, algo le hacía cosquillas en lo más profundo de su mente. Algo que no iba a permitirle mirar hacia otro lado y olvidar. Ivy miró la fotografía hasta que su imagen se volvió borrosa. Se había echado a llorar sin darse cuenta.

—Ivy..., Ivy, no llores.

Las palabras de Suzanne devolvieron a Ivy de golpe al presente.

Mientras levantaba la cabeza, su amiga se agachó junto a la taquilla. Su boca era una adusta línea de carmín. Beth, que también había vuelto de su reunión con la orientadora, estaba de pie a su lado, revolviendo en su mochila en busca de pañuelos de papel. Bajó la vista para mirar a Ivy mientras sus propios ojos a punto de desbordar reflejaban las lágrimas de ésta.

—Estoy bien —dijo Ivy secándose los ojos con gesto rápido, mirando ora a la una, ora a la otra—. De verdad, estoy bien.

Pero se daba cuenta de que no la creían. Ese día, Gregory la había acompañado al instituto en coche, y Suzanne iba a llevarla de vuelta a casa. Era como si no confiaran en que pudiera conducir ella misma, como si pensarán que en cualquier momento podría perder la razón y arrojarse por un precipicio.

—No deberías tener esa foto pegada en la taquilla —señaló Suzanne—. Tarde o temprano tendrás que dejarlo estar, Ivy. Tú misma estás haciéndote... —titubeó.

—¿Perder el juicio?

Suzanne se echó hacia atrás su mata de pelo negro y se puso a jugar con uno de los aros de oro que adornaban sus orejas. Hasta entonces, nunca había vacilado en decir lo que pensaba, pero ahora actuaba con precaución.

—No es saludable, Ivy —dijo por fin—. No puede ser bueno que tengas ahí esa foto para recordártelo cada vez que abras la puerta.

—Es que no fui yo quien la puso ahí —repuso ella.

Suzanne frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú me viste hacerlo? —preguntó Ivy.

—Pues no..., pero tú deberías acordarte —terció su amiga.

—Pues no me acuerdo.

Suzanne y Beth intercambiaron una mirada.

—Así que alguna otra persona debe de haberlo hecho —añadió Ivy en un tono que expresaba mucha más seguridad de la que sentía en realidad—. Es una foto de instituto. Cualquiera podría hacerse con una copia. Yo no la pegué ahí, así que otra

persona tiene que haberlo hecho.

Hubo un momento de silencio. Suzanne suspiró.

—¿Has estado hoy con la orientadora? —inquirió Beth.

—Acabo de venir de allí —contestó Ivy al tiempo que cerraba la taquilla dejando la foto en el interior.

Se puso en pie junto a Beth, cuya indumentaria también había elegido Suzanne. Pero a Ivy, por muy a la moda que se vistiera Beth, le parecía siempre un búho de ojos enormes, con su cara redonda y sus plumas de pelo con mechas.

—¿Qué te ha dicho la señorita Bryce? —le preguntó Beth mientras echaban a andar por el pasillo.

—No mucho. Debo ir a hablar con ella dos veces por semana e informar si tengo un mal día. Entonces, ¿vais a venir las dos el lunes? —inquirió cambiando de tema.

A Suzanne se le iluminaron los ojos.

—¿Al guateque de los Baines? ¡Es una tradición del Día del Trabajo! —Parecía aliviada por hablar de una fiesta.

Ivy sabía que el último mes no había sido fácil para Suzanne. Se había sentido tan celosa por la atención que Gregory le prestaba a ella que le había retirado la palabra a su mejor amiga. Más adelante, cuando Gregory le había contado que Ivy había intentado suicidarse, se había culpado por haberle dado la espalda. Pero Ivy sabía que ella misma era en parte culpable de su distanciamiento. Se había acercado demasiado a Gregory. Durante las tres semanas transcurridas desde el incidente de la estación, Gregory se había mostrado más frío con Ivy, tratándola más como a una hermana que como a una chica en la que estaba sentimentalmente interesado. Suzanne había vuelto a buscar la compañía de Ivy, y ésta se alegraba de que ambos hubieran cambiado de actitud.

—Hemos asistido al guateque de los Baines desde que éramos pequeñas —le explicó Beth a Ivy—. Como todo el mundo en Stonehill.

—Menos yo —señaló Ivy.

—Y Will. Él vino a vivir aquí el invierno pasado, igual que tú —explicó Beth—. Le hablé de la fiesta y va a ir.

—¿Ah, sí? —Ivy se había percatado de que Beth y Will se veían cada vez con mayor frecuencia—. Es un chico simpático.

—Muy simpático —repuso Beth con entusiasmo.

Se observaron atentamente la una a la otra durante unos instantes. ¿Estarían convirtiéndose Beth y Will en algo más que amigos?, se preguntó Ivy. Después de escribir todas esas historias, tal vez Beth hubiera acabado cayendo. No era difícil: muchas chicas perdían la cabeza por Will. A la propia Ivy, cada vez que miraba sus oscuros ojos castaños, le parecía que... Se refrenó y descartó rápidamente la idea. Nunca se permitiría enamorarse de nuevo.

Las chicas franquearon las puertas de la escuela y, para llegar a los coches, Suzanne les hizo dar un rodeo que pasaba muy oportunamente junto al campo donde el equipo de fútbol estaba entrenando.

—He de hacerme con un programa del equipo —observó Suzanne después de quedarse mirando varios minutos—. ¿Y si empieza a caérseme la baba por el número cuarenta y nueve y descubro que no es más que un estudiante de segundo año?

—Un tío bueno es un tío bueno —replicó Beth filosóficamente—. Y las mujeres mayores con tíos más jóvenes están de moda.

—No le digas a Gregory que voy por ahí mirando —dijo Suzanne en un aparte mientras proseguían su camino hacia los coches.

—¿Es que no está permitido mirar? —preguntó Beth en tono inocente.

—Lo he pensado mejor, ¡díselo, díselo! —exclamó Suzanne extendiendo sus brazos con gesto dramático—. Cuéntaselo, Ivy, dile que voy a la caza.

Su amiga sonrió sin decir nada. Desde el principio, Suzanne y Gregory habían jugado a juegos de poder el uno con el otro.

—Quiero decir que... ¿Por qué debería atarme a un solo chico?

Ivy sabía que lo decía por decir. Suzanne había estado obsesionada con Gregory desde marzo y deseaba desesperadamente atarlo a ella.

—Empezaré en el guateque de los Baines. —Abrió la puerta del coche con la llave—. Ahí es donde comenzaron muchas historias de amor del instituto, ¿sabes?

—¿Cuántas piensas tener tú? —se burló Ivy.

—Seis.

—Estupendo —intervino Beth—. Tendré seis desengaños más sobre los que escribir.

—Lo dejaré en cinco —añadió Suzanne lanzándole a Ivy una mirada maliciosa—, si tú te quedas con la otra y dejas de pensar en Tristan.

Ivy no contestó.

Suzanne subió al coche, cerró la puerta y se estiró para quitarle el seguro a la puerta del acompañante. Pero antes de que Ivy pudiera abrirla, Beth le cogió la mano. Habló de prisa y en voz baja:

—No puedes olvidar, Ivy. Aún no. Olvidar sería peligroso.

En lo más profundo de su mente, Ivy volvió a sentir aquel cosquilleo.

A continuación, Beth abrió de un tirón la portezuela de su propio coche, subió de un salto y se marchó rápidamente. Suzanne echó una ojeada al retrovisor al tiempo que fruncía el ceño.

—No sé qué le pasa a esa chica. Últimamente ha estado dando saltos por ahí como un conejo asustado. ¿Qué te estaba diciendo hace un momento?

Ivy se encogió de hombros.

—Sólo me dio un consejito.

—No me lo digas..., ha tenido otra de sus premoniciones.

Ivy calló.

Suzanne se echó a reír.

—Tienes que admitir que Beth es bastante rara. Yo nunca me tomo sus consejos en serio. Tú tampoco deberías.

—Hasta ahora no lo he hecho —repuso Ivy.

«Y las dos veces —pensó— me he arrepentido de ello».



—¡Eh! ¿Dónde estás? Rooo-me-ooo —gritó Lacey.

Tristan, que bajaba la amplia escalinata principal de la casa de los Baines detrás de Ivy, se detuvo en el rellano y sacó la cabeza por una ventana abierta.

Lacey le sonrió en medio de un lecho de flores, el único lugar de la finca de Andrew Baines que no había sido invadido por los cientos de invitados con sus mantas y sus cestas de picnic. Una banda de percusión caribeña estaba calentando motores en el jardín. Había linternas de papel colgadas de los pinos alrededor de la pista de tenis. Debajo habían colocado unas mesas con un refrigerio.

Tristan llevaba asistiendo a esta fiesta anual desde mucho antes de conocer a Ivy, desde mucho antes de que Andrew sorprendiera a todo el mundo casándose con Maggie. Recordaba lo enorme que, de niño, le parecía aquella casa blanca hecha de madera, con su ala este y su ala oeste, sus dobles chimeneas y sus pesadas contraventanas negras, como alguna de las casas del calendario de Nueva Inglaterra de su madre.

—Deja a la chavala, Romeo —le gritó Lacey—. Te estás perdiendo una fiesta fantástica. Especialmente debajo de alguno de los arbustos.

Incluso ahora que, desde hacía dos meses y medio, era un ángel, el primer impulso de Tristan era hacerla callar. Pero nadie más podía oírlos, excepto cuando Lacey decidía proyectar su voz, un poder que él aún no dominaba del todo. Le dirigió una sonrisa torcida y luego desapareció. En el mismísimo momento en que Tristan echaba a andar de nuevo hacia la escalera, Ivy se detuvo y se volvió hacia la ventana.

Al instante, Tristan empezó a hacerse ilusiones. «Intuye algo», pensó.

Pero Ivy miró directamente a través de él y luego, sin titubear, pasó a su lado y continuó andando. Se apoyó en el alféizar de la ventana, contemplando melancólicamente la escena que se desarrollaba ante ella. Tristan permaneció de pie a su lado y observó cómo iban encendiendo las antorchas, que prendían de repente en el crepúsculo veraniego.

Ivy volvió la cabeza, y Tristan la volvió a su vez, siguiendo su mirada hasta Will, que se hallaba en las inmediaciones de la multitud, observándola. De pronto, Will levantó la vista y encontró los ojos de Ivy. Tristan sabía lo que veía: unos brillantes ojos verdes y la mata de cabello rubio que caía sobre sus hombros.

Ivy se quedó mirando a Will durante lo que pareció una eternidad y después retrocedió bruscamente, cubriéndose las mejillas con las manos. Tristan se retiró con idéntica rapidez. «Sácale una foto, Will, dura más», pensó y, acto seguido, bajó corriendo la escalera.

Lacey estaba esperándolo en el jardín, divirtiéndose golpeando el platillo del batería cada vez que éste se volvía de espaldas. Por supuesto, el batería no podía verla, ni siquiera podía detectar el resplandor morado que algunos creyentes vislumbraban. Le guiñó un ojo a Tristan.

—No he venido aquí para hacer el tonto —dijo él.

—Muy bien, cariño, vamos al grano —terció Lacey propinándole un pequeño empujón. Aunque podían deslizarse a través del cuerpo de las personas, eran sólidos el uno respecto del otro, tanto a la vista como al tacto—. Quiero que veas a unos que están poniéndose hasta arriba de refrescos junto a la pista de tenis —le dijo, pero primero se encaminó a la casa del árbol de Philip. Simplemente no pudo resistirse a la tentación de darle un empujón al columpio del árbol justo cuando una niña con un liviano vestido rosa intentaba sentarse en él.

—Lacey, compórtate como una persona de tu edad.

—Lo haré —repuso ella—, en el mismo momento en que tú decidas comportarte como un ángel.

—A mí me parece que lo estoy haciendo —contestó él.

Ella sacudió la cabeza. Sus cabellos morados en punta, al igual que el corto y denso pelo castaño de Tristan, no se movían con el aire.

—Repíte después de mí —lo instruyó Lacey con una odiosa voz de maestra—. Ivy respira, Will respira, *Yo no*.

—Es que en la estación me miró directamente a los ojos —explicó Tristan—. Estaba seguro de que Ivy volvía a creer. Cuando aparté a ella y a Philip, estaba seguro de que ella me había visto.

—Si te vio, lo ha olvidado —observó Lacey.

—He de hacer que recuerde. Beth...

—Está demasiado nerviosa para ayudarte —lo interrumpió Lacey—. Predijo el robo, luego previó el peligro aquella noche en la estación. Tiene un don especial, pero está demasiado asustada para seguir siendo un canal abierto.

—También está Philip.

—¡Philip! ¡Venga ya! ¿Cuánto tiempo crees que Gregory va a seguir soportando a ese chiquillo que no para de hablar del ángel Tristan?

Tristan sabía que llevaba razón.

—Eso nos deja a Will —prosiguió Lacey. Retrocedió unos pasos y lo apuntó con una larga uña morada—. Así que, ¿estás muy celoso?

—Mucho —respondió Tristan con sinceridad, y soltó un suspiro—. ¿Sabes eso que tú sientes por esa actriz que te reemplazó en aquella película, la que dijiste que era malísima?

—Es que es malísima —repuso Lacey de inmediato.

—Pues multiplícalo por mil. Y lo cierto es que Will no es mal tío. Sería bueno

para Ivy, y yo no quiero más que su bien. La amo. Haría cualquier cosa por ella...

—Morir, por ejemplo —terció Lacey—. Pero eso ya lo has intentado, y mira adónde te llevó.

Tristan hizo una mueca.

—A pasar tiempo contigo.

Ella sonrió y, acto seguido, le dio un golpecito con el codo.

—Mira allí. Al lado de esa señora que parece haberse hecho la permanente y cortado el pelo en una peluquería para caniches. ¿No lo reconoces?

—Es el amigo de Caroline —respondió Tristan observando al hombre alto de cabello oscuro—. El que pone rosas en su tumba.

—Machacó a Andrew jugando al tenis y pareció disfrutar de cada instante.

—¿Averiguaste cómo se llama? —inquirió Tristan.

—Tom Stetson. Es profesor en la universidad de Andrew. De veras, ¿quién quiere culebrones cuando puede darse una vuelta por Stonehill? ¿Crees que fue un romance largo, tórrido y secreto? ¿Crees que Andrew lo sabía? ¡Eh, Tristan!

—Te estoy escuchando —dijo él, pero tenía los ojos fijos en un grupo de personas, a unos seis metros de distancia, en el que Ivy, Will y Beth estaban hablando.

—Oh, las flechas del amor... —canturreó suavemente Lacey. Tristan detestaba que exagerara las palabras de ese modo—. En serio, Tristan, esa chica te ha hecho tantos agujeros que un día vas a doblarte sobre ti mismo como una loncha de queso suizo.

Tristan hizo una mueca.

—Es patético cómo la miras con esos grandes ojos de cachorro. Ella ni siquiera te ve. Sólo espero que algún día...

—¿Sabes lo que espero yo, Lacey? —le preguntó Tristan volviéndose hacia ella—. Espero que te enamores.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Espero que algún día te enamores de un chico que mire a través de ti.

Lacey apartó la mirada.

—Y espero que sea pronto, antes de que termine mi misión —prosiguió Tristan—. Quiero estar presente para hacer muchas bromas al respecto.

Esperaba que Lacey le respondiera con algún comentario mordaz, pero ella siguió sin mirarlo, observando a la gata de Ivy, *Ella*, que los había seguido a través de la multitud.

—Estoy impaciente por que Lacey Lovitt se enamore de un chico que no esté a su alcance —continuó Tristan.

—¿Qué te hace pensar que no me ha sucedido ya? —murmuró ella y, a continuación, se agachó para rascar a *Ella*. Estuvo acariciando a la gata durante

varios minutos.

Después de haber estado dos años buscando pretextos para aplazar su propia misión, Lacey había desarrollado mayor resistencia y más poderes que Tristan. Él sabía que ella podía mantener las puntas de sus dedos materializadas para rascar al animal mucho más tiempo que él.

—Ven, *Ella* —llamó Lacey con suavidad, y Tristan vio que la gata erguía las orejas. Lacey estaba proyectando su voz.

*Ella* siguió a Lacey, y Tristan siguió a *Ella*, hasta la mesa de los refrescos. Eric y Gregory estaban allí. Eric estaba discutiendo con Gregory y el camarero e intentaba convencerlos para que le dieran una cerveza.

Lacey le dio a *Ella* un empujoncito con el codo, y la gata saltó con ligereza sobre la mesa. Ninguno de los tres chicos reparó en el animal.

—Un bol de leche, por favor.

—Un minuto, señorita —dijo el camarero apartándose de Eric y Gregory. Sus ojos se dilataron al posarse en *Ella*.

La gata parpadeó.

El camarero se volvió hacia los chicos.

—¿Habéis oído eso?

—Leche, y de prisa, por favor.

Ahora Eric y el camarero miraron a la gata. Gregory estiró el cuello para mirar detrás de Eric.

—¿Qué pasa? —inquirió, impaciente—. Ponle simplemente un té helado.

—Prefiero leche.

El camarero bajó la cara hasta *Ella*. La gata le dirigió un maullido y bajó de la mesa de un salto. Lacey se rió por lo bajo, pero había dejado de proyectar su voz y ahora sólo Tristan podía oírla.

El camarero, con el entrecejo aún fruncido, le sirvió a Eric el té helado. Entonces Gregory apuntó bruscamente con la cabeza hacia la derecha y Eric y él echaron a andar en esa dirección. Tristan los siguió mientras recorrían serpenteando su camino entre la gente y la rebasaban hasta llegar al muro de piedra que señalaba el límite de la finca.

Abajo, a lo lejos, estaban la pequeña estación de tren y la vía que discurría pegada al río. Incluso Tristan apenas si podía creer que Philip hubiera logrado bajar por aquel lado de la colina. La cuesta era pronunciada y rocosa, con pocas cosas a las que agarrarse aparte de unos estrechos salientes de piedra y algún que otro arbusto o árbol enano.

—Imposible —murmuró Gregory para sí—. Ese chiquillo me está mintiendo, está encubriendo a alguien. ¿Quién será?

—Avísame cuando me hables —dijo alegremente Eric.

Gregory lo miró.

—Últimamente lo haces muy a menudo: hablas solo —sonrió Eric—, o quizá con los ángeles.

—A la mierda los ángeles —saltó Gregory.

Eric soltó una carcajada.

—Bueno, tal vez deberías empezar a rezarles. Estás metido en un buen lío, Gregory. En un buen lío. Y me estás arrastrando contigo.

—¡Idiota! Te estás liando tú solo. Siempre estás colocado... y siempre la cagas. Te lo pregunto una vez más: ¿dónde está la ropa?

—Te lo digo una vez más: no la tengo.

—Quiero la gorra y la chaqueta —exigió Gregory—. Y vas a encontrármelas, porque, si no lo haces, no le daré a Jimmy el dinero que le debes. —Gregory echó la cabeza hacia atrás—. Y ya sabes lo que eso significa. Ya sabes lo quisquillosos que pueden llegar a ser esos camellos cuando no consiguen su dinero.

A Eric se le torció la boca. Sin alcohol no podía hacerle frente a Gregory.

—Estoy hasta las narices —se quejó—. Estoy hasta las narices de tu trabajo sucio.

Hizo ademán de marcharse, pero Gregory lo atrajo hacia sí tirándole del brazo.

—Pero lo harás, ¿verdad? Y mantendrás la boca cerrada, porque me necesitas. Necesitas tu dosis.

Eric se debatió con escasa energía.

—Suéltame. Hay alguien mirando.

Gregory lo soltó y miró a su alrededor. Eric se puso rápidamente fuera de su alcance.

—Ten cuidado, Gregory —le advirtió—. Tengo la sensación de que nos están observando.

Gregory arqueó las cejas y se echó a reír de modo amenazador. Siguió riendo entre dientes incluso cuando Eric se hubo perdido de vista.

Lacey agitó los hombros.

—Me da escalofríos —dijo.

Observaron a Gregory mientras éste regresaba a la fiesta y hablaba y sonreía a los invitados.

—¿Cuál crees que debía de ser el trabajo sucio de Eric? —le preguntó Lacey a Tristan—. ¿Liquidar a Caroline? ¿Cortarte el cable de los frenos? ¿Atacar a Ivy en el despacho de Andrew? —Materializó los dedos y tiró una piedra lo más lejos que pudo por la ladera de la colina—. Claro que ni siquiera tenemos la seguridad de que a Caroline la mataran, ni de que el cable del freno lo cortaran deliberadamente.

Tristan asintió.

—Voy a tener que volver a viajar en el tiempo a través de los recuerdos de Eric.

Lacey había recogido otra piedra y ahora la dejó caer al suelo.

—¿Vas a volver a atravesar la mente de Eric? ¡Estás loco, Tristan! Creía que habías aprendido la lección la primera vez. Tiene los circuitos fritos, es demasiado peligroso, y sus recuerdos no te aportarán ninguna prueba.

—Una vez sepa lo que está pasando, puedo encontrar la prueba —razonó él.

Lacey sacudió la cabeza.

—Ahora mismo —dijo Tristan—, tengo que hacer que Ivy recuerde lo que pasó en la estación. Tengo que encontrar a Will y convencerlo para que me ayude.

—¡Caramba, qué gran idea! —repuso Lacey—. Creo que alguien te sugirió eso mismo hace unos quince minutos.

Tristan se encogió de hombros.

—Ese alguien irá contigo, por si necesitas ayuda —añadió ella.

—Sin bromas, Lacey —le advirtió Tristan.

—Sin promesas, Tristan.

Encontraron a Will cerca del jardín, bailando con Beth. Ivy y Suzanne estaban sentadas junto a la madre de Ivy, contemplando a los chicos de su clase dejarse llevar por la música *reggae*. Lacey se puso a bailar sola, moviendo las caderas, levantando las manos por encima de la cabeza y dejándolas caer después hasta la cintura. «Baila bien», observó Tristan mientras ella giraba y echaba a andar a través del jardín. Al ver la luz de Lacey, *Ella* comenzó a seguirla. Alguien dio un paso atrás, tropezó con la gata y aterrizó sobre el trasero junto al animal.

—¿Te apetece bailar? —Era la voz proyectada de Lacey.

El muchacho se quedó mirando a *Ella* por unos instantes y se puso en pie a toda prisa.

—Ven aquí, *Ella* —la llamó Maggie, y la gata avanzó despacio hacia la madre de Ivy, con Lacey a la zaga.

El animal saltó al regazo de Maggie y ésta se acomodó mejor para observar a los bailarines.

—Nadie va a invitarme a bailar, Maggie —de nuevo Lacey.

Maggie le dio la vuelta a la gata, tomó la barbilla de ésta en su mano de manicura perfecta y la miró como si esperara que volviese a hablar.

—¿Habéis oído eso, chicas? —preguntó Maggie, pero ninguna de las dos contestó.

Suzanne estaba facilitándole a Ivy un análisis pormenorizado de las relaciones de todas las parejas del jardín.

Tristan dejó a Lacey entregada a sus juegos y avanzó entre la gente en dirección a Beth y a Will. Bailaban con las cabezas muy juntas, como si fueran pareja, pero él sabía por qué Beth y Will estaban juntos en realidad... Ivy.

—Tengo miedo —decía Beth—. Sé cosas que no querría saber... Las sé antes de

que sucedan, Will. Y escribo cosas que nunca quise escribir.

—Yo hago dibujos que nunca quise hacer —replicó él.

—Ojalá alguien nos dijera qué está pasando. Sea lo que sea, aún no ha terminado... Eso lo sé. Tengo la impresión de que las cosas están muy, pero que muy mal, y que van a ponerse peor. Me despierto asustada, mortalmente asustada por Ivy. A veces creo que estoy teniendo una crisis nerviosa.

Will la estrechó con más fuerza. Tristan miró a Ivy y vio que ella volvía rápidamente la cabeza hacia otro lado.

—No es que estés teniendo una crisis, Beth. Es sólo que tienes una especie de don que...

—¡No quiero ese don! —replicó ella alzando la voz.

—Chsss, chsss. —Will le acarició el cabello con la mano.

—Nos está mirando —indicó Beth—. Va a hacerse una idea equivocada. Será mejor que la invites a bailar.

Tristan sabía lo que Will debía de estar pensando en ese momento. Miró a Ivy y pensó cómo sería rodearla con sus brazos, estrecharla contra su cuerpo, dejar que sus dedos se perdieran entre su brillante cabello. En ese instante, sus pensamientos y los de Will eran idénticos, de modo que Tristan se deslizó dentro de él.

Will se inclinó de repente hacia Beth.

—Otra vez esa sensación. Odio esa sensación.

—Tengo que hablar con Ivy —le dijo Tristan a Will, y Will pronunció sus palabras en voz alta.

—¿Qué vas a decirle? —inquirió Beth.

Will negó con la cabeza, perplejo.

—Invita a Ivy a bailar —dijo Tristan, y, una vez más, Will articuló las palabras como si fueran suyas.

—Invítala tú —contestó Beth.

Will apretó las mandíbulas. Tristan podía sentir cómo luchaba, cómo el instinto de Will le decía que expulsara al intruso de su mente, y cómo su curiosidad combatía ese instinto. «¿Quién eres?», se preguntó Will sin hablar.

—Soy Tristan. Tristan. Tienes que creerme.

—No me lo creo —dijo Beth.

Will y ella habían dejado de bailar y estaban de pie mirándose el uno al otro, intentando comprender.

—Está dentro de ti, ¿verdad? —preguntó Beth con voz temblorosa—. Las palabras que pronuncias son las suyas.

Will asintió.

—¿Puedes hacer que se marche? —preguntó Beth.

—¡No lo hagas!

—¿Por qué no nos dejas en paz? —gritó Beth.

—No puedo. Por Ivy. No puedo.

Will y Beth se aferraron el uno al otro. Entonces, Will la condujo hasta el fondo del jardín, hacia la zona donde Ivy estaba sentada.

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó a Ivy.

Ella miró a Beth, insegura.

—Estoy muerta —le dijo Beth, haciendo que Ivy se levantara de la silla y ocupara su lugar—. Ve. Tengo que darles un respiro a estos delicados pies talla cuarenta.

En silencio, Will se dirigió con Ivy hasta la parte menos abarrotada del jardín. Tristan lo sintió estremecerse al rodearla con sus brazos. Percibió cada torpe paso, y recordó cómo se había sentido él la primavera anterior, cuando había tratado de conocer a Ivy. Una vez cara a cara con ella, no había sido capaz de formular ni una frase de más de cuatro palabras.

—¿Cómo estás? —le preguntó Will.

—Muy bien.

—Estupendo.

Siguió un largo silencio. Tristan notaba que en la mente de Will se formaban preguntas. «Si estás ahí —le dijo Will en silencio a Tristan—, ¿por qué no me dices qué hacer?».

—No soy tan frágil —dijo ella.

—¿Qué?

—Bailas conmigo como si pensaras que me voy a romper —declaró Ivy en voz alta mientras sus ojos verdes lanzaban chispas brillantes.

Will la miró, sorprendido.

—Estás enfadada.

—Te has percatado —repuso ella con brusquedad—. Estoy harta de la manera en que actúa la gente..., ¡todo el mundo es tan prudente conmigo! Van de puntillas, como si tuvieran miedo de hacer algo que me dispare. Pues bien, tengo una noticia para ti, Will, y para todos los demás. No soy de cristal, y no voy a hacerme añicos. ¿Entendido?

—Creo que sí —respondió él.

Luego, sin previo aviso, la hizo girar dos veces, apartándola de él y atrayéndola de nuevo como un yoyó. Bajó el brazo para que cayera hacia atrás y la recogió en el último momento, inclinándose sobre ella e incorporándola de un tirón.

—¿Mejor?

Ivy se retiró hacia atrás el cabello que le había caído sobre la cara y se echó a reír, sin aliento.

—Un poco.

Will sonrió. Ahora ambos estaban más relajados. Había llegado el momento de



hablar con ella, pensó Tristan. Pero ¿qué podía decirle que no la hiciera volver a enfadarse o que la ahuyentara?

—Hay algo de lo que quiero hablarte —manifestó Will utilizando las palabras de Tristan.

Ivy se separó un poco de Will para mirarlo a los ojos y apartó rápidamente la mirada. Unos ojos en los que una chica podía ahogarse..., así era como Lacey los había descrito. Y era por eso por lo que Ivy había mirado hacia otro lado, pensó Tristan, luchando por controlar sus celos.

—Es sobre... Beth. Está como conmocionada —dijo Will por Tristan—. Ya sabes que tiene premoniciones.

—Sé que le di un buen susto hace unas cuantas semanas —admitió Ivy—, pero fue sólo...

Will se apresuró a menear la cabeza al tiempo que lo hacía Tristan.

—Beth tiene más miedo del futuro que de lo que pasó entonces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ivy. Habló en tono indignado, pero Tristan percibió el leve temblor de su voz—. No va a pasar nada más —insistió ella—. ¿Qué tengo que hacer para convencer a todo el mundo de que estoy bien?

—Tienes que recordar, Ivy.

—¿Recordar qué? —inquirió ella.

—La noche del accidente.

Tristan se dio cuenta de que, ahora, Will titubeaba, preguntándose adónde querían ir a parar sus palabras. «¿Qué accidente? —preguntó Will en silencio—. ¿El accidente en el que encontraste la muerte?».

—¿El accidente? —repitió Ivy—. ¿Es ésa una manera agradable y educada de referirte a mi intento de suicidio?

—¡Ivy, no puedes pensar eso! Sabes que no es cierto —exclamó Will, articulando con pasión cada una de las palabras que Tristan le suministraba.

—Yo ya no sé nada —replicó ella, quebrándosele la voz.

—Intenta recordar —le rogó Tristan por boca de Will—. Me viste en la estación.

—¿Tú estabas allí? —preguntó Ivy, sorprendida.

—Siempre he estado a tu lado. ¡Te quiero!

Ivy miró a Will. Tristan se percató demasiado tarde de que había cometido un error al hablar en primera persona.

—Eso no es posible, Will.

Él tragó saliva con fuerza.

—Deberías querer a otra persona. Yo... yo nunca te querré.

Tristan notó que Will encajaba el golpe.

—Nunca volveré a querer a nadie —afirmó Ivy dando un paso atrás—, no como quise a Tristan.

—Dile que soy yo quien habla —rogó Tristan.

Pero Will se quedó quieto y no dijo nada. Otras parejas chocaban con ellos, se reían y bailaban a su alrededor. Will sujetaba a Ivy a cierta distancia, y ella no lo miraba a los ojos. De pronto, Ivy dio media vuelta y él la dejó marchar.

—Ve tras ella —le ordenó Tristan—. No hemos terminado.

—Déjame en paz —musitó Will, y echó a andar en dirección contraria con la cabeza gacha.

Gregory, que dirigía a Suzanne hacia la multitud de bailarines, agarró a Will del brazo.

—No vas a tirar la toalla, ¿verdad?

—¿Tirar la toalla? —repitió Will con una voz que sonó hueca.

—Con Ivy —precisó Suzanne.

—En la caza —puntualizó Gregory dirigiéndole a Will una sonrisa.

—No creo que Ivy quiera que la cacen.

—Oh, venga ya —lo reprendió Gregory—. A mi dulce e inocente hermanastra le encanta fingir. Y créeme, es una profesional.

«Una profesional en escapar de ti», pensó Tristan mientras se deslizaba fuera de Will.

—Yo nunca tiraría la toalla —dijo Gregory lanzándole una mirada a Ivy, que estaba de pie al fondo del jardín. Su prolongada sonrisa hizo que tanto Suzanne como Tristan se volvieran intranquilos hacia Ivy—. No hay nada que me guste más que una chica que se hace de rogar.

—Por tanto —le dijo Philip a Ivy el miércoles por la noche—, puedo volver a ver *Jurassic Park*.

—¿Por tanto? —repitió Ivy con una sonrisa. Se inclinó sobre la mano de su madre y dio rápidamente otra pasada de esmalte a las uñas de ésta. Andrew y Maggie tenían que asistir a otro evento universitario para recaudar fondos.

—Eso dijo Andrew.

—¿Así que ya ha comprobado que has terminado los deberes? —le preguntó Ivy.

—Dijo que mi historia sobre la fiesta era enormemente imaginativa y muy buena.

—Enormemente imaginativa y muy buena —lo imitó Maggie—. Antes de que te des cuenta, vamos a tener a un profesor de metro veinte rondando por aquí.

Ivy volvió a sonreír.

—Ve a poner el vídeo en marcha —le dijo a Philip—. Bajaré en cuanto mamá y yo hayamos terminado.

Levantó el pincel escarlata justo a tiempo cuando Philip bajó de la cama de un salto, dejando a ella y a su madre dando botes.

Al salir de la habitación, Maggie le susurró a Ivy:

—Gregory dijo que esta noche se quedaría aquí, de modo que si Philip te causa algún problema...

Ivy frunció el ceño. Siempre había sido capaz de manejar a Philip mucho mejor que su madre o Gregory.

—... o si empiezas a sentirte, ya sabes, decaída...

Ivy sabía lo que su madre quería decir: deprimida, desequilibrada, suicida. Maggie no tenía valor para pronunciar esas palabras, pero había aceptado lo que otros decían sobre su hija. No se podía luchar contra ello, así que Ivy simplemente lo ignoraba.

—Es muy amable por parte de Andrew ayudar a Philip con las tareas escolares —observó.

—A Andrew le importáis mucho Philip y tú —repuso su madre—. Hace tiempo que quería hablar de esto contigo, Ivy, pero con todo lo..., bueno, ya sabes, lo sucedido en las últimas tres semanas...

—Escupe, mamá.

—Andrew ha presentado una solicitud de adopción.

Ivy dejó caer una gota de Pasión Escarlata sobre el nudillo de su madre.

—Estás de broma.

—Vamos a tramitarla para Philip —prosiguió Maggie limpiándose el nudillo—.

Pero tú pronto cumplirás dieciocho años. Te corresponde a ti decidir lo que quieres hacer.

Ivy no sabía qué decir. Se preguntó si Gregory sabría algo al respecto y, si lo sabía, qué le parecía. Ahora su padre tendría dos hijos, y era cada vez más evidente que Andrew prefería a Philip.

—Andrew quiere que sepas que ésta será siempre tu casa. Te queremos mucho, Ivy. Nadie podría quererte más. —Su madre hablaba de prisa, nerviosa—. Cada día te encontrarás mejor. De verdad, cariño. La gente se enamora más de una vez —continuó Maggie hablando cada vez más a prisa—. Un día conocerás a alguien especial. Volverás a ser feliz. Créeme, por favor —suplicó.

Ivy cerró el frasco de esmalte. Cuando se puso en pie, su madre permaneció sentada en la cama, mirando a Ivy con expresión preocupada, sus uñas rojas extendidas sobre su regazo. Ivy se agachó y besó con delicadeza a su madre en la frente, allí donde se formaban todas las arrugas de inquietud.

—Ya me encuentro mejor —la tranquilizó—. Venga, deja que arremeta contra esas bellezas con el secador de pelo.

Después de que Maggie y Andrew se marcharon, Ivy se sentó en el sofá del salón a ver los golpes y porrazos de *Jurassic Park*. Se colocó una almohada detrás de la nuca y puso los pies sobre la banqueta contra la que su hermano estaba recostado. *Ella*, la gata, saltó a la banqueta y se tumbó, bien estirada, sobre las largas piernas de Ivy, apoyando su mentón peludo en la rodilla de la chica.

Ivy acarició al animal con gesto distraído. Cansada de fingir sin parar durante los últimos días, de su alegre esfuerzo por demostrarle a todo el mundo que se encontraba bien, sentía que los párpados le pesaban cada vez más. Con los primeros temblores de la tormenta de *Jurassic Park*, Ivy se quedó profundamente dormida.

Imágenes del instituto se mezclaban en un sueño siempre cambiante con la cara de torta de la señorita Bryce, sus escrutadores ojillos de orientadora escolar, que aparecían y desaparecían gradualmente. Ivy estaba primero en el aula, después en los pasillos, recorriendo los interminables pasillos. Profesores y alumnos formaban una fila a ambos lados, observándola.

—Estoy bien. Soy feliz. Estoy bien. Soy feliz —repetía Ivy una y otra vez.

En el exterior del instituto se estaba fraguando una tormenta. Podía oírla a través de las paredes, sentía los muros temblar. Ahora la veía, veía cómo arrancaba de los árboles las tiernas hojas verdes de mayo, ramas que se agitaban adelante y atrás contra el cielo oscuro.

Ahora conducía un coche, ya no andaba. El viento zarandeaba su vehículo y los relámpagos hendían el cielo. Sabía que se había perdido. Una sensación de terror comenzó a apoderarse de ella. No sabía adónde iba y, sin embargo, el terror crecía como si estuviera cada vez más cerca de algo terrible. De pronto, una Harley roja

dobló la curva. El motorista redujo la velocidad. Por unos instantes pensó que iba a detenerse para ayudarla, pero aceleró. Tras un recodo de la carretera, vio la ventana.

Conocía aquella ventana, aquel gran rectángulo de cristal con una sombra oscura detrás. El coche aceleró. Ivy se dirigía disparada hacia ella. Intentó parar, trató de frenar, pisó el pedal una y otra vez, pero el coche no se detenía. ¡No aminoraba la marcha! Entonces, la portezuela se abrió e Ivy rodó fuera del coche. Se tambaleó. Apenas si podía tenerse en pie. Creyó que iba a caerse al interior de la gran ventana. Detrás del cristal, una sombra oscura se iba haciendo progresivamente mayor. Ivy alargó una mano. El cristal estalló, un tren lo atravesó. Por un instante, el tiempo quedó congelado, los pedazos de cristal colgando en el aire como carámbanos, el enorme tren inmóvil, detenido antes de golpearla brutalmente y matarla.

Entonces, unas manos la apartaron. El tren pasó a toda velocidad, y los trozos de cristal se fundieron en el suelo. La tormenta había pasado, aunque aún estaba oscuro y el cielo se veía del color que suele tener justo antes del alba. Ivy se preguntó de quién serían las manos que la habían salvado. Eran tan fuertes como las de un ángel. Al mirar hacia abajo se dio cuenta de que estaba agarrada a Philip.

Se maravilló de la paz que ahora los rodeaba. Tal vez estuviera amaneciendo realmente, vislumbraba un tenue resplandor. La luz se intensificó. Se volvió tan larga como una persona, y sus márgenes rielaban con brillantes colores. No era la luz del sol, aunque verla le caldeaba el corazón. La luz los rodeaba a Philip y a ella, acercándose cada vez más.

—¿Quién está ahí? —preguntó Ivy—. ¿Quién está ahí? —Por primera vez en mucho tiempo se sentía llena de esperanza—. ¿Quién está ahí? —gritó deseando aferrarse a ella.

—Gregory. —La sacudió con fuerza para despertarla—. ¡Soy Gregory!

Estaba sentado junto a ella en el sofá, agarrándola de los brazos. Philip se encontraba al otro lado, agarrándose con fuerza al mando del aparato de vídeo.

—Estabas soñando otra vez —le dijo Gregory. Tenía el cuerpo tenso. Sus ojos escudriñaban los de ella—. Creí que las pesadillas habían terminado. Han pasado ya tres semanas, esperaba...

Ivy cerró los ojos por unos instantes. Quería ver la luz, quería volver a ver el resplandor. Quería apartarse de Gregory y regresar a aquel sentimiento de intensa esperanza. Las palabras de Gregory mellaron sus bordes.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Qué pasa, Ivy?

Ella no contestó.

—¡Háblame! —la instó él—. Por favor. —Su voz se había suavizado hasta convertirse en un ruego—. ¿Por qué tienes esa mirada? ¿Había algo nuevo en el sueño?

—No. —Ivy vio la duda en los ojos de Gregory—. Sólo al principio —se

apresuró a añadir—. Antes de conducir bajo la tormenta, recorría los pasillos del instituto, y todos me observaban.

—Te observaban —repitió él—. ¿Eso es todo?

Ella asintió.

—Me imagino que estos últimos días habrán sido duros para ti —manifestó Gregory acariciándole suavemente la mejilla con el dedo.

Ivy deseaba que la dejara en paz. Con cada instante que pasaba a su lado, la luz del sueño y su sentimiento de esperanza se desvanecían más y más.

—Sé que es difícil enfrentarse a todos los rumores del instituto —añadió Gregory con la voz llena de comprensión.

Ivy no quería oír lo que decía. Si podía volver a tener esperanza, no necesitaría ni su comprensión ni la de nadie. Cerró los ojos deseando poder dejarlo fuera, pero sentía que él la observaba de modo idéntico a los demás.

—Me sorprende que tu, eeh, experiencia en la estación de ferrocarril no fuera parte de tu sueño —señaló Gregory.

—A mí también —respondió ella abriendo los ojos, preguntándose si él sabría que estaba ocultándole la verdad—. Estoy bien, Gregory, de verdad. Vuelve a lo que fuera que estuvieras haciendo.

Ivy no se explicaba por qué había mentido, salvo porque la luz parecía volverse cada vez más débil en presencia de Gregory.

—Me estaba preparando un tentempié —dijo él—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Gregory asintió con la cabeza y salió de la habitación, aún con aire preocupado. Ivy esperó hasta que lo oyó meter ruido en la cocina; entonces se dejó caer al suelo junto a su hermano, que estaba viendo de nuevo la película.

—Philip —le dijo en voz baja—, aquella noche en la estación, después de que me salvaste, ¿había una especie de luz temblorosa?

Philip se volvió hacia ella con unos ojos como platos.

—¡Estás recordando!

—Chsss. —Ivy miró en dirección a la cocina, escuchando los movimientos de Gregory.

A continuación se recostó contra la banqueta e intentó poner en orden las imágenes que acudían a su mente. Vio la luz de su sueño como si estuviera en la estación, en el andén, cerca de ella y de Philip. ¿Se lo había inventado, o es que por fin empezaba a recordar?

—¿Qué hacía la luz? —le preguntó a su hermano—. ¿Se movía?

El chico se quedó pensativo un momento.

—La luz se movía a nuestro alrededor, como describiendo un círculo.

—Así sucedía en mi sueño —repuso Ivy. Luego volvió la cabeza y se llevó

rápidamente un dedo a los labios.

Cuando Gregory entró un minuto después, ella y Philip estaban sentados el uno junto al otro, mirando atentamente la película.

—Pensé que un poco de té te calmaría —dijo agachándose junto a ella y tendiéndole una taza de té caliente. Le dio a Philip una botella de batido de chocolate.

—¡Qué bien, gracias! —exclamó el chico alegremente.

Gregory hizo un gesto con la cabeza y volvió a mirar a Ivy.

—¿No lo quieres?

—Eeh, claro. Es... estupendo..., gracias —balbuceó sorprendida por la doble imagen que acababa de aparecer de pronto ante sus ojos: Gregory tal como era ahora y Gregory aquella vez en su habitación. Al tomar la infusión de sus manos, lo vio tendiéndole otra taza de té humeante. Acto seguido, como si estuviera sentado a su lado, en su cama, acercándole la taza a los labios e insistiéndole para que bebiera.

—¿Preferirías tomar otra cosa? —le preguntó Gregory.

—No, está bien.

¿Estaría recordando aquella noche? ¿Era posible que Gregory le hubiera puesto alguna droga en el té?

—Estás pálida —observó él, y le tocó el brazo desnudo—. Estás helada, Ivy.

Tenía la carne de gallina en el brazo. Gregory se lo frotó arriba y abajo con la mano. Ella se dio cuenta de lo fuertes que eran sus dedos. Gregory la había abrazado muchas veces desde la muerte de Tristan, pero Ivy se daba cuenta por primera vez de la fuerza que tenía en las manos. Ahora, él miraba más allá de ella, a la pantalla del televisor, a una persona que era arrastrada por un dinosaurio.

—Gregory, me estás haciendo daño en el brazo.

Él se apresuró a soltarla y se sentó sobre los talones para verla. Era imposible leer los pensamientos que se ocultaban tras sus claros ojos grises.

—Pareces disgustada —observó.

—Sólo estoy cansada —replicó Ivy—. Estoy cansada de que la gente me observe, esperando que..., no sé qué.

—¿Esperando que te desmorones? —sugirió él en voz baja.

—Supongo que sí —contestó ella.

«Pero no sucederá —pensó—. Además, todavía no me he desmoronado, a pesar de lo que tú o cualquiera podáis creer».

—Gracias por el té —dijo—. Ya me siento mejor. Creo que me quedaré aquí sentada con Philip un rato y veré cómo esos chicos se convierten en pisolabis para dinosaurios.

Un lado de la boca de Gregory se curvó ligeramente hacia arriba.

—Gracias —repitió Ivy—. No sé lo que haría sin ti.

Él posó por un instante su mano sobre la suya y, a continuación, dejó que ella y

Philip siguieran viendo el vídeo. En cuanto Ivy lo oyó subir la escalera, vertió su té en una maceta. Philip estaba demasiado absorto en la película para darse cuenta.

Volvió a sentarse en el sofá y cerró los ojos intentando recordar cómo era la luz, tratando de aferrarse al rayo de esperanza que su sueño le había dejado.

¿Sería verdad? ¿Era posible que Philip hubiera estado viéndolo todo el tiempo? ¿Había un ángel que la protegía? Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Sería Tristan?

—¿Tristan? —llamó Ivy con voz queda, y se estremeció de la emoción.

Se había escondido en la taquilla del instituto el jueves por la tarde, y había estado esperando hasta que la piscina estuvo vacía y el entrenador se hubo marchado a una reunión de profesores. Entonces, completamente vestida, se había quitado los zapatos y había trepado por la escalerilla plateada. En esos momentos se encontraba en lo alto del trampolín, muy arriba por encima de la piscina, como el pasado mes de abril.

Aunque ahora Ivy ya sabía nadar, parte del antiguo miedo seguía allí. Avanzó tres pasos y notó que el trampolín se doblaba bajo su peso. Apretando los dientes, miró hacia abajo, al agua azul verdosa, veteada y centelleante a la luz de los fluorescentes. Nunca le gustaría el agua tanto como le gustaba a Tristan, pero allí era donde él le había tendido la mano por primera vez. Era allí donde tenía que intentar llegar hasta él.

—¿Tristan? —repitió con suavidad.

El único sonido era el zumbido monótono de los fluorescentes.

«¡Ángeles, ayudadme! Ayudadme a llegar hasta él». Ivy no pronunció las palabras en voz alta. Tras la muerte de Tristan, había dejado de rezarles a sus ángeles. Después de perderlo, no lograba encontrar las palabras. No creía que nadie las escuchara. Pero esa súplica parecía estar abriéndose paso a fuego para brotarle del corazón.

Avanzó otros dos pasos.

—¡Tristan! —llamó en voz alta—. ¿Estás ahí?

Anduvo hasta el final del trampolín y se quedó quieta, con los dedos de los pies en el mismísimo borde.

—Tristan, ¿dónde estás? —Los muros de hormigón le devolvieron su voz—. ¡Te quiero! —gritó—. ¡Te quiero!

Ivy dejó caer la cabeza. Tristan no estaba allí. No podía oírla. Tenía que bajar antes de que alguien la pillara allí arriba, comportándose como una loca.

Ivy se alejó un paso del borde. Mirándose los pies, se giró sobre el trampolín despacio y con precaución. Al mirar hacia arriba, soltó un grito sofocado.

En el otro extremo del trampolín, el aire resplandecía con un brillo trémulo. Era como una luz líquida, un tallo dorado que ardía en forma de persona. La figura



brillante estaba rodeada de una neblina de colores puros y titilantes. Eso era lo que había visto en la estación.

—Tristan —dijo en voz baja.

Alargó la mano y echó a andar hacia él. Deseaba que la envolviera en su luz dorada, que la rodeara con sus colores, que la abrazara todo lo que era Tristan ahora.

—Dime que eres tú. Háblame —rogó—. ¡Tristan!

—¡Ivy!

—¡Ivy!

Las dos voces resonaron contra las paredes, la de Gregory y la de Suzanne.

—¡Está sufriendo una crisis, Gregory! Temía que pudiera suceder esto.

Ivy miró hacia abajo y vio que Gregory se hallaba ya en el segundo peldaño de la escalerilla y que Suzanne buscaba desesperadamente a su alrededor.

—Iré a buscar ayuda —dijo Suzanne—. Voy a buscar a la señorita Bryce.

—Espera —objetó Gregory.

—Pero, Gregory, está...

—Espera. —Era una orden. Suzanne calló—. Ya corren por ahí suficientes rumores sobre Ivy. Podemos manejarla nosotros mismos.

«¿Manejarla?», repitió Ivy mentalmente. Hablaban de ella como si fuera una chiquilla revoltosa o inconsciente que no pudiera cuidar de sí misma.

—La bajaré de ahí —anunció Gregory con calma.

—Me bajaré yo sola —intervino Ivy—. Si necesito ayuda, Tristan está aquí.

—Te lo dije..., ¡está ida, Gregory! ¡Completamente chalada! ¿Es que no te das cuenta de que...?

—Suzanne —le gritó Ivy—, ¿no ves su luz?

Ahora Gregory se precipitaba escalerilla arriba.

—Ahí no hay nada, Ivy. Nada —gimió Suzanne.

—Mira —dijo Ivy, y señaló con el dedo—. ¡Aquí! —Acto seguido miró al otro lado del trampolín, donde se encontraba Gregory, que se había subido a él.

Suzanne tenía razón. Allí no había nada, ni colores temblorosos, ni luz dorada.

—¿Tristan?

—Gregory —dijo Gregory, y le tendió la mano.

Ivy miró a uno y otro lado. Deseaba volver a la luz dorada, que volviera a rodearla. Habría dado cualquier cosa por haberse quedado congelada en ese momento con Tristan.

—Ven aquí, Ivy. No hagas las cosas más difíciles.

A ella le desagradó profundamente su tono condescendiente.

—¡Venga! —le ordenó Gregory—. ¿Quieres que llame a la señorita Bryce?

Ivy lo miró, pero sabía que no podía enfrentarse a él.

—No —repuso por fin—. Puedo bajar sola. ¡Baja, baja! Te seguiré.

—Buena chica —replicó Gregory, y bajó la escalerilla.

Ivy avanzó hasta el final del trampolín y se dio la vuelta. Estaba a punto de bajar el primer peldaño cuando Suzanne gritó.

—¡Will! ¡Por aquí! ¡Date prisa!

—Cállate, Suzanne —le mandó Gregory.

Pero Will, que acababa de entrar en la zona de la piscina, vio a Ivy en lo alto del trampolín y corrió hacia Gregory y Suzanne.

—Beth me dijo que estabais buscándola —les explicó jadeando—. ¿Está bien? ¿Qué estaba intentando hacer?

El resentimiento que ardía en Ivy se inflamó ahora en cólera.

Ella. De ella. Hablaban de ella como si no los estuviera oyendo, como si no los entendiera.

—¡Estoy aquí! —les gritó Ivy—. No tenéis que hablar de mí como si hubiera perdido la cabeza.

—Cree que Tristan está allí arriba y que va a ayudarla —le contó Suzanne a Will—. Ha dicho algo sobre la luz de Tristan.

Al oír eso, Will alzó la vista para mirar a Ivy. Ivy bajó la vista para mirarle. Will recibió su mirada furiosa con ojos de asombro. Recorrió con la mirada el trampolín que se extendía tras ella, inspeccionándolo. Lanzó una rápida ojeada alrededor de la piscina y volvió a mirarla a ella. Ivy leyó la palabra «Tristan» en sus labios, aunque no la pronunció en voz alta. Al final, él le preguntó:

—¿Puedes bajar sin problema?

—Claro que puedo.

Gregory y Suzanne se apostaron uno a cada lado de la escalera mientras ella bajaba, como si cupiera la posibilidad de que tuvieran que sostenerla. Will se mantuvo alejado de ellos y siguió mirando alrededor de la piscina.

Cuando Ivy llegó abajo, Suzanne la abrazó, luego la apartó ligeramente.

—Chica, te daría un sopapo, un sopapo... —Se estaba riendo, pero Ivy vio lágrimas en los ojos de su amiga y alivio en su rostro.

Entonces intervino Gregory y rodeó a Ivy con sus brazos, atrayéndola hacia sí.

—Me has dado un buen susto, Ivy —le dijo.

Ella apenas si podía respirar e intentó separarse de él, pero Gregory no se lo consintió.

Suzanne le puso a Gregory una mano en el brazo. Ahora ya había superado el miedo y ese largo abrazo le molestaba. Will se mantuvo a distancia, sin decir nada.

—Te llevaré a casa —terció Gregory soltándola por fin.

—No, estoy bien —protestó ella.

—Quiero llevarte a casa.

—De verdad, Gregory, preferiría...

—¿Y yo voy a tener que ir andando? —interrumpió Suzanne.

Gregory se volvió hacia ella.

—Te llevaré primero a ti, Suzanne, y después...

—Pero si estoy bien —insistió Ivy.

—Está bien —repitió Suzanne como un eco—. Está bien, lo sé. Y nosotros teníamos planes.

—Suzanne, después de lo que acaba de pasar, no puedes esperar que deje sola a Ivy. Si Maggie está en casa, podemos...

—¿Puedo acompañarte a casa, Ivy? —terció Will.

—Sí. Gracias —respondió ella.

Gregory parecía irritado.

Suzanne sonrió.

—Bueno, hermano mayor —le dijo a Gregory rodeándolo con el brazo—, arreglado pues. No tienes por qué preocuparte.

—¿Te quedarás con ella? —le preguntó Gregory a Will—. ¿Cuidarás de ella hasta que Maggie vuelva a casa?

—Claro. —Will levantó los ojos hasta el trampolín—. La cuidaré, o lo hará Tristan —añadió.

Ivy le hizo un gesto ladeando la cabeza. Suzanne soltó una risita y se cubrió la boca con la mano. Gregory no sonrió en lo más mínimo.

—¡Ah, hola! —exclamó Beth minutos después al levantar la vista y ver a Ivy y a Will.

Estaba sentada con la espalda apoyada contra la taquilla de Ivy, lápiz en mano, con aspecto de haber estado muy ocupada escribiendo un relato. Pero cuando Ivy miró su cuaderno, supo que no era así.

—Si escribes de ese modo, vas a tener el final de la historia al principio —le dijo inclinándose hacia ella y poniéndole el cuaderno del derecho.

Will rió suavemente y Beth se sonrojó.

—Supongo que no soy muy buena actriz —replicó Beth levantándose del suelo—. ¿Estás bien?

Ivy se encogió de hombros.

—Ya no sé qué contestar a esa pregunta, y, en cualquier caso, cuando lo hago nadie me cree.

—Está bien —intervino Will descansando su mano en el hombro de Beth en ademán tranquilizador. Curiosamente, la seguridad de su voz tranquilizó también a Ivy.

Reunió sus libros y los tres se dirigieron al aparcamiento. Beth caminaba entre Ivy y Will, manteniendo viva la conversación. Pero unos minutos después, cuando Beth se marchó en su coche, un incómodo silencio se hizo entre los dos. Ivy se subió al Honda plateado de Will y mantuvo la vista al frente. Mientras se dirigían a su casa, lo único que él le preguntó fue si quería las ventanillas cerradas.

Desde la fiesta, Will había estado evitando a Ivy en el instituto. Ella se figuraba que probablemente se sentía avergonzado por la extraña conversación que habían mantenido en la pista de baile. Y le agradecía que se hubiera tragado lo suficiente el orgullo y la hubiera sacado del atolladero con Gregory y Suzanne.

—Gracias de nuevo —le dijo.

—No hay de qué —replicó Will ajustando la visera parasol.

Ivy se preguntó por qué no le pedía explicaciones acerca de lo que estaba haciendo en el trampolín. Tal vez hubiera supuesto que eso era lo que hacían los chiflados. Mientras conducía, Will mantenía los ojos fijos en el tráfico. Cuando se detuvieron en una intersección, parecía inhabitualmente atento a la gente que cruzaba frente al coche. Entonces, le lanzó una mirada de soslayo.

—Era una broma, ¿verdad? —espetó Ivy—. Cuando le dijiste a Gregory que cuidarías de mí, o que Tristan lo haría, sólo estabas bromeando.

El semáforo cambió y Will avanzó una manzana antes de contestar.

—A Gregory no le hizo gracia —observó.

—¿Estabas bromeando? —insistió Ivy retorciéndose en su asiento.

—¿Qué crees tú?

—¿Qué importa lo que yo crea? —estalló ella—. Yo soy la loca que intentó suicidarse.

Will giró el volante de repente y se detuvo en la cuneta.

—Yo no lo creo —le dijo con calma.

—Bueno, todos los demás lo creen.

Will mantuvo el motor en marcha y descansó los brazos sobre el volante. Ella estudió las manchas de pintura de sus manos.

—Algunos quizá se hayan creído los rumores, pero me extraña que te los hayas creído tú.

Ivy no contestó.

—A mí me parece —la voz de Will sonaba tranquila y razonable— que la gente que está loca *de verdad* no cree estarlo. ¿Por qué habrías de creerlo tú?

—Bueno, está esa historia sobre que me presenté en la estación justo antes de que pasara el último expreso nocturno —replicó Ivy, incapaz de evitar el sarcasmo en su voz.

Will se volvió hacia ella desafiándola con sus ojos oscuros.

—¿Recuerdas haber ido en coche hasta allí? ¿Recuerdas haber planeado saltar al paso del tren?

Ivy negó con la cabeza.

—No. Ni una cosa ni la otra. Sólo recuerdo la luz que vi después. El resplandor.

—Que es lo que viste arriba, en el trampolín.

Ella asintió.

—Me pregunto por qué tú lo ves y yo lo oigo —dijo Will.

—¿Tú lo oyes? —Ivy se estiró y apagó el motor—. ¿Tú lo oyes?

—Y Beth también.

Ivy se quedó boquiabierta.

—Beth escribe historias con mensajes que no son suyos. Yo dibujo ángeles que no tenía intención de dibujar. —Trazó una imagen invisible sobre el parabrisas—. Ambos hemos acabado pensando que estábamos perdiendo el juicio.

Ivy recordó aquel día en que, en la tienda de electrónica, Beth había escrito en el ordenador: «Ten cuidado, Ivy. Es peligroso. No te quedes sola. Te quiero. Tristan». Ivy se había marchado corriendo de la tienda furiosa con Beth por haberle jugado esa mala pasada. Pero debería haberla escuchado. Días después, alguien la había atacado en su casa.

—Tristan te está advirtiéndote —prosiguió Will—. Beth cree que se trata de algo demasiado gordo como para que ninguno de nosotros pueda manejarlo solo, y está

muerta de miedo.

Ivy sintió que se le ponían de punta los pelos de la nuca. Desde la noche anterior no había hecho más que pensar en entrar en contacto con la luz que creía que era Tristan. Había evitado la aterradora pregunta de por qué motivo el ángel Tristan podía estar intentando ponerse en contacto con ella.

—Tienes que recordar lo que pasó —continuó Will—. Eso es lo que Tristan estaba intentando decirte la otra noche en la fiesta, mientras bailábamos.

—Entonces, ¿estaba contigo? —Mentalmente, Ivy comenzó a repasar los extraños acontecimientos del verano anterior—. De modo que los ángeles que dibujabas, y ese cuadro del ángel que se parecía a Tristan...

—Yo estaba tan asombrado como tú —dijo Will—. Intenté decírtelo, yo nunca haría nada parecido para hacerte daño. Pero no sabía cómo explicarte lo que había sucedido. Se metió dentro de mí. Era como si no tuviera más remedio que dibujar esos ángeles. Mis manos casi no parecían las mías.

Ivy se inclinó y puso una mano sobre las suyas.

—Creo que Tristan quería reconfortarte —añadió Will.

Ella asintió, conteniendo las lágrimas.

—Siento no haberlo comprendido entonces. Siento haberme enfadado tanto contigo. —Respiró profundamente—. Tengo que recordar. Tengo que pensar en aquella noche. Will, ¿me llevas a la estación?

Él puso el coche en marcha de inmediato. Cuando llegaron, varias personas acababan de apearse de un tren de cercanías procedente de Nueva York. Will aparcó el coche mientras los viajeros abandonaban la estación. Luego acompañó a Ivy hasta la escalera que conducía al andén donde paraban los trenes que circulaban hacia el sur.

—No voy a decirte nada más —señaló—. Probablemente será mejor que husmees por aquí sola y veas qué se te ocurre. Pero estaré aquí mismo si me necesitas.

Ivy asintió y, acto seguido, subió la escalera. Por el informe de la policía sabía cuál era la columna contra la que Philip la había encontrado apoyada, recostada, se corrigió: la que estaba marcada con una D. Pero había olvidado lo cerca que se hallaban las columnas metálicas del borde del andén y lo cerca que el andén estaba de las vías. Al verlo sintió que el estómago le daba un vuelco.

Sabía que tenía que colocarse con la espalda contra la columna e intentar recordar lo que había pasado aquella noche, pero no podía hacerlo, aún no. Anduvo precipitadamente por el andén hasta llegar a la escalera que conducía al puente que salvaba las vías. Entonces cruzó por el puente al otro lado. Desde el andén de los trenes que se dirigían al norte, Ivy se volvió a mirar a Will, que estaba sentado en un banco, esperándola pacientemente.

Se puso a andar arriba y abajo. ¿Quién podía haber estado allí aquella noche? Si

la historia de Philip era cierta, alguien se había disfrazado de Tristan. Casi cualquiera podía hacerse con una chaqueta del instituto y una gorra de béisbol. Y en la oscuridad, con ellas puestas, cualquiera podría haberse parecido a Tristan, incluso Gregory.

Se quitó rápidamente ese pensamiento de la cabeza. Se estaba poniendo paranoica, sospechando de Gregory. Pero tal vez no fuera tan paranoide imaginar que Eric lo hiciera. Recordaba aquella noche en que había arrastrado a Will al puente del ferrocarril justo antes de que pasara un tren. A Eric le encantaban los juegos peligrosos. Y con toda seguridad tenía acceso a drogas.

Un sonido largo y agudo penetró en los pensamientos de Ivy, el silbido de un tren que se dirigía hacia el sur, que resonaba contra el empinado muro de lo alto de la colina. Observó por encima del hombro la ladera rocosa. Parecía imposible que Philip hubiera logrado bajar sano y salvo, pero quizá, si los ángeles existían, si Tristan estaba allí...

Volvió a oírse el pitido del tren. Ivy echó a correr. Bajó los escalones de dos en dos, cruzó corriendo el puente y bajó al otro lado. Oyó el estruendo del tren antes de ver la luz de su locomotora, un ojo pálido y ciego en pleno día. Era uno de esos grandes trenes de la Amtrak<sup>[4]</sup> que pasaban a toda velocidad sin detenerse.

Corrió hacia la columna y se quedó de pie con la espalda pegada a ella, cerca del borde, cegada por el ojo blanco del tren. Recordó la vieja historia de Philip acerca de un tren que subía por la colina, un tren que la buscaba a ella. Ahora se dirigía tronando hacia ella, mientras las vías echaban chispas y el andén que tenía bajo los pies vibraba. Se sintió como si su cuerpo zarandeado fuera a volar en pedazos.

Entonces el tren pasó por su lado a toda velocidad como una larga mancha borrosa.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, cerca de ella, a su espalda, dejando que Ivy entrelazara sus dedos con los suyos. Volvió la cabeza hacia un lado y miró a Will por encima del hombro.

—Me alegro de que no hayas saltado —le dijo con una media sonrisa—. O estaríamos muertos los dos.

Ivy liberó sus dedos y se volvió a mirarlo.

—¿Te acuerdas ahora? —inquirió Will.

Ella negó con la cabeza con gesto cansado.

—No.

Will levantó el brazo como si fuera a tocarle la mejilla. Ivy lo miró, y él retiró rápidamente la mano y se la metió en el bolsillo.

—Salgamos de aquí —dijo.

Ivy lo siguió hasta el coche, volviéndose continuamente a mirar las vías.

«¿Y si Gregory y Eric hubieran colaborado el uno con el otro?», pensó. Pero

seguía sin poder creer que nadie, y menos aún Gregory, quisiera hacerle daño. Él se preocupaba por ella. En su opinión, se preocupaba muchísimo.

Sacaron el coche del aparcamiento en silencio. Will parecía tan ensimismado como ella. Entonces, Ivy se incorporó de golpe y apuntó con el dedo. Unos cuarenta y cinco metros más allá de la salida había una Harley de color rojo aparcada en la cuneta.

—Parece la de Eric —observó.

—Lo es.

Una larga zanja de drenaje llena de hierba alta y arbustos bordeaba la carretera. Eric estaba registrando la zanja, y estaba tan concentrado en su tarea que no se apercibió de que el coche se detenía en el arcén.

Cuando Will abrió la puerta, Eric levantó la cabeza.

—¿Has perdido algo? —le preguntó Will al tiempo que bajaba del coche—. ¿Necesitas que te ayudemos a buscar?

Eric se protegió los ojos de la luz oblicua del sol con la mano.

—No, gracias, Will —respondió—. Sólo estoy intentando encontrar un viejo pulpo que uso para sujetar las cosas. —Entonces se percató de que Ivy estaba en el coche. Pareció sobresaltado, y trasladó su mirada de Will a Ivy y de nuevo a Will. Les hizo señas de que siguieran adelante—. Lo dejo dentro de un minuto —aseguró.

Will asintió y volvió a entrar en el coche.

—Se estaba esforzando mucho para tratarse de un viejo pulpo —observó Ivy mientras se alejaban.

—Ivy —terció Will—, ¿hay algún motivo por el que alguien podría querer asustarte o hacerte daño?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay alguien que te guarde rencor?

—No —contestó ella despacio. «Ahora ya no», pensó.

El invierno anterior había sido otra historia: a Gregory no le había gustado que su padre se casara con Maggie. Pero su resentimiento y su enfado habían desaparecido hacía meses, se recordó rápidamente a sí misma. Gregory se había mostrado encantador con ella desde la muerte de Tristan, la había consolado, incluso la había rescatado el día del allanamiento. Había sido Gregory el primero en llegar, había asustado al intruso, y le había quitado a Ivy la bolsa de la cabeza justo cuando llegó Will.

¿O no? Tal vez hubiera estado allí todo el tiempo. Había dado una excusa extraña para justificar el hecho de haber vuelto a casa aquel día. De repente, Ivy sintió que un frío intenso se apoderaba de ella. ¿Y si el propio Gregory la hubiera atacado y luego hubiera cambiado de planes al presentarse Will?

La idea la recorrió como un río helado, y el cuero cabelludo y la piel de la nuca se



le erizaron. Ivy se retorció las manos. Sin darse cuenta dobló un bolígrafo que había cogido del asiento y rompió la cubierta de plástico.

—Toma —le dijo Will quitándole el bolígrafo y ofreciéndole su mano—. Necesito que me devuelvas los dedos cuando llegemos a tu casa —añadió con una sonrisa—, pero así, al menos por ahora, no te llenarás toda de tinta.

Ivy le cogió la mano. Se agarró a Will con fuerza y volvió la cabeza para observar unos brillantes parches verdes que destellaban al pasar, el final del verano unido a pronunciadas sombras otoñales.

«Siempre he estado a tu lado. ¡Te quiero!». Las palabras volvieron flotando hasta ella.

—Will, cuando estábamos bailando y Tristan estaba dentro de ti, y dijiste... —titubeó.

—¿Y dije...?

—«Siempre he estado a tu lado. ¡Te quiero!». —Vio que Will tragaba saliva con fuerza—. Quien hablaba era Tristan, ¿no? —preguntó Ivy—. Era Tristan quien lo decía y yo lo malinterpreté, ¿verdad?

Will miró una bandada de gansos que cruzaban volando el cielo.

—Verdad —dijo por fin.

Ninguno de los dos dijo una palabra durante el resto del viaje hasta casa.

Ivy estaba de pie junto a Philip en la habitación de éste, examinando una estantería llena de tesoros: las figuritas de ángeles que le había regalado tras la muerte de Tristan, un muñeco de papel de Don Mattingly que se tenía de pie, unos fósiles de Andrew y un tornillo de ferrocarril oxidado.

Philip y Maggie habían llegado a casa esa tarde justo cuando Will llegaba con Ivy. Después de compartir un tentempié con Philip, ella cargó con los libros escolares de su hermano mientras él subía a su habitación con gran cuidado su nuevo tesoro, un nido de pájaro mohoso. Ivy lo observó instalar el nido en el sitio de honor y luego pasó la mano por la fila de estatuillas de ángeles. Tocó una que no era suya, un ángel que iba vestido como un jugador de béisbol.

—Ésta es la figurita que me trajo la amiga de Tristan —le explicó Philip—. Quiero decir, la chica ángel. La he visto un par de veces.

—¿Has visto a otro ángel? ¿Estás seguro? —preguntó Ivy, sorprendida.

Su hermano asintió.

—Vino a nuestra superfiesta.

—¿Cómo la distingues de Tristan? —quiso saber Ivy.

Philip se quedó pensando unos instantes.

—Sus colores son más morados.

—¿Cómo sabes que es una chica?

—Tiene forma de chica —respondió él.

—Ah.

—De chica de tu edad —añadió.

De debajo de un montón de cómics, Philip sacó una foto que mostraba una extraña mancha pálida. Ivy la reconoció: era la primera fotografía que Will les había sacado en el Festival de las Artes.

Philip la miró con atención y frunció el ceño.

—Supongo que aquí no se ve tanto —observó.

«¿Qué es lo que no se ve?», se preguntó Ivy en silencio.

—¿De verdad que sólo quieres que te devuelva tu ángel del agua? —inquirió Philip.

Ivy sabía que quería conservar todas las figuras.

—Sólo ése —le aseguró y, a continuación, se llevó el ángel de porcelana a su habitación.

Era la figura que Ivy más quería. A causa de su túnica arremolinada color azul verdoso, lo había llamado ángel del agua en recuerdo del ángel que había visto

cuando tenía cuatro años, del ángel que la había salvado de morir ahogada. Colocó la figurita junto a la foto de Tristan y pasó los dedos por la suave superficie barnizada. Acto seguido tocó la fotografía de Tristan.

—Dos ángeles..., mis dos ángeles —dijo, y se encaminó a su sala de música del tercer piso.

La gata la siguió y saltó a la ventana abuhardillada que había frente al piano. Ivy tomó asiento y se puso a practicar las escalas, desgranando música. Mientras sus manos recorrían el teclado, pensaba en Tristan, en el aspecto que tenía cuando nadaba, con la luz dispersa en las gotitas de agua que levantaba a su alrededor, justo como su luz podía brillar ahora en torno a ella.

Los últimos rayos de sol de ese día de septiembre eran de oro puro, como el resplandor de Tristan, y el ocaso mostraría su misma gama de colores. Ivy miró hacia la ventana y dejó de tocar bruscamente. *Ella* estaba sentada, con las orejas enhiestas, los ojos bien abiertos y brillantes. Ivy se volvió a mirar a su espalda.

—Tristan —dijo con voz queda.

El resplandor la rodeó.

—Tristan —susurró de nuevo—. Háblame. ¿Por qué no puedo oírte? Los demás, Will y Beth, te oyen. ¿No puedes hablar conmigo?

Pero lo único que oyó fue el sonido amortiguado que *Ella* produjo al saltar de su atalaya y trotar hacia ella. Ivy se preguntó si la gata podía ver a Tristan.

—Sí, me vio la primera vez que vine.

Ivy se quedó atónita al oír su voz.

—Eres tú. Eres tú de verdad...

—Asombroso, ¿no?

En su interior, Ivy no sólo oía su voz, sino la risa que traslucía. Sonaba como siempre que algo le hacía gracia. Luego la risa cesó.

—Ivy, te quiero. Nunca dejaré de quererte.

Ivy descansó su rostro en sus manos. Las palmas y los dedos estaban bañados en una pálida luz dorada.

—Te quiero, Tristan, y te he echado mucho de menos. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Y tú no sabes las veces que he estado contigo, contemplándote mientras dormías, escuchándote tocar. Fue como revivir el invierno pasado, siempre esperando, con la ilusión de que te fijaras en mí.

El ansia de su voz la hizo estremecerse, como antes le sucedía con sus besos.

—Si hubiera tenido los poderes angelicales necesarios, te habría tirado algún pedazo de brócoli y zanahorias —añadió riendo.

Ivy se rió a su vez, recordando la bandeja de verduras que Tristan había volcado en la boda de su madre.

—Fueron los trozos de apio que tenías en las orejas y las colas de gamba que llevabas en la nariz lo que te hicieron irresistible tanto para Philip como para mí —repuso con una sonrisa—. Oh, Tristan, ojalá hubiéramos pasado juntos este verano. Ojalá hubiéramos flotado el uno junto al otro en el lago, dejando que el sol centelleara en los dedos de nuestras manos y nuestros pies.

—Sólo quiero estar cerca de ti —dijo él.

Ivy alzó la cabeza.

—Ojalá pudiera sentir tus brazos rodeándome.

—No podrías estar más cerca de mi corazón de lo que estás ahora.

Ella extendió los brazos y se rodeó el cuerpo con ellos, como alas cerradas.

—He deseado mil veces poder decirte que te quiero. Pero nunca creí, nunca jamás creí que tendría la oportunidad...

—¡Tienes que creer, Ivy! —Ella sintió el miedo de su voz resonar en su interior—. No dejes de creer o dejarás de verme. No sabes lo mucho que me necesitas en estos momentos —le advirtió.

—A causa de Gregory —replicó Ivy, dejando caer las manos en su regazo—. Lo sé. Sólo que no comprendo por qué habría de querer... —rechazó aquella idea aterradora— hacerme daño.

—*Matarte* —puntualizó Tristan—. Todo lo que Philip te contó sobre aquella noche sucedió de verdad; el «ángel malo» era Gregory. Y no fue la primera vez, Ivy. Cuando estabas sola aquel fin de semana...

—Pero no tiene ni pies ni cabeza —dijo ella alzando la voz—, no después de todo lo que ha hecho por mí. —Se levantó de un salto de la banqueta del piano y comenzó a recorrer la habitación arriba y abajo—. Después del accidente, él fue el único que comprendió por qué no quería hablar de ello.

—No quería que pensaras mucho en ello —precisó Tristan—. No quería que recordaras aquella noche y que empezaras a hacerte preguntas, como si nuestro accidente había sido de verdad un accidente.

Ivy se detuvo junto a la ventana. Tres pisos más abajo, Philip estaba dándole patadas a una pelota de fútbol. Andrew, que llegaba por el camino de entrada a la casa, había detenido el coche para verlo jugar. Su madre estaba cruzando el césped en su dirección.

—No fue un accidente —dijo ella por fin. Recordaba su pesadilla: iba en el coche de Tristan, y no podía frenar... justo como el día en que habían atropellado al ciervo y no pudieron parar—. Alguien estuvo enredando con los frenos.

—Eso parece.

Ivy sintió náuseas ante la simple idea de que Gregory la tocara, la besara, se mantuviera cerca de ella, lo bastante cerca como para matarla cuando se presentara la ocasión. No quería creerlo.

—¿Por qué? —gritó.

—Creo que los motivos se remontan a la noche en que asesinaron a Caroline.

Ivy regresó donde el piano y se sentó despacio, intentando aclararse las ideas.

—¿Quieres decir que me culpa del... del asesinato de su madre? Fue un suicidio, Tristan. —Pero mientras lo decía sentía un hormigueo en el pecho y en la garganta, un miedo creciente que amenazaba con bloquear todo pensamiento razonable.

—Tú estuviste en la casa de al lado la noche en que murió —señaló él—. Creo que viste a alguien en la ventana, a alguien que sabe lo que pasó o que fue culpable de ello. Tienes que intentar recordar.

Ivy se esforzó por separar los recuerdos de aquella noche de las pesadillas subsiguientes.

—Cuanto pude ver fue la sombra de una persona. Con los reflejos del cristal, no distinguí de quién se trataba.

—Pero él te vio a ti.

Poco a poco, el sueño se iba desenmarañando. Ivy comenzó a temblar.

—Lo sé —dijo Tristan con delicadeza—. Lo sé.

Ivy ansiaba experimentar la misma sensación que antes cuando él le hablaba de ese modo.

—Yo también tengo miedo —señaló Tristan—. No tengo poderes suficientes para protegerte solo. Pero créeme, Ivy, juntos somos más fuertes que él.

—Oh, Tristan, te he echado de menos.

—Y yo a ti —replicó el—, he echado de menos abrazarte, besarte, volverte loca...

Ella se echó a reír.

—Ivy, toca para mí.

—No me pidas... no me pidas eso ahora. Sólo quiero seguir oyendo tu voz —le rogó—. Pensé que te había perdido para siempre, pero ahora estás aquí...

—Chsss, Ivy. Toca. He oído un ruido. Hay alguien en tu habitación.

Ivy miró a *Ella*, que ahora estaba en lo alto de la escalera escudriñando la oscuridad del piso inferior. La gata se deslizó silenciosamente escaleras abajo, con la cola erizada. «Es Gregory», pensó Ivy.

Con gesto nervioso, abrió un libro y comenzó a tocar. Tocó fuerte, intentando borrar el recuerdo de los abrazos de Gregory, de sus besos apremiantes, la noche en que se había quedado sola en la tienda y la noche en que se encontraba a oscuras en la casa.

¿Intentar matarla? ¿Matar a su madre? No tenía sentido. Casi podía comprender que Eric pudiera hacerlo, medio desequilibrado por las drogas. Recordaba el mensaje que había oído sin querer en el teléfono de Gregory. Eric siempre necesitaba dinero para comprar droga. Tal vez hubiera intentado que Caroline se lo diera y las cosas

salieron mal. Pero ¿qué motivo podía tener Gregory para hacer algo tan terrible?

—Eso es lo que he estado intentando averiguar.

Ivy dejó momentáneamente de tocar.

—¿Me has oído? —preguntó mentalmente.

—No blindas tan bien tus pensamientos como Will.

De modo que había oído todo lo que acababa de pensar, incluido aquello de los besos apremiantes. Empezó a tocar de nuevo, aporreando el piano.

Ahora parecía como si Tristan estuviera gritando en su cabeza.

Sonrió y tocó con más suavidad.

—Ivy, tenemos que ser sinceros el uno con el otro. Si no confiamos el uno en el otro, ¿quién va a ayudarnos?

—Te quiero. Eso sí es sincero —replicó ella, pronunciando ahora todas las palabras en silencio, de modo que sólo Tristan pudiera oírla. Terminó la canción y se dispuso a empezar otra.

—Se ha ido —le dijo él.

Ivy dejó escapar un suspiro de alivio.

—Escúchame, Ivy. Tienes que salir de aquí.

—¿Salir? ¿A qué te refieres? —inquirió.

—Tienes que alejarte de Gregory tanto como puedas.

—Eso es imposible —protestó ella—. No puedo marcharme sin más. No tengo ningún sitio a donde ir.

—Ya encontrarás uno. Le pediré a Lacey (es un ángel) que no se separe de ti. Hasta que consiga averiguar qué está pasando y encuentre alguna prueba para llevársela a la policía, tienes que estar lejos de aquí.

—No —rechazó Ivy empujando la banqueta hacia atrás.

—Sí —insistió él.

A continuación, le contó lo que había descubierto viajando en el tiempo a través de las mentes de Gregory y de Eric. Le relató la violenta escena entre Gregory y su madre, cómo Caroline lo había provocado con un pedazo de papel y él le había arrojado la lámpara de pie, haciéndole un corte en la cara. Después le habló del recuerdo que había experimentado en la mente de Eric, aquella intensa escena entre él y Caroline, que había tenido lugar en una noche de tormenta.

—Tienes razón en lo que dices de Eric —concluyó Tristan—. Necesita dinero para drogas y está implicado. Pero aún no sé exactamente qué es lo que ha hecho para Gregory.

—Hoy Eric estaba registrando la zanja de drenaje que hay junto a la estación.

—¿Ah, sí? Entonces es que se tomó en serio la amenaza de Gregory —replicó Tristan, y le habló de la discusión que había presenciado por casualidad en la fiesta—. Vigilaré a los dos. Entretanto, tienes que irte.

—No —repitió Ivy.

—Sí, cuanto antes.

—¡No! —esta vez la voz saltó fuera de ella.

Tristan calló.

—No voy a irme —declaró Ivy hablando de nuevo mentalmente.

Se acercó a la ventana y miró a través de ella los viejos árboles azotados por el viento que coronaban la colina, unos árboles con los que se había familiarizado en los últimos seis meses. Los había visto pasar de una neblina primaveral de brotes rojizos a una espesura de hojas verdes y, de ésta, a las delicadas formas ribeteadas con la luz dorada del atardecer, el color del otoño. Ése era su hogar, allí era donde estaban las personas que amaba. No iba a permitir que la echaran. No iba a dejar a Philip y a Suzanne solos con Gregory.

—Suzanne no sabe nada —señaló Tristan—. Hoy, después de que te marchaste con Will, seguí a Gregory y a ella. Ella es inocente..., está confusa respecto a ti y totalmente colgada de él.

—¿Está totalmente colgada de Gregory y quieres que la abandone?

—No sabe lo suficiente como para meterse en problemas —sostuvo Tristan.

—Si huyo —insistió Ivy—, ¿cómo sabemos qué va a hacer? ¿Cómo sabemos que no irá a por Philip? Mi hermano tal vez no entienda lo que vio, pero aquella noche vio cosas, cosas que no le gustarán mucho a Gregory.

Tristan guardó silencio.

—No te veo —dijo Ivy—, pero puedo adivinar la cara que pones.

Entonces lo oyó reír, y se puso a reír con él.

—Ay, Tristan, sé que me quieres y que temes por mí, pero no puedo abandonarlos. Philip y Suzanne no saben que Gregory es peligroso. No se andarán con cuidado.

Él no contestó.

—¿Estás ahí? —preguntó Ivy tras un largo silencio.

—Estoy pensando —replicó él.

—Entonces te estás escondiendo de mí —repuso ella—. Estás cubriendo tus pensamientos para que no los oiga.

De pronto Ivy se estremeció, invadida por un sentimiento de amor y ternura. Después, un miedo intenso se apoderó de ella, miedo y rabia, y una desesperación imposible de describir con palabras. Nadaba en un agitado mar de emociones, y, por unos instantes, no logró respirar.

—Tal vez debería haber levantado sólo una esquinita de la manta —observó Tristan—. Ahora tengo que dejarte, Ivy.

—No, espera. ¿Cuándo volveré a verte? —preguntó ella—. ¿Cómo te encontraré?

—Bueno, no hace falta que te coloques al borde de un trampolín.

Ivy sonrió.

—Con que te subas a la rama de un árbol bastará —prosiguió Tristan—. O al tejado de cualquier edificio de tres pisos o más.

—¿Qué?

—Es una broma —replicó él riendo—. Simplemente llámame, en cualquier momento, en cualquier lugar, mentalmente, y te oiré. Si no vengo es porque estoy haciendo algo y no puedo dejarlo, o porque estoy sumido en la oscuridad. No puedo controlar la oscuridad. —Suspiró—. La siento llegar, la siento ahora mismo, y puedo combatirla durante un rato. Pero al final pierdo el sentido. Así es como descanso. Supongo que un buen día la oscuridad será definitiva.

—¡No!

—Sí, mi amor —repuso en voz baja.

Un momento después, había desaparecido.

El vacío que dejó en su interior era casi insoportable. Sin su luz, la habitación quedó sumida en una sombra azul, e Ivy se sintió perdida en la penumbra entre dos mundos. Luchó contra las dudas que empezaban a apoderarse de ella. No se lo había imaginado: Tristan había estado realmente allí, y Tristan volvería de nuevo.

Practicó varias melodías de Bach, tocándolas de forma mecánica una tras otra, y justo cuando acababa de cerrar sus libros de música, su madre la llamó. La voz de Maggie sonaba extraña, y cuando Ivy llegó al pie de la escalera entendió por qué. Su madre se hallaba de pie ante la cómoda de Ivy. El ángel del agua estaba hecho añicos a sus pies.

—¡Cariño! Lo siento —dijo Maggie.

Ivy se acercó a la cómoda y se arrodilló. Había unos cuantos trozos grandes, pero el resto de la figurita se había roto en pequeños fragmentos. No tenía arreglo.

—Philip debe de haberla puesto aquí —aventuró Maggie—. Debe de haberla dejado demasiado cerca del borde. Por favor, no permitas que esto te entristezca, cariño.

—La traje yo misma, mamá. Y no hay por qué entristecerse. Estas cosas pasan —manifestó, maravillada de su propia serenidad—. Por favor, no te culpes.

—Pero si no lo he hecho yo —replicó Maggie en seguida—. He entrado para llamarte para cenar y la he visto aquí en el suelo.

Al oír sus voces, Philip asomó la cabeza por la puerta.

—Oh, no —gimió—. ¡Se ha roto!

Gregory entró en la habitación tras él. Observó la figurita, sacudió la cabeza y miró hacia la cama.

—*Ella* —dijo en voz baja.

Pero Ivy sabía quién lo había hecho. Había sido la misma persona que había destrozado aquella silla tan cara de Andrew hacía unos meses, y no había sido *Ella*.



Quería acorralar a Gregory contra la pared. Quería hacérselo admitir delante de los demás. Pero sabía que tenía que seguirle el juego. Y lo haría... hasta hacerle confesar que había roto otras cosas además de ángeles de porcelana.

—Es Tiempo de Fiesta, soy Ivy. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Lo has averiguado?

—¡Suzanne! Te dije que no me llamas al trabajo a menos que se tratara de una emergencia. Ya sabes que celebramos la velada especial del viernes por la noche — protestó Ivy, y lanzó una ojeada en dirección a la puerta, por la que acababan de entrar dos clientes.

La pequeña tienda estaba llena hasta los topes de disfraces, y un batiburrillo de artículos fuera de temporada —cestas de Pascua, pavos que graznaban y *menorahs* de plástico— siempre atraía compradores. Betty, una de las dos hermanas propietarias de la tienda, se había quedado en casa porque estaba enferma, y Lillian e Ivy no daban abasto.

—Es una emergencia —insistió Suzanne—. ¿Has averiguado con quién sale Gregory esta noche?

—Ni siquiera sé si tiene una cita. Me vine aquí en seguida después de clase, así que no tengo nada nuevo que contarte desde que hablé contigo a las tres.

Ivy deseaba que Suzanne no hubiera llamado. En las veinticuatro horas transcurridas desde la visita de Tristan, había estado alerta estuviera donde estuviese. En casa, la puerta de la habitación de Gregory estaba justo frente a la suya, al otro lado del pasillo. En el instituto, lo veía constantemente. Ir a trabajar había sido un alivio: se sentía a salvo entre la multitud de clientes y se alegraba de no pensar en Gregory, aunque no fuera más que durante seis horas.

—Bueno, como detective das asco —le dijo Suzanne, al tiempo que su risa irrumpía en los pensamientos de Ivy—. Esta noche, en cuanto llegues a casa, ponte a fisgar. Tal vez Philip sepa algo. Quiero saber quién es la chica, adónde han ido, durante cuánto tiempo, y cómo iba vestida.

—Escucha, Suzanne —replicó Ivy—, no quiero hacer de correveidile entre Gregory y tú. Aunque supiera que Gregory ha estado con alguien esta noche, no me parecería bien contártelo, del mismo modo que no me parece bien decirle que tú estás con Jeff.

—¡Pero tienes que decírselo, Ivy! —exclamó Suzanne—. ¡De eso se trata precisamente! ¿Cómo va a ponerse celoso si no lo sabe?

Ivy negó en silencio y observó a tres chiquillos que apuñalaban con lápices la reproducción de King Kong de dos metros de altura que tenían en la tienda.

—Tengo clientes, Suzanne. Debo dejarte.

—¿Has oído lo que te he dicho? Quiero poner a Gregory increíblemente celoso.

—Hablamos luego, ¿vale?

—Escandalosamente celoso —prosiguió Suzanne—. Tan celoso que pierda el mundo de vista.

—Hablamos luego —repuso Ivy, y colgó.

Esa noche, cada vez que terminaba de atender a un cliente, los pensamientos de Ivy volvían a Suzanne. Si Suzanne ponía a Gregory escandalosamente celoso, ¿podía ser que éste le hiciera daño? Deseaba que su amiga y Gregory perdieran interés el uno en el otro, pero ese juegucito de ahora sí, ahora no, era precisamente lo que mantenía el fuego ardiendo.

«Si le digo a Suzanne que Gregory sale con cien chicas distintas —pensó Ivy—, lo querrá aún más. Si lo critico, lo defenderá, y se pondrá furiosa conmigo».

A la hora de cerrar, Lillian se sentó con gesto fatigado en el taburete que había detrás de la caja registradora. Cerró los ojos unos instantes.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Ivy—. Tiene aspecto de estar muy cansada.

La anciana le dio unas palmaditas en la mano. El anillo de brillantes de su madre, un cristal curativo y un comunicador de Star Trek centellearon en sus nudosos dedos.

—Estoy estupendamente, cariño, estupendamente. Lo único que me pasa es que soy vieja —explicó.

—¿Por qué no descansa unos minutos? Yo puedo hacer las cuentas —sugirió Ivy cogiéndole los comprobantes de las manos.

Después de cerrar, Ivy tenía intención de acompañar a Lillian hasta su coche. Una vez los clientes se hubieran marchado y con las luces apagadas, el grande y tenebroso centro comercial estaría lleno de sombras y crujidos. Esa noche, Ivy se alegraría tanto como Lillian de tener compañía.

—Sólo soy una vieja —se lamentó Lillian con un suspiro—. Ivy, ¿me harías un favor? ¿Podrías cerrar tú esta noche?

—¿Cerrar? —Eso pilló a Ivy por sorpresa. «¿Quedarme sola?», pensó—. Claro.

Lillian se levantó del taburete y se puso el jersey.

—Ven tarde mañana, cielo —le dijo al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Betty ya estará bien, y todo irá de maravilla. Eres un amor.

—No hay ningún problema —repuso Ivy en voz baja mientras veía desaparecer a Lillian en el centro comercial. Se preguntó donde estaría Tristan, y si debería llamarlo.

«No seas tan cobarde», se reprochó a sí misma, y se volvió para abrir la caja de la pared que contenía los interruptores de la luz. Accionó los interruptores, apagando todas las luces de la tienda, pero cambió de opinión y volvió a encenderlas. Miró hacia los probadores y la trastienda. Luchó contra la necesidad de volver a mirar y comprobar que todo el mundo se había marchado. «No seas tan paranoica», se dijo. Pero no era difícil pensar que alguien pudiera estar acechando en un probador, y no

era difícil imaginarse que alguien estuviera esperándola oculto en las sombras del centro comercial.

—Quiero todo lo que tengas en la caja.

Ivy dio un respingo al oír la voz de Eric. Le había clavado un dedo en la espalda. Otra persona se echó a reír. Gregory.

Ivy se volvió para hacerles frente.

—Vaya, lo siento —se disculpó Gregory al ver la expresión de su cara—. No queríamos asustarte.

—Yo sí —dijo Eric con una risita aguda.

—Creíamos que ibas a terminar pronto, así que nos pasamos por aquí —explicó Gregory, tocándole el codo con voz amable y tranquila.

—A coger tu dinero antes de que lo metieras en la caja fuerte —terció Eric—. ¿Cuánto tienes, más o menos?

—Ignóralo —le dijo Gregory.

—Eso es lo que hace. Siempre lo ha hecho —observó Eric, y se puso a revolver en los cestos de la tienda.

—Esta noche vamos a salir —la informó Gregory—. ¿Quieres pasar un rato con nosotros?

Ivy forzó una sonrisa y se puso a revisar los comprobantes de venta.

—Gracias, pero tengo mucho que hacer.

—Esperaremos.

Ella volvió a sonreír y negó con la cabeza.

—Venga, Ivy —insistió Gregory—. Casi no has salido en las tres últimas semanas. Te hará bien.

—¿Tú crees? —levantó la vista y miró a Gregory directamente a los ojos—. Siempre estás pendiente de mí.

—Y seguiré estándolo —repuso él, y le dirigió una sonrisa. Sus ojos grises y su rostro extremadamente atractivo no dejaban traslucir en lo más mínimo sus pensamientos.

—¡Dientes! —exclamó Eric—. Mira estos dientes chupadores de sangre. Son guais.

Rompió el envoltorio de plástico y se metió los dientes de vampiro en la boca al tiempo que sonreía a Gregory. Sus flacos brazos colgaban a los costados, y sus dedos se agitaban con nerviosismo. Ivy pensó en el modo en que Gregory había aplaudido a Eric la noche en que su amigo los había engañado en los puentes del ferrocarril. Se preguntó hasta dónde llegaría Eric con tal de divertir a Gregory y ganarse su aprobación.

—Estás muy mejorado, Eric —observó Gregory—. Además, algunas chicas se ponen cachondas con los vampiros. —Le dirigió a Ivy una sonrisa maliciosa—. ¿No

es así?

La última vez que Gregory se había presentado tarde en la tienda, se había disfrazado de Drácula. Ivy recordaba sus besos apremiantes y cómo había cedido a ellos. Ahora, la temperatura de su piel aumentó y sintió que se sonrojaba de rabia. Sus manos se cerraron en sendos puños, que ocultó en seguida detrás de la espalda.

«Puedo jugar a este juego tan bien como él», pensó, y echó la cabeza hacia atrás.

—A algunas chicas, sí.

Gregory le miró el cuello con ojos centelleantes y luego posó la mirada en su boca, como si quisiera volver a besarla.

—Ivy, ¿qué estás haciendo?

La pregunta la sorprendió. Era la voz de Tristan. No se había dado cuenta de que se había introducido en su mente. Sin embargo, estaba claro que ni Eric ni Gregory lo habían oído hablar. Ivy sabía que se había puesto colorada, de modo que agachó rápidamente la cabeza.

Gregory se echó a reír.

—Te estás ruborizando.

Ella se volvió y se alejó de él. Pero no podía escapar de Tristan.

—¿Crees que quiere besarte? —le preguntó Tristan con desdén—. ¡Estrangularte, tal vez! Ivy, no seas estúpida. Todo eso son estratagemas.

Mentalmente, Ivy le dijo:

—Sé lo que me hago.

Gregory la siguió hasta el mostrador y deslizó la mano alrededor de su cintura.

—Por favor, Gregory.

—¿Por favor, qué? —inquirió él con la boca cerca de su oreja.

—Eric está aquí —le recordó, y echó un vistazo por encima de su hombro. Pero Eric se encontraba al otro lado de un perchero, perdido entre un montón de disfraces.

—He cometido un error trayendo a Eric conmigo —dijo Gregory en voz baja.

—Deshazte de Gregory —intervino Tristan—. Deshazte de los dos y cierra la puerta con llave.

Ivy se liberó de Gregory.

—Llama a seguridad —prosiguió Tristan—. Pídeles que te acompañen hasta el coche.

—Además —le dijo Ivy a Gregory—, está Suzanne. Sabes que Suzanne y yo hemos sido amigas desde siempre.

—¡Ivy! —exclamó Tristan—. ¿Es que no sabes nada de chicos? Te estás metiendo en un lío. Ahora utilizará una de sus viejas excusas.

Sin palabras, Ivy repuso:

—Sé lo que me hago.

—Suzanne es demasiado fácil —observó Gregory acercándose más a ella—.

Demasiado celosa y demasiado fácil. Me aburre.

—Supongo que es mucho más interesante tirarte a la chica del tío que asesinaste —señaló Tristan.

Ivy movió bruscamente la cabeza, como si acabaran de darle un bofetón.

—¿Qué pasa? —inquirió Gregory.

—Ivy, lo siento —dijo Tristan de inmediato—, pero no me estás escuchando. No pareces comprender...

—Sí comprendo, Tristan —pensó ella, enfadada—. Déjame en paz antes de que lo estropee todo.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Gregory—. Estás enfadada, te lo noto. —Le acarició la frente, luego resiguió su mejilla tocándole ligeramente el cuello con los dedos—. Solía gustarte que te tocara —le dijo.

Ivy sintió la ira de Tristan brotar dentro de ella. Tuvo la impresión de que perdía el control. Cerró los ojos, se concentró y lo empujó tan lejos de su mente como pudo.

Cuando los abrió de nuevo, Gregory la estaba mirando.

—¿Fuera? —preguntó—. ¿Estabas hablando conmigo?

—¿Hablando contigo? —repitió Ivy como un eco. Fantástico. Había hablado en voz alta—. No —le dijo a Gregory—. No recuerdo haberte dicho nada.

Él la miró frunciendo el ceño.

—Pero ya me conoces —prosiguió ella alegremente—, es que estoy un poco loca.

Gregory siguió mirándola.

—Tal vez —repuso.

Ivy sonrió y pasó junto a él.

Durante los siguientes cinco minutos estuvo atendiendo a Eric, ayudándolo a encontrar partes de disfraces, sin perder de vista la puerta de la tienda, esperando a que el personal de seguridad pasara por allí. Cuando apareció el guarda y señaló su reloj para indicarle que eran bastante más de las nueve y media, ella lo llamó. Como el centro comercial estaba oficialmente cerrado, le preguntó si podía mostrar a Eric y a Gregory una puerta por la que pudieran salir.

Cuando se hubieron marchado, cerró con llave y se apoyó contra la puerta, floja de alivio.

—Lo siento, Tristan —murmuró, aunque estaba prácticamente segura de que él no la oía.

Tristan observaba a Ivy, que tenía la cabeza inclinada sobre los comprobantes de venta mientras la única luz que lucía ahora sobre la mesa de la caja registradora le confería a su rizado cabello rubio el aspecto de una maraña de oro. El resto de la tienda estaba escasamente iluminado, y las esquinas se iban sumiendo en la oscuridad.

Deseaba tocarle el pelo, materializar sus dedos y sentir la suavidad de su piel. Deseaba hablarle, sólo hablarle. Pero permaneció oculto, aún enfadado, herido por la manera en que ella lo había expulsado de su mente.

Ivy levantó de pronto la cabeza y miró a su alrededor como si percibiera su presencia.

—¿Tristan?

Si permanecía fuera de ella, no la oiría. Pero ¿qué tenía que decirle? Que la amaba. Que le había hecho daño. Que estaba aterrorizado por ella.

Ahora Ivy lo vio.

—Tristan. —El modo en que pronunciaba su nombre aún podía hacerlo temblar—. Creí que no volverías. Después de echarme de ese modo, no creí que fueras a volver a mí.

Él no se movió.

—Y no vas a hacerlo, ¿verdad? —inquirió ella.

Oyó el temblor de su voz y no pudo decidir qué hacer. ¿Dejarla? Dejar que se preocupara un rato. No quería que se pelearan, y esa noche tenía trabajo que hacer.

«Ojalá supieras lo mucho que te amo», pensó.

—Tristan —dijo ella en silencio.

Ahora estaba en su mente y sabía cuál era el pensamiento que habían compartido: «Ojalá supieras lo mucho que te amo».

Ivy lloraba.

—No llores. Por favor, no llores —le rogó.

—Intenta comprender —le suplicó ella mentalmente—. Te di mi corazón, pero sigue siendo mío. No puedes llegar y coger las riendas sin más. Tengo mis propios pensamientos, Tristan, y mi propia manera de hacer las cosas.

—Siempre has tenido tus propios pensamientos y tu propia manera de hacer las cosas —repuso él. Luego se echó a reír a su pesar—. Recuerdo cómo guiabas tú a aquella animadora el primer día que asististe a nuestro instituto. Fue entonces cuando me enamoré de ti —le dijo—. Pero también tú tienes que comprender. Temo por ti. ¿Qué pretendías jugando con Gregory de ese modo, Ivy?

Ella se bajó del taburete y se dirigió a un rincón oscuro de la tienda. Eric había dejado un montón de disfraces en el suelo. Tristan percibió su tacto sedoso y suave a través de las manos de Ivy mientras ella los recogía.

—Estoy jugando al juego de Gregory —replicó—. Estoy representando el papel que me ha asignado, manteniéndolo interesado y cerca.

—Es demasiado peligroso, Ivy.

—No —repuso ella con firmeza—. Vivir en la misma casa que él e intentar evitarlo sí que sería peligroso. No puedo esconderme de él, así que la estrategia es no perderlo jamás de vista. —Cogió una brillante máscara negra y se la colocó en la

cara.

—Tengo que saber lo que hace y lo que dice —prosiguió—. Tengo que esperar a que dé un paso en falso. Mientras esté aquí, y ya te dije, Tristan, que no voy a marcharme, es la única vía posible.

—Hay otra forma de seguirle la pista y mantener a una persona entre los dos al mismo tiempo —señaló Tristan—. Will es amigo suyo. Podrías salir con él.

Se produjo un largo silencio, y Tristan notó que Ivy le ocultaba sus pensamientos.

—No, no es buena idea —dijo ella por fin.

—¿Por qué no? —Su voz brotó con excesiva brusquedad. Percibía que Ivy buscaba con cuidado las palabras adecuadas.

—No quiero implicar a Will.

—Pero si ya está implicado —protestó Tristan—. Sabe de mi existencia. Te llevó a la estación para ayudarte a recordar lo que pasó.

—Punto final —replicó Ivy—. No quiero que le digas nada más. —Se puso a examinar los disfraces, sacudiéndolos y doblándolos después.

—Lo estás protegiendo —señaló Tristan.

—Así es.

—¿Por qué? —inquirió él.

—¿Por qué poner a alguien en peligro?

—Will correría cualquier peligro por ti. Está enamorado de ti. —En cuanto lo hubo dicho, Tristan se arrepintió.

Pero Ivy sin duda ya se había dado cuenta. «O tal vez no», pensó de repente. Notó que ella se debatía. Tristan fue presa de un remolino de emociones que no comprendía. Sabía que Ivy estaba confusa.

—No lo creo —replicó—. Will es un amigo, eso es todo.

Tristan guardó silencio.

—Pero, si es cierto, Tristan, no es justo utilizarlo de ese modo. Sería engañarlo.

«¿De verdad lo sería?» se preguntó Tristan. Tal vez Ivy temiera admitir que Will la atraía.

—¿Qué piensas? ¿Qué me estás ocultando? —preguntó ella.

—Me preguntaba si estás siendo sincera contigo misma.

Ivy cruzó rápidamente la tienda, como si pudiera alejarse de él colgando los disfraces, arrojando objetos que estaban fuera de su sitio en los cestos que les correspondían.

—No sé por qué piensas eso. Es casi como si estuvieras celoso —espetó.

—Lo estoy —replicó él.

—¿Estás qué? —Su voz sonaba frustrada.

—Celoso. —No había por qué ocultarlo, pensó Tristan.

—¿Quién ha dicho eso? —exigió Ivy.



—¿Quién ha dicho qué? —preguntó él.

—¿Quién ha dicho qué? —repitió una voz femenina, la misma voz que había sonado frustrada un minuto antes.

—¡Lacey! —exclamó Tristan. No la había visto entrar.

—¿Sí, encanto? —Lacey estaba proyectando la voz para que también Ivy pudiera oírlo.

Ivy miró a su alrededor.

—Es una conversación privada —dijo Tristan.

—Bueno, su parte era privada —contestó Lacey aún proyectando la voz—. Cuando tu chavalita habla mentalmente sólo puedo oír tu parte. ¡Eso sí que es frustrante! El superéxito sentimental del año y me estoy perdiendo la mitad del diálogo. Pídele a tu chavala que hable en voz alta, ¿de acuerdo?

—¿Tu chavala? —repitió Ivy en voz alta.

—Así está mejor —manifestó Lacey.

—¿Ella es ese borrón como morado? —inquirió Ivy.

—¿Perdoonaaa? —terció Lacey.

Tristan notaba que iba a entrarle dolor de cabeza.

—Sí, ésa es ella —dijo.

—¿Un borrón? —Lacey escupió la palabra.

—Así es como te percibe Ivy —explicó Tristan—. Ya lo sabes.

—¿Cómo la percibes tú? —le preguntó Ivy a Tristan.

Él vaciló.

—Sí, dínoslo a las dos, ¿cómo me percibes? —inquirió Lacey.

Tristan intentó pensar en una descripción objetiva.

—Como una cosa más o menos de... metro y medio... con los ojos castaños, creo..., y una nariz redondeada, y algo así como el pelo muy espeso.

—Buen trabajo, Tristan —observó Lacey—. Acabas de describir un oso. —Luego se dirigió a Ivy—: Soy Lacey Lovitt. Ahora estoy segura de que puedes imaginarme.

Tristan sintió que la mente de Ivy rebuscaba, intentando recordar quién era Lacey Lovitt.

—¿La estrella del country?

Un pavo de plástico cruzó volando la habitación.

—Y pensar que me *molesté* en volver para advertir a la chavala.

—¿Por qué no deja de llamarme chavala?

—Supongo que es la forma de hablar de las estrellas de cine —intervino Tristan en tono cansado.

—¿Eras estrella de cine? —Ivy se agachó para recoger el pavo de plástico del suelo—. Así que eres guapa —murmuró.

—Pregúntaselo a Tristan —dijo Lacey.

—¿Es guapa?

Él se sintió acorralado.

—No soy buen juez para esas cosas.

—Ah, entiendo —dijeron Ivy y Lacey al unísono, ambas en tono irritado. Ivy echó a andar en una dirección, Lacey en la otra.

—¿Cómo arrojaste esto, Lacey Lovitt? —preguntó Ivy haciendo graznar al pavo—. ¿Tristan puede hacerlo también?

Lacey rió por lo bajo.

—No por cualquier motivo —respondió—. Aún está aprendiendo a materializar sus dedos, a hacerse sólido. Tiene mucho que aprender. Por suerte, me tiene a mí como maestra.

Se aproximó a Ivy. Tristan notó que ella se estremecía al sentir que los dedos de Lacey se posaban ligeramente en su piel. A través de los ojos de Ivy, vio las largas uñas moradas aparecer sobre su brazo.

—Cuando Tristan se deslice fuera de tu mente —explicó Lacey—, su tacto y su aspecto serán sólidos para mí. Pero, a menos que se materialice, como acabo de hacer yo, para ti no será más que un resplandor. Se necesita mucha energía para materializarse. Se está volviendo más fuerte, pero si usa demasiada energía, caerá en la oscuridad.

—¿Tendrá un aspecto y un tacto sólidos para ti? —repitió Ivy.

—Puede tomarme de la mano, verme la cara —declaró Lacey—. Puede..., bueno, ya sabes.

Tristan notó que Ivy se picaba.

—Pero no lo ha hecho —añadió Lacey sin rodeos—. Está totalmente colgado de ti. —Cogió un sombrero y lo hizo girar sobre la punta del dedo, levantándolo por encima de su cabeza. Ivy veía a Lacey como una neblina color lavanda con un sombrero de copa que giraba misteriosamente—. ¿Sabes? Me lo pasaría muy bien haciendo de espíritu en este lugar. Podría hacerles publicidad a las viejecitas en Halloween.

—Ni se te ocurra —le advirtió Tristan.

—Perdóname si se me olvida que lo has dicho —replicó Lacey—. En cualquier caso, estoy aquí para contaros un secreto: Gregory acaba de hacerse con drogas nuevas.

—¿Cuándo? —inquirió Tristan en seguida.

—Esta noche, justo antes de venir aquí —dijo ella, y a continuación se dirigió a Ivy—: Ten cuidado con lo que comes. Ten cuidado con lo que bebes. No se lo pongas fácil.

Ivy sintió un escalofrío.

—Gracias, Lacey —dijo Tristan—. Te debo una..., a pesar de que te colaras y

escuchases algo que no era asunto tuyo.

—Vale, vale.

—Yo soy quien te debe una —intervino Ivy.

—Tienes razón —espetó Lacey—, ¡y no sólo por esto! Durante los últimos dos meses y medio he tenido que escuchar tal cantidad de gemidos y suspiros en relación contigo como para llenar tres volúmenes de poesía amorosa de mala calidad. Y he de decirte...

—Lacey nunca ha estado enamorada —la interrumpió Tristan—, así que no entiende...

—Perdona, perdona —lo desafió Lacey—. Pero ¿lo sabes a ciencia cierta?

Él se echó a reír.

—Como iba diciendo... —Lacey se acercó más a Ivy—. No tengo la menor idea de lo que ve en ti.

Ivy se quedó momentáneamente pasmada. Al fin contestó:

—Bueno, yo sí sé qué ve en ti.

—Oh, *porrrrr favorrrr*.

Ivy se rió, cogió un sombrero de copa y lo hizo girar a su vez sobre la punta del dedo.

—Tristan siempre ha sentido debilidad por las chicas que tienen su propia manera de hacer las cosas.

Tristan estaba tumbado en silencio, escuchando la respiración de Eric y conservando su propia energía mientras observaba cómo el cielo, al otro lado de la ventana del dormitorio, comenzaba a clarear. Los números del radiodespertador de Eric brillaban: eran las 4.46. En cuanto Eric diera señales de empezar a despertarse, Tristan tenía previsto introducirse en su mente.

Había estado controlando a Eric el viernes por la noche, varias horas después de su visita al centro comercial, y también el sábado por la noche, después de que volvió de un botellón. Lacey había advertido varias veces a Tristan en contra de viajar en el tiempo dentro de una mente confundida por el alcohol y bajo los efectos de las drogas. Pero habían transcurrido veinticuatro horas desde que Eric había tomado su última cerveza, y Tristan estaba dispuesto a correr el riesgo con el fin de enterarse de qué tipo de trabajo sucio había hecho Eric para Gregory.

Había estado de suerte al llegar a la habitación de Eric el lunes por la mañana temprano y encontrar en una de sus estanterías un libro sobre trenes. Tras materializar un dedo, había hojeado el libro, buscando una foto de un tren que se pareciera a los que circulaban por la estación de Stonehill. Ahora observaba dormir al chico, esperando su oportunidad de mostrarle esa foto e introducirse en su mente acoplándose a un pensamiento compartido. Con un poco más de suerte, podría conducir el pensamiento al interior de un recuerdo, el recuerdo de la noche en que drogaron a Ivy y la llevaron a la estación.

Esperó con paciencia mientras el reloj digital hacía destellar los minutos que pasaban. La respiración de Eric se iba volviendo superficial, y sus piernas empezaban a agitarse. Era el momento. Tristan le dio un golpecito con el codo y lo despertó. Eric vio el libro sobre su almohada y levantó la cabeza somnoliento, mirando la fotografía con los ojos entornados.

«Tren —pensó Tristan—. Pita. Reduce la velocidad. Parece un accidente. No fue un accidente. Gregory. La pifiaste. Co, co, co, co, co, co, ¿quién quiere jugar a gallina, gallina, gallina?».

Tristan evocó todos los pensamientos relacionados con la foto que pudo. No sabía cuál le daría acceso, pero, de pronto, vio la fotografía a través de los ojos medio cerrados de Eric. El chico parecía estar lo bastante despierto como para aceptar una sugerencia. Tristan se imaginó con tanta claridad como le fue posible una gorra de béisbol y una chaqueta del instituto, los mismos que Gregory se había puesto aquella noche, los mismos que había insistido en que Eric debía encontrar.

Tristan notó que Eric se ponía tenso. Por un momento se sintió suspendido en una

oscuridad intemporal, después se lanzó hacia adelante con Eric y su puño rebotó contra algo duro. Se vio propulsado rápidamente hacia atrás, lo que lo hizo perder el equilibrio y luego volvió a verse impulsado hacia adelante. Todos sus músculos estaban sometidos a una fuerte tensión, Eric estaba luchando con alguien. Un fuerte puñetazo en el estómago lo hizo tambalearse. Eric volvió la cabeza —y Tristan volvió la suya— y vio a su oponente: Gregory.

Mientras giraba con Eric, primero hacia un lado y luego hacia otro, bajo los golpes de Gregory, Tristan vio también la carretera. Le pareció que se encontraba a unos veinticinco metros de la entrada de la estación. Mientras peleaba con Gregory, sus pies no hacían más que resbalar sobre unas piedrecitas que había en la cuneta. Algo afilado se le hincó en la mano. Tristan se dio cuenta de repente de que Eric aferraba un juego de llaves.

—Imbécil. —Tristan sintió que las palabras de Eric se arrastraban en su boca—. No puedes conducir mi moto. Nos estrellaremos y nos mataremos los dos. Y estaremos juntos tú, yo y Tristan para siempre, tú, yo y Tristan para siempre, tú, yo y Tristan...

—Cállate. Dámelas —ordenó Gregory arrancándole las llaves de la mano y dejándole la palma en carne viva y ensangrentada—. Ni siquiera puedes mantener la cabeza erguida.

Tristan se sintió de pronto como si fuera a vomitar. Atrapado en el cuerpo de Eric, se inclinó sobre la Harley agarrándose el estómago y respirando con fuerza. Gregory manipulaba torpemente algo en la parte trasera de la moto. Estaba intentando atar algo a ella: la chaqueta y la gorra.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Gregory.

Montaron en la motocicleta con dificultad. Sentía la pierna insoportablemente pesada mientras la levantaba por encima del asiento. Gregory lo empujó hacia la parte de atrás de la Harley y se subió delante.

—Agárrate.

Se agarró. Cuando Gregory pisó el acelerador, Tristan notó que la cabeza se le iba bruscamente hacia atrás. Su mandíbula superior se cerró sobre la inferior, y sus ojos parecían pequeñas canicas que giraban dentro de su cabeza. En ese breve momento, vislumbró una mancha tras él. Se volvió en el preciso instante en que la ropa caía rodando de la moto, pero no dijo nada.

Se dirigieron hacia la ciudad y ascendieron la larga colina hasta llegar a casa de Gregory. Éste se bajó y entró corriendo. Ahora, la motocicleta estaba en manos de Eric, en las de Tristan, aunque no tenía ningún control sobre ella. Volvió a bajar la colina a toda velocidad, conduciendo como un loco. De pronto, la carretera desapareció de debajo de las ruedas y Eric tomó otro camino.

¿Estarían en otro recuerdo? ¿Habrían conectado de algún modo con otra parte del

pasado? La carretera, con sus recodos y sus curvas pronunciadas, le resultaba familiar. La Harley derrapó y se detuvo y Tristan volvió a sentirse terriblemente mal: estaban justo en el lugar donde él había muerto.

Eric aparcó, se bajó de la moto y estuvo vigilando la carretera durante varios minutos. Se agachó para examinar unas brillantes piedras azules, pedazos de cristal roto, entre la grava de la carretera. De pronto alargó el brazo y recogió un ramo de rosas. Parecían recientes, como si alguien acabara de dejarlas allí, y estaban atadas con un lazo morado, como los que Ivy llevaba en el pelo. Eric tocó una rosa que no se había abierto. Se estremeció.

Había una rosa sin abrir en un jarrón sobre la mesa de Caroline. La mente de Eric había vuelto a saltar, y Tristan supo que ya había estado en ese recuerdo. El ventanal, la tormenta que se fraguaba afuera, el intenso miedo de Eric y su creciente frustración no le eran desconocidos. Al igual que antes, el recuerdo era como un trozo de película dañada, fotogramas sueltos, el sonido anegado por oleadas de emoción. Caroline lo estaba mirando y se reía, se reía como si no hubiera nada más gracioso en el mundo. De repente, Eric alargó las manos hacia los brazos de ella, la agarró, la sacudió, zarandeándola hasta que su cabeza cayó pesadamente y sin gracia, como la de una muñeca de trapo.

—Escúchame —dijo—. ¡Lo digo en serio! ¡No es una broma! Tú eres la única que se ríe. ¡No es una broma!

Entonces, Eric gimió. No era miedo lo que lo atenazaba ahora. No eran la frustración y la ira que despedía su piel, sino algo profundo y horrible, desesperante. Volvió a gemir y abrió los ojos. Tristan vio el libro de trenes frente a él.

El libro parecía borroso, y Eric volvió a frotarse los ojos con la mano. Estaba despierto y lloraba.

—Otra vez no —susurraba—. Otra vez no.

¿A qué se refería?, se preguntó Tristan. ¿Qué era lo que Eric no quería que volviera a pasar? ¿Permitir que Gregory matara? ¿Permitirse perder el control y matar por Gregory? Tal vez ambos hubieran cometido parte del crimen y estuvieran atados para siempre en un nudo de culpa.

Tristan hizo un esfuerzo tremendo por permanecer despierto y quedarse con Eric durante el resto de la mañana del lunes. Se había deslizado fuera de la mente del chico cuando éste estuvo completamente despierto, pero lo acompañó al instituto, suponiendo que los recuerdos que habían atormentado al muchacho lo llevarían a algún tipo de enfrentamiento con Gregory. Cuando Eric cruzó con rapidez la cafetería atestada de gente en dirección a la mesa a la que Ivy estaba sentada sola, lo cogió desprevenido.

—Tengo que hablar contigo.

Ivy levantó la vista para mirarlo y parpadeó, sorprendida. Eric tenía el pálido cabello enredado. Durante el verano había adelgazado tanto que su piel blanca apenas parecía cubrir los huesos de su rostro. Sus ojeras parecían cardenales.

Cuando Ivy habló, Tristan percibió en su voz una amabilidad inesperada:

—Bueno. Háblame.

—Aquí no. Con toda esta gente, no.

Ivy observó la cafetería. Tristan supuso que estaba intentando decidir cómo abordar la situación. Quería introducirse dentro de ella y gritar «¡No lo hagas! ¡No vayas a ningún sitio con él!», pero sabía lo que iba a suceder: lo expulsaría como la última vez.

—¿Puedes decirme qué ocurre? —inquirió ella en tono aún suave.

—Aquí no —replicó él. Sus dedos jugueteaban nerviosamente sobre el tablero de la mesa.

—Entonces en mi casa —sugirió Ivy.

Eric sacudió la cabeza. No hacía más que mirar a derecha e izquierda.

Tristan se fijó con alivio en que Beth y Will se acercaban con su comida a la mesa de Ivy. Eric también los vio.

—Hay un viejo coche abandonado a unos ochocientos metros más abajo de los puentes del tren, justo a este lado del río —dijo precipitadamente—. Me reuniré allí contigo hoy a las cinco en punto. Ve sola. Quiero hablar, pero únicamente si estás sola.

—Pero yo...

—Ve sola. No se lo digas a nadie. —Comenzó a alejarse de la mesa.

—Eric —lo llamó Ivy—. ¡Eric!

Él no se volvió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Will mientras dejaba su bandeja sobre la mesa.

No parecía consciente de la presencia de Tristan. Tampoco Beth, ni Ivy. Tal vez ninguno de ellos viera su luz a causa de los rayos de sol que entraban a raudales por las grandes ventanas de la cafetería, pensó Tristan.

—Eric parece como perturbado —observó Beth tomando asiento al lado de Will, frente a Ivy. Tristan se alegró de ver un lápiz y un cuaderno entre el revoltijo de platos de Beth. A través de su escritura podría comunicarse con los tres al mismo tiempo—. ¿Qué te ha dicho? —inquirió ella—. ¿Hay algún problema?

Ivy se encogió de hombros.

—Quiere hablar conmigo más tarde.

—¿Por qué no habla contigo ahora? —preguntó Will.

«Buena pregunta», pensó Tristan.

—Dijo que quería verme a solas. —Ivy bajó la voz—: No debo decírselo a nadie. Beth observaba a Eric mientras éste se dirigía a las puertas de la cafetería.

Entornó los ojos.

«No me fío de él», pensó Tristan con la mayor claridad posible. Había supuesto bien: los pensamientos de Beth y los suyos coincidían, y un instante después se había introducido en su mente. Entonces, notó que ella se resistía.

—No tengas miedo, Beth —le dijo—. No me eches. Necesito tu ayuda. Ivy necesita tu ayuda.

Suspirando, Beth cogió el lápiz que había junto a su cuaderno y removió con él su compota de manzana.

Will sonrió y le propinó un codazo.

—Es más fácil comer con una cuchara —señaló.

Entonces, los ojos de Ivy se dilataron ligeramente.

—Beth resplandece.

—¿Es Tristan? —inquirió Will.

Beth secó el lápiz y abrió el cuaderno con un movimiento rápido. «Sí», escribió.

Ivy frunció el ceño.

—Ahora puede hablar directamente conmigo. ¿Por qué sigue comunicándose a través de ti?

Beth movió los dedos con gesto nervioso y, acto seguido, escribió con rapidez: «Porque Beth aún me escucha».

Will soltó una carcajada.

La mano de Beth volvió a dirigirse hacia la hoja de papel: «Cuento con Beth y Will para que te convenzan, ¡no te arriesgues con Eric!».

—¿Cuentas conmigo? —farfulló Will.

«Es demasiado peligroso, Ivy —garabateó Beth—. Es una trampa. Díselo, Will».

—Primero tengo que conocer los hechos —insistió él.

—Eric me pidió que me reuniera con él a las cinco en punto, junto al río, a unos ochocientos metros más allá de los puentes dobles —explicó Ivy.

Will hizo un gesto con la cabeza, rompió la punta de un sobrecito de ketchup y extendió uniformemente su contenido sobre la hamburguesa.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Dijo que fuera sola y que lo buscara cerca de un coche viejo que está un poco más acá del río.

Will abrió metódicamente un segundo sobrecito de ketchup y, después, otro de mostaza. Sus actos lentos y deliberados fastidiaron a Tristan.

«¡Díselo, Will! ¡Hazla entrar en razón!», escribió furiosamente Beth.

Pero Will no quería que lo achucharan.

—Eric podría estar tendiéndote una trampa —le dijo a Ivy pensativamente—, tal vez una trampa mortal.

«Exacto», escribió Beth.



—O podría estar diciendo la verdad —prosiguió Will—. Podría ser que estuviera cogiendo miedo y que tratara de darte información importante. Honestamente, no sé cuál de las dos cosas es cierta.

«¡Idiota!», escribió Beth.

—No lo hagas, Ivy —añadió en voz alta con voz temblorosa—. Soy yo quien te lo dice, no Tristan.

Will se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Qué ves?

Tristan, dentro de su mente, lo estaba viendo también, y le causó la misma terrible impresión.

—Es el coche —explicó Beth—. En cuanto lo mencionaste, lo vi, un coche viejo que se sumerge lentamente en el fango. Ha sucedido algo espantoso. Está envuelto en una bruma oscura.

Will tomó la mano temblorosa de Beth.

—El coche se está hundiendo en el suelo como un ataúd —prosiguió—. Tiene el capó arrancado. El maletero..., no veo..., está todo lleno de vides y arbustos. Hay una puerta entreabierta, azul, creo. Hay algo dentro.

Los ojos de Beth estaban muy abiertos y llenos de pánico, una lágrima se deslizaba por su mejilla. Will se la secó delicadamente, pero otra cayó sobre su mano.

—Los asientos delanteros han desaparecido —continuó—. Pero veo el asiento posterior, y hay algo... —agitó la cabeza.

—Sigue —la instó Will en voz baja.

—Está cubierto con una manta. Y hay un ángel mirándolo. El ángel está llorando.

—¿Qué hay bajo la manta? —musitó Ivy.

—No lo veo —contestó Beth en un susurro—. ¡No lo veo!

Entonces su mano comenzó a escribir: «Sólo veo lo mismo que ve Beth. No se puede levantar la manta».

—¿El ángel eres tú, Tristan? —preguntó Ivy.

«No», escribió Beth. Luego le cogió la mano a Ivy:

—Allí hay algo terrible. ¡No vayas! Te lo ruego, Ivy.

—¡Escúchala, Ivy! —dijo Tristan, pero la mano de Beth temblaba demasiado para escribirlo.

Ivy miró a Will.

—Beth acertó en las dos ocasiones anteriores —observó él.

Ella asintió y dejó escapar un suspiro.

—Pero ¿y si Eric tiene realmente algo importante que decirme?

—Encontrará otro modo de hacerlo —razonó Will—. Si de verdad quiere decirte algo, encontrará la manera.

—Supongo que sí —repuso Ivy, y Tristan se relajó, aliviado.

Poco después, los dejó. Oyó a Ivy preguntar mentalmente «¿Adónde vas?» pero, sabiendo que estaba en buenas manos, se marchó. Se había recuperado ya del agotamiento del viaje en el tiempo pero no estaba seguro de cuánto iba a durar esa segunda tanda. Quería tiempo para registrar la habitación de Gregory mientras no había nadie en la casa. Si lograba encontrar las últimas drogas que Gregory había comprado, Ivy tendría pruebas para, por lo menos, acusarlo de tenencia ilícita de estupefacientes.

Sin embargo, lo que realmente necesitaba era la chaqueta y la gorra, pensó Tristan mientras pasaba a través de la puerta del instituto. La ropa tal vez convenciera a la policía de reconsiderar la historia de Philip. Un simple cabello podía establecer la fundamental relación con Gregory.

Alguien debía de haber encontrado la ropa después de que se cayera de la moto. ¿Sabría esa persona lo importante que era? La historia de Philip no se había dado a conocer al público, pero podría haberse filtrado. ¿Habría un jugador no identificado en el juego de Gregory?, se preguntó Tristan.

—Pero Ivy —se lamentó Suzanne—, teníamos planes de ir a buscar las zapatillas de cristal, los zapatos de rubíes, el único par de tacones en toda Nueva Inglaterra que es justo lo que necesito para mi fiesta de cumpleaños. ¡Y sólo me queda una semana para ir a su caza y captura!

—Lo siento —replicó Ivy metiendo la mano en su taquilla para coger otro libro—. Sé que te lo prometí. —Se acomodó mejor el montón de libros que llevaba en los brazos y sujetó firmemente una nota que había debajo.

Tres minutos antes de que llegara Suzanne, Ivy había abierto su taquilla y se había encontrado con que la foto de Tristan ya no estaba allí. Alguien había pegado en su lugar la nota que aferraba en la mano.

—¿Qué te parece el miércoles? —propuso Ivy—. Mañana tengo que trabajar después de clase, pero el miércoles podemos ir de compras hasta que no podamos más y conseguirte un increíble par de zapatos.

—Para entonces, Gregory y yo habremos compensado y estaremos en el buen camino de nuevo.

—¿Compensado? —repitió Ivy—. ¿Qué quieres decir?

Suzanne sonrió.

—Surtió efecto, Ivy, surtió efecto como un hechizo.

Con la espalda contra el muro de taquillas, Suzanne dobló las piernas y se deslizó lentamente hacia abajo hasta tocar el suelo con el trasero, una hazaña nada fácil con vaqueros ceñidos, pensó Ivy. Un grupo de chicos que había más allá en el pasillo admiró su atlética habilidad.

—Como tú no le mencionaste a Jeff —prosiguió Suzanne—, lo hice yo. Lo llamé

Jeff.

—¿Que lo llamaste Jeff? ¿Se dio cuenta?

—Las dos veces —contestó Suzanne.

—Caray.

—Una vez, cuando estábamos bastante calientes y apasionados.

—¡Suzanne!

Suzanne echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Era una risa desenfadada y contagiosa, y la gente sonrió al pasar frente a ella por el corredor.

—¿Y qué dijo Gregory? ¿Qué hizo? —inquirió Ivy.

—Se puso insoportablemente celoso —respondió su amiga con los ojos lanzando chispas de emoción—. ¡Fue un milagro que no nos matáramos!

—¿Qué quieres decir?

Suzanne se aproximó más a Ivy e inclinó la cabeza, haciendo caer hacia adelante su largo cabello oscuro como una cortina tras la cual contarse secretos.

—La segunda vez estábamos en el asiento de atrás —Suzanne cerró los ojos un instante recordando—. La cara se le puso blanca, y luego empezó a ponerse paulatinamente rojo, empezando por el cuello. Te juro que sentí cómo la temperatura le subía ciento cinco grados. Se apartó de mí y levantó la mano. Creí que iba a pegarme, y por un momento me sentí aterrada.

Miró a Ivy a los ojos con las pupilas dilatadas de excitación. Ivy se dio cuenta de que tal vez Suzanne se hubiera muerto de miedo en aquel momento, pero que, ahora, hablar de ello le parecía emocionante y divertido. Su amiga estaba disfrutando del recuerdo del mismo modo que alguien podía deleitarse con un buen susto en una casa encantada, pero Gregory no era un monstruo de cartón piedra.

—Después bajó la mano, me lanzó un par de insultos, saltó del asiento de atrás al de delante y se puso a conducir como un loco. Abrió todas las ventanillas y no paró de gritarme que bajara del coche. Pero, claro, conducía muy de prisa y zigzagueando, y yo estaba intentando incorporarme y no hacía más que dar tumbos de un lado del coche al otro. Me observaba por el espejo retrovisor. A veces se volvía del todo. No nos matamos de puro milagro.

Ivy miro a su amiga, horrorizada.

—Oh, vamos, Ivy. Al final, cuando tenía el brazo derecho metido en el brazo izquierdo del chaleco y el cabello todo revuelto sobre la cara, aminoró la velocidad y los dos nos echamos a reír.

Ivy dejó caer la cabeza entre las manos.

—Pero cuando me acompañó a casa esa noche —prosiguió Suzanne—, no dijo que no quisiera volver a verme. Dijo que le hago perder el control y hacer locuras. — Parecía complacida consigo misma, como si le hubieran hecho un maravilloso cumplido—. Pero volverá el sábado que viene. Irá a mi fiesta, puedes apostar a que

irá.

—Suzanne, estás jugando con fuego —dijo Ivy.

Su amiga sonrió.

—Gregory y tú no os convenís el uno al otro —observó Ivy—. Mírate. Estáis actuando como unos perturbados, los dos.

Suzanne se encogió de hombros y se echó a reír.

—¡Te estás comportando como una estúpida!

Suzanne parpadeó, herida por la crítica de Ivy.

—Gregory tiene un genio terrible —continuó Ivy—. Puede pasar cualquier cosa. Tú no lo conoces como yo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —Suzanne arqueó las cejas—. Pues yo creo conocerlo bastante bien.

—Suzanne...

—Y puedo manejarlo... mejor que tú —añadió mirando a uno y otro lado, con ojos relucientes—. Así que no te hagas ilusiones.

—¿Qué?

—Eso es lo que pasa, ¿no? Desde que perdiste a Tristan has estado interesada en Gregory. Pero es mío, no tuyo, Ivy, ¡y no vas a quitármelo!

Suzanne se puso en pie a toda prisa, se sacudió la parte trasera de los pantalones y se marchó muy ofendida por el pasillo.

Ivy se recostó contra su taquilla. Sabía que salir corriendo tras Suzanne no serviría de nada, y pensó en llamar a Tristan y pedirle que cuidara de su amiga. Tal vez Lacey pudiera echarles un cable. Pero esa petición tendría que esperar. Ivy había cambiado los planes que tenía para la tarde y, si Tristan le leía la mente, tal vez intentara detenerla.

Desplegó el pedazo cuadrado de papel que habían pegado donde antes estaba la foto de Tristan. La nota, firmada con las iniciales de Eric, era breve y convincente: «Ve sola. A las cinco en punto. Sé por qué sueñas lo que sueñas».

Ivy aparcó el coche cerca de los puentes del ferrocarril. Se encontraba en el mismo descampado donde Gregory se había detenido meses antes, la noche en que Eric quiso jugar al gallina. Bajó del vehículo y recorrió andando la breve distancia hasta los puentes dobles. Bajo la luz del atardecer, los raíles del puente nuevo relucían. Junto a él estaba el puente viejo, un calado herrumbroso color naranja que acababa en mitad del río. Unos dedos recortados de metal y madera podrida se estiraban hacia él desde la orilla opuesta del río, pero las dos mitades del puente viejo, como dos manos que se buscan a tientas, habían perdido el contacto.

Cuando Ivy vio los dos puentes paralelos con claridad a la luz del sol, cuando vio la separación de dos metros que había entre ellos y la larga caída hasta el agua y las piedras que aguardaban abajo, se dio cuenta del enorme riesgo que Eric había corrido cuando había fingido saltar desde el puente nuevo. ¿Qué pasaba por la cabeza de aquel chico?, se preguntó. O estaba completamente loco o no le importaba en lo más mínimo vivir o morir.

La Harley de Eric no estaba a la vista, pero había montones de árboles y arbustos donde ocultarla. Ivy miró a su alrededor y, acto seguido, procedió a bajar con precaución por la empinada orilla próxima a los puentes, dejándose resbalar parte del camino hasta alcanzar un estrecho sendero que discurría a lo largo del río. Caminó haciendo el menor ruido posible, atenta a cualquier sonido a su alrededor. Cada vez que los árboles susurraban, levantaba precipitadamente la vista esperando ver a Eric y a Gregory, listos para abatirse sobre su presa.

«Tranquila, Ivy», se dijo, pero siguió avanzando con sigilo. Si lograba sorprender a Eric, quizá viera lo que se traía entre manos antes de caer en una trampa.

Miró varias veces el reloj, y cinco minutos después de las cinco se preguntó si no habría pasado el coche de largo. Sin embargo, tras recorrer unos metros más, algo la deslumbró: la luz del sol reflejada en un objeto de metal. Unos cinco metros más adelante divisó un camino lleno de maleza que conducía hasta un bulto metálico.

Ivy avanzó entre los arbustos procurando no dejarse ver a medida que se acercaba. En un momento dado creyó oír un ruido tras ella, un suave crujido de hojas bajo los pies de alguien. Se volvió con rapidez. Nada. Nada más que algunas hojas arrastradas por el aire.

Apartó unas cuantas ramas largas, dio dos pasos hacia adelante y contuvo bruscamente el aliento. El coche estaba justo como Beth lo había descrito, con los ejes hundidos en la tierra y la parte posterior enterrada entre las vides. Tenía el capó arrancado, y la capota de vinilo se había deteriorado hasta quedar convertida en unos

jirones de aspecto parecido al papel. Sus puertas abolladas brillaban con destellos azules, exactamente como había dicho Beth.

La puerta de atrás estaba abierta. ¿Habría una manta sobre el asiento en el interior? ¿Qué habría debajo de la manta?

De nuevo oyó un crujido tras ella y se volvió rápidamente escudriñando los árboles. Los ojos le dolían de tanto fijarse en cada sombra y en cada hoja que se agitaba, buscando la forma de una persona que la acechara. Nadie.

Miró el reloj. Las cinco y diez. «Eric no se daría por vencido tan pronto —pensó—. O bien llega tarde o está esperando a que yo dé el primer paso. Bueno, dos pueden jugar a esperar», razonó, y se agachó sin hacer ruido.

Unos minutos más tarde empezaron a dolerle las piernas por la tensión de mantenerse inmóvil. Se las frotó y volvió a mirar el reloj: las cinco y cuarto. Esperó otros cinco minutos. Quizá Eric se hubiera asustado, pensó.

Ivy se puso en pie despacio, pero algo le impidió seguir moviéndose. Oyó la advertencia de Beth como si su amiga estuviera a su lado, susurrándole al oído.

«Ángeles, ayudadme —rezó. Una parte de ella deseaba averiguar qué había en el coche, pero la otra parte quería salir corriendo—. Ángeles, ¿estáis ahí? Tristan, te necesito. ¡Te necesito ahora!».

Avanzó con cautela hacia el vehículo. Cuando llegó a la explanada se detuvo unos instantes, esperando para ver si alguien la seguía. Después se inclinó y miró al asiento de atrás.

Parpadeó, dudando por un momento de que lo que estaba viendo fuera real y no otra pesadilla, otra de las bromas de Eric. Después gritó, gritó hasta que le dolió la garganta. Sabía, sin necesidad de tocarlo —estaba demasiado pálido, demasiado quieto, con los ojos abiertos mirando al vacío— que Eric estaba muerto.

Ivy dio un salto cuando alguien, a su espalda, la tocó. Y comenzó a gritar de nuevo. Unos brazos la rodearon atrayéndola hacia atrás, sujetándola con fuerza. Ivy pensó que iba a gritar hasta que se le secara el cerebro. Él no intentó detenerla, simplemente la sostuvo cuando ella se relajó, dejando caer su cuerpo contra el suyo. Sus caras se rozaron.

—Will —dijo. Sentía su cuerpo temblar.

Will la hizo girar hacia él y sostuvo su rostro contra su pecho, cubriéndole los ojos con la mano. Pero, en su mente, Ivy aún veía a Eric mirando hacia arriba, con los ojos abiertos como platos, como si estuviera serenamente sorprendido por lo que le había sucedido.

Will cambió de posición, e Ivy supo que estaba mirando a Eric por encima del hombro.

—No... no veo señales de violencia —dijo—. No hay magulladuras. Ni sangre.

El estómago de Ivy se revolvió de pronto contra sus costillas. Apretó los dientes y

lo forzó a quietarse.

—Tal vez hayan sido las drogas. Una sobredosis.

Will asintió con la cabeza. Ella lo sintió respirar superficial y rápidamente contra su mejilla.

—Tenemos que llamar a la policía.

Entonces Ivy se apartó de él. Se inclinó y se obligó a mirar larga y detenidamente a Eric. Tenía que memorizar la escena, pensó. Tenía que conseguir pistas. Lo que le había sucedido a Eric podía ser una advertencia para ella. Pero mientras miraba a Eric lo único que sentía era pena. Lo único que veía era una vida desperdiciada.

Ivy introdujo un brazo en el coche. Will le cogió la mano.

—No. No lo toques —dijo—. Deja el cuerpo tal como está, para que la policía pueda examinarlo.

Ivy asintió, cogió una manta vieja del suelo del coche y cubrió delicadamente a Eric con ella.

—Ángeles —comenzó, pero no sabía qué rogar—. Ayudadlo —pidió, y concluyó aquí su plegaria.

Mientras se alejaba, supo que aquel ángel piadoso de los muertos estaba mirando a Eric, llorando, tal como había dicho Beth.

—Digas lo que digas, Lacey, me alegro de haberme perdido mi propio funeral —observó Tristan mientras los asistentes al sepelio de Eric se congregaban en torno a su tumba. Algunos de ellos se mantenían a cierta distancia, tan tiesos como soldados. Otros se sostenían mutuamente, buscando apoyo y consuelo.

El viernes había amanecido pálido y lluvioso. Varias personas abrieron ahora sus paraguas, como brillantes flores de nailon recortadas contra las piedras grises y los árboles brumosos. Ivy y Beth, una a cada lado de Will, con la cabeza descubierta, dejaron que la lluvia se mezclara con sus lágrimas. Suzanne rodeaba a Gregory con uno de sus brazos, la vista baja mirando la cressa hierba.

En cinco meses, los cuatro habían acudido juntos tres veces al cementerio de Riverstone Rise, y la policía sólo seguía planteando preguntas de rutina acerca de las muertes.

—¿Alguna novedad? —inquirió Lacey desde su atalaya en lo alto de un árbol.

Tristan gruñó.

—Gregory ha levantado un muro a su alrededor —contestó, y describió, frustrado, varios círculos alrededor del olmo. En la iglesia, durante el funeral, había intentado varias veces introducirse en la mente de Gregory—. A veces pienso que me percibe en cuanto me acerco a él. Creo que sabe que algo pasa en cuanto estoy cerca.

—Es posible —replicó Lacey. Tras materializar sus dedos saltó desde una rama y fue a caer limpiamente junto a él—. En cuestión de ángeles, no eres precisamente lo

que se dice un experto.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, digámoslo así. Si estuvieras robando televisores en lugar de pensamientos —le dijo—, tres robos atrás, te habría pillado un perro de quince años medio sordo y prácticamente ciego.

Tristan se ofendió.

—Bueno, dame dos años para remolonear —espetó—. Perdona, quería decir dos años para *practicar* y seré tan bueno como tú.

—Tal vez —repuso Lacey, y añadió con una sonrisa—: Yo también he intentado introducirme en él. Imposible.

Tristan estudió la cara de Gregory. No dejaba traslucir nada, su boca era una línea regular, sus ojos miraban fijamente al frente.

—¿Sabes? —señaló Lacey materializando la palma de su mano y volviéndola hacia arriba para coger las gotas de lluvia—, Gregory no tiene que ser culpable de todo lo malo que sucede. Ya viste el informe: la policía no halló indicios de lucha.

El forense había establecido que Eric había muerto por sobredosis. Los padres del chico insistían en que había sido un accidente. En el instituto se rumoreaba que había sido un suicidio. Pero Tristan creía que era un asesinato.

—El informe no demuestra nada —protestó caminando arriba y abajo—. Gregory no tuvo que meterle a Eric la droga por la fuerza. Podría haberle llevado una dosis especialmente fuerte sin mencionarle lo potente que era. Podría haber esperado a que Eric estuviera demasiado drogado como para darse cuenta y, entonces, haberle dado más. La razón por la que la policía no se plantea la posibilidad de un asesinato, Lacey, es que no tienen un móvil.

—Y tú sí.

—Eric estaba dispuesto a hablar. Estaba dispuesto a decirle algo a Ivy.

—¡Ajá! Entonces la chavalita tenía razón —lo pinchó Lacey.

—Tenía razón —admitió Tristan, aunque aún estaba enfadado con Ivy por intentar reunirse con Eric el lunes por la tarde.

Lo había llamado en el último momento, cuando habría sido demasiado tarde para que él pudiera salvarla. Cuando corrió junto a ella, Tristan la encontró alejándose del peligro con Will. Will había dicho que había seguido a Ivy aquella tarde porque había tenido un presentimiento repentino.

—¿Sigues teniendo la impresión de que te excluyen? —inquirió Lacey.

Tristan no contestó.

—Tristan, ¿cuándo terminará esto? Estamos muertos —insistió Lacey—. Y eso es lo que pasa cuando uno muere. A la gente se le olvida invitarte a acompañarla.

Tristan no apartaba los ojos de Ivy. Quería estar junto a ella, cogerla de la mano.

—Estamos aquí para echar un cable cuando podamos y luego dejarlo correr —



puntualizó Lacey—. Ayudamos y, después, adiós muy buenas —le dijo adiós con ambas manos.

—Como ya te dije una vez, Lacey, espero que algún día te enamores. Espero que, antes de que tu misión haya terminado, un chico te enseñe lo mal que se siente uno cuando ama a alguien y ve que ese alguien recurre a otra persona.

Lacey dio un paso atrás.

—Espero que aprendas lo que es decirle adiós a una persona a la que amas más de lo que nunca podrá imaginar.

Ella le ocultó su rostro.

—Tal vez consigas tu deseo —dijo.

Tristan la miró, sorprendido por el tono de su voz. Por lo general no tenía que preocuparse por si hería o no los sentimientos de Lacey.

—¿Me he perdido algo? —inquirió.

Ella negó con la cabeza.

—¿El qué? ¿Qué es lo que pasa? —alargó la mano para tocarle la cara.

Lacey se apartó de él.

—Te estas perdiendo la oración final —señaló—. Deberíamos rezar por Eric con todos los demás. —Lacey juntó las manos y adoptó un aire extremadamente angelical.

Tristan suspiró.

—Reza en mi lugar —le dijo—. No tengo muchos buenos sentimientos hacia Eric.

—Razón de más para rezar —repuso ella—. Si no descansa en paz, podría salir a rondar por ahí con nosotros.

«Ángeles, cuidado de él. Dejad que descanse en paz —rogó Ivy—. Ayudad a la familia de Eric», dijo en silencio, y dirigió la mirada hacia Christine, la hermana mayor del chico. Estaba de pie junto a sus padres y sus hermanos, al otro lado del ataúd.

Durante la misa, en varias ocasiones, Ivy había sorprendido a Christine mirándola. Cuando sus ojos se encontraron, la boca de la muchacha tembló ligeramente y, después, se convirtió en una línea larga y suave. Christine tenía el mismo pelo rubio pálido de Eric y su piel de porcelana, pero sus ojos eran de un azul intenso. Era guapa, un incómodo recuerdo de lo que podría haber sido Eric si las drogas y el alcohol no hubieran arruinado su cuerpo y su mente.

«Ángeles, cuidado de él», volvió a rezar.

El reverendo terminó la misa y todos se volvieron al mismo tiempo. Los dedos de Gregory rozaron los de Ivy. Su mano estaba tan fría como el hielo. Recordó lo frías que tenía las manos la noche en que la policía les informó de la muerte de Caroline.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Él deslizó su mano en la de ella y le apretó fuertemente los dedos. La noche en que murió Caroline, cuando Gregory había hecho exactamente el mismo gesto, Ivy había creído que la aceptaba por fin.

—Estoy bien —replicó—. ¿Y tú?

—Contenta de que esto haya terminado —le respondió con sinceridad.

Gregory estudió su rostro, cada centímetro de él. Ivy se sintió atrapada, anclada por su mano, mientras los ojos de él invadían los suyos, leyendo sus pensamientos.

—Lo siento, Gregory. Eric y tú erais amigos desde hace mucho tiempo —manifestó—. Sé que esto es mucho más duro para ti que para el resto de nosotros.

Gregory seguía escrutándola.

—Intentaste ayudarlo, Gregory. Hiciste cuanto pudiste por él —dijo Ivy—. Ambos lo sabemos.

Él inclinó la cabeza acercando su rostro al de ella. La piel de Ivy se estremeció. Para alguien que no tuviera idea de lo que pasaba, para Andrew y Maggie, que los estaban mirando desde lejos, ése parecería un instante de dolor compartido. Pero para Ivy era como el movimiento de un animal del que desconfiaba, de un perro que no mordía pero que la intimidaba moviendo sus dientes muy cerca de su piel desnuda.

—¡Gregory!

Estaba tan concentrado en Ivy que, cuando Suzanne le puso la mano en la nuca, Gregory dio un respingo. Ivy dio de inmediato un paso atrás, y Gregory la soltó.

«Está tan tenso como yo», pensó Ivy mientras observaba cómo Gregory y Suzanne se alejaban en dirección a los coches aparcados a lo largo de la carretera del cementerio. Beth y Will echaron a andar, e Ivy los siguió despacio. Por el rabillo del ojo vio a la hermana de Eric dirigirse hacia ella a grandes zancadas.

Ivy le había dicho a la policía que ella y Will habían ido a dar un paseo después de clase cuando encontraron a Eric en el coche. Tras enterarse de la muerte del chico, el doctor y la señora Ghent la llamaron para hablar de lo que ella le había contado a la policía y averiguar más detalles. Ahora, se armó de valor para un segundo interrogatorio.

—Tú eres Ivy Lyons, ¿verdad? —le preguntó la chica—. Tenía las mejillas suaves y rosadas, su gruesa cola de caballo brillaba bajo la lluvia. Era asombroso tener delante una versión tan saludable de Eric.

—Sí —le contestó Ivy—. Lo siento, Christine. Lo siento mucho por ti y por tu familia.

La chica aceptó la simpatía de Ivy con un gesto.

—Tú... tú deberías de estar muy unida a Eric —dijo.

—¿Perdón?

—Me figuré que eras especial para él.

Ivy la miró, perpleja.

—A causa de lo que dejó. Cuando... cuando Eric y yo éramos pequeños —comenzó Christine con voz algo temblorosa—, solíamos dejarnos mensajes el uno al otro en un lugar secreto del desván. Los dejábamos en una vieja caja de cartón. En la caja, escribimos: «¡Cuidado! ¡Ranas! ¡No abrir!».

Christine se echó a reír y las lágrimas acudieron a sus ojos. Ivy esperó con paciencia, preguntándose adónde llevaría esa conversación.

—Cuando vine a casa para este..., para su funeral, miré en nuestra caja, por capricho —prosiguió Christine—, sin esperar encontrar nada, no la habíamos utilizado durante años. Pero encontré una nota para mí. Y esto.

Sacó de su bolso un sobre gris.

—La nota decía: «Si algo me sucediera, entrégale esto a Ivy Lyons».

Ivy abrió los ojos de par en par.

—No te lo esperabas —observó Christine—. No sabes lo que dice.

—No —repuso Ivy y, a continuación, tomó de su mano el sobre cerrado. En su interior notó un bultito rígido, como si hubieran envuelto un objeto duro con guata. El exterior del sobre la intrigó más aún. Llevaba claramente escrito a máquina el nombre y la dirección de Eric y su propio nombre escrito en letras grandes encima. La etiqueta con el remite llevaba el nombre y la dirección de Caroline Baines.

—Ah, eso —dijo Christine cuando Ivy la tocó—. Probablemente no es más que un sobre que Eric tenía por ahí.

Pero no se trataba sólo de un sobre viejo. Ivy comprobó el matasellos: 28 de mayo, el cumpleaños de Philip. El día en que había muerto Caroline.

—Tal vez tú no lo supieras —prosiguió Christine—. Eric quería mucho a Caroline. Fue como una segunda madre para él.

Ivy levantó la vista, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Desde que era un niño, Eric y mi madre nunca se llevaron bien —explicó Christine—. Yo soy seis años mayor, y, a veces, cuando mi madre trabajaba días enteros en Nueva York, me ocupaba de él. Pero por lo general pasaba esos días en casa de los Baines, y le tomó más afecto a Caroline que a ninguno de nosotros. Incluso después de que ella se divorció y Gregory se quedó a vivir con su padre, Eric iba a verla con frecuencia.

—No lo sabía —replicó Ivy.

—¿No vas a abrirlo? —inquirió Christine mirando el sobre con curiosidad.

Ivy rasgó una esquina del sobre y lo abrió con el dedo.

—Si es una nota personal —le advirtió a Christine—, tal vez no te la muestre.

La chica asintió.

Pero no había ninguna nota, sólo un pañuelo de papel que envolvía el objeto duro. Ivy rompió el envoltorio y sacó una llave. Medía unos cinco centímetros de largo.

Uno de los extremos era ovalado, con un dibujo parecido a un encaje grabado en el metal. El otro extremo, el que encajaba en alguna cerradura, era un simple cilindro hueco con dos pequeños dientes al final.

—¿Sabes de qué es? —preguntó Christine.

—No —respondió Ivy—. Y no hay ninguna nota.

Christine se mordió el labio y dijo:

—Bueno, quizá fuera un accidente después de todo. —Ivy percibió la esperanza en su voz—. Quiero decir que, si Eric planeaba suicidarse, habría dejado una nota explicándolo, ¿no?

«A menos que lo mataran antes de que tuviera ocasión», pensó Ivy, pero asintió coincidiendo con Christine.

—Eric no se suicidó —dijo Ivy con voz firme. Entonces vio la gratitud en los ojos de Christine y se ruborizó. «Si Christine supiera que tal vez yo fui la causa de la muerte de su hermano...», pensó.

Dejó caer la llave en el sobre, remitió la solapa y lo dobló por la mitad. Lo deslizó en el bolsillo de su impermeable y le dijo a Christine que si averiguaba de dónde era la llave se lo haría saber.

La chica le dio las gracias por ser una buena amiga de Eric, lo que cubrió aún más de sonrojo las mejillas de Ivy.

Tenía la cara aún caliente cuando se unió a Will y a Beth, que habían estado observándola a seis metros de distancia, apiñados bajo un paraguas.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Will tirando de Ivy para que se metiera con ellos bajo el paraguas.

—Me..., eeh..., me dio las gracias por ser una buena amiga de Eric.

—Dios mío —dijo Beth en voz baja.

—¿Eso es todo? —inquirió Will.

Era una pregunta que Gregory solía formularle a Ivy cuando le sonsacaba información.

—Habéis estado hablando bastante rato —observó Will—. ¿Es todo lo que te ha dicho?

Will dirigió la mirada al bolsillo en el que Ivy se había guardado el sobre. Debía de haber visto que se lo daba y ahora estaría sin duda viendo el borde del mismo, pero no le hizo más preguntas.

Ese día los habían excusado de ir al instituto, por lo que los tres se fueron tranquilamente en coche a Celentano's para tomar una comida tardía. Mientras estudiaban atentamente el menú, Ivy se preguntó qué estaría pensando Will, y si sospecharía de Gregory. El lunes, en la comisaría de policía, Will la había dejado hablar a ella, había corroborado su relato, y ninguno de los dos había mencionado que Eric le hubiera pedido citarse en secreto. Ahora Ivy quería contárselo todo a Will. Si

lo miraba a los ojos durante demasiado tiempo, acabaría haciéndolo.

—Bueno, ¿qué tal estáis? —les preguntó Pat Celentano cuando acudió a tomarles nota. La mayoría de los clientes del mediodía se habían marchado ya del local, y la propietaria hablaba en voz más baja de lo acostumbrado—. Vaya mañanita habéis tenido.

Anotó el pedido y dejó otro cestillo de lápices y ceras sobre el mantel de papel.

Will, que ya tenía varios dibujos hechos en un mantel adornando las paredes de Celentano's, se puso de inmediato manos a la obra. Ivy comenzó a hacer garabatos. Beth escribió largas cadenas de palabras que rimaban, murmurando para sí a medida que la lista iba creciendo.

—Lo siento —se disculpó cuando una de sus cadenas se topó con el dibujo de Will.

Él estaba escribiendo e ilustrando chistes del tipo «se abre el telón». Beth e Ivy se inclinaron para leerlos y se echaron a reír suavemente al unísono. Will las dibujó ataviadas con trajes del Oeste y tituló el dibujo «Las novias de Virginia City».

Beth señaló el dibujo.

—Creo que has olvidado unas cuantas curvas —señaló—. El vestido de Ivy era mucho más ajustado. Por supuesto, no tanto como tus pantalones de vaquero.

Ivy sonrió, recordando la voz que los había estado confundiendo todo el día, una voz que no venía de ninguna parte: Lacey divirtiéndose.

—¡Me encanta ese culo! —dijeron Ivy y Beth al mismo tiempo, y esta vez se rieron a carcajadas.

Con esa risa repentina, llegaron las lágrimas. Ivy se cubrió la cara con una mano.

Will y Beth permanecieron en silencio y la dejaron desahogarse. Luego Will le colocó suavemente la mano sobre la mesa y comenzó a trazar su silueta. El lápiz resiguió una y otra vez los costados de sus dedos y el suave contacto la tranquilizó. Acto seguido, él colocó su propia mano en una esquina del papel, pegada a la suya, y la dibujó también.

Cuando retiraron las manos, Ivy miró el dibujo.

—Alas —dijo con una leve sonrisa—. Una mariposa, o un ángel.

Él le soltó la mano. Ivy deseaba acercarse a Will y reclinarsse contra él. Quería contarle todo lo que sabía y pedirle ayuda. Pero sabía que no podía ponerlo en peligro. Por su causa ya habían asesinado a un chico al que había querido con toda su alma. No iba a consentir que le sucediera lo mismo al... Ivy se contuvo. ¿Al otro chico que... amaba?

Cuando la dejaron en casa esa tarde, Ivy no llegó a entrar en la vivienda. Con el sobre de Eric aún en el bolsillo, se subió a su propio coche y se marchó. Una hora después de conducir sin rumbo, tomando carreteras secundarias que seguían el curso del río hacia el norte, cruzando al otro lado después, bajando serpenteando hacia el sur y volviendo a cruzar hacia la ciudad, se detuvo en el parque del final de Main Street.

Por fin había cesado de llover, y el parque desierto estaba empapado de esos colores de finales de la tarde mientras los rayos del sol se filtraban oblicuos entre las nubes negruzcas, arrancándole a la hierba un brillante color verde. Ivy se sentó a solas en el quiosco de madera recordando el Festival de las Artes. Gregory había estado observándola desde un lado del césped, Will desde el otro. Pero lo que sintió mientras tocaba fue la presencia de Tristan. ¿Había estado realmente allí? Cuando ella tocó la sonata *Claro de luna*, ¿sabía Tristan que tocaba para él?

—Estaba allí. Lo sabía.

Ivy se miró las manos que resplandecían y sonrió.

—Tristan —dijo con voz queda.

—Ivy. —Su voz era como luz dentro de ella—. Ivy, ¿de qué estabas huyendo?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿Qué?

—¿De qué huías en el coche? —inquirió Tristan.

—Sólo conducía.

—Estabas disgustada —señaló él.

—Estaba intentando pensar, eso es todo. Pero no lo conseguí —confesó.

—¿Sobre qué no pudiste pensar?

—Sobre ti. —Ivy pasó arriba y abajo la mano por la madera suave y húmeda de la valla en la que estaba sentada—. Perdiste la vida por mi culpa. Lo sabía, pero no pude aceptarlo, no hasta ahora, que me he dado cuenta de que Eric tal vez murió por mi causa. No hasta que pensé en lo que podría pasarle a Will si se entera de lo que está ocurriendo.

—Will se enterará de un modo u otro —aseguró Tristan.

—¡No podemos permitirlo! —exclamó Ivy—. No podemos ponerlo en peligro.

—Si eso es lo que piensas —observó él con sequedad—, no deberías haber dejado la chaqueta con él en la mesa.

Ivy buscó de inmediato en su bolsillo. El sobre aún estaba ahí, doblado por la mitad, pero, cuando lo sacó, vio que la solapa ya no estaba remetida.

—Se puso a mirar en cuanto Beth y tú lo dejasteis solo.

Ivy cerró los ojos unos instantes, sintiéndose traicionada.

—Me imagino... me imagino que yo también habría sentido curiosidad —repuso sin convicción.

—¿De dónde crees que es la llave? —preguntó Tristan.

Ivy dio vueltas al sobre entre las manos.

—De alguna cajita o armarito. De casa de Caroline —añadió mirando la dirección—. ¿Tú puedes entrar?

—Sin problemas, y puedo materializar mis dedos para quitar el pestillo y abrirte la puerta —le dijo—. Trae la llave y averiguaremos lo que Eric quería que encontraras. Pero hoy no, ¿vale?

Ivy percibió la tensión en su voz.

—¿Te pasa algo?

—Estoy cansado. Muy cansado.

—La oscuridad —musitó ella con la voz llena de temor. Tristan le había dicho que llegaría un momento en que no podría regresar de la oscuridad.

—No pasa nada —le aseguró—. Sólo necesito descansar. Me tienes muy ocupado, ¿sabes? —Soltó una risa.

«Es por mi culpa —pensó Ivy—. Murió por mi culpa, y ahora...».

—No, Ivy, no. No puedes pensar eso.

—Pero lo pienso —protestó ella—. Era yo quien debería haber muerto. Si no hubiera sido por mí...

—Si no hubiera sido por ti, nunca habría sabido lo que es querer a alguien —replicó Tristan—. Si no hubiera sido por ti, nunca habría besado una boca con tanta dulzura.

Ahora Ivy ansiaba besarlo.

—Tristan —dijo temblando ante la idea que acababa de pasársele por la cabeza—, si muriera, podría estar contigo.

Él guardó silencio. Ivy percibió la confusión de pensamientos y todas las emociones que se agolpaban dentro de él, dentro de ella.

—Podría estar contigo para siempre —añadió.

—No.

—¡Sí!

—No es así como debe ser —repuso él—. Ambos lo sabemos.

Ivy se levantó y echó a andar alrededor del quiosco. La presencia de Tristan en su interior era más fuerte que el día de otoño que había afuera. Cuando Tristan estaba con ella, el olor a tierra empapada, los ribetes de hierba color esmeralda y las primeras hojas escarlatas palidecían como objetos al margen de su campo visual.

—No me habrían mandado para ayudarte —prosiguió Tristan—. No me habrían hecho ángel si no fuera importante que tú siguieras con vida. Ivy, quisiera que fueras

mía —ella percibió el dolor en su voz—, pero no lo eres.

—¡Sí lo soy! —gritó Ivy.

—Estamos en las orillas opuestas de un río —continuó Tristan—, y es un río que ninguno de los dos puede cruzar. Tú estabas destinada a otra persona.

—Estaba destinada a *ti* —insistió Ivy.

—Calla.

—¡No quiero perderte, Tristan!

—Chsss, chsss —la tranquilizó él—. Escucha, Ivy, pronto volveré a sumirme en la oscuridad y puede que tarde un poco en volver a ti.

Ella echó a andar arriba y abajo.

—Estate quieta. Voy a salir de ti, así que no podrás oírme —le dijo—. Estate quieta.

Luego todo quedó en silencio. Ivy permaneció inmóvil, preguntándose qué iba a pasar. El aire que la rodeaba comenzó a despedir un resplandor dorado. Sintió que unas manos la tocaban, unas manos delicadas que tomaban su rostro y le alzaban la barbilla. Él la besó. Sus labios tocaron los de ella con un beso largo e insoportablemente tierno.

—Ivy. —Ella no podía oírlo pero sintió que susurraba su nombre junto a su mejilla—. Ivy. —Y desapareció.



Ivy se colocó un largo pendiente en cada oreja, se limpió una mancha de rímel de debajo de un ojo y dio un paso atrás para separarse ligeramente del espejo y contemplarse.

—Estás muy sexi.

Miró el reflejo de Philip en el espejo y se echó a reír a carcajadas.

—No has aprendido esa expresión de Andrew. Y, en cualquier caso, ¿qué sabrás tú lo que es sexi?

—Se la enseñé yo.

Ivy se volvió. Gregory estaba en la entrada de su dormitorio, apoyado con gesto indolente en el marco de la puerta. Desde que Eric murió, casi una semana antes, Ivy había sentido la presencia de Gregory siguiéndola como un ángel.

—Y es verdad que estás muy sexi —añadió mientras sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo muy despacio.

«Tal vez debería haber elegido una falda algo más larga —pensó Ivy—, o una camiseta menos escotada». Pero estaba resuelta a demostrarles a los demás en la fiesta de Suzanne que no era una chica deprimida dispuesta a elegir el camino del suicidio que todos creían que Eric había tomado. Suzanne iba a celebrar su fiesta en cualquier caso, a pesar de que era el día después del funeral. Ivy la había alentado, diciéndole que sería bueno para todos: ahora los chicos del instituto necesitaban estar juntos.

—Son los colores. Te dan un aspecto muy sexi —le dijo Philip a Ivy, deseoso de dar la impresión de saber de qué estaba hablando.

Ivy miró a Gregory.

—Buen trabajo, profe.

Él se echó a reír.

—Lo hice lo mejor que pude —dijo, y agitó las llaves de su coche para hacerlas sonar.

Ivy cogió sus propias llaves y su bolso.

—Ivy, esto es una tontería —observó Gregory—. ¿Por qué vamos al mismo sitio y cogemos dos coches?

Ya habían discutido durante la cena a causa de su decisión.

—Ya te lo he dicho antes, probablemente me marcharé antes que tú.

Cogió el regalo envuelto para Suzanne y apagó la luz de encima de su tocador.

Gregory esbozó una leve sonrisa.

—Tal vez, pero si quieres irte, habrá muchos chicos encantados de acompañarte a

casa.

—Porque estás muy sexi —dijo Philip—. Porque...

—Gracias, Philip.

Gregory le guiñó un ojo al hermano de Ivy. El chico saltó de la cama de ésta, usando su bufanda como paracaídas, y se marchó a toda prisa cruzando el baño que unía su habitación con la de ella.

Gregory continuó apoyado contra el marco de la puerta.

—¿Tan mal conduzco? —le preguntó estirando un brazo y apoyando la mano en el otro lado del marco para bloquearle la salida—. Si no supiera que no es así, pensaría que tienes miedo de ir conmigo en coche.

—No lo tengo —repuso Ivy en tono firme.

—Quizá tengas miedo de estar a solas conmigo.

—¡Venga ya! —exclamó ella avanzando con paso enérgico hacia él y empujándole el brazo hacia abajo. Lo agarró por los hombros, le hizo dar media vuelta y le dio un empujón—. Pongámonos en marcha o llegaremos tarde. Espero que tu BMW tenga gasolina.

Gregory la tomó de la mano y la atrajo junto a él, demasiado cerca. Mientras bajaban la escalera, el corazón de Ivy latía con rapidez. No deseaba en modo alguno ir con él en coche sola. Cuando se subió al vehículo, deseó que no se mostrara tan atento. Aquellos constantes roces innecesarios le ponían los nervios de punta. Él no dejó de mirarla mientras recorría despacio el camino de la entrada.

Cuando se detuvieron al pie de la colina, Gregory dijo:

—No vayamos a casa de Suzanne.

—¿Qué? —exclamó Ivy, e intentó ocultar su creciente aprensión fingiendo sorpresa e incredulidad—. Suzanne y yo somos amigas desde que teníamos siete años, ¿crees que voy a saltarme su fiesta cuando celebra los diecisiete? ¡Conduce! —ordenó—. Llévame a Lantern Road. O me bajo.

Gregory le puso una mano en la pierna y se dirigió a casa de Suzanne. Quince minutos después, cuando Suzanne abrió la puerta, no parecía muy encantada de verlos juntos.

—Insistió en traerme —explicó Ivy—. Haría de todo para ponerte celosa, Suzanne.

Gregory le lanzó una mirada, pero Suzanne se echó a reír y su rostro se iluminó.

—Estás preciosa —le dijo Ivy a su amiga, y le dio un abrazo.

Ivy percibió un instante de duda; luego Suzanne la correspondió.

—¿Dónde te dejo este regalo? —inquirió mientras un numeroso grupo de chicos que se habían apretujado en un Jeep entraban en la casa tras ellos.

—Al final del pasillo —respondió Suzanne señalando una mesa con un montón impresionante de cajas.

Ivy avanzó rápidamente en esa dirección, contenta de estar lejos de Gregory. El largo pasillo central de los Goldstein conducía a una sala de estar que se extendía a lo largo de la parte posterior de la casa y cuyos ventanales, que cubrían toda la pared, daban a un porche y al jardín de atrás, que bajaba en suave pendiente hasta un estanque. Era una cálida noche de septiembre y la fiesta se había ampliado del gran salón al porche y al jardín.

Al salir al porche, Ivy vio a Beth sentada en el columpio que había en uno de sus extremos, muy metida en conversación con dos animadoras. Las dos chicas hablaban emocionadas a la vez, y la cabeza de Beth se movía de un lado a otro, como si estuviera viendo un partido de tenis.

Por el rabillo del ojo, divisó a Will, sentado en los amplios escalones del porche junto a una chica de cabello cobrizo, la chica con quien estaba hacía seis semanas, cuando Ivy se había topado con él en el centro comercial. Ella sí que era sexi.

—Ojalá pudiera leer mentes —dijo Gregory rozando el brazo de Ivy con un vaso frío.

Parecía imposible salir de su sombra.

—¿Qué haces?, ¿echándole una maldición a esa chica?

Ivy meneó la cabeza.

—Sólo estaba pensando que, ya que hablábamos de chicas sexis, ésa desde luego lo es.

Gregory miró por un instante a la compañera de Will y se encogió de hombros.

—Algunas chicas parecen sexis por fuera, pero son un engaño. Otras te rechazan, se hacen de rogar, actúan como reinas de hielo —la miró con ojos risueños—, pero en realidad están calientes. —Se aproximó más a ella—. Realmente calientes —murmuró.

Ivy le dirigió una sonrisa inocente.

—Como Philip, siempre aprendo algo de ti.

Gregory se echó a reír.

—¿Has tomado algo? —le preguntó ofreciéndole con la mano izquierda un vaso de plástico.

—No tengo sed —replicó Ivy—. Gracias, de todos modos.

—Venga, lo he traído para ti. Te he visto ahí de pie, dándole un repaso a Will...

—No estaba dándole un repaso a Will —protestó ella.

—Vale, pues dándole un repaso a la pelirroja (se llama Samantha), y pensé que necesitabas algo para relajarte.

—Gracias —Ivy hizo ademán de coger el vaso que Gregory sostenía en la mano derecha.

¿Fueron imaginaciones suyas o Gregory lo apartó de ella? Ivy se había acordado de la advertencia de Lacey y no quería beber del vaso que él le ofrecía. Pero Gregory

insistió en que lo cogiera y ella acabó haciéndolo.

—Gracias. Te veo luego —le dijo despreocupadamente.

—¿Adónde vas?

—A darme una vuelta —respondió ella—. No me he puesto esta falda corta para nada.

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto que no. —Se rió a carcajadas como si Gregory hubiera dicho una tontería a propósito. Interiormente, estaba tan tensa que al respirar le dolía el estómago—. ¿Cómo puedo darles un repaso a los chicos si me acompañas?

Para su tranquilidad, Gregory no la siguió. Ivy tiró su refresco en el jardín en cuanto lo perdió de vista. Mientras circulaba por la fiesta, sonrió y escuchó a todo chico que pareciera necesitar un público, manteniéndose en todo momento lejos de Gregory. También revoloteó alrededor de Will, y no volvió a ver a ninguno de los dos hasta que Suzanne sopló las velas de su tarta de cumpleaños.

Cuando todos se hubieron reunido para cantar la canción y cortar el pastel, Suzanne quiso tener a Ivy a un lado y a Gregory al otro. La señora Goldstein, que se fiaba lo bastante de Suzanne como para observar la fiesta desde una ventana del piso de arriba —sin gafas, les dijo—, entró con el pastel y tomó lo que parecieron un centenar de fotos de Suzanne, Ivy y Gregory.

—Ahora, rodeadla ambos con el brazo —indicó la señora Goldstein.

Ivy deslizó su brazo en torno a la espalda de Suzanne.

—¡Preciosa! ¡Estáis todos guapísimos! *Flash*.

»Dejadme que saque otra —dijo la señora Goldstein, sacudió la cámara y le dijo algo a ésta en voz baja—. No os mováis.

No se movieron, no por delante, pero tras la espalda de Suzanne, Gregory comenzó a recorrer el brazo de Ivy con el dedo, arriba y abajo. Luego empleó dos dedos, tocándola con un movimiento lento y acariciador. A Ivy le entraron ganas de gritar. Deseaba quitárselo de encima de un bofetón.

—Sonreíd —dijo la señora Goldstein. *Flash*.

»Una más, Ivy...

La muchacha forzó una sonrisa. *Flash*.

Ivy intentó no desprenderse de Gregory demasiado a prisa. Recordó el sueño de Philip acerca del tren —la serpiente de plata— que quería engullirla. «No deja de observarte —había dicho Philip—, y huele cuando tienes miedo».

Suzanne comenzó a cortar la tarta, e Ivy la repartió. Cuando le ofreció un pedazo a Gregory, éste le tocó suavemente la muñeca y no lo cogió hasta que ella lo miró a los ojos.

Will era el siguiente en la fila.

—No hay forma de que nos encontremos —le dijo a Ivy.

Ella estuvo a punto de decirle que cogiera dos platos y que se reuniera con ella junto al estanque al cabo de diez minutos, pero entonces vio a Samantha justo detrás de él.

—Es una gran fiesta —repuso.

Quince minutos después, Ivy estaba sentada sola en un banco a unos seis metros del estanque, comiéndose su pastel y observando a *Peppermint*, la lulu de Pomerania de Suzanne. Esa noche, la perrita, que por lo general llevaba el pelo bien lavado con champú y acondicionador y que no salía al exterior si no era con correa, se había escapado y estaba la mar de feliz cavando agujeros en la orilla llena de barro. Luego se metió en el estanque y se puso a nadar estilo perro.

Algunos chicos y chicas que se hallaban junto al estanque la llamaron, intentando hacer que fuera a buscar palos, pero *Peppermint* era tan tozuda como su dueña. Entonces, Ivy la llamó con suavidad. Se dio cuenta de su error cuando era ya demasiado tarde. *Peppermint* conocía a Ivy. A *Peppermint* le gustaba Ivy. A *Peppermint* le gustaba el pastel. Se acercó corriendo con sus cortas patitas, dio un salto, voló hacia el regazo de la muchacha y trepó el resto del camino con sus patas traseras llenas de barro. Colocó sus sucias patas anteriores en el pecho de Ivy con el fin de poder mantenerse erguida y lamerle la cara, se dejó caer en su regazo y se sacudió el grueso pelaje empapado de agua.

—¡Eh! ¡Pep! —Ivy se enjugó la cara y se sacudió su propia melena. La perra vio su oportunidad y engulló el resto del pastel de Ivy—. ¡Pep, serás cochina!

Ivy oyó unas carcajadas a su lado. Will se dejó caer en el banco junto a ella.

—Siento que la señora Goldstein no estuviera aquí con su cámara —dijo.

—Y yo siento que no llamarás tú a *Peppermint* primero —replicó Ivy.

Will no podía parar de reír.

—Traeré unas toallas para vosotras dos —farfulló.

Procedió con rapidez y volvió con un montón de trapos húmedos y secos. Sentado en el banco junto a Ivy, Will limpió a la perra mientras ella intentaba infructuosamente quitarse el barro de la falda y de la camiseta.

—Tal vez simplemente deberíamos tirarte al estanque y dejarlo todo del mismo color —propuso Will.

—Gran idea. ¿Por qué no me haces el favor de ir a ver si es muy profundo?

Él le sonrió y, acto seguido, le acercó un trapo sin usar a la cara y le limpió la mejilla, cerca de la oreja.

—También tienes en el pelo —señaló.

Ivy notó que Will tiraba con suavidad de su cabello con los dedos, intentando quitar el barro. Se mantuvo inmóvil. Cuando él soltó sus guedejas, algo flotó hacia arriba en su interior, deseando que volviera a tocarla.

Ivy se miró la falda y atacó ferozmente una mancha de barro. Entonces, Will dejó

a *Peppermint* en el suelo entre los dos. La perra, ya limpia, lo miró meneando el rabo.

—Apuesto a que a los dos os encantaría ser una cachorrita como yo.

Ivy y Will se volvieron al mismo tiempo y se inclinaron hacia la perra entrechocando las cabezas.

—¡Ah!

Will se echó a reír de nuevo.

Se miraron a los ojos, riéndose de sí mismos, y no vieron si la boca de *Peppermint* se movía cuando el animal habló por segunda vez.

—Si Will fuera una cachorrita como yo, podría saltar a los brazos de Ivy.

Ivy creyó reconocer la voz y miró a su alrededor buscando un resplandor morado sospechoso.

—Podrías descansar la cabeza en el regazo de Ivy mientras ella te acaricia. Sé que eso es lo que te gusta.

Ivy, azorada, miró a Will con disimulo, pero él no parecía en absoluto avergonzado. Estaba mirando a la perra con la boca curvada hacia arriba en una leve sonrisa.

—Puedes poner palabras en boca de un perro, ángel —declaró—, pero no en la mía.

—¡No eres nada divertido! Aunque tengas un culo bonito —añadió Lacey.

—Creí que era un culo *estupendo* —repuso Will.

Lacey se echó a reír. Entonces, Ivy la localizó, justo detrás de ellos. Al parecer, podía proyectar la voz. Ahora el suave brillo morado se colocó frente a ellos.

—Se llama Lacey —informó Ivy a Will.

—Me habéis decepcionado los dos —señaló Lacey—. No hago más que esperar a que os decidáis, pero vosotros os andáis con pies de plomo. Como idilio, os doy un cero. Voy a pasar un rato con los chicos junto al estanque.

Will se encogió de hombros.

—Diviértete.

—Algo me dice que *Peppermint* no será el único que se dé un baño esta noche —observó Ivy en voz baja.

La neblina morada se deslizó hasta ellos.

—Es asombroso lo mucho que se parecen nuestros pensamientos, chavalita —dijo Lacey—. Pero lo cierto es que Tristan aún está inmerso en la oscuridad, así que esta noche probablemente me portaré como es debido. Si no está él para llamarme la atención, no es igual de divertido.

Ivy sonrió ligeramente.

—¿Ves?, yo también lo echo de menos —manifestó Lacey. Por un instante, a Ivy su voz le pareció distinta, femenina e ilusionada. Luego volvió a hablar en tono teatral—: Vaya, ahí viene. Cuidado, unos tres metros detrás de ti, chavala con C

mayúscula. Me voy, chicos y chicas.

Pero Lacey no se marchó en seguida.

—¡Mami, he estado nadando! ¡Lo he pasado muy bien! —dijo *Peppermint* en voz lo bastante alta como para que Ivy lo oyera.

El resplandor morado desapareció justo cuando Suzanne llegaba frente al banco.

—¡*Pep!* ¡Oh, *Pep!* —Notó que la perra tenía el pelo mojado—. Qué chica tan mala. Voy a meterte en tu caseta.

Entonces se percató de la falda y la camiseta manchadas de barro de su amiga.

—¡Ivy!

—¿Vas a meterme también a mí en la caseta? —le preguntó ella. Will soltó una risa.

Suzanne sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho. ¡¡Chica mala!!

*Peppermint* bajó la cabeza arrepentida, hasta que Suzanne se volvió hacia Ivy. Entonces la levantó y volvió a menear la cola.

—Es culpa mía —declaró Ivy—. Llamé a *Peppermint* mientras estaba nadando. No tiene importancia. Lo único que necesito es un poco de jabón.

—Iré a buscártelo —dijo Suzanne.

—No. Tranquila —repuso Ivy, sonriendo—. Ya sé dónde está —se puso en pie.

—Si quieres poner tu ropa a lavar —sugirió Suzanne—, ponte algo mío. Ya sabes cuál es la ropa limpia.

—Todo lo que no esté por el suelo —dijeron las dos a la vez, y rieron.

Ivy echó a andar hacia la casa y oyó que Suzanne le preguntaba a Will cómo había hecho aquella voz de perro. Aún sonreía para sí cuando entró en la casa. A continuación avanzó rápidamente por el pasillo buscando a Gregory, con la esperanza de que no la hubiera visto dirigirse al piso de arriba.

Se relajó al llegar a la habitación de Suzanne, una habitación en la que había pasado un sinfín de horas, cotilleando, leyendo revistas, probándose maquillaje. En la gran habitación cuadrada había muebles de madera oscura barnizada y estaba alfombrada de pared a pared con una mullida moqueta de un blanco puro. Suzanne e Ivy siempre bromeaban diciendo que la mejor manera de mantener la moqueta limpia era caminando sobre su ropa. Pero ese día Ivy se quitó los zapatos. La habitación estaba en perfecto orden, con el cubrecama de seda verde sin una arruga y tan sólo una vaporosa blusa en el suelo. Se quitó la camiseta manchada, se puso la blusa sin abotonarla y se dirigió al baño de Suzanne.

El jabón funcionó de maravilla con su camiseta de punto. Escurrió la prenda en una toalla y la colgó en una percha. Tras instalar el secador de pelo tal como se lo había visto hacer a Suzanne, lo puso en marcha para secar la camiseta mientras lavaba la falda. Ivy estaba de pie cerca del lavabo, sosteniendo en alto su pálida falda

vaquera y frotándola con fuerza cuando sintió el aire caliente en su espalda y notó que la blusa se hinchaba despegándosele del cuerpo. Levantó rápidamente la vista.

En el espejo, vio a Gregory apuntándola con el secador y riendo.

Ivy se envolvió en la blusa abierta como si fuera un abrigo.

—Lo que necesita secarse es mi camiseta, no yo —espetó.

Él se echó a reír, apagó el secador con un movimiento rápido y lo soltó, dejándolo balancearse colgando de su cordón.

—Estoy perdiendo la paciencia —dijo Gregory.

Ivy lo miró con unos ojos como platos.

—Me estoy cansando de perseguirte —añadió él.

Ella se mordió el labio.

—No sé por qué sigues intentándolo.

Gregory echó la cabeza hacia atrás, estudiándola como si estuviera tomando una decisión de algún tipo. Se aproximó más a ella. Su aliento olía a alcohol.

—Mentirosa —le susurró al oído—. Todos los chicos que hay ahí afuera te perseguirían si creyeran tener la más mínima posibilidad.

La cabeza de Ivy volaba. ¿Cuánto había bebido Gregory? ¿A qué estaba jugando?

Sus brazos la rodearon. Ivy luchó contra el pánico que crecía en su interior. No podía escapar de él, así que lo rodeó ligeramente con los brazos, intentando arrastrarlo fuera de aquel baño aislado. Había dejado abierta la puerta del dormitorio, y si lograba llegar a donde pudieran verlos y oírlos...

Él la acompañó al dormitorio sin resistirse. Entonces, Ivy observó que ahora la puerta que daba al pasillo estaba cerrada. Gregory comenzó a empujarla hacia la cama.

«No puede matarme, aquí no —pensó Ivy mientras él la empujaba hacia atrás—. Sería demasiado fácil seguirle la pista. —Retrocedió un paso más—. Sus huellas dactilares están en el secador de pelo y en la puerta —se recordó retrocediendo una y otra vez—. Y alguien podría entrar en cualquier momento». Él se movía con ella, tan cerca que no podía verle la cara.

Ivy cayó sobre la cama y lo miró. Los ojos de Gregory eran ahora como carbones grises encendidos. Tenía las mejillas muy coloradas. «Es demasiado listo para sacar una pistola —pensó ella—. Me empujará una píldora garganta abajo».

Gregory estaba encima de ella. Ivy forcejeó contra él. Él se rió de sus esfuerzos mientras ella se retorció bajo su cuerpo y luego gimió suavemente.

—Te quiero —murmuró.

Ivy se quedó inmóvil, y él levantó la cabeza mirándola, con una extraña luz ardiendo en sus ojos.

—Te deseo. Te deseo desde hace mucho tiempo.

¿Se trataba tal vez de una broma del mal gusto?



—Sabes cosas sobre mí —dijo Gregory en voz baja—, pero estás enamorada de mí, ¿no es así, Ivy? Nunca harías nada que me perjudicara.

¿Tan grande era su ego? ¿Tan loco estaba? «No —pensó—, me está haciendo una advertencia».

Él le puso la mano en el cuello. Le acarició el cuello con el pulgar, luego le apretó con él el pulso. Una sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Qué te dije? Te estás poniendo caliente y ansiosa —observó.

Retiró la mano de su cuello y resiguió despacio el borde de su camisa sin abrochar. Mientras lo hacía, a Ivy se le pusieron los pelos de punta.

—Carne de gallina. —Parecía complacido—. Si dentro de un mes no se te pone la carne de gallina cuando te toque, si no te pones caliente cuando nos besamos, sabré que no sientes lo mismo que ahora.

¡Estaba realmente convencido!

—Y sería una pena —señaló sin dejar de trazar el escote de su camisa con el dedo—. Entonces tendría que pensar qué hacer contigo. —Apoyó su peso sobre ella y presionó su boca contra la suya.

«Síguele el juego —pensó Ivy—. Juega para seguir con vida. Ángeles, ¿dónde estáis? —Correspondió a su beso, aunque todo en su interior se revolvía en señal de protesta. Volvió a besarlo—. ¡Oh, ángeles, ayudadme!».

Los besos de Gregory se volvían más apasionados, más insistentes cada vez. Ivy le dio entonces un empujón pillándolo por sorpresa y, tras apartarlo, rodó fuera de la cama. No pudo contenerse y vomitó en la moqueta.

Cuando dejó de devolver, se volvió a mirar a Gregory, limpiándose la boca con una mano, sujetándose en una silla con la otra para estabilizarse. Vio que la expresión de su rostro era completamente distinta. Ahora Gregory lo sabía. Se había corrido el velo e Ivy no podía seguir fingiendo. Gregory había visto exactamente lo que pensaba de él. Sus ojos reflejaban lo que ahora él pensaba de ella.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, la puerta del dormitorio se abrió de par en par. Suzanne apareció en el umbral.

—Observé que no estabais ninguno de los dos —comenzó, y lanzó una ojeada más allá de ellos, a la cama deshecha. Luego miró el desastre que había en el suelo—. ¡Oh, Dios mío!

Gregory fue a por ella.

—Ivy ha bebido demasiado —declaró.

—No es cierto. ¡No he tomado nada! —se apresuró a decir ella.

—No tolera el alcohol —prosiguió él avanzando hacia Suzanne, tendiéndole la mano.

Ivy avanzó con él.

—Suzanne, por favor, escúchame.

—Estaba preocupado por ella y...

—Acabo de hablar contigo —le recordó Ivy a Suzanne—. Acabo de hablar contigo..., ¿te he dado la impresión de estar borracha?

Pero Suzanne la miró sin comprender.

—¡Contéstame! —exigió Ivy.

La mirada ausente en los ojos de Suzanne la asustó. La mente de su amiga ya se había envenenado con lo que había visto.

—Bonita blusa —observó Suzanne—. ¿No encontrabas los botones?

Ivy agarró la blusa y la cerró sobre su cuerpo.

—Subí a ver si estaba bien —prosiguió Gregory—, y ella, ya sabes... —Hizo una pausa, como si se sintiera avergonzado—. Se me echó encima. Supongo que en realidad no te sorprende.

—No, no me sorprende —replicó Suzanne con voz fría y distante.

—Suzanne —rogó Ivy—. Escúchame. Hemos sido amigas todo este tiempo y tú confiabas en mí...

—Esta vez iba lanzada —señaló Gregory. Frunció el ceño—. Supongo que ha sido la bebida.

«¿Esta vez?», pensó Ivy.

—Te lo juro, Suzanne, ¡está mintiendo!

—¿Lo has besado? —inquirió Suzanne con voz temblorosa—. ¿Lo has hecho? —Volvió a mirar a la cama en desorden.

—¡Él me ha besado a mí!

—¿Qué clase de amiga eres? —gritó Suzanne—. Tú y yo sabemos que has ido detrás de Gregory desde que murió Tristan.

—Pero si él ha ido detrás de mí desde... —Ivy vio que Gregory la miraba por el raballo del ojo y no terminó la frase.

Sabía que había perdido la batalla.

Suzanne temblaba tanto que apenas si podía articular las palabras.

—Márchate —dijo en voz baja y ronca—. Vete de aquí, Ivy. Y no vuelvas nunca más.

—Voy a limpiar...

—¡Lárgate! ¡Lárgate de una vez! —chilló Suzanne.

No había nada que hacer. Ivy dejó a su amiga llorando aferrada a Gregory.

Ivy no pensó en cómo iba a regresar a casa. Se metió en un aseo que había al final del pasillo y se lavó la boca con pasta de dientes. Después de abrocharse y remeterse la blusa, bajó precipitadamente la escalera, cogió su bolso y salió corriendo de la casa.

Luchó por contener las lágrimas. No quería que después le contaran a Gregory lo disgustada que estaba. Las palabras de Philip volvieron a su mente una vez más: «Huele cuando tienes miedo».

Ahora estaba aterrorizada, tanto por ella como por sus amigos. Podían tropezarse en cualquier momento con uno de los secretos de Gregory. Y su ego era lo bastante grande, estaba lo bastante loco como para asumir que podía salirse con la suya silenciando a Will y a Beth además de a ella.

Ivy anduvo a buen paso por la cuneta de Lantern Road. Las casas del barrio de Suzanne estaban muy separadas y no había aceras. Había otro oscuro kilómetro y medio hasta el cruce y otros tres hasta la ciudad. La única luz era una pálida luna amarilla.

—Ángeles, no me abandonéis —rogó Ivy.

Había recorrido aproximadamente quinientos metros cuando los faros de un coche cayeron sobre ella. Se apartó de la carretera con rapidez y se escondió entre unos arbustos. El coche avanzó diez metros más y frenó con un chirrido. Ivy se esforzó por penetrar más en la maleza. De repente el conductor apagó las luces y pudo ver la forma del vehículo a la luz de la luna: un Honda. El coche de Will.

Él se bajó y miró a su alrededor.

—¿Ivy?

Quiso salir corriendo de entre los arbustos y echarse en sus brazos, pero se refrenó.

—Ivy, si estas ahí, dímelo. Dime que estás bien.

Ella pensó con rapidez, intentando discurrir qué podía decirle sin revelar toda la peligrosa verdad.

—Contéstame. ¿Estás bien? Lacey ha dicho que estabas en apuros. Dime si puedo ayudarte de algún modo.

Incluso bajo la pálida luz la expresión de preocupación de su rostro era visible. Deseaba pedirle ayuda y contárselo todo. Deseaba correr hasta él y sentir sus brazos alrededor de su cuerpo protegiéndola por un instante. Pero no podía hacerlo, por su bien..., sabía que no podía hacerlo. Le escocían los ojos. Parpadeó varias veces para despejarlos y salió a la carretera.

—Ivy —Will musitó su nombre.

—Me... me iba a casa —explicó ella.

Will dirigió una mirada a los arbustos que había tras ella.

—¿Tomando un atajo?

—A lo mejor podrías acompañarme —le dijo con una voz que era casi un susurro.

Él escudriñó su rostro por un momento y luego le abrió la portezuela del coche sin decir nada. Cuando la hubo vuelto a cerrar con llave, Ivy se apoyó en la puerta, sintiéndose segura. Estaría segura hasta que llegara a la casa de la colina.

Will se sentó tras el volante.

—¿De verdad quieres ir a casa? —inquirió.

Tendría que acabar yendo. Asintió, pero él no arrancó el motor.

—Ivy, ¿de quién tienes miedo?

Ella se encogió de hombros y se miró las manos.

—No lo sé.

Will se inclinó hacia ella y puso una mano sobre las suyas. Ivy le dio la vuelta y examinó las manchitas de pintura que el trapo empapado en aguarrás no había borrado. Podía imaginar las manos de Will con los ojos cerrados. La sensación de los dedos de él entrelazados con los suyos la hacía sentirse fuerte.

—Quiero ayudarte —terció Will—, pero no puedo hacerlo si no sé qué es lo que ocurre.

Ivy volvió la cara hacia otro lado.

—Tienes que decirme lo que pasa —insistió él.

—No puedo, Will.

—¿Qué pasó aquella noche en la estación? —preguntó.

Ella no contestó.

—Ahora debes de acordarte ya de algo. Debes de tener alguna idea de lo que viste. ¿Había alguien más? ¿Qué hizo que intentaras cruzar las vías?

Ella sacudió la cabeza y calló.

—Muy bien —dijo Will con voz resignada—. En tal caso, sólo tengo una pregunta más. ¿Estás enamorada de Gregory?

Eso pilló a Ivy desprevenida y volvió vertiginosamente la cabeza hacia él. Will la miró a los ojos, estudió su rostro.

—Es cuanto necesitaba saber —añadió en voz baja.

¿Qué había desvelado?, se preguntó Ivy. ¿Qué habían revelado sus ojos? ¿Que odiaba a Gregory? ¿O que estaba enamorándose de Will?

Le soltó la mano.

—Por favor, llévame a casa —le pidió, y él lo hizo.

—Y ahora —dijo una voz temblando de emoción—, volvemos al programa de hoy...  
«Por amor a Ivy».

Luego tarareó en voz alta —y bastante mal, pensó Tristan— la melodía de un culebrón.

También Will lo oyó. Miró a su alrededor, en el cuarto oscuro de la escuela, donde había estado trabajando solo, y distinguió el resplandor morado de Lacey.

—Otra vez tú —murmuró.

Como siempre, Tristan encontró que era muy fácil conectar sus pensamientos a los de Will. Se introdujo rápidamente en su interior para poder comunicarse tanto con él como con Lacey.

Will parpadeó.

—¿Tristan? —inquirió en voz alta.

—Sí —contestó él. La música del culebrón seguía sonando de fondo—. Desafinas, Lacey —indicó Tristan.

El canturreo cesó y el resplandor morado se aproximó a Will y a Tristan.

Will se escondió rápidamente un rollo de película a la espalda.

—¿Te importaría apartarte un poco, Lacey? Podrías exponer mis negativos.

—¡Usted perdone! —replicó ella—. Imagino que los dos héroes no me necesitáis aquí. Seguiré mi camino. —Hizo una pausa para darles tiempo a protestar. Al ver que ninguno de los dos abría la boca, añadió—: Pero antes de que me vaya, muchachos enamorados, dejad que os haga unas cuantas preguntas. ¿Quién sacó a Rip Van Winkle<sup>[5]</sup> de la oscuridad antes de que pasaran los próximos cien años? ¿Quién lo trajo a este cuarto oscuro?

—Te he estado llamando, Tristan —explicó Will—. Necesito tu ayuda.

—¿Quién hizo de ángel de la guarda en la fiesta de Suzanne? —prosiguió Lacey—. ¿Quién te avisó cuando Ivy estaba metida en un buen lío?

—¿Ivy estuvo en un lío? ¿Qué pasó? —preguntó Tristan.

—Dime, ¿quién está haciendo de secretaria de este penoso club de fans de Ivy?

—Cuéntame qué pasó —exigió Tristan—. ¿Ivy se encuentra bien?

—Sí y no —respondió Will, y le habló a Tristan del incidente de la fiesta, incluida la versión de lo sucedido de Gregory—. No sé qué sucedió realmente —dijo—. Alcancé a Ivy más tarde en la carretera. Estaba disgustada y no quiso contarme nada. El domingo trabajó y luego se fue directamente a casa de Beth. Hoy, en el instituto, sólo ha querido hablar con Beth, pero ni siquiera a ella ha querido contarle lo que pasó.

—Lacey, ¿tú viste algo? —inquirió Tristan.

—Lo siento. En aquellos momentos, yo estaba, eeh, haciendo vida social.

—¿Qué crees que estuvo haciendo? —preguntó Tristan.

—Tirando al estanque los zapatos de unos fans cinematográficos desagradecidos —repuso Will.

—¡Me refiero a Ivy! —espetó Tristan, pero estaba más disgustado consigo mismo

que con Will. Era la segunda vez que Will cuidaba de Ivy en su lugar.

—Te he estado llamando... —comenzó Will.

—Sin cesar —precisó Lacey—. Le dije que estabas sumido en la oscuridad. Sabía que el amor era ciego, pero imagino que también es sordo. Supongo que...

—Tienes que contarme algunas cosas, Tristan —la interrumpió Will—. Y tienes que hacerlo ahora. ¿Cómo puedo ayudar a Ivy si no sé lo que está pasando?

—Ya sabes suficiente —lo desafió Tristan—. Más de lo que admitiste delante de Ivy. —Se puso a rebuscar en la mente de Will, pero él lo rechazó con suavidad—. Sé que miraste dentro del sobre, Will —dijo Tristan—. Te estaba observando cuando sacaste la llave.

Will no pareció sorprendido ni arrepentido. Deslizó los negativos en un frasco.

—¿De dónde es la llave? —inquirió.

—Creí que tú lo habrías averiguado —replicó Tristan con la esperanza de que mordiera el anzuelo.

—No.

Tristan intentó de nuevo explorar los pensamientos de Will, silenciando por completo los suyos, moviéndose despacio y con precaución. Will lo estampó como a un jugador de hockey contra el muro de su mente.

—Venga, venga, vosotros dos, ¿qué pasa? —preguntó Lacey—. Te estoy viendo la cara, Will. Tienes la misma expresión de tozudez que se le pone a Tristan.

—Me está bloqueando —lo atacó Tristan.

—Como si tú no me hubieras hecho lo mismo —replicó Will acaloradamente—. Primero me mandas corriendo a lo alto de la colina a salvarle la vida a Ivy. Te dejo tomar el control. Acepto y hago sólo lo que tú me dices, y me encuentro a Ivy con una bolsa cubriéndole la cabeza. Gregory está allí con una disculpa extraña, pero tú no me dices ni una palabra de lo que ocurre.

Will dejó el frasco y se puso recorrer el cuartito, cogiendo y dejando filtros, rotuladores, cajas de papel.

—Haces que hable por ti. Haces que baile con ella y le haces advertencias y le dices que la quieres —la voz de Will tembló levemente—. Pero no me dices nada que me explique por qué está pasando todo esto.

«Ivy no me deja», pensó Tristan, pero sabía que ésa no era la única razón. Le molestaba necesitar a Will, y no le gustaba la manera en que él asumía ahora el mando.

—No me gusta este asunto del control mental —prosiguió Will, airado—. No me gusta que intentes leerme la mente. Si quieres saber algo, pregúntamelo.

—Lo que quiero saber es cómo voy a confiar en ti —dijo Tristan—. Tú eres amigo de Gregory...

—Vamos, ¡a ver si crecéis los dos de una vez! —los interrumpió Lacey—. No me

gusta el control mental. ¿Cómo voy a confiar en ti? —los imitó—. *Porrr favorrr*, no me aburráis con vuestras excusas. Ambos estáis enamorados de Ivy, y estáis celosos el uno del otro, y por eso no os contáis vuestros secretos y reñís como críos de guardería.

—¿Estás enamorado de ella, Will? —preguntó Tristan de inmediato.

Se dio cuenta de que Will estaba pensando, sintió que lo esquivaba.

Will volvió a coger el frasco con los negativos y se lo pasó de una mano a la otra.

—Estoy intentando hacer lo que es mejor para ella —respondió por fin.

—No has contestado a mi pregunta.

—No sé qué importancia tiene —discutió Will—. Tú estabas allí cuando bailé con ella. Oíste lo que Ivy me dijo. Ambos sabemos que nunca querrá a nadie como te quiere a ti.

—Ambos sabemos que tú esperas que no sea así —terció Tristan.

Will dejó el frasco sobre la mesa con un golpe.

—Tengo trabajo que hacer.

—Yo también —dijo Tristan, y se deslizó fuera de Will antes de que éste lo echara.

Sabía que algún día Ivy amaría a otra persona y que esa persona podría ser Will. Bueno, si tenía que dejarla en manos de Will, primero iba a tener que vigilarlo de cerca.

Mientras abandonaba la habitación, Tristan oyó la voz de culebrón de Lacey.

—Así, nuestros dos héroes se separan ciegos de amor —decía—, ignorando los consejos de la sabia y bella Lacey —canturreó un poquito—, quien, por cierto, está haciéndose con un corazón roto de su propiedad. Pero ¿a quién le importa Lacey? —preguntó en tono triste—. ¿A quién le importa Lacey?

Ivy estaba sentada a la mesa de la cocina examinando unos impresos legales que acababa de sacar de un sobre de papel manila: los documentos para la adopción de Philip. Al otro lado de la mesa, su hermano y el mejor amigo de éste, Sammy, hundían sus cucharas en un frasco de mantequilla de cacahuete.

Sammy era un crío bajito de aspecto gracioso, cuyo cabello se erguía tieso en su cabeza como si se tratara de una dura hierba roja. Ivy vio que la estaba observando. El chico le propinó un codazo a Philip.

—Pregúntaselo. Pregúntaselo.

—¿Que me pregunte qué?

—Sammy quiere conocer a Tristan —repuso Philip—. Pero no logro hacer que venga. ¿Tú sabes dónde está?

Ivy miró instintivamente por encima de su hombro, pero Philip la tranquilizó.

—No hay peligro. Mamá está arriba, y a Gregory ahora le gusta que le cuente cosas de ángeles.

—¿Ah, sí? —se extrañó Ivy.

Philip asintió.

—Deseo muchísimo ver un ángel —manifestó Sammy sacando una cámara de fotos de su mugrienta mochila.

Ivy sonrió.

—Creo que ahora Tristan está descansando —dijo, y se volvió hacia su hermano—. ¿De qué cosas sobre los ángeles habéis estado hablando Gregory y tú?

—Me preguntó sobre Tristan.

—¿Qué quería saber exactamente? —inquirió ella.

Sospechaba que Gregory no podría dejar de pensar en el incidente del tren. Al fin y al cabo, Philip no podía haber llegado tan rápidamente a la estación sin ayuda de alguien. ¿Tenía Gregory idea de que se enfrentaba a algo superior a ella, superior a un simple ser humano?

—Me preguntó qué aspecto tenía Tristan —le explicó Philip—. Y cómo sé cuándo está presente.

—Y cómo hacer que venga —intervino Sammy—. Me acuerdo, lo preguntó.

—Quería saber si tú hablabas con Tristan alguna vez —añadió Philip.

Ivy golpeó el sobre de papel manila contra la mesa.

—¿Cuándo hablasteis de todo eso?

—Anoche —le contestó su hermano—, cuando estábamos jugando en la casa del árbol.



Ivy frunció el ceño. No le gustaba la idea de que Gregory jugara con Philip en la casa del árbol, donde en verano ya se había producido un accidente.

Miró los impresos de adopción. Andrew no le había mencionado a Gregory que estaba a punto de convertir a Philip en su hijo legítimo. Ivy se preguntó si Andrew tenía los mismos temores que ella.

—¿Cuándo terminará Tristan la siesta? —quiso saber Sammy.

—No lo sé con exactitud —respondió Ivy.

—Tengo una linterna, por si lo veo por la noche —comentó él.

—Buena idea —repuso Ivy con una sonrisa.

Luego observó cómo los dos chiquillos lamían los últimos vestigios de mantequilla de cacahuete de sus cucharas y salían corriendo de la cocina.

Desde el sábado por la noche, también ella había intentado ponerse en contacto con Tristan. En el instituto circulaban rumores sobre la fiesta. Gregory y ella habían conseguido evitarse en los pasillos. También Suzanne y ella, pero mientras que Gregory pasaba impasible a su lado, Suzanne no dejaba de hacerle desplantes. Su enfado con Ivy era evidente para todos.

Ivy se sintió muy aliviada cuando supo por Beth que, esa tarde, Gregory y Suzanne iban a ir al partido de fútbol. Después de haber dormido poco las dos noches anteriores, por fin podría descansar sabiendo que Gregory no iba a saltarle encima. A pesar de que ahora cerraba con pestillo la puerta de su habitación, nunca se sentía realmente segura.

Deslizó el sobre y los impresos entre su montón de libros y estaba a punto de subir al piso de arriba cuando oyó un coche detenerse detrás de la casa. Parecía el BMW de Gregory. Su primer impulso fue correr a su habitación, pero no quería que él pensara que le tenía miedo. Volvió a sentarse abajo, abrió el periódico y se encorvó sobre la mesa fingiendo leer. La puerta de la cocina se abrió de par en par e Ivy percibió inmediatamente el olor.

—Suzanne.

Suzanne le respondió con una mirada hostil.

—Hola —saludó Gregory. El tono de su voz no era ni cálido ni frío, y su rostro estaba inexpresivo, aunque listo para sonreír de inmediato si alguien más entraba en la cocina.

Suzanne siguió mirando a Ivy con un mohín en los labios.

—Qué sorpresa —terció Ivy—. Beth ha dicho que ibais a ir al partido de fútbol.

—Suzanne estaba aburrida y yo tenía que recoger una cosa —repuso Gregory. Le volvió la espalda a Ivy, metió la mano en el armario y sacó una copa alta de cobre—. ¿Podrías ponerle algo de beber? —preguntó tendiéndole la copa a Ivy.

—Claro.

Gregory salió rápidamente de la cocina.

Ivy miró si había botellas de refresco en la nevera.

—Lo siento, frías no hay —le dijo a Suzanne.

Su amiga permaneció en silencio.

«Excepto tú», se dijo Ivy, y se agachó a coger una botella de debajo del mostrador. Se preguntó por qué Gregory las dejaba a solas para que hablaran. Quizá estuviera al otro lado de la puerta de la cocina, esperando para oír lo que decían. Tal vez se tratara de una prueba para ver si le decía a Suzanne lo que sabía de él.

—¿Cómo estás? —inquirió Ivy.

—Bien.

Una sola palabra como respuesta, pero era un comienzo. Ivy echó unos cuantos cubitos en el refresco y se lo tendió a Suzanne.

—En el instituto, muchos chicos hablaban de tu fiesta. Todo el mundo lo pasó bien.

—En el piso de abajo y también en el de arriba —repuso Suzanne.

Ivy se quedó callada.

—¿Tuviste mucha resaca? —preguntó su amiga.

—No tuve resaca.

—Ah, tienes razón, te deshiciste de todo el alcohol que tenías dentro.

Ivy se mordió el labio.

—El sábado por la noche no pude dormir en mi habitación —la informó Suzanne, y anduvo por la cocina haciendo girar la bebida que tenía en el vaso.

—Lo siento, Suzanne, de verdad. Pero lo cierto es que no tomé nada —dijo Ivy con firmeza.

—Quiero creerte —los labios de Suzanne temblaban—. Quiero que Gregory y tú me digáis que todo fue un sueño.

—Sabes que él no lo hará. Ni yo tampoco.

Suzanne asintió y agachó la cabeza.

—Ya sé que todo el mundo llora cuando corta con un chico. Pero nunca pensé que sacaría los pañuelos de papel por haber roto contigo.

—Me conoces desde hace más tiempo que a cualquiera de tus chicos —replicó Ivy con rapidez—. Has confiado en mí durante diez años. Y ahora un chico va y dice una cosa y no me crees.

—¡Lo vi con mis propios ojos!

—¿Qué viste? —casi gritó Ivy—. Viste lo que él quería que vieras, lo que él te dijo que vieras. ¿Cómo puedo convencerte de que...?

—Puedes dejar de tontear con mi novio, ¡así podrás convencerme! ¡Puedes mantener tus manitas calientes donde corresponde! —Suzanne tomó un largo sorbo de su bebida—. Estás haciendo el ridículo, Ivy, y lo estás haciendo a mis expensas.

—Suzanne, ¿por qué no puedes admitir que al menos cabe la posibilidad de que

Gregory se me echara encima?

—Mentirosa —espetó Suzanne—. Nunca volveré a confiar en ti. —Tomó otro trago de refresco, dejando una marca de lápiz de labios en el brillante metal—. Te lo advertí, Ivy. Pero no me escuchaste. No te importó lo bastante.

—Me importas más de lo que crees —replicó Ivy avanzando un paso hacia ella. Suzanne se dio media vuelta.

—Dile a Gregory que estoy en el jardín —dijo mientras salía por la puerta de la cocina.

Ivy dejó que su amiga se marchara. «Es inútil —pensó—. Ha envenenado la mente de Suzanne». Conteniendo las lágrimas, salió corriendo de la cocina en dirección a la escalera. Se cruzó precipitadamente con Gregory y pasó de largo. No se molestó en decirle que Suzanne se había ido. Estaba segura de que había estado escuchando cada palabra.

No se detuvo a cobrar aliento hasta que llegó a la sala de música. Cerró la puerta de golpe tras de sí y se apoyó contra ella. «Mantén la calma, mantén la calma», se dijo.

Pero no podía dejar de temblar. Había perdido toda esperanza de ganarle la partida a Gregory. Necesitaba ayuda, necesitaba que alguien le asegurara que las cosas se arreglarían. Recordó el día en que Will la había llevado a la estación del tren, cómo había creído en ella y le había dado la confianza que necesitaba para creer en sí misma.

—Iré a buscar a Will —declaró en voz alta. Acto seguido se volvió hacia la puerta y se quedó sorprendida al ver la brillante luz dorada—. ¡Tristan!

Su luz la rodeó.

—Sí, Tristan —dijo él, ahora dentro de ella.

—¿Estás bien? ¿Dónde has estado? —preguntó Ivy mentalmente—. Esta vez has estado ausente mucho tiempo. Han pasado muchas cosas desde que te sumiste en la oscuridad.

—Lo sé —replicó Tristan—. Will y Lacey me han puesto al día.

—¿Te contaron lo de Suzanne? Piensa que..., cree todo lo que Gregory dice, y ahora me odia, ella... —El río de lágrimas era incontrolable.

—Chsss, Ivy. Sé lo de Suzanne —dijo Tristan—. Y lo siento, pero ahora tienes que olvidarte de ella. Hay cosas mucho más import...

—¿Olvidarme de ella? —Sus lágrimas eran ahora de rabia, e Ivy habló en voz alta—: ¡Gregory quiere hacerme daño de todas las maneras posibles!

—Ivy, no hables en voz alta —le recordó Tristan—. Sé que es duro para ti...

—¡No lo sabes! Tú no entiendes cómo me siento —replicó ella sentándose frente al piano. Recorrió bruscamente el teclado con un dedo.

—Escúchame, Ivy. He descubierto algo que es necesario que sepas.

—No puedo seguir perdiendo a la gente —se lamentó ella.

—Hay una cosa de la que quiero hablarte —insistió Tristan.

—Primero te perdí a ti, ahora a Suzanne, y...

—Will —dijo él.

—¿Will? —El tono de la voz de Tristan, grave y firme, la alarmó—. ¿Qué pasa con Will? —inquirió cruzando los brazos.

—No puedes confiar en él.

—Pero confío en él —replicó Ivy, resuelta a no dejarse convencer de lo contrario.

—Vengo de registrar su casa —le dijo Tristan.

—¿Registrar?

—Y encontré unas cuantas cosas interesantes —añadió él.

—¿Como qué? —preguntó Ivy.

—Libros sobre ángeles. La silueta de la llave de Caroline.

—Bueno, ¿qué esperabas? —inquirió ella—. Por supuesto que ha leído sobre los ángeles. Está intentando comprender exactamente qué eres y por qué has vuelto. Y ya sabemos que fue lo bastante curioso como para mirar en el sobre que contenía la llave. Yo habría hecho lo mismo en su lugar —añadió, a la defensiva.

—Había también una copia del relato de Beth —prosiguió Tristan—. Ese sobre la mujer que se suicidó, el que recitó para vuestra tarea del club de teatro el mes antes de que Caroline muriera. ¿Lo recuerdas?

Ivy asintió despacio.

—La mujer hizo pedazos unas fotografías de su amante y su nueva novia y los dejó como nota explicativa cuando se disparó un tiro.

—Exactamente igual que Caroline presuntamente rompió unas fotos de Andrew y de tu madre —señaló Tristan.

Ivy había pensado ya con anterioridad en las similitudes entre el relato de Beth y la escena que la policía había encontrado en casa de Caroline. Había supuesto que era otro ejemplo de la misteriosa manera en que Beth predecía los acontecimientos, pero ahora se daba cuenta de que Gregory podía haber tomado la idea de Beth.

—Y hay un recorte de la historia de la chica de Ridgefield —continuó Tristan—. Esa a la que atacaron justo después de que te atacaron a ti, exactamente del mismo modo. Funcionó, ¿verdad? El estilo del ataque convenció a todos de que era parte de una serie de delitos cometidos por alguien que no te conocía.

Ivy dejó caer la cabeza entre las manos, pensando en la muchacha.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —preguntó por fin—. ¿Que Will ha averiguado mucho más de lo que creíamos? Me alegro. Yo quería protegerlo, pero ahora no hay motivo para ocultarle nada.

—Sí hay un motivo —replicó Tristan con rapidez—. Will tiene otra cosa más: la chaqueta y la gorra.

Ivy se incorporó de golpe. ¿Cómo había conseguido las prendas? ¿Sabía que eran una prueba importante? ¿Por qué no se lo había dicho?

—Oh, sí, sabe que son importantes —respondió Tristan a sus pensamientos—. Estaban cuidadosamente envueltos en bolsas de plástico y escondidos con todo lo demás.

—Pero yo nunca le dije lo que vi. Nunca le dije qué fue lo que me incitó a cruzar las vías, y esa historia nunca se dio a conocer a la prensa.

—Entonces, o bien está implicado...

—¡No! —exclamó Ivy.

—O lo ha averiguado de algún modo. Quizá Eric le contara algo. En cualquier caso, sabe mucho más de lo que nos dice a ti o a mí.

Ivy recordó aquel día en la estación, cuando habían pillado a Eric registrando la zanja de drenaje junto a la carretera. Will debía de haber encontrado ya la gorra y la chaqueta. Estaba fingiendo delante de Eric... y de ella.

Se puso abruptamente en pie, empujando hacia atrás la banqueta del piano.

—¿Ivy?

Ella apartó mentalmente a Tristan y se aproximó a la ventana. Se dejó caer de rodillas y apoyó los brazos y la barbilla en el alféizar.

—Ivy, háblame. No me eches.

—Sólo está intentando ayudarnos —afirmó ella—. Estoy segura de que no es más que eso.

—¿Cómo puede estar ayudándonos cuando nos está ocultando cosas?

—Porque piensa que eso es lo mejor —replicó, a pesar de que sabía que no tenía sentido—. Lo conozco. Confío en él.

—Suzanne confía en Gregory —señaló Tristan.

—¡No es lo mismo! —chilló Ivy, arrojando definitivamente a Tristan fuera de su mente—. ¡No es lo mismo!

Había chillado en voz alta, y, por unos instantes, creyó haber oído su propia voz retumbar en la habitación. Luego se dio cuenta de que los gritos venían de abajo. Suzanne estaba gritando. Ivy oyó la voz de Gregory superponiéndose a la de su amiga. Corrió a su dormitorio y cruzó a toda prisa el rellano del segundo piso hasta la escalera de servicio. Suzanne subía corriendo los estrechos peldaños con su larga cabellera negra ondeando tras ella, la tez pálida y brillante de sudor. Aferraba la copa en la que Ivy le había servido el refresco.

Gregory corría tras ella.

—Suzanne —decía—, al menos dale a Ivy la oportunidad de explicarse.

Suzanne echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír con desenfreno, tanto, que a punto estuvo de caerse de espaldas escaleras abajo. Cuando miró a Ivy, ésta supo que algo horrible había sucedido.

—No puedo esperar —replicó Suzanne—. No puedo esperar a ver qué explicación da esta vez.

Suzanne le presentó bruscamente el refresco a Ivy, obligándola a coger la copa en sus manos. A continuación abrió el puño izquierdo. En la palma mojada de la mano de su amiga, Ivy vio un comprimido redondo de color naranja. Miró rápidamente a Gregory y de nuevo la pastilla.

—¿Qué es esto? —le preguntó Suzanne—. Dime, ¿qué es lo que he encontrado en mi bebida?

—Parece una vitamina —respondió Ivy con cautela.

—¡Una vitamina! —Suzanne soltó una carcajada histérica, pero Ivy vio las lágrimas en los ojos de su amiga—. Ésta sí que es buena —farfulló Suzanne—. Una vitamina. ¿Qué pretendías, Ivy? ¿Mandarme a hacer un bonito viaje como el de Eric? Estás loca. Eres una jodida bruja loca y celosa. —Dejó caer el comprimido naranja en el refresco—. Ya está, volvamos a echar la vitamina. Ahora te lo bebes, te lo bebes todo.

Ivy miró la copa color cobre. Sabía que Gregory le había tendido una trampa, e imaginaba que era inofensiva, pero no podía arriesgarse.

—Trágate la —ordenó Suzanne mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro—. Trágate la vitamina.

Ivy cubrió con la mano la parte superior de la copa y meneó la cabeza. Vio que a Suzanne le temblaba la boca.

Su amiga se dio la vuelta, se cobijó bajo los brazos de Gregory y corrió al primer piso. Él la siguió. Ivy se desplomó en la escalera y hundió la cabeza entre las rodillas. No intentó ocultar las lágrimas, aunque sabía que Gregory se había detenido a mirar por encima del hombro, disfrutando de la escena.

Tristan pensó que advertir a Ivy acerca de Will le haría bien. Al fin y al cabo, sus sospechas eran ciertas. Will no admitía todo lo que sabía, y no les decía cómo había llegado a saberlo. Ahora, Ivy sólo podía confiar en Tristan. Debería haberse sentido inteligente y victorioso, por lo menos satisfecho. Pero no era así. Por mucho que se quisieran y se necesitaran el uno al otro, Ivy y él estaban en las orillas opuestas de un río infranqueable.

El lunes por la tarde, el mundo le pareció más gris, más frío. Permaneció en el exterior de la casa de Caroline y sintió acercarse el otoño como una criatura sin hogar. Cuando se introdujo en el edificio a través de las paredes tuvo la impresión de ser un intruso, un aparecido, no un ángel que ayudaba a las personas a las que amaba. Deseaba estar con Ivy, pero no se atrevía a ir a ella ahora. Sabía que la información sobre Will la había herido e irritado. Ahora que se lo había contado, ¿qué podía hacer para mejorar las cosas?

—¿Tristan?

Se volvió, sorprendido.

—¿Tristan?

Deseaba tanto oír la voz de Ivy que creyó haberla oído realmente.

—¿Estás ahí dentro? Ábreme.

Corrió hacia la puerta, concentrándose rápidamente en materializar sus dedos. Pero éstos no hicieron más que resbalar sobre el cerrojo mientras él luchaba por abrirlo. Se preguntó si a Ivy le parecería extraño cuando la puerta de la oscura casa se movió lentamente sobre sus goznes.

Ella entró y se detuvo justo en el rectángulo de luz lunar que arrojaba la puerta abierta. Su cabello brillaba bajo la luz plateada y su piel estaba tan pálida como la de una aparición. Por unos instantes, Tristan creyó que había sucedido algo terrible y maravilloso, y que ella había ido a buscarlo convertida en un espíritu igual que él. Pero entonces vio que se volvía hacia él, con ojos enamorados pero sin enfocar, como cuando los ojos ven un resplandor pero no los rasgos de una cara.

—Te quiero —compartieron ese pensamiento y él se introdujo en su mente con facilidad.

—Lo siento, Tristan —dijo Ivy en voz baja—. Siento haberte echado de esa manera.

Él se alegraba tanto de estar con ella, de que hubiera acudido a él, que por un momento no pudo hablar.

—Sé que te hice daño cuando te dije lo de Will —articuló por fin.

Ella se encogió levemente de hombros y cerró la puerta.

—Tenías que decirme la verdad.

Tristan sabía por ese leve gesto que seguía disgustada con la noticia. «Debería hacer que hablara de ello —pensó—. Debería recordarle que volverá a enamorarse, que algún día amaré a otra persona...».

—Te quiero, Tristan —dijo Ivy—. Por favor, pase lo que pase, prométeme que no lo olvidarás.

En otra ocasión. Hablarían del futuro en otra ocasión.

—¿Me estás escuchando? —inquirió ella—. Sé que estás ahí. Te estás escondiendo, Tristan. ¿Estás enfadado?

—Estaba pensando —contestó él—. ¿Cómo has sabido que me encontrarías aquí? Percibió la sonrisa en los labios de ella.

—No estoy segura —respondió—. Supongo que tenía muchísima necesidad de verte y que después de esta tarde no creía que vinieras cuando te llamara. Me figuré que tendría que encontrarte yo. Me subí al coche y me puse a conducir, y aquí es donde acabé.

Él se echó a reír.

—Aquí es donde acabaste. Cuando todo esto haya terminado, Beth y tú vais a tener que abrir un negocio: lectura de manos, hojas de té y telepatía.

—Podrías unirte a nosotras para las sesiones —sugirió Ivy.

Su sonrisa le caldeó el corazón.

—Lyons, Van Dyke y Espíritu. Suena bien —declaró, pero sabía que cuando su misión hubiera terminado no iba a regresar. Ninguno de los ángeles que Lacey había conocido había vuelto jamás.

Ivy sonreía aún mientras se daba una vuelta por la cocina de Caroline. Tristan vio a través de sus ojos a medida que éstos fueron adaptándose a la oscuridad.

—Parece como si hubieras estado registrando la casa —señaló ella, observando los cajones de la cocina y las puertas de los armarios abiertos de par en par.

—Lacey y yo registramos la casa en agosto, mucho antes de que tú consiguieras la llave, pero no dejamos las cosas así —replicó—. Alguien más ha estado aquí desde entonces.

Tristan oyó el pensamiento, aunque intentó reprimirlo con fuerza. «Will».

—Podrían haber sido muchas personas —repuso rápidamente—. Gregory o Eric. O Will —añadió con la mayor suavidad posible—. O incluso ese tipo que visita la tumba de Caroline y le lleva rosas rojas.

—Vi allí una rosa de tallo largo.

—¿Lo viste? —inquirió Tristan mientras Ivy miraba en el interior de los armarios abiertos. La mayoría estaban vacíos, pero en un cajón poco profundo encontró una linterna.



—No. ¿Qué aspecto tiene?

—Alto, delgado, cabello oscuro —contestó Tristan—. Se llama Tom Stetson, y trabaja en la universidad de Andrew. Lacey estuvo siguiéndolo en vuestra fiesta del Día del Trabajo. ¿No has oído nunca a nadie hablar de él?

Ivy negó con la cabeza y dijo de repente:

—Me imagino que si meneo la cabeza o adopto alguna expresión, tú no lo ves cuando estás dentro de mí.

—Pero lo sé. Lo noto. Me encanta cuando sonrías.

La sonrisa de ella se hizo tan amplia que pareció envolver a Tristan.

—¿Qué piensas, entonces? —preguntó Ivy—. ¿Era Tom Stetson el nuevo amor de Caroline? ¿Tuvo algo que ver con lo que pasó?

—No lo sé —respondió—, pero tanto él como Gregory deben de tener la llave de esta casa. Creo que Tom es quien ha estado metiendo las cosas en cajas.

—Y buscando en los armarios y en los cajones también —añadió Ivy.

—Tal vez.

Ivy buscó el cordoncito que llevaba en torno al cuello y sacó la llave que colgaba bajo su camisa. A la luz de la linterna, su cabeza plateada y sus dos dientes recortados relucían.

—Bueno, yo soy quien tiene la llave —manifestó—. Si pudiéramos encontrar la cerradura...

Se pusieron a buscar juntos. En el salón descubrieron un escritorio con un cajón cuya cerradura había sido forzada. No muy lejos, sobre la repisa de la chimenea, había una caja con una cerradura de bronce a la que habían roto las bisagras. Ahora estaba vacía. Ivy probó la llave en ambas cerraduras y descubrió que no correspondía a ninguna de las dos.

En el dormitorio, Tristan llamó la atención de Ivy hacia una marca rectangular que había en el paño que cubría una cómoda, como si una pesada caja hubiera estado allí encima durante largo tiempo pero ahora hubiera desaparecido. El armario de Caroline estaba aún lleno de zapatos y bolsos, que parecían haber sido revueltos. Ivy los sacó y buscó detrás de ellos. Entraron en otras habitaciones. Una hora y media después, su búsqueda no había dado resultado.

—Aquí hay muchas cosas inútiles, pero no estamos llegando a ninguna parte —declaró Tristan, frustrado.

Ivy se dejó caer en una esquina del vestíbulo. Tristan se fijó en que evitaba sentarse en cualquiera de las sillas de Caroline.

—El problema es que no sabemos qué es lo que ya se han llevado de aquí ni adónde se lo han llevado —señaló ella—. Ojalá tuviéramos una idea de lo que estamos buscando.

—¿Y Beth? —preguntó Tristan de pronto—. ¿Y si le pedimos ayuda? Tiene un

sexto sentido. A lo mejor, si le enseñas la llave, dejas que la coja y medite sobre ella, pueda decirnos dónde buscar, o al menos darnos una pista.

—Buena idea —Ivy miró su reloj—. ¿Puedes venir conmigo?

Tristan sabía que no debía. Estaba cansado y necesitaba controlarse si no quería caer en la oscuridad. Pero no podía abandonarla. Algo le decía que no le quedaba mucho tiempo para pasarlo con Ivy.

—Iré, pero será mejor que sólo observe —puntualizó. Permaneció en silencio casi todo el camino hasta llegar a casa de Beth.

El señor Van Dyke debía de estar acostumbrado a que Ivy se presentara a horas inesperadas. De pie en el umbral, la miró por encima de sus medias gafas y de su expediente legal, gritó: «¡Beth!», y dejó que Ivy subiera sola arriba.

Tristan se quedó atónito ante el aspecto de Beth y el de su habitación, pero Ivy le explicó mentalmente:

—Ha estado escribiendo.

Beth miró a Ivy parpadeando, como si estuviera en otra órbita. Se había recogido el pelo en una cola ladeada con una pinza para papel. Su viejo par de gafas se asentaba en mitad de su nariz. También las gafas estaban ladeadas, pues les faltaba una patilla. Llevaba unos pantalones cortos de gimnasia muy anchos y unas zapatillas peludas muy horteras con cabezas de animales y palomitas de maíz incrustadas.

Ivy extendió el brazo hacia ella y le arrancó una nota adhesiva amarilla de la camiseta.

—«Encantador, persistente, delicado, enrevesado, delicioso» —leyó, y acto seguido dijo—: Siento mucho interferir así.

—No pasa nada —repuso alegremente Beth, y alargó la mano para coger el papelito—. Estaba buscando esto..., gracias.

—Es que necesitamos tu ayuda.

—¿Necesitamos? Oh. —Beth cerró rápidamente la puerta de la habitación y despejó un hueco en la cama, tirando carpetas y cuadernos al suelo. Escudriñó el rostro de Ivy y luego sonrió—. Hola, señor Resplandor —le dijo a Tristan.

—Beth, ¿recuerdas el sobre que me dio la hermana de Eric? —inquirió Ivy.

Tristan observó el súbito brillo en los ojos de Beth. Ella había visto a su amiga abrir el sobre en el cementerio y debía de haber estado muriéndose de curiosidad.

—Dentro había esto —Ivy sacó la llave y se la puso a Beth en la mano.

—Parece la llave de una caja —señaló ella—, o de un cajón. Podría ser una llave vieja de una puerta, pero no lo creo..., no parece lo bastante larga.

—El sobre en el que venía llevaba el nombre y la dirección de Caroline —prosiguió Ivy—. Hemos estado registrando su casa y no logramos encontrar lo que abre. ¿Podrías trabajar en ello? Ya sabes, ¿quedártela unos días, pensar en ella y ver si se te ocurre algo?

Tristan vio que a Beth no le agradaba la idea.

—Oh, Ivy, yo...

—Por favor.

—Tiene miedo —le dijo Tristan a Ivy con suavidad—. Tienes que ayudarla. Sus propias predicciones la han asustado.

—No te estoy pidiendo que predigas nada —se apresuró a decirle Ivy a Beth—, sólo que la cojas y pienses en ella y veas qué se te ocurre. Por extraño o corriente que parezca, puede ser una pista que nos diga dónde buscar.

Beth miró la llave.

—Ojalá no me lo hubieras pedido, Ivy. Cuando hago algo así, todo tipo de cosas se revuelve en mi mente, cosas que no entiendo, cosas que a veces me dan miedo. — Se volvió y miró con ansiedad la pantalla del ordenador, donde el cursor parpadeaba, esperando a que ella volviera a su relato—. Ojalá no me lo hubieras pedido.

—De acuerdo, lo entiendo —repuso Ivy cogiendo la llave.

La mano de Beth se cerró alrededor de la suya. Tristan notó que estaba muy fría y húmeda.

—Déjamela hasta mañana —dijo—. Te la devolveré en el instituto. Tal vez se me ocurra algo.

Ivy arrojó los brazos alrededor de su amiga.

—Gracias. Gracias. No te lo habría pedido si no fuera importante.

Unos minutos después, Ivy regresó a casa.

—Aún estás conmigo —dijo mientras tomaba el largo camino de entrada.

La felicidad de su voz reconfortó a Tristan, pero no logró quitarse de encima el cansancio y una creciente sensación de miedo por que la oscuridad pronto se apoderara de él. ¿Y si estaba inmerso en ella cuando Ivy más lo necesitaba?

—Estaré contigo hasta que llegues a tu habitación —repuso—. Luego volveré a casa de Beth.

Al pasar junto a un arbusto, Ivy se agachó de repente.

—¿Ella? Ella, ven a saludar. Tu amigo está conmigo.

Los ojos verdes de la gata los miraron centelleantes, pero no se movió ni un ápice.

—Ella, venga, ¿qué pasa?

Ella maulló e Ivy introdujo la mano entre los arbustos para sacarla. Cogió a la gata en brazos y se puso a rascarle en su punto favorito, alrededor de las orejas. Sin embargo, Ella no ronroneó.

—¿Qué te pasa? —dijo Ivy, y entonces soltó un grito.

Tristan la sintió estremecerse como si el escalofrío hubiera recorrido su propio cuerpo. Ivy le dio la vuelta a la gata con delicadeza. A lo largo de su costado derecho tenía una franja donde le habían arrancado violentamente el pelo. Su rosada piel estaba desnuda y presentaba una herida sanguinolenta.

—*Ella*, ¿cómo te has...? —Pero Ivy no concluyó la pregunta. Dio con la respuesta al mismo tiempo que Tristan—. Gregory —musitó.

Ivy soñó con *Ella* toda la noche. Sueños largos y tortuosos en los que Gregory perseguía a la gata e Ivy perseguía a Gregory. Después, justo cuando se acercaba a él, Gregory se volvía contra ella. No durmió tranquila hasta el amanecer. Ahora, con los ojos cerrados para protegerse de la luz, contó los tañidos sofocados del reloj del salón. Sonaban a millones de kilómetros de distancia, cinco millones, seis millones, siete millones, ocho millones...

—¡Las ocho! —se sentó de golpe en la cama.

*Ella*, que había estado acurrucada a su lado, apretó su cuerpo con fuerza contra el de Ivy, enterrando su cara en el costado de ella. Con el mayor cuidado posible, Ivy se colocó la gata en el regazo. Cuando volvió a ver la herida, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Bueno, pequeña, vamos a limpiarte.

Levantó a *Ella* de la cama con precaución y la llevó al baño.

—Ivy, Ivy, ¿aún no estás lista? —la llamó su madre desde abajo.

Ivy se volvió y salió al pasillo, manteniéndose lo bastante cerca de la pared como para que Maggie no pudiera verla.

—Casi —gritó.

—Todos se han ido ya —le dijo Maggie chillando—. Yo también me marchó.

—Hasta luego —replicó Ivy con alivio.

Oyó el clic-clic de los tacones de su madre en el suelo de madera y el sonido de la puerta trasera al cerrarse. Entonces levantó a *Ella* a la altura de su rostro para volver a examinarle la herida. El corte era recto, como si se lo hubieran hecho con una navaja afilada.

La noche anterior, Tristan había tenido que emplear todos sus poderes de persuasión para impedirle que irrumpiera en la habitación de Gregory. Esa mañana, sabía que Tristan había hecho bien al frenarla. Se enfrentaría con Gregory, pero cuando estuviera tranquila y serena. Él quería disgustarla, y su enfado no haría más que alentarla.

—Muy bien, cariño, todo irá estupendamente.

El sol de la mañana estaba ahora lo bastante alto como para inundar la habitación y bañar el tablero de su escritorio, haciendo brillar cada mota de polvo y arrancándole destellos dorados a la pintura del marco de la foto de Tristan. Ivy se quedó mirando la fotografía unos instantes y dio un respingo. Frente a la foto había unos mechones de pelo negro. Pelo de *Ella*. Sujetó a la gata contra su cuerpo con un brazo y estiró el otro para tocar el suave pelaje. Al tocarlo, cogió un bucle de cabello dorado.

¡Su cabello! Alguien le había cortado un trozo de su propio cabello.

Gregory, por supuesto. Ivy se desplomó en una silla junto al escritorio y se balanceó adelante y atrás, abrazando a *Ella*. ¿Cuándo lo había hecho? ¿Cómo?

Todas las noches, desde que Tristan le había dicho lo que sabía de Gregory, Ivy cerraba con llave la puerta del dormitorio que daba al rellano. Sin embargo, había otra entrada, a través del baño que conectaba su habitación con la de Philip. Ivy había quitado el pestillo de esa puerta para que Philip pudiera abrirla en caso de emergencia, pero no sin mucho esfuerzo y haciendo mucho ruido. De algún modo, Gregory la había abierto con sigilo. Al pensar en él con un par de tijeras en la mano, inclinándose sobre ella mientras dormía, se le erizaron todos los pelos del cuerpo.

Ivy respiró profundamente y volvió a ponerse en pie. Le limpió a *Ella* la herida y luego adecentó el tablero del escritorio con manos aún temblorosas. A continuación, obedeciendo a un súbito impulso, se dirigió corriendo a la habitación de Gregory, esperando ver por sí misma las tijeras, la navaja, la prueba de lo que había hecho.

Se puso a coger y tirar al suelo papeles, ropa y revistas. De entre las páginas de *Rolling Stone* cayó un pedazo de cartulina. Estaba doblado en dos y tenía algo escrito en tinta oscura en el interior. Cuando lo abrió, se le paralizó el corazón. Reconoció la caligrafía al instante: el trazo enérgico e inclinado era idéntico al de las leyendas de las caricaturas de Will.

Leyó la nota de prisa; luego volvió a leerla muy despacio, palabra a palabra, como un párvulo asombrado ante cada grupo de letras y su significado. Mientras leía la nota de Will, se repitió a sí misma una y otra vez que ésas no eran sus palabras, no podían ser sus palabras. Pero la había firmado.

«Gregory —había escrito—, quiero más. Si lo dices en serio, traerás dos veces esa cantidad. Me estoy arriesgando, ahora soy un cómplice, tienes que hacer que valga la pena. Si quieres la chaqueta y la gorra, trae el doble de dinero».

Ivy cerró los ojos y se apoyó contra el escritorio de Gregory. Se sentía como si le estuvieran aplastando el corazón, transformándose en una piedrecita. Cuando todo hubiera terminado, no quedaría nada blando dentro de ella, nada que pudiera sangrar... ni gritar.

Volvió a abrir los ojos. Tristan había estado en lo cierto desde el principio respecto a Gregory y a Will. Pero no había adivinado que Will la traicionaría, que encubriría a Gregory y la dejaría indefensa si le pagaban lo suficiente.

Ivy se sentía anonadada, no por el odio y las oscuras amenazas de Gregory, sino por la pálida crueldad de Will. «¿Para qué intentarlo?», pensó. Tenía demasiadas cosas en contra. Volvió a deslizar la nota en la revista. Entonces se fijó en un libro de béisbol sobre Babe Ruth, uno de los volúmenes de Philip encuadernados en rústica, hecho jirones encima del montón de libros de Gregory.

No podía abandonar. Philip estaba en el mismo barco que ella.

Volvió a abrir la revista, agarró la nota y cruzó corriendo el rellano para vestirse y marcharse al instituto. Esa mañana, antes de salir de casa, subió un cuenco con agua y pienso para *Ella* a su habitación. Dejó a la gata allí y cerró con llave tanto la puerta que daba al baño como la que se abría al rellano.

Ivy se había perdido la primera clase del día. Cuando entró en clase de inglés con un justificante de su retraso, Beth levantó la cabeza. Parecía cansada y preocupada. Ivy le guiñó un ojo, y Beth esbozó una leve sonrisa.

Después de clase, caminaron juntas intentando escapar de la multitud de chicos y chicas que pululaban por el pasillo. Era imposible oír nada por encima de las voces y el ruido de las taquillas al abrirse y cerrarse a menos que uno gritara. Ivy cogió a su amiga del brazo y abrió la palma de la mano. En seguida, Beth deslizó la llave en ella.

Cuando llegaron por fin al final del pasillo, Beth dijo:

—Ivy, tenemos que hablar. La noche pasada tuve un sueño. No sé lo que significa, pero creo...

Sonó la campana.

—Oh, no, tengo un examen en la clase siguiente.

—Nos vemos a la hora de comer —dijo Ivy—. Procura coger la mesa del fondo, la de la esquina —añadió cuando se separaban.

Dos horas después, Ivy tuvo suerte. La señorita Bryce, la orientadora académica, la dejó salir pronto para ir a comer, diciéndole lo satisfecha que estaba de sus progresos, su nueva esperanza y su actitud positiva ante la vida. «Supongo que las clases de teatro valen la pena», pensó Ivy encaminándose a la mesita del fondo de la cafetería. Beth se unió a ella unos minutos más tarde.

—Will está en la cola. ¿Le hago señas para que venga? —inquirió Beth.

Ivy masticó rápidamente su sándwich y tragó con fuerza. Will era la última persona que quería ver en este mundo. Pero Beth aún confiaba en él. Ya lo estaba llamando con gestos.

—¿Le has dicho algo a Will acerca de la llave o de nuestra búsqueda?

—No.

—Bien —repuso Ivy—. No le digas nada. No quiero que lo sepa, aún no —añadió suavizando el tono de su voz cuando vio la mirada de sorpresa en el rostro de Beth.

—Pero Will tal vez tenga alguna buena idea —se extrañó Beth, abriendo la bolsa de su almuerzo y sacando su habitual primer plato, el dulce—. Estoy segura de que querrá ayudarte a buscar.

«Sin duda —pensó Ivy—. Quién sabe qué podría encontrar que quizá valiera algún dinero».

—Ya sabes lo que siente por ti —prosiguió Beth.

Ivy no pudo contener su sarcasmo.

—Oh, sí. Claro que lo sé.

Beth la miró extrañada.

—Ivy, Will haría cualquier cosa por ti.

«Y tal vez, entretanto, se sacaría unos cuartos», pensó ella, pero esta vez habló con mayor prudencia.

—Tal vez tengas razón, Beth, pero, en cualquier caso, no se lo digas hoy, ¿vale?

Su amiga juntó las cejas. No iba a seguir discutiendo, pero estaba claro que creía que Ivy estaba cometiendo un error.

—Dime qué soñaste anoche —le pidió Ivy.

Su amiga negó lentamente con la cabeza.

—Fue extraño, Ivy, muy simple pero muy extraño. Soñé la misma cosa una y otra vez. No sé si tendría que ver con la llave, pero salías tú.

—Cuéntame —dijo Ivy aproximándose a ella, sin dejar de observar el avance de Will en la fila de la cafetería.

—Había unas ruedas grandes —recordó Beth—, dos, tres, no sé cuántas. Unas ruedas grandes con los bordes irregulares, llenos de muescas, como ruedas de tractor o neumáticos para la nieve o algo así. Todas giraban en la misma dirección. Entonces llegabas tú. En el sueño no salíais más que las ruedas y tú. Extendiste la mano y las paraste. Después las empujaste, y las ruedas se pusieron a girar en dirección contraria.

Beth calló. Sus ojos tenían una mirada ausente, como si estuvieran volviendo a ver el sueño.

—¿Y?

—Eso es todo —contestó Beth—. Es cuanto soñé, repetido una y otra vez.

Ivy se acomodó mejor en la silla, perpleja.

—¿Tienes alguna idea de lo que significa? —preguntó.

—Yo iba a preguntarte lo mismo —respondió Beth—. Ivy, ahí viene Will. ¿Por qué no se lo contamos y...?

—No —se apresuró a responder Ivy.

Beth se mordió el labio. Ivy miró las capas mustias de su sándwich.

—¡Hola! —saludó Will retirando una silla y colocando su bandeja sobre la mesa—. ¿Qué hay de nuevo?

—No gran cosa —contestó Ivy evitando sus ojos.

—¿Beth?

—No gran cosa —repitió Beth como un eco, sin convicción.

Will permaneció callado unos instantes.

—¿Cómo es que has llegado tarde esta mañana? —le preguntó a Ivy.

Ella levantó rápidamente la vista.



—¿Cómo sabes que he llegado tarde?

—Porque yo también llegué con retraso —Will inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando leer en ella.

Ivy miró hacia otro lado.

—Entré justo detrás de ti —prosiguió él, alargó la mano hacia la suya y la tocó con suavidad, intentando hacer que volviera a mirarlo.

Ivy no lo miró.

—¿Qué pasa?

El tono inocente y preocupado de su voz le dio náuseas.

—Beth. Dime qué pasa.

Ivy le lanzó una mirada a su amiga. Beth se encogió de hombros, y Will paseó los ojos de la una a la otra. Su rostro tenía una expresión serena y pensativa, como la de un profesor que espera pacientemente una respuesta, pero sus manos lo delataban, agarrando con fuerza el borde de su bandeja.

«Ahora está preocupado —pensó Ivy—, realmente preocupado, pero no por mí. Piensa que las dos sabemos la verdad acerca de él».

Will contuvo el aliento y dijo en voz baja:

—Sorpresa. Ahí llega Gregory.

Ivy levantó la vista esperando ver a Suzanne con él. Si Suzanne se esforzaba tanto como solía en desairarla, Ivy tendría una excusa para marcharse. Pero Gregory venía solo, dirigiéndose hacia ellos con seguridad, sonriendo, como si todos fueran buenos amigos.

Will lo saludó.

—No sabía que estuvieras libre a esta hora —dijo Ivy.

—Hoy tenemos clase de historia en la biblioteca —replicó él—. Estoy investigando, ¿no se nota?

Ivy rió con despreocupación, resuelta a parecer tan cómoda como él.

—¿Cuál es tu tema?

—Asesinatos famosos del siglo XIX —contestó Gregory cogiendo una silla.

—¿Estás aprendiendo algo?

Él se quedó pensativo un momento, sonrió y se sentó junto a ella.

—Nada útil. Will, siento no haberte visto anoche.

Ivy se volvió a mirar a Will.

—¿Por qué no nos vemos luego, esta tarde? —propuso Gregory.

Will titubeó y después asintió.

—En Celentano's —dijo.

—¿Puedo ir? —inquirió Ivy, pillándolos por sorpresa a los dos—. Ay, se me olvidaba —dijo con un tranquilo gesto de la mano—, hoy trabajo.

—Lástima —intervino Gregory, pero la expresión sorprendida de ambos le dijo a

Ivy lo que quería saber. Esa reunión era de negocios. Gregory iba a pagarle a Will. Por lo menos Will era lo bastante listo como para hacer el intercambio en la seguridad de un lugar público.

Beth no dijo una palabra en toda la conversación. Observaba con sus ojos azules muy abiertos e Ivy se preguntó si podría leer los pensamientos que se ocultaban detrás de sus rostros. Había dejado su *brownie* a medio comer dentro de su fiamblera.

—Si no vas a terminártelo, lo haré yo —dijo Ivy esforzándose por encontrar cosas normales que decir, por seguir fingiendo que no ocurría nada y que no tenía miedo.

Beth empujó el *brownie* en su dirección. Mientras Gregory y Will quedaban a una hora para encontrarse, Ivy desprendió un pedacito y después colocó lo que quedaba del dulce frente a Gregory.

—¿A qué hora llegaste a casa anoche? —le preguntó.

Gregory se la quedó mirando en silencio por unos instantes y luego apoyó la espalda en la silla.

—Veamos..., a las nueve en punto, creo.

—¿No oíste nada extraño afuera?

—¿Nada como qué? —inquirió él.

—Gemidos o aullidos, un gato quejándose de dolor.

—¿Le ha pasado algo a *Ella*? —preguntó Beth.

—Algo la atacó —les contó Ivy.

Will frunció el ceño. Su antigua mirada de preocupación se dirigía ahora a Ivy.

—Le arrancó una tira de piel y le hizo sangre en el costado derecho —prosiguió Ivy—. Pero no había señales de mordiscos. ¿Qué clase de animal haría algo así? —preguntó mirando directamente a Gregory.

—No tengo ni idea —contestó él con frialdad.

—¿Lo sabes tú, Will?

—No... no. ¿La gata está bien? —Ivy percibió el ligero temblor en su voz, y ello casi la hizo volver a confiar en él.

—Ah, sí, sí, está bien —contestó Ivy poniéndose en pie y arrojando su comida a medio terminar a una papelería próxima—. Es una gatita callejera muy fuerte.

—Idéntica a su dueña —terció Gregory—. Idéntica.

Ivy no podía dejar de pensar en ruedas. Se pasó el día dibujando círculos con muescas... en su cuaderno de matemáticas, en un crucigrama de español y en unos apuntes de historia. Se convertían en tractores, copos de nieve, extraños tiradores en una puerta... Más tarde, en Es Tiempo de Fiesta, se fijó en cada uno de los objetos redondos que había en la tienda: coronas navideñas, flotadores para nadar y un acerico que parecía un donut glaseado.

Intentó no pensar en lo que estaría sucediendo en Celentano's y se alegró cuando Tristan no respondió a su llamada. No tenía por qué hablarle de la nota de chantaje, reflexionó. No era Tristan quien había confiado en Will como un tonto.

Cuando llegó a casa después del trabajo esa noche, Maggie y Andrew habían salido y Philip estaba en el salón con Gregory viendo un vídeo.

—¿Has terminado los deberes? —le preguntó Ivy a su hermano.

—Psí, Gregory me los ha revisado.

Gregory, representando el papel del hermano mayor bueno y servicial, le dirigió a Ivy una sonrisa. Ella se la devolvió, aunque se estremecía de miedo ante el creciente apego que Philip le estaba tomando a Gregory. ¿Qué haría Gregory cuando descubriera que iban a compartir legalmente un padre?, se preguntaba. Para Gregory, el dinero suponía estatus. Así era como controlaba a quienes lo rodeaban. ¿Cómo reaccionaría si averiguaba que él y Philip tal vez compartirían la fortuna de los Baines?

—Quédate un rato —le dijo Gregory señalándole con gesto despreocupado el asiento que había junto a él.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer arriba.

Echó a andar en dirección al vestíbulo pero Gregory se levantó rápidamente y se interpuso en el camino que Ivy se disponía a tomar.

—Tu madre dejó un montón de ropa limpia a la puerta de tu habitación —le informó—. Dijo que esperaba que tuvieras la llave. La puerta del baño también estaba cerrada.

—Tengo la llave.

Gregory se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Dijo que esperaba que no estuvieras drogándote ahí dentro. —Su boca se torció en una sonrisa.

—Estoy segura de que le quitaste esa idea de la cabeza —repuso Ivy.

Gregory se echó a reír y ella lo dejó allí plantado.

Al llegar a lo alto de la escalera, sacó la llave de su bolso. Cuando abrió la puerta

de su dormitorio, esperaba que la cautiva *Ella* saltara afuera.

—¿*Ella*? —Entró en la habitación—. ¿*Ella*?

Observó un bulto redondo bajo el edredón de su cama. Dejó los libros junto al lecho y retiró la colcha. *Ella* estaba acurrucada formando una bola prieta.

Tocando a la gata con delicadeza, la rascó con el dedo en su lugar favorito, alrededor de las orejas, y después la acarició, estudiando la franja desnuda de su costado. La herida estaba empezando a curarse.

—Pareces muy asustada, *Ella*.

El animalito se puso lentamente en pie y cojeó hasta el borde de la cama. Ivy se apresuró a cogerla y le agarró la pata que no utilizaba.

—¡Oh, Dios mío!

La almohadilla rosada de su pata estaba llena de cortes y puntos de sangre oscura. Al tocárselos, brotó sangre fresca de debajo de las costras secas. Ivy tomó a la gata en sus brazos temblorosos y la cubrió con su cuerpo.

—Oh, *Ella*, lo siento. Lo siento. —Apoyó la cara en el pelaje del animal mientras lágrimas ardientes se deslizaban por sus mejillas—. Cerré la puerta, las dos puertas. Nunca te habría dejado aquí si hubiera pensado que él podía entrar.

¿Cómo había entrado?, se preguntó Ivy. Antes, la habitación de Ivy era la suya, así que tal vez tuviera otra llave. Esa noche, antes de dormir, bloquearía las puertas con unos muebles.

—Mañana, mientras esté en el instituto, te tendré en el coche —le prometió a *Ella*.

Se levantó y cerró la puerta de su habitación, preguntándose si Gregory habría estado acechando fuera, disfrutando de la escena. Después de limpiarle a *Ella* la pata y el costado, Ivy la acarició durante largo rato. La gata ronroneó levemente, cerrando los ojos despacio.

Cuando *Ella* se hubo quedado profundamente dormida, Ivy la puso con cuidado sobre su cama. En cuanto hubo dejado a la gata, sus manos comenzaron de nuevo a temblar. Cogió una silla bien robusta y la colocó bajo el picaporte de la puerta que daba al rellano. Tras asegurarse de que la puerta no se podía abrir, se desnudó. Tal vez una ducha larga y caliente la calmaría.

Ivy cerró con pestillo la puerta que separaba el baño de la habitación de Philip, encendió la radio y abrió el grifo a tope. Durante los primeros diez minutos fue capaz de expulsar de su mente todo menos la música. Pero no dejaban de rondarla pensamientos agitados. El cordón mojado del que colgaba la llave le rozaba el cuello. Ivy cerró los ojos con fuerza pero siguió viendo imágenes de ruedas y palabras escritas a mano, las palabras de la nota de chantaje.

Por fin cerró la ducha y se quedó inmóvil y goteando en la bañera. Se preguntó si Tristan echaría de menos la sensación del agua corriendo sobre su cuerpo. *Ella*

echaba de menos que Tristan la tocara. Intentó recordar lo que sentía cuando él la acariciaba, pero su mente no hacía más que volver a Will. Se concentró en la cara de Tristan, pero su mente recordaba lo que había sentido cuando Will la había cogido de la mano el día que volvieron a la estación. Intentó recordar la imagen de la mano de Tristan sobre la suya, pero volvió a sentir el contacto de la mano de Will cuando había intentado quitarle el barro del pelo, cuando le había tocado la mano a la hora de comer para hacer que lo mirara.

Ivy corrió la cortina y salió de la bañera. Al instante, sintió un dolor tan inesperado e intenso en el pie como si se le hubieran hincado en él cien alfileres. Cayó contra la bañera. Recuperando el equilibrio, se sentó en el borde y levantó el pie con cuidado para examinárselo. Tenía unos pedacitos de cristal clavados en la planta, y había más brillando sobre la alfombrilla de baño.

La mente de Ivy se puso a pensar a toda velocidad mientras ella se balanceaba adelante y atrás sujetándose el tobillo, apretándose fuerte. Después se tranquilizó y comenzó a sacarse los cristales de la planta, extrayendo todos los que pudo con las manos. Tras doblar y apartar la alfombrilla llena de cristales, examinó el suelo y anduvo a la pata coja hasta el armario a por un par de pinzas.

Ninguno de los pedazos estaba demasiado hundido en la carne. Era justo lo bastante para que sintiera dolor, justo lo bastante para ponerla nerviosa. Ivy se forzó a proceder con calma y de forma metódica; luego se puso la bata y volvió a levantar el pie para mirárselo. Estaba lleno de cortes y tenía puntitos de sangre, exactamente como el de *Ella*.

De pronto, se dejó caer al suelo y recogió las rodillas contra su pecho.

—¡Tristan! —gritó—. ¡Tristan, ven, por favor! Te necesito.

Comenzó a sollozar sin control.

—¡Tristan! No me dejes sola ahora. ¡Te necesito! ¿Dónde estás? ¡Por favor, Tristan!

Pero él no acudió. Al final, los sollozos de Ivy se calmaron, sus hombros dejaron de agitarse y lloró despacio y en silencio.

—Ejem.

Era el sonido de alguien que se aclaraba la garganta.

—Ejem.

Ivy levantó los ojos y vio un resplandor morado frente al espejo de maquillaje.

—No sé dónde está —dijo Lacey en tono enérgico y formal.

El resplandor morado se acercó a Ivy.

Ella intentó frenar las lágrimas con un parpadeo, pero no cesaron de brotar. Un pañuelo de papel se deslizó fuera de la caja y quedó colgando en el aire frente a Ivy, esperando a que lo cogiera.

—Gracias..., Lacey.

—Estás horrible cuando lloras —observó Lacey, e Ivy se dio cuenta de lo mucho que la complacía hacer esa observación.

Ivy asintió, se secó los ojos y se sonó con fuerza la nariz.

—Me imagino que tú debías de ser bastante guapa —repuso—. Las estrellas de cine siempre lo son.

—Pero yo no lloraba nunca.

—Ah.

—Nada de suspiros, nada de lágrimas —alardeó Lacey—. Ése era mi lema.

—¿Y lo conseguiste?

—En vida, sí —contestó Lacey.

Ivy percibió el leve temblor en la voz de la chica. Alargó la mano para aceptar otro pañuelo y preguntó:

—¿Y ahora?

—Eso no es asunto tuyo —repuso Lacey en seguida—. Deja que te vea el pie.

Obedientemente, Ivy puso el pie en alto. Notó que las puntas de unos dedos se lo examinaban con delicadeza.

—¿Te duele mucho?

—Se curará en seguida. —Ivy bajó el pie y se levantó, apoyando poco a poco su peso en él. Le dolía mucho más de lo que quería admitir—. De hecho, estoy mucho más preocupada por *Ella*. Se ha cortado la pata. —Ivy le habló a Lacey del pelo que le habían afeitado y del bucle de su propio cabello que alguien le había cortado—. Ha sido Gregory, estoy segura.

—Qué chico tan listo —observó Lacey con sarcasmo—. Supongo que has captado el mensaje: lo que le pase a *Ella* te pasará a ti.

Ivy tragó saliva con fuerza y asintió.

—¿Has buscado a Tristan?

—En casa de Caroline. En la de Will. En su apartamento del cementerio. No está en ningún sitio..., tal vez se haya sumido de nuevo en la oscuridad.

Lacey suspiró, recuperó la compostura y fingió que volvía a aclararse la garganta.

—Estás preocupada —declaró Ivy, abriendo la puerta y entrando la primera en su habitación.

—¿Por Tristan? Nunca. —El resplandor morado pasó junto a Ivy y se tendió sobre las almohadas, a lo ancho de su cama.

—Estás preocupada. Lo noto en tu voz —insistió Ivy.

—Estoy preocupada por si se marcha a algún sitio y me quedo empantanada con su trabajo —replicó Lacey.

Ivy se sentó en la cama y *Ella* alzó la cabeza.

—Ha sido muy amable por tu parte que vinieras cuando supiste que necesitaba ayuda.

—No he venido por ti.

—Lo sé —repuso Ivy.

—Lo sabes —se burló Lacey. El resplandor morado saltó de la almohada como el fantasma brillante de un gato—. ¿Y qué crees que sabes?

—Que te importa mucho Tristan —respondió Ivy en voz alta. «Que estás enamorada de él», pensó—. Que te importa tanto que ayudarías a alguien a quien no puedes ni ver y que desearías que desapareciera del mapa sólo para que él se sintiera mejor.

Por una vez, Lacey no contestó.

—En cuanto vuelva a ver a Tristan, le diré que viniste cuando llamé —añadió Ivy.

—No te molestes, no necesito que nadie me haga quedar bien —se apresuró a decir Lacey.

Ivy se encogió de hombros.

—Bueno, pues no se lo diré.

Lacey se acercó más a la cama. Ivy vio que la pata herida de *Ella* se levantaba.

—Qué canallada.

—Lacey —la voz de Ivy tembló ligeramente—, ¿tú puedes hablar con los gatos? ¿Puedes explicarle a *Ella* que no sabía que Gregory tenía una manera de entrar? ¿Podrías decirle que nunca la habría dejado aquí si lo hubiera sabido y que mañana...

—¿Quién te crees que soy? —la interrumpió Lacey—. ¿El doctor Doolittle? ¿Blancanieves? ¿Ves pajaritos posándose en mis manos?

—Si ni siquiera te veo las manos —le recordó Ivy.

—Soy un ángel, y no puedo hablar la lengua de los gatos más de lo que la hablas tú.

*Ella* empezó a ronronear.

—Pero te diré lo que puedo hacer —dijo Lacey en voz más suave—. Lo que voy a hacer. Si funciona... —añadió—. Es una especie de experimento.

Ivy esperó pacientemente.

—Primero, tumbate —ordenó Lacey—. Relájate. ¡Relájate! No, espera. Ve a por una vela.

Ivy se levantó, rebuscó en los cajones de su escritorio y acabó sacando una vieja vela de Navidad que le había dado Philip.

—¿Dónde quieres que la ponga?

—Donde puedas verla —respondió Lacey.

Ivy la colocó en su mesilla de noche y la encendió. Al mismo tiempo, vio que *Ella* se levantaba como si la hubieran pinchado. La gata cojeó hasta el otro extremo de la cama.

—Ahora tumbate con los pies en este lado, cerca de *Ella* —le indicó Lacey.

Ivy se tumbó en la cama como le había dicho Lacey, y la luz de la habitación se

apagó.

—Estupendo. Ahora no me rechaces —dijo Lacey en voz más baja—. No apartes los ojos de la vela. Deja que tus pensamientos, tu mente, tu espíritu floten hacia ella, dejando tu cuerpo atrás. Déjalo conmigo para que yo pueda hacer mi trabajo.

Ivy observó la llama, observó cómo subía y bajaba. Se imaginó a sí misma como una polilla, volando hacia el fuego, revoloteando a su alrededor. Luego notó que se le calentaba la planta del pie y combatió el impulso de apartarlo. «Mira la vela, mira la vela», se dijo a sí misma mientras el calor se volvía cada vez más intenso. Justo cuando creía que no iba a poder seguir soportándolo, el calor disminuyó. Sintió que algo fresco la tocaba y, después, una sensación de hormigueo.

—Hecho.

La voz de Lacey era ahora tan débil que Ivy tuvo que hacer un esfuerzo para oírla. Incluso a oscuras, Ivy apenas si veía su resplandor. Se incorporó rápidamente.

—¿Estás bien?

Lacey no respondió a su pregunta.

—Enciende la luz —dijo con un hilo de voz.

Ivy se levantó para hacerlo y, sin pensar, apoyó con fuerza su pie herido. No sintió dolor alguno, ni siquiera escozor. Encendió la luz, se sentó en seguida y levantó el pie. La planta estaba tan lisa como la palma de su mano, más lisa que la planta del otro pie y sin rastro de los cortes. ¡La pata de *Ella* también estaba curada!

—¡Muy bien! Sí, ¡muy bien! —se felicitó Lacey a sí misma—. ¡Qué buena eres, Lacey! —dijo, pero su voz aún sonaba áspera como la de una vieja, y su resplandor morado estaba a ras de suelo.

—Lacey, ¿qué te ha pasado? —inquirió Ivy—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

—Háblame —exigió Ivy.

—Estoy cansada.

—Tristan —Ivy llamó en voz baja por fuera pero gritó por dentro—. Por favor, ven. Algo le ha pasado a Lacey. Tienes que ayudarla, Tristan. ¡Ángeles, ayuda a Lacey!

—Sólo estoy cansada.

—No deberías haberlo intentado. Ha sido demasiado —dijo Ivy, asustada—. No sé cómo ayudarte. Dime qué hacer.

—Vete. Ahora Gregory está en la habitación de Philip. Vete.

Ivy no se movió.

—Llévate a *Ella* —añadió Lacey con voz débil—. Deja que la vea. Será divertido.

—No. No voy a dejarte sola estando así.

—¡Vete, te he dicho! Haz que mi tiempo merezca la pena.



—Ángel testarudo —murmuró Ivy.

Cogió a *Ella* y, a regañadientes, echó a andar hacia la puerta. Mientras la cruzaba, oyó a Lacey decir en voz baja:

—Eres estupenda, Ivy, eres estupenda.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella.

Lacey no contestó.

Llevando a *Ella* como un bebé encima del hombro, Ivy entró en la habitación de Philip. Cuando Gregory la vio en el umbral, se le encendieron los ojos. «Está esperando que me ponga a gritar como una loca y que lo acuse», pensó. Le sonrió y vio que él miraba hacia abajo. La sonrisa de Gregory se desvaneció cuando la vio entrar en la habitación cómodamente descalza y sin dar muestras de dolor.

—*Ella* quiere daros las buenas noches —dijo. La gata se retorció frenéticamente en sus brazos, queriendo alejarse de Gregory todo lo posible.

A pesar de que a Ivy le sabía mal forzar a *Ella*, sabía que podía sacarle alguna ventaja, una ventaja psicológica que las mantendría a las dos a salvo durante algún tiempo. Mantuvo deliberadamente el costado sin pelo de la gata oculto contra su cuerpo. Las heridas se habían curado, pero la piel seguía desnuda. Sentándose en la cama de Philip, subió los pies a lo alto y se los acercó al cuerpo, de modo que Gregory pudiera ver las plantas desnudas y lisas de sus pies.

Observó el parpadeo, el asombro momentáneo en sus ojos, y en seguida la máscara volvió a su sitio, la máscara de simpático hermano mayor que llevaba puesta mientras acostaba a Philip. Claro que a Gregory podía ocurrírsele una explicación para sus pies indemnes: Ivy sabía que tramaba algo, había mirado antes de salir de la ducha y había evitado los trozos de cristal.

—Quiero darle un abrazo a *Ella* —dijo Philip.

Extendió los brazos hacia la gata, pero Ivy sujetó con fuerza al animal, que intentaba escabullirse.

—¿Qué le pasa a la gatita? —preguntó Gregory.

—No lo sé. Creo que quiere jugar.

Gregory esbozó una sonrisita.

—¿No es así, *Ella*? —inquirió Ivy—. ¿Te sientes juguetona y llena de energía? —Le dio la vuelta a la gata como si fuera a rascarle la barriga.

Entonces Gregory lo vio. La pequeña pata, con sus tiernas almohadillas tan rosadas como las de un cachorrito. Sus ojos volaron a las otras patas de *Ella*, como si pensara que se le había olvidado cuál de ellas había lastimado. Ivy mantuvo a la gata sobre su lomo, dándole a Gregory tiempo sobrado para mirarle las patas. Su respiración se volvió superficial. El color se extinguió de su rostro.

—Quiero darle un abrazo —volvió a decir Philip.

—¿A *Ella*, y a mí no? —bromeó Ivy y, acto seguido, dejó al animal en su regazo.

La gata salió disparada y regresó corriendo a la habitación de Ivy, demasiado a prisa para un animal con una pata herida, demasiado a prisa para que nadie se apercibiera de la franja de piel desnuda de su costado.

—Vaya... —dijo Ivy inclinándose a besar a Philip—. Buenas noches y felices sueños. —Se marchó, rozando a Gregory al pasar—. No olvides rezarle a tus ángeles.

Al día siguiente, Ivy metió una caja con arena y un montón de mantas en su coche y se llevó a *Ella* consigo al instituto. Estaba claro que, estuvieran o no cerradas las puertas de su habitación, Gregory tenía un modo de entrar. Tal vez tuviera la llave, o tal vez se le diera bien abrir cerraduras. Quizá hubiera otra entrada al desván, pensó, una trampilla por la que podía introducirse y que le permitía volver a bajar pasando por su sala de música. En cualquier caso, no podía dejar a *Ella* sola en la casa.

Ivy estacionó el coche al final del aparcamiento del instituto, tras un grupo de sauces llorones. Los árboles protegerían el coche tanto del sol como de la lluvia, pensó mirando las nubes que se aglomeraban al oeste.

—Es lo mejor que puedo hacer, gata —dijo, y salió corriendo para asistir a su primera clase.

Se juntó con Beth en la segunda hora, cuando se dirigían a clase de inglés.

—¿Algún otro sueño? —le preguntó.

—El mismo. Una y otra vez. Si no averiguas pronto lo que significa, voy a volverme loca.

Ambas se apartaron cuando varios alumnos las empujaron para entrar en el aula.

—Ojalá pudiéramos hablar con Tristan —terció Ivy—. No logro ponerme en contacto con él.

—A lo mejor está trabajando con Will —aventuró Beth.

Ivy agitó la cabeza, convencida de que Tristan no le habría pedido ayuda a Will, pero Beth continuó hablando.

—Will no estaba en clase a primera hora.

—¿Ah, no?

Ivy trató de sofocar un nuevo temor que despertaba ahora en ella. ¿Por qué habría de preocuparse por Will? Will sabía el tipo de persona que era Gregory y creía que podía manejarlo. Creía que podía traicionarla sin consecuencias.

—Me llamó desde el trabajo anoche, tarde —prosiguió Beth—. Tenía que ayudarme hoy con el ordenador pero dijo que estaba liado y que no podría reunirse conmigo.

«Oh, ángeles, protegedlo», rezó Ivy en silencio. ¿Se habría involucrado Will más aún? ¿Estaría trabajando ahora para Gregory como había hecho antes Eric? «Ángeles, protegedlo», rogó Ivy, a su pesar.

—Señoritas —las llamó el señor McDivitt—, el resto de nosotros estamos

haciendo clase de inglés. ¿Ustedes qué hacen?

Ivy se pasó la clase de inglés, y todas las clases siguientes, dibujando ruedas con muescas. E intentó sin cesar ponerse en contacto con Tristan. Cada hora del día parecía estirarse y encogerse después como un acordeón: minuto a minuto, la hora se arrastraba y luego, de repente, había terminado, acercándolos a todos una hora a lo que Gregory estuviera planeando hacer a continuación. Ivy tenía ganas de subirse al pupitre y mover las manecillas del reloj hacia adelante, de poner las ruedas en movimiento.

«Ruedas..., relojes», pensó. Los relojes tenían engranajes, ruedas con muescas, y los relojes antiguos, como el que había en la repisa de la chimenea en el comedor de su casa, tenían llaves para abrir la caja. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? En el sueño de Beth, las ruedas giraban en una dirección, luego Ivy alargaba el brazo y las empujaba en dirección contraria, haciendo retroceder el tiempo, pensó, mandándolas al pasado. En el pasado, Caroline había vivido en la casa de la colina. Era posible que hubiera escondido algo en el reloj de la chimenea mucho tiempo antes.

Ivy volvió a mirar el reloj de la pared del aula. Faltaban veinte minutos para que acabara la última clase del día. Sabía que su madre saldría a buscar a Philip al colegio y que Gregory aún estaría en clase. Era su oportunidad. En cuando les asignaron la tarea escrita, se acercó con sus libros al frente de la clase.

—Señor Carson —dijo con voz débil.

La disculparon inmediatamente y no se detuvo a hacer la parada de rigor en la oficina de la enfermera. Cuando estuvo a unos quince metros de la entrada, salió disparada hacia el coche.

Había llegado una fresca lluvia otoñal que estaba cubriendo de neblina la ciudad. Ivy recorrió dos manzanas antes de pensar en poner en marcha los limpiaparabrisas. Su pie apretaba rápida y bruscamente el pedal, e Ivy arrancaba y paraba, impaciente a causa del tráfico que se concentraba en las calles estrechas. La gata no hacía más que trepar a su regazo.

—¡Para, *Ella!*

Cuando por fin llegó al camino de entrada de la casa, avanzó rápidamente hasta arriba, tiró del freno de mano y salió del coche, dejando la portezuela abierta. No había nadie, al menos no había ningún otro coche. Mientras abría la puerta de la casa y desconectaba el sistema de alarma, las manos le temblaban de la emoción.

Cruzó corriendo la cocina y entró en el comedor. Sobre la repisa de la chimenea estaba el reloj de caoba de medio metro de altura, con su bonita cara de luna y su péndulo dorado que oscilaba a un ritmo constante tras el cristal teñido. Recordaba bien: el reloj tenía una cerradura en la caja.

Se pasó el cordón que llevaba al cuello por encima de la cabeza, acercó la llave a la cerradura y la introdujo en ella. La hizo girar lentamente hacia la izquierda, luego

hacia la derecha. La cerradura emitió un clic e Ivy abrió la puerta del reloj.

Esperaba ver algo nada más abrirla. Pero allí no había nada. Por un instante se quedó sin respiración. «No seas estúpida —se dijo—. Alguien tiene que darle cuerda al reloj. Alguien más tiene una llave, probablemente Andrew, así que no iban a dejar nada en primer plano». Alargó la mano con cuidado y detuvo el péndulo a media oscilación, deslizó la otra mano en el interior de la caja del reloj y buscó a tientas.

Necesitaría un taburete para alcanzar la parte más alta, donde se encontraba el mecanismo del reloj. De puntillas, Ivy desplazó lentamente los dedos por uno de los costados de la caja de madera. Notó un borde, un borde de papel. Tiró de él, primero con suavidad, temiendo romperlo y dejar una parte adherida al reloj. Se trataba de un borde grueso doblado, como el de un sobre. Tiró un poco más fuerte, y el papel se desprendió.

Ivy se quedó mirando el viejo sobre marrón que tenía en las manos. Acto seguido sacó un cuchillo del cajón de la cubertería y lo abrió con gesto rápido rasgando el papel.

En el interior del sobre, Ivy encontró tres hojas. La primera era una nota manuscrita apenas descifrable, pero reconoció la firma que había al final: era la de Caroline. La siguiente era una carta de la consulta del doctor Edward Ghent: el padre de Eric, se percató Ivy con un sobresalto. La tercera hoja parecía la fotocopia de un informe médico de una empresa llamada MediLabs.

Ivy saltó directamente a la breve carta de la consulta del padre de Eric. Había extraños espacios entre las palabras y varias correcciones.

*Querida Caroline:*

*El informe adjunto indica que la situación es la que tú sospechabas. Como te expliqué en la consulta, este tipo de análisis de sangre pueden demostrar, en ciertos casos en los que no hay coincidencia, que un hombre no es el padre. Está claro que Andrew no lo es.*

«¿No es el padre de Gregory?», se preguntó Ivy, y siguió leyendo:

*Los análisis no pueden demostrar que Tom S. sea el padre, sólo que es un candidato, pero supongo que tú no albergabas dudas al respecto.*

—Tom S., Tom S. —musitó Ivy. «Tom Stetson», pensó, el hombre de la fiesta, alto y delgado, con el cabello oscuro como Gregory, aquel del que Tristan había dicho que era profesor en la universidad de Andrew, el hombre que dejaba rosas en la tumba de Caroline. Terminó de leer la carta.

*Si puedo serte de más ayuda, házmelo saber. Por supuesto, esto será confidencial.*

Lo que significaba, pensó Ivy, que nadie más sabía quién era el padre de Gregory. Nadie más, ¿ni siquiera Andrew? La respuesta a esa pregunta tal vez estuviera enterrada en los garabatos de la carta de Caroline. Ivy la leyó entera:

*Andrew:*

*Dejo esta carta aquí para cuando llegue el momento adecuado. Durante el divorcio, tu hijo se puso de tu parte, mintió por ti, convenció al juez de que lo dejara vivir contigo, ¿o era con tu dinero con lo que quería vivir? Por otro lado, ¿es realmente tu hijo?*

*Lo siento.*

CAROLINE

Así que Andrew no lo sabía, pensó Ivy. Y si Gregory lo sabía, no quería que nadie más lo supiera. Contaba con el dinero de los Baines. Ivy se preguntó qué sucedería si Andrew averiguaba que Gregory no era en realidad hijo suyo. Y ¿qué

pasaría ahora que Andrew tenía otro hijo, un hijo al que estaba cogiéndole mucho cariño?

Quizá Caroline hubiera adivinado lo que iba a suceder. Quizá se hubiera dado cuenta de que era su oportunidad de recuperar tanto a Andrew como a Gregory. Ivy se la imaginaba burlándose de Gregory. Recordó el día en que éste había vuelto de casa de su madre tremendamente disgustado. Ivy se imaginaba a Caroline amenazándolo con contarle todo.

¿La habría silenciado Gregory?, ¿la habría matado por su herencia?

Esas cartas eran suficiente para llevarlas a la policía, suficiente para que los agentes iniciaran una investigación seria. Eric le había dejado lo que necesitaba. «Ángeles —rogó—, dejad que ahora Eric descanse en paz».

Entonces miró el reloj. Señalaba las tres menos veintisiete minutos, pero ella lo había parado con la mano. Habían transcurrido por lo menos cinco minutos. Gregory volvería pronto a casa. Ivy actuó con rapidez, puso el péndulo en movimiento, cerró con llave la puerta del reloj. Se colgó el cordón con la llave alrededor del cuello, volvió a doblar las tres hojas de papel y las introdujo de nuevo en el sobre con mucho cuidado. Luego se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

Afuera, la neblina se había convertido en una ligera llovizna. Ivy se metió el sobre bajo la camiseta y corrió hacia su coche. Condujo hasta la comisaría de policía, con los brazos mojados y la carne de gallina. Cuando se detuvo en un semáforo, revolvió en su bolso y esparció después cuanto contenía en su regazo, intentando encontrar la tarjeta con el nombre del detective que había dirigido la investigación cuando la atacaron. «Teniente Patrick Donnelly», leyó en la tarjeta, y arrojó un montón de pañuelos de papel y lazos para el pelo al asiento de atrás con todas las cosas de la gata. Entonces se acordó.

—*Ella* —llamó, esperando que la gata se encontrara bajo las mantas—. ¡*Ella!* — Al llegar al semáforo siguiente Ivy se estiró hacia atrás y palpó la vieja colcha. No había ningún bulto caliente. Imaginó que el animal se habría escapado cuando había dejado el coche con la puerta abierta—. No entres en casa, *Ella* —susurró—. Fuera no puede atacarte.

Cuando llegó a la comisaría, el sargento de recepción tomó nota de su nombre y la informó de que el teniente había salido.

—Volverá en cualquier momento. En cualquier momento —repitió mirándola con sus amables ojos azules mientras ella rompía los bordes de la tarjeta del detective—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No —rompió otro pedazo del borde de la tarjeta.

—Iré a buscar a otra persona con la que puedas hablar —se ofreció.

—No, esperaré —insistió Ivy. La historia era demasiado extraña y demasiado complicada para contársela a nadie más.

Se sentó en un banco muy duro y se puso a contemplar las paredes color aceituna y los espantosos azulejos de la sala. Justo frente a ella había un gran reloj. Observó la minutería saltar de un punto negro al siguiente mientras intentaba pensar qué iba a decirle al detective. «Será mejor dejar fuera a los ángeles», pensó. Ya iba a ser bastante difícil hacer que el agente la tomara en serio.

La puerta de la comisaría se abrió e Ivy levantó la vista esperanzada. Dos oficiales jóvenes se presentaron a su sargento de recepción, dándole a ella la espalda. Ivy se levantó para preguntar si alguien podía llamar por teléfono al teniente Donnelly.

—Esperaba que Pat hubiera vuelto ya —les estaba diciendo el sargento en voz baja a los otros oficiales mientras ella se acercaba. Está hablando con el chico de los O’Leary.

«¿El chico de los O’Leary? ¿Will?».

Los oficiales se volvieron de repente, y los ojos del sargento encontraron los suyos.

—¿Estás segura de que no podemos ayudarte en nada entretanto?

—Puede darle esto al teniente Donnelly —dijo Ivy sacando el sobre de Caroline.

A continuación pidió un sobre mayor y escribió en él: «Tengo que hablar con usted cuanto antes». Anotó su nombre, su dirección y su número de teléfono, metió dentro el sobre de Caroline y lo selló. Se lo tendió en silencio al sargento de recepción y salió apresuradamente al exterior. Mientras se dirigía a casa a toda velocidad, Ivy no podía dejar de preocuparse por *Ella* y por Philip.

Cuando se detuvo delante de la casa sólo vio en el garaje el coche de su madre. Bueno, pensó, Philip estaba a salvo y ella tenía la posibilidad de encontrar a *Ella* antes de que llegara Gregory. Se dirigió al piso de arriba dando un rodeo con el fin de asegurarse de que no había dejado señales de su búsqueda. El reloj hacía tictac a un ritmo regular, aunque iba varios minutos atrasado.

Subió corriendo de dos en dos los peldaños de la escalinata principal. Al oír a su madre hablando por el teléfono de su habitación, Ivy asomó la cabeza por la puerta, la saludó con un leve gesto de la mano y continuó hacia su dormitorio. La puerta estaba abierta de par en par y no había señales de *Ella*. No había bultos redondos en la cama, de modo que Ivy miró debajo, pensando que después de todo lo que había pasado, tal vez *Ella* se hubiera escondido allí. No era así, pero Ivy se apercibió de que alguien había empujado hacia un lado los zapatos y las cajas que guardaba bajo su cama, formando un muro.

Estudió el muro y agarró el edredón de su cama. Tal vez Gregory lo hubiera hecho para acorralar a *Ella* cuando le había afeitado el costado. Pero ahí, formando parte del muro, estaban las zapatillas que Ivy se había quitado esa misma mañana. Se incorporó despacio y vio que la puerta que conducía a la sala de música del tercer

piso estaba abierta. Ivy la mantenía siempre cerrada.

—*Ella* —articuló con una sensación de horror tan intensa que era incapaz de hablar en voz alta. Ni siquiera podía andar. Se arrastró a gatas hasta la puerta y vio que, arriba, la luz estaba encendida. Agarrándose al marco de la puerta, Ivy se izó y subió lentamente la escalera. ¿Qué le habría hecho ahora? ¿Lastimarle otro pie? ¿Seccionarle un pedazo de oreja?

Cuando llegó a lo alto de la escalera, miró inmediatamente debajo del piano, luego bajo las sillas de la habitación. Por último, sus ojos se dirigieron a la ventana, a la sombra que había en la ventana.

—¡*Ella!* Oh, no, ¡*Ella!*

La gata se balanceaba colgando de una cuerda que pendía de un clavo del doble techo. Ivy tiró de la cuerda y levantó al animal, pero su cuerpo estaba laxo. Tenía la cabeza colgando, con el cuellecito roto. Ivy chilló y chilló, apretando la cara contra el cuerpo muerto de *Ella*, aún blando, aún caliente. Sus dedos se movieron alrededor de las orejas de la gata, tocándola con delicadeza, como si sólo estuviera dormida.

—*Ella* —gimió, y comenzó a chillar de nuevo—. ¡La ha matado! ¡La ha matado!

—¡Ivy! ¿Qué pasa? —gritó su madre.

Ivy se esforzó por recuperar el control de sí misma. Todo su cuerpo temblaba. Se aferró a *Ella*, restregando la cara contra el suave pelaje del animal. No podía soportar soltarla.

—¡La ha matado! ¡La ha matado!

Su madre subía la escalera.

—¡Gregory la ha matado, mamá!

—Ivy, cálmate. ¿Qué has dicho? —preguntó Maggie al llegar a lo alto de la escalera.

—¡Ha matado a *Ella!* —Ivy soltó a la gata y se interpuso entre ella y su madre.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Maggie.

Ivy se hizo a un lado.

—Oh, Dios mío... —Su madre se llevó la mano a la boca—. Ivy, ¿qué has hecho?

—¿Que qué *he* hecho? ¿Me estás culpando a *mí*? ¿Todavía piensas que estoy loca, mamá? Ha sido Gregory. Él es quien está detrás de todo esto.

Su madre la miró como si hablara otro idioma.

—Llamaré a la orientadora.

—Mamá, escúchame.

Ivy se daba cuenta de que su madre estaba demasiado asustada por lo que había visto, tenía demasiado miedo de Ivy y de lo que creía que había hecho para escucharla o comprender. Maggie cogió un pedazo de papel doblado que alguien había dejado sobre la banqueta del piano y le dio vueltas una y otra vez sin leerlo.

Ivy le arrancó a su madre la nota de las manos, la desdobló y leyó: «Puedo



hacerles daño a aquellos a quienes amas».

Le tiró el papel a su madre.

—¡Mira! ¿No lo entiendes? ¡Gregory va a por mí! La ha matado sólo para llegar a mí.

La madre de Ivy retrocedió unos pasos para alejarse de ella.

—Pero si Gregory está fuera con Philip —dijo—, y...

—¿Con Philip? ¿Dónde?

—Llamaré a la señorita Bryce. Ella sabrá lo que hay que hacer.

—¿Dónde? —preguntó Ivy sacudiendo a su madre por los hombros—. Dime adónde ha llevado a Philip.

Su madre se alejó de ella y se encogió en un rincón.

—No hay ningún motivo para disgustarse, Ivy.

—¡Va a hacerle daño!

—Gregory quiere a Philip —sostuvo su madre desde la esquina de la habitación. Avanzaba de lado, en dirección a la escalera—. Debes de haberte dado cuenta de lo mucho que juega con él últimamente.

—Me he dado cuenta —espetó Ivy.

—Le prometió a Philip que hoy irían a la caza de viejos tornillos de ferrocarril —continuó su madre—, y mantuvo su promesa a pesar de este tiempo tan húmedo. Gregory es bueno con Philip. Por eso le conté, a pesar de que Andrew no quería que lo hiciera, ayer le conté que él y Philip pronto serían hermanos del todo.

—Oh, no —gimió Ivy, desplomándose contra su aparato de música. «Puedo hacerles daño a aquellos a quienes amas». Oyó las palabras con tanta claridad como si Gregory estuviera junto a ella, susurrándoselas al oído. Miró a su madre y dijo—: ¿Sabes adónde han ido a buscar los tornillos?

Su madre estaba descendiendo lentamente la escalera de espaldas.

—Cerca de los puentes. Gregory dijo que podía subirse al puente viejo y coger muchos tornillos para Philip. —Maggie parecía aliviada de haber llegado al final de la escalera—. Baja, Ivy. Deja estar a *Ella*. Llamaré a la orientadora. Venga, baja, hija.

Ivy comenzó a bajar la escalera y su madre salió corriendo de la habitación. Ivy esperó hasta que Maggie estuvo en su propio dormitorio llamando a la señorita Bryce y salió corriendo cruzando el baño y la habitación de Philip y bajó por la escalera de servicio.

—Tristan, ¿dónde estás? —gritó mientras corría hacia el coche. Introdujo rápidamente la llave en el contacto—. Tristan, ¿dónde estás?

Arrancó de golpe, con las ruedas resbalando y la puerta vibrando. Abrió la portezuela y volvió a cerrarla de golpe mientras bajaba la colina a toda velocidad. A pesar de lo de prisa que iba, de lo peligrosamente que tomaba las curvas sobre el asfalto mojado, tenía la impresión de que no iba a llegar nunca.

«Ángeles —rogó mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro—, no lo abandonéis, no lo abandonéis».

Apenas llegó a la cima de la colina, Tristan supo que Ivy no se encontraba allí. Su coche no estaba. Maggie se hallaba de pie al borde del camino de entrada, agarrando con fuerza un teléfono inalámbrico con aire consternado.

—No me importa en qué reunión esté. Tengo que hablar con él.

¿Qué había sucedido?, se preguntó Tristan. ¿Dónde estaba Ivy? Aún se sentía muy aturdido, como una persona que ha dormido de más y demasiado profundamente. Cuando se había sumido en la oscuridad por última vez, tuvo la impresión de que una fuerza muy superior a él, una fuerza mucho más poderosa que cualquiera que hubiera experimentado jamás, lo empujaba desde el borde y lo precipitaba en las apacibles tinieblas.

—¡Es una emergencia! —gritaba Maggie por teléfono.

«Dime, Maggie, dime qué ha pasado», pensó Tristan.

—Andrew. Oh, Andrew —Maggie cerró los ojos con alivio—. Es Ivy, se ha vuelto loca. Se ha ido.

«¿Adónde?».

—No sé qué lo desencadenó. Subió arriba y luego, de repente, la oí gritar. Subí tras ella, a su sala de música. Ivy... Ivy ha matado a *Ella*.

«¿Qué?».

—He dicho que ha matado a *Ella*... Sí, estoy segura.

«Gregory ha matado a *Ella*», pensó Tristan.

—No lo sé —gimió Maggie—. Le dije que Gregory se había llevado a Philip a los puentes a buscar tornillos de ferrocarril.

Ahora, la mente de Tristan empezó a hacer asociaciones. Justo antes de que él cayera en la oscuridad, Gregory le había afeitado a *Ella* el costado. Tristan había creído que Gregory sólo quería poner a Ivy nerviosa, pero ahora se daba cuenta de que era una advertencia. Gregory estaba golpeando cada vez más cerca.

—Pensé que la había tranquilizado, Andrew —decía Maggie—. Le dije lo bueno que Gregory estaba siendo con Philip. Creí que estaba manejándola bien. Luego fui a llamar a la orientadora y ella se escapó. Se marchó de aquí en el coche como si estuviera loca. ¿Qué debo hacer?

Tristan no esperó a oír más. Salió corriendo hacia los puentes, tomando la ruta que Ivy debía de haber seguido en coche. Ahora estaba totalmente despierto y se sentía más fuerte que nunca. Su mente pensaba de prisa. ¿Tenía pensado matar Gregory a Philip? ¿Estaba tan loco como para pensar que podía salir bien librado después de cometer un asesinato tras otro?

«Está completamente chiflado», pensó Tristan. ¿Y si era una trampa? ¿Y si sólo era una manera de hacer que Ivy fuera a los puentes del ferrocarril?

Tristan le dio alcance en la sinuosa carretera que discurría a lo largo del río. Se subió al asiento del acompañante, pero ella estaba tan concentrada en conducir que no percibió su luz dorada. La sacudida repentina de un bache rompió su concentración.

«¡Un bache! Unos cuantos más. Cuidado. Tenemos que llegar a los puentes. Encontrar a Philip», pensó Tristan, hasta que combinó un pensamiento con ella y se introdujo en su mente.

—Soy yo.

—¡Tristan! ¿Dónde has estado?

—En la oscuridad —se apresuró a responder él—. Ivy, ve más despacio. Escúchame. Podría ser una trampa.

—Eso es lo que dijiste sobre Eric, y ya sabes lo que pasó —le recordó Ivy, y aumentó la velocidad—. Quizá si hubiera llegado donde Eric un poco antes...

—Eso no es verdad y lo sabes —la interrumpió Tristan—. No podrías haber salvado a Eric.

—Voy a salvar a Philip —dijo ella—. Gregory no va a arrebatarme nada más.

—¿Con qué vas a salvarlo? ¿Con una pistola? ¿Con un cuchillo? ¿Qué llevas encima?

Ivy sintió las dudas crecer en su mente, un terror nuevo que le helaba las venas.

—Vuelve atrás. Ve a la policía —la instó él.

—¡Ya he ido a la maldita policía!

—Entonces, prueba con Will —dijo Tristan—. Tenemos que ir a buscar a Will.

—No podemos confiar en Will —repuso ella de inmediato—. Tú mismo lo dijiste.

—Estaba celoso, Ivy, y enfadado porque él tenía secretos. Pero ahora lo necesitamos. Además, Will haría cualquier cosa por ti —afirmó Tristan.

Notó que Ivy se resistía. Le estaba ocultando algo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me dices?

Ella negó con la cabeza y guardó silencio.

—Puede ayudarnos —insistió Tristan.

—No necesito su ayuda. Te tengo a ti, Tristan, al menos pensaba que te tenía —lo desafió.

—Ya sabes que sí, pero yo no puedo detener las balas.

—Y Gregory no puede arriesgarse a usarlas —replicó Ivy en tono seguro—. Ése ha sido siempre su problema. Tiene que hacerlo mejor, de forma más subrepticia. Ya ha habido demasiadas muertes. Ha muerto demasiada gente próxima a él. No puede salir impune de un asesinato que conlleve alguna prueba.

El tono seguro de su voz le dijo a Tristan que se trataba de una batalla perdida.

Ivy ya había tomado una decisión.

—Volveré —le dijo.

—¿Tristan? —llamó Ivy.

Pero ahora Tristan corría por delante de ella y llegó a los puentes casi al instante. El tiempo había empeorado, la leve llovizna se había convertido en una lluvia fría e intensa que barría ambas orillas del río. Una bruma surgía de las aguas más cálidas que corrían bajo los puentes. Tristan vio la niebla y, sin embargo, a pesar de todo, pudo distinguir con claridad los puentes paralelos que envolvía. No había ni rastro de Gregory ni de Philip. Entonces oyó voces río arriba. Se movían hacia el norte, en dirección contraria al lugar donde había muerto Eric, donde no había senderos fáciles de recorrer. Se sintió como una águila, localizó con precisión a los dos y aterrizó a su lado. Algo había cambiado en él desde que se había sumido la última vez en aquella oscuridad tan profunda. Sus propias habilidades lo sorprendían.

Gregory estaba con Philip frente a una choza pequeñísima bien camuflada entre los arbustos y las vides. Abrió la puerta de madera y Philip entró en la destartalada construcción sin vacilar.

—Seremos como los cazadores de verdad —le estaba diciendo Gregory—. Sé donde hay un montón de madera. Puedo ir a coger algunos pedazos secos y encender una hoguera.

Tristan escuchaba, intentando averiguar cuál era el plan de Gregory. ¿Iba a prenderle fuego al edificio y dejar a Philip atrapado en el interior? No, Ivy tenía razón: demasiado evidente, y ahora Gregory tenía que tener mucho cuidado. Además, Maggie sabía que Philip había salido con él.

Philip dejó sus tornillos de hierro.

—Te ayudaré. Los tornillos estarán seguros aquí.

Gregory negó con la cabeza.

—No, será mejor que te quedes y que vigiles tu tesoro. Yo iré a buscar la leña y volveré dentro de unos minutos.

—Espera —dijo Philip—. Puedo hacer un hechizo para proteger nuestro tesoro. Entonces, nadie podrá cogerlos y...

—No —lo cortó Gregory.

—Es que quiero ayudar.

—Te diré cómo puedes ayudarme —respondió Gregory en seguida—. Préstame tu chaqueta.

El chiquillo frunció el ceño.

—Venga, ¡dámela! —exigió Gregory, incapaz de ocultar su impaciencia.

Como respuesta, la mandíbula de Philip adoptó un gesto tenso y terco. Entornó los ojos, lleno de recelo.

—La necesito para traer la leña —le explicó Gregory con voz más amable—.

Después encenderemos una buena hoguera y estaremos secos y calentitos.

Philip se quitó la chaqueta roja de mala gana. Entonces, sus ojos se dilataron de repente. Tristan supo que lo había visto.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás mirando? —inquirió Gregory, volviéndose.

Tristan salió de inmediato por la puerta para que Gregory no viera su resplandor, esperando que Philip comprendiera ese mensaje silencioso.

El chico lo comprendió.

—Nada —dijo.

Se produjo un largo silencio. Gregory se acercó a la puerta y echó un vistazo al exterior, pero no percibió a Tristan.

—Creo que he visto una araña grande —oyó Tristan que decía Philip.

—Una araña no te hará ningún daño —repuso Gregory.

—Una tarántula, sí —replicó Philip, tozudo.

—Vale, vale —terció Gregory con la voz áspera de irritación—. Pero no hay ninguna. Quédate aquí y vigila tu tesoro. Vuelvo en seguida.

En cuanto salió de la cabaña, Gregory cerró la puerta y escudriñó los árboles y los arbustos de los alrededores. Satisfecho de que nadie estuviera observándolo, se sacó un candado del bolsillo, lo deslizó sobre el tirador herrumbroso y encerró a Philip sin hacer ruido.

—Lacey, Lacey, necesito tu ayuda. Philip necesita tu ayuda —la llamó Tristan, y se coló a través de las paredes de la choza.

Philip lo saludó con una deslumbrante sonrisa.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Cómo es que te escondías?

Tristan se quedó donde estaba y esperó a que el chiquillo se acercara a él. Entonces echó a andar hacia la puerta. Tal como esperaba, Philip lo siguió. Tristan colocó la mano sobre el tirador, sabiendo que Philip lo vería brillar. El muchacho alargó inmediatamente el brazo y tiró del picaporte.

—No puedo abrir la puerta —dijo.

Acoplándose a ese pensamiento, Tristan se introdujo dentro de él.

—No puedes porque hay un candado por la parte de afuera. Lo ha puesto Gregory.

Philip volvió a agarrar el tirador. Siguió tirando de él, como si no pudiera creerlo.

—Déjalo ya. Está cerrada. Philip, déjalo y escúchame.

Pero el muchacho comenzó a aporrear la puerta con los puños.

—Philip...

Luego empezó a darle patadas a la puerta. Desesperado, arrojó su cuerpo contra ella una y otra vez.

—¡Para! No servirá de nada. Y tal vez necesites tu fuerza para otras cosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Philip. Respiraba de prisa, con la boca abierta, y sus

ojos recorrían como flechas la habitación—. ¿Por qué me ha encerrado?

—No estoy seguro —respondió Tristan con sinceridad—. Pero te diré lo que quiero que hagas. Voy a tener que dejarte solo, Philip, sólo un momentito. Si Gregory regresa antes que yo y te deja salir, corre hacia la carretera. Ve a la carretera e intenta llamar la atención de algún conductor que pase. No vuelvas a subirte al coche con él, ¿vale? No vayas con él a ningún sitio.

—Tengo miedo, Tristan.

—No te va a pasar nada —le aseguró Tristan, contento de que Philip no pudiera hurgar en su mente y saber cuánto miedo tenía él también—. He llamado a Lacey.

—He llamado a Lacey —se burló una voz—. Y habéis tenido suerte de que ella no tuviera nada mejor que hacer.

El rostro de Philip se iluminó al ver el resplandor morado de Lacey.

—¿En qué lío os habéis metido vosotros dos? —preguntó.

Tristan ignoró la pregunta.

—Tengo que marcharme. Ahora todo irá bien, Philip —dijo deslizándose fuera de él.

—No tan de prisa —Lacey le habló mentalmente a Tristan para que Philip no pudiera oírla—. ¿Qué pasa?

—No estoy seguro. Creo que es una trampa. Tengo que encontrar a Will —repuso rápidamente, y se dirigió hacia la pared de la cabaña—. Ivy necesita ayuda.

—¿Y cuándo no la ha necesitado? —le gritó Lacey, pero Tristan se había marchado ya.

Ivy dirigió el coche hacia los puentes dobles agarrando el volante con fuerza, inclinándose hacia adelante, esforzándose por ver. Encendió las luces, pero la niebla las absorbió como pálidos fantasmas. La lluvia y las primeras hojas caídas hacían que el suelo estuviera resbaladizo, y, en una curva, los neumáticos patinaron de improviso sobre la carretera. Derrapando, el coche resbaló un largo trecho por el carril contrario. Sin parpadear, Ivy lo devolvió a su sitio.

El río, el bosque y la carretera se extendían por kilómetros y kilómetros. Si Philip y Gregory no estaban en los puentes, sería difícil buscarlos sola. Ivy quería llamar a Tristan para que volviera, pero no volvería, él no lo entendía. La lluvia estaba arreciando y no había tiempo para ir a la policía.

Tristan tenía razón, por supuesto. No tenía ninguna arma, a menos que considerara como tal el clavo oxidado que traqueteaba en el posavasos del coche. Pero sí disponía de una amenaza: le había dejado la información a la policía. Y si Gregory le hacía daño a Philip, tendría muchas más explicaciones que dar.

Pisó los frenos de repente y giró de golpe el volante, casi pasándose el desvío que conducía al descampado. Los faros de su coche describían un arco de luz contra los árboles. El corazón empezó a aporrearle el pecho. Justo frente a ella estaba el coche de Gregory. A pie no podían haber ido muy lejos, se dijo.

Ivy aparcó el coche de cara a la carretera y dejó la puerta delantera abierta de par en par, pero esta vez con un motivo. Si Gregory perseguía a Philip y a ella, empujaría a su hermano a través de la puerta abierta, se subiría en el vehículo tras él, cerraría la puerta y dejaría a Gregory fuera. Buscó a toda prisa una piedra por el suelo. Encontró una, se agachó junto a la rueda trasera del coche de Gregory y la utilizó para hincar el clavo oxidado en el neumático.

Corrió entre los árboles y trepó hasta la vía del tren. A ambos lados, el túnel de árboles la rodeaba, denso y goteante. Corrió por las vías y, de pronto, el túnel verde se ensanchó y los puentes paralelos aparecieron ante ella como si estuvieran suspendidos en mitad del aire.

La niebla que brotaba del río ocultaba sus largos pilares, y sólo el sonido del agua que bajaba con fuerza revelaba que, debajo, el río fluía con rapidez. Secciones de los puentes aparecían y desaparecían continuamente mientras espirales de nubes se adherían a sus esqueletos como vaporosas bufandas y desaparecían flotando después. En medio de la lluvia y la niebla, era imposible ver el punto en el que el puente se interrumpía bruscamente.

El tiempo le estaba poniendo las cosas fáciles a Gregory, pensó Ivy. Cuanto tenía



que hacer era atraer a Philip hasta la vía y, una vez allí, darle un inesperado empujón. ¿Qué suponía otro «accidente» más para la mente retorcida de Gregory?

Ivy estudió la vieja vía, donde Gregory debía de haber estado buscando tornillos para Philip. Forzó la vista hasta que le dolieron los ojos y volvió a mirar en dirección al puente. La niebla cambiante se arremolinó e Ivy vislumbró un destello rojo. Las nubes volvieron a cubrirlo con idéntica rapidez. Después, la mancha roja volvió a saludarla desde el puente nuevo. Era el rojo brillante de la chaqueta de Philip.

—¡Philip! —chilló—. ¡Philip!

Echó a correr por la vía del puente nuevo.

—Quédate donde estás —le gritó, temiendo que si corría hacia ella pudiera tropezar y caerse. Pero a medida que se acercaba se dio cuenta de que no era más que su chaqueta, tirada sobre los raíles. El corazón le dio un vuelco pero siguió adelante, temiéndose lo peor pero con la necesidad de encontrar cualquier pista de su hermano.

La chaqueta estaba empapada por la lluvia pero no presentaba desgarrones, y sólo tenía unas salpicaduras de barro en los puños. No había señales de lucha. Por unos instantes se sintió optimista. Por supuesto, no tenía por qué haber habido lucha, pensó Ivy. Gregory podía haber hecho que Philip se quitara la chaqueta como parte de un juego y, después, haberse apresurado a empujarlo. Recogió la chaqueta y la estrechó entre los brazos, contra su cuerpo, del mismo modo que había abrazado a *Ella*.

—¿Has encontrado algo?

Se dio rápidamente la vuelta y casi perdió el equilibrio.

—Hola, Ivy —dijo Gregory. Entre la niebla parecía una sombra gris, un ángel oscuro sentado en el puente a tres metros de ella—. ¿Vas a la caza de tornillos?

—Voy a la caza de mi hermano.

—No está aquí —repuso él.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó Ivy.

Gregory sonrió y avanzó varios pasos hacia ella. Ivy retrocedió varios pasos, aferrando aún la chaqueta.

—Co, co, co, co, co, co —canturreó Gregory en voz baja—. ¿Quién quiere jugar a gallina, gallina, gallina?

Ivy miró la orilla opuesta, esperando ver acercarse un tren a toda velocidad, como en la pesadilla de Philip, ansioso de engullirla.

Se volvió de nuevo hacia Gregory.

—¿Qué has hecho con él? —le preguntó de nuevo sin alzar la voz, luchando por controlar el miedo histérico que se estaba apoderando de ella.

Él rió con suavidad.

—Co, co, co, co, co, co —repitió, y retrocedió unos cuantos pasos.

Ivy avanzó al mismo tiempo que él retrocedía, ahora con más rabia que miedo.

—Tú mataste a Eric, ¿verdad? —dijo—. Tenías miedo de lo que pudiera decirme.

No fue una sobredosis accidental.

Gregory volvió a retroceder. Ivy dio un paso adelante por cada paso que él daba hacia atrás.

—Mataste a tu mejor amigo —afirmó—. Y a la chica de Ridgefield..., después de que me atacaste en casa, la mataste para encubrir el asunto. Y a Caroline. Así es como empezó todo. Mataste a tu propia madre.

Paso a paso, se movió con él, preguntándose a qué juego estaba jugando. ¿Estaría acercándose algún tren? ¿Era eso lo que oía a lo lejos?

Gregory cambió de repente de dirección y avanzó hacia ella. Ivy retrocedió. Eran dos bailarines en la cuerda floja.

—Y también a Tristan —le gritó Ivy—. ¡Tú mataste a Tristan!

—Y todo por tu culpa —dijo él. Su voz era tan tenue e inquietante como las retorcidas formas de niebla—. Eras tú quien tenía que morir, no Tristan. Eras tú quien tenía que morir, no la chica de Ridgefield...

Sonó el pitido de un tren e Ivy se volvió.

Gregory estalló en carcajadas.

—Será mejor que reces, Ivy. He oído decir que Tristan se ha convertido en ángel, pero nadie ha visto a un Eric resplandeciente. Espero que hayas sido una chica buena.

Volvió a oírse el silbato del tren, ahora más agudo, más próximo. Ivy se preguntó si conseguiría llegar a tiempo hasta la otra orilla. Oía el ruido del propio tren, que ahora retumbaba entre los árboles, cerca, demasiado cerca ya del río.

Gregory seguía andando hacia atrás con paso regular e Ivy adivinó su plan. Iba a mantenerla sobre el puente, entre el tren y él. Así parecería que la chica que todos creían tan loca como para arrojarse bajo las ruedas de un tren una vez, había vuelto a intentarlo.

Mientras Gregory caminaba hacia atrás, Ivy avanzaba con él.

—Te equivocas, Gregory —le dijo—. Todo fue por culpa tuya. Estabas aterrorizado de que todo se supiera. Estabas aterrorizado de que te dejaran fuera. Tu verdadero padre nunca podría darte las cantidades de dinero que tiene Andrew.

La boca de Gregory se abrió ligeramente, y se la quedó mirando. Lo había cogido por sorpresa. Ahora no estaban ya muy lejos de la orilla, y Gregory dio un vacilante paso atrás. Ivy avanzó con lentitud. Si él tropezaba, ella tendría una oportunidad.

—No imaginabas que yo conociera toda la historia, ¿verdad, Gregory? Lo gracioso es que el día que mataste a tu madre, yo no te vi. No vi nada con los reflejos del cristal. Si me hubieras dejado en paz, nadie habría adivinado que habías sido tú.

Vio que se le ensombrecía el rostro. Gregory apretó los puños.

—Venga —lo desafió Ivy—. Ven a por mí. Tírame de la vía, sólo será un asesinato más sobre tus espaldas.

Miró hacia abajo. Tres metros más..., tres metros más y tendría una oportunidad,

incluso si caía.

—Caroline le dio una llave a Eric —prosiguió Ivy—, y Eric me la dejó a mí. Encontré unos papeles en el reloj de Andrew.

Otros dos metros y medio.

—Unas cartas bastante interesantes de tu madre —le dijo.

Dos metros.

—Y también un informe médico.

Uno y medio.

—Se los he entregado a la policía hace una hora —manifestó Ivy.

Un metro. Gregory se detuvo. Se quedó absolutamente inmóvil. Lo mismo hizo Ivy. Entonces, sin previo aviso, él se abalanzó sobre ella.

Tristan llegó a casa de Will justo cuando un coche oscuro se alejaba de la vivienda. Con su visión agudizada, pudo ver al hombre que conducía: se preguntó por qué el detective que había investigado el ataque a Ivy habría ido a ver a Will.

Will estaba solo en el porche delantero, tan absorto en sus pensamientos que Tristan no pudo encontrar una forma fácil de introducirse en él. Vio que Will tenía un lápiz en el bolsillo y se lo quitó, pero el chico no se dio cuenta. Tristan tamborileó el lápiz contra un poste de madera y escribió su propio nombre con las puntas de los dedos materializadas, con doble subrayado, sorprendido de la nueva fuerza que sentía en las manos.

—¡Tristan! —exclamó Will, y Tristan se deslizó dentro de él.

No perdió el tiempo.

—Ivy necesita ayuda. Ha ido a los puentes, cree que Gregory se ha llevado allí a Philip. Es una trampa.

—Tengo que coger las llaves —replicó Will mentalmente, y corrió al interior de la casa.

—¡No!

Will se detuvo y miró a su alrededor, confundido.

—Sólo corre. ¡Corre! —lo apremió Tristan.

—¿Hasta los puentes? —protestó Will—. No conseguiremos llegar a tiempo.

—Yo te llevaré hasta allí —repuso Tristan—. Llegaremos más de prisa si no usamos la carretera y podemos evitar todo el tráfico.

Sabía lo descabellado que parecía, del mismo modo que sabía que era verdad. La última oscuridad le había aportado más fuerza de la que había tenido nunca, poderes que aún no había probado.

—Confía en mí —dijo Tristan—. Hazlo por Ivy, confía en mí —rogó, aunque nunca se había fiado del todo de Will.

Will despegó y, juntos, avanzaron como uno solo. Tristan percibía la perplejidad y

el miedo de Will. ¿Qué le estaría pasando a Ivy? ¿Qué le estaba pasando a su propio cuerpo, dominado por Tristan? ¿Qué veía la gente?

—No creo que nos vean siquiera —dijo Tristan—. Pero yo no sé mucho más que tú.

Ahora se encontraban en la sinuosa carretera. Mientras viajaban, extrañas voces sonaban a su alrededor. ¿Estaban las voces dentro de su propia cabeza?, se preguntó Tristan. ¿O era la mente de Will, que se rebelaba? Tal vez fueran voces humanas comprimidas, del mismo modo que el espacio parecía estar comprimido mientras cruzaban el paisaje a toda velocidad.

Al principio, las voces murmuraban y sonaban indistintas, pero ahora se oían mucho más fuertes y nítidas, ruidosos parloteos y claros cantos, amenazadoras voces graves y voces agudas que se superponían a todas las demás.

—¿Qué es esto? —gritó Will tapándose los oídos con las manos—. ¿Qué es lo que oigo?

—No lo sé.

—¿Qué es? ¡No puedo soportarlo! —exclamó agitando la cabeza como si pudiera expulsar a las voces fuera de él.

Tristan experimentaba más que las voces. Veía cosas que no había visto nunca: animales asustados que se escondían detrás de unos árboles, piedras dentadas, aunque estaban completamente cubiertas de hojas, raíces profundamente hundidas en el suelo.

Ahora estaban en el descampado, y Tristan vio las vías tras la pantalla mojada de los árboles. Mientras corrían hacia los puentes, las voces agudas se volvieron estridentes y más intensas, las graves, profundas y furiosas.

—Demonios —dijo Will, temblando, cuando llegaron a los puentes—. Lo que estamos oyendo son demonios.

En cuanto Gregory se abalanzó sobre ella, Ivy dio media vuelta y echó a correr. No había manera de sortearlo sobre el estrecho puente. Cuando se puso a correr vio el foco del tren, como un pequeño sol que iluminaba la niebla, avanzando entre los árboles, cerca del puente. No podría llegar al otro lado a tiempo, no podía correr más que el tren. Pero no había vuelta atrás. Tenía la chaqueta rojo vivo de Philip. Si la agitaba, el maquinista tal vez la viera.

Gregory le estaba dando alcance. El silbato volvió a sonar, y Gregory se echó a reír. Se encontraba apenas a unos metros por detrás de ella, riendo sin parar, como si estuvieran jugando a pilla-pilla en el parque. ¡Estaba loco! No le importaba. Moriría con ella con tal de matarla. Con cada paso que daba, se iba acercando. Podía verlo por el rabillo del ojo. Desesperada, Ivy arrojó la chaqueta de Philip a la vía, detrás de ella. La chaqueta voló y fue a enredarse en las piernas de Gregory. Él trastabilló. Ivy

miró atrás y lo vio caer de rodillas.

Ivy siguió corriendo. Oyó el largo estruendo del tren y corrió hacia él tan a prisa como pudo. Si ponía la distancia suficiente entre Gregory y ella, podía intentar encontrar un sitio al que agarrarse, algún asidero debajo de la vía del que dejarse colgar.

—Ángeles, ¡ayudadme! —rogó—. Oh, ángeles, ¿me protegéis? ¡Tristan! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, Ivy! ¡Ivy, aquí!

Había un montón de voces a su alrededor que gritaban su nombre. Aminoró la marcha. ¿Eran sólo ecos en su cabeza, el sonido del viento distorsionado por su mente aterrorizada? Luego vio que también Gregory se había detenido unos instantes a escuchar, con el rostro brillante de sudor, los ojos abiertos como platos, las grises pupilas bordeadas de blanco.

Entonces Ivy oyó claramente una voz.

—Ivy.

La reconoció.

—¡Will! —exclamó.

Se aproximaba a ella de frente corriendo por la vía, llamándola. Las demás voces gritaron con más fuerza tras la voz de Will, y un terror oscuro se apoderó de ella. «Es un truco —pensó Ivy—. Es todo parte del plan de Gregory».

Gregory volvió a echar a correr tras ella e Ivy corrió más a prisa.

Will corría a una velocidad increíble por el puente paralelo. Se había puesto a su altura e iba tres pasos por delante de ella cuando llegó al final del puente viejo.

—¡Ivy! —bramó—. ¡Por aquí, Ivy! ¡Salta!

Ella lo miró por encima del hueco de dos metros de anchura. A su alrededor, las voces gritaban y parloteaban, las voces agudas resonaban en sus oídos, sumiéndola en la desesperación.

—¡Salta! —gritó Will, tendiéndole las manos.

Aunque la atrapara, no había nada que impidiera que él se precipitara al vacío con ella. Los mataría a ambos.

—¡Ivy, salta! —Parecía la voz de Tristan.

—Ivy, salta. Ivy, salta —se mofó Gregory. Había dejado de correr. Ahora caminaba hacia atrás sobre las vías, mirándola, mirando el claro donde el tren aparecería en cualquier momento, con la cara enrojecida y un hilillo de sangre manando de su nariz. Sus ojos relucían, brillantes, triunfantes, enloquecidos.

—Tristan —llamó Ivy.

—Está aquí —terció Will—. Nos ayudará.

Pero ella no percibía a Tristan en su interior ni lo veía resplandecer dentro de Will.

—¿Dónde? —gritó—. ¿Dónde?

—¿Dónde, dónde? —se burlaron las voces.

El tren tronó al entrar en el puente.

—Tristan, ¿dónde estás? —chilló Ivy.

—Agárrala, Will. ¡Agárrala!

Will se estiró e Ivy dio un salto. Un arco dorado brilló por un instante entre los dos puentes, sosteniendo a Ivy y a Will. Luego ambos se precipitaron sobre las vías viejas, aferrándose desesperadamente al borde para no caer rodando.

El tren avanzó a toda velocidad por el puente nuevo, y Gregory se puso a correr hacia la orilla opuesta. Ivy y Will se pusieron en pie con esfuerzo y gritaron al tren hasta que les escoció la garganta. Sus voces quedaron sofocadas por una creciente oleada de sombríos parloteos ininteligibles, un estruendo siniestro de voces tan profundas que parecían venir de debajo de cuanto vivía.

Ivy y Will observaron impotentes mientras el tren se precipitaba hacia Gregory. Nunca lo conseguiría. Tendría que intentar saltar al puente viejo. Las voces comenzaron a chillar. Ivy se cubrió los oídos con las manos, y Will la agarró con fuerza. Intentó volverle la cabeza hacia otro lado, pero ella siguió mirando.

Gregory saltó. Estirándose, lanzó los brazos hacia adelante, extendió los dedos. Por un momento se desplegó como un ángel, luego se hundió en la niebla que flotaba abajo.

El tren pasó a su lado como una exhalación, sin reducir en ningún momento la velocidad. Ivy apretó su rostro contra el de Will. Se abrazaron el uno al otro, sin respirar apenas. El tumulto de voces murmuró y calló.

—Co, co, co, co, co, co —canturreó una voz—. ¿Quién es un gallina, gallina, gallina?

Y todo quedó en silencio.

—Una caja de pañuelos de papel —dijo Suzanne el sábado por la noche—. Servíos, chicas. Una fuente grande de *brownies*.

—¿Por qué pones los pañuelos cerca de nosotras y los *brownies* junto a ti? —inquirió Ivy. Suzanne, Beth y ella estaban tumbadas en el suelo, en medio de su habitación.

Beth se apresuró a acercar más los *brownies* a su saco de dormir.

—No te preocupes —le dijo a Ivy—, yo tengo el cuchillo.

—Suzanne utilizará las uñas —replicó Ivy—. Mantén la fuente entre nosotras dos.

—Eh, un momento —intervino Suzanne frunciendo los labios. Llevaba un color más pálido que el rojo fuego que solía llevar—. Durante los últimos cuatro días, he sido considerada, amable, educada...

—Lo que me está poniendo de los nervios —repuso Ivy—. Echo de menos a la vieja Suzanne... La he echado de menos no sólo estos últimos cuatro días —añadió en voz baja.

La cara mohína de Suzanne cambió de expresión, e Ivy extendió en seguida el brazo para tocar la mano de su amiga.

—Oh, oh, ha llegado la hora del pañuelo de papel.

Todas cogieron uno.

—He llorado un montón de rímel estos últimos cuatro días —se quejó Suzanne.

—Ataquemos los *brownies* —sugirió Ivy, quitándole el cuchillo a Beth y cortando tres grandes pedazos.

Beth pasó un dedo por el interior de la fuente, recogiendo varias migas grandes además de su *brownie*. Acto seguido le dirigió a Suzanne una sonrisa.

—Creo que hacía años que no me quedaba a dormir en casa de nadie.

—Yo también —repuso Ivy.

—¿Cuánto hace que no duermes bien una noche entera? —le preguntó Suzanne a Ivy, aún con los ojos llorosos.

Ivy se acercó más a su amiga y la rodeó con el brazo.

—Ya te lo dije, la noche pasada dormí de un tirón.

Las otras noches habían sido difíciles para Ivy, pero no había tenido pesadillas. En raras ocasiones, se despertaba por la noche y escudriñaba la habitación, como si su cuerpo, después de haber estado alerta tanto tiempo, siguiera condicionado a comprobar que todo estaba en orden. Pero el miedo con el que había vivido día y noche había desaparecido y, con él, también los sueños.

El martes, la policía había llegado a los puentes casi en seguida, pues el teniente Donnelly había respondido a la nota de Ivy y a una llamada de emergencia de Andrew. Encontraron a Gregory sobre las rocas, en el río que discurría bajo los puentes, y lo declararon muerto en el acto. Un rato después, sacaron a Philip de la choza.

—¿Cómo está Philip? —preguntó Beth.

—Parece que está bien —observó Suzanne.

—Philip ve el mundo como un niño de nueve años —les dijo Ivy—. Si puede explicar las cosas con un cuento, todo va bien. Ha convertido a Gregory en un ángel malo, y cree que los ángeles buenos lo protegerán siempre del mal, así que está bien... por ahora.

Pero Ivy sabía que, más pronto o más tarde, su hermano comenzaría a hacer muchas preguntas difíciles sobre cómo era posible que alguien se portara bien con él y, sin embargo, quisiera hacerle daño. Volvería a preguntar por todos los detalles.

Cuando Ivy y Andrew abandonaron la comisaría de policía el martes por la noche, se habían planteado los hechos del caso. El teniente dijo que la policía mantendría informada a la familia de la chica de Ridgefield, así como a los padres de Eric y de Tristan, de los avances en la investigación del caso.

Más tarde aquella noche, el reverendo Carruthers, el padre de Tristan, acudió a casa de los Baines. Pasó varias horas con Ivy y su familia, y les dio su apoyo hasta el día del funeral, que se celebró tres días después y que él mismo ofició. Ahora que todo había terminado, tanto Andrew como Maggie parecían frágiles y exhaustos, pensó Ivy, angustiados.

—¿Cómo iba a ser, si no? —dijo Beth, como si hubiera leído la mente de Ivy—. Han visto un aspecto de Gregory que no conocían, y es horrible. Están justo empezando a comprender lo que has sufrido tú. Les llevará mucho tiempo.

—Nos llevará a todos mucho tiempo —intervino Suzanne, parpadeando para contener las lágrimas. Luego cogió el cuchillo de la cocina.

—¿Creéis que hay bastantes pañuelos y *brownies*?

«Esta noche está distinta», pensó Tristan mientras observaba a Lacey el sábado por la noche. La encontró donde la había visto por primera vez, sentada indolentemente en su tumba, con una rodilla levantada y la otra pierna estirada frente a ella. Su cabello morado, de punta, reflejaba la luz de la luna, y su piel parecía tan pálida como el mármol en el que estaba recostada. Sus largas uñas lanzaban reflejos de color violeta oscuro. Pero tenía un aire distinto.

En el rostro de Lacey, Tristan advirtió una melancolía que lo hizo vacilar antes de hablarle, una nota de tristeza que era nueva en ella, o que, por lo general, mantenía bien escondida.



—Lacey.

Ella lo miró y parpadeó un par de veces.

—¿Qué pasa? —dijo Tristan, sentándose a su lado.

Lo miró y guardó silencio.

—¿En qué estabas pensando ahora mismo? —le preguntó Tristan con delicadeza.

Lacey se apresuró a mirarse las manos, juntando las puntas de los dedos de una con los de la otra, frunciendo el ceño. Cuando volvió a levantar la vista, parecía como si estuviera viendo directamente a través de él.

Tristan se sintió incómodo.

—¿Hay algo que te preocupe?

—¿Has estado en la parcela de Gregory? —inquirió ella.

—Vengo justo de...

—*Porrr favorrr*, no me digas que está merodeando por aquí —lo interrumpió agitando las manos con gesto dramático—. Quiero decir que ya sé que el Gran Jefe decide lo menos prometedor, pero eso es llevar las cosas un poco demasiado lejos.

Tristan se echó a reír, contento de que volviera a comportarse como era habitual en ella.

—No he visto ni rastro de Gregory —dijo—. En su tumba todo está tranquilo, y, arriba en la colina, también.

Ella dejó caer las manos.

—Has estado con Ivy.

—He estado allí, pero no consigo entrar en contacto con ella —señaló él—. Ni ella ni Philip me ven, y no logro introducirme en la mente de ninguno de los dos. Necesito tu ayuda, Lacey. Me imagino que estás cansada de oírlo, pero te necesito más que nunca.

Ella alzó una mano, haciéndolo callar.

—Tengo que decirte algo, Tristan.

—¿Qué? —repuso él.

—Yo tampoco te veo.

—¡Qué!

—Sólo veo un resplandor dorado —le explicó Lacey—, lo mismo que veían todos hasta ahora cuando te miraban. —Suspiró—. Lo que significa que o bien vuelvo a estar viva —hizo su detestable zumbido de concurso televisivo, aunque sin mucho entusiasmo— o eres una entidad angélica superior a mí.

—¡Pero yo no quiero! —protestó Tristan—. Lo único que quiero es decirle a Ivy...

—Te quiero —dijo precipitadamente Lacey—. Te quiero.

Tristan asintió.

—Exacto. Y que la quiero tanto que deseo que encuentre el amor al que estaba

destinada.

Lacey se apartó de Tristan.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó él.

—No sé —musitó ella.

Tristan hizo ademán de ir a cogerla para que dejara de moverse, pero su mano pasó directamente a través del brazo de Lacey.

Ella se tocó el brazo allí donde él había intentado asirlo.

—Tal vez ahora estés más allá de mí —terció—. No tengo ni idea de qué te está pasando. ¿Tienes alguno de tus viejos poderes?

—Cuando salí de la oscuridad la última vez, tenía más poderes que nunca —respondió Tristan—. Podía proyectar la voz igual que tú. Podía escribir por mí mismo. Era lo bastante fuerte como para levantar a Ivy y a Will. Ahora no tengo fuerza ni para hacer la cosa más sencilla. ¿Cómo voy a entrar en contacto con ella?

—Reza. Pide otra oportunidad —contestó Lacey—, aunque entrar en contacto con ella por última vez tal vez sea lo único que te quede.

—¿Es así como tiene que acabar esto? —preguntó Tristan.

—¡Yo no sé más que tú! —espetó Lacey—. Y sabes cuánto detesto tener que admitirlo —añadió con voz más suave—. Cuanto puedes hacer es rezar e intentarlo. Si... si no lo consigues, yo le diré que querías hacerlo. Le transmitiré tu mensaje. Y vendré a ver qué tal está de vez en cuando, y entonces... le daré algún que otro consejo angelical, ya sabes.

Como Tristan no contestaba, Lacey dijo:

—Muy bien, ya veo que no quieres que le dé consejos a tu chavalita. ¡No lo haré!

—Por favor, comprueba de vez en cuando que está bien —repuso él—, y dale todos los consejos que quieras. Confío en ti.

—¿Confías en mí... incluso si le doy consejos sobre amor? —inquirió Lacey, poniéndolo a prueba.

—Incluso sobre amor —respondió Tristan con una sonrisa.

—No es que yo sepa nada de... amor —replicó Lacey.

Tristan la miró con curiosidad. Entonces, se puso en pie para mirarla con mayor atención.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Qué pasa? —Se apartó de su luz escrutadora.

—Es eso, ¿verdad? —dijo Tristan con silenciosa sorpresa—. Era en eso en lo que estabas pensando cuando te encontré. ¡Te has enamorado! No lo niegues. Los ángeles no deben mentirse unos a otros, ni tampoco los amigos. Estás enamorada, Lacey.

—Mejor muerta que nunca, ¿no? —repuso ella—. Ahora que ya tienes tu deseo, puedes continuar tu camino.

—¿Quién es? —inquirió Tristan, curioso.

Lacey no le contestó.

—¿Quién es? —insistió—. Dímelo. Quizá pueda ayudarte. Sé que lo estás pasando mal, Lacey. Lo veo. Déjame ayudarte.

—¡Ay, Dios! —Lacey describió un círculo alrededor de la tumba—. Mira quién orbita ahora en el reino superior.

Él ignoró el comentario.

—¿Quién es? ¿Sabe que estás aquí para ayudarlo?

Ella se echó a reír. A continuación bajó la barbilla y meneó en silencio la cabeza.

—Mírame —le dijo Tristan con delicadeza—. No te veo la cara.

—Estamos empatados —repuso ella con voz tranquila.

—Ojalá pudiera tocarte de nuevo —le dijo Tristan—. Ojalá pudiera abrazarte. No quiero dejarte sufriendo así.

Lacey hizo una mueca.

—Ésa es la única manera en que puedes dejarme —respondió en voz baja, y le dirigió una mirada intensa y firme mientras sus ojos oscuros brillaban bajo la luz dorada de Tristan—. A menos que... —repuso—, a menos que yo te deje primero a ti. Buena idea, Lacey. Nada de suspiros, nada de lágrimas —dijo con decisión.

Entonces se dio media vuelta y echó a andar carretera del cementerio abajo.

—¿Lacey? —la llamó Tristan.

Ella continuó andando.

—¿Lacey? ¿Adónde vas? —gritó él—. Eh, Lacey, ¿no vas a despedirte?

Sin volverse, ella levantó una mano y agitó los dedos en un brillante gesto morado de despedida. Luego desapareció detrás de los árboles.

Como las ventanas de la soñolienta ciudad que Tristan había atravesado en su camino de vuelta del cementerio, como las ventanas de la casa de sus padres, por las que había mirado una última vez, todas y cada una de las ventanas de la gran casa de la colina estaban a oscuras. Tristan halló a las tres muchachas dormidas en el suelo de la habitación de Ivy: Beth con su cara redonda y amable bañada por la luz de la luna, Suzanne, con su masa de cabello negro extendida como un manojito de cintas brillantes sobre su almohada, e Ivy, entre sus amigas, por fin a salvo.

Lo que las muchachas no sabían, o por lo menos habían fingido no enterarse, era que Philip se había deslizado sigilosamente en la habitación de Ivy y dormía ahora en la cama de su hermana, con la cabeza a los pies del colchón, donde podía oír sus secretos. Tristan lo acarició con su luz dorada. La única que faltaba en aquella tranquila escena era *Ella*, pensó.

Se quedó largo tiempo allí sentado, dejando que la paz de la habitación se filtrara en él, reacio a perturbar el sueño de Ivy, reacio a poner fin al tiempo que les quedaba. Pero iba a acabarse, lo sabía, así que, al alba, rezó.

—Concédeme unos últimos momentos con ella —suplicó, y se arrodilló junto a

Ivy.

Concentrándose en la punta de su dedo, recorrió con él su mejilla. Sintió la piel suave. ¡Podía volver a tocarla! ¡Sentía la tibieza de su cuerpo! Los ojos de Ivy se agitaron y se abrieron. Contempló la habitación, extrañada. Él le rozó la mano.

—¿Tristan?

Se sentó, y Tristan le retiró de la cara una maraña de cabello dorado.

Los labios de Ivy se separaron en una sonrisa, y se llevó la mano al cabello, allí donde él lo había tocado.

—Tristan, ¿eres tú?

Él se acopló a ese pensamiento, y se introdujo en ella.

—Ivy.

Ivy se puso rápidamente en pie y se acercó a la ventana, rodeando su propio cuerpo con los brazos.

—Creí que no volvería a oír tu voz —manifestó en silencio—. Pensé que te habías ido para siempre. Después de aquel momento, en el puente, no volví a ver tu luz. No la veo ahora —le dijo frunciendo el ceño y mirándose la mano.

—Lo sé. No entiendo lo que está pasando, Ivy. Lo único que sé es que estoy cambiando. Y que no volveré.

Ella asintió, aceptando lo que él le decía con una calma que lo sorprendió. Entonces vio que su boca se agitaba. Ivy temblaba, y daba la impresión de que iba a echarse a llorar de manera audible, pero no emitió ruido alguno.

—Te quiero, Ivy. Nunca dejaré de quererte.

Ella se apoyó en la ventana mirando a la noche pálida y brillante. Miró a través de las lágrimas.

—Recé para que me concedieran un rato más contigo —dijo Tristan—, para decirte lo mucho que te quiero y para decirte que sigas amando. Otra persona te estaba destinada, Ivy, y tú estabas destinada a otro.

Ella se enderezó.

—No.

—Prométeme, Ivy...

—Lo único que voy a prometerte es que te quiero —gritó.

—Escúchame —le rogó Tristan—. Sabes que tengo que irme.

Ahora, en la noche pálida y brillante llovía, y las lágrimas centelleaban en las mejillas de Ivy, pero Tristan tenía que marcharse.

—Te quiero —le dijo—. Te quiero. Quiérello.

Entonces, Tristan se deslizó fuera de ella y la vio junto a la ventana, bajo la primera luz del día. Retrocedió unos pasos y la observó mientras ella se arrodillaba y apoyaba los brazos y la cara en el alféizar. Volvió a dar unos pasos atrás y vio que sus lágrimas se secaban y que cerraba los ojos. Cuando retrocedió por tercera vez, Tristan

creyó que el sol había amanecido tras él rompiendo la pálida noche en mil fragmentos de plata.

Se volvió de pronto hacia el este, pero aquel brillante círculo de luz no era el sol. No sabía lo que era, salvo que aquella luz era para él, y echó a andar con presteza en su dirección.

Ivy se despertó con el sol en los ojos. Antes de recordar la visita de Tristan y de que Beth dijera con voz adormilada «Esta noche he soñado que venía Tristan», Ivy supo que se había marchado para siempre. No era un sentimiento que pudiera explicar, sólo una clara sensación de que ya no estaba con ella y de que no volvería. La lucha por aferrarse a lo que habían tenido juntos, el deseo de volver atrás en el tiempo en busca de Tristan, y el sueño de vivir con él en otro mundo se habían extinguido en su interior. Sentía una paz nueva.

Ese domingo, Maggie, Andrew y Philip se habían levantado y se habían marchado temprano. Las chicas tomaron un desayuno-comida con calma, tras lo cual Beth y Suzanne recogieron sus cosas y las llevaron al coche de Beth. Suzanne aguardó hasta entonces para formular la pregunta que Ivy esperó en varias ocasiones que le hiciera la noche anterior.

—He sido buena —comenzó Suzanne—. Toda la noche pasada y esta mañana no he dicho nada indebido.

—Te comiste dos *brownies* que no deberías haberte comido —le recordó Ivy. Observó divertida mientras Beth llamaba la atención de Suzanne y le hacía rápidos gestos como cortándose la garganta. Pero nadie podía silenciar a Suzanne.

—Beth me dijo que, si te mencionaba eso, me embutiría en la boca una bola de papel.

Beth lanzó las manos al aire.

—Pero tengo que preguntártelo. ¿Qué pasa con Will y contigo? Me refiero a que él te salvó la vida. ¿Me equivoco?

—Will me salvó la vida —corroboró Ivy.

—Entonces, ¿qué...?

—Le dije a Suzanne que necesitabas tiempo para poner las cosas en orden —intervino Beth.

Ivy asintió con la cabeza.

—¡Pero es que está totalmente colgado de ti! —exclamó Suzanne, exasperada—. Está perdidamente enamorado... Lleva meses así.

Ivy no contestó.

—Cuando adopta esa expresión de tozudez, no lo puedo soportar —se quejó Suzanne a Beth—. Se pone idéntica a su hermano.

Entonces, Ivy se echó a reír —suponía que Philip y ella tenían, en efecto, un ramalazo de cabezonería—, pero se negó a añadir nada más acerca de Will.

Una vez sus amigas se hubieron marchado, Ivy se dirigió a la casa del árbol de

Philip, deteniéndose por el camino en el lecho de crisantemos dorados donde *Ella* estaba enterrada. Rozó las flores con dos dedos y continuó su camino. Beth tenía razón, había muchas cosas que poner en orden. El martes por la noche le había contado a la policía cuanto sabía del caso contra Gregory; todo salvo el intento de chantaje de Will. Sabiendo que era un error, Ivy no había dicho nada acerca de la nota que había encontrado en la habitación de Gregory.

Aquella noche, había logrado convencerse a sí misma de que la policía ya lo sabía todo sobre Will. Había pensado que los agentes habrían localizado el dinero del chantaje cuando Will lo ingresó. Ése era el motivo por el que Donnelly había ido a casa de Will, se dijo ahora mientras trepaba por la escalerilla de cuerda de la casa del árbol. Pero Ivy sabía que al final tendría que hablarle a la policía de la nota. La vida y la muerte de Caroline habían dejado bien claro lo peligroso de guardar grandes secretos.

Llegó a lo alto de la escalerilla y cruzó el estrecho puente que conectaba ese árbol con el sucesivo. Tras apartar unas cuantas ramas, se sentó en el suelo de madera. A lo lejos, al norte, divisaba un pedacito de río, un trocito de cinta azul. Se tumbó de espaldas y contempló los diminutos trozos de cielo, ahora no mucho mayores que estrellas, pero pronto, con la caída de las hojas, el cielo sería la única techumbre de la casa. «Así debe ser», pensó. El cielo era también el tejado de los ángeles.

«Ángeles, cudad de Will», rezó. Era lo mejor que podía hacer por él ahora. No podía confiar en él. Y nunca amaría a nadie que la hubiera traicionado como él lo había hecho. Sin embargo, su corazón volaba a su encuentro. «Ángeles, ayudadlo, por favor».

—Eh, ¿esta casa no tiene timbre?

Ivy dio un respingo al oír la voz de Will, y rodó en seguida sobre su vientre para mirarlo por las rendijas que había entre los tablones.

—No.

Él permaneció unos instantes en silencio.

—¿No hay llamador?

—No. —Su mente iba toda velocidad, ¿o era su corazón? Deseaba que se le ocurriera una frase ingeniosa para rechazarlo. Deseaba que no la hiciera sufrir.

—¿Tal vez unas palabras mágicas?

Ivy no contestó. Will retrocedió entre la hierba, intentando vislumbrar el interior de la casa. Ella levantó la cabeza y lo miró por encima del borde.

—Si hay unas palabras mágicas, te aseguro que querría que me dijeras cuáles son, Ivy, porque he estado pensando mucho tiempo y estoy justo a punto de dejarlo correr.

Ella se mordió el labio.

—¿Sabes? —prosiguió Will—. Cuando dos personas escapan de la muerte por los pelos, suelen tener algo de que hablar. Aunque antes de ese momento no se

conocieran, después suelen tener algo que decirse. Pero tú no me has dicho nada. He intentado darte un poco de tiempo. He intentado darte un poco de espacio. Lo único que quiero es...

—Gracias —dijo Ivy—. Gracias por arriesgar tu vida. Gracias por salvarme.

—¡No es eso lo que quería! —replicó Will, enojado—. Gracitud es lo último que yo...

—Bueno, deja que te diga lo que yo quiero —gritó Ivy desde arriba—. Sinceridad.

Will miró hacia lo alto con expresión desconcertada.

—¿Es que no he sido sincero? —inquirió. Era como si se hubiera olvidado por completo del chantaje—. ¿Cuándo?

—Encontré tu nota, Will. Sé que le hiciste chantaje a Gregory. No se lo he dicho aún a la policía, pero lo haré.

Él frunció el entrecejo.

—Pues díselo —repuso alzando la voz, lleno de frustración—. ¡Adelante! Ya lo saben, pero si tienes la nota, será una prueba más para los archivos de la policía. Simplemente no entiendo... —Comenzó a alejarse de la casa, luego se detuvo—. Espera un momento. ¿Crees que yo...? No es posible que hayas pensado que quería sacar dinero, ¿verdad?

—Ése suele ser el motivo de un chantaje.

—¿Crees que yo te habría traicionado de ese modo? —le preguntó con incredulidad—. Ivy, fue un montaje..., conseguí que los Celentano me ayudaran, y lo grabé en vídeo... para tener algo que llevarle a la policía.

Ivy se sentó y se acercó más al borde de la plataforma.

—En agosto —explicó Will—, cuando tú estabas en el hospital, Gregory me llamó y me dijo que habías intentado suicidarte. Yo sabía lo mucho que echabas de menos a Tristan, pero sabía también que eras una luchadora. Aquella mañana estuve en la estación para echar un vistazo e intentar averiguar qué se te había pasado por la cabeza. Cuando me iba, encontré la chaqueta y la gorra. Las cogí, pero durante semanas no supe ni cómo ni si podían guardar relación con lo sucedido.

Will echó a andar, agachándose a coger ramitas y rompiéndolas con las manos.

—Cuando empezó el instituto —dijo—, me tropecé con unas fotos de archivo de Tristan en la oficina del periódico. Me lo imaginé todo de repente. Sabía que no era propio de ti saltar al paso del tren, pero sí era propio de Eric y de Gregory engañarte para que cruzaras las vías. Recordé cómo Eric había jugado al gallina con nosotros, y, al principio, le culpé a él. Más adelante me di cuenta de que aquello era mucho más que un juego.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —preguntó Ivy—. Deberías habérmelo contado antes.



—Tú tampoco me lo contaste todo —le recordó él.

—Intentaba protegerte —explicó Ivy.

—¿Qué diablos pensabas que estaba haciendo? —Tiró las ramitas al suelo—. Imaginé que Eric había muerto porque iba a cantar. No sabía por qué Gregory quería matarte a ti, pero me imaginé que, si había matado a su mejor amigo, iría a por ti por peligroso que fuera. Casi funcionó. Le di la cinta al teniente Donnelly el martes por la tarde, pero Gregory ya había tendido su trampa.

Hizo una pausa e Ivy se desplazó hasta el mismísimo borde de la plataforma, dejando colgar las piernas, agarrándose con fuerza a la cuerda que se balanceaba cerca de ella.

—Creíste que te había traicionado —dijo Will con voz apagada e incrédula.

—Will, lo siento. —Sabía por el tono en que hablaba que lo había herido profundamente—. Me equivoqué. Lo siento de verdad —se disculpó, pero Will se alejó de ella—. Cometí un error. Un gran error —añadió al cabo de unos segundos—. Intenta comprender. Estaba muy confusa y tenía mucho miedo. Pensé que me había traicionado a mí misma al confiar en ti... y que había traicionado a Tristan al enamorarme de ti. ¡Will!

Aferrándose a la cuerda, se dejó caer del borde de la plataforma y se columpió para apartarse de la casa. Pero Will había regresado un instante antes. Ivy aterrizó sobre él y rodaron juntos por el suelo.

Se quedaron allí tumbados unos instantes, en un montón, Ivy encima de Will, sin moverse ninguno de los dos. Tenía muchísimo miedo de que él se levantara, se sacudiera el polvo y se marchara. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Te enamoraste de mí? —inquirió Will.

Ella lo miró a los oscuros ojos castaños, que brillaban con luz oculta, y vio que una sonrisa se extendía por su rostro. Sus brazos la rodearon y ella se relajó contra él, con la cara cerca de la suya.

—Te quiero, Will —dijo en voz baja.

—Te quiero, Ivy. —La estrechó contra su cuerpo y la meció suavemente—. ¿Sabes? —le dijo—, ha sido bueno que esto no sucediera antes. Si hubiera sabido lo mucho que pesabas, nunca habría intentado cogerte.

—¿Qué?

—Si no hubiera habido un ángel cerca, ahora sería hombre muerto.

Ivy se levantó de golpe.

Will soltó una carcajada.

—Vale, vale, era mentira. Pero esto es verdad. Los ángeles jurarán que no miento —dijo, y tiró de ella para besarla.

# NOTAS

[1] Nombre con el que se conocía en Latinoamérica al grupo cómico The Three Stooges, que estuvo activo entre 1922 y 1970. Triunfaron gracias a sus cortometrajes, en los que cultivaban un humor basado en la violencia física y en los juegos verbales. *(N. de la t.)* <<

[2] Pieza musical cuyo nombre original es *The celebrated chop waltz*, un vals extremadamente sencillo y muy conocido compuesto por la inglesa Euphemia Allen bajo el seudónimo de Arthur de Lulli en 1877. (N. de la t.) <<

[3] Alusión al actor Slim Pickens, famoso payaso de rodeo que trabajó en la radio y la televisión e intervino en más de cuarenta películas, la mayoría de ellas westerns. (*N. de la t.*) <<

[4] Nombre comercial de la red estatal interurbana de trenes de pasajeros de Estados Unidos. (*N. de la t.*) <<

[5] Personaje del manga *Hellsing*, creado por Kota Hirano. (N. de la t.) <<